

# Relatos que me asustaron

**Alfred  
Hitchcock**

[www.hitchcock.tk](http://www.hitchcock.tk)



Las 25 narraciones breves de suspense que mantuvieron absolutamente en vilo al mago del género. Con la garantía Hitchcock. Si a él le asustaron..

Desde la vertiginosa demencia de Cámara oscura, pasando por el inexpresable horror de Tan real, hasta los terroríficos visitantes estelares de El misterio de las profundidades, esta magnífica antología del terror y el misterio nos mantiene en vilo, oscilando entre el deseo de abandonar la lectura y la total imposibilidad de hacerlo. Una vez más, el genial Hitchcock, esta vez en el papel de antólogo especializado en el género, nos obliga a someternos al miedo, a veces psicológico, otras físico, pero siempre intenso.

Esta colección de veinticinco relatos, escritos por maestros del cuento de horror, nos propone veinticinco citas con lo ominoso: Sin un ruido, La curiosa aventura de mister Bond, La habitación de los niños, El camino a Mictlantecutli, Casablanca, Dos solteras... Estos cuentos y muchos más asustaron a Alfred Hitchcock, y seguramente lo fascinaron también porque parte de su capacidad para causar espanto consiste en que, más allá de los géneros, todos sin excepción son buena literatura.



Alfred Hitchcock

# Relatos que me asustaron

ePUB v1.1  
Pollfemo7 01.06.11

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título de la edición original: *Stories that scared even me* Traducción cedida por Ediciones Aguilar Diseño de la sobrecubierta: Emil Tröger Ilustración: *Autorretrato* de Alfred Hitchcock.  
Círculo de Lectores, S.A. Valencia 344, 08009 Barcelona. 158806 16 14  
Está prohibida la venta de este libro a personas que no pertenezcan a Círculo de Lectores.  
© 1967 by Random House, Inc. Depósito legal: B. 25729-1991 Fotocomposición: gama, s.a. Arístides Maillol, 3, 1." 1."  
08028 Barcelona Impresión y encuademación, Printer industria gráfica, s.a. N. II, Cuatro caminos, s/n 08620 Sant Vicenç  
deis Horts Barcelona, 1991. Printed in Spain. ISBN 84-226-2552-0 N." 29355

El editor agradece sinceramente la incalculable ayuda de Robert Arthur en la preparación de este volumen.

En este volumen presenta Alfred Hitchcock una colección de relatos que ha elegido tras una minuciosa búsqueda y que ha considerado dignos de figurar en esta antología.

Estos relatos son de muy diferentes estilos: unos son de misterio; otros, de intriga; otros, fantásticos; otros, de terror... Pero todos guardan entre sí un denominador común: apasionar.

La más acusada característica de estos cuentos es que la emoción y el interés no decaen un solo instante a lo largo de sus páginas, teniendo al lector pendiente de la trepidante acción que se desarrolla en cada uno de ellos.

Alfred Hitchcock se siente orgulloso de estos relatos, pues considera que poseen el suficiente valor literario para interesar al lector más exigente.

Esperamos que así sea.

## IRVING S. COBB - Fishhead

(*Fishhead*)

Va más allá del poder de mi pluma intentar describir para ustedes el lago Reelfoot de forma que, leyendo este relato, consigan representarse el cuadro en su imaginación tal como está en la mía. Porque el lago Reelfoot es un lago completamente distinto de cualquier otro que hayan conocido en cualquier otra parte.

El resto de este continente se hizo y se secó bajo la acción de los rayos del sol en el transcurso de milenios..., millones de años por lo que yo he logrado saber..., antes que Reelfoot comenzara a existir. Entre las creaciones importantes de la Naturaleza, Reelfoot ha sido, probablemente, lo más nuevo de este hemisferio; pues se formó a consecuencia del gran terremoto de 1811, hace apenas un poco más de un siglo. Aquel terremoto debió de alterar la faz de la Tierra a lo largo de lo que por aquel entonces constituían las lejanas fronteras de este país. Cambió el curso de los ríos, convirtió las colinas en las depresiones de lo que ahora son tres estados, y trocó el suelo firme en otro tan blanducho como la jalea, configurándolo con rizadas olas como el mar. Y en el fragor que ocasionó el ondulado de la tierra y el convulsionado estado de las aguas, hundió en cambiantes profundidades una parte de la corteza terrestre en una longitud de ciento veinte kilómetros, arrastrando al fondo árboles, colinas, valles, todo; abriéndose entonces una grieta de parte a parte del Mississippi, de forma que durante tres días el río acudió con su corriente a llenar el hueco.

El resultado fue la creación del más grande lago del sur de Ohio, situado en Tennessee, corriéndose hacia lo que ahora constituye la frontera de Kentucky, y tomando su nombre de la semejanza que su contorno tiene con el pie abierto en forma de aspa del negro de los maizales. Niggerwool Swamp, no lejos de allí, tal vez recibiera su nombre del mismo individuo que cristianó Reelfoot.

Reelfoot es, y siempre ha sido, un lago lleno de misterio. A trechos, insondable. En otros lugares, los esqueletos de los cipreses que se fueron abajo cuando la tierra se hundió, todavía subsisten en pie, de tal manera que, si el sol brilla del lado de la derecha y el agua se muestra menos cenagosa de lo común, quien dirigiese la mirada hacia las profundidades vería, o creería ver, allá abajo, los desnudos miembros tendidos hacia lo alto como dedos humanos de un ahogado, todo ello cubierto por un lodo de años y reliado de viscosas grímpolas de los verdes mucílagos del agua. En otros encalmados parajes, el lago es poco profundo en prolongados espacios, no más hondo que para cubrir el pecho de un hombre, pero peligroso a causa del crecimiento de hierbajos hundidos y la existencia de arremolinados objetos, los cuales se enredan a restos flotantes. Sus orillas son predominantemente fangosas, sus aguas turbias, así mismo, de un color café cargado en primavera y amarillo cobrizo durante el verano, mientras que los árboles siguiendo la costa ofrecen un tinte sucio, después de las crecidas primaverales, en la zona que alcanza hasta las primeras ramas, donde los sedimentos secos han cubierto los troncos con una espesa capa de apariencia escrofulosa.

A su alrededor extensiones de bosque intacto y tajos donde innumerables cipreses se elevan cual lápidas mortuorias por los raigones muertos que van pudriéndose en el blando limo. Hay trechos apacibles donde el maíz de las tierras bajas crece por debajo, arrogante y lozano, en tanto que por encima se yerguen árboles desnudos de hojas y ramas. Hay dilatados y lúgubres llanos donde en primavera los grumos formados por las huevas de las ranas se consumen como parches de blanca mucosidad entremedias de los tallos de la maleza y donde, en la noche, hasta allí se deslizan las tortugas para depositar en la arena, en camadas de perfecta redondez, blancos huevos de resistentes y ásperos cascarones. Hay *bayous*{1} que no conducen a parte alguna y charcas que se extienden en revueltas, a la ventura, como enormes gusanos obceados, hasta unirse finalmente a la corriente principal, la cual hace rodar su semilíquida torrencera algunos kilómetros más al oeste.

Así Reelfoot yace aplastado sobre su fondo, superficialmente helado en invierno, tórridamente vaporoso en verano, hinchado en primavera, cuando los bosques se han tornado de un verde brillante y el pequeño jején o mosca del búfalo, por millones y billones, llena las charcas

desbordadas con su dañino zumbido y al descender evolucionan en redondo esplendorosamente, con todos los colores que la tempranera escarcha produce: el dorado del nogal, el bermejo amarillento de los sicómoros, los rojos del durillo y el cenizoso púrpura negruzco del ocozol.

Mas la comarca de Reelfoot tiene su utilidad. Es el mejor paraje de caza y pesca, natural o artificial, que queda hoy en día por el sur. En momento oportuno, el pato y los gansos se reúnen allí, e incluso las aves semitropicales, como el pelicano pardo y el pájaro reptil de Florida, sabido es que habrán de acudir para anidar. Los cerdos, al regresar a la señera libertad, recorren las lomas, cada piara de estos ejemplares de fino lomo capitaneada por un viejo verraco de aplastados flancos, enjuto, feroz. Por la noche, la «rana-toro», inconcebiblemente grande y tremendamente sonora, croa en las riberas.

Es un asombroso lugar para la pesca de la lubina, de la perca y del hocicudo pez búfalo. Como estas especies comestibles pueden vivir para aovar y como sus huevas, a la vez, sobreviven para aovar de nuevo, resulta una maravilla ver cuántos grandes peces, caníbales devoradores de peces, hay en Reelfoot. Mayor que en cualquier otra parte, encontraréis aquí la belona, toda espinas, voracísima, de láminas córneas, con morro como el del caimán y el eslabón más próximo, al decir de los naturalistas, entre los animales vivientes hoy en día y los que vivieron en la era de los reptiles. El gato de hocico de pala, realmente una variedad deformada del esturión de agua dulce, provisto de una gran placa membranosa en forma de abanico prominente encima del morro, cual un bauprés, salta todo el día por los lugares encalmados con poderoso ruido de chapoteo, lo mismo que si un caballo hubiera caído al agua. Sobre todo leño varado, tremendas tortugas buscan esparcimiento, en grupos de cuatro o seis, los días soleados, desecando, calcinando sus negros caparazones bajo el sol, con sus pequeñas cabezas de culebra en alto, vigilantes, prestas para desaparecer silenciosamente al primer ruido de remos chirriando en sus toletes.

Pero los más grandes de todos estos seres son los siluros. Monstruosas criaturas, estos siluros de Reelfoot, sin escamas, resbaladizas sustancias de cadavéricos ojos inertes y barbas deletéreas como venablos y largos bigotes colgantes a los costados de sus cavernosas cabezas. Con una longitud de metro y medio a dos metros, crecen hasta alcanzar el peso de cien kilos, por lo menos, y tienen fauces lo suficientemente anchas para apresar un pie humano o el puño de un hombre y lo bastante fuertes como para romper cualquier anzuelo, a no ser de los más resistentes, y son insaciables hasta el límite de devorar cualquier cosa, viva o muerta, o putrefacta, que sus encallecidas quijadas sean capaces de triturar. ¡Ah, y hay pérfidos sujetos que cuentan por ahí pérfidas historias de ellos! Se los moteja de devoradores de hombres y los comparan, por algunos de sus hábitos, con los tiburones.

*Fishhead* formaba conjunto con tal escenario. El apelativo, «Cabeza de pez», le venía como anillo al dedo. Toda su vida había morado en Reelfoot, siempre en el mismo sitio, en la desembocadura de la misma charca. Allí nació, de padre negro y madre a medias de casta india, ambos ya fallecidos, y la historia cuenta que, antes de nacer, su madre fue aterrorizada por uno de esos descomunales peces, de manera que el muchacho vino a este mundo horriblemente marcado, a más no poder. Por todo ello, *Fishhead* era una monstruosidad humana, una verdadera personificación de pesadilla. Tenía cuerpo de hombre -un cuerpo robusto, rechoncho, corto-, mas su cara estaba tan cerca de ser la cara de un gran pez como ningún otro rostro pudiera estarlo, aunque conservase ciertas trazas de humano aspecto. Su cráneo descendía hacia atrás tan bruscamente, que a duras penas podría haberse dicho de él que poseyera frente, y la barbilla le sesgaba tan de prisa, que apenas existía. Sus ojos eran pequeños y redondos, con unas superficiales pupilas vidriosas de amarillo pálido, y estaban insertos demasiado separados uno de otro en la cabeza, y no parpadeaban, clavados siempre cual los ojos de los peces. Su nariz no era sino un par de menudas rendijas en medio de una máscara amarilla. En cuanto a su boca, era lo peor de todo: era la pavorosa boca de un siluro, sin labios, ancha casi inverosímilmente, rasgada de lado a lado. Incluso cuando *Fishhead* se convirtió en hombre hecho y derecho, su semejanza con un pez fue en aumento, pues los pelos de la cara le crecieron en dos finos colgantes, retorcidos y tiesos, que pendían a cada lado de su boca como a guisa de barbas de pez.

Si tuvo algún otro nombre, además de *Fishhead*, nadie excepto él lo supo nunca. *Fishhead* le llamaban y por *Fishhead* respondía. Puesto que conocía las aguas y los bosques de Reelfoot mejor que nadie, los hombres de la ciudad que cada año vinieran a cazar o a pescar lo apreciaban como un buen guía. Eran contadas, sin embargo, las ocasiones en que *Fishhead* se aviniese a encargarse de tales oficios. Le gustaba ante todo ocuparse de sí mismo, vigilando su pedazo de tierra sembrado de maíz, yendo a tender las redes en el lago, algunas veces tendiendo trampas y cazando para los mercados de la ciudad cuando era la época. Sus vecinos, blancos mordidos por las fiebres tercianas, y negros, por contra, a prueba de la malaria, dejábanle vivir a su propio arbitrio. Era así como *Fish-head* vegetaba solo, sin parientes ni amigos, sin un hermano tan siquiera, esquivando a sus semejantes y rehuido por ellos.

Su cabaña se halla justamente en la raya del estado, donde Mud Slough (Charca Fangosa) desemboca en el lago. Era aquella choza de troncos la única habitación humana en ocho kilómetros a la redonda. Detrás de ella, el resistente maderamen venía a servir de apoyo a la cerca del recinto del pequeño huerto de hortalizas de *Fishhead*, la cual lo encerraba en espesa sombra, excepto cuando el sol azotaba desde lo alto. Guisaba sus alimentos de manera primitiva, fuera, en un agujero hecho en tierra mojada, o sobre los herrumbrosos restos rojizos de un hornillo, y bebía el agua de color azafrán del lago con un cazo hecho de calabaza. Se atendía y cuidaba de sí mismo; era experto en el manejo del esquife y de la red; competente con la escopeta y el arpón, empero una criatura de pena y soledad, en mucho salvaje, casi un anfibio, mantenido aparte por sus semejantes, silente y receloso.



Frente a la cabaña sobresalía el tronco caído de un álamo, a medias sumergido, a medias fuera del agua, su parte externa quemada del sol y gastada por el roce de los pies desnudos de *Fishhead* hasta ofrecer innumerables huellas de finas rayas que lo contorneaban, mientras la extremidad inferior estaba negra y podrida, lamida incesantemente por menudas olas cual por finas lenguas. Su lado más distante alcanzaba a las aguas profundas. Y constituía una parte indivisible del mismo *Fishhead*, pues a despecho de lo alejado que la pesca o el poner las trampas lo retuvieran durante el día, el ocaso había de encontrarlo de regreso, habiendo arrastrado su bote a la orilla y hallándose él a la otra punta del madero. Desde cierta distancia, algunos hombres lo columbraban allí varias veces, en ciertas ocasiones acurrucado, tan inmóvil como las tortugas que se deslizaban hasta la empapada punta durante su ausencia, y en algunos momentos tieso y vigilante cual una grulla en el río, con toda su desventurada figura amarillenta delineándose en medio de la amarillez soleada, en medio de las aguas amarillas, de la amarillenta ribera, todo ello amarillo a su vez.

Mas si los habitantes de Reelfoot esquivaban a *Fishhead* de día, por la noche le tenían miedo y huían de él como de la peste, temerosos incluso de la posibilidad de un encuentro casual. Pues se contaban feas historias de *Fishhead*, historias que todos los negros y algunos blancos se creían. Decían que aquel grito escuchado precisamente un poco antes de oscurecer y un poco después, propagado como en un chapoteo sobre las tenebrosas aguas, era su grito de llamada a los siluros, y que a su clamor éstos acudían en manada, y que a su lado *Fishhead* nadaba por el lago las noches de luna, divirtiéndose con los monstruos, zambulléndose con ellos, incluso comiendo en su compañía, ¡y de qué manera!, hasta de las puercas cosas que ellos comían. El grito fue oído muchísimas veces, y aquella vez fue bien cierto, y era cierto también que los descomunales peces se hallaban significativamente apretados a la entrada de la charca de *Fishhead*. Ninguno de los nativos de Reelfoot, blanco o negro, se habría atrevido entonces a sumergir una pierna o un brazo en el agua.

Aquí había vivido *Fishhead* y aquí moriría. Los Baxter iban a matarle, y este día, en medio del verano, sería el día de su asesinato. Los dos Baxter -Jake y Joel- se acercaban en su piragua para cumplir el propósito. Este crimen tuvo un largo período de gestación. Los Baxter contaron para fraguar su odio con un motivo surgido varios meses antes que la decisión llegase al punto culminante. Eran ellos unos pobres blancos, pobres en todos los sentidos -en estimación, en posesiones terrenales y en posición-, una pareja de exaltados jinetes ladrones advenedizos que vivían del tabaco y del whisky cuando el whisky y el tabaco estaban a su alcance, y de pan de maíz cuando carecían de recursos para otra cosa.

La querrela propiamente dicha venía de meses anteriores. Habiendo encontrado un día a *Fishhead* en la estrecha armazón del embarcadero de botes de Walnut Log, y estando ellos harto empapados de licores, jactanciosos en una falsa apariencia de valentía nacida del alcohol, le acusaron atrevidamente y sin pruebas de haber hollado la raya de sus dominios, un imperdonable pecado entre los moradores de los lagos y los barqueros del sur. Viendo que él soportó esta acusación en silencio, contentándose con mirarlos fijamente, se envalentonaron y le golpearon el rostro. Sólo que entonces él se revolvió y propinó a ambos la mayor paliza de toda su vida, haciéndoles sangrar la nariz y magullándoles los labios con enérgicos golpes contra la mandíbula, y finalmente abandonándolos, maltrechos y postrados, sobre el barro. Sin embargo, en los espectadores que presenciaron esto, el sentimiento de que lo que sucede siempre es oportuno triunfó sobre los prejuicios raciales, lo cual se manifestó permitiendo que un negro diese a aquéllos una tunda, a dos hombres libres de nacimiento, a dos blancos soberanos.

Tal era el motivo de que ahora fueran a buscarle a él, un maldito negro. La cosa, en su conjunto, había sido planeada minuciosamente. Iban a matarle sobre aquel tronco de álamo, a la puesta del sol. No habría testigos que lo presenciasen, ni después el justo castigo consecuente. Lo fácil de la empresa les hizo olvidar el miedo innato que sintieran al emplazamiento mismo de la morada de *Fishhead*.

Hacia más de una hora que navegaban desde su cabaña a través de un serpeante y profundo brazo del lago. Su piragua, construida al fuego, excavada a golpes de azuela y de cuchillo, procedente

de una hevea o árbol de la goma, deslizóse sobre el agua tan silenciosamente como nada el polluelo del ánade, dejando atrás una larga estela sobre las aguas tranquilas. Jake, mejor como remero, iba sentado a la popa de la cóncava embarcación, batiendo con rapidez los salpicantes golpes de remo. Joel, mejor como tirador, iba delante, sentado en cuclillas. Entre sus rodillas había una pesada y rústica escopeta de cazar patos.

Aunque el espionaje que precedió en torno a su víctima los hubiera llevado a la absoluta convicción de que *Fishhead* no regresaría a la orilla en varias horas, un redoblado sentido de precaución los impelía a bogar estrechamente pegados a las riberas, cubiertas de maleza. Se deslizaron a lo largo de la costa como un sombra, moviéndose con tanta suavidad y silencio, que las vigilantes y fangosas tortugas apenas si se dignaban a volver la serpentina cabeza a su paso. De tal suerte que media hora antes de lo previsto alcanzaron, suavemente deslizantes, los alrededores de la bocana de la charca, que parecía creada para una natural emboscada.

Donde el desagüe de la ciénaga se unía a las aguas profundas había un árbol caído, medio arrancado su cepellón, vencido hacia la orilla, con la copa todavía espesa y hojas verdes que extraían aún alimento de la tierra donde los raigones, medio al descubierto, se tenían. Todo ello cubierto y enredado por una gran exuberancia de zarcillos y uvas agrias silvestres. En derredor había arremolinamiento de detritus, tallos de maíz, tiras de corteza mudada por los árboles, manojos de hierbajos podridos, todo el desperdicio y abarrote acumulado desde el año anterior en un apacible remanso. En línea recta hacia este verde amontonamiento, deslizábase la piragua, que se meció de costado al tocar en el tronco protector del árbol y quedando escondida desde el lado de dentro con la cortina interpuesta por la lujuriente vegetación, justamente como los Baxter hubieran pretendido que quedase oculta, cuando en días precedentes, durante una exploración anterior, señalaron este remansado paraje como lugar de espera y lo incluyeron, entonces y allí mismo, en las diferentes etapas de su plan.

No había habido ningún tropiezo ni contratiempo. Nadie fue visto en los alrededores a lo largo de aquellas horas de la tarde, nadie capaz de señalar sus movimientos. Y de un momento a otro *Fishhead* debería oportunamente hacer acto de presencia. La vista acostumbrada al bosque que Jake poseía iba siguiendo pensativamente el giro del sol hacia su ocaso. Las sombras, proyectadas hacia la costa, se alargaban y escabullían en pequeñas ondulaciones. Moría a lo lejos el leve bullicio del día, los menudos rumores de la noche incipiente comenzaban a multiplicarse. Se fueron las moscas de abultado vientre, mientras voluminosos mosquitos de moteadas y grises patas irrumpían para ocupar el puesto de aquéllas. El lago soñoliento lamía las cenagosas orillas con pequeños lengüeteos, como si hallase agradable el sabor del fango crudo. Un monstruoso cangrejo, tan gordo como una langosta, trepó hasta la salida de su seca chimenea de barro y allí se quedó empingorotado, cual armado centinela en una atalaya. Disparatados murciélagos comenzaron a revolotear, detrás y delante, sobre las copas de los árboles. Una rata almizclera, nadando con la cabeza fuera, viose obligada a virar repentinamente al darse cuenta de la presencia de una serpiente mocasín, tan gruesa e hinchada por su caliente veneno, que habriase dicho un lagarto sin patas, conforme agitaba a lo largo la superficie del agua en una serie de lentos y torpes zigzagueos. Precisamente, encima de las cabezas de los dos asesinos en acecho colgaba un apretado y minúsculo gusano de la mosca de agua, asido a una especie de concreción con apariencia de barrilete.

Pasó un poco más de tiempo, y *Fishhead* apareció, viniendo del bosque, andando a buen paso, con un saco a la espalda. Por un instante, sus deformidades mostráronse en el claro. Luego, el oscuro interior de la cabaña se lo tragó. Entonces el sol estaba ya casi entero bajo el horizonte. Únicamente resplandecía su rojiza aureola encima del perfil del bosque rodeando el lago, y las sombras avanzaban tierra adentro por un gran trecho. Más dentro, los voluminosos peces gatos, de boca en forma de pala, estaban agitados y el fuerte ruido de su chapoteo, conforme sus cuerpos retorcidos saltaban abiertamente y volvían al agua, llegaba hasta la costa como el rumor de un coro.

Sin embargo, los dos hermanos, desde su verde escondite, no prestaban atención a nada que no fuese aquello único por lo que sus corazones latían y sus nervios se hallaban en tensión. Joel

pasó, empujándolos suavemente, los dos cañones de la escopeta de un lado a otro del tronco, ajustando su culata al hombro y acariciando arriba y abajo con los dedos ambos gatillos. Jake sujetó firmemente la estrecha canoa a un asidero por sobre un zarcillo de la parra virgen.

Una breve espera y el final acaeció. *Fishhead* surgió en la puerta de la cabaña y fue hacia la orilla a lo largo del angosto sendero y, todavía más, por encima del agua, sobre su tronco de costumbre. Iba descalzo y llevaba la cabeza descubierta, la pechera de su camisa de algodón abierta y mostrando la amarillez de su garganta y de su pecho, los pantalones ceñidos a la cintura con una cuerda de estopa trenzada. Los anchos pies desparramados, extendidos sus prensiles dedos, se apretaba a la pulida curvatura del madero, conforme proseguía adelante sobre la inclinada superficie mojada, hasta llegar al extremo, y allí se quedó y se mantuvo erguido, ensanchando el pecho, con la cara imberbe levantada y un algo de superioridad y dominio en su actitud. Mas entonces -sus ojos eran capaces de captar lo que otros habrían pasado por alto- presintió los redondos agujeros gemelos de los cañones de la escopeta de Joel y los fijos destellos de aquella mirada apuntándole entremedias de la verde espesura.

En tan brevísimo instante, demasiado rápido para ser medido por segundos, la culminación del acto fue como un relámpago en su derredor, y estiró aún más la cabeza, y abrió cuan ancho pudo el informe cepo de su boca, y lanzó a lo largo y ancho del lago un grito que se propagó como una ondulación, un chapoteo. Y su grito fue cual la carcajada de un necio y el croar profundo de los sapos y el aullido de un perro: el complejo entero de los ruidos nocturnos del lago. Y en él iban también un adiós, un desafío y una llamada. El pesado estruendo de la escopeta había estallado.

Desde una distancia de veinte metros, la doble descarga le alcanzó en el pecho. Se derrumbó boca abajo, sobre el tronco, y a él se pegó, con el cuerpo enroscándose torcidamente en retortijones, sus piernas crispadas estirándose alternativamente como las ancas de una rana, sus hombros encorvándose espasmódicamente, al tiempo que la vida se le escapaba en rápidas oleadas, como de un torrente. Se ladeó su cabeza entre los hombros alzados, miraron sus ojos abrumados la cara sobresaltada del homicida, y en seguida la sangre comenzó a brotar en su boca, y *Fishhead*, aún más pez que hombre a la hora de la muerte, en un escurridizo aleteo, la cabeza por delante, resbaló de la punta del madero y se hundió, con la cara vuelta hacia abajo, lentamente, abriendo las extremidades a lo ancho. Una tras otra, las pompas de un largo rosario fueron rompiéndose en medio de una creciente mancha roja en las aguas color café del lago.

Ambos hermanos observaron todo esto, presos de terror por la acción que habían cometido, y la insegura piragua, que había dado un bandazo debido al golpe de retroceso, asentóse en el agua firmemente contra la borda. Pero después hubo un repentino choque desde abajo contra su inclinado casco y éste se dio la vuelta, con lo que aquellos dos acabaron en el lago. Mas la orilla se hallaba sólo a seis metros y el tronco del árbol desgajado solamente a metro y medio. Joel, todavía aferrado a la escopeta, se esforzó para alcanzar el tronco, y lo consiguió de un impulso. Pasó en su derredor el brazo libre y se colgó de él, agitando el agua, mientras aguzaba la vista. Algo vino a atenazarle: algo que era grande y fuerte, algo que le retenía estrechamente con un aprieto, estrujándole la carne.

No profirió ni un grito; pero los ojos se le salían de las órbitas y su boca produjo una auténtica mueca de agonía, mientras sus dedos se incrustaban en la corteza del árbol como garfios. Y fue arrastrado hacia abajo, hacia abajo, con secos tirones, no con rapidez sino con energía y, conforme cedía él, las uñas fueron trazando cuatro finos arañazos blancos en la corteza del árbol. Se hundió su boca, a continuación sus desorbitados ojos, después sus erizados cabellos y finalmente las manos que agarraban y arañaban. Y aquello fue su fin.

La suerte de Jake resultó más severa aún, pues vivió más tiempo, tiempo bastante para ver el final de Joel. Le vio a través del agua que le corría por la cara y, con una tremenda conmoción de todo su cuerpo, literalmente saltó por encima del tronco, agitando las piernas en el aire para defenderlas. Se hundió demasiado lejos, sin embargo, pues su cara y tórax se pegaron contra el agua. Y de ésta se irguió la cabeza de un gran pez, con el cieno lacustre de años encima, con una negra cabezota, los bigotes hirsutos, encendidos los cadavéricos ojos. Sus córneas mandíbulas se cerraron y atenazaron la parte delantera de la camisa de franela de Jake. La mano de éste golpeó

ferozmente pero se incrustó en una envenenada barba y, al contrario que Joel, desapareció de vista con un tremendo alarido, y con una rotación y convulsión del agua que produjo el círculo de cañas de maíz en los bordes de un pequeño remolino.

Pero el remolino pronto se atenuó a lo lejos, en crecientes anillos de olas, y las cañas flotantes acallaron los círculos y volvió de nuevo la quietud, y solamente los ruidos multiplicados de la noche pudieron escucharse en la desembocadura de la charca.

Los cadáveres de los tres hombres fueron devueltos a la orilla en el mismo sitio. A excepción de la herida abierta por el disparo donde la garganta se une al pecho, el cadáver de *Fishhead* aparecía intacto. Por el contrario, los cuerpos de ambos Baxter estaban tan desfigurados y maltrechos, que los habitantes de Reelfoot hubieron de quemarlos juntos en la orilla, sin saber en modo alguno cuál podría ser el de Jake y cuál el de Joel.

## **BASIL COPPER - La cámara oscura**

*(Camera obscura)*

Cuando míster Sharsted emprendió la marcha por las estrechas sendas llenas de baches que conducían a la parte más vieja de la ciudad, estaba cada vez más convencido de que había algo en míster Gingold que no le gustaba. No era solamente la cortesía, pasada de moda y fuera de lugar, lo que irritaba al prestamista, sino su forma benévola y ausente con que continuamente realizaba los tratos. Como si el dinero no tuviera importancia para él.

El prestamista hasta dudaba en confesarse eso. Aquel pensamiento era como una blasfemia que socavaba los cimientos reales de su mundo. Apretó los labios en un gesto de disgusto, dándose ánimos para subir la mal pavimentada y pedregosa calzada que dividía en dos partes iguales el ondulado terreno de esta remota parte de la ciudad.

La estrecha y torcida cara del prestamista sudaba bajo su pesado sombrero, debajo de cuyas alas asomaban unos cabellos largos y lacios que le daban un aspecto curioso. Esto combinado con las gafas verdes que usaba, le daban un aire siniestro y putrefacto, como de alguien muerto hacía muchos años. La idea tal vez se les ocurriera a los pocos y distanciados transeúntes que encontró en el transcurso de su ascensión, porque todos le echaron una mirada cautelosa, de soslayo, y apretaron el paso, como si tuvieran prisa por apartarse y alejarse de él.

Entró en una plazuela y se paró bajo el porche de una enorme y vieja iglesia en ruinas para recobrar el resuello. Notó que el corazón le palpitaba estrepitosamente a un lado de su estrecho pecho, y al respirar sintió como si le rasparan la garganta. Se dijo que no se encontraba en forma. Efectivamente, las largas horas de trabajo sedentario, inclinado sobre sus libros de cuentas, se estaban cobrando su peaje. En realidad debía salir más y hacer algún ejercicio.

La cetrina cara del prestamista se iluminó momentáneamente al pensar en su creciente prosperidad; pero frunció el ceño en seguida al recordar el objeto de su viaje. Mientras recorría el último kilómetro de su trayecto, se iba diciendo que debería atar corto a Gingold.

Si no lograba conseguir el dinero necesario, entonces podría vender y convertir en billetes muchas cosas de valor que debía de haber en aquella vieja y destartada casa. Cuando míster Sharsted recorría este olvidado rincón de la ciudad, el sol, que ya estaba muy bajo en el horizonte, parecía haberse puesto: tan disminuida se hallaba la luz en aquel laberinto de plazuelas y callejuelas en que se había sumergido. Empezaba a jadear de nuevo cuando llegó al fin, bruscamente, ante una amplia puerta pintada de verde, situada en lo alto de una escalinata de peldaños desgastados por el tiempo.

Permaneció parado unos minutos, con una mano asida a la vieja balaustrada, exaltada momentáneamente su mezquina alma por la visión de la ciudad que se extendía a sus pies envuelta en la bruma, inclinada bajo el amarillento cielo. Todo parecía estar colocado oblicuamente sobre aquel cerro, y la perspectiva producía en el espectador una sensación de vértigo. Una campanilla sonó débilmente cuando tiró de un mango de hierro retorcido sujeto a una rosa de metal incrustada a uno de los lados de la puerta. De nuevo habíase desatado la fantasía del prestamista, produciéndole irritación. Pensaba que era muy extraño lo referente a míster Gingold. Hasta los adornos de la puerta eran algo que nunca había visto en otra parte.

Aunque esto podía ser una ventaja en caso de que alguna vez se viera precisado a intervenir los bienes de míster Gingold y tuviera que vender la propiedad. En aquella oscura y viejísima casa debía de haber cosas de mucho valor para él, cosas que nunca había visto, se dijo... Que el viejo no pagara sus deudas a pesar de todo lo que tenía, era otra razón muy extraña. Debía de poseer muchísimo dinero, si no en dinero contante, en propiedades.

Le era difícil comprender por qué míster Gingold ponía obstáculos a un pago de trescientas libras; podía vender fácilmente la vieja casa e irse a vivir a una parte más atractiva de la ciudad, en un hotelito moderno y bien acondicionado, y hasta conservar sus antiguallas si quería. Míster Sharsted suspiró. Pero aquello no era asunto suyo aún. Todo lo relacionado con él, por ahora, se reducía al pago de esa cantidad. Estuvo esperando muchísimo tiempo, y no quería que le engañaran más. Por eso apremió a Gingold a que pagara, a que liquidara su deuda el lunes, o no lo pasaría bien.

Los delgados labios de mister Sharsted se apretaron de una manera desagradable mientras meditaba, absorto, contemplando los rayos del sol poniente que manchaban los tejados de las viejas casas y teñían de vivo carmín las oscuras callejuelas situadas más abajo del cerro. Tiró otra vez del llamador, con impaciencia, y ahora la puerta se abrió casi inmediatamente.

Mister Gingold era un hombre muy alto, de cabellos blancos, con unos modales amables y casi humildes. Permanecía en el umbral de la puerta, ligeramente encorvado, guiñando los ojos como si se sorprendiera de aquella luz solar, medio asustado de que pudiera ocurrirle algo si absorbía demasiado de ella.

Su ropa, que era de buena calidad y excelente corte, estaba sucia y parecía colgar, anchísima, de su robusta textura. A la brillante luz del sol adquiría un matiz extraño, y a mister Sharsted le produjo la impresión de que formaba un todo con la propia figura del anciano. En realidad, mister Gingold adquiría un pálido e inexpresivo matiz a la luz del sol, de suerte que su blanco cabello, su cara y su ropa se confundían y, en cierto modo, los diferentes aspectos del cuadro se hacían confusos e indeterminados.

Para mister Sharsted adquirió el aspecto de una vieja fotografía que nunca había estado bien fijada y que se había vuelto amarillenta y borrosa con el tiempo. Mister Sharsted creyó que mister Gingold iba a tambalearse con la brisa que acababa de levantar, pero el anciano lo único que hizo fue sonreírle tímidamente, mientras le decía:

-¡Oh! ¿Usted aquí, mister Sharsted? Pase, pase-

Parecía como si le hubiera estado esperando todo el tiempo.

Sorprendentemente, los ojos de mister Gingold eran de un maravilloso color azul pálido y le daban a su cara una viveza inusitada, disputando y cambiando el matiz indefinido de su ropa y de sus facciones. Guió a su visitante hacia un cavernoso vestíbulo. Mister Sharsted le seguía cautelosamente, adaptando con dificultad los ojos a la fría oscuridad interior. Cortésmente, con sus anticuados modales, mister Gingold le hizo señas de que le siguiera.

Ambos hombres subieron una escalera bellamente esculpida, cuya balaustrada, de fina construcción, parecía torcer sinuosamente hacia arriba, sumergiéndose en la oscuridad.

-El asunto que aquí me trae no requiere más que un momento -protestó Sharsted, ansioso ahora de terminar cuanto antes y marcharse.

Pero Gingold continuó subiendo la escalera sin hacerle caso.

-Vamos, vamos -dijo, amable, como si no hubiese oído la insinuación de mister Sharsted-. Tomará usted una copita de vino en mi compañía. Recibo pocas visitas...

Mister Sharsted miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había estado en aquella parte de la casa. Corrientemente, mister Gingold recibía a sus ocasionales visitantes en una gran habitación desarreglada del piso de abajo. Aquella tarde, por alguna razón solamente conocida por él, había decidido enseñar a mister Sharsted otra parte de su dominio. Mister Sharsted pensaba que, tal vez, mister Gingold intentase liquidar el asunto de sus deudas. Allá arriba sería quizá donde realizaba su negocio; quizá también donde guardaba el dinero. Sus delgados dedos temblaban con nerviosa excitación.

Continuaron subiendo, lo que al prestamista le pareció ser una distancia enorme. La escalera no tenía fin. Por la débil luz que se filtraba a través de unas ventanas redondas, Sharsted percibió ligeramente algunos objetos que despertaron su curiosidad profesional y su sentido adquisitivo. Un gran cuadro, pintado al óleo, estaba colgado en uno de los testeros de la escalera. En la fugaz ojeada que Sharsted le echó hubiera jurado que se trataba de un Poussin.

Un poco más adelante una amplia alacena, repleta de porcelana, se le metió por el rabillo del ojo. Tropezó en un peldaño por volverse a mirar a su espalda y, al hacerlo, casi dejó de ver una rarísima armadura genovesa colocada en un nicho practicado en la pared de la escalera. El prestamista se hallaba en un estado de confuso asombro cuando mister Gingold empujó una amplia puerta de caoba y le invitó a pasar delante de él.

Mister Gingold debía de ser un hombre muy rico y podía conseguir dinero fácilmente con la venta de cualquiera de aquellos *objets d'art* que Sharsted había visto. ¿Por qué entonces necesitaba pedir dinero prestado con tanta frecuencia, y por qué se demoraba tanto tiempo en

devolverlo? Con los intereses devengados, la cantidad que le adeudaba a míster Sharsted constituía una suma considerable. Míster Gingold debía de ser un comprador de objetos raros.

De acuerdo con la miseria general de la casa, observada por el visitante casual, aquello tenía que significar que su instinto de coleccionista se negaba a desprenderse de cualquier objeto una vez comprado, y que le había hecho entramparse. Los labios del prestamista se apretaron de nuevo. Bueno, tendría que pagar sus deudas como cualquier otro.

Si no, tal vez Sharsted pudiera obligarle a que le pagara con algo..., porcelana, un cuadro..., que podría vender y obtener con ello un pingüe beneficio. Los negocios son los negocios, y Gingold no podía esperar que aguardara eternamente. Sus reflexiones quedaron interrumpidas por una pregunta que le hizo el dueño de la casa, y Sharsted musitó una excusa al darse cuenta de que Gingold estaba esperando con una mano puesta en el gollete de una pesada garrafitita de cristal y plata.

-Sí, sí, jerez. Gracias -musitó confuso, moviéndose torpemente.

La luz era tan mala en aquel lugar que encontró difícil enfocar los ojos. Los objetos tenían un modo de cambiar y de hincharse como si estuvieran sumergidos en agua. Sharsted veíase obligado a usar gafas con cristales oscuros, porque desde pequeño tuvo malos los ojos. Eso hacía doblemente oscuras aquellas habitaciones, más oscuras de lo que en realidad eran. Pero aunque Sharsted miró por encima de sus gafas mientras Gingold servía el vino, tampoco pudo distinguir con claridad los objetos. Tendría que consultar con su oculista si tal perturbación continuaba.

Su voz sonó a hueco en sus oídos cuando aventuró una frase vulgar al alargarle Gingold la copa. Se sentó cauteloso en una silla de alto respaldo que le señaló Gingold, y sorbió el líquido ambarino con cierta vacilación. Notó que su sabor era extrañamente bueno; pero aquella inesperada hospitalidad le estaba poniendo en mala posición ante Gingold. Debía mantenerse firme y abordar el tema de su negocio. Pero experimentó una curiosa repugnancia y permaneció sentado en un incómodo silencio, con una mano sujetando el pie de su copa y escuchando el suave tictac de un reloj antiguo, que era lo único que rompía el silencio.

Entonces se dio cuenta de que se hallaba en una amplia habitación, profusamente amueblada, que podía estar en el piso alto de la casa, bajo las tejas. Ni un ruido del exterior penetraba por las ventanas tapadas con pesados cortinones de terciopelo azul; el parqué del suelo estaba cubierto con varias y exquisitas alfombras chinas y, al parecer, la habitación se hallaba dividida en dos partes por una gruesa cortina de terciopelo que hacía juego con las de las ventanas.

Gingold hablaba poco. Estaba sentado a una amplia mesa de caoba, golpeando su copa de jerez con sus largos dedos. Sus brillantes ojos azules miraban con inusitado interés a Sharsted, mientras hablaban sobre temas vulgares. Al fin, el prestamista se decidió a abordar el objeto de su visita. Habló de la gran cantidad de dinero pendiente que había adelantado a míster Gingold, de los continuos aplazamientos de pago y de la necesidad de que la deuda se liquidase lo más pronto posible. Cosa extraña: a medida que Sharsted avanzaba en su charla, su voz comenzó a tartamudear y de repente fue perdiendo el habla. Corrientemente, como todas las personas de clase trabajadora de la ciudad tenían motivos de conocer, era brusco, negociante, insensible y cruel. Nunca vacilaba en embargar los bienes del deudor o en arrebatárselos si era necesario, y ése era el motivo de que le odiara todo el mundo, cosa que le tenía sin cuidado.

En efecto, se daba cuenta de que era una cualidad innata en él. Su fama en los negocios le precedía a donde fuera y actuaba como un incentivo para el pronto pago. Si las personas eran lo suficientemente inconscientes para empobrecerse o para entramparse y no podían hacer frente a sus deudas, bueno, entonces los embargaba; todo era molienda para su molino y nadie podía esperar de él que condujera su negocio por entre una maraña de insensateces sentimentales. Se sentía más irritado contra Gingold de lo que nunca se había sentido, porque su dinero estaba evidentemente seguro; pero lo que continuaba molestándole era la suave docilidad del hombre, su indudable riqueza y su repugnancia a pagar sus deudas.

Algo de esto debió de deslizarse, casualmente, en su conversación, porque míster Gingold se cambió en su silla, no hizo comentario alguno sobre la apremiante demanda de míster Sharsted, y únicamente dijo, con otra de sus suaves frases:

-Tome otro jerez, míster Sharsted.

El prestamista notó que toda la fuerza huía de él mientras asentía débilmente. Se echó hacia atrás en su cómoda silla con un movimiento de cabeza y permitió que su mano apresara la segunda copa, perdido por completo el hilo de su discurso. Mentalmente se maldijo por ser un estúpido loco, tratando de concentrarse; pero la benévola sonrisa de Gingold, la forma curiosa en que se movían y se balanceaban los objetos de la habitación en medio del cálido ambiente, la oscuridad general y los discretos cortinajes, se hacían cada vez más pesados y oprimían su mente.

Así, pues, experimentó una especie de alivio cuando vio que su anfitrión se ponía en pie. No cambió el tópico, sino que continuó hablando como si Sharsted no hubiera mencionado en absoluto el dinero; simplemente ignoraba la situación y, con entusiasmo que Sharsted estimó difícil de compartir, murmuró suavemente algo sobre las paredes chinas pintadas, tema que Sharsted desconocía por completo.

Encontró que tenía los ojos cerrados y, haciendo un esfuerzo, los abrió. Gingold estaba diciendo:

-Creo que esto le interesará, míster Sharsted. Venga...

Su anfitrión avanzó y el prestamista, siguiéndole a la parte trasera de la habitación, vio que se separaba en dos partes la amplia cortina de terciopelo. Ambos hombres cruzaron por el espacio abierto, que se cerró a sus espaldas, y entonces míster Sharsted se dio cuenta de que se hallaban en una cámara semicircular.

Esta habitación era, si aquello era posible, más oscura todavía que la que acababan de dejar. Pero comenzó a revivir el interés del prestamista. Notó más despejada su mente y rodeó una amplia mesa, con algunos niveles y ruedas de metal, que relucían en la oscuridad, y un largo tubo que subía hasta el techo.

-Esto casi se ha convertido en una obsesión para mí -murmuró Gingold mientras se disculpaba con su visitante-. ¿Conoce usted los principios de la cámara oscura, míster Sharsted?

El prestamista recapacitó lentamente, buscando un recuerdo en su memoria.

-Se trata de una especie de juguete Victoriano, ¿no? -dijo, al fin.

Míster Gingold pareció desilusionado, pero la expresión de su voz no cambió.

-No es eso, míster Sharsted -continuó-. Es algo más fascinante. Pocos amigos míos han tenido acceso a esta cámara para ver lo que usted va a contemplar.

Manipuló en el tubo, que pasó a través de una abertura practicada en el techo.

-Estos controles están adaptados al sistema de lentes y prismas colocados en el tejado. Como verá usted, la cámara oscura, como llaman a esto los científicos Victorianos, capta un panorama de la ciudad situada en la parte baja de este cerro y lo transmite aquí, a la mesa vidente. Un estudio absorbente, compañero del hombre..., ¿no le parece? Yo me paso muchas horas aquí.

Míster Sharsted nunca había oído hablar a míster Gingold de modo tan locuaz, y ahora que ya le había pasado el sopor que le asaltó en los primeros momentos se sentía más decidido a hablarle de la deuda. Pero primero le halagaría fingiendo interés por su estúpido juguete. Sin embargo, míster Sharsted tuvo que admitir, casi con un suspiro de sorpresa, que la obsesión de Gingold se hallaba justificada.

Repentinamente, cuando Gingold manipuló su mano sobre el nivel, la habitación se inundó de una luz cegadora, y el prestamista comprendió por qué era necesaria la oscuridad en aquella cámara. Inmediatamente, una contraventana situada en lo alto de la cámara oscura se deslizó sobre el tejado y, casi al mismo tiempo, un panel del techo se abrió para dejar paso a un rayo de luz dirigido sobre la mesa colocada delante de ellos.

En un segundo de visión divina, míster Sharsted contempló cómo un panorama de la parte de la ciudad antigua se extendía ante él con un magnífico colorido natural. Allí estaban las fantásticas y pedregosas calles inclinándose hacia el valle, con los montes azules como fondo; las chimeneas de las fábricas humeaban en medio centenar de caminos; el distante tráfico aparecía silencioso; también en una ocasión atravesó el campo visual un enorme pájaro, tan cerca en apariencia que míster Sharsted dio un paso atrás, apartándose de la mesa.

Gingold lanzó una risotada seca y giró una rueda de metal que tenía al lado. La visión cambió



bruscamente, y Sharsted, suspirando de nuevo, contempló una vista resplandeciente del estuario, con un gran barco carbonero navegando hacia alta mar.» Las gaviotas volaban, formando un telón de fondo, y el suave vaivén de la marea acariciaba el muelle. Mister Sharsted, que había olvidado por completo el objeto que le llevara a la casa, estaba fascinado. Debía de haber pasado media hora, y cada vista proyectada era más encantadora que la anterior. Desde esta altura, la mugre y la pobreza de la ciudad se transformaban por completo.

Sin embargo, regresó al presente bruscamente, debido a la última vista. Gingold manipuló el control por última vez y un conjunto de viviendas en ruinas apareció ante su vista.

-La antigua casa de mistress Thwaites, me parece -dijo Gingold suavemente.

Sharsted notó que enrojecía y torció los labios en un gesto de ira. El asunto de los Thwaites había levantado más polvareda de lo que él creyó. La mujer había pedido prestada una cantidad mucho mayor de lo que podía devolver; acumulados los intereses, tuvo que volver a pedir. ¿Podía él abstenerse porque tuviera un marido tuberculoso y tres hijos? Tenía que dar ejemplo en ella para mantener a raya a sus clientes; así que habría embargo de muebles y los Thwaites serían puestos en la calle. ¿Podía él abstenerse de llegar a este extremo? Si las personas pagaran sus deudas, todo marcharía bien. «Él no era una institución filantrópica», se dijo encolerizado.

Y a esta referencia de lo que se convirtió rápidamente en un escándalo en la ciudad, todo su sofocante resentimiento contra Gingold estalló de nuevo. ¡Ya estaba bien de vistas y de jugar como crios! La cámara oscura, bien. Si mister Gingold no cumplía con sus obligaciones como un caballero, él vendería este precioso juguete para cancelar su deuda.

Se dominó con un esfuerzo cuando se volvió y se encontró con la irónica y amable mirada de mister Gingold.

-¡Oh, sí! -exclamó mister Sharsted-. Lo de los Thwaites es asunto mío, mister Gingold. Pero, por favor, sírvase limitarse al asunto que tenemos entre manos. He venido aquí de nuevo con alguna preocupación. Debo decirle que si las trescientas libras a que ascienden sus deudas no me las paga el lunes, me verá obligado a proceder legalmente.

Las mejillas de Sharsted estaban encendidas y su voz vaciló cuando pronunció aquellas palabras. Si esperaba una reacción violenta de Gingold, quedó defraudado. Lo único que hizo el dueño de la casa fue mirarle, con mudo reproche.

-¿Es su última palabra? -preguntó, apesadumbrado-. ¿No quiere considerar de nuevo la cuestión?

-Claro que no -vociferó Sharsted-. El dinero habrá de estar en mi poder el lunes.

-No me ha comprendido usted, mister Sharsted -dijo Gingold, todavía con su suave voz, que tanta irritación producía a su interlocutor-. Me estaba refiriendo a mistress Thwaites. ¿Continuará usted adelante con esa innecesaria y, en cierto modo, inhumana acción? Yo quisiera...

-Por favor ocúpese de su propio asunto -le interrumpió exasperado Sharsted-. Piense en lo que le digo...

Miró desatinadamente en torno a la habitación en que se hallaba.

-¿Es su última palabra? -repitió Gingold.

Una muda contestación recibió su mirada al dirigirse a la pálida y descompuesta cara del prestamista.

-Perfectamente -dijo Gingold, suspirando hondo-. Sea como usted pretende. Le acompañaré en su camino de regreso.

Avanzó de nuevo, poniendo un pesado tapete de terciopelo sobre la mesa de la cámara oscura. El postigo del techo se cerró con un sonido perfectamente audible. Con gran sorpresa de Sharsted, éste se dio cuenta de que iba siguiendo a su anfitrión por otra escalera. Ésta era de piedra, provista de una barandilla de hierro, fría al tacto.

Su cólera se iba apaciguando con la misma rapidez que surgiera. Lamentaba ya haber perdido el dominio de sus nervios al presentarse el caso de mistress Thwaites, porque su intención no fue mostrarse tan rudo ni con tanta sangre fría. ¿Qué habría pensado mister Gingold de él? Era extraño cómo había llegado el asunto a sus oídos; sorprendente la información que podía obtener del mundo exterior un recluso como aquél, siempre internado en su casa.

Sin embargo, supuso que mister Gingold, en aquel cerro, podía considerarse como un ser que estaba en el centro de las cosas. De repente empezó a sudar, porque la atmósfera pareció hacerse más caliente. A través de una abertura practicada en la pared de piedra pudo ver el cielo, que ya estaba en sombras. En realidad debía de hallarse cerca de la puerta. ¿Cómo esperaría el viejo loco que encontrase su camino de salida cuando todavía estaban subiendo hacia lo alto de la casa?

Sharsted se lamentó también de que si se indisponía con Gingold haría más difícil conseguir el pago de su dinero; fue como si mencionando a mistress Thwaites y tratando de ponerse de parte

de ella, Gingold hubiese intentado una forma de sutil censura.

No lo hubiera esperado de Gingold; no era costumbre suya mezclarse en los asuntos ajenos. Si era tan amante de los pobres y necesitados, bien podía haber adelantado a la familia algún dinero para ayudarla en sus necesidades.

Su mente bullía con estos confusos y coléricos pensamientos. Sharsted, jadeante y desgredado, se encontraba ahora en una gastada plataforma de piedra, donde Gingold metía la llave en la cerradura de una vieja puerta de madera.

-Mi taller -explicó con una sonrisa a míster Sharsted, que sintió elevarse su tensión por esta caída en una atmósfera emocional.

Mirando a través de una vieja y casi triangular ventana que estaba frente a él, Sharsted pudo ver que se hallaban en una superestructura, pequeña y en forma de torre, situada a más de seis metros sobre el tejado principal de la casa. Al pie del precipicio colgante del edificio se veía un conjunto de callejuelas poco conocidas, según pudo darse cuenta mirando a través de los sucios cristales.

-Hay una escalera que baja por la parte exterior -explicó míster Gingold mientras abría la puerta-. Le conducirá a usted al otro lado del cerro y le ahorrará un kilómetro, aproximadamente, de camino.

El prestamista experimentó un repentino alivio al oír esto. Casi había llegado a temer a aquel viejo calmoso y falazmente salvaje que, aunque hablaba poco y no amenazaba en absoluto, empezaba a mostrar un sutil aire de amenaza para la ahora supe-rardorosa imaginación de míster Sharsted.

-Pero antes -dijo míster Gingold sujetando el brazo del otro hombre con una garra sorprendentemente poderosa- quiero enseñarle a usted algo..., y esto, en realidad, lo ha visto poquísima gente.

Sharsted miró al otro rápidamente, pero no pudo leer nada en los enigmáticos ojos azules de Gingold.

Se sorprendió al encontrar una habitación similar, aunque más pequeña, a la que acababa de dejar. Había otra mesa, otro tubo que ascendía hasta una cúpula en forma de bóveda y otro conjunto de ruedas y niveles.

-Esta cámara oscura -continuó Gingold- es un modelo muy raro, puede estar seguro. En efecto, creo que hoy día sólo existen tres, y una de ellas en el norte de Italia.

Sharsted se aclaró la garganta y no hizo comentario alguno.

-Estoy seguro de que le gustará ver esto antes de marchar -dijo suavemente Gingold-. ¿Está completamente seguro de que no quiere cambiar de idea? -preguntó casi inaudiblemente cuando se inclinó sobre los niveles-. Me refiero a lo de mistress Thwaites.

Sharsted notó que otra vez le volvía, repentinamente, el furor; pero consiguió dominarse.

-Lo siento, pero... -empezó a decir.

-No importa -dijo Gingold, lamentándolo-. Sólo quería estar seguro, antes de que echara una mirada a esto.

Puso la mano con infinita ternura sobre el hombro de Sharsted, mientras le empujaba hacia adelante.

Presionó el nivel y a míster Sharsted casi se le escapó un grito al ver la repentina visión. Él era Dios. El mundo se extendía ante él de un modo extraño o por lo menos el segmento de mundo que representaba la parte de la ciudad que rodeaba la casa en que se hallaban.

Lo veía desde gran altura, como lo haría un hombre desde un aeroplano, aunque nada estaba en perspectiva.

El cuadro era de enorme claridad; era como mirar un viejo caballo de cristal que poseyese una extraña cualidad de distorsión. Había algo oblicuo y elíptico en la extensión de las callejuelas y senderos que se extendían al pie del cerro.

Las sombras eran malvas y violetas, y los extremos del cuadro estaban manchados aún con el color sangre del sol poniente.

Era una visión caótica, espantosa, y míster Sharsted estaba destrozado. Sentíase suspendido en el espacio, y casi gritó al sentir la sensación de vértigo de altura.

Cuando mister Gingold movió la rueda y el cuadro empezó lentamente a girar, mister Sharsted gritó y se agarró al respaldo de la silla para no caerse.

Quedó turbado también cuando captó la visión de un gran edificio de color blanco, situado al fondo del cuadro.

-Creí que era la antigua Bolsa del Trigo -dijo, asustado-. Pero se quemó antes de la última guerra, ¿verdad?

-¿Eh? -contestó Gingold como si no hubiese oído.

-No importa -dijo Sharsted, que estaba ahora completamente confuso y molesto.

Debía de ser la combinación del jerez con la enorme altura a que estaba viendo la visión en la cámara oscura.

Era un juguete demoníaco, y se apartó de mister Gingold, que le parecía, en cierto modo, siniestro a la luz malva y roja reflejada de la imagen que aparecía sobre la pulimentada superficie de la mesa.

-Creí que le gustaría ver esta cámara -dijo Gingold, con su misma voz inexpresiva y enloquecedora-. Es algo muy especial, ¿verdad? La mejor de las dos... Se puede ver todo lo que está normalmente oculto.

Mientras hablaba, aparecieron en la pantalla dos viejos edificios que mister Sharsted estaba seguro que fueron destruidos durante la guerra; en efecto, un jardín público y un aparcamiento de coches habían sustituido ahora a esos dos edificios.

De pronto se le secó la boca. No estaba seguro de si había bebido demasiado jerez o si el calor del día le había trastornado la cabeza.

Estuvo a punto de hacer la punzante observación de que la venta de la cámara oscura liquidaría la actual deuda de Gingold; pero rápidamente se dio cuenta de que no sería un comentario oportuno en las actuales circunstancias. Se notaba débil, la cara tan pronto le ardía como se le quedaba helada, y mister Gingold estaba a su lado a cada instante.

Sharsted observó que el cuadro había desaparecido de la mesa y que el día estaba oscureciendo rápidamente más allá de los empañados cristales de las ventanas.

-Tengo que marcharme ya -dijo con débil desesperación, intentando liberarse del persistente y sosegado apretón de mano de Gingold sobre su brazo.

-Claro que sí, mister Sharsted -le dijo el dueño de la casa-. Por aquí.

Sin ceremonia, le condujo hasta una puertecilla ovalada situada en el rincón de la pared más alejada.

-No tiene más que bajar la escalera. Le dejaré a usted en la calle. Por favor, dé un fuerte empujón a la puerta de abajo... y cerrará sola.

Mientras hablaba, abrió la puertecilla y mister Sharsted vio una escalera de claros y secos peldaños de piedra que conducían hacia abajo. La luz, que aún salía por las ventanas, se fijaba en las paredes circulares.

Gingold no ofreció la mano a Sharsted, que permanecía en situación poco delicada, sosteniendo la puerta entornada.

-Hasta el lunes, pues -dijo Sharsted.

Gingold fingió no oírle.

-Buenas noches, mister Gingold -dijo el prestamista con prisa nerviosa, ansioso de irse.

-Adiós, mister Sharsted -respondió Gingold con amabilidad, dando por terminada la entrevista.

Sharsted cruzó la puerta casi corriendo y bajó muy nervioso la escalera, maldiciéndose mentalmente por todas sus tonterías. Sus pies golpeaban los escalones de tal forma que el eco repercutía de modo extraño arriba y abajo de la vieja torre. Afortunadamente, había todavía suficiente luz. Aquél hubiese sido un sitio tétrico en la oscuridad. Aminoró el paso después de algunos minutos y pensó amargamente en la forma con que permitió al viejo Gingold imponerse sobre él. ¡Y qué impertinente fue el hombre interfiriéndose en el asunto de mistress Thwaites!...

¡Ya vería qué clase de hombre era mister Sharsted cuando volviese el lunes y se llevase a cabo el embargo de bienes que tenía planeado! El lunes sería también un día que nunca olvidaría mister Gingold..., y mister Sharsted notó que estaba adelantándose a los acontecimientos.

De nuevo aceleró el paso, y ahora se encontró delante de una gruesa puerta de roble. Cedió bajo su mano cuando descorrió el gran cerrojo bien engrasado, e inmediatamente se encontró en una avenida de paredes altas que conducía a la calle. La puerta se cerró de golpe tras él y, respirando el frío de la noche, dio un suspiro de alivio. Se echó el pesado sombrero hacia atrás y avanzó a zancadas sobre los guijarros, como para afirmar la solidez del mundo exterior. Una vez en la calle, que le pareció un poco extraña a él, dudó qué camino tomar, decidiéndose por el de la derecha. Recordaba que mister Gingold le había dicho que este camino le conduciría a la otra ladera de la montaña. Nunca había estado en esta parte de la ciudad y el paseo le sentaría bien.

El sol se había puesto por completo; un sutil gajo de luna se mostraba, en estas primeras horas de la noche, en el cielo. Le pareció que había pocas personas cuando, diez minutos después, salió a una amplia plaza de la que partían cinco o seis calles. Decidió preguntar el camino que le alejaría de esta parte de la ciudad. Con suerte, podría coger un tranvía, porque ya había andado mucho aquel día.

En un rincón de aquella plaza se alzaba una amplia capilla de color gris humo, y cuando mister Sharsted pasó por delante de ella, echó una mirada a un letrero escrito en grandes caracteres dorados: **HERMANDAD RENOVADORA DE NINIAN.**

Eso era lo que decía el cartel. La fecha, en reducidos números dorados, era: 1925.

Mister Sharsted continuó su camino y se decidió por la calle más importante de las que tenía ante sí. Ya era de noche casi por completo y los faroles aún no estaban encendidos en aquella parte del cerro. Cuando avanzó más, los edificios se apretaron en torno a su cabeza y las luces de la ciudad de abajo se desvanecieron. Mister Sharsted se consideró perdido y un tanto desamparado, debido, indudablemente, a la atmósfera increíblemente fantástica de la enorme casa de mister Gingold.

Decidió preguntar al primer transeúnte que se encontrara cuál era la dirección que debía seguir; pero no vio a nadie. La falta de alumbrado en la calle también le turbaba. Las autoridades municipales debían de hacer la vista gorda cuando transitaban por esta parte de la ciudad sumida en las tinieblas, a menos que se hallase bajo la jurisdicción de otra corporación.

Mister Sharsted pensaba así cuando dobló la esquina de una calle estrecha y se dio de cara con un edificio amplio y blanco que le era conocido. Durante muchos años, mister Sharsted tuvo colgado en su despacho un calendario anual, regalo de un comerciante de la localidad, en el que había un cuadro de ese edificio. Miró la fachada con enorme asombro mientras se acercaba. El rótulo, Bolsa del Trigo, parpadeaba lentamente a la luz de la luna, como si el prestamista no estuviera bastante cerca para entender lo que ponía.

La extrañeza de mister Sharsted se convirtió en inquietud cuando pensó que ya había visto aquel edificio antes, aquella misma tarde, en la imagen captada por las lentes de la segunda cámara oscura de mister Gingold. Y sabía con indiscutible certeza que la vieja Bolsa del Trigo se había incendiado en los pasados años de la década treinta.

Tambaleándose, apresuró el paso. Había algo diabólicamente equivocado en todo aquello, a menos que fuera víctima de una ilusión óptica engendrada por la violencia de sus pensamientos, por el desacostumbrado paseo que había dado aquel día y por las dos copas de jerez.

Experimentó la desagradable sensación de que mister Gingold pudiera estarle observando, en aquel momento, en la mesa de su cámara oscura, y ante tal pensamiento, su frente se inundó de sudor frío.

Echó a correr con un ligero trote, y pronto dejó a su espalda la Bolsa del Trigo. En la lejanía oyó el golpear de los cascos de un caballo y el chirrido de las ruedas de un carro; pero cuando alcanzó la entrada de la calle vio con desánimo desaparecer su sombra doblando la esquina de la calle adyacente. No le fue posible ver a nadie, y de nuevo se dio cuenta de que le era difícil fijar su posición actual en relación con la ciudad.

Apresuró la marcha una vez más, dando muestras de una determinación que estaba lejos de sentir, y cinco minutos después llegaba al centro de una plaza que no le era desconocida.

En la esquina había una capilla, y mister Sharsted leyó por segunda vez aquella noche el rótulo

de **HERMANDAD RENOVADORA DE NINIAN.**

Golpeó con el pie, iracundo. Había recorrido casi seis kilómetros y había sido lo bastante inconsciente para describir un círculo completo. Ahora se hallaba de nuevo allí, a cinco minutos de la casa de Gingold, de donde saliera casi una hora antes.

Sacó el reloj y se sorprendió al ver que no eran más que las seis y cuarto, aunque hubiera jurado que ésa era la hora en que dejó a Gingold.

Aunque acaso fueran las cinco y cuarto. Apenas sabía lo que estaba haciendo aquella tarde. Lo acercó al oído para asegurarse de que andaba y volvió a guardárselo en el bolsillo.

Sus pies golpearon coléricos el pavimento mientras recorría en toda su extensión la anchura de la plaza. Esta vez no cometería el mismo error estúpido. Eligió sin vacilar una ancha y bien pavimentada calle que le conduciría, indudablemente, al centro de la ciudad. Notó que su respiración había bajado de tono. Cuando dobló la esquina de la calle siguiente, aumentó su confianza.

Las luces resplandecían en cada acera. Las autoridades habían comprendido al fin su error y las habían encendido. Pero de nuevo estaba equivocado. Vio un carrito parado a un lado de la calle, con un caballo uncido a él. Un viejo estaba subido en una escalera, apoyada contra una farola, y mister Sharsted vio la débil llama de las tinieblas y luego el suave resplandor del farol de gas.

La irritación volvió a hacer presa en él. ¿En qué parte tan arcaica de la ciudad vivía mister Gingold? ¡Claro, adecuada para él! ¡Faroles de gas!... ¡Y qué sistema para encenderlos! Sharsted creía que ese sistema había desaparecido con el arca de Noé.

No obstante, se mostró cortés.

-Buenas noches, señor -dijo, y la figura subida en lo alto de la escalera se movió incómoda.

La cara estaba sumida en profunda sombra.

-Buenas noches, señor -respondió el farolero con voz apagada.

Y empezó a bajar de la escalera.

-¿Podría usted indicarme el centro de la ciudad? -le preguntó mister Sharsted con fingida confianza.

Dio un par de pasos hacia él, pero se detuvo como alcanzado por un rayo.

Notó un extraño y hediondo olor que le recordó algo que no podía precisar. Realmente, las alcantarillas de aquel lugar eran nauseabundas. Escribiría al Ayuntamiento quejándose del mal estado en que se encontraba aquella parte de la localidad.

El farolero había bajado del todo y se dirigió al carro para poner algo en la parte de atrás. El caballo se agitó de mala manera, y mister Sharsted percibió de nuevo el hediondo olor, ligeramente malsano en el ambiente estival.

-Según mi opinión, señor, éste es el centro de la ciudad -respondió el farolero.

Al hablar avanzó, y la pálida luz del farol dio de lleno en su cara, hasta entonces en la sombra.

Mister Sharsted no esperó a preguntarle ninguna otra dirección, sino que se alejó de prisa, calle abajo, sin estar seguro de si la palidez verdosa de la cara del hombre se debía a lo que sospechaba o bien a los cristales verdes de las gafas que usaba.

Pero sí era cierto que algo como una masa de gusanos retorcidos surgía por debajo de la gorra del hombre, en el lugar donde, normalmente, debería haber estado el pelo. Sharsted no esperó a averiguar si era correcta la suposición de aquella especie de Medusa. Tras su espantoso temor ardía una ira desmedida contra Gingold, al que consideraba, en cierto modo, como culpable de todas aquellas perturbaciones.

Mister Sharsted estaba esperando fervientemente a despertarse pronto y encontrarse metido en la cama, en su casa, preparado para empezar el día que tan ignominiosamente había terminado en la de Gingold; pero mientras se formulaba esta idea estaba en pleno conocimiento de que cuanto le sucedía era realidad: el frío rayo de luna, el duro pavimento, su frenética huida y la respiración, raspándole y lastimándole la garganta...

Cuando la niebla se fue disipando de delante de sus ojos, aminoró el paso y, al poco tiempo, se encontró en medio de una plaza. Inmediatamente se dio cuenta de dónde estaba y obligó a sus nervios a mantenerse dentro de una terrible y forzada calma para no caer en la desesperación.

Con controlado paso cruzó por delante del rótulo **HERMANDAD RENOVADORA DE NINIAN**, y esta vez eligió la calle más inverosímil de todas, poco más que una angosta callejuela que parecía conducir en dirección contraria a las anteriores.

Míster Sharsted estaba deseando intentar algo que le sacara de aquel terrible y condenado cerro. Aquí no había luces y sus pies tropezaban en las piedras y guijarros salientes de la mal adoquinada calle; pero al fin marchaba cerro abajo y aquella callejuela daba vueltas en espiral gradualmente, hasta que estuvo en la verdadera dirección.

En algunos momentos, míster Sharsted percibió débiles y huidizos movimientos a su alrededor, en la oscuridad, y una vez se paró a escuchar ante él una tos confusa y apagada. Al menos, había otras personas por allí, pensó, y se sintió reconfortado también al ver a lo lejos las difusas luces de la ciudad.

A medida que se iba acercando, míster Sharsted recobró los ánimos y sintióse aliviado al ver que la gente que le rodeaba no se alejaba de él, como había medio sospechado que pudiera ocurrir. Las disposiciones respecto a él eran también bastante sólidas. Los pies de aquellas personas sonaban a hueco en la calle; evidentemente eran personas que caminaban para reunirse en algún sitio.

Cuando míster Sharsted se encontró debajo de la luz de la primera farola, había desaparecido ya su pánico anterior. Aún no podía reconocer dónde se encontraba exactamente; pero los adornados hotelitos que pasaban ante su vista eran más reminiscentes que la propia ciudad.

Míster Sharsted se detuvo cuando llegaron al espacio bien alumbrado, y al hacerlo tropezó con un hombre grueso y alto que salía en aquel momento por la verja de un jardín, dispuesto a reunirse al tropel de gente que estaba en la calle.

Sharsted se tambaleó al tropezón, y una vez más su nariz percibió el nauseabundo y suave olor a miseria. El hombre le agarró por las solapas para evitar que se cayera.

-Buenas noches, Mordecai -le dijo con voz pastosa-. Ya me imaginaba que, más pronto o más tarde, vendría usted.

Míster Sharsted no pudo contener un grito de indescriptible terror. No solamente la verdosa palidez de la cara del hombre, ni los putrefactos y correosos labios que dejaban al descubierto los cariados dientes. Retrocedió hasta apoyarse en la verja mientras Abel Joyce se alejaba... Abel Joyce, otro prestamista y usurero que había muerto en mil novecientos veintitantos, y a cuyo funeral había asistido míster Sharsted.

La oscuridad le rodeó cuando echó a andar de nuevo, con un nudo en la garganta. Empezaba a comprender a míster Gingold y su diabólica cámara oscura: los errantes y los condenados.

De cuando en cuando dirigía una mirada de soslayo a sus compañeros mientras caminaban. Allí estaba mistress Sanderson, que tenía por costumbre desenterrar los cadáveres y robar sus prendas;

Grayson, el agente y enterrador; Druke, un estafador; Amos, el ventajista de la guerra..., todos con palidez verdosa y llevando sobre sí el olor a podredumbre.

Todas aquellas personas habían tenido trato con Sharsted en alguna ocasión y todas tenían entre sí algo en común. Sin excepción, todas habían muerto hacía bastantes años. Míster Sharsted se puso el pañuelo en la boca para bloquear el insoportable hedor, y oyó las risotadas burlonas.

-Buenas noches, Mordecai -le dijeron-. Ya suponíamos que te reunirías con nosotros.

Míster Gingold le amenazaba con aquellos fantasmas. Sollozó, mientras continuaba su marcha, aligerando el paso. Si sólo lograrse hacerle comprender... Sharsted no merecía aquel trato. Él era un negociante, no como esos «chupadores de sangre» de la sociedad; los errantes y condenados. Ahora sabía por qué la Bolsa del Trigo permanecía en pie y por qué la ciudad le era extraña. Existía sólo en los ojos de la cámara oscura. Ahora se daba cuenta también de que míster Gingold estuvo tratando de darle la última oportunidad y por qué dijo «adiós» en lugar de «buenas noches».

Quedaba una sola esperanza. Si lograrse encontrar la puerta trasera de la casa de Gingold, tal vez consiguiese que cambiase de idea. Los pies de Sharsted volaban sobre los guijarros mientras pensaba aquello; se le cayó el sombrero y tuvo que agarrarse a la pared. Dejó muy atrás a los

cadáveres errantes; pero, aunque ahora buscaba la plaza conocida, le pareció que había encontrado el camino que conducía a la Bolsa del Trigo.

Se paró un momento para recuperar el aliento. Debía actuar con lógica ¿Qué le pasó antes? Pues se apartó, naturalmente, del destino deseado. Míster Sharsted se volvió, dándose impulso para caminar en línea recta hacia las luces. Aunque aterrorizado, no desesperó, ya que ahora sabía por qué estaba asustado. Se consideraba dispuesto a luchar contra míster Gingold. ¡Si consiguiera encontrar la puerta!...

Cuando alcanzó el círculo iluminado, formado por las luces de las farolas de la calle, míster Sharsted suspiró aliviado. Porque cuando dobló una esquina se encontró con la plaza grande, con la capilla en uno de sus lados. Corrió. Debía recordar exactamente las vueltas que había dado; no podía permitirse el lujo de cometer una equivocación.

¡Dependía tanto de eso! Si tuviese solamente una oportunidad..., dejaría a la familia Thwaites que conservara la casa, y hasta sería capaz de olvidar la deuda de Gingold. No podía arrojarse la posibilidad de andar por estas calles interminables... ¿Por cuánto tiempo? Y con los seres que había visto...

Míster Sharsted suspiró cuando recordó la cara de una anciana que había visto a primera hora de aquella noche..., o lo que había quedado de aquella cara..., tras tantos años de viento y lluvia. De pronto recordó que ella había muerto antes de la guerra del año 1914. El sudor frío volvió a mojarle la frente y trató de no pensar en ello.

Una vez fuera de la plaza, se metió por la callejuela que recordaba ¡Ah, allí estaba! Ahora, todo cuanto tenía que hacer era tirar a la izquierda, y allí estaría la puerta. Su corazón empezó a palpar con más fuerza y Sharsted comenzó a pensar, con liviano deseo, en la seguridad de su bien acondicionada casita y en sus estanterías llenas de libros de contabilidad tan queridos para él. Sólo otra esquina. Corrió y subió la calle hacia la puerta de míster Gingold. Otros treinta metros hacia la paz del mundo vulgar y corriente.

El rayo de luna alumbró una plaza ancha y bien adoquinada. También iluminó un rótulo pintado con letras doradas en una larga tabla: **HERMANDAD RENOVADORA DE NINIAN.**

La fecha era: 1925.

Míster Sharsted dio un grito de terror y desesperación, y se derrumbó sobre el pavimento.

Míster Gingold suspiró profundamente y bostezó. Miró el reloj. Ya era hora de acostarse. Una vez más se inclinó para mirar la cámara oscura. No había sido un día desaprovechado. Tapó con un paño de terciopelo oscuro la imagen de las lentes y se fue pausadamente a la cama.

Debajo del paño estaba reflejado, con cruel detalle, el estrecho laberinto de calles que rodeaban la casa de míster Gingold, visto como a través del ojo de Dios; allí estaban, atrapados para toda la eternidad, Sharsted y sus colegas, los errantes y los condenados, tropezando, llorando, blasfemando, mientras se deslizaban y arrastraban a lo largo de las callejuelas y plazas de su propio infierno particular, bajo la pálida luz de las estrellas.



## MIRIAM ALLEN DE FORD - Una muerte en la familia

(*A Death in the Family*)

A los cincuenta y ocho años, Jared Sloane poseía las ordenadas costumbres de un solterón empedernido. A las siete en punto de la tarde en verano y a las seis en invierno, apagaba las luces, cerraba la puerta con llave y regresaba a sus habitaciones particulares. Se duchaba, se afeitaba y se ponía una ropa menos ceremoniosa que la que le exigía su profesión. Luego, se hacía la cena y fregaba.

Terminado esto, dejaba el teléfono supletorio en el suelo de su dormitorio, donde estaba seguro que lo oiría si sonaba; abría la llave de la bien acondicionada puerta que ponía en comunicación la cocina con el sótano y bajaba a pasar la velada con su familia.

El anciano mister Shallcross, a quien comprara la casa veinte años antes, había utilizado el sótano solamente como almacén. Pero cualquier hombre joven y con recursos propios durante la época de la «gran depresión» adquirió gran cantidad de excelentes conocimientos, y Jared no fue una excepción. Él había aserrado, martillado y pintado, y lo que en cierta época fue un sótano, ahora era un amplio y confortable cuarto de estar, con sus altas ventanas, de reducidas dimensiones, siempre cubiertas con pesados cortinones. No tenía habilidad para hacer instalaciones eléctricas; pero había llevado un tubo desde la cocina hasta el viejo candelabro de gas, que, como la mayoría de los muebles que había vuelto a pintar y a tapizar, procedía de su atiborrado almacén de cosas viejas que patrocinaba en McMinnville. La habitación estaba siempre fría, y en invierno tan helada que tenía que permanecer con el abrigo puesto; pero eso era necesario y ya no lo notaba.

Allí estaban siempre esperándole: papá, sentado en el amplio y cómodo sillón, leyendo la *Gazette*, de Middleton; mamá, haciendo calcetines de lana con sus agujas; abuela, adormilada en la poltrona..., se pasaba adormilada todo el tiempo, pues tenía casi noventa años. El hermano Ben y la hermana Emma, jugando al *whist*, sentados a la mesita en sillas de respaldos rectos, con los naipes apoyados sagazmente contra la blanca camisa de Ben y la blusa estampada de Emma. Gussie, la esposa de Jared, sentada al piano, sus dedos parados sobre las teclas, su cabeza vuelta para sonreírle cuando apareciese, y Luke, su hijito de diez años, sentado en el suelo, con un navio de juguete medio construido por él.

Jared se sentaría en el único sitio vacío, una amplia y cómoda butaca tapizada con tela de felpa de color ciruela, y charlaría con ellos hasta la hora de meterse en la cama. Les contaría todo lo que había hecho arriba durante el día, comentaría las noticias y chismes de la ciudad y de las personas que conocía, repetiría los cuentos y los chistes, cuidadosamente expurgados, que había oído a los vendedores, expondría sus puntos de vista y sus opiniones sobre cualquier tema que surgiera en su mente... Ellos nunca discutían con él ni le contradecían. Tampoco le contestaban nunca.

Sus vestidos cambiaban con las estaciones y las modas; pero la escena no se alteraba jamás. Cuando llegaba el momento de irse a la cama, Jared decía:

-Buenas noches a todos... Que tengan un buen sueño.

Apagaba la luz, subía la escalera, echaba la llave a la puerta y se iba a la cama. Durante una temporada besaba a su esposa en la frente al despedirse; pero se dio cuenta de que los otros podían estar celosos, y ahora no mostraba ninguna predilección.

La «familia» no interpretó siempre sus actuales papeles. En otra época todos ellos tuvieron nombres diferentes. Fueron abuela, padre, madre, hermana, hermano, esposa e hijo de otra persona. Ahora lo eran de él.

Tuvo que esperar mucho tiempo hasta hacerse con algunos de ellos... por no tener la edad exacta o por no poseer el exacto parecido familiar. Había amado a Gussie, tranquila y pacientemente, durante muchos años antes de convertirla en esposa. Ella era entonces mistress Ralph Stiegeler, la esposa del dueño del *drugstore* de Middleton, y nunca adivinó ni sospechó que Jared Sloane estuviese enamorado de ella. Su nombre verdadero era Gussie. Ben, Emma y Luke tenían exactamente los nombres que a él le gustaban. Gussie era la base de la familia; todos los demás fueron añadidos después, uno a uno. La abuela, aunque parezca raro, era la que llevaba con ellos

menos tiempo... poco más de un año. La familia, para estar completa, necesitaba ahora una hija, y Jared ya le había elegido nombre: se llamaría Martha. Le gustaban los nombres antiguos, pertenecían al pasado, a su solitaria infancia en el orfanato, donde vivió siempre hasta que cumplió los dieciséis años.

Aún recordaba con amargura cómo los otros niños se burlaban de él, un expósito, cuyo nombre se debía al capricho del superintendente, que se lo puso cuando lo encontraron, envuelto en una sábana rota, en la escalera del orfanato. Los otros niños también eran huérfanos, pero sabían quiénes eran; tenían tías, tíos y primos, que les escribían cartas, venían a verlos y les enviaban regalos por Navidad y por sus cumpleaños, a los que ellos visitaban algunas veces también y que, con frecuencia, les pagaban todo o parte de su mantenimiento. Jared Sloane no tenía a nadie.

Esa era la causa de que él necesitase una familia numerosa. Todas las noches, ahora, era un hombre con padres, hermanos, esposa e hijo. (La abuela fue un caso de suerte: le había echado el ojo a la anciana mistress Atkinson y la había conseguido.) No había más sitio para otra persona adulta en la familia; pero Martha, cuando la encontrase, podría sentarse en un almohadón en el suelo, al lado de su hermano, y jugar con una muñeca que él le compraría o hacer algo exclusivamente doméstico, infantil y femenino. Decidió que sería más pequeña que Luke... es decir, siete u ocho años, lo suficientemente mayor para poder hablar con su padre y no tan niña que necesitara los cuidados de un bebé.

Por las noches, ya en la cama, antes de que pusiera el despertador en hora y dejara la dentadura en el vaso de agua, Jared Sloane recitaba mentalmente una breve oración en acción de gracias por alguien o algo..., a veces por sí mismo...; una oración de agradecimiento por la maravillosa e inaudita idea que se le ocurriera hacía diez años, cuando, en una noche triste e insomne, se le ocurrió de pronto cómo podría hacer de Gussie su esposa y conservarla con él todo el tiempo que él viviese. Ralph Stiegeler le había llamado aquella misma tarde. De ahí surgió el atrevido y estremecedor plan, brotado como Palas Atenea de la cabeza de Júpiter.

Habíase jugado el descubrimiento, la ruina, la cárcel y la desgracia contra la realización de su sueño más querido y más secreto: tener una familia propia. Y había ganado. Después de Gussie, lo demás fue fácil. No podía prever, pero sí elegir. Escogió Middleton por ser una ciudad pequeña, donde no se necesitaba más que un solo hombre de su profesión, y podía atender todos los asuntos que se presentaban. Dudó cuando vino aquí por primera vez, cuando salió del colegio, temiendo que no hubiera un modo de vida adecuado para él en el pueblo y en las granjas de los alrededores. Pero era frugal, le gustaba la tranquilidad y odiaba los ruidos y las competencias de las grandes ciudades. Aquí sería él solo desde el primer momento. Cuando se enteró por un anuncio en un periódico de que mister Shallcross quería vender su establecimiento y enseres para retirarse, Jared le escribió.

Con gran contento, descubrió que los ahorros guardados a fuerza de duro trabajo en sus años juveniles -había sido demasiado joven para ir a la primera guerra y demasiado viejo para ir a la segunda-, y que le habían permitido proporcionarle la única profesión que siempre le atrajera, bastarían para cubrir las modestas demandas de mister Shallcross. En una semana, el negocio cambió de manos. Actualmente, y desde hacía mucho tiempo, era un firme puntal de Middleton, y si nunca fue socio del casino ni tuvo amigos íntimos, era muy conocido y respetado... y, sobre todo, por encima de toda sospecha.

Todo se hacía siempre como deseaban los familiares del difunto. El entierro salía de la casa del muerto o de su magníficamente decorada capilla, según ellos preferían (ése fue su principal terror con Gussie, pero todo salió bien. Ralph Stiegeler prefirió inmediatamente la capilla. Recordaba con pena cómo, algún tiempo después, perdió un espléndido primer candidato para hermano Ben, porque la madre de Charles Holden insistió en que el servicio funerario se hiciese en su granja). El difunto, una obra de arte para un inteligente embalsamador digno de cualquier funeraria de gran ciudad, yacía vestido con su mejor ropa en su ataúd, rodeado de flores, coronas y velas. Cuando el sacerdote terminaba el oficio, miss Hattie Blackstock tocaba el órgano lánguidamente, y luego, a una seña de Jared Sloane, el acompañamiento desfilaba en fila india

para echarle la postrer mirada y darle el último adiós. Los parientes desfilaban los últimos. A continuación, todos salían para ocupar los coches que esperaban para acompañar al cadáver hasta el cementerio (como es lógico, nadie que fuese incinerado en lugar de enterrado podía convertirse en miembro de la familia de Jared).

Entonces era cuando llegaba el momento crucial. Jared recordaba con todo detalle la primera vez, cuando se trató de Gussie, cuando todo dependía del tiempo, de la decisión y de la suerte.

Los que transportaban el ataúd hasta el coche fúnebre esperaban para cerrar el féretro. En los entierros de una ciudad, los ayudantes son los que sacan las flores; pero Jared no tenía ayudantes. En aquel pueblo, donde él conocía a todo el mundo y todos le conocían a él, era natural decir: «Escuchen: no quiero que el acto se prolongue demasiado. Ya es bastante penoso para todos ustedes. Así, pues, he separado las tarjetas de los ofrecimientos de flores. ¿Les importaría, por tanto, trasladar ustedes mismos las flores para ponerlas en los alrededores del ataúd? Mientras tanto, yo cerraré la caja y lo tendré todo preparado para cuando regresen».

Si alguna persona hubiese contestado: «No puedo llevar flores... porque me produce alergia...» o «Usted no nos necesita a todos...; me quedaré aquí para que descanse mi dolorida pierna...», o «No me parece bien eso, Jared... El ataúd las aplastará si las colocamos antes...»; si algo de esto hubiese ocurrido, entonces todo el juego se hubiese desbaratado. Gussie nunca habría podido venir a leer, a hacer punto de media, a jugar a las cartas ni a construir barcos en la gran sala de estar. Pero desde Gussie a la abuela, todo salió bien.

En cuanto la última persona volvía la espalda, encorvada bajo el peso de su ramo de flores, Jared actuaba como una exhalación. Rápido... sacaba el cadáver del ataúd. Rápido... lo depositaba en el diván oculto tras los pesados cortinones de terciopelo. Rápido... sacaba el maniquí, modelo exacto del muerto, cuidadosamente pesado y preparado, y lo metía en el féretro. Rápido-cerraba la tapa y la clavaba. Tardaba en todo de dos a tres minutos. Cuando regresaba el primer familiar, todo estaba terminado. Nadie supo nunca lo que llevaban al cementerio ni lo que enterraban.

Por supuesto, él mismo conducía el coche fúnebre. La funeraria permanecía cerrada con llave hasta que él volvía. Luego, con el último apretón de manos, muestra de agradecimiento y simpatía, se quedaba solo.

Una vez dentro, no hacía nada hasta la hora de cerrar. Luego, ya a oscuras la oficina, la capilla y el resto de la casa, apartaba las cortinas de terciopelo y alzaba, respetuosa y tiernamente, del diván el nuevo miembro de la familia y lo trasladaba a la habitación preparatoria. Nadie pudo censurarle nunca que el trabajo de embalsamamiento ya hecho no fuera tan bueno como el más exigente pueda desear. Pero ahora venía el último toque, el refinamiento extraordinario de su arte, la conservación especial que él perfeccionaba, el maquillaje que aumentaba el parecido familiar, las ropas nuevas que había comprado en un rápido viaje a McMinnville. Las ropas que le quitaba a la «primera familia»..., así es como él siempre pensaba de ellos..., las guardaba para vestir el próximo maniquí; si Jared Sloane hubiese sido dado a la frivolidad, cosa que no iba con su temperamento, hubiera encontrado divertido el pensar que, por ejemplo, los últimos atavíos de la «primera» hermana Emma ocupaban ahora el ataúd del «primer» papá. Por último, colocaba al nuevo miembro en la postura que había decidido tuviera entre la familia reunida en el salón de estar. Una vez terminado todo, conducía a su recientemente adquirido pariente al sótano. No se necesitaba ninguna presentación; se presumía que los miembros de la familia Sloane se conocían todos. Jared se fue tarde a la cama en esos siete días de ajetreo. Le costaba lágrimas separarse de la compañía de su aumentada familia e irse a su solitario dormitorio.

A medida que transcurrieron los años, dejó de temblar, de preocuparse o de temer durante meses o semanas enteras después de adquirir un nuevo miembro, como le ocurrió al principio. Después de todo, preparaba cincuenta entierros al año aproximadamente, contando con los alrededores de Middleton y con alguna persona casual nacida en Middleton que hubiese dejado la localidad y quisiese que le trajesen a su casa para enterrarle. En diez años, suponían quinientos entierros, de los cuales solo en siete había llevado a cabo la gran jugada.

Por supuesto, algún día él se moriría e inevitablemente se descubriría todo. Mas, para entonces, ya todo habría pasado, y el escándalo, los comentarios y los titulares de los periódicos no le

importarían en absoluto. Tenía solamente cincuenta y ocho años y nunca había estado enfermo. Contaba con vivir veinte o veinticinco años más..., y era el único hombre de Middleton que nunca temería quedarse solo en su vejez. Recordaba su terrible soledad durante su niñez y su juventud, y a sus silenciosas plegarias de agradecimiento añadía las gracias por su propio esfuerzo, que tanto le había compensado. También estaba agradecido por otra cosa: el destino, que le privó de amor maternal, como niño abandonado, pareció paralizar su naturaleza emocional; nunca en su vida experimentó el desagradable impulso sexual de otros hombres. Aun durante su largo amor por Gussie Stiegeler lo sustituyó..., como lo hacía ahora que era Gussie Sloane..., por la ternura, la protección y la dependencia.

Una vez, en un libro de psicología leyó algo al respecto a una horrible perversión llamada «necrofilia», y se encogió de hombros. Trató de imaginarse, en un intento de comprender, cogiendo a Gussie..., su adorada y preciosa Gussie, a la que vestía de seda y adornaba con perlas, y para quien comprara el piano que la «primera» Gussie había tocado tan a la perfección..., y llevándola a su estrecha cama para besarla, abrazarla y... Se puso enfermo. Durante algunos días después le avergonzaba mirar a Gussie. Se ruborizaba al pensar que ella hubiese podido adivinar lo que las sucias fantasías permitieron inculcar en su mente.

Quería a su familia porque *era* su familia, porque eran suyos y de nadie más; porque con ellos podía explayarse y ser él mismo, y porque sabía que siempre le pertenecerían. Quería a papá y a mamá con verdadero cariño filial; a sus hermanos Ben y Emma, como podía quererlos un hermano mayor; adoraba a Gussie y a Luke. Todo cuanto él necesitaba ahora para que su felicidad fuese completa era una hijita. No era bueno para un niño como Luke ser hijo único.

Naturalmente, no podía echar un vistazo a su alrededor para elegir y coger..., ni siquiera para especular... ¡Dios santo, sólo un trago haría eso! Debía esperar, como con los demás, hasta que se presentara la oportunidad: una niña de siete u ocho años, con el pelo negro (Gussie y él eran morenos); una niña linda, porque su madre era guapa, que se la proporcionarían la buena suerte y la bondad del cielo, como ocurrió con todos los demás miembros de la familia. No había prisa. Luke siempre tendría sus diez años, de la misma forma que la abuela siempre contaría ochenta y nueve. Jared se hubiera estremecido de interés y curiosidad si se hubiese enterado de la enfermedad de la hijita de alguien. Podía esperar. Pero su corazón le daba un vuelco siempre que le llamaban de una casa donde había niños, hasta que se enteraba..., como siempre..., de que era el abuelo, o el tío William, o la anciana Sa-rah, quienes requerían sus servicios. Dos veces organizó entierros para niñas: la primera fue una niña flaca, fea y rubia; la segunda había muerto en un accidente automovilístico y estaba completamente destrozada.

En las primeras horas del día 31 de marzo, unos fuertes aldabonazos dados en su puerta despertaron a Jared Sloane de su profundo sueño. Eso sucedía algunas veces: la gente venía en lugar de telefonar. Como un médico, estaba acostumbrado a los avisos nocturnos, y se encogió de hombros mientras se ponía la bata y las zapatillas. Cuando encendió la luz de la puerta de la calle, oyó el ruido de un coche que se alejaba. Cuando abrió la puerta, la ca-lie... (la calle principal y comercial de Middleton formaba parte de la carretera principal del estado) estaba oscura y desierta.

Entonces sus ojos se fijaron en un pequeño paquete, envuelto en una manta, que se hallaba a sus pies, en el pórtico. Avanzó y lo recogió. En seguida supo de qué se trataba. Ya en el interior de su casa, lo deshizo y sacó un pequeño cadáver.

Aun con la cabeza colgando del cuello roto, la reconoció inmediatamente: los periódicos habían publicado numerosas fotografías. Era la hija de Manning. Manning había desobedecido las órdenes dadas y avisado a la Policía, y los secuestradores se habían vengado brutalmente.

Nunca pudo imaginarse Jared Sloane los motivos que tuvieron los secuestradores para depositar su víctima en los peldaños de la escalera de la casa de un enterrador del condado, a cuatrocientos kilómetros de la ciudad donde vivía la hija del millonario, ciudad perteneciente a otro estado. Probablemente, habiendo escapado con el importe del rescate, se les ocurriría aquello al ver la muestra de la funeraria cuando pasaban por Middleton, y como prueba de humor macabro le habían regalado el cadáver. A pesar de lo que le fastidiaba la idea de ser blanco de la curiosidad pública y de que los hombres del F.B.I., los policías y los periodistas invadieran su vida privada, Jared sabía cuál era su obligación: telefonaría inmediatamente a la oficina del *sheriff* de McMinnville.

Entonces miró el envoltorio y su contenido. Diana Manning tenía nueve años, pero era pequeña para esa edad. Había sido una niña muy bonita y delicadamente cuidada. Sus cabellos eran largos, suaves y morenos. Los ojos sin vida que le miraban eran de color castaño.

Permaneció inmóvil mucho tiempo, meditando. Luego, tranquilamente, alzó a Diana y la trasladó a la cámara preparatoria. Antes de volverse a la cama, cogió toda la ropa de la niña y la manta vieja en que vino envuelta y los llevó al incinerador, situado en un patio trasero, cerca del garaje. No debía levantar sospechas encendiendo fuego a las tres de la madrugada; por tanto, quemó aquellos restos en varios días.

A la noche siguiente, por primera vez desde la llegada de la abuela, Jared bajó al sótano el tiempo indispensable para comunicar a su familia la buena nueva. Estaba nervioso. Ante todo, se lo dijo a Gussie al oído. Al fin y al cabo, Martha sería su hija. Estuvo trabajando hasta muy tarde; luego, sacó a Martha de su escondite. No había ningún sepelio pendiente para el resto de la semana, ni en la capilla ardiente había ningún cadáver que viniesen a visitar sus parientes y

amigos. Podía dejar un aviso en la puerta al mediodía y marchar a McMinnville a comprar un equipo y una muñeca para su hijita. Siempre hacía las compras para su familia en McMinnville, porque la ciudad era lo bastante grande para que no le conocieran.

Ni los periódicos, ni la radio dieron noticia alguna sobre el caso Manning. Tal vez el padre, infeliz loco, estaba aún soñando con que le devolvieran a su hijita tras haber pagado el rescate. El secreto y el silencio que le habían exigido los otorgó demasiado tarde.

Aquella noche, Jared Sloane se acomodó en su sillón tapizado en color ciruela y charloteó alegremente con Martha, colocada en un almohadón junto a su hermano, sonriendo a su madre, sentada al piano. La familia estaba completa. Se consideraba el hombre más feliz de la tierra.

Tres días más tarde, mientras hacía cuentas en su despacho, se abrió la puerta de la calle y entró un hombre alto y joven, que traía una cartera. Jared preparó su expresión para saludar a un vendedor y no a un cliente.

-¿Míster Sloane? -le preguntó, cordial el joven.

Jared asintió.

-¿Puede usted atenderme unos momentos?

-No hay nada que me haga falta por ahora, gracias.

-¿Que le haga falta? ¡Oh, no! -respondió riéndose-. No soy un vendedor.

Abrió la cartera y enseñó una placa y una tarjeta. Investigador. Su nombre era Ennis.

Jared dio un bote en su sillón, apretando los brazos para ocultar el repentino temblor de sus manos. Ennis se sentó frente a él sin esperar que le invitara.

-Se trata del cadáver de la hija de Manning -dijo, tranquilo.

Jared había conseguido dominarse ya. Miró a Ennis con el ceño fruncido.

-¿La hija de Manning?... ¿La que secuestraron?... ¿La han encontrado?...

-Todavía no, míster Sloane...

El hombre miró a su alrededor, recorriendo con la vista el pequeño y limpio despacho y fijándola después en el dueño de la funeraria, correctamente vestido de negro. Pareció desconcertado. Luego, se inclinó hacia adelante, confidencial.

-Tal vez haya algún error -dijo-. Aún no se ha hecho público...; pero hemos detenido a un hombre... un hombre altamente sospechoso.

-Bueno. Espero que le metan en cintura. Todo aquel que rapta a un niño y le asesina merece que le ahorquen.

-¿Dijo usted que «le asesina»?

-Usted habló del «cadáver de la hija de Manning».

-Efectivamente. Bien, seré claro con usted, míster Sloane. Ese hombre... hace ya dos días que está en nuestro poder y ha empezado a hablar. En realidad, para serle franco, tenemos una confesión completa. Y nos dijo que el treinta de marzo pasó por Middleton con el cadáver en su coche y que lo dejó en el pórtico de la funeraria que se halla en la carretera principal. Nos dijo también que en la muestra se leía el nombre de Sloane.

-Nadie dejó en el pórtico de mi casa nada la noche del treinta de marzo -dijo Sloane con firmeza. Y era verdad: eran las tres menos cuarto de la mañana del 31 de marzo.

-Escuche, míster Sloane: por favor, comprenda que no le acusamos a usted de nada. Naturalmente, ocultar un cadáver es un delito castigado por la ley; pero no pretendemos ser severos. Me doy perfecta cuenta del choque que eso sería para usted, y que usted habrá necesitado tiempo para pensar en lo que tenía que hacer... Después de todo, no es agradable que hagan la publicidad de uno por un motivo como el que nos ocupa, sobre todo cuando uno no ha cometido un delito. Puedo darle mi palabra de honor-Si usted consiente en que nos llevemos el cadáver tranquilamente, no haremos público en dónde lo encontramos.

«Si usted hubiese venido aquel mismo día, se lo habría dado», pensó Jared.

Entonces tuvo la visión de Martha, que llevaba su vestido color de rosa, su pelo negro sujeto con un gran lazo rosa, jugando con su muñeca y sonriendo a su madre. Negó firmemente con la cabeza.

-Ese hombre le ha mentado a usted -dijo-. Debió de ver la muestra de mi funeraria al pasar por

aquí y le envió a usted tras de una pista falsa. Hace veinte años que ejerzo mi profesión en Middleton y todo el mundo me conoce. ¿Cree usted que sería verosímil que yo ayudase a un secuestrador ocultando una prueba en contra suya? Además...

Tuvo en la punta de la lengua añadir que ya tenía una hijita suya, pero se contuvo a tiempo.

-... además -continuó-, nadie conocería mejor que un hombre de mi profesión el grave delito que supone disponer de cadáveres ilegalmente. Es lo último que yo haría.

-Bueno, usted puede tener razón, míster Sloane. Volveremos a interrogar al individuo otra vez. Así pues, para evitar dilaciones, permítame que eche una ojeada por su casa para poder informar que el cadáver no está aquí. De esta forma, no volveremos a molestarle más. Seguramente, no se opondrá usted a ello.

Jared notó que se ponía pálido. Tuvo una repentina visión de Ennis recorriendo la sala de espera, la capilla ardiente, la iglesia y la cámara preparatoria completamente vacías; solicitando después ver las habitaciones particulares... y en la cocina, preguntando:

-¿Adonde conduce esa puerta?

Irónicamente le preguntó:

-¿Qué intenta usted hacer?... ¿Escarbar en el patio de atrás para ver si he enterrado allí a Diana Manning sin razón alguna? Sí, me opongo a ello. Ésta es mi casa, así como mi lugar de trabajo. Conozco perfectamente mis derechos de ciudadano. No permitiré que nadie registre mi casa sin un mandato judicial..., y me parece que no lo trae usted.

-No, no lo traigo, míster Sloane -respondió el joven, cuyos cordiales ojos se endurecieron, al mismo tiempo que su voz-. Si es así regresaré con él y con el *sheriff* dentro de una hora. No me explico por qué un hombre de negocios tan respetable como usted querría poner trabas a la Justicia y ayudar a una rata asquerosa como el hombre que tenemos detenido; pero eso es lo que parece... Perfectamente. Le veré de nuevo dentro de una hora. Y si usted ha tenido ese cadáver aquí e intenta ocultarlo o llevarlo a alguna parte en su féretro, también lo descubriremos.

Hizo una pausa. Su voz se volvió más conciliatoria.

-Si quiere cambiar de opinión... -dijo.

Jared negó otra vez con la cabeza. Ennis recogió su cartera y salió del edificio. Jared le observó mientras subía al coche que estaba parado delante de la casa y se ponía en marcha en dirección a McMinnville.

Durante un minuto largo permaneció allí en pie. Luego, cogió el cartel que ponía: «Cerrado - Regresaré pronto» , y lo colgó en la puerta de la calle, a la que echó la llave. Se dirigió a la cocina y abrió la puerta que conducía al cuarto de estar, y en esta ocasión quitó la llave de la cerradura y la cerró por dentro. Entonces, lentamente, bajó la escalera para reunirse con su familia.

Llegó hasta el final del cuarto y describió las cortinas de las dos ventanas: era la primera vez que se describían desde que la habitación fue preparada para recibir a Gussie. Era un riesgo, aunque pequeño; pero había que correrlo durante breves instantes.

A la blanca luz del día había algo frío y desamparado en la extravagante escena. Papá estaba leyendo el periódico, mamá, haciendo punto de media; Ben y Emma, jugando a las cartas; Luke, trabajando en su nuevo modelo de barco, y Gussie, sentada al piano como siempre. Sin embargo, parecían un poco blanquecinos, más muñecos que seres vivos..., hasta la querida Gussie, con su nuevo vestido azul. Solamente Martha, la recién llegada, aparecía tan lozana y brillante como todos lo habían sido a la cálida luz de gas en sus noches felices.

Suspiró hondo. Alcanzó el candelero y abrió las espitas. Luego, se sentó en su sillón.

¡Los quería tanto! Eran suyos: le pertenecían como él les pertenecía. Un huérfano y expósito, pero tenía familia, y no estuvo solo durante toda su vida. Un hombre que no era como los otros hombres; pero había amado a una mujer, y durante diez años ella había sido su querida y adorada esposa.

Impulsivamente, aún medio aturdido porque los otros tenían los ojos fijos en él, se dirigió al piano, abrazó a Gussie y, por primera vez, la besó en los labios. Su boca estaba fría y seca; pero él nunca había besado unos labios ardorosos y húmedos. Luego, volvió a sentarse en su sillón.

Tras un rato, empezó a oler a gas... Era gas natural; pero si por descuido se dejaba abierta la llave, causaba la muerte a las personas vivas. Cuando empezó a notar que las olas de aturdimiento flotaban sobre él, comprendió que la habitación estaba llena de gas. No debía esperar hasta que estuviera completamente atontado.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cerilla y la encendió restregándola en la suela de su zapato.



## GERALD KERSH - Los hombres sin huesos

(*Men Without Bones*)

Estábamos cargando plátanos en el *Claire Dodge*, atracado en Puerto Pobre, cuando un individuo bajito, enfebrecido, subió a bordo. Todos nos apartamos para dejarle paso..., hasta los soldados que hacían guardia en el muelle, provistos de rifles Reming-ton de culata plateada y que iban descalzos, pero con *leguis* de cuero brillantemente embetunados. Se apartaban de él porque creían que estaba tocado, loco; no malo, sino peligroso..., y era mejor dejarle solo.

Los reverberos de nafta estuvieron luciendo durante todo el tiempo y, desde la bodega, la bronca voz del capataz del grupo gritaba:

-¡Fruta! ¡Fruta! ¡FRUTA!...

El jefe del equipo de cargadores del muelle repetía el mismo grito, mientras lanzaba racimos tras racimos de plátanos de un verde brillante. El momento ya sería memorable por esto, si no lo fuera por algo más: la magnificencia de la noche, el bronceado del capataz negro brillando a la luz de los reverberos, el verde jade de la fruta y los olores mezclados del muelle. De uno de los racimos de plátanos salió una peluda araña gris, que hizo estremecerse al grupo y rompió la cadena que formaban los hombres, hasta que un muchacho nicaragüense, riéndose, la mató con el pie. Dijo que no era peligrosa.

Fue en ese momento cuando llegó a bordo el loco, sin impedimento alguno, y me preguntó:

-¿Adonde se dirige?

Hablaba con pausa y con voz cuidadosamente modulada. Pero en sus ojos había cierta mirada perdida, ausente, que me sugirió la idea de que debería permanecer a conveniente distancia de sus inquietas manos, las cuales, ahora que pienso en ello, me recordaron a la araña gris, peluda, que se comía a los pájaros.

-A Mobile, Alabama.

-¿Me lleva? -preguntó.

-No es cosa mía. Lo siento. Yo soy un pasajero -contesté-. El patrón ha desembarcado. Será mejor que le espere en el muelle. Él es el amo.

-¿Por casualidad tendría alguna bebida que ofrecerme?

Dándole un poco de ron, le pregunté:

-¿Cómo le dejaron subir a bordo?

-No estoy loco -respondió-. Ahora no..., un poco febril nada más. El paludismo, el dengue, la fiebre de la jungla, la fiebre producida por la mordedura de la rata. Éste es un país malsano, como otros muchos de la misma naturaleza. Permítame que me presente. Mi nombre es Goodbody, doctor en Ciencias de la Universidad de Osboldestan. ¿No le dice esto nada a usted? ¿No? Bueno; yo era ayudante del profesor Yeoward... ¿Le dice *eso* algo a usted?

Contesté:

-¿Yeoward, profesor Yeoward? ¡Oh, sí! Pereció, ¿no es verdad?, en alguna parte de la jungla, más allá de las fuentes del río Amer.

-¡Exacto! -gritó el hombre bajito que a sí mismo se llamaba Goodbody-. Yo vi cómo moría.

-¡Fruta!

-¡Fruta!

-¡Fruta!

-¡Fruta!

Gritaban las voces de los hombres de la bodega. Había rivalidad entre su jefe y el enorme estibador negro del muelle. Las luces chisporroteaban. Los racimos de plátanos bajaban a la bodega. Y una especie de malsano perfume surgía de la jungla, más allá del putrefacto río... ni aire ni brisa..., algo así como el aliento pestífero de fiebre altísima.

Temblando de ansia y, al mismo tiempo, estremeciéndose de escalofríos producidos por la fiebre, de tal forma que tenía necesidad de utilizar ambas manos para llevarse el vaso a los labios..., y aun así, derramó la mayor parte del ron..., el doctor Goodbody dijo:

-Por lo que más quiera, sáqueme de este país...; lléveme a Mobile... ¡Escóndame en su camarote!

-No tengo autoridad para eso -respondí-; pero usted es ciudadano norteamericano; puede

acreditar su personalidad. El cónsul le mandará a su casa.

-Indudablemente. Pero eso llevaría tiempo. El cónsul cree también que estoy loco. Y si no me marchó, temo que pierda la razón de verdad. ¿No puede usted ayudarme? Tengo miedo...

-Venga, pues -dije-. Nadie le hará daño mientras yo esté a su lado. ¿De qué tiene miedo?

-De los hombres sin huesos -respondió, y su voz me erizó el cabello-. ¡Los gordos hombrecillos sin huesos!

Le arrojé con una manta, le di un poco de quinina, y le dejé que sudara y temblara durante un buen rato; pero antes le pregunté, tomándolo un poco a broma:

-¿Quiénes son esos hombres sin huesos?

Habló al tuntún en medio de la fiebre; su razón vacilaba hasta llegar al delirio...

-...¿Que quiénes son los hombres sin huesos?... Ahora no hay que tenerles miedo. Son ellos los que le temen a usted. Usted puede matarlos con su bota o con un palo... Son algo así como jalea. No en realidad no es miedo lo que inspiran..., sino asco, náuseas... ¡Abruman! ¡Paralizan!... Yo he visto a un jaguar..., se lo voy a contar..., un jaguar muy grande..., quedarse congelado, mientras ellos escalaban por sus patas, a centenares, y se lo comían vivo... ¡Créame, lo he visto yo! Tal vez sea que segreguen algún jugo, que despidan algún olor... No sé...

Luego llorando, el doctor Goodbody continuó:

-¡Oh pesadilla..., pesadilla..., pesadilla! ¡Pensar en qué abismos de degradación puede caer una criatura por causa del hambre! ¡Horrible, horrible!

-¿Se trata de alguna forma adulterada de vida que descubriera usted en la jungla, por encima de las fuentes del río Amer? -sugerí-. ¿Alguna especie degenerada de antropoides?

-No, no, no. ¡Hombres! Seguramente recordará usted la expedición etnográfica del profesor Yeoward, ¿verdad?

-Murieron todos -dije.

-Todos menos yo -contestó-. Tuvimos mala suerte. En las corrientes impetuosas del Anaña perdimos dos canoas, la mitad de nuestras provisiones y la mayoría de nuestros instrumentos, así como al doctor Terry, a Jack Lambert y a ocho de nuestros porteadores... Luego penetramos en territorio Ahu, donde los indios usan dardos envenenados; pero conseguimos hacer amistad con ellos y convencerlos para que transportaran nuestro equipaje en dirección este, a través de la jungla..., porque ha de saber usted que cualquier ciencia empieza con una conjetura, un rumor, un cuento de viejas, y el objeto de la expedición del profesor Yeoward era investigar una serie de leyendas de los pueblos indios que concordasen: leyendas de una raza de dioses que bajaron del cielo en una gran llama cuando la Tierra era muy joven... Siguiendo líneas quebradas y contorneando círculos concéntricos, Yeoward localizó el lugar en que tales leyendas tenían sus raíces: un lugar inexplorado que carece de nombre porque los indios se niegan a dárselo, ya que, según ellos, es «un lugar funesto».

Como los escalofríos disminuían y la fiebre bajaba, el doctor Goodbody hablaba ahora más tranquilo y razonablemente. Dijo, con una risita:

-No sé por qué, pero en cuanto me sube un poco la fiebre, el recuerdo de esos hombres sin huesos vuelve a mí como una pesadilla para causarme horrores... Así, pues, decidimos ir a ver el lugar donde los dioses descendieron en una llama de fuego durante la noche. Los pequeños y tatuados indios nos condujeron hasta la linde del territorio Ahu, y allí descargaron los bultos y nos reclamaron el salario, y ninguna consideración fue capaz de hacerlos avanzar más lejos. Según decían, nos íbamos a internar en un territorio muy funesto. El jefe de los porteadores, un indio que en su época había sido un hombre muy importante, nos dijo, escribiendo en el suelo unos signos con una ramita, que había errado alguna vez por allí, e hizo un dibujo de algo semejante a un cuerpo ovoidal con cuatro miembros, al que escupió antes de borrarlo con el pie. «¿Arañas? -preguntamos-. ¿Cangrejos? ¿Qué?...» Por tanto, nos vimos obligados a dejar al anciano jefe, hasta nuestro regreso, los bultos que no podíamos llevar, y continuamos solos, Yeoward y yo, a través de sesenta kilómetros de jungla, la jungla más putrefacta del mundo. Hacíamos quinientos metros diarios aproximadamente... ¡Un lugar pestilente! Cuando ese viento hediondo sopla de la jungla, no huelo más que a muerto y pánico... Al fin conseguimos alcanzar

la meseta y escalar el escarpado, y allí vimos algo maravilloso. Se trataba de algo que había sido una máquina gigantesca. Originalmente, debió de ser una cosa en forma de pera, de trescientos metros de largo por lo menos, siendo su parte más ancha un círculo de doscientos metros de diámetro. No sé de qué metal estaría construido, porque sólo existía el contorno polvoriento de un casco y algunos fantasmagóricos residuos de unos mecanismos increíblemente complicados, que servían para demostrar lo que alguna vez había sido. No pudimos averiguar de dónde procedía; pero el impacto de su aterrizaje había producido un hondo valle en el centro de la meseta... ¡Era el descubrimiento del siglo! ¡Demostraba que, hacía incontables años, nuestro planeta fue visitado por gentes de otras estrellas! Excitados hasta el máximo, Yeoward y yo nos acercamos a aquella fabulosa ruina; pero todo lo que tocábamos se deshacía en polvo finísimo... Por fin, al tercer día, Yeoward encontró un plato semicircular de algún metal extraordinariamente duro, que estaba cubierto con los diagramas más enloquecedoramente familiares. Lo limpiamos y, durante veinticuatro horas, Yeoward, apenas haciendo pausa para comer y beber, lo estudió detenidamente. Al quinto día, antes de amanecer, me despertó con un fuerte grito y me dijo: «¡Es un mapa, un mapa del cielo y un plano de una travesía de Marte a la Tierra!». Y me mostró cómo aquellos antiguos exploradores del espacio habían venido de Marte a la Tierra, vía Luna... «¿Para caer en esta desnuda meseta de esta jungla infernal?», pregunté. «¿Acaso, entonces, era esto una jungla? -respondió Yeoward-. Esto pudo haber sucedido hace cinco millones de años.» Yo dije: «¡Oh! Como usted sabe, se tardó pocos siglos en sepultar a Roma. ¿Cómo pudo esta cosa permanecer en el campo durante cinco mil años, y menos cinco millones?». Yeoward contestó: «No lo sé. La Tierra suele tragarse cosas y vomitarlas después. Ésta es una región volcánica. Un pequeño corrimiento de tierra puede bastar para engullirse una ciudad, y un movimiento peristáltico de las entrañas de la Tierra puede sacarla de nuevo a la luz un millón de años más tarde. Así debió de ocurrir con la máquina de Marte...». «Me gustaría saber quiénes venían dentro de ella», dije. «Verosíblemente, seres totalmente extranjeros que no pudieron soportar la Tierra y murieron, o acaso se mataron al estrellarse el aparato. Ningún esqueleto sobrevive a tan largo espacio de tiempo.» Encendimos fuego y Yeoward se echó a dormir. Como yo ya había dormido, me quedé de guardia. ¿De guardia para qué? No lo sabía. ¿Por si nos atacaban los jaguares, las serpientes? Ninguno de esos animales escalaba hasta la meseta. Allí no había nada para ellos. De todas formas, sin saber por qué, tenía miedo.

En aquel lugar se notaba el peso de los siglos. Suele decirse: «Respétense los tiempos antiguos...». Lo más grande, la edad; lo más profundo, el respeto... Eso dicen; pero no es respeto; es temor, es miedo al tiempo y a la muerte, señor... Debí de adormilarme, porque el fuego estaba casi extinguido... Yo había tenido mucho cuidado en mantenerlo vivo y brillante..., cuando vi por primera vez a los hombres sin huesos.

Al alzar la vista vi, en el borde de la meseta, un par de ojos que recogían luminosidad de la desvaída luz de la hoguera. «Un jaguar», pensé, y cogí el rifle. Pero no podía ser un jaguar; porque cuando miré a derecha e izquierda vi que la meseta estaba cuajada de muchos pares de ojos brillantes... formando un círculo semejante a un collar de ópalos..., y entonces llegó a mi nariz un olor a Dios sabe qué... El miedo tiene su olor, como le diría a usted un tratante de animales. La enfermedad posee su olor... Pregúnteselo a cualquier enfermera. Esos olores dan fuerza a los animales sanos para pelear o para huir. Ésta era una combinación de ambos olores, más el de una hedionda vegetación en estado de putrefacción. Disparé contra el par de ojos que vi primero. Entonces, todos los ojos desaparecieron, mientras de la jungla llegaban un gorjear de pájaros y un griterío de monos, como si el disparo hubiese alcanzado a todos. Afortunadamente empezó a amanecer. No me hubiera gustado ver aquella cosa, a la que había disparado entre los ojos, a la luz artificial. Era de color gris, y su tejido, correoso y gelatinoso. Su forma externa no era la de un ser humano. Tenía ojos, y existían en él otros vestigios..., o rudimentos..., de cabeza, cuello y una especie de miembros. Yeoward me dijo que debería recogerlo, sobreponiéndome a lo que él llamó «mi repugnancia infantil», y averiguar la naturaleza de la bestia. Debo decir que él se mantuvo bastante alejado cuando yo lo abrí. Era mi trabajo como zoólogo de la expedición, y así lo hice. Tanto los microscopios como los demás utensilios delicados se habían perdido con

las dos canoas. Trabajé con un cuchillo y unas pinzas. ¿Y qué encontré? Nada: una especie de sistema digestivo envuelto en una membrana correosa, un sistema nervioso rudimentario y un cerebro del tamaño aproximado de una nuez. Todo aquel ser, estirado, mediría un metro con veinte centímetros... En un laboratorio, con unos ayudantes que me hicieran compañía, acaso hubiera podido decirle a usted algo más. En la situación en que estaba, hice lo que pude con un cuchillo de caza y unas pinzas, sin tinturas ni microscopio, tragándome mi náusea... ¡Era una cosa nauseabunda... que aún me invade al recordar lo que encontré! Pero, a medida que el sol se alzaba en el horizonte, la cosa se licuó, se derritió, y cuando dieron las nueve, no quedaba de ella más que un lodazal gris y gelatinoso, con dos ojos verdes nadando en él... Y esos ojos..., aún puedo verlos..., se reventaron haciendo una especie de grueso *pop* y formando una mancha desagradablemente viscosa en aquel lodo de corrupción.

Después de eso, me alejé durante un rato. Cuando regresé, el sol había evaporado todo, y allí no quedaba sino algo así como lo que se ve de una medusa muerta que no se ha evaporado en una playa caliente. Una viscosidad. Yeoward estaba pálido cuando me preguntó: «¿Qué demonios es eso?». Le respondí que lo ignoraba, que era algo que escapaba a mi experiencia y que, aunque yo pretendía ser un hombre de ciencia con un cerebro privilegiado, nada me induciría otra vez a tocar una cosa como aquella. Yeoward dijo: «Se está volviendo histérico, Goodbody. Póngase en razón. Dios sabe que no estamos aquí para gozar de buena salud. ¡La ciencia, hombre, la ciencia! ¡No pasa un día sin que algún doctor hunda sus dedos en cosas más asquerosas y hediondas que ésta!». Le contesté: «No lo creo. Profesor Yeoward, he operado y diseccionado muchas cosas extrañas en mi vida; pero esto es algo repulsivo. Me atrevo a decir que tengo los nervios deshechos. Acaso deberíamos haber traído un psiquiatra... Advierto que usted no siente tantos deseos de acercarse a mí desde que he manipulado con esa cosa. Volveré a disparar contra otra muy a gusto: pero si usted quiere que se investigue, hágalo usted mismo, y ya verá». Yeoward me contestó que estaba ocupadísimo con el plato de metal. Me dijo que era indudable que aquella máquina procedía de Marte. Pero, evidentemente, prefirió conservar la hoguera entre él y yo después de que hube tocado aquella abominación gelatinosa. Yeoward continuó la investigación de la destrozada máquina. Yo seguí con mi trabajo, consistente en investigar las formas de vida animal. No sé qué podría haber encontrado si hubiese tenido..., no digo valor, porque no me faltaba..., si yo hubiese tenido alguna compañía. Solo, mis nervios se desataron.

Ocurrió una mañana. Penetré en la jungla que nos rodeaba, tratando de espantar el miedo que me atenazaba y de apartar de mí la sensación de repulsión que no solamente me hacía desear volverme y echar a correr, sino que me producía terror de girar sobre mí mismo y huir. Acaso sepa usted que, de todos los animales de aquella selva, el más inconquistable es el perezoso. Encuentra un árbol a propósito, lo escala y se cuelga de una de sus ramas con sus doce garras afiladas: un tardígrado que vive de hojas. El tardígrado es tan tenaz que, aun muerto, con el corazón atravesado de un tiro, colgará de su rama. Tiene una piel correosa cubierta por una impenetrable malla de pelos gruesos y entretejidos.

Una pantera o un jaguar no pueden contra la resistencia pasiva de semejante engendro. Siempre encuentra un árbol que no abandona hasta que lo deja sin hojas, eligiendo para dormir una rama bastante gruesa y fuerte, capaz de soportar su peso. En aquella detestable jungla, durante una de mis breves expediciones..., breves porque estaba solo y tenía miedo..., me tropecé con un gigantesco perezoso que estaba colgado, inmóvil, de la rama más ancha de un árbol medio desnudo de hojas, dormido, impenetrable, indiferente. Cuando llegó el hediondo crepúsculo verde, surgió una horda de esas cosas gelatinosas. Se precipitaron al árbol y se deslizaron a lo largo de su rama. Hasta el perezoso, que por lo general no conoce el miedo, se asustó. Intentó huir colgándose de la parte más delgada de la rama, que se quebró. Cayó al suelo, e inmediatamente quedó cubierto por una temblorosa masa gelatinosa. Aquellos hombres sin huesos no muerden, succionan. Y mientras lo hacen, su color cambia de gris a rosa y luego a castaño. Pero nos temen a nosotros. Hay entablada una lucha de raza. A nosotros nos repelen ellos, y a ellos los repelemos nosotros. Cuando se dieron cuenta de mi presencia allí, ellos..., iba a decir que huyeron..., se deslizaron, se disolvieron en las sombras que danzaban, danzaban,

danzaban, debajo de los árboles. Y el horror volvió a apoderarse de mí, así que eché a correr y llegué a nuestro campamento, enrojecido y completamente exhausto... Yeoward estaba punzándose el talón. Tenía un torniquete atado por debajo de la rodilla. Cerca, yacía una serpiente muerta. Le había roto el lomo con el plato de metal, pero antes el reptil le había mordido. Me preguntó: «¿Qué clase de serpiente cree usted que es ésta?». Me temo que sea venenosa. Noto entorpecimiento en las mandíbulas y en la cabeza, y no siento mi mano...». Dije: «¡Dios mío, le ha mordido una jarajacá!». «Y hemos perdido nuestro botiquín de urgencia - replicó con disgusto-. ¡Y hay tanto que hacer!... ¡Oh Dios mío, Dios mío!... Pase lo que pase, amigo mío, coja *esto* y regrese.» Y me dio aquel semicírculo de metal desconocido como un tesoro sagrado. Dos horas después moría. Aquella noche, el círculo de ojos brillantes se estrechó aún más. Vací mi rifle sobre ellos una y otra vez. Al amanecer, desaparecieron los hombres sin huesos. El cadáver de Yeoward lo cubrí con piedras. Hice una pila para que los hombres sin huesos no pudieran atraparlo. Luego..., ¡Oh, qué soledad, qué miedo tan espantoso!...; me puse el morral, cogí el rifle y el machete y huí recorriendo en sentido inverso el camino que habíamos traído. Pero me perdí. Bote a bote de conserva, aligeré mi peso. Luego, me desprendí del rifle y de las municiones. Más tarde, me zafé del machete. Mucho tiempo después, aquel plato semicircular se hizo demasiado pesado para mí; así que lo até con lianas a un árbol y continué. Al fin alcancé el territorio Ahu, donde los hombres tatuados me curaron y se mostraron amables conmigo. Las mujeres masticaban mi comida antes de dármele, hasta que tuve fuerzas suficientes para hacerlo por mí mismo. De los objetos que habíamos dejado allí, cogí únicamente lo que podía necesitar, dejando el resto para pagar a los guías y a los hombres que condujeron la canoa río abajo. Y así me alejé de la jungla...

Hizo una pausa.

-Por favor, deme un poco más de ron.

Su mano estaba ahora más firme mientras bebía y sus ojos más claros.

Yo le dije:

-Suponiendo que lo que dice es verdad, presumo que esos «hombres sin huesos» eran marcianos, ¿no? Esto parece algo inverosímil, ¿no es cierto? Invertebrados que funden metales duros y...

-¿Quién habló de marcianos? -gritó el doctor Goodbody-. ¡No, no, no! Los marcianos vinieron aquí y se adaptaron a las nuevas condiciones de vida. ¡Pobre gente! Cambiaron, declinaron, experimentaron un proceso totalmente nuevo—, un doloroso proceso evolutivo. Lo que trato de decirle a usted, infeliz, es que Yeoward y yo *no* descubrimos marcianos. Idiota, ¿no lo comprende? *Esas cosas sin huesos eran hombres. ¡Los marcianos éramos nosotros!*

## DAMON KNIGHT - Sin un ruido

*(Not with a Bang)*

Diez meses después que el último avión pasase por allí, supo Rolf Smith, sin ningún género de dudas, que sólo otro ser humano había sobrevivido. Su nombre era Louise Oliver, y estaba sentada frente a él en una cafetería de Salt Lake City, comiendo salchichas vienesas en lata y bebiendo café.

La luz del sol atravesaba como un juicio de Dios una pared rota. Dentro y fuera no se oía ruido alguno: sólo un apagado rumor de ausencia. Ya no se oiría nunca más el resonar de las fuentes en la cocina ni el pesado rodar de los coches en la calle. Había rayos de sol... y silencio... y los ojos acuosos y asombrados de Louise Oliver.

Rolf se inclinó hacia adelante, tratando de capturar por un segundo la atención de aquellos ojos parecidos a los de un pez.

*-Darling* -le dijo-, respeto tus puntos de vista, como es natural, pero tengo que hacerte comprender que son poco prácticos.

La mujer le miró con desmayada sorpresa; luego, apartó los ojos otra vez. Su cabeza negó ligeramente.

-No, no, Rolf; no viviré con usted en pecado mortal.

Smith pensó en las mujeres de Francia, de Rusia, de Méjico, de los mares del Sur. Había pasado tres meses en los destruidos estudios de una estación de radio, en Rochester, escuchando las voces que cesaron. Fueron las de una extensa colonia, en Suecia, incluyendo la de un ministro del Gobierno inglés. Informaban que Europa había desaparecido, desaparecido sencillamente. No existía una hectárea que no hubiese sido barrida por el polvo radiactivo. Tenían allí dos aviones y gasolina suficiente para transportarlos lejos del continente; pero no había ningún sitio adonde ir. Tres de ellos sufrieron la peste; luego, once; al fin, todos.

Hubo un piloto bombardero que cayó en Palestina, cerca de la estación de radio del Gobierno. No vivió mucho, porque se había roto algunos huesos al caer; pero había visto las islas del Pacífico. Era su opinión que habían sido bombardeados los campos helados del Artico.

No había informes de Washington, ni de Nueva York, ni de Londres, París, Moscú, Chungking o Sidney. No se podía decir quiénes habían muerto por enfermedad, por el polvo o por las bombas. El propio Smith había sido ayudante de laboratorio de un equipo que estaba tratando de descubrir un antibiótico contra la peste. Sus superiores encontraron uno que actuó durante algún tiempo, pero fue ya demasiado tarde. Cuando se marchó, Rolf se llevó consigo todo lo que encontró: cuarenta ampollas, bastante para poder vivir muchos años.

Louise había sido enfermera de un hospital moderno, cerca de Denver. Según ella, algo extraño sucedió al hospital cuando se acercaba a él la mañana del ataque. Estaba completamente tranquila cuando dijo eso, pero una vaga mirada apareció en sus ojos y su descompuesta expresión pareció alterarse algo más. Rolf no la presionó para que se explicase.

Como él, Louise encontró una estación de radio que aún funcionaba, y cuando Smith descubrió que ella no había contraído la peste, se puso de acuerdo con ella para reunirse. Al parecer, Louise era naturalmente inmune. Seguramente habría habido otros, unos pocos al menos; pero ni el polvo ni las bombas los perdonaron.

Louise consideraba una desgracia que no hubiese quedado vivo ningún pastor protestante.

Era una perturbación. Ella lo creía realmente así. Smith tardó mucho tiempo en creerlo, pero era verdad. Tampoco ella quiso dormir en el mismo hotel que él. Ella le esperaba y recibía, con la mayor cortesía y decoro del mundo. Smith aprendió la lección. Se paseaba por la acera, llena de cascotes; le abría las puertas, donde las había; le ponía la silla; evitaba decir palabrotas. En fin, la cortejaba.

Louise tenía cuarenta años o así; unos cinco años más que Smith. El se preguntaba frecuentemente lo vieja que ella pensaba que era. El choque que le produjo lo que le pasó al hospital, sea lo que fuere, y a los enfermos que ella había cuidado, hizo que su perturbada mente retrocediera a la niñez. Ella admitía tácitamente que todo el mundo había muerto; pero parecía considerarlo como algo que no se debía mencionar.

Millares de veces, en las últimas tres semanas, Smith sintió un impulso casi irresistible de acogerla y continuar su propio camino. Pero eso no le solucionaba nada. Ella era la única mujer en la Tierra, y él la necesitaba. Si ella moría o le abandonaba, él moriría: «¡Vieja perra!», pensó para sí, furioso; pero tuvo mucho cuidado de que tal pensamiento no se manifestara en su cara.

-Louise, cariño -dijo con dulzura-, quiero aceptar tus sentimientos tanto como me sea posible. Lo sabes muy bien.

-Sí, Rolf -respondió, mirándole con cara de pollo hipnotizado.

Smith se forzó para continuar:

-Tenemos que enfrentarnos con los hechos, por desagradables que sean, cariño. Tú eres la única mujer y yo soy el único hombre que quedamos sobre la superficie de nuestro planeta. Somos como Adán y Eva en el Paraíso Terrenal.

La cara de Louise adquirió una ligera expresión de malestar. Estaba pensando, evidentemente, en las hojas de parra.

-Piensa en las generaciones no nacidas -continuó Smith, con un temblor en la voz.

«Piensa en mí por una vez. Tal vez te queden diez años para gestar, o quizá menos», pensó para sí.

De repente, pensó en la segunda etapa de la enfermedad: la irremediable rigidez, hiriendo sin avisar. Él había sufrido ya uno de esos ataques, y Louise le había ayudado a salir de él. Sin ella, se hubiera quedado paralizado hasta morir. No se hubiera podido poner la inyección salvadora, porque la mano quedó rígida. Desesperadamente, pensó: «Si tengo suerte, puedo engendrar dos hijos con ella, por lo menos, antes que sea demasiado tarde. Entonces, estaré salvado».

Continuó:

-Dios no puede querer para la raza humana un final como éste. Él nos ha unido a ti y a mí para...

Hizo una pausa. ¿Cómo podría decirlo para no ofenderla?, «...hacernos padres». ¿No sería demasiado sugerente?, «...sostener la antorcha de la vida». Sí, eso era mejor. Y era bastante insinuante.

Louise miraba vagamente más allá del hombro de Rolf. Sus párpados guiñaban regularmente y su boca hacía, al mismo ritmo, unas muecas semejantes a la de los conejos.

Smith miró sus torpes piernas metidas debajo de la mesa. ¡Cristo, si fuera lo bastante fuerte!...

Experimentó otra vez la inútil ira, y resopló. Tenía que conservar la cabeza, porque ésta podía ser su última oportunidad. Louise estuvo hablando últimamente, en el lenguaje confuso que siempre empleaba ahora, de ir a la montaña para suplicar buena conducta. No dijo «sola», pero era bastante fácil comprender que lo proyectaba así. Él se concentró furiosamente y lo intentó una vez más.

El tropel de palabras llegó a sus oídos como un distante murmullo. Louise oía una frase de cuando en cuando; cada una de ellas formaba cadenas de pensamientos, atando sus ensueños más fuertemente.

-Nuestro deber hacia la Humanidad-Mamá había dicho con frecuencia (eso ocurrió en la vieja casa de Waterbury Street; por supuesto, antes que mamá cayese enferma...). Ella había dicho:

-Niña, tu deber es ser limpia de alma, educada, y temerosa de Dios. No importa ser bonita. Hay muchísimas mujeres sencillas que consiguen esposos buenos y cristianos-

Esposos... Tener y conservar... Flores de azahar y madrinas de boda. Música de órgano. A través del ofuscamiento mental, vio la mezquina cara de lobo de Rolf. Claro que era el único hombre que se había dirigido a ella en su vida; eso lo *sabía* bastante bien. Cuando una muchacha pasa de los veinticinco años, tiene que coger lo que se le presente.

«Aunque algunas veces me pregunto si Rolf es, en realidad un hombre bueno», pensó Louise.

«...en lo ojos de Dios...» Recordó las ventanas de cristales de colores de la vieja iglesia episcopaliana, y cómo creía ella siempre que Dios la estaba mirando a través de la brillante transparencia. Tal vez continuaba Él mirándola ahora, aunque parecía, algunas veces, que Él la había olvidado. Bueno, por supuesto, sabía que habían cambiado las costumbres matrimoniales, y si no podía casarla un ministro del Señor... Claro que sería una vergüenza, un ultraje casi, que

si ella se casaba ahora con ese hombre, no podría llevar las cosas en condiciones, ni tendría todas esas cosas agradables... No habría tampoco regalos de boda. Ni siquiera eso. Pero, naturalmente, Rolf le daría lo que ella quisiera. Vio su cara enfrente, observó sus entornados ojos negros mirándola con propósito feroz; la delgada y fina boca, que se movía con lento y regular tic; los velludos lóbulos de sus orejas, bajo la masa de su cabello negro...

«Él no debía dejar que le creciera tanto el pelo -pensó-. No era decente.»

Bueno; ella cambiaría todo eso. Si se casaba con él, seguramente conseguiría que él cambiara su forma de ser. Eso no era más que cuestión suya: un deber...

Rolf estaba hablando ahora de una granja que había visto en las afueras de la ciudad: una casa grande, en buenas condiciones, y un granero. Dijo que no tenía ganado; pero lo conseguiría más adelante. Y plantarían cosas, y tendrían sus propios alimentos para comer, sin necesidad de tener que acudir siempre a los restaurantes.

Ella sintió un contacto en su mano, extendida, muy pálida, delante de ella, sobre la mesa. Los gruesos y morenos dedos de Rolf, velludos por encima y por debajo de los nudillos, estaban tocando los de ella. Él había dejado de hablar un instante; pero ahora estaba hablando otra vez, con más prisa aún. Ella retiró la mano.

Él estaba diciendo:

-...y tendrás el vestido de novia más bonito que hayas visto, y un ramo de flores. Todo cuanto tú quieras, Louise; todo...

¡Un vestido de novia! ¡Y flores, aunque no hubiera pastor! ¡Vaya! ¿Por qué no lo dijo antes aquel tonto?...

Rolf se quedó callado en mitad de una frase, sorprendido por lo que Louise había dicho con toda claridad.

-Sí, Rolf. Nos casaremos cuando tú quieras.

Estupefacto, deseaba que ella le repitiera aquello; pero no se atrevía a preguntárselo de nuevo, a preguntarle: «¿Qué has dicho?», por miedo a que le diera una contestación fantástica, o ninguna. Respiró profundamente, y dijo.

-¿Hoy, Louise?

Ella respondió:

-Bueno, hoy... No tengo prisa... Claro que si tú crees que puedes arreglarlo todo...; pero parece...

El triunfo surgió a través del cuerpo de Rolf. Ahora tenía la ventaja, y se aprovechó de ella.

-Di lo que quieras, querida -le urgió-. Di «sí» y me harás el más feliz de los hombres.

Aun entonces, su lengua se resistió a decir lo demás; pero no importaba. Ella asintió, sumisa.

-Lo que a ti te parezca mejor, Rolf.

Rolf se puso en pie y ella le permitió que besase su pálida y ajada mejilla.

-Nos marcharemos en seguida -dijo-. ¿Me perdonas un minuto, querida?

Esperó su «desde luego» y se alejó, marcando las huellas de su paso sobre la gruesa alfombra de polvo, en dirección al otro extremo de la sala. Sólo tendría que hablarle, como acababa de hacer, unas cuantas horas más, mirándola a los ojos, y confiaría en él para siempre. Después, haría con ella lo que quisiera: pegarle, cuando le vinieran ganas; someterla a cualquier broma burlona o despreciativa; maltratarla... Después de todo, no sería demasiado malo, ya que era el último varón sobre la tierra... No sería malo en absoluto. Ella aún podría tener una hija-

Encontró la puerta del servicio y entró. Dio un paso hacia adelante y se quedó congelado, sacudido por un movimiento ilusorio, justo, pero irremediable. El pánico atenazó su garganta cuando intentó volver la cabeza y no pudo; cuando intentó gritar, pero en vano. Experimentó la sensación de oír, a su espalda, un ligero chasquido cuando la puerta, accionada por el cierre hidráulico, se cerró para siempre. No estaba cerrada con llave; pero no importaba. Al otro lado, por la parte de afuera, se leía un rótulo: **CABALLEROS.**



## JOHN BURKE - La fiesta de cumpleaños

*(Party Games)*

En cuanto abrió la puerta de la calle y vio a Simon Potter en el descansillo, comprendió Alice Jarman que habría dificultades.

A espaldas de ella, la fiesta se hacía más ruidosa. Ya había habido una pelea. Dos niños se habían pegado mutuamente y hubo un momento de barullo cuando uno de ellos fue lanzado pesadamente contra la pared. Pero fue una pelea corriente. Una reunión en donde los niños no se pelean no es una reunión.

Simón Potter dijo:

-Buenas tardes, mistress Jarman.

Tenía ocho años y era ese niño ejemplar que nunca se vería complicado en una pelea: educado, limpio, tranquilo, cortés e inteligente..., pero también impopular. Su impopularidad era tal que procuraban apartarle de toda pelea en lugar de atraerle a ella. Era un niño frío. Aunque estaba allí con su deferente sonrisa, a Alice le entraron escalofríos.

Llevaba un impermeable nuevo, sus zapatos estaban perfectamente lustrados... («Probablemente limpiados por él mismo», pensó Alice), y su cabello castaño claro cuidadosamente peinado hacia atrás. Traía un regalo envuelto con todo cuidado.

Alice retrocedió y Simón entró en el vestíbulo.

En aquel mismo instante, se abrió de un empujón la puerta del cuarto de estar y Ronnie salió de golpe. Se paró cuando vio a Simón. Dijo lo que Alice estaba segura que diría:

-Yo no *le* invité.

-Bueno, Ronnie...

-Muchas felicidades, Ronnie -dijo Simón alargándole el paquete.

Ronnie no pudo evitar mirarle. Tampoco pudo evitar el movimiento instintivo de su mano hacia él. Luego, movió la cabeza y miró a Alice.

-Pero, mamá...

Ella trató de suavizar la cuestión... o, mejor dicho, la embarulló. El ruido y el jaleo del cuarto de estar ayudaban a ello. Ronnie era incapaz de concentrarse. Quería quedarse y discutir; quería aceptar el regalo y regresar al tumulto. Alice cogió el impermeable de Simón y empujó a éste hacia la fiesta. No necesitó que le dijeran que se limpiara los zapatos en el felpudo, ni añadió nada a las huellas de barro que algunos niños habían dejado. Ronnie intentó decir algo; pero, sin saber cómo, se encontró con el paquete en la mano y empezó a desatarlo mientras seguía a Simón al cuarto de estar.

Alice permaneció junto a la puerta unos minutos, mirando al interior.

-¡Eh!...¡Mirad!...¡Qué estupendo!...

Ronnie quitó el papel y abrió la caja. Sacó una cigüeña y la alzó.

-Está echa de escayola -dijo Simón pausadamente.

Era una simple aclaración, pero quitó alegría de la cara de Ronnie. Los otros, que se habían acercado, retrocedieron y miraron a Simón. Su regalo era de más precio que cualquiera de los que ellos habían traído. Lo había hecho mal. Siempre hacía las cosas mal. Con sólo que intentase hacer una cosa, ya la hacía mal.

Un muchacho alto, con pelo color de zanahoria, empujó a Ronnie. Ronnie dejó la cigüeña sobre una silla y le empujó a él. Una muchacha, con una cinta para el pelo color azul, dijo:

-¡Oh! No empecéis otra vez.

Y se apartó a un lado.

Se encontraba cerca de Simón. Éste le sonrió. La miró, mirando después a otra niña que estaba un poco más allá, como si quisiera atraer a ambas más cerca de él.

-Siempre está hablando con las chicas -había dicho Ronnie en una ocasión a su madre.

Alice observaba. Sí. Se daba cuenta de que Simón era un niño que le gustaba hablar con las chicas porque no tenía nada que decir a los chicos. Pero las niñas no eran adulatoras. En lugar de acercarse a él, se echaron a reír, se miraron y se alejaron, mirando hacia atrás y riéndose siempre. Alice fue a la cocina y corrió las cortinas. Pronto sería completamente de noche en el exterior.

En verano, hubieran podido celebrar la fiesta en el jardín; pero Ronnie eligió para nacer el invierno. Por eso la mayoría de las celebraciones fueron acompañadas de huellas de pies mojados en el interior de la casa y gran alboroto de bufandas, guantes, capuchas e impermeables cuando se marchaban los invitados.

Tom llegaría a casa dentro de veinte minutos aproximadamente. Ella se alegraría de verle. Aunque el ruido y el jaleo no disminuyeran, serían en cierto modo más tolerables compartiéndolos con alguien. Tom organizaría los juegos, los animaría y conseguiría que las niñas, en particular, se desternillasen de risa. Ella tenía que permanecer en el cuarto de estar para asegurarse de que nadie se hacía daño ni estaba desatendido; había empezado con ellos un juego musical, pero el piano tocaba terriblemente, y mientras estuvo sentada en el teclado, a su espalda se desencadenó un verdadero caos. Luego surgió la busca de un tesoro antes de la fiesta.

No era buena organizadora de fiestas. El nerviosismo y la excitación de los niños la sacaban de quicio, la ponían mala. No importaban las molestias que se tomaba durante los días que precedían al del cumpleaños. La cuestión era que cuando éste llegaba, nunca estaba preparada para hacerle frente.

Tom le, aseguraba que eso carecía de importancia. Sólo tenía que abrirles la puerta, dejarlos entrar y que se las arreglaran como quisieran. Cuando hubiera señales de que los muebles peligraban por el jaleo, no tenía más que aparecer con los emparedados, la mermelada, la tarta y los helados.

Para Tom, todo estaba bien. Él no regresaba a casa hasta que ella había parado el primer golpe. Veinte niños juntos no eran solamente veinte niños aislados que se juntan, uno más uno, más uno..., sino que formaban un algo más grande y más terrible. No se podía decir lo que ellos serían capaces de hacer si las circunstancias les eran propicias o no; dependía de la forma en que se mirase la cuestión.

Del cuarto de estar salió un grito de burla. Alice se animó para ir a ver qué pasaba y echar una ojeada de inspección al mismo tiempo.

Cuando llegó al cuarto de estar, le fue imposible saber cuál había sido la causa del grito. Simón Potter estaba apoyado contra una pared, mientras Ronnie y su mejor amigo gesticulaban y bamboleaban la cabeza con alocado júbilo, exagerando el movimiento y golpeándose las caderas como malos actores de una comedia escolar.

Ronnie se dio cuenta de que su madre le observaba. Sus visajes se hicieron más ingenuos y afectuosos. Luego, antes que ella pudiese fruncir el ceño o hacerle una pregunta silenciosa, giró en redondo y cogió una brazada de regalos.

-¡Venid, venid!...¡Mirad lo que me ha regalado papá!...

Alguien gruñó de forma teatral: un niño con granos sopló una ruidosa trompeta. Pero todos se reunieron, obedientes, alrededor de Ronnie. Era lo más acertado. Ésta era su fiesta y su cumpleaños, y en cierto modo era lógico que sintiera deseos de que ellos inspeccionaran sus trofeos.

-Mi papá me regaló esto -dijo, y Alice notó que se tranquilizaba al escuchar la adoración que se desprendía de su voz-, Y esto. Mi papá me regaló esto también.

Hubiera sido exactamente lo mismo aunque Tom le hubiese regalado un muñeco barato o una caja de lápices: la devoción filial hubiera estado allí, constante. Alice le quería por amar tan intensamente a su padre.

Simón observaba todo muy serio. No demostró nerviosismo ni malestar. No hizo ruidos aprobatorios ni cambió miradas de envidia con nadie. Estaba distante, inmóvil. Era desapasionado.

Sin embargo, detrás de aquella carita fría debía de haber envidia o, al menos, tristeza. El padre de Simón había muerto hacía algunos años. Su madre le había educado con un fervor tan sincero que le impedía toda distracción y ese pequeño contacto con los otros niños, a pesar de que pasaba muchas horas, muchos días y muchas semanas en el colegio con ellos. Su madre trabajaba en el despacho de un abogado y llevaba también la dirección de su hogar, determinada a que el niño no notara demasiado el vacío dejado por la pérdida de su padre. Todos los días,

Simón permanecía una hora más en el colegio, en una clase junto a otros niños cuyo regreso a casa sería difícil o cuyos padres trabajaban y no podían abandonar el trabajo para ir a buscarlos. Cuando Simón regresaba a su casa, mistress Potter estaba ya allí esperándole, dispuesta a dedicarse por entero a él. Estaba orgullosa de la vida que ambos llevaban, orgullosa de su hogar y orgullosa de la inagotable limpieza, educación e inteligencia de su hijo.

Alice vio que se aclaraba la garganta. Lo vio, más que lo oyó, por la forma en que apretó la barbilla y tragó. Avanzó. Ella creyó por un momento que iría a preguntarle si podía acercarse más para mirar algunos de los regalos de Ronnie. Entonces le preguntó:

-¿No jugamos a nada?

Todas las cabezas se volvieron. Los niños le miraron. Una niña rompió el repentino silencio. Parecía contenta con la propuesta:

-Sí. Juguemos a algo. ¿A qué vamos a jugar?

-Si pudiéramos conseguir algún trozo de papel -dijo Simón mirando significativamente a Alice, que comprendió en seguida que el niño se había dado cuenta durante todo el rato del escrutinio sufrido por ella-, escribiríamos el nombre de alguien en él y...

-¡Oh! Juegos de *papel* -gruñó alguien.

-Se elige un nombre -insistió Simón- y se escribe en una de las carillas del papel. Luego, se dobla el papel en cuatro dobleces y se empieza a decir nombres de flores, de árboles y de..., bueno, de futbolistas si os gusta..., y todos tienen que empezar con las letras del nombre.

El niño especializado es soplar sopló de nuevo, haciendo la trompetilla.

-¿De qué está hablando? -preguntó la niña de la cinta azul.

-Es muy fácil -continuó Simón alzando la voz-. Se escribe el nombre en una de las carillas del papel. Luego, se escriben las cosas cuyo nombre... bueno, el de los objetos que vosotros elijáis, y...

-¡Oh! Juegos de *papel*.

Alice intervino. Ya era hora de que un adulto controlase la fiesta y dijese lo que tenían que hacer. Entró en la habitación y trató desesperadamente de recordar los juegos en que había actuado cuando era niña. Su memoria no la ayudó. Se resistía. Todo cuanto pudo recordar fue una niña atravesando el asiento de una silla y chillando y un niño agachado, que reunía a un grupo de personas a su alrededor, mientras escupía al fuego de la chimenea..

Alice dijo:

-Escuchadme todos.

Los niños se volvieron, agradecidos, hacia ella.

-¿Por qué no jugáis a la llamada del cartero? -aventuró.

Hubo encogimientos de hombros, muecas y desdenes; pero a las niñas les gustó la idea, y por unos instantes todos jugaron a la llamada del cartero. Alice se alejó otra vez, dejándolos que jugaran. Desde la puerta de la cocina, miraba de cuando en cuando al vestíbulo. De pronto, consideró que aquella vigilancia era tan absurda como la de un espía. Algunos de los niños se comportaban con asombrosa confianza, que indicaba su prolongado estudio de las películas que nunca debieron permitirles que vieran. Algunas de las niñas iban de un lado para otro; otras permanecían sentadas y se divertían entre sí. Era espantoso ver en esos niños de ocho y nueve años el modelo de lo que serían cuando fueran adultos..., modelo ya en formación, en algunos ya establecido.

Simón estaba al otro lado de la puerta, esperando. Llamó con los nudillos. La muchacha que abrió le miró cautamente, preparada a mostrarse altiva o coqueta. Después de besarse, la niña se limpió los labios con el dorso de la mano. Simón volvió a la habitación. La niña miró al techo, y dijo, lo bastante alto para que le oyeran él y los otros que se hallaban en el cuarto de estar: -¡Uf! Todos estaban cansados... Los niños, más cansados que las niñas.

-¡Asesinato! ¡Juguemos al asesinato!

Cuando la puerta se abrió y Ronnie salió corriendo, Alice trató de acumular buenas razones para que no jugaran al asesinato. Pero no actuó de prisa. Todos corrían ya escaleras arriba. Dos niños entraron en la cocina, en dirección a la puerta de atrás; pero se pararon cuando vieron a Alice.

-Afuera, no -dijo Alice precipitadamente, tratando, en cierto modo, de evitarlo-. El jardín está lleno de barro. Tenéis que permanecer dentro de casa.

Los niños se volvieron y se alejaron. Alice oyó pisadas sobre su cabeza. Hubo un lejano golpear de puertas. Se apagaron las luces. Ronnie apareció de pronto en la mancha de luz que salía de la cocina. Él y el niño pecoso hacían gestos y cuchicheaban. Simón Potter pasó por el lado de ellos en su camino hacia la escalera. Cuando desapareció, ambos niños se juntaron más en actitud de conspirar.

Antes que Alice pudiera hacer un movimiento, Ronnie corrió hacia ella.

-¿No te importaría que cerráramos la puerta, mamá?

No esperó respuesta, sino que la cerró tranquilamente y la dejó prisionera. Alice comprendió que habría alaridos de protesta si volvía a abrirla.

Hubo un minuto completo de cómodo silencio. En su cabeza había, incongruentemente, más ruido que en la última hora. En la quietud se estaba elaborando un proceso de tensión. Algo iba a estallar.

De la escalera llegó un golpazo apagado. Se repitió. Podía ser alguien golpeando insistentemente el suelo o dando porrazos a una puerta para que le dejaran salir.

«Sí -pensó con aprensión-, deben de haber encerrado a alguien en alguna de las habitaciones o en una de las alacenas que hay al final del pasillo..., arriba, en lo alto de esta vieja y crujiente casa... Alguien. Simón.»

En aquel momento se oyó un grito que helaba la sangre.

Alice abrió la puerta de un tirón.

-¡Apagad esa luz!

-No, todo está bien -dijo la voz de Ronnie desde el fondo del pasillo-. Todo ha terminado.

Se oyó ruido de pisotadas bajando otra vez la escalera. Las luces se encendieron en toda la casa. Todos gritaban a todos. ¿A quién habían asesinado? ¿Quién era la víctima?

Alice se sintió aliviada al saber que la víctima era Marión Pic-kering, una niña delicada y rubia, con ojos demasiado inteligentes para sus pocos años.

«En verdad -pensó Alice, nada caritativa- es muy posible que Marión termine un día en la primera página de los periódicos dominicales.»

Niños y niñas salieron de sus escondites. El vestíbulo pareció hervir de actividad; luego, todos, alborozados, regresaron al cuarto de estar. Ahora parecía que había el doble de niños que antes, cuando empezó la fiesta.

Alice oía el griterío. Ronnie intentaba restablecer cierto orden.

-¿Quién estaba en la escalera? ¿Quieres callarte?... Tenemos que descubrir quién estaba arriba y quién estaba abajo... Ahora sentémonos... ¡Oh, cállate un minuto!, ¿quieres?

La investigación estaba a punto de convertirse en un caos. Se necesitaba una mano fuerte para controlarlos. En su lugar hubo gritos y chillidos, una suspensión de la tensión en la oscuridad.

Ahora era ya de noche. Alice no se había dado cuenta de lo rápidamente que había caído la tarde. Veinte minutos antes hubiera sido aún demasiado pronto para jugar al asesinato; pero ahora estaba oscuro al otro lado de las ventanas.

A través del murmullo de voces oyó un débil aunque inequívoco ruido: el de la llave de Tom en la cerradura de la puerta.

Alice se hallaba en el centro del vestíbulo cuando su marido entró.

-¡Cariño!

Tom avanzó hacia ella, agachándose para besarla. Venía cargado con algunas herramientas de jardinería: una llana -que salía de una rota envoltura de papel castaño-, unas podaderas y un hacha de mango corto.

-¿Todo marcha bien? -preguntó señalando con la cabeza hacia la puerta del cuarto de estar.

-Me alegra que hayas vuelto.

-¡Ah! Eso quiere decir que no todo marcha bien, ¿eh?

-A veces.

Era maravilloso estar viéndole. ¡Su delgada y arrugada cara era tan tranquilizadora!... El olor de humo de pipa en su pelo, la tranquila confianza de sus ojos, la vista de sus competentes y hábiles manos, todo lo de él la tranquilizaba y, al mismo tiempo, la suavizaba.

Sin embargo, había algo que no marchaba bien; algo que la agobiaba y que solicitaba su atención.

Cuando Tom se volvió para dejar los utensilios de jardinería junto al paragüero, ella notó que el ruido continuaba en lo alto de la escalera: aquel golpeteo intermitente que oyerá antes.

-Dejaré estas cosas aquí -estaba diciendo Tom-, y luego iré a mezclarme con el tumulto.

Alice se dio cuenta de lo que Tom acababa de hacer con las herramientas.

-¡No las dejes ahí! ¡Por el amor de Dios! ¡Con todos esos pequeños monstruos correteando por aquí...!

-Bueno, bueno. Me las llevaré afuera y las meteré en el cobertizo.

-Está todo tan sucio... Volverás con los zapatos llenos de barro y... -se interrumpió y se echó a reír. Tom también se rió-. Parezco una quejica, ¿verdad?

Tom se puso los utensilios debajo del brazo y se dirigió a la escalera.

-Los dejaré en nuestro cuarto -dijo con firmeza.

Ronnie, salió brusca y alegremente del cuarto de estar.

-¡Papá!...

Corrió hacia su padre y le atajó, tratando de rodearle la cintura con un brazo, mientras le sonreía.

-Entra aquí..., entra y mira... Tengo muchas más cosas... Pero nada como tus regalos...

-Espera un minuto, hijo. He de dejar estas cosas arriba. Inmediatamente bajo.

Alice, al pasar junto a ellos, echó una mirada al cuarto de estar. Se acercó más a la puerta; luego preguntó:

-Ronnie, ¿dónde está Simón?

-¿Cómo?

-Simón... ¿Dónde está?

Ronnie se encogió de hombros y se abrazó a su padre otra vez.

-No lo sé. Probablemente subiría al cuarto de baño.

-Ronnie, si le has hecho algo..., si le has encerrado en alguna parte...

-No tardes papá.

Ronnie dio un rodeo y se escurrió por detrás de su madre. Alice no se atrevió a preseguirle en aquel *mare magnum* de brazos, piernas y caras vocingleras.

Tom preguntó:

-¿Pasa algo?

-No lo sé. Me pregunto solamente si le habrán jugado alguna broma pesada a Simón Potter.

-Creí que no estaba invitado.

-No lo estaba. Pero vino el pobre chico. Le han tenido apartado de todo. Y ahora pienso que pueden haberle hecho algo.

El griterío del cuarto de estar era tan exorbitante que Alice no hubiera jurado que oía el espasmódico golpear arriba...

-Yo lo veré -dijo tranquilizándola.

Alice se sentía contenta de volver a la cocina y dejarlo todo en manos de su marido. Ahora, todo marcharía bien.

Dos niños salieron corriendo del cuarto de estar.

-Mistress Jarman..., ¿dónde está el retrete, por favor?

-En el primer piso, al final de la escalera, a la izquierda...

Subieron de dos en dos los peldaños de la escalera detrás de Tom. Alice se sintió cómoda y segura cuando regresó a la cocina, en lugar de ser una inútil asustadiza. Empezó a colocar los tarritos de mermelada en una bandeja. Dentro de quince minutos empezarían a merendar. Después Tom organizaría los juegos mientras ella retiraba los restos de la merienda y fregaba los cacharros.

Ronnie entró en la cocina.

-¿Dónde están las cosas del juego, mamá?

El golpeteo de arriba había cesado. Pero se oyó un ruido más fuerte, como si alguien se hubiera caído o arrojado algo pesado contra el suelo. Tal vez hubiera sido Tom, al abrir una de las puertas de la alacena: ¡estaban tan viejas, tan estropeadas y tan mal sujetas!...

-Ronnie, ¿hiciste...?

El niño no esperó a que su madre acabara la frase. Cogió la bandejita, que con todo cuidado preparara aquel mismo día a primera hora y que estaba tapada con una hoja de fino papel color castaño y se marchó.

Alice le oyó gritar:

-Amigos, venid y sentaos. Ahora apagaré las luces...

-¡Eh, eh! ¡No empezar sin nosotros!...

Se oyeron pasos precipitados bajando la escalera y algunos niños entraron corriendo en el cuarto de estar. Debían de haber estado haciendo cola en el retrete de arriba. Cuando uno necesita ir, se les ocurre ir a todos. «No tardarían mucho en ir las niñas», pensó Alice: a todas ellas les entrarían ganas de orinar, más por imaginación que por necesidad.

-¡Se ha cometido un crimen! -gritaba Ronnie, y su voz, tan enronquecida por el continuo esfuerzo, se quebraba a cada dos o tres palabras-. Descubriremos quién lo hizo; pero no trataremos con el cadáver, ¿verdad?

-El cadáver era yo -lloriqueó Marión.

-Sí, sí; ya lo sabemos, pero... ¡Cerrad esta puerta!

Se oyó el golpazo de la puerta y la voz quedó ahogada. Tras unos minutos se escuchó un chillido agudo y una explosión de carcajadas; luego, otro chillido. Alice colocó los emparedados triangulares en una bandeja. Por el tono y la intensidad de los gritos casi podía seguir el desarrollo del juego.

-Aquí está la mano del cadáver -estaría diciendo Ronnie.

Y pasaría un guante de goma relleno de trapos por toda la fila, en la oscuridad.

-Aquí tenemos parte de pelo...

Y pasaría un manojo de hilaza sacada del viejo sofá que se hallaba arrumbado en el cobertizo del jardín.

-Y aquí están sus ojos...

Y dos uvas peladas pasarían de unas manos vacilantes y temblorosas a otras manos vacilantes y temblorosas.

Todo estaba listo para la merienda. Alice se dirigió a la puerta.

Ya era tiempo de que Tom bajara. No le oía hacer ningún ruido.

Alice fue al pie de la escalera y miró hacia arriba.

-Tom... ¿estás listo?

No hubo respuesta. Acaso se hubiera puesto al final de la cola para entrar en el retrete, por tener más control de sí mismo que los sobreexcitados niños.

Alice decidió poner punto final a los juegos. Se dirigió a la puerta del cuarto de estar y la abrió.

-¡Ah, mamá! ¡Cierra esa puerta!...

-Es hora de merendar...

Y encendió la luz

Se oyó un grito; luego otro. Y, todos a la vez, se sumieron en la histeria. Había terminado la broma. Una niña, sentada, miraba lo que tenía en la mano y empezó a chillar desafortadamente.

Alice dio un paso hacia el interior de la habitación, sin dar crédito a lo que veía.

Un niño sostenía una mano cortada, de la que escurría sangre sobre sus rodillas. La niña, que no podía dejar de gritar, tenía un ojo humano en su mano derecha. La que estaba a su lado tenía también otro ojo, aplastado y destrozado. A su izquierda, el niño pecos estaba pálido y dejó caer por entre sus dedos, al suelo, un mechón de pelos.

Alice dijo:

-¡No!

Algo la mantuvo erguida.

-No. Simón...¿Dónde está Simón?

-Estoy aquí, mistress Jarman.

La voz era completamente tranquila. Alice se volvió, y le encontró de pie en uno de los rincones de la habitación. Trató de hallar palabras. El niño, aún frío y ausente, dijo:

-Me encerraron. Ronnie y ese otro me encerraron. Pero ahora estoy bien. Me sacaron, y ahora todo está bien.

Alice miró la espantosa mano, que chorreaba sangre por la muñeca. Y la reconoció, así como el color del cabello que yacía en el suelo.

Simón Potter permaneció absolutamente inmóvil cuando Alice corrió hacia la puerta y subió la escalera.

Encontró a su marido tendido delante de la puerta de la alacena del dormitorio, de donde había libertado al niño. Las herramientas de jardinería estaban a su lado teñidas de rojo: el hacha, que hendió primero su cabeza y segó luego la mano; las podaderas, que sirvieron para cortar un mechón de su pelo, y la llana, que había sacado toscamente sus ojos.

Simón, pálido pero contento, ya no era el «único niño sin padre» de aquella habitación del piso de abajo.

## FRITZ LEIBER - La equis señala al peatón

*(X marks the Pedwalk)*

La andrajosa viejecilla se hallaba, con la bolsa de la compra colgada del brazo, en el centro exacto de la calzada cuando se dio cuenta de que el enorme coche negro se le echaba encima.

Detrás del grueso cristal a prueba de balas, sus siete ocupantes tenían una mirada nebulosa, como la de los hombres metidos en una escafandra de buzo.

La ancianita comprendió que ya no le daba tiempo de evitar el coche alcanzando la otra acera. Como avanzaba implacablemente, le pillaría en el arroyo. Era inútil intentar un finta o un repliegue, tal como hacían muchos aventurados niños una docena de veces al día. Sus reflejos eran demasiado lentos.

Se oyó una estúpida risotada destacándose sobre el rugido del pesado coche.

Los peatones que circulaban por ambas aceras lanzaron una exclamación de horror.

La viejecita hundió la mano en la bolsa de la compra y la sacó empuñando una gran pistola automática de color negro azulado. Sosteniéndola con ambas manos, la dirigió con la misma eficacia que un vaquero conduce, en un rodeo, a un potro indomable.

Apuntando al parabrisas, como un cazador de fieras apunta a la vulnerable espina dorsal del búfalo que carga sobre él con la cabeza agachada, la ancianita disparó tres tiros antes que el coche la destrozara.

Desde la acera de la derecha, una joven, sentada en una silla de ruedas, insultó a gritos a los ocupantes del coche.

Smythe de Winter, el conductor, no había tenido suerte. El último disparo de la viejecita había matado a dos de los ocupantes de su tanque. Rompiendo el laminado cristal, la bala atravesó el cuello de Phipps McHeath y se incrustó después en el cráneo de Horvendile Harker.

Maniobrando con mala intención, Smythe de Winter metió el coche en la acera de la derecha.

Los peatones corrieron a refugiarse en las puertas y en las estrechas arcadas, entre ellos un muchachito, el cual, a pesar de sus muletas, saltó como una pelota.

Sin embargo, Smythe de Winter alcanzó a la joven de la silla de ruedas.

Entonces giró el volante bruscamente y salió como una flecha del Slum Ring en dirección a los Suburbios, llevando un trozo de varilla incrustado en el guardabarros derecho a manera de trofeo. A pesar de la igualdad en la lista de los accidentes, dos por dos, se sentía furioso y deprimido. El seguro y profético mundo que le rodeaba parecía haberse desmoronado.

Mientras sus compañeros elaboraban suavemente una oración fúnebre por Horvy y Philipps y enjugaban tranquilamente la sangre derramada, él frunció el ceño y movió la cabeza.

-Debería estar prohibido que las ancianas llevaran pistola -murmuró.

Witherspoon Hoobs asintió por detrás del cadáver del asiento delantero.

-No debían permitir que las ancianas llevaran nada. ¡Dios, cómo odio a los *pies!* -murmuró mirando sus contraídas piernas-. ¡Siempre las *ruedas!* -exclamó, sonriendo suavemente.

El incidente tuvo inmediatas repercusiones en la ciudad. En el velatorio conjunto de la ancianita y de la joven de la silla de ruedas, un orador de lengua fogosa arremetió contra los fascistas de los Suburbios, contando a sus oyentes las maravillosas leyendas de Los Angeles, en donde los peatones era sacrosantos aun en medio de las calzadas. Solicitó una marcha de protesta por las calles de los barrios ocupados por los motorizados.

En el Sunnyside Crematorium, adonde fueron llevados los cadáveres de Phipps y Horvy, un orador, igualmente apasionado y casi más intelectual, recordó a sus oyentes la legendaria justicia del viejo Chicago, en donde a los peatones se les prohibía llevar armas y en donde todo aquel que tuviera un pie fuera de la acera podía considerarse como excelente presa. Hizo hincapié en que el único remedio para los barrios pobres del Slum Ring era llevar a cabo un holocausto, realizado, si fuese necesario, con varios tanques de gasolina.

Grupos de esqueléticos jovencuelos salieron corriendo, al anochecer, del Slum Ring para introducirse clandestinamente en los mejores garajes de los Suburbios, rajando indefensos neumáticos, estropeando costosas tapicerías y escribiendo palabras soeces en las brillantes portezuelas de los coches de las madres de familia que nunca se aventuraban a ir más allá de las



seis manzanas de su domicilio.

Simultáneamente, escuadrones de jóvenes motociclistas y motoristas suburbanos invadieron con sus atronadoras máquinas los distritos más extremos del Slum Ring, atrepellando a los niños que iban por fuera de las aceras, lanzando bombas malolientes por las ventanas de los edificios y estropeando las fachadas con chafarrinodes de pintura.

Desde el centro de la Ciudad, tradicionalmente territorio neutral, se informaba continuamente sobre los incidentes: el lanzamiento de un ladrillo, un rincón estropeado, una monstruosa marca en el pórtico del Auto Club...

El Gobierno actuó diligentemente, suspendiendo el tráfico entre el Centro y el Suburbio, y estableciendo un toque de queda de veinticuatro horas en el Slum Ring. Los agentes del Gobierno actuaban solamente desde coches centípedos para subrayar que no se ponían al lado de ninguna de las partes contendientes.

El día que se obliga a los *pies* y a las *ruedas* a no hacer movimiento alguno, se dedicaban a realizar furtivos preparativos de venganza. Tras las puertas cerradas de los garajes, se montaban las ametralladoras que dispararían a través del adornado capó, se afilaban las hojas de las guadañas con el fin de utilizarlas como instrumentos cortantes y se preparaban otros utensilios afilados para organizar carnicerías.

Mientras los nerviosos guardias nacionales transitaban por las desiertas aceras del Slum Ring, hombres y mujeres de caras ceñudas, que llevaban brazaletes negros, recorrían el laberinto de túneles secretos y cruzaban puertas secretas, distribuyendo pequeñas armas de pesado calibre y trozos de madera sembrados de tachuelas, amontonando gruesas piedras en los tejados estratégicos y preparando las trampas para los coches. El Comité de Seguridad de los Peatones, a veces conocido por «Las Ratas de Robes-pierre», se preparaba para poner en acción sus dos cañones antitanques cuidadosamente atesorados.

A la caída de la tarde, ante la insistente urgencia del Gobierno, se reunieron los representantes de los Peatones y de los Motorizados en una gran isla de seguridad situada en el límite del Slum Ring y de los Suburbios.

Unos mequetrefes comenzaron a discutir violentamente si Smythe de Winter no tocó la bocina antes de atrepellar a la anciana; si ésta abrió fuego antes que el coche tuviera tiempo de tocar el *claxon*; cuántas ruedas del coche de Smythe de Winter penetraron en la acera cuando atropello a la joven de la silla de ruedas, y así todo. Tras un buen rato de discusión, el Alto Peatón y el Jefe Motorizado cambiaron guiños y se apartaron a un lado.

La angustia rojiza de cien lámparas fosforescentes que rodeaban la isla de seguridad, iluminaron dos caras trágicas y tensas.

-Una palabra antes de que entremos en nuestro asunto -susurró el Jefe Motorizado-. ¿Cuál es el coeficiente sanitario de sus adultos?

-Cuarenta y uno... y pico -respondió el Alto Peatón, mientras sus asustados ojos buscaban oyentes por todas partes-. Apenas puedo pedir ayuda a quienes están en medio *compos mentis*.

-Nuestro coeficiente sanitario es de treinta y siete -dijo el Jefe Motorizado-. Dentro de la cabeza de mis gentes, las ruedas son tenazmente lentas. Y no creo que se aceleren en su vida.

-Los del Gobierno dijeron que eran cincuenta y dos -dijo el otro con terquedad.

-Bueno, creo que debemos concertar un compromiso más -sugirió el primero profundamente-, aunque debo confesar que hay veces en que creo que todos nosotros somos la ficción del sueño de un paranoico.

Dos horas de concentradas deliberaciones dieron lugar a la redacción de los nuevos artículos del acuerdo Rueda-Pie. Entre otros puntos, se limitaron las armas de fuego de los peatones: tenían que ser armas muy ligeras, de calibre 38 como máximo; mientras que a los motorizados se les requirió para que hicieran sonar tres veces la bocina a una distancia de una manzana por lo menos, antes de cargar contra un peatón que estuviese en la calzada. Dos ruedas sobre la acera convirtieron una muerte de tráfico de un homicidio casual de tercer grado en un pequeño homicidio. A los peatones ciegos se les permitiría llevar bombas de mano.

El Gobierno se puso a trabajar inmediatamente. El nuevo reglamento Rueda-Pie se difundió

extensamente y fue fijado en las paredes de la ciudad. Destacamentos de policías y de médicos psi-quiátrico-sociales centuplicaron y recorrieron el Slum Ring recogiendo las armas y dando consejos tranquilizadores a los levantiscos. Grupos de hipnoterápicos y mecánicos fueron de casa en casa y de garaje en garaje por los Suburbios, sembrando una serenidad conformista y recogiendo de los coches el armamento ilegal. Por consejo de un psiquiatra, que dijo que se podían canalizar las agresiones, se anunció una corrida de toros; pero tuvo que suspenderse ante la fuerte protesta de la Liga de la Decencia, que tenía muchos miembros de ambos bandos en la Rueda-Pie.

Al amanecer, se levantó el toque de queda en el Slum Ring y se restableció el tráfico entre el Centro y los Suburbios.

Tras unos cuantos minutos de quietud, se tuvo la impresión de que había quedado restablecido el *status quo*. Smythe de Winter conducía su brillante coche negro a lo largo del Slum Ring.

Un perno de acero provisto de un ancho redondel del mismo metal ocultaba el agujero que hiciera en el parabrisas la bala de la viejecita.

Desde un tejado lanzaron un ladrillo. Unas balas se aplastaron contra el marco de unas ventanas. Smythe de Winter se ató un pañuelo alrededor del cuello y sonrió.

Una manzana de casas más adelante, los niños estaban jugando en mitad de la calle, gritando y metiéndose el dedo en la nariz. Detrás de uno de ellos cojeaba un perro gordo, provisto de un collar adornado con clavos.

Smythe, de pronto, apretó el acelerador. No atropello a ningún niño, pero sí al perro.

Por unas ligeras pompas que se formaron en el barro se dio cuenta de que estaba perdiendo presión la rueda delantera derecha. Debía de haber atropellado también al collar. Apretó el botón de emergencia de aire y cesó el escape.

Se volvió hacia Witherspoon Hobbs y le dijo con reflexiva satisfacción.

-Me agrada un mundo normalmente ordenado, donde siempre se consigue un pequeño éxito, pero que no se le suba a uno a la cabeza, o un pequeño fracaso, que sirva para fortalecer a uno.

Witherspoon Hobbs miró con atención al cruce de calle que venía a continuación. El centro estaba marcado con las huellas de unos neumáticos. Esas huellas tenían un color rojizo oscuro.

-Ahí fue donde atropellaste a la ancianita, Smythe -observó-. Ahora puedo decir algo en favor de ella: fue valiente.

-Sí, ahí fue donde la atrepellé -dijo Smythe.

Recordó muy seriamente la cara de bruja, que se fue haciendo rápidamente más ancha; las encorvadas espaldas cubiertas de bombasí negro y los feroces ojos ribeteados de blanco. De repente, se dio cuenta de que éste era un día muy triste.

# NUGENT BARKER - La curiosa aventura de mister Bond

*(Curious Adventure of Mr. Bond)*

Mister Bond trepó por las laderas boscosas del valle hasta la plena luz del día. Su capa Inverness, que hacía su corpulenta figura aún más prominente en la sombra que se extendía, a su espalda, sobre el suelo sembrado de hojas, estaba rota y cubierta de ramitas, púas y hojitas, y se paró con afectada inquietud para limpiarse. Después, se echó de nuevo el morral a la espalda y, mirando hacia adelante, guiñó los ojos al contemplar el terreno que se extendía ante él.

A lo lejos, cruzando la afelpada superficie de la meseta, se alzaba, en la linde del bosque, una casa, sosegada y luminosa, con su columna de humo.

Una casa..., una *posada*..., ¡lo que presentía en su corazón! La ansiedad volvió a acudirle, convirtiéndose en un manantial de deleites para él. Avanzando lentamente y echándose el ala del sombrero sobre los ojos, observó cómo se agrandaba y se destacaba la brillante muestra escarlata. Cuando, al fin, se halló debajo de ella, suspiró, sin apenas atreverse a creer en su buena suerte.

*-El reposo del Viajero -leyó.*

Debajo estaba impreso el nombre del dueño: Crispín Sasse-rach.

La quietud de la noche le quitó valor, y tuvo miedo de llamar a la ventana cubierta con una cortina. Ahora, por primera vez, cayó sobre el viajero todo el peso de su debilidad. Mirando la negra boca del pórtico, se imaginó que al fin estaba descansando, metido en la cama, tendido cuan largo era, durmiendo cuanto le daba la gana, sumido en el olvido gracias a su estómago satisfecho. Cerró los ojos y se estremeció un poco debajo de su capa; pero cuando miró de nuevo la entrada, allí estaba en pie Crispín Sasserrach, alzando un farol entre ambas caras: la de mister Bond, que era sonrosada, de boca grande, de mejillas hundidas y ojos que apenas reflejaban la luz del farol, y la del posadero, barbilampiña, ancha y ovalada, con labios delgados que se aprestaban en una sonrisa.

*-Pase, pase -susurró el posadero-, pase. Ella ha hecho un estupendo caldo para la cena de esta noche.*

Se volvió, riéndose entre dientes y alzando el farol por encima de su cabeza.

Mister Bond siguió la monstruosa espalda de su huésped a través del umbral de aquella posada perdida en tierras altas. El pasillo se hizo más ancho y se convirtió en vestíbulo, y allí, entre las sombras que se desplazaban de los rincones a medida que avanzaba el farol, se paró el posadero y levantó su gordezuela mano, como invitando a su huésped a escuchar. Entonces, mister Bond perturbó el silencio que reinaba en la casa con un sorbo y un suspiro. No solamente olía ya el «estupendo caldo» en aquel vestíbulo exterior, sino que lo paladeaba..., un complejo y sutil sabor, picante y fuerte como la miel, ligero como una tela de araña en el aire, que le pellizcaba en el estómago, llenándole los ojos de lágrimas.

Mister Bond miró fijamente a Crispín Sasserrach, a las sombras que se extendían más allá, volviendo luego a fijar los ojos sobre Crispín Sasserrach. El hombre permanecía en pie, con su ancha, ovalada y barbilampiña cara alzada hacia la luz del farol que llevaba en la mano; luego, impulsivamente, como si le repugnase cortar de golpe tan dulce anticipo, tiró al viajero de la capa y le condujo al agradable cuarto de estar, presentándole con un movimiento floreado de la mano a Myrtle Sasserrach, la joven, bonita y atareada esposa del posadero, la cual, en aquel momento, se hallaba en pie ante una mesa redonda de gran tamaño, bajo la maciza viga central del techo, con su negro cabello brillando a la luz de muchas velas y su gordezuela mano metiendo un cucharón, sin hacer ruido, en una sopera que humeaba.

Al ver a la mujer, cuyas largas pestañas se dirigían de nuevo hacia la sopera, mister Bond hundió la barbilla en el cuello de la camisa y pasó la mirada de ella a Crispín Sasserrach, fijándola finalmente en las revoluciones del cucharón. En un momento quedó establecido el orden en el cuarto de estar, y el posadero, con suaves y nerviosos gestos, sentó a su huésped a la mesa, cogió el cucharón de manos de su esposa, lo hundió en la sopera y confió el plato lleno a las manos de

Myrtle, que en seguida empezó a andar hacia el viajero, con el humo del caldo subiendo hasta sus serios ojos.

Tras agradecer en silencio la atención, míster Bond alargó los labios como si susurrara: «cuchara».

-¡Oh, qué caldo tan estupendo! -murmuró vertiendo una gota en su pañuelo.

Crispín Sasserrach sonrió con delicia.

-Siempre digo que es el mejor del mundo.

Entonces, impetuoso, rompió a reír en falsete y envió un beso a su esposa. Un momento después, los dos Sasserrach, haciendo caso omiso del viajero, se inclinaron sobre sus respectivos platos llenos de caldo y se pusieron a discutir sobre cuestiones domésticas, como si no hubiera otra persona sentada a la mesa. Durante un buen rato, sus voces apenas fueron más altas que el sonido que hacía la sopa al ser absorbida; pero cuando el plato del viajero quedó vacío, Crispín Sasserrach, como una exhalación, volvió a convertirse en anfitrión atento y servicial.

-Bueno, señor ¿quiere repetir? -sugirió, cogiendo el cucharón y metiéndolo en la sopera, mientras Myrtle se levantaba de su silla y se dirigía por segunda vez hacia el viajero.

Míster Bond dijo que sí, y acercó su silla un poco más a la mesa. La vida había vuelto a su sangre y a sus huesos con redoblado vigor; sus pies eran tan ligeros como si los hubiera introducido en un baño de agua de pino.

-Aquí tiene usted, señor, la sopa. Myrtle se la llevará. ¡Dios todopoderoso, cómo me gustaría estar saboreando esta sopa por primera vez!

Apoyando los codos sobre la mesa, el dueño de la casa inclinóse sobre su humeante plato y comió de nuevo.

-¡Esta sopa es como vino! ¡Es vino, Dios mío! ¡Resucita a un muerto!

Excitado, su cara ovalada parecía más ancha que de costumbre, y sus rojizos cabellos, que formaban belicosos rizos, parecían más brillantes, como si alguien les hubiera prendido fuego.

Animado por la sopa, míster Bond empezó a describir minuciosamente su viaje por el valle. Su voz se hizo más potente; sus palabras, más prosaicas, como si estuviera hablando en su casa, entre sus familiares.

-Bueno, vamos a ver... ¿Por dónde iba? -repetía una y otra vez.

Y después:

-Me alegré mucho de ver su luz, no tengo por qué negarlo -dijo riéndose.

Entonces Crispín se levantó de la mesa. En su boquita apuntaba una ligera risa.

La tarde se pasó junto a la chimenea. Los leños crujían como disparos de pistolas cuando Crispín Sasserrach los arrojaba a las llamas. El viajero no hubiera deseado nada mejor que aquello: estar allí, junto al hogar, charlando animadamente con Crispín y observando tímidamente a Myrtle mientras quitaba la mesa; aunque, en verdad, entre sus familiares, míster Bond hubiese pensado en ayudar a sus mujeres en esa tarea. Encontró modestos y hasta bonitos los tristes ojos de Myrtle. La posadera fue apagando una por una todas las velas, y con cada apagón ella se hacía más etérea, mientras aumentaba el fulgor del pagano farol.

«Venga a sentarse con nosotros ya y charlemos», pensó míster Bond.

Myrtle se acercó a ellos en aquel momento.

Ambos le hicieron sentirse muy cómodo. Encontró encendido en su dormitorio un fuego de leños y una sopera de caldo en la mesilla de noche.

-¡Oh, qué exagerados! -exclamó en voz alta con petulancia-. No son refinados. Parecen unos colegiales.

Y, cogiendo la sopera, vertió su contenido en el trocito de jardín que se extendía debajo de su ventana.

La negra pared del bosque parecía hallarse a pocos metros de sus ojos. La habitación estaba llena de rayos de luna, fuego y vela, todo mezclado.

Míster Bond, deseoso al fin de descansar sin soñar, de dormir a pierna suelta, se volvió y examinó la habitación donde iba a pasar la noche. Contempló con alegría la cama de cuatro columnas, tan ancha como un cuartito pequeño; las pesadas sillas de caoba y los armarios, el alto

y retorcido candelabro, sus velas medio consumidas, sin duda, por un huésped anterior; el techo, que podía tocar con la palma de la mano, y que tocó.

En la nebulosa mañana no pudo distinguir ni sombra del bosque, y al final de la somera escalera encontró el vestíbulo lleno de olor a caldo. Los Sasserrach estaban sentados ya en la mesa del desayuno, como dos niños, ansiosos de comenzar el día con su plato favorito. Crispín Sasserrach estaba levantando su cuchara y alargando los labios, mientras Myrtle removía el cucharón dentro de la sopera, con los ojos bajos. Míster Bond suspiró inaudiblemente cuando contempló de nuevo el lustroso y azabachado pelo de la mujer. También se dio cuenta de lo sana que era la piel de los Sasserrach. En ninguna de las dos caras podía descubrirse una mancha, ni en ninguna de las cuatro manos. Atribuyó esta perfección a las benéficas cualidades del caldo, así como a los aires de las tierras altas, y comenzó a hablar, con su disonante voz, sobre el tema de la salud en general. En mitad de la charla, Crispín hizo notar, excitadamente, que él tenía un hermano que regentaba una posada, situada a un día de jornada, a lo largo de la linde del bosque.

-¡Oh! -exclamó míster Bond aguzando el oído-. Así que tiene usted un hermano, ¿verdad?

-Claro que sí -murmuró el posadero-. Es muy conveniente.

-¿Por qué es muy conveniente?

-Pues por las posadas. Se llama Martín. Compartimos nuestros huéspedes. Nos ayudamos mutuamente. ¡Dios, un maravilloso espíritu de fraternidad!

Míster Bond miró con ira su caldo.

«Comparten huéspedes -pensó-. ¿Y a mí qué me importa eso?»

En voz alta dijo:

-Quizá me encuentre con él algún día, míster Sasserrach.

-¡Hoy! -gritó Crispín golpeando la mesa con la cuchara-. ¡Le llevaré allí hoy! Pero no se preocupe -añadió, viendo la mirada que echaba el otro y alardeando de haber comprendido con exactitud lo que quería decir-. Volverá de nuevo con nosotros. ¡No se preocupe! Pasado mañana..., el otro... ¡uno de estos días! ¿No es verdad que sí, Myr? ¿No es verdad que sí? -repitió saltando en su silla como un niño grande.

-¡Claro que sí! -respondió Myrtle Sasserrach a míster Bond, cuyos ojos estaban fijos en ella con molesta atención.

Un instante después, el posadero se levantó de su silla y se dirigió al vestíbulo. Desde allí llamó a Myrtle para que le preparara las botas. En la confusión de este bulle-bulle, míster Bond se inclinó con dignidad al jardín de la parte de atrás, que ahora le pareció más silvestre de lo que había supuesto... Un espacio, pequeño y cercado, con hierbas que le llegaban más arriba de las rodillas y cubierto de cardos, cuyos extremos punzantes se agarraron a su ropa cuando anduvo hacia la puerta de la cerca, al fondo de aquel desierto. Guiñó los ojos y caminó sobre el césped que se extendía entre él y el bosque. El sol lucía ya en el cielo sin nubes. Se preparaba un hermoso día. Míster Bond recorría con la mirada la barrera sin fin del bosque cuando oyó la voz del posadero que le llamaba en medio de aquel silencio.

-¡Míster Bond! ¡Míster Bond!

Volviéndose de mala gana y atravesando con todo cuidado el jardín para evitar la maraña de cardos, el viajero encontró a Crispín Sasserrach preparado para la marcha, en medio de un gran bullicio, con un vigoroso caballo uncido a un carro de dos ruedas, y a su mujer poniéndole la cara para que la besase.

-Sí, iré con usted -dijo míster Bond.

Pero los Sasserrach no parecieron oírle. Se paró un momento en el pórtico, mirando con el ceño fruncido la espalda de Myrtle y el hermoso potro, que parecía inclinar la cabeza hacia él con insolencia casi humana. Suspiró y, colgándose a la espalda el morral, se sentó al lado del cochero. El caballo era demasiado grande, inquieto entre las varas y perfecto en todo. Sin que Crispín dijera una palabra, el animal empezó a trotar por la senda.

Durante algún tiempo los dos hombres viajaron en silencio. Era el segundo acto de la aventura de míster Bond en la parte alta del valle. El viajero iba sentado muy erguido, llenando metódicamente de aire sus pulmones, mirando todo con sus ojillos y echando hacia atrás los

hombros. En aquel momento empezó a hablar del aire de la montaña, pero no recibió contestación. A su derecha, la barrera del bosque se extendía más allá de donde podía alcanzar su vista, mientras que a su izquierda corría el borde del valle, a un par de kilómetros de distancia, sembrado aquí y allá de fresnos.

La monotonía del paisaje y el continuado silencio del posadero empezaron a hartar muy pronto a míster Bond, a quien gustaba hablar y que rara vez descansaba, a menos que sus ojos estuvieran ocupados en descubrir cosas nuevas. Hasta el caballo se comportaba con la silenciosa regularidad de una máquina; así que, junto al viajero, sólo el cielo luchaba por hacer progresos.

Las nubes surgían por todas partes, juntas o separadas, y al mediodía el sol cabalgaba entre blancos vellones de nubes, reluciendo a ratos perdidos sobre la húmeda gualdrapa del caballo. El bosque, abajo, y la extensión de áspero césped corriendo hacia el valle, se aclaraban y se oscurecían constantemente; pero Crispín Sasserrach no abrió la boca ni para susurrar, aunque algunas veces, entre dientes, escupía sin ruido por encima del borde del carro. El posadero había traído consigo una cacerola con caldo, y durante uno de aquellos intervalos soleados detuvo el caballo, sin decir palabra, y vertió el líquido en dos jarros de latón, que calentó en un infiernillo de alcohol.

A la débil luz del atardecer, cuando el caballo continuaba aún su camino, Crispín Sasserrach cuchicheaba entre dientes y el sueño estaba rondando al viajero, apareció en la senda, delante de ellos, una forma, y con ella llegó un tintineo de campanillas. Míster Bond se irguió en su asiento y miró. No esperaba encontrar, en aquel paraje olvidado de Dios, otro carro o carruaje. Vio a lo lejos, acercándose, un vehículo de cuatro ruedas, tirado por dos vivarachos caballos. Un hombre de cara delgada, con pantalones de montar y bombín, lo conducía. Los dos conductores se saludaron solemnemente, levantando el látigo; pero no aminoraron la marcha.

-Bueno..., ¿quién era? -preguntó míster Bond, tras una pausa.

-El criado de mi hermano Martín.

-¿Adonde va?

-A *El Reposo del Viajero*. Con noticias.

-¿De veras?... ¿Con qué noticias? -insistió míster Bond.

El posadero volvió la cabeza.

-Noticias para Myrtle -murmuró al viajero.

Míster Bond se encogió de hombros

«¿Qué necesidad hay de hablar con semejante patán?», pensó.

Y una vez más se quedó amodorrado. La luna surgió en el horizonte, blanqueando la tierra, mientras que el posadero escupía de cuando en cuando en dirección al bosque, no volviendo a decir esta boca es mía hasta que llegó a la posada de Martín Sasserrach.

Entonces, Crispín saltó a la vida.

-¡Vuelva en sí! -gritó-. ¡Chis, míster Bond! ¡Despierte! ¡Vuelva en sí de una vez! ¡Hemos llegado a *El Decapitado*!

Míster Bond, alarmado por tanta energía, saltó al suelo. Su cabeza parecía tan grande como la luna. Oyó jadear suavemente al caballo y vio salir el vaho por su hocico, elevándose en el aire frío, mientras la blanca cara de Crispín Sasserrach se alzaba a la luz de la luna, silbando y gritando entusiasmado:

-¡Martín! ¡Martín! ¡Estoy aquí!...

La extraña barrera del bosque devolvió en varios ecos el nombre. En realidad, los rayos de la luna parecían estar llenos del nombre «Martín», y míster Bond experimentó un tremendo deseo de ver a ese Martín Sasserrach cuya muestra estaba colgada sobre la cabeza del viajero. Después de las repetidas llamadas de Crispín, apareció el dueño de *El Decapitado*, y míster Bond, que esperaba encontrarse ante un verdadero gigante, en el sentido físico de la palabra, se quedó pasmado al ver al individuo bajito y con gafas que surgió de la casa. Crispín Sasserrach se tranquilizó en seguida.

-Volveremos a vernos de nuevo -susurró a míster Bond cerrando los ojos y apretando la boca como si cayera en éxtasis.

Luego, empujó al viajero hacia Martín y, un instante después, se hallaba de nuevo montado en su carro. El caballo emprendió el regreso a *El Reposo del Viajero*.

Míster Bond no se movió de donde estaba, escuchando el ruido cada vez más apagado del caballo alejarse, y observando al dueño de *El Decapitado...* De pronto, se dio cuenta de que lo que estaba mirando eran los ojos color gris que se animaban detrás de las gafas del posadero.

-Nadie llega de la posada de mi hermano sin ser tres veces bien recibido. Se recibe bien no solamente por amor a Crispín y a mí, sino también por amor a nuestro hermano Stephen.

La voz era tranquila y clara como el rayo de luna, y el posadero se volvió para entrar en su posada sin que apenas hubiese una pausa entre las palabras y el movimiento. Míster Bond examinó con curiosidad el vestíbulo fuertemente iluminado, que, en tamaño y forma, era el doble que el de la posada de Crispín. Lámparas de petróleo graciosamente situadas alumbraban espléndidamente todo el vestíbulo. Y allí estaba Martín, subiendo la escalera, que a míster Bond le parecía la misma que la de la posada de Crispín Sasserrach. Martín era un hombre bajito. Se volvió una vez para mirar a su huésped, al que introdujo, al fin, en una clara y aireada alcoba. Allí con palabras corteses, de las que sus ojos, perdidos en otros pensamientos, parecían estar muy distantes, invitó a su huésped a lavarse antes de cenar.

Martín Sasserrach dio delicadamente de cenar a míster Bond la noche de su llegada, regalándole con platitos fritos de varias clases y siempre exquisitamente condimentados y adornados, y eso, junto con la casi cristalina limpieza de la habitación y la mesa, hacía apropiado el aspecto de químico que poseía el dueño. Se descorchó una botella de vino para míster Bond, el cual, como sabían perfectamente sus amigos y familiares, no tomaba más bebida que sidra embotellada. Durante la cena, el vino suscitó un breve momento de atención en Martín Sasserrach, quien miró con repentino interés a su huésped.

-¿*El Decapitado*? Sí, en efecto; existe una historia relacionada con ese nombre, si se le puede llamar historia.

Sonrió ligeramente, golpeando la mesa con la punta de un dedo, y un instante después examinaba una pieza de marfil, perfectamente labrada, que sujetaba la lista de manjares.

-¡Preciosa! ¡Preciosa; ¿Verdad que sí?... En efecto, hay muchas historias -terminó, como si el número de historias le excusara de malgastar su inteligencia con el relato de una de ellas.

Poco tiempo después de terminada la cena, se retiró, aludiendo al trabajo, que no le gustaba dejar para otro día.

Míster Bond se metió en la cama muy temprano aquella noche, sufriendo dispepsia y poniendo mala cara a la ausencia de calor hogareño que se notaba en su claro y eficiente dormitorio.

Los pájaros le despertaron a una alegre mañana otoñal. Respirando profundamente, se dijo que siempre le habían gustado mucho los pájaros, los árboles y las flores, y pronto se encontró paseando soñoliento por el jardín de Martín Sasserrach.

Comenzó por agrardarle el adorno de los cuadros del jardín. Siguió los senderos en ángulo recto con dignificada crasitud: sus huesos estaban orgullosos de estar vivos.

Una verde verja al fondo del jardín atrajo la atención de míster Bond; pero al ver que le conduciría al selvático césped que se hallaba al otro lado y, más lejos, al bosque, del que podía ver las inmóviles copas de sus árboles por encima de la tapia particular, prefirió quedarse donde estaba, aspirando el intenso perfume de las flores y perdiendo con intensa delicia a cada inspiración y a cada paso, otra vaharada del caldo de Crispín.

El hambre le hizo regresar, al fin, a la casa, y empezó a recorrer las oscuras habitaciones. Se dio cuenta de que Martín Sasserrach era muy aficionado al marfil. Se detuvo para admirar los deliciosos objetos, objetos de marfil de todas clases, perfectamente labrados: cortapapeles, fichas de ajedrez, pinzas para la ensalada, caritas y bustos de grotescas apariencias, y también delicadas cajas adornadas con marfil.

El eco de sus pies sobre el pulimentado suelo intensificaba el silencio de *El Decapitado-*, aunque esta calma interior estaba llena de sonido cuando se la comparaba con la tranquilidad de la escena situada al otro lado de las ventanas sin cortinas. El afelpado césped aún no estaba iluminado por los rayos directos del sol. El viajero miró hacia los fresnos que se alzaban en el

borde del valle. Más allá de ellos se extendía una alfombra de niebla, levantando el resto del mundo a la altura de la meseta, y mister Bond, recordando la casa y la ciudad que dejara a su espalda, empezó a preguntarse si estaba alegre o triste por haberle conducido sus aventuras a esta región perdida.

-Hace bastante frío para que me ponga el abrigo -dijo estremeciéndose.

Lo cogió del vestíbulo y se apresuró a salir de la posada. Le habían entrado deseos de pasear por el afelpado césped, pisarlo hasta llegar a los árboles, y, efectivamente, había recorrido alguna distancia, envuelto en sus pensamientos y en su antigua capa In-vernness, cuando el golpe de un *gong* le hizo volver en sí, como un hilo ondulado en el aire.

«Escucha eso», susurró para sí mirando con intensidad la fila de fresnos en la que tenía puesto su corazón.

Luego, encogiéndose de hombros, regresó a *El Decapitado*, donde encontró al dueño sentado a la mesa del desayuno, perdido en sus pensamientos. La mesa tenía aún restos de la noche anterior.

-¡Ah, sí!... Sí... Es usted... ¿Ha dormido bien?

-Bastante bien -respondió mister Bond.

-Nosotros nos desayunamos aquí más bien temprano. Eso hace que el día parezca más largo. Stennet regresará más tarde. Fue a casa de mi hermano Crispín.

-¿Con noticias? -preguntó mister Bond.

Martín Sasserrach asintió con la cabeza cortésmente, aunque un poco tieso. Indicó a su huésped una silla junto a la mesa. El desayuno estaba frío, era escaso y se hizo en silencio. Las palabras eran cosas delicadas de expresar en esta atmósfera cristalina. La piel de Martín Sasserrach colgaba y tenía el color del marfil antiguo. De cuando en cuando, alzaba la vista para mirar a su huésped; pero sus ojos grises enfocaban algo más de lo meramente externo: parecía como si se alojasen en los propios huesos de mister Bond. En una de esas ocasiones, el viajero hizo burla de su apetito.

-Es el aire de las tierras altas -aseguró golpeándose el pecho.

El sol empezó a elevarse sobre la meseta. De nuevo se esfumó el posadero, murmurando sus excusas. El silencio flotaba en *El Decapitado*, el jardín resplandecía lleno de sol, que ahora estaba más alto que el bosque, y los senderos de grava crujió suavemente bajo los pies de mister Bond.

«Noticias para Myrtle», reflexionó, dejando que sus pensamientos retrocedieran al día anterior.

Y frecuentemente se sentía arrastrado a través de la casa, donde todo era tranquilo y espacioso: habitaciones polvorientas, que parecían de museo, desbordadas de luz solar, mientras que en todas partes sus ojos captaban aquellos objetos de marfil labrado, posesionándose de su vista tan completamente como el sabor del caldo de Crispín se había alojado en sus pulmones.

La comida fue también fría y silenciosa. El silencio se rompió solamente por el café que el dueño calentó en un infiernillo de alcohol, en un extremo de la mesa, y por una pregunta que hizo el viajero, a quien este Martín de escaso pelo, quitándose delicadamente unas motas de polvo gris de las solapas y de las mangas de su chaqueta, replicó diciéndole que era coleccionista de objetos de marfil desde hacía muchísimo tiempo y que aún continuaba aumentando su colección. Su voz salió apaciblemente de su boca y pareció, en realidad, arrastrarle fuera del soleado comedor, hacia su trabajo, que nunca dejaba para otro día... Ahora, la tarde empezaba a avanzar lentamente y reposaba bajo los rayos del sol. La hora era adormecedora.

-Vuelvo a sentirme indigesto -suspiró mister Bond, molesto.

En su casa, se hubiese quedado en su dormitorio, con las paredes cubiertas de papeles floreados y las cortinas color de rosa.

Salió del jardín y contempló la parte trasera de la casa. ¿Cuál de esas ventanas daba luz al dueño de la casa y a su trabajo? Escuchó el zumbido de un torno, el raer de un cuchillo..., y se preguntó, asustado, por qué se había detenido a escuchar tales cosas. Sintió el bosque a su espalda, y se volvió, viéndolo asomar por encima de la tapia particular. Impulsivamente, empezó a cruzar el césped que, más allá de la verja, estaba bañado por los rayos del sol; pero a unos cuantos metros



del bosque, su ánimo decayó de nuevo: no pudo enfrentarse con la pared de árboles y, dando un grito, voló hacia la casa, entró en ella y cogió la capa.

Sus ojos miraban más allá de los fresnos, sobre la línea del horizonte, mientras paseaba sobre el aterciopelado césped. Ahora podía verse allí abajo, en la linde del valle, en la casa de sus vecinos, los Allcard, bebiendo café o té, y contándoles sus aventuras, especialmente *esta* aventura. No era frecuente que un hombre de su edad y de su posición en el mundo se alejase solo, en busca de alegrías o de tristezas. Escudrinó la distante línea de fresnos y asintió con la cabeza, murmurando:

-Llegaré hasta allí. Les contaré esta aventura, hasta que llegue.

Y les diría:

-¡Las cosas que podría haber visto si me hubiese quedado! Sí, Allcard, me sentí muy contento de bajar al valle aquel día, puedo confesarlo. Aunque no me importa admitir que estaba un poco asustado.

La palatina de su capa le acariciaba los hombros como la mano de un amigo.

Míster Bond no se encontraba todavía a mitad de camino de los fresnos cuando, mirando hacia atrás, vio, contra la oscuridad de la pared del bosque, un vehículo que se acercaba rápidamente a *El Decapitado*. Inmediatamente recordó, como un relámpago que cruzase por su mente, los ojos del criado Stennet, que iba y venía entre las posadas de los Sasserrach.

Se dio cuenta de que los ojos de Stennet estaban ahora fijos en él. El ruido de los cascos de los caballos llegaba hasta él como una ligera pelota botando sobre el césped. Míster Bond se encogió de hombros y se golpeó sus colgantes mejillas. Regresaba a *El Decapitado*, consciente de que los veloces caballos podían haberle alcanzado mucho antes de que él hubiese llegado a los fresnos.

-Pero ¿por qué he de pensar que esas gentes esperan que huya? ¿Y por qué ese pánico que experimenté en el jardín? Esta quietud mortal de la mañana me ha alterado los nervios.

El vehículo desapareció un poco antes que él llegara a la posada, sobre cuyo techado de tejas empezaba a asentarse la rojez de la tarde. El viajero estaba convencido ahora de que sería bien recibido, y este buen recibimiento parecía surgir de la puerta y correr para reunirse con él. Encontró un magnífico fuego de leños crepitando en la chimenea, y míster Bond, alargando las manos sobre las brasas, se sintió de repente descansado... y fastidiado. Intentó asegurarse... para gritar a Martín Sasserrach..., para preguntarle qué había traído una vez desde la meseta...; pero ahora lo único que deseaba era permanecer delante del fuego, esperando a que Stennet le trajera el té.

Un hombre empezó a cantar en el corazón de la casa. ¿Stennet? Los ojos y la nariz de halcón del individuo se hicieron de pronto visibles en el fuego. La voz que cantaba subió de tono..., apagándose, al fin, discretamente, y se oyó el ruido de pisadas en el vestíbulo... De nuevo estaba escuchando el viajero cómo crepitaban las llamas de la chimenea.

-Deje que le quite la capa, señor -dijo Stennet.

Míster Bond giró en redondo. Sus mejillas estaban encendidas por la ira.

¿Por qué necesitaban forzar esta hospitalidad hacia él, haciéndole sentirse como prisionero? Miró las largas piernas enfundadas en los pantalones de montar, los anchos hombros y la cara, que parecía más escarlata a causa del precipitado viaje. Casi gritó:

-¿Dónde está el bombín?

¿Miedo?... Quizá... Pero si miedo le clavó por un instante en el sitio, ahora había desaparecido. Se dio cuenta de que la voz debió de agrardarle, una voz deferente, que rompió el frío e irreverente silencio de *El Decapitado*. La capa ya no estaba sobre sus hombros, sino colgada del respetuoso y doblado brazo de Stennet. Y..., ¡alabado sea Dios!..., la voz anunciaba que el té estaría dispuesto en seguida. Los ánimos de míster Bond volvieron a esta frase. Stennet y él estaban allí, confiadamente delineados.

-¿Chino? Sí, señor. Tenemos té chino -respondió Stennet.

-Y tostadas con mantequilla -dijo míster Bond, acariciándose suavemente la barbilla.

Algún tiempo después de tomar el té, le sacó de su amodorramiento la mano del criado, quien le

dijo que en su habitación le estaba esperando un cacharro con agua hirviendo.

Míster Bond consideró que la cena de aquella noche sería espléndida, y lo fue. Los colores brotaron en sus mejillas cuando pusieron las fuentes delante de él. ¡Sopa de liebre! ¿Cómo sabían que era su sopa favorita? Con los entremeses, la entrada y el asado, sus manos, suaves y sonrosadas por el lavado, estuvieron más ocupadas que todos los días anteriores. El pollo era asado a la brasa. ¡Oh, qué deliciosas setas *au gratin*! La perdiz hizo brotar lágrimas de sus ojos. El budín hizo que se dirigiese de nuevo a Martín, para darle las gracias a Stennet.

El dueño hizo una reverencia con distante cortesía.

-¿Una partida de ajedrez? -sugirió cuando terminaron de cenar-. Mi último contrincante fue un hombre como usted, un viajero que recorría las posadas. Empezamos una partida. Pero ya se ha marchado. ¿Le importaría a usted ocupar su puesto?

Martín Sasserrach sonrió; su voz precisa, al sonar, pareció transmitir una oleada de acción a la delgada mano posada sobre el tablero.

-Yo muevo -susurró, jugando a continuación.

Había estado pensando la jugada durante una semana. Pero, aunque míster Bond trató de concentrarse en el problema colocado tan de repente ante él, no pudo apartar el pensamiento de su dispepsia posdigestiva, y con disculpas y gruñidos, retiró su silla.

-Lo siento por eso -dijo Martín sonriendo, y sus ojos recorrieron el tablero-. Lo siento mucho. Otra noche., indudablemente..., con su amable colaboración..., otra noche-

La perspectiva de otro día en *El Decapitado* turbó y agradó a la vez a mister Bond mientras, jadeando, se retiraba para meterse en la cama.

-¡Ah Stennet! ¿Ha padecido usted dispepsia alguna vez? -le preguntó melancólico, al encontrarse con el criado en lo alto de la escalera.

Stennet chascó los dedos y bajó la escalera corriendo. Un minuto después se hallaba de nuevo a la puerta del dormitorio del viajero con una taza del famoso caldo de Crispín.

-¡Oh, eso! -exclamó mister Bond mirando la taza.

Luego, recordó sus excelentes efectos durante la indigestión sufrida en la posada de Crispín, y cuando al fin se tapó la cabeza con las mantas, se durmió con sueño reparador y no se despertó hasta la mañana siguiente.

Durante el desayuno, Martín Sasserrach le miró desde su sitio.

-Esta tarde -murmuró-, Stennet le llevará a la posada de mi hermano Stephen.

Mister Bond abrió los ojos.

-¿A otra posada? ¿Otra posada de ustedes, los Sasserrach?

-Crispín... Martín... Stephen.. Exactamente tres. Un número perfecto... si se detiene a pensar en ello.

El viajero se dirigió al jardín. A las diez el sol lucía de nuevo, y al mediodía un calor estival caía sobre la meseta, calor que penetraba hasta el dormitorio de mister Bond. El silencio del bosque le empujó a la ventana, haciéndole alzar la cabeza y cerrar los ojos sobre aquella monstruosa masa de árboles. El miedo intentaba apoderarse de él. No quería ir a la posada de Stephen; pero transcurrieron las horas deprisa y el silencio huyó de la posada.

Durante la comida, a la que contribuyó su anfitrión con una agradable charla, el viajero notó que se iba apoderando de él la impaciencia de salir de aquella tercera etapa de su viaje, si tal etapa se llevaba a cabo. Se levantó de la silla sin miramientos y se marchó al jardín. Las *asters* estaban ahora resplandecientes a la viva luz del sol. Abrió la verja de la tapia privada y anduvo por el afelpado césped que se extendía entre ella y el bosque. Mientras caminaba oyó un aleteo a su espalda, y al volverse vio una paloma que volaba desde una ventana del tejado. El ave pasó volando por encima de su cabeza, hacia el bosque, y se perdió de vista. Por primera vez recordó mister Bond haber visto una paloma haciendo un recorrido semejante cuando se hallaba paseando por el jardín de la posada de Crispín.

Sus pensamientos estaban siguiendo todavía a la paloma por encima del pavimento formado por las copas de los árboles del bosque, cuando oyó una voz que le llamaba en medio del silencio:

-¡Mister Bond! ¡Mister Bond!...

Dio la vuelta, dirigiéndose a la verja del jardín; entró en éste, lo cruzó y penetró en la casa. Se puso la capa y se colocó el morral a la espalda. Poco tiempo después se hallaba sentado junto a Stennet en el vehículo, oyendo a los dos caballos y recordando que Martín, en el último instante, se había marchado a su trabajo en lugar de despedir a su huésped.

Aunque nunca perdió el miedo a Stennet, mister Bond encontró en el criado de Martín un excelente compañero de viaje, siempre dispuesto a contestar cuando se le hablaba y hasta capaz de suscitar la curiosidad del viajero, a veces, durante el monótono recorrido.

-¿Ve esos fresnos que se elevan allí? -preguntó Stennet señalando con la cabeza hacia la izquierda-. Pertenecen a mister Martín. Es dueño de la mitad de los que se alzan en el camino hasta las posadas de mister Crispín y de mister Stephen. Y lo mismo ocurre a sus hermanos.

-¿Y qué hay respecto al bosque?

-Exactamente igual -respondió Stennet abarcando con la mano toda la parte de la derecha-. Como usted ve, es redondo. A cada cual le pertenece una tercera parte, como si fuera un gigantesco trozo de pastel.

Chasqueó la lengua y los caballos atiesaron las orejas, aunque aquel chasquido no fue más que una formalidad, pues los animales corrían a gran velocidad.

-¡Este coche es mucho más rápido que el de Crispín! -murmuró el pasajero notando que el viento le golpeaba la cara.

Aun cuando la tarde de aquel día de otoño estaba terminando, él miraba a su alrededor lleno de

sorpresa.

Vio la luna elevarse por encima del valle.

Más tarde aún, pidió informes sobre los nombres de las tres posadas, y Stennet se echó a reír.

-Los señores están muy orgullosos de ellos, puedo asegurárselo. Románticos y un poco asustadizos, eso es lo que puedo decir de ellos. También poéticos. Ellos no dicen *El Descanso del Viajero*, sino *El Reposo del Viajero*, ¿comprende? Es más poético. No creo que fuese idea de míster Crispín. Creo que fue de míster Martín... o de mistress Crispín. Son muy inteligentes... *El Decapitado* es solamente una gracia retorcida que tuvo míster Martín... y, naturalmente, no significa nada más que lo que dice: un hombre sin cabeza. A continuación -añadió Stennet, silbando a los caballos, cuyos lomos resplandecían a la luz de la luna-, la posada adonde usted se dirige ahora: *La Cabeza del Viajero*... Bueno, las posadas se llaman algunas veces *La Cabeza del Rey* en honor del rey, ¿no es verdad? Míster Stephen hace algo mejor que eso. Dedicó su posada al propio viajero.

Por entonces, habíase hecho visible en la lejanía un punto brillante de luz, y míster Bond fijó los ojos en él. Una vez el punto desapareció por un instante, y él se imaginó que la cabeza de míster Stephen había pasado por delante de la lámpara del cuarto de estar. Ante este cuadro, la cólera hizo presa en él, y se preguntó, molesto, por qué se había sometido tan humildemente a las órdenes..., no podía llamarlas de otro modo... de aquellos hermanos tan extrañamente hospitalarios.

Aventado por su ira, el punto brillante se iba haciendo mayor y más brillante, hasta que al fin adquirió el tamaño y la forma de una ventana iluminada, a través de la cual la cara de un hombre hacía muecas a la luz de la luna.

-Escuche, ¿qué es eso? -preguntó míster Bond bajándose del coche.

-*La Cabeza del Viajero*, señor -respondió Stennet señalando hacia arriba.

Ambos levantaron la vista hasta la muestra que estaba sobre sus cabezas. Luego míster Bond miró al gran tamaño de la posada y examinó sus alrededores. La noche era muy oscura y vibrante, pero sin ruidos. El interminable bosque era semejante a una barrera de polvo blanco azulado, y el viajero estaba a punto de levantar la iracunda voz contra los hermanos Sasserrach, cuando del pórtico de la posada llegó una conmoción y apareció en la mancha de luz de la luna un hombre alto, de cara nada agradable agitando los brazos, y con un montón de niños siguiéndole a sus talones.

-Aquí *está* míster Stephen -susurró Stennet observando al que se acercaba.

El dueño de *La Cabeza del Viajero* sonreía agradablemente, enseñando sus dientes intensamente blancos, y cuando llegó a la altura del viajero, se tocó la frente con un gesto que era respetuoso e insufrible.

-¿Míster Bond, señor?

Míster Bond asintió y se inclinó, mirando a los hijos del posadero..., cabezudos, barrigudos..., seres primitivos que saltaban alrededor de su padre y tiraban de los pliegues de la capa Inverness. Padre e hijos se agruparon alrededor del viajero, quien, perdido dentro del grupito, pronto se encontró en la entrada de *La Cabeza del Viajero*, que cruzó de prisa, arrastrado por su nuevo patrono, que le llevaba cogido del brazo, mientras dos de los niños se deslizaban por en medio de ellos y corrían delante para hundirse en las profundidades del vestíbulo. El lugar estaba mal iluminado y mal ventilado, y aunque míster Bond sabía por experiencia dónde se hallaría situado el cuarto de estar, sin embargo, después que cruzó el umbral no le encontró ninguna semejanza con aquellos otros dos cuartos de estar en donde habían transcurrido las dos primeras etapas de su curiosa aventura. La lámpara de petróleo, que se hallaba encima de la gran mesa redonda colocada en el centro de la habitación, no tenía pantalla; una mariposa nocturna difundía suaves sombras por todas partes, desde el techo hasta las paredes empapeladas, mientras que el armonio había empezado a lanzar notas discordantes con el regreso de los niños.

-Permítame que le quite la capa, míster Bond -dijo el dueño de la posada.

Y con sorprendente cuidado la extendió sobre uno de los amplios divanes, que parecían más grandes debido a sus muelles rotos y a la borra que se escapaba a montones por la tapicería rota;

pero en seguida los niños cogieron la capa y la hubieran destrozado si mister Bond no se la hubiera quitado de las manos... Ante esta actitud del desconocido, los niños se alejaron cobardemente, mirándole con fijeza.

En medio de esta confusión, de personas y muebles, Stephen Sasserrach sonreía y se movía continuamente de un lado para otro; un gigante encorvado a quien nadie obedecía, excepto mister Bond. Era el tipo de hombre cuyo aspecto relacionaría el viajero con los verdugos de los tiempos antiguos, con el hombre del hacha de la Edad Media, austero, fiel, sencillo, excesivamente domesticado, con frente abombada y cejas alborotadas, y brazos musculosos y siempre listos para la acción. Stephen no mantenía el orden en su casa. El ruido era dueño de todos los rincones, aunque fuese poco el que se hiciese. Los niños llamaban a su padre Steve y le sacaban la lengua. Ellos también eran en sí cosas que no inspiraban cariño, y sus instintos naturales parecían aflorar a través de su piel, formando una costra superficial que producía repugnancia al viajero. Tres de sus nombres eran familiares a mister Bond. Allí estaba otra vez Crispín, Martín y Stephen, mientras que Dorcas y Lydia eran hermanas cuyas únicas virtudes eran su mutua devoción.

La cena en *La Cabeza del Viajero* fue casera y agradable al gusto. Stephen, el padre, la guisó, sirviéndola generosamente en platos desportillados. Se sentó a la mesa con una sucia camisa azul de cuello abierto. Sus nudosos brazos aparecían extraordinariamente tostados por el sol contra el azul de la camisa. Nunca permaneció callado, y esto sorprendió a mister Bond. Hablaba de prisa y casi para sí mismo, en voz baja y tosca, que siempre constituía un placer escuchar. A veces se quedaba callado, con los ojos cerrados, las cejas fruncidas, y su abombada frente se hacía aún más lustrosa cuando se ponía a pensar; en tales ocasiones, Dorcas y Lydia se escabullían hacia el armonio, mientras Crispín el joven y Martín el joven, justificados por el lamento del instrumento musical, saltaban de los divanes al suelo.

Vuelto en sí, al fin, Stephen el viejo golpeó la mesa con el puño, y se volvió en su silla para gritar a los niños:

-¡Marchaos, demonios! ¡Sacad la tabla y *practicad*, diablejos!

Inmediatamente, los niños sacaron una tabla gigantesca llena de agujeros, y cada uno de los niños empezó a tirar pelotas de madera contra la tabla, metiéndolas con asombrosa precisión por los agujeros y en los bolsillos que había detrás de ellos, a excepción de Dorcas y Lydia. En aquel momento, su padre les recordó:

-¡La luna está luciendo ya!

En seguida, los niños salieron corriendo de la habitación y mister Bond no volvió a verlos.

El ruido, el papel pintado de la pared y la mariposa golpeándose contra la única fuente de luz produjeron en el viajero un deseo irresistible de dormir. Ahora, sentado junto al fuego con Stephen, una vez terminada la cena, este deseo se hizo más intenso a medida que escuchaba hablar a aquel atractivo hombre de la camisa azul.

-¿Le gustan a usted los niños, mister Bond?

Mister Bond asintió con la cabeza.

-Los niños y los animales... -respondió soñoliento.

-Uno tiene que dejarles hacer lo que quieran -suspiró Stephen Sasserrach.

La tosca voz llegaba clara y suavemente a los oídos de mister Bond, hasta que al fin estalló, vigorosa, ordenando a su huésped que se fuera a la cama. Mister Bond se levantó de la silla, sonrió y dio las buenas noches. La mariposa le golpeó en la cara. Se preguntó dónde estarían los niños. No oía sus voces. Tal vez estuvieran durmiendo, como animalitos. Pero mister Bond encontró difícil imaginarse aquellos ojos en la cama, cerrados por el sueño.

Algunos minutos después, tumbado en su maciza cama, en esta tercera posada de los Sasserrach, con una vela apagada sobre la mesilla de noche y mirando hacia la ventana abierta, de la que corriera los pesados cortinones bordados, mister Bond se imaginaba que oía claros gritos de triunfo y ruido de golpes procedentes del bosque. Como se hallaba completamente insomne, se levantó de la cama y anduvo hasta la ventana. Miró el bosque, que se extendía más allá del afelpado césped. Poniéndose las manos en las orejas, se imaginó que los ruidos eran como los

gritos que dan los niños mientras juegan..., pero más fuertes, como si el juego fuera mayor. Tal vez los lanzaban extraños animales. Cualquiera que fuese su origen, procedían de ese conglomerado de árboles cuyo silencio horadaban los rayos de luna.

«¡Oh, Dios! -pensó míster Bond-. Me pone enfermo la luz de la luna.»

Y con movimiento brusco de la mano corrió los cortinones, aunque le fue imposible apagar los ruidos del bosque ni borrar la visión del afelpado césped iluminado por la luna. Ruido y visión juntos le llenaron de presentimientos, y sus mejillas se bambolearon cuando anduvo a tientas hacia la apagada vela. Debía bajar a buscar la capa Inverness; cogerla y quitarla de en medio antes que fuese demasiado tarde. En el cuarto de estar encontró a Stephen, aún sentado junto a la lámpara. El puño de Stephen, puesto sobre la mesa, estaba cerrado; lo abrió y se escapó de él la mariposa.

-Creo que se ha marchado y no se ha ido -exclamó Stephen, alzando los ojos y enseñando los dientes en una sonrisa-. ¿Es que no se irá?

-Perdone, vine por mi capa -dijo míster Bond. Estaba tirada sobre uno de los divanes. El fuego estaba apagado y el ambiente frío. El fondo de la habitación estaba sumido en la oscuridad. Una idea cruzó por la mente de míster Bond. Dijo, levantando la capa:

-Creo que la necesitaré en mi cama.

Y se puso a tamblar para demostrar el frío que sentía. La mariposa surgió de uno de los dobleces de la capa y voló alrededor de la habitación como una cosa maligna.

-Está bien, míster Bond, está bien.

El hombre cayó en una especie de abstracción. Su frente brillaba a la luz de la lámpara, y el viajero salió de la habitación, andando con dignidad, envuelto en su alegre bata y llevando colgada del brazo la capa.

Estaba a punto de subir la escalera cuando una voz le habló suavemente al oído, deseándole buenas noches.

¡Stennet! ¿Qué hacía el criado allí? Míster Bond alzó la palmatoria y miró asombrado la espalda del criado de Martín. El cuerpo penetró en las sombras, y el suave y acompasado tictac del reloj del abuelo, en el vestíbulo, atravesó el silencio y el miedo de los momentos que siguieron.

Míster Bond corrió a su dormitorio, se encerró con llave y empezó a vestirse. De nuevo le molestaba la dispepsia. ¡Si estuviera en la posada de Crispín! Apartó los cortinones y escudriñó la oscuridad. La sombra de la posada se extendía sobre el patio y el afelpado césped, y una de las chimeneas, inmensamente dislocada, se alargaba hasta el bosque. La propia pared boscosa estaba compacta de rayos de luna. De detrás de ella no llegaba ya el ruido de golpes, y el silencio hizo estremecer de nuevo a míster Bond.

-Escaparé en cuanto amanezca -susurró-, en cuanto se oculte la luna.

Como ya no tenía sueño, sacó de su morral un tomo de *Mungo Park* y completamente vestido, se sentó en un cómodo sillón con los cortinones corridos de nuevo y la vela colocada a su lado. A intervalos alzaba los ojos del libro, fruncía el entrecejo y recorría con la vista el grupo de tres pagodas, en rojo pálido, que se repetía interminablemente sobre el papel de la pared. El tranquilo dibujo le producía sueño, y de pronto se quedó dormido y empezó a roncar con la vela encendida.

A medianoche le despertaron unos fuertes golpes dados en la puerta. La vela parecía estar temblando de miedo, y míster Bond se sintió alarmado.

-¿Eh?... ¿Quién es? -preguntó en voz baja.

-¿Qué pasa? -preguntó más fuerte, con creciente terror.

-¿Qué es eso, en nombre de Dios? -susurró, mientras los golpes se hacían más sonoros.

Una astilla voló dentro de la habitación, y se dio cuenta inmediatamente de que había llegado el final de su viaje. ¿Era Stephen o Stennet, Stephen o Stennet, quien estaba al otro lado de la puerta? La vela chisporroteó cuando, desatinado, anduvo de un lado para otro. No tenía tiempo de pensar ni de actuar. Permanecía en pie, observando el filo del hacha que iba destrozando la madera de la puerta.

-¡Salvadme, salvadme! -murmuró juntando las manos.

Las alargó hacia la capa y luchó durante un rato con sus nervios hasta que consiguió ponérsela.

-¡Vamos, vamos! -murmuró mientras aumentaba con el terror su ira.

Toda la habitación se estremecía bajo los hachazos. Mister Bond se inclinó sobre la vela y la apagó de un soplo. En la oscuridad, un rayo de luz penetró por una de las hendiduras de la puerta y se posó en los cortinones de la ventana.

Mister Bond recordó la planta trepadora que, desde el jardín, subía hasta la ventana y, lo más rápidamente que le fue posible, saltó el alféizar, se agarró a la planta y se deslizó hasta el jardín en sombras de la posada. Apretando los dientes, echó a correr, mientras el ruido del hacha iba disminuyendo en sus oídos. En su carrera tropezó con las piedras que se interponían en su camino, un tubo de cinc le enganchó la capa y le hizo un desgarrón enorme; un trozo de alambre se le envolvió en los pies y tuvo que desenrollarlo con manos temblorosas... Aun corriendo, amparado por la sombra de la casa, alcanzó el afelpado césped, jadeando un poco, luchando con el deseo de mirar hacia atrás, avanzando hacia el bosque que se extendía bajo los rayos de la luna. Intentó pensar, y no pudo pensar más que en la forma y en la seguridad de la sombra sobre la que iba corriendo. Al fin, alcanzó el tejado de la posada, se desvió a un lado y corrió por la monstruosa sombra de la chimenea, no pensando en nada más, porque el bosque se hallaba muy cerca. Una avenida, iluminada por la luna, se extendía cega-doramente delante de él; la sombra de la chimenea entró en ella y se acabó: fue como si mister Bond fuera una bocanada de humo volando hacia las profundidades del bosque. Su sombra, que conseguía monstruosos retorcimientos de su indumentaria, le condujo a un espacio abierto, situado al final de la avenida. El grueso seto de árboles le envolvió en un silencio más profundo que ningún otro que mister Bond conociera. Allí, en ese claro, el silencio se desplegaba en el interior de un silencio. Parándose bruscamente y apretando las palmas de las manos contra sus costillas para amortiguar el dolor producido por su precipitada respiración, mister Bond no tenía ojos más que para la escena que se presentaba a su vista en el centro mismo del calvero: un grupo de postes o estacas, soportando cada uno una calavera humana.

-«La cabeza del viajero, la cabeza del viajero» -murmuró estremeciéndose de terror y volviendo la espalda a las calaveras.

Y allí estaba la silueta de Stephen Sasserrach, subiendo por la avenida y blandiendo el hacha como si fuera un leñador loco que viniera a derribar árboles.

La mente del viajero emprendió una desordenada carrera a través de los nombres de las tres posadas.

«La cabeza del viajero -pensó-, *El Decapitado, El Reposo del Viajero...*»

Se acordó de las palomas mensajeras que volaron por encima de él, de posada a posada; rememoró el polvillo de la solapa y de las mangas de la chaqueta de Martín...

Contempló la figura del hombre de la sucia camisa azul. Estaba parado ahora, tan inmóvil como un árbol, en la linde del calvero bañado por la luz de la luna. Pero los pensamientos de mister Bond, girando precipitadamente, se encontraron en un límite de luz más cegador que ése. Se detuvieron espantados. Y el viajero echó a correr, en un vuelo, más allá de las calaveras, tratando de esconderse fructuosamente en la pared más lejana de los árboles.

En ese momento, Stephen salió de su modorra lanzando un grito que fue a golpear contra los troncos de los árboles.

Los ecos fueron percibidos por mister Bond, quien, dando la vuelta para enfrentarse con su enemigo, luchaba por quitarse la capa, lo que consiguió al fin, y, sosteniéndola en la mano, procuró serenarse. Ahora estaba empeñado en mortal combate, blandiendo su capa como los gladiadores de los circos antiguos blandían sus redes. El hacha y la capa se enfrentaban: ésta, protegiendo y parando el golpe; aquélla, golpeando y hendiendo, bastante zafiamente, como en deporte. En torno a las calaveras, ambos hombres luchaban y jadeaban, ya en la sombra, ya en la plena luz que iluminaba la avenida. Sus sombras también peleaban, más encarnizadamente aún que ellos mismos.

Stephen gritó:

-¡Ya está bien!

Y, por primera vez desde que comenzó la pelea, descubrió sus dientes.

-¡Pe... pero usted es amigo mió! -tartamudeó míster Bond.

Y miró el reluciente filo del hacha.

-¡El mejor que tuvo usted jamás, míster Bond! -contestó Stephen Sasserrach.

Y retrocediendo un paso, el dueño de *La Cabeza del Viajero* cortó la cabeza del viajero.

El golpe de la cabeza sobre las ramitas, las hojas y el césped del calvero fue el primer ruido en la nueva y pacífica vida de míster Bond, pero él no lo oyó; para los hermanos Sasserrach fue, en sí mismo, una promesa de vida, la señal de que para ellos todo estaba listo ya para aplicar sus respectivos talentos, activa y felizmente, al inmediato futuro.

Stephen cogió la cabeza de míster Bond y, con delicados aunque también toscos dedos, la transformó en calavera, sonriendo con sencilla satisfacción cuando hubo terminado la labor; después, le colocó una preciosa etiqueta para su colección de primitivos: el experimento del juego era ver quién metería la pelota por las cuencas de los ojos. A su hermano Martín, el dueño de *El Decapitado*, le mandó el hombre sin cabeza, al cuidado de Stennet, y Martín, un suave día de otoño, redujo el cuerpo sin cabeza a esqueleto, sin preocupaciones de ninguna clase, y durante días y noches se dedicó a su trabajo con delicada precisión de sus dedos, labrando y modelando, manchándose la chaqueta de polvillo, creando sus figurillas y sus chucherías, sus cortapapeles y sus extrañas piezas de ajedrez. A su hermano Crispín, dueño de *El Reposo del Viajero*, le envió Martín el resto {2} del viajero, es decir, las partes blandas y porosas, las sobras, los recortes, las diversas piezas, todo el interior que llena la piel de un hombre y que le ayuda en la edad mediana a predisponerle hacia la dispepsia. Crispín recibió el paquete con su boquita apretada y llamó a Myrtle con su voz de falsete:

-¡Aquí está Stennet!

Ella contestó desde la cocina:

-¡Gracias, Cris!

Las manos de la mujer actuaron delicada y armoniosamente cuando fregaron la sopera. La parte de atrás de la posada estaba llena de reflejos de sol, y su cabello negro brillaba.

-La estación está ya muy avanzada -dijo cuando llegó la hora del té-. No creo que tengamos otro viajero antes de la primavera.

Pero se equivocaba. Aquella misma noche, cuando la luna se alzó por detrás del valle, Myrtle murmuró:

-Ahí llega uno.

Y continuó removiendo el cucharón dentro de la sopera.

Su marido se dirigió al vestíbulo y dio cuerda al reloj.

Cogió la palmatoria colgada en un clavo de la pared.

Fue a la puerta y la abrió a la luz de la luna, colocando la vela por encima de su cabeza.

-Pase, pase -dijo al desconocido que estaba allí-. Ella ha hecho un *estupendo* caldo para la cena de esta noche...



## E. PHILLIPS OPPENHEIM - Dos solteronas

*(Two Spinsters)*

Indudablemente, Erneston Grant era un detective de primerísima clase; pero como viajero por los atajos de Devonshire, con solo un mapa y una brújula para ayudarse, era un verdadero fracaso. Hasta su gordinflón perrillo blanco, *Flip*, guarecido bajo un par de alfombras, tras dos horas de frío, de lluvia y de un viaje sin propósito determinado, le miraba reprobadoramente. Lanzando una exclamación muy parecida a un grito de desesperación, Grant condujo su quejumbroso automóvil hasta la cima de una de esas endiabladas colinas que ni un Ford subiría en su primera salida. Allí se paró y miró en torno suyo.

El panorama era el mismo en cualquier dirección que se mirase: quebradas extensiones de pastos divididas por valles boscosos de increíble espesor. Allí no había señal de tierras agrícolas, ni de que la mano del hombre hubiese trabajado aquellas interminables tierras, ni tampoco rastro alguno de que el más sencillo vehículo hubiera recorrido aquellos senderos. No había postes indicadores, ni pueblos, ni refugio de ninguna clase. Lo único que abundaba era la lluvia..., la lluvia y la niebla. Masas grises de niebla fluctuaban sobre el terreno, haciéndolas asemejarse a derrumbados trozos de nubes que bloqueaban el horizonte, tapando cualquier esperanzador resquicio en la lejanía: una envolvente oscuridad circular. Luego, rivalizando con la niebla en humedad, comenzó la lluvia arrasadora..., una lluvia que había parecido hermosa a primera hora de la tarde, al volcarse del cielo sobre las laderas de la montaña, pero que hacía muchísimo tiempo ya que había perdido toda pretensión de ser algo más que una lluvia pasajera, insignificante, sino condenadamente ofensiva. *Flip*, cuyos hocicos era lo único que tenía al descubierto, resoplaba disgustado, y Grant, mientras encendía la pipa, maldecía por lo bajo, pero con fuerza. ¡Qué país! Miles de atajos sin un poste indicador;

interminables extensiones sin una granja ni un pueblo. ¿Y el mapa? Grant maldijo solemnemente al hombre que lo confeccionó, al impresor que lo imprimió y a la tienda donde lo compró. Cuando hubo terminado de despotricar, *Flip* aventuró un simpático ladrido aprobatorio.

-En alguna parte tiene que hallarse el pueblo de Nidd -murmuró Grant para sí-. El último poste indicador de esta condenada región señalaba diez kilómetros a Nidd. Desde entonces, hemos recorrido lo menos veinticinco, sin apartarnos a la derecha ni a la izquierda, y a pesar de todo, el pueblo de Nidd no ha aparecido.

Sus ojos taladraban la acumulada oscuridad que tenía delante. A través de un ligero resquicio entre las nubes le pareció que veía kilómetros de distancia; pero en ninguna parte se percibía signo alguno de pueblo ni de vivienda humana. Pensó en el camino por donde había venido y le hizo estremecer el pensamiento de tener que desandararlo. En aquel momento, en que inclinado hacia adelante observaba el vaho que salía del radiador de su coche en ebullición, fue cuando vio a la izquierda, en la lejanía, un débil reflejo de luz. Inmediatamente se apeó del coche, se subió a la tapia de piedra y miró atentamente en la dirección donde la había visto. No cabía duda de que allí había una luz, y si había una luz, habría una casa. Sus ojos pudieron descubrir también el escabroso sendero que le conduciría a ella. Se bajó de la tapia, caminó hasta el coche, subió a él, lo puso en marcha y recorrió unos metros. Una verja le cortó el paso. El sendero, al otro lado de ella, era terrible; pero no había otro. Abrió la verja y la cruzó, poniendo sus cinco sentidos en la conducción del coche.

Al parecer, el tráfico, allí, si existía algún tráfico, se reducía al de un ocasional carro de granja de la clase que estaba empezando a vislumbrar: sin muelles, con agujeros en el piso de tablas y con grandes ruedas de giro lento. Sin embargo, hizo progresos, esquivó los bordes de un tremendo bache; cruzó, con gran alegría, un campo medio cultivado; pasó a través de otra verja; subió, pareciéndole que de repente se metía entre las nubes, y bajó, siguiendo un sendero en forma de fantástico sacacorchos, hasta que, al fin, apareció la luz en línea recta delante de él. Pasó un jardín desierto y se encontró ante otra verja, ahora de hierro, destrozada en su parte inferior. Tuvo que apearse del coche para abrirla. Con todo cuidado la cerró a su espalda, recorrió unos cuantos metros de una avenida empapada y cubierta de altas hierbas, y, al final, alcanzó la puerta de lo que en alguna ocasión debió de haber sido una casa-granja muy aceptable, pero que ahora

parecía ser, a pesar de la brillante luz que ardía en lo alto de la escalinata, uno de los edificios más tristes que la mente humana pueda concebir.

Sin detenerse mucho a pensar si sería bien recibido, pero con inmenso alivio ante la idea de encontrarse bajo techo, Grant se apeó del coche y golpeó con los nudillos la puerta de roble. Casi inmediatamente oyó en el interior de la casa el rascar de una cerilla al ser encendida; la luz de una vela surgió a través de las ventanas sin cortinas de una habitación a su izquierda. Se oyeron pasos en el vestíbulo y se abrió la puerta. Grant se encontró frente a una mujer que sostenía la palmatoria tan alto que la alumbraba a medias, dejando en la sombra la mayor parte de sus rasgos. No obstante, había cierta majestad en su figura, de lo que se dio cuenta en esos pocos segundos que permanecieron en la puerta.

-¿Qué desea usted? -preguntó.

Grant, mientras se quitaba el sombrero, pensó que la contestación era bastante evidente. La lluvia resbalaba por todos los pliegues del impermeable que le cubría. Su cara estaba aterida de frío.

-Soy un viajero que he perdido el camino -explicó-. Durante horas he intentado encontrar un pueblo o una posada. Su casa es la primera vivienda humana que he visto. ¿Podría usted darme alojamiento por una noche?

-¿No hay nadie con usted? -inquirió la mujer.

-Estoy solo -respondió-, a excepción de mi perrita -añadió al oír el ladrido de *Flip*.

La mujer consideró el asunto.

-Será mejor que lleve el coche al cobertizo que hay a la izquierda de la casa -dijo-. Después puede usted entrar. Haremos lo que podamos por usted. Que no será mucho.

-Le estoy muy agradecido, señora -declaró Grant con toda sinceridad.

Encontró el cobertizo, que estaba ocupado solamente por dos carros de granja en un increíble estado de pobreza. Después, cogió en brazos a *Flip* y regresó a la puerta de la casa, que habían dejado abierta. Guiado por el ruido de leños crepitantes, llegó a una gran cocina de piedra. En una silla de alto respaldo, colocada delante del fuego, sentada con las manos sobre las rodillas, pero mirando ansiosamente hacia la puerta como si vigilase su entrada, estaba otra mujer, también alta, de edad mediana tal vez, pero aún de buena presencia y de rasgos hermosos. La mujer que le admitió estaba inclinada sobre el fuego. El detective miró a una y otra con asombro. Eran terrible y maravillosamente iguales.

-Les estoy altamente reconocido, señoras, por habernos dado alojamiento -empezó a decir-. ¡*Flip!* ¡Estate quieta, *Flip!*

Un gran perro pastor ocupaba el espacio delante del fuego, *Flip*, sin dudarle un instante, corrió hacia él, ladrando con firmeza. El perro, con aspecto de extraña sorpresa, se puso en pie y miró inquisitivamente hacia atrás, retrocediendo. *Flip*, acomodándose en el sitio vacante, se acurrucó muy contenta y cerró los ojos.

-Pido perdón por mi perrita -continuó Grant-. Tiene mucho frío.

El perro pastor retrocedió unos metros y se sentó sobre sus patas traseras, considerando el caso. Mientras tanto, la mujer que abrió la puerta sacó una taza y un plato de la alacena, una hogaza de pan y un trozo pequeño de tocino, del que cortó unas lonchas.

-Acerque la silla al fuego -le invitó-. Tenemos muy poco que ofrecerle, pero le prepararé algo de cenar.

-Son ustedes buenas samaritanas -declaró con fervor Grant.

Se sentó al lado opuesto de la mujer que, hasta el momento, apenas había hablado ni quitado los ojos de él. La semejanza entre ambas era algo asombroso, como también su silencio. Vestían ropas iguales..., ropas gruesas, holgadas, le parecieron a él..., y su cabello, color castaño con algunas vetas grises, estaba peinado exactamente de la misma forma. Sus vestidos pertenecían a otro mundo, así como su forma de hablar y sus modales; sin embargo, había en ambas una curiosa aunque innegable distinción.

-A título de curiosidad -preguntó Grant-, ¿a qué distancia me hallo del pueblo de Nidd?

-No muy lejos -respondió la mujer que estaba sentada, inmóvil, al otro lado de él-. Para cualquiera que conozca el camino, bastante cerca. Los forasteros se vuelven locos para

deambular por estos recovecos. Muchos que lo han intentado se han perdido.

-Su casa está muy apartada -aventuró.

-Nacimos aquí -respondió la mujer-. Ni mi hermana ni yo hemos experimentado nunca el deseo de viajar.

El tocino empezó a chisporrotear. *Flip* abrió un ojo, se relamió y se sentó. En pocos minutos estuvo preparada la cena. Colocaron una silla de roble de alto respaldo al extremo de la mesa. Había té, una fuente de huevos con tocino, una hogaza de pan y unos montoncitos de mantequilla. Grant ocupó su sitio.

-¿Han cenado ustedes? -preguntó.

-Hace mucho -respondió la mujer que le había preparado la cena-. Por favor, sírvase.

Ella se acomodó en otra silla de roble en el lado opuesto de su hermana. Grant, con *Flip* a su vera, comenzó a cenar. Hacía muchas horas que no habían probado bocado y, durante un rato, olvidaron, felices, todo, excepto los alrededores inmediatos. Sin embargo, Grant, cuando se sirvió la segunda taza de té, miró hacia sus anfitrionas. Habían apartado ligeramente sus sillas del fuego y le observaban..., le observaban sin curiosidad, aunque con cierta extraña atención. Entonces se le ocurrió a él, por primera vez, que, aunque ambas se habían dirigido por turno a él, ninguna de ellas había dirigido la palabra a la otra.

-He de confesarles lo sabroso que está todo esto -dijo Grant-. Temo haberles parecido terriblemente hambriento.

-Seguramente llevaba usted mucho tiempo sin comer -dijo una de ellas.

-Desde las doce y media.

-¿Viaja usted por placer?

-Eso creía antes de hoy -contestó con una sonrisa, a la que no hubo respuesta.

La mujer que le admitió movió su silla algunos centímetros, acercándose a él. Grant observó con cierta curiosidad que, inmediatamente de hacer ella eso, su hermana hizo lo mismo.

-¿Cómo se llama usted?

-Erneston Grant -respondió-. ¿Puedo saber a quiénes tengo que agradecer esta hospitalidad?

-Mi nombre es Mathilda Craske -anunció la primera.

-El mío es Annabelle Craske -dijo la otra como un eco.

-¿Viven aquí solas? -aventuró.

-Vivimos aquí completamente solas -contestó Mathilda-. Nos gusta así.

Grant estaba más extrañado que nunca. Su conversación estaba sujeta a la habitual entonación de Devonshire y a la suave prolongación de las vocales; pero, por otra parte, era curiosamente casi correcta. La idea de sus vidas solas en sitio tan desolado parecía, sin embargo, increíble.

-¿Labran ustedes esto, tal vez? -insistió-. ¿Tienen ustedes casas de labriegos o algo semejante a mano?

Mathilda negó con la cabeza.

-La cabaña más próxima está a seis kilómetros de distancia -le confió-. Hemos dejado de ocuparnos de la tierra. Tenemos cinco vacas..., que no nos producen perturbación alguna..., y algunas gallinas.

-Es una vida muy solitaria -dijo, obstinada, Annabelle.

Grant giró la silla hacia ellas, *Flip*, con un gruñido de satisfacción, se tumbó entre sus piernas.

-¿En dónde se proveen ustedes de alimentos? -preguntó.

-Todos los sábados nos trae un carrero las cosas de Exford -le contestó Mathilda-. Nuestras necesidades son mínimas.

La enorme habitación, singularmente vacía de muebles, como observó al echar una ojeada a su alrededor, estaba llena de sitios en sombras, a los que no llegaba la luz de la única lámpara de petróleo. A su vez, las dos mujeres eran visibles sólo confusamente. No obstante, los ocasionales destellos del fuego hacían que las viera con más claridad. Eran tan pavorosamente semejantes que bien podían ser gemelas. Grant se encontró especulando en cuanto a su historia. Debieron de ser muy hermosas en alguna ocasión.

-Me gustaría saber si será posible abusar un poco más de su hospitalidad pidiéndoles un diván o

una cama para pasar la noche -preguntó, tras una prolongada pausa-. En cualquier sitio -añadió apresuradamente.

Mathilda se puso en seguida en pie. Cogió otra palmatoria de la repisa y encendió la vela.

-Le enseñaré dónde puede dormir -dijo.

Por un momento, Grant se quedó sobrecogido. Se le había ocurrido mirar hacia Annabelle y su asombro fue grande al observar en su rostro una ligerísima y curiosa expresión de malicia. Se inclinó para traerla completamente dentro del pequeño halo de luz de la vela, y la miró incrédulo. La expresión, si es que hubo tal, había desaparecido. Ella le estaba mirando sencilla y tranquilamente, reflejando en su cara algo que él fracasó totalmente en tratar de comprender.

-Si usted quiere seguirme... -le invitó Mathilda.

Grant se puso en pie. *Flip* giró en redondo, lanzando un último ladrido al enorme perro pastor que había aceptado un sitio alejado del fuego, y, fracasando en obtener una respuesta satisfactoria, trotó tras su amo. Pasaron a un vestíbulo bien arreglado, pero casi vacío, y subieron una ancha escalera de nogal hasta el descansillo del primer piso. Por la parte de fuera de la habitación donde Grant viera la luz de la vela. Mathilda se detuvo un momento y escuchó.

-¿Tienen ustedes otro huésped? -preguntó Grant.

-Annabelle tiene un huésped -contestó la mujer-. Usted es el mío. Sígame, por favor.

Le condujo a un dormitorio en el que había una enorme cama de cuatro columnas y otra más pequeña. Dejó la palmatoria encima de una mesa y dobló una especie de colcha vieja que cubría las ropas de la cama. Tocó las sábanas y asintió aprobadora. Grant, inconscientemente, se encontró siguiendo su ejemplo. Con gran sorpresa, se dio cuenta de que estaban calientes. Ella le señaló un gran calentador de cama, provisto de largo mango, que se hallaba en el extremo opuesto del dormitorio y del que salía aún un ligero humo.

-¿Esperaban ustedes a alguien esta noche? -preguntó curioso.

-Siempre estamos preparadas -contestó.

Mathilda salió del dormitorio, olvidando, al parecer, desearle las buenas noches. Grant la llamó con voz agradable, pero ella no contestó; oyó sus pisadas mientras bajaba la escalera. Entonces, volvió el silencio..., silencio abajo, silencio en la parte de la casa donde estaba. *Flip*, que rondaba por el dormitorio oliendo, mostraba, a veces, síntomas de excitación, gruñendo en ocasiones. Grant, abriendo la ventana, encendió un cigarrillo.

-No puedes figurarte lo que te agradezco que estés aquí, vieja -dijo a la perra-. Éste es un sitio muy extraño.

En el exterior no había cosa digna que ver y menos que oír, excepto el murmullo de un torrente cercano y el monótono ruido de la lluvia. De pronto, se acordó de su maleta y, dejando abierta la puerta de su habitación, bajó la escalera. En la enorme cocina de piedra, las dos mujeres continuaban sentadas exactamente como lo estuvieran antes de llegar él y durante su cena. Ambas le miraban, pero ninguna habló.

-Si no les importa -explicó-, deseo recoger mi maleta del coche.

Mathilda, la mujer que le admitió en la casa, asintió con la cabeza. Grant salió a la oscuridad, se dirigió al cobertizo y cogió la maleta. Antes de cerrar metió la mano en la caja de las herramientas y sacó una linterna, que deslizó en su bolsillo. Cuando entró de nuevo en la casa, las dos mujeres continuaban sentadas en sus respectivas sillas y en silencio.

-Hace una noche terrible -observó-. No pueden ustedes figurarse lo agradecido que estoy por haberme dado hospitalidad en su casa.

Ambas le miraron, pero ninguna de las dos contestó. Esta vez, cuando él llegó a su dormitorio cerró la puerta firmemente y observó, con una mueca de desagrado, que, a excepción del picaporte, no había medio de asegurarla. Entonces, se rió para sí en silencio. A él, famoso capturador de Ned Bullavent, al triunfador de una banda de facinerosos formada por hombres desesperados, se le alteraban los nervios al encontrarse en esta casa solitaria habitada por un par de mujeres extrañas.

-¡Vaya época en que me he tomado vacaciones! -murmuró-. Nosotros no entendemos de nervios, ¿verdad *Flip*?

*Flip* abrió un ojo y gruñó. Grant estaba confuso.

-No me gusta algo de ella -rumió-. Me agradecería saber quién está en la habitación alumbrada con velas.

Abrió la puerta de su dormitorio, suavemente, una vez más, y escuchó. El silencio era casi absoluto. Abajo, en la gran cocina, pudo oír el tictac del reloj; también pudo ver la débil raya de luz amarilla debajo de la puerta. Cruzó el descansillo y escuchó un momento a la puerta de la habitación de las velas. Dentro, el silencio era también absoluto y completo...; ni siquiera percibió el sonido de la respiración de una persona dormida. Volvió sobre sus pasos, cerró su puerta y empezó a desnudarse. En el fondo de su maleta había una pequeña automática. Sus dedos jugaron con ella unos segundos. Luego, la dejó en su sitio. Sin embargo, colocó la linterna al lado de su cama. Antes de apagar la luz, se dirigió otra vez a la ventana y miró hacia el exterior. El ruido del agua del torrente parecía más insistente que nunca. Aparte de eso, no se oía otro ruido. La lluvia había cesado, pero el cielo estaba negro y sin estrellas. Estremeciéndose ligeramente, se volvió y se metió en la cama.

No tenía idea de la hora, pero la oscuridad exterior era intensa cuando él se despertó, repentinamente, al oír los gruñidos de *Flip*. Se había arrojado desde la colcha al pie de la cama, y Grant podía ver sus ojos, fulgurando como pequeños focos de luz en la oscuridad. El detective

permaneció completamente inmóvil durante un momento, escuchando. Desde el primer instante se dio cuenta de que había alguien en el dormitorio. Su rapidísima intuición se lo advirtió, aunque todavía era incapaz de detectar ruido alguno. Sacó la mano lentamente por un lado de la cama. Cogió la linterna y la encendió. Instantáneamente, lanzando un grito involuntario, se echó hacia atrás. En pie, a pocos centímetros de él, estaba Mathilda, aún completamente vestida. En la mano, levantada sobre él, sostenía el cuchillo más horrible que hubiera podido ver en su vida. Se deslizó fuera de la cama y, confesándose honradamente para sí que estaba asustado, mantuvo la luz fija en ella.

-¿Qué quiere? -le preguntó extrañado de la inconsistencia de su propia voz-. ¿Qué demonios está haciendo con ese cuchillo?

-Le quiero a usted, William -contestó la mujer, con una nota desagradable en su voz-. ¿Por qué se aleja usted tanto?

Grant encendió la vela. El dedo que en el gatillo de su pistola mantuvo en alto las manos de Bullavent durante dos largos minutos temblaba. Restablecida ahora la luz en la habitación, se sintió más dueño de sí.

-Arroje ese cuchillo sobre la cama -ordenó-, y dígame qué iba usted a hacer con él.

Ella obedeció en seguida y se inclinó un poco hacia él.

-Iba a matarle, William -confesó.

-¿Por qué?

Mathilda movió la cabeza, apesadumbrada.

-Porque es el único camino -contestó.

-Mi nombre no es William, en primer lugar -objetó-. ¿Y qué quiere decir usted con eso de que es el único camino?

Ella sonrió, triste y desconfiada.

-Usted no puede negar su nombre -dijo-. Usted es William Foulsham. Le reconocí en seguida, a pesar de su prolongada ausencia. Cuando *él* llegó -añadió señalando hacia la otra habitación-, Annabelle creyó que era William. Yo consentí en que se quedara con él. Yo sabía..., yo sabía que, si esperaba, usted regresaría...

-Dejando a un lado la cuestión de mi identidad -le interrumpió-, ¿por qué quiere usted matarme? ¿Qué quiso decir cuando indicó que era el único camino?

-Es el único camino... de conservar a un hombre -respondió-. Annabelle y yo averiguamos eso cuando usted nos abandonó. Usted sabía que ambas le amábamos, William; usted nos prometió a las dos que nunca nos abandonaría..., ¿lo recuerda? Así, nosotras esperábamos, sentadas aquí, a que usted regresara. No decíamos nada, pero ambas lo sabíamos.

-¿Quiere usted decir que iba a matarme para conservarme aquí? -insistió.

Mathilda miró el cuchillo amorosamente.

-Eso no es matar -dijo-. Escuche... Usted no se volverá a marchar. Usted se quedará aquí para siempre.

Grant empezaba a comprender, y un horrible pensamiento hirió su mente.

-¿Qué pasó con el hombre que usted no creyó que era William?

-Lo verá usted, si quiere -contestó Mathilda vehemente-. Usted verá lo tranquilo que está y lo feliz que es. Tal vez, entonces, lamente haberse despertado. Sígame.

Grant se apoderó del cuchillo y la siguió fuera de la habitación. Cruzaron el descansillo. Por debajo de la puerta pudo ver la delgada raya de luz..., la luz que había sido su faro desde el sendero. Mathilda abrió suavemente la puerta y alzó la palmatoria por encima de su cabeza. Tendido sobre otra enorme cama de cuatro columnas se hallaba el cuerpo de un hombre con enmarañada barba. Su cara estaba tan blanca como la sábana, y Grant se dio cuenta, a la primera mirada, de que estaba muerto. A su lado, sentada muy erguida en su silla de alto respaldo, estaba Annabelle. Levantó un dedo y frunció el ceño cuando entraron. Miró a Grant.

-Ande despacio -susurró-. William duerme.

Justamente cuando el primer destello de la aurora empezó a abrirse paso a través del espeso banco de nubes, un hombre desconcertado y desgreado, seguido de una perrita gorda y blanca,

hizo su entrada en el pueblo de Nidd; suspiró con alivio cuando vio la placa de metal sobre la puerta y tiró de la campanilla con toda la fuerza que le fue posible. Se abrió una ventana y apareció la despeinada cabeza de un hombre.

-¿Quién está ahí? -preguntó-. ¿Qué demonios le ocurre?

Grant levantó la cabeza.

-He pasado parte de la noche en una granja, a unos cuantos kilómetros de aquí -gritó-. Hay allí un hombre muerto y dos mujeres locas. Mi coche se estropeó y...

-¿Un hombre muerto? -repitió el médico.

-Sí, yo mismo le vi. Mi coche se estropeó en el camino; si no, hubiese estado aquí antes.

-Estaré con usted en cinco minutos -prometió el doctor.

Ahora, los dos hombres iban sentados en el coche del médico, en dirección a la granja. Ya había luz, con señales de que aclararía, y poco tiempo después se hallaban ante la puerta de la casa. No hubo contestación a la llamada. El médico giró el picaporte, y abrió la puerta. Entraron en la cocina. El fuego estaba apagado; pero Mathilda y Annabelle estaban sentadas allí, cada cual en su silla de alto respaldo, una frente a otra, sin hablar, pero con los ojos muy abiertos. Ambas volvieron la cabeza cuando los dos hombres entraron. Annabelle movió la cabeza con satisfacción.

-¡Si es el doctor! -exclamó-. Doctor, estoy muy contenta de que haya venido. Usted sabe, naturalmente, que regresó William. Vino por mí. Está echado arriba, en la cama; pero no puedo despertarle. Estuve sentada a su lado, le cogí la mano y le hablé; pero no me contestó. Duerme profundamente. Por favor, ¿querrá usted despertarle? Yo le indicaré dónde está.

Se puso en pie y salió de la cocina. El médico la siguió. Mathilda escuchaba sus pasos. Entonces, se volvió a Grant, una vez más con aquella extraña sonrisa en sus labios.

-Annabelle y yo no nos hablamos -dijo-. Nos peleamos en cuanto usted se marchó. Hace tantos años que no nos hablamos, que he olvidado el tiempo que hace. Sin embargo, me gustaría que alguien le dijera que el hombre que está arriba no es William. Me gustaría que alguien le hiciera comprender que William es usted y que usted regresó por *mí*. Siéntese, William. Cuando el doctor se vaya, encenderé el fuego y haré té.

Grant se sentó y otra vez notó que le temblaban las manos. La mujer le miraba con arrobamiento.

-Usted estuvo mucho tiempo fuera -continuó-. Le habría reconocido en cualquier parte. Es raro que Annabelle no le reconociera. Algunas veces, creo que hemos vivido juntas tanto tiempo aquí que ella puede haber perdido la memoria. Me alegro de que fuera usted en busca del doctor, William. Annabelle se dará cuenta ahora de que estaba equivocada.

Se oyó el ruido de pasos bajando la escalera. El doctor entró. Cogió a Grant por el brazo y le llevó aparte.

-Tenía usted razón -le dijo, muy serio-. El hombre que está

arriba es un pobre calderero ambulante que desapareció hace ya una semana. Aseguraría que lleva cuatro días. Uno de nosotros debe quedarse aquí mientras el otro va al puesto de Policía.

Grant cogió febrilmente el sombrero y dijo: -Yo iré a avisar a la Policía.

## ROBERT ARTHUR - El cuchillo

*(The Knife)*

Edward Dawes reprimió su curiosidad tanto como pudo; luego se ladeó, acomodándose en la silla opuesta a Herbert Smithers. Inclinando sobre la mesa su gran humanidad, observó al otro hombre, que limpiaba con cuidado el objeto que tenía en las manos. Era un cuchillo, evidentemente. Lo que ya no parecía tan evidente era que Smithers pusiera tanta atención en él, en las condiciones en que se encontraba. Edward Dawes cogió el vaso de cerveza y esperó a que Smithers hablara.

Como Smithers continuaba ignorándole, Dawes se bebió la cerveza y dejó de mala forma el vaso sobre la mesa.

-Ese cuchillo no vale nada -dijo con desdén-. Ni siquiera merece que se limpie.

-¡Oh! -exclamó Smithers, y, delicadamente, continuó quitando con la uña el barro acumulado en el objeto encontrado por él.

-¿Qué es? -preguntó Gladys, la camarera de *Los Tres Robles*, con curiosidad, mientras recogía los vasos vacíos colocados delante de los dos hombres.

-Es un cuchillo -concedió Smithers-. Un cuchillo raro y antiguo, que me pertenece porque lo encontré.

Ahora le tocó a mister Dawes exclamar: -¡Oh!...

-Creo que es de valor -dijo dirigiéndose a todo el local, aunque en él no había más personas que ellos tres.

-A mí no me parece que tenga valor alguno -dijo Gladys, francamente-. Parece una cosa vieja, mohosa y llena de barro, que debiera tirarse al basurero, de donde ha salido seguramente.

El silencio de Smithers era más elocuente que las palabras. Dejando el filo, mojó con saliva la punta de un pañuelo sucio y limpió con ella una pequeña marca escarlata que tenía el final del mango aún manchado. La mota se agrandó, surgiendo de la suciedad como una piedra tallada, con reflejos rojizos.

-¡Vaya, si es una joya! -exclamó Gladys, repentinamente interesada-. ¡Miren cómo brilla! ¡A lo mejor es buena!...

-Otra cerveza, por favor -dijo Smithers punzante.

Gladys se alejó de la mesa. El balanceo de sus bien contorneadas caderas gritaba su falta de interés; pero la mirada que echó por encima del hombro revelaba que el balanceo de sus caderas era una forma de negar la evidencia.

-¡Una joya!

En el desdén de Dawes había ahora un grado más profundo, y se inclinó hacia adelante para observar cómo limpiaba Smithers.

-¡No lo creo verosímil!

-¿Y cómo lo sabe? -preguntó Smithers, con lógica aplastante.

Echó una bocanada de vaho sobre la piedra roja, la pulimentó con la manga y la alzó para mirarla y admirarla. Guiñaba y fulguraba como un ojo rojo pareciendo reunir en sí todos los destellos del fuego de la chimenea que se hallaba en un rincón detrás de la mesa.

-Probablemente es un rubí -observó, con la tranquilidad y la dignidad propias del que acaba de hacerse rico.

-¡Un rubí!

Mister Dawes pareció extrañarse de la palabra.

-¿Desde cuándo un cuchillo, con un rubí bueno en su mango, va a estar tirado en la calle para que uno se lo encuentre?

-No estaba -respondió, lacónico, Smithers.

Cogió de nuevo el cuchillo y comenzó otra vez a limpiar el barro de las hendiduras del complicado labrado del mango.

-Lo encontré en un montón de escombros, donde están limpiando las alcantarillas, en la parte baja de la calle Dorset. Seguramente llevaba allí muchos años.

Su cuerpecito se irguió dentro de sus ajadas ropas; sus delgados labios se apretaron.



-Observe el moho y el barro que tiene -dijo-. Eso prueba que estuvo allí mucho tiempo. Cualquiera sabe quién lo perdió.

De mala gana, míster Dawes estuvo conforme con esa afirmación.

-Además, tiene buen acero -añadió-. Con moho y todo, corta bien.

-Hace un minuto solamente -señaló Smithers- decía usted que no valía la pena que lo limpiara.

Habiendo quitado el barro suficiente para que se viera un corto y labrado mango y una larga hoja de forma triangular, dejó que sus manos acariciaran el alma. El mango se deslizó por el cuenco de su mano con toda naturalidad. Lo balanceó, jugueteando con él.

-Parece como si formara parte de mí -observó soñador-. Me transmite una especie de calorillo a lo largo de todo el brazo cada vez que lo cojo. Me produce un cosquilleo, como si tuviera electricidad.

-Déjeme a mí -sugirió míster Dawes, olvidando ya todo desdén.

Smithers frunció el ceño y retiró las manos.

-¡Es mío! -dijo con una nueva nota de fiereza en la voz-. Nadie más que yo lo tocará.

Jugueteó otra vez con él, dando puñaladas al aire, y la piedra roja del mango despedía fuego.

La delgada y puntiaguda cara de Smithers estaba arrebolada, como si reflejase la luz de la chimenea, y se bamboleó, igual que si estuviese borracho.

-Vale mucho -dijo con descaro-. Es un cuchillo raro, un cuchillo antiguo, con un rubí bueno en el mango. Lo encontré, y es mío.

Gladys puso dos vasos sobre la mesa, olvidando por completo limpiar maquinalmente su parte superior. Smithers manipulaba el cuchillo con destreza, tratando de extraer de la piedra del mango los más brillantes reflejos posibles, y Gladys lo miraba con ojos de codicia.

-Tal vez sea un rubí bueno -dijo-. Deje que le eche una mirada, querido.

Sus húmedos y largos dedos tocaron la mano de Smithers. El hombrecillo giró rápidamente y se puso en pie.

-¡No! -gritó-. ¡Es mío!... ¿Lo oye?

-Sólo una mirada -insistió Gladys ansiosamente-. Prometo devolvérselo...

Ella le siguió, intentando engatusarle, y la arrugada cara de Smithers se puso terriblemente roja.

-¡Le digo a usted que es mío! -gritó, en el colmo de la ira-. Ninguna cara bonita lo arrancará de mis manos. ¿Lo oye?... ¿Lo oye?...

A continuación, los tres, incluida Gladys, cayeron en un silencio mortal mientras miraban, transfigurados, al ojo rojo que, de repente, se encontró a escasos centímetros del corazón de Gladys. Los dedos de Smithers continuaban agarrando el mango.

Los ojos de Gladys se desorbitaron.

-¡Me ha apuñalado! -exclamó lenta pero claramente-. ¡Me ha apuñalado!

Y sin hacer otro ruido, a excepción del ronquido que salió de su garganta, se desplomó. Su cuerpo cayó al suelo con tal fuerza que se estremeció la habitación, llenando el vacío. Un corto reguero de sangre manó de su pecho y se extendió rápidamente.

Pero aun eso no cambió, por el momento, la posición de los dos hombres: Smithers, en pie, con el cuchillo en la mano tras la caída de Gladys, y Dawes, medio levantado de su silla, con las manos apoyadas sobre la mesa y la barbilla recogida.

El poder de la palabra retornó primero al pequeño basurero.

-¡Yo no lo hice! -gritó angustiado-. ¡Yo no lo hice! ¡Fue el cuchillo quien la apuñaló! ¡Ésa es la verdad! ¡Se lo digo yo!... ¡Me fue imposible detenerlo!...

Recobrando su dominio, arrojó al suelo el cuchillo y, girando sobre sus talones, se dirigió tambaleándose hacia la puerta y se marchó.

Edward Dawes se movió al fin. Jadeando, como si acabara de hacer un largo recorrido corriendo, se irguió. El cuchillo yacía a sus pies. Escuchó. No se oía ruido, ni gritos. Se agachó. Cuando se irguió de nuevo, llevaba en la mano el cuchillo. Mecánicamente, su mirada se dirigió a la puerta, volviendo luego al cuchillo. Limpió la hoja con la mitad de su periódico de la tarde. Luego, lo envolvió en la otra mitad. Un instante después avanzaba, cauteloso, hacia la salida.

Su plan, formulado sin una idea consciente, era muy sencillo. La casa de huéspedes regentada

por su mujer se hallaba justamente enfrente, en la otra acera. Desde allí telefonaría a la Policía. Se llevaba el cuchillo como prueba. Cuando llegase la Policía, se lo entregaría, sin la piedra del mango, claro está. Si Smithers, al ser detenido, la mencionaba, Dawes juraría que la piedra se habría desprendido del mango y perdido cuando el cuchillo fue arrojado al suelo. ¿Quién demostraría lo contrario?

Aún jadeando, Edward Dawes empezó a extraer la piedra roja y brillante con la punta de una navaja. Estaba en la cocina, sólo a un paso de donde se hallaba el teléfono. Acaso tuviera tres minutos solamente antes que la Policía acudiera a su llamada. Trabajaba con el sudor corriéndole por la frente y palpitándole el corazón, como si estuviese realizando un esfuerzo supremo.

Dos minutos más. Los engarces que sujetaban la piedra eran gruesos. Se le escurrió la navaja y se cortó. Maldijo por lo bajo, y continuó trabajando. La sangre de su herida hacía resbaladizos sus dedos, y un minuto después, el cuchillo se le escapaba de entre las manos, cayendo al suelo. La hoja del acero produjo una nota musical.

Dawes se agachó. Su gordura dificultaba sus movimientos. Trató de recoger el cuchillo. Pero éste le eludió, alejándose unos centímetros. Transcurrió un minuto. Dawes le siguió, y lo tenía ya en sus manos cuando entró su esposa, parándose justamente en el umbral de la puerta.

-Edward -dijo, chillona-, te oí telefonar hace un momento. ¿Qué tontería es esa que estabas contando sobre un crimen en *Los Tres Robles*?

Mientras él se erguía, ella se dio cuenta de la escena: su arrebolada y furiosa cara, el cuchillo en sus manos, la sangre escurriendo por sus dedos.

-¡Edward! -gritó-. ¡Tú has matado a alguien! ¡Tú has matado a alguien!

Dawes dio un paso hacia ella. En sus oídos sonaba una extraña cancioncilla y un calorcito le subía por el brazo. Ante sus ojos flotó una neblina rojiza, ocultándole a su esposa.

-¡Cállate, condenada loca! -gritó.

Su gruesa esposa se quedó callada, a excepción de un sollozo ahogado que parecía querer abrirse paso a través de su garganta.

Entonces se aclaró la neblina roja, y Edward Dawes vio que su esposa yacía en el suelo, con el mango del cuchillo surgiendo de su gordezuelo y blanco cuello, justamente debajo de la barbilla. El ojo rojo le estaba guiñando, entreteniéndose de tal forma que no oyó la llamada en la puerta de la calle, ni un momento después el ruido que hizo al abrirse, ni las pisadas de los pesados pies del agente cruzando el vestíbulo.

-Éste es, señor -dijo el sargento Tobins con respetuoso tono a un inspector muy alto-. Mató a dos mujeres en diez minutos. Lo utilizaron dos hombres diferentes. Ambos dicen que no saben por qué lo hicieron.

Sonrió, como si decir eso fuera una cosa que nadie creería.

-¡Hum!

El inspector, un hombre callado alto y delgado, dio vueltas al cuchillo entre sus dedos, delicadamente.

-Por lo que veo, es un trabajo realizado por los indios. Del siglo dieciséis o diecisiete.

-¡Apunte eso, miss Mapes!

La mujer de mediana edad que se hallaba al lado del inspector asintió con la cabeza.

-Sí, sargento.

E hizo unas anotaciones en su cuadernillo.

-Lo han limpiado, inspector Frayne -aventuró el sargento Tobins-. No hay huellas digitales. De todas formas, ambos confesaron.

-¿La piedra -preguntó el inspector señalando el mango-, es buena?

-Es un rubí bastante bueno -dijo el sargento-. Aunque está mal tallado. En el centro tiene una burbuja, del tamaño de una gota de sangre... -tosió suavemente-, como una lágrima, diría.

El inspector Frayne continuaba dando vueltas al objeto. Con el lápiz preparado, miss Mapes esperaba.

-Es una rareza genuina, de todas formas -dijo Frayne-. Me alegro que me pidiese usted que lo examinase. Seguramente, ha sido traído a este país por uno de nuestros soldados, después de la rebelión de Sepoy. Ya sabe usted que, a continuación de eso, se llevaron a cabo varios saqueos...

El lápiz de miss Mapes escribía sin descanso.

-Lo encontraron entre la basura que sacaron de unas alcantarillas, ¿verdad? -preguntó el inspector-. Y allí estuvo mucho tiempo, eso es evidente. ¿Quién de ellos lo encontró: Dawes o Smithers?

-Smithers, señor. Cosa curiosa: estaba limpiándolo..., no hacía ni una hora que lo había encontrado..., cuando apuñaló a la camarera. Luego, lo cogió Dawes y, diez minutos después, hería con él a su esposa en el cuello. Y ambos dijeron lo mismo cuando los interrogamos.

-Sí, ¿eh? ¿Y qué dijeron?

-Dijeron que experimentaron una extraña sensación de calor cuando cogieron el cuchillo. Que todo sucedió repentinamente, como si se encolerizaran con las mujeres. Ellos no sabían por qué se encolerizaron, pero fue así..., y en seguida, las mujeres cayeron muertas. Dijeron -el sargento Tobins se permitió una sonrisa- que no sabían cómo lo hicieron, que el cuchillo actuó solo, mientras lo tenían sujeto...

-Dijeron eso, ¿eh?... ¡Dios santo! -exclamó el inspector contemplando el cuchillo con interés-. Sargento, ¿dónde estaba la alcantarilla de donde sacaron este cuchillo?

-En la calle Dorset, señor -respondió el sargento Tobins-, cerca de la esquina de la calle Comercial.

-¿Dice usted la calle Dorset? -la voz del inspector Frayne era punzante y sus ojos brillaban-, ¡Por Júpiter! Me gustaría saber...

Ni Tobins ni miss Mapes le interrumpieron en sus pensamientos. Tras unos instantes, Frayne volvió a meter el cuchillo en su caja, que estaba sobre la mesa-despacho de Tobins.

-He sido víctima de una pesadilla -dijo, sonriendo-. Ese cuchillo... Bueno, ¿sabe usted lo que sucedió en la calle Dorset hace ya muchísimos años?

El sargento Tobins afirmó con la cabeza.

-Creo haber leído algo sobre eso -dijo-. Pero no puedo recordar en dónde.

-Se menciona en uno de los más gruesos legajos archivados en nuestro Departamento de Información: en noviembre de mil ochocientos ochenta y cinco asesinaron brutalmente a una mujer... con un cuchillo..., en Millers Courts, junto a la calle Dorset. Su nombre era Marie Kelley.

El sargento Tobins le miró.

-Ahora lo recuerdo -exclamó-. ¡Jack el Destripador!

-Exactamente. Creo que fue su último crimen. El último de doce. Todas mujeres. Al parecer, sentía un odio feroz hacia las mujeres. Y he estado jugando con la idea de un asesino corriendo desde ese lugar, al caer la tarde, con un cuchillo manchado de sangre en la mano. He podido verle tirándolo a una alcantarilla mientras huía, para permanecer allí hasta ahora... Bueno, como decía, una pesadilla.

El sargento Tobins miró la puerta cerrada; luego, se volvió.

-El inspector tendría mucho éxito si escribiera novelas policíacas -dijo, tras la salida de su jefe, y sonrió-. ¡Tiene excelente información para hacerlo!

Cogió el cuchillo, lo agarró firmemente y empezó a dar puñaladas al aire.

-¡Tenga cuidado, miss Mapes! -dijo, de excelente humor-. Jack el Destripador!

Miss Mapes se rió entre dientes.

-¡Vaya, vaya! -exclamó-. Permítame que lo vea, sargento Tobins. No le importa, ¿verdad?

Los dedos de la secretaria lo tocaron. El sargento Tobins retiró la mano bruscamente. Se le arreboló la cara, y una terrible ira se apoderó de él cuando le tocó la mano de miss Mapes. Fue algo incontenible. Sin embargo, cuando miró su ingenua y entrañable cara, la ira quedó apaciguada por el agradable y hormigueante calorillo que se apoderó de su brazo derecho y de su puño. Y, cuando dio un ligero paso hacia ella, sonó en sus oídos, alta, alta y lejana, una extraña y dulce cancioncilla.

¿O fue el sollozo de una mujer?

## RAY RUSSELL - La jaula

*(The Cage)*

-Dicen que es el demonio -dijo la condesa, abstraída, mientras acariciaba el collar que adornaba su juvenil cuello.

Su marido sonrió.

-¿Quién dice eso? Los locos y los compadres. Ese muchacho es un excelente administrador. Administra mis tierras estupendamente. Acaso sea un poco... ¿insensible?... ¿frío?... Pero dudo mucho que sea el Enemigo Encarnado.

-Insensible, sí -respondió la condesa mirando a la figura vestida de negro-. Pero frío... Parece ser el favorito de las mujeres. Según dicen, sus conquistas forman legiones.

-Dicen, dicen... Los compadres otra vez. Escucha... ¿Se acostaría Lucifer con las mujeres?

El conde se echó a reír, satisfecho de su lógico triunfo.

-Acaso -replicó su esposa-. Para pasearse por la tierra tiene que tomar figura de hombre. ¿Iba a despojarse de los apetitos humanos?

-Puedo asegurarte que no lo sé. Son delicados puntos teológicos. Sugiero que los discutas con el Santo Padre.

La condesa sonrió.

-¿Y qué quería?

-Nada. Cosas del negocio... ¿Vamos a comer? -Sí.

La condesa se cogió de su brazo, y juntos atravesaron los entapizados vestíbulos del castillo.

-Parece muy insistente respecto a ciertas cosas -dijo la condesa tras unos instantes.

-¿Quién?

-Tu eficiente administrador.

-Le urge emplear medidas más severas con la servidumbre. Dice que su autoridad no estará reforzada si no va acompañada ton amenazas de severos castigos. Dijo que en la época de mi padre, la idea de la cámara de tortura del castillo los mantenía rectos como un huso.

-¿En la época de tu padre?... Pero ¿conoció a tu padre?...

-La severidad de mi padre, querida, fue siempre un baldón en nuestro escudo de familia. Creó enemigos por todas partes. Ése es el motivo de que yo tenga tanto cuidado en mostrarme generoso. La historia no nos tachará de tiranos si yo puedo evitarlo.

-Continúo creyendo que es el demonio.

-Tú eres una gansa -dijo el conde riéndose-. Una hermosa gansa.

-Eso te hace ser a ti un ganso, mi señor.

-Un viejo ganso.

Se sentaron a la mesa.

-Mi señor... -dijo la condesa.

-¿Qué?

-Es raro que nunca haya visto esa vieja cámara de tortura.

-En tres meses apenas -dijo el conde-, no es posible que se pueda ver entero el castillo. Además, se llega a ella solamente bajando una escalera de caracol oculta detrás de una puerta secreta. Si quieres, bajaremos después de comer; aunque, en realidad, no hay allí nada que pueda interesar a una dulce y joven gansa.

-Tres meses... -repitió la condesa, casi sin que la oyera, acariciando de nuevo el collar.

-¿Te parece muy largo ya nuestro matrimonio? -dijo el conde.

-¿Muy largo? -repitió la condesa, sonriendo con demasiada agudeza-. Mi señor, me parece que fue ayer...

-Dicen que es usted el demonio -dijo la condesa cepillándose el cabello.

-¿Y usted qué cree?

-¿Que qué creo yo?... ¿Me arrastrará usted al infierno?

-De una forma o de otra.

-¿Habla usted en metáfora?

-Tal vez.

-Es usted ambiguo.  
-Como el demonio.  
-Y, como él, muy malvado.  
-¿Por qué?... ¿Porque estoy aquí, en su tocador, y usted apenas está vestida?  
-Por eso, sí... Y porque aconseja a mi marido que sea un tirano, como su padre.  
-¿Se lo contó a usted?  
-Sí. Y me enseñó la cámara de los suplicios que usted le aconsejó que volviera a utilizar. ¡Qué malo es usted! Es un lugar terrible: tan oscuro y tan húmedo..., y tan hondo... Un pobre infeliz echaría los pulmones por la boca gritando, y nadie del castillo le oiría.  
-Sus ojos están brillantes. Adivino que la encontró fascinadora.  
-¡Fascinadora!... ¡Claro que no! ¡Es desagradable!... ¡Qué cámara tan horrible! ¡Oh, pensar en los miembros desgarrados, en los tendones destrozados, en!...  
-¡Se estremece usted deliciosamente!... ¡Se transforma usted!...  
-¡Y qué espantosas ruedas dentadas!... ¡Y las botas de hierro!... Yo tengo un pie muy bonito, ¿verdad?  
-Perfecto.  
-Con un empuje tan alto..., y los dedos tan cortos y derechos... Odio los dedos largos... Usted no tiene los dedos largos, ¿verdad?  
-Perdone... Yo no tengo dedos, sino pezuñas.  
-¡Cuidado! Puedo creerle... ¿Y dónde están sus cuernos?  
-¡Oh, son invisibles!  
-¿Sí?... Confía usted mucho en sus encantos...  
-Como usted... en los suyos.  
-¿Sabe usted lo que me horroriza más?  
-¿De qué?  
-De la cámara de los suplicios, naturalmente.  
-¡Oh!, naturalmente... ¿Y qué es lo que le horroriza más?  
-La jaula. Una jaula pequeñita. Parece como si fuera para guardar un mono. Es demasiado pequeña para alguien de mayor tamaño. ¿Y sabe usted lo que mi marido dice que metían allí?  
-¿Qué?  
-¡Personas!  
-¡No!  
-Metían personas en ella. No podían estar derechas, ni tumbadas, ni siquiera sentadas, porque no hay más que clavos para sentarse. Y las tenía allí agachadas durante días; algunas veces durante semanas. Hasta que gritaban para que las sacaran. Hasta que enloquecían. Yo preferiría que me destrozara la rueda dentada...  
-¿O que le introdujesen este precioso pie en la bota para que se lo estrujaran?  
-No... Me hace cosquillas.  
-Eso pretendía.  
-Ha de marcharse. El conde puede llegar en cualquier momento.  
-Hasta mañana entonces, mi señora.  
Ya sola, sonriendo para sí, la condesa, abstraída, se acariciaba la punta del pie, donde él la había besado. Ella había oído hablar de besos ardientes. Eran lugares comunes de los trovadores, de los malos trovadores. Pero hasta aquella noche no pensó nunca en el término como una extravagancia poética. Él la amaba... ¡Oh, cómo la amaba! Y él la poseería. Pero no inmediatamente. ¡Que esperara! ¡Que se consumiese! ¡Que la contemplara ansioso dentro de su diáfana bata! ¡Qué admirase, cuando levantaba los brazos para cepillarse el cabello, la extraordinaria belleza de sus senos! Permitirle un beso de cuando en cuando. ¡Oh, no en la boca... todavía! En los pies, en la punta de los dedos, en la frente... Esos ardientes besos suyos. ¡Que suplicara y gimiera! ¡Que sufriera!... La condesa suspiró feliz cuando se dirigió a la cama. Era hermoso ser mujer y ser bella para repartir pequeños favores como migajas; ver cómo la lamían los hombres, cómo jadeaban suplicando más y, a continuación, reírse en su cara y dejar

que se consumieran de hambre. Éste estaba ya jadeando. Pronto suplicaría. Y se consumiría de hambre durante mucho, muchísimo tiempo. Luego, alguna noche, cuando ella imaginara que había sufrido bastante, le permitiría que... Todo aquello sería muy divertido.

-Si soy el demonio, como usted dice, ¿por qué, entonces, no la doblego a mi magia infernal? ¿Por qué me arrastro a sus pies, enfermo y torturado de amor?

-Tal vez sea un entretenimiento para usted, mi Príncipe de las Tinieblas. Béseme aquí.

-No. Quiero sus labios.

-¡Oh! Cada día exige más. ¡Sus pretensiones aumentan! Tal vez sería mejor que se fuera...

-No..., no...

-Así es mejor. Acaso pueda concederle un ascenso...

-¡Oh, amor mío! Entonces...

-Siéntese. No es lo que usted llamaría un «favor». No. Sólo un ascenso. Aunque no sé si se lo merece usted ya. Usted quiere todo, pero no da nada.

Todo, todo...

-¡Qué amplia palabra! Pero, en realidad, acaso pudiera *usted* darme algo...

-Todo.

-Aunque dicen que usted exige cosas terribles a cambio. Yo sufriría interminables tormentos toda la eternidad... ¡Ah, veo que no lo niega usted!... Sí que creo que es *usted*, el demonio...

-Le daré a usted todo cuanto desee. No tiene más que pedir...

-Soy joven. Los hombres me dicen..., y también me lo dice el espejo... que soy hermosa, una delicia de pies a cabeza. ¿Y usted quiere todo esto? -¡Sí! ¡Sí!...

-Entonces, haga que esta belleza jamás se marchite. Hágala que resista a los embates del tiempo y de la violencia... Hágame... sin importar lo que pueda suceder... que viva eternamente.

-Eternamente.

-¡Ah! Ya le tengo... Si nunca muero, ¿qué será del fuego eterno? ¿Me concede usted este favor, Diabolo?

-No puedo.

-¡Maravilloso! ¡Oh, qué gran actor es usted! ¡Empiezo a admirarle!... Otros hombres interpretarían el papel del Adversario diciendo que «sí». Pero usted... ¡qué inteligente es usted!...

-No puedo concederle eso.

-Basta... ¡Soy frágil a la risa! ¡Me divierte *tanto* este juego!.. ¡Da tal sabor a este regodeo!... ¡Lo jugaría hasta el fin! Satán, escucha: ¿no puede usted concederme, en realidad, este deseo mío, aunque yo le dé a cambio... todo esto?

-¡Atormentadora!

-¿Todo esto, demonio mío?... A cambio de lo único que deseo... ¿todo esto?

-Los Poderes de las Tinieblas se rebelan y hierven, pero... sí, sí..., ¡todo!

-¡Ah desalmado picaro!... ¡Tome estos labios!... ¡Tome... todo!...

-Dijiste que era el demonio y ahora estoy inclinado a creerte. ¡Maldito traidor! ¡Acostarse con mi propia esposa en mi propio castillo!...

-Mi señor, ¿cómo puedes creer que yo...?

-¡Silencio, estúpida gansa! ¿Aún quieres disimular? Se marchó sin decir palabra, amparado por las sombras de la noche. ¿Por qué? Y tu collar..., ¡el collar de mi madre!..., se encontró en su habitación vacía, y en tu dormitorio uno de sus guantes negros. ¡Despreciable mujer!

-En efecto, soy despreciable.

-Las lágrimas no te servirán de nada. Debes ser y serás humillada. Da gracias a que yo no soy como mi padre. *El* te hubiera encerrado, desnuda, en esta pequeña jaula hasta que tu mente y tu cuerpo se hubiesen podrido. Pero yo no soy un tirano. Te tendré aquí toda la noche sin cenar, temblando y retorciéndote de arrepentimiento, y por la mañana te libentaré. Espero sinceramente que, para entonces, hayas aprendido la lección. Ahora me voy. Seguramente, dentro de unas cuantas horas empezará a gritar que te saquen de aquí. Ahórrate el trabajo. Nadie te oirá. ¡Piensa en tus pecados... y arrepíentete!...

-Decían que era el demonio, pero yo no hice caso de habladurías. Todo cuanto sé es que vino

aquí directamente del castillo del viejo conde, donde había sido administrador o algo semejante, proporcionándome todos los planos para el asalto de la fortaleza: informes sobre el emplazamiento de los cañones, las puertas atrancadas menos seguras, las murallas más fáciles de escalar, las medidas y la situación de las habitaciones, la fuerza exacta de la guardia del castillo y una lista de los centinelas... Todo lo que necesitaba. Mis fuerzas estaban en estado de alerta desde hacía meses, y aquella misma noche atacué. Gracias a mi informador, la batalla estuvo terminada antes del amanecer.

-Tiene usted que estarle muy agradecido, duque. ¿Y qué fue de él?

-Se marchó. Se desvaneció. Le pagué espléndidamente, y esto que quede entre nosotros, barón, yo empezaba a hacer planes para librarme de él. Un hombre peligroso no debe estar nunca al lado de uno. Pero el bribón fue más astuto. Desapareció inmediatamente después de mi victoria.

-Y esa cabeza que está en la pica, con la barba gris flotando al aire..., ¿pertenece al difunto conde?

-Sí. Este es el final que tienen *todos* los enemigos de mi familia.

-Brindaré en su honor. ¿Y qué disposición tomó usted contra la esposa del viejo loco?

-¿La condesa? ¡Ah! Ésa es la única amargura de mi triunfo. Había pensado gozar de su precioso cuerpo antes de separarlo de su bella cabeza. Pero debieron avisarla. La buscamos por todo el castillo aquella noche. No estaba en ninguna parte. Había escapado. Bueno..., en dondequiera que esté espero que tenga noticias de lo que haré con el castillo de su marido.

-Arrasarlo, ¿no?

-Destruirlo hasta los cimientos..., dejando solamente lo suficiente para identificarlo..., y construir encima un edificio de sólida piedra que sera un monumento a su derrota y a mi victoria. ¡Para siempre!

-¿Dónde supone usted que estará la condesa?

-Sólo el demonio lo sabe. Tal vez la puñetera goce del fuego eterno por toda la eternidad.



## THEODORE STURGEON - El monstruo

(It)

Deambulaba por el bosque... Nunca había nacido. Existía. En el suelo, bajo las agujas de los pinos, el fuego arde silencioso y sin humareda. Hay crecimiento en el calor, en la oscuridad y en la pobreza. Hay vida y hay crecimiento. Ello crecía, pero no estaba vivo. Ello deambulaba sin respirar por entre los árboles, y pensaba, y veía, y era horrendo y fuerte... Pero ello no había nacido ni vivía. Crecía y se movía sin vivir.

Se arrastraba fuera de la oscuridad y de la tierra húmeda y cálida a la frialdad de una mañana. Era enorme. Era deforme y estaba cubierto de una costra formada de sus odiosas sustancias, y trozos de ella se desprendían mientras deambulaba, se desprendían y yacían retorcidos, inmóviles y putrefactos en la tierra del bosque.

No tenía gracia, ni alegría, ni belleza. Poseía una inteligencia fuerte y amplia. Y... quizá no pudiese ser destruido. Se arrastraba fuera de su madriguera del bosque y permanecía, palpitando, a los rayos del sol durante mucho tiempo. Manchas de ello resplandecían, húmedas, en el dorado sol. Las partes de ello eran quebradizas y espigadas. ¿Y sus huesos muertos le dieron forma humana?

Garrapateaba dolorosamente con sus manos medio formadas, golpeando el suelo y el tronco de un árbol. Rodaba y se alzaba sobre sus despellejados codos, y arrancaba un gran puñado de hierba y se lo restregaba contra su pecho, hacía una pausa y observaba con inteligente calma los juegos gris-verdosos; vacilaba sobre sus pies, y se asía a un arbolillo y lo destrozaba, doblando el frágil tronco una y otra vez, contemplando atentamente las inútiles y fibrosas astillas. Y echaba la garra a cualquier asustadiza criatura salvaje, destrozándola, dejando que la sangre, los trozos de carne y de la piel se escurriesen por entre sus dedos, deslizándose y pudriéndose en los antebrazos. *Kimbo* surgió de entre las altas malezas como una bocanada de polvo, con su peludo rabo retorcido prietamente sobre su lomo y sus largas mandíbulas entreabiertas. Corría con agilidad, saltando, gozando de su libertad y del poder de sus miembros. Su lengua colgaba negligentemente sobre su labio inferior. Sus labios eran negros y apretados, y cada fibra de su puntiagudo bigote vibraba con su perruno galope. *Kimbo* era un perro de una vez, un animal pletórico de salud.

Saltó por encima de una peña y cayó al suelo con un alarido cuando un conejo de largas orejas salió disparado de su escondrijo entre las piedras. *Kimbo* echó a correr detrás de él, gruñendo a cada zancada de sus largas patas. El conejo brincaba delante de él, conservando las distancias, con las orejas tiesas y las patas rozando apenas el suelo. Se paró, y *Kimbo* le echó la zarpa; pero el conejo dio un salto de lado y se introdujo en un tronco hueco. *Kimbo* ladró y husmeó el tronco, percatándose de su fracaso. Dio varias vueltas alrededor del tronco y, al fin, echó a correr hacia el interior del bosque. La cosa que le observaba entre los árboles levantó sus brazos llenos de costra y esperó a *Kimbo*.

*Kimbo* lo intuyó, quedándose inmóvil como un muerto junto al sendero. Para él era un bulto que olía a carroña, no apto para atacarle, y, oliscándole con desagrado, pasó por su lado corriendo.

La cosa le dejó acercarse sin respirar y le echó un zarpazo. *Kimbo* lo vio venir y se encogió cuanto pudo mientras corría, pero la mano cayó sobre su rabadilla, enviándole rodando y aullando cuesta abajo. *Kimbo* no tardó en ponerse en pie, movió la cabeza, movió el cuerpo dando un profundo gruñido, y, con el ansia de matar en los ojos, arremetió contra el sitio donde estaba el silencioso enemigo, la inmóvil cosa.

Avanzaba cautelosamente, casi sin mover las patas, con el rabo tan bajo como sus orejas gachas y un cosquilleo de furia rondándole el hocico. La cosa levantó el brazo otra vez y esperó.

*Kimbo* se agachó, saltando impulsivamente al cuello del monstruo. Sus mandíbulas se cerraron sobre él; sus dientes se juntaron a través de una masa de inmundicias, y cayó atragantado y aullando a sus pies. La cosa se agachó, golpeándole dos veces. Una vez destrozado el lomo del perro, se sentó a su lado y empezó a despedazarlo.

-Volveré dentro de una hora aproximadamente -dijo Alton Drew, cogiendo su rifle del rincón, detrás de la caja de madera.

Su hermano se echó a reír.

-El viejo *Kimbo* te complica la vida, Alton -dijo.

-¡Ah!, conozco muy bien al viejo diablo -contestó Alton-. Cuando le silbo durante media hora y no aparece, es que se halla en apuros o ha visto algo que le vale disparar sobre ello. El viejo hijo de un rifle me avisa no contestándome.

Cory Drew empujó un vaso lleno hacia su hija de nueve años, y sonrió.

-Piensas tanto en tu perro como yo en Babe.

Babe se bajó de la silla y corrió hacia su tío.

-¿Vas a cazar al hombre malo, tío Alton? -chilló.

El «hombre malo» era invención de Cory: el que aullaba por los rincones, listo a saltar sobre las niñas que corrían detrás de los pollitos, que jugaban con los arados y que tiraban con poderosos y jóvenes brazos manzanas verdes a las porquerizas, para oír los sincronizados gruñidos y patadas; de las niñas que juraban con acento austríaco como lo hubiera hecho un ex asalariado; que hacían cuevas en los montones de heno hasta que se venían abajo, y que cabalgaban por oscuros prados en los caballos de labor hasta que la espuma llenaba los ijares del animal.

-¡Ven aquí y apártate del fusil del tío Alton! -gritó Cory-. Si ves al hombre malo, Alton, cógele y tráele aquí. Tiene un asunto pendiente con Babe por la barrabasada de anoche.

La noche anterior, Babe había echado pimienta fuerte en el abrevadero de las vacas.

-No te apures, querida -dijo el tío, haciendo una mueca-. Te traeré la piel del hombre malo si antes no me la arranca él.

Alton Drew caminó sendero arriba hacia el bosque, pensando en Babe. La niña era un fenómeno, una verdadera niña mimada. ¡Claro! Tenía que serlo. Los dos hermanos amaban a Clessa Drew, y ella se casó con Cory, y ambos tenían que querer a la hija de Clessa. ¡Cosa extraña el amor! Alton era un hombre viril y pensaba en cosas como ésas. En sus reacciones amorosas se mostraba hombre fuerte, pero asustadizo. Sabía lo que era el amor porque aún lo experimentaba por la esposa de su hermano, y lo experimentaría por Babe todo el tiempo que él viviese. Lo arrastraba a lo largo de su vida, y todavía se sentía molesto al pensar en ello. Amar a su perro era cosa fácil, porque el perro y él se querían mutuamente sin hablar de ello. Para Alton Drew, el olor del humo del fusil y de las pieles mojadas por la lluvia eran perfumes suficientes, como era bastante poético para él también un gruñido de satisfacción y el alarido de cualquier animal cazado. No era como el amor humano, que apretaba su garganta de tal forma que no le dejaba pronunciar palabra, no permitiéndole pensar en nada. Por eso, Alton Drew amaba a su perro *Kimbo* y a su Winchester, dejando que el cariño hacia las mujeres de su hermano, Clessa y Babe, le consumiera pacientemente y sin mencionarlo.

Sus sagaces ojos descubrieron las recientes huellas que, en la blanda tierra debajo de la roca, indicaban dónde *Kimbo* se había vuelto y había saltado de un solo brinco, para atrapar el conejo. Sin hacer caso de las huellas, miró por los lugares más cercanos donde el conejo pudiera estar escondido, y dio con el tronco hueco. Sí, *Kimbo* había estado allí, pero demasiado tarde.

-Eres un viejo loco, *Kimbo* -murmuró-. No podrás agarrar nunca un conejo que huye; tienes que cruzarte en su camino...

Lanzó un silbido especial, seguro de que *Kimbo* estaría escarbando debajo de algún otro tronco hueco, en busca de un conejo que estaría ya a tres leguas de distancia. No tuvo contestación. Un tanto extrañado, Alton regresó al sendero.

-Nunca me hizo esto antes -dijo en voz baja.

Cargó el fusil y lo sostuvo en la mano. Alguien de la región dijo una vez de Alton Drew que podía disparar a un puñado de guisantes con un grano de trigo entre ellos, lanzado al aire, y dar solamente al grano de trigo. Otra vez metió una bala en la hoja de un cuchillo, atravesándola, y apagó dos velas. No temía a nada que pudiese recibir un tiro. Eso es lo que él creía.

La cosa del bosque miró con curiosidad hacia el suelo para ver lo que había hecho con *Kimbo* e intentó recordar la forma que el perro tenía antes que muriese. Permaneció un minuto extrayendo los hechos de su loca e insensible mente. La sangre estaba caliente. El sol estaba caliente. Las cosas que se movían y tenían piel poseían un músculo que obligaba al espeso líquido a recorrer

pequeños tubos en el interior de sus cuerpos. El líquido se coagulaba tras cierto tiempo. El líquido de las cosas que tenían raíces y hojas verdes era menos espeso, y la pérdida de uno de sus miembros no significaba la pérdida de la vida.

Aquello era muy interesante; pero la cosa, el molde con mente, no estaba contenta... ni descontenta. Su accidental urgencia era un afán por saber, y sólo estaba... interesada.

Se estaba haciendo tarde, y el sol enrojeció, y permaneció un rato en el cubierto horizonte, enseñando a las nubes a convertirse en llamas. La cosa alzó la cabeza de pronto, al notar la oscuridad. La noche siempre era una cosa extraña para aquellos de nosotros que la han conocido en vida. Hubiera sido estremecedor para el monstruo, de haber sido capaz de estremecerse; pero sólo podía mostrarse curioso, sólo podía razonar sobre lo que había visto...

¿Qué estaba sucediendo? Le costaba trabajo ver. ¿Por qué? Movi6 su informe cabeza de un lado para otro. Era verdad... Las cosas estaban nubladas, y cada vez se apagaban más. ¿Qué hacían para ver los seres que él aplastaba y destrozaba? ¿Cómo veían? El más grande, el único que le había atacado, tenía dos 6rganos en su cabeza. Eso debía ser, porque, después, que la cosa desgajara dos de las patas del perro, había golpeado el peludo hocico, y el perro, al notar el golpe, había bajado dos trozos de piel sobre los 6rganos..., cerrando sus ojos. *Ergo*, el perro veía con sus ojos. Pero después de muerto el perro y con el cuerpo inm6vil, los repetidos golpes que le asest6 no influyeron en sus ojos. Permanecieron abiertos y mirándole fijamente. La conclusión l6gica era, pues, que un ser que había dejado de vivir y respirar, y de moverse, perdía el uso de sus ojos. Debía ser que perder la vista no era morir. Las cosas muertas no andan. Yacen y no se mueven. Así, pues, la cosa del bosque sac6 la conclusión de que debía estar muerto y, por tanto, se tumb6 en el suelo, junto al sendero, no lejos del destrozado cuerpo de *Kimbo*, tumbándose y creyéndose muerto.

Alton Drew lleg6 al bosque a trav6s de la oscuridad. Estaba francamente disgustado. Volvi6 a silbar, esper6, no tuvo respuesta y otra vez se dijo:

-Mi perro nunca me hizo esto.

Y movi6 la cabeza. Había pasado la hora de ordeñar y Cory le necesitaba.

-¡*Kimbo!* -grit6.

El grito se repiti6 a trav6s de las sombras, y Alton, cogiendo el fusil por el cañ6n, lo apoy6 en el suelo, al lado del sendero. Inclinandose, se quit6 la gorra y se rasc6 la coronilla, estupefacto. La culata del fusil se incrust6 en lo que él creía que era tierra blanda. Se tambale6 y puso el pie en el pecho de la cosa que yacía junto al sendero. Su pie se hundi6 hasta el tobillo en la f6fa masa putrefacta y, blasfemando, salt6 hacia atr6s.

-¡C6mo!... ¡Hay aquÍ una cosa muerta! ¡Uf!

Se restreg6 la bota con un puñado de hojas mientras el monstruo yacía en la creciente oscuridad con los bordes de la profunda huella del pie hundiéndose en su pecho y llenándose hasta el borde. Yacía allí mirándole confusamente con sus ojos turbios, pensando que estaba muerto a causa de la oscuridad, observando la articulaci6n de los miembros de Alton Drew, maravillándose de esta nueva e inaudita criatura.

Alton limpi6 la culata del fusil con m6s hojas y continu6 sendero arriba, silbando ansiosamente a *Kimbo*.

Clessa Drew estaba en pie en el umbral de la puerta del cobertizo donde se ordeñaba, muy linda con su traje rojo guinda y su delantal azul. Su cabello era rubio claro, con raya en medio y recogido atr6s con un gran moño.

-¡Cory!... ¡Alton! -llam6 un poco estridente.

-¿Qu6? -respondi6 Cory, bruscamente, desde el granero, donde estaba ordeñando la vaca de Ayrshire.

Los dos regueros de leche caían en un cubo casi lleno. Su ruido era agradable.

-No hago m6s que llamaros -dijo Clessa-. La cena se est6 enfriando, y Babe no quiere comer hasta que t6 vayas. ¿D6nde est6 Alton?

Cory gruñ6, apart6 a un lado el taburete, salt6 la cerca y dio un manotazo en la rabadilla a la vaca, que ech6 a correr como una exhalaci6n camino del patio.

-Aún no ha vuelto.

-¿Que no ha vuelto?

Clessa entró en el cobertizo y se puso a su lado, mientras Cory se sentaba de nuevo para ordeñar otra vaca y apoyaba la frente en el caliente flanco.

-Pero, Cory, Alton dijo que...

-Sí, sí, ya lo sé. Dijo que regresaría para la hora de ordeñar. Lo oí. Bueno, pues no ha vuelto...

-Y tú tienes que... ¡Oh Cory!, te ayudaré a terminar la tarea. Alton habría regresado si hubiese podido. Tal vez esté...

-Tal vez esté cazando un gallo azul -gruñó su marido-. El y su condenado perro.

Gesticulaba ampliamente con una mano mientras que con la otra continuaba ordeñando.

-Tengo que ordeñar veintiséis vacas. Tengo que dar de comer a los cerdos y recoger a los polluelos. Tengo que poner heno a la yegua y echar al campo a la yunta. Tengo que componer el arnés y arreglar el alambre de espino de la cerca de la dehesa. Tengo que cortar y transportar la leña.

Durante un rato ordeñó en silencio, mordiéndose el labio inferior. Clessa permanecía a su lado, con las manos juntas, tratando de pensar en algo que apaciguara los ánimos de su marido. No era la primera vez que la caza de Alton perjudicaba la buena marcha de las labores.

-Por tanto, tengo que hacer frente a todo. No puedo permitir que la afición cinegética de Alton entorpezca el trabajo. Cada vez que ese condenado sabueso suyo olisca una presa, me quedo sin cenar. Estoy enfermando y...

-¡Oh! Yo te ayudaré.

Clessa estaba pensando en la primavera, cuando *Kimbo* tuvo en jaque a doscientos kilogramos de oso negro salvaje hasta que Alton pudo meterle una bala en la cabeza; recordando el día en que Babe se encontró un cachorro de oso y lo cogió para traerlo a casa, cayéndose en una acequia y partiéndose la cabeza.

«No, no se podía odiar a un perro que había salvado la vida a la hija de uno», pensó Clessa.

-No quiero que hagas nada -gruñó Cory-. Vuélvete a casa. Allí tienes bastante trabajo. Iré en cuanto acabe. ¡Vamos, Clessa, no llores! No quiero decir que... ¡Oh, cáscaras!

Se puso en pie y la abrazó.

-Estoy nervioso -dijo-. Perdona. No he querido hablarte así. Lo siento. Anda, anda... Vuelve con Babe. Terminaré en seguida. Ya he trabajado bastante. Aquí hay faena para cuatro granjeros, y los únicos hombres que cuidan de esta tierra somos yo... y ese cazador... Anda, Clessa, vete...

-Bueno -respondió Clessa, apoyada en su hombro-. Pero cuando él vuelva, escúchale primero, Cory. Tal vez le haya sido imposible regresar antes. Acaso no haya podido volver esta vez. Puede ser que él... él...

-Todo lo que pueda recibir un tiro no dañará a mi hermano. Sabe cuidarse. Esta vez no tendrá ninguna excusa aceptable. Anda, Clessa. Procura que cene la niña.

Clessa regresó a la casa. Su juvenil cara mostraba profundas arrugas de disgusto. Si Cory se peleaba ahora con su hermano y le despedía, ellos no podrían dar abasto para el regadío, la elaboración de mantequilla y todo lo demás. Alquilar un hombre era imposible. Cory tendría que trabajar él solo hasta agotarse, y él solo no sería capaz de hacer toda la labor. Ningún hombre podría hacerla. Suspiró y entró en la casa. Eran las siete y media y aún no estaba terminado el ordeño. ¡Oh! ¿Por qué Alton tuvo que...?

Babe se hallaba ya metida en la cama cuando, a las nueve, oyó Clessa a Cory entrar en el cobertizo y dejar las tijeras de cortar alambre en un rincón.

-¿Regresó ya Alton? -preguntaron los dos al mismo tiempo cuando Cory entró en la cocina.

Y mientras ella negaba con la cabeza, él se paró delante de la cocina, levantó la arandela del hornillo y escupió en los carbones.

-Vamos a la cama -dijo.

Clessa dejó sobre la mesa la labor de punto y contempló la ancha espalda de su marido. Tenía veintiocho años, pero andaba y actuaba como un hombre diez años más viejo, cuando su aspecto era el de un hombre cinco años más joven.

-Subiré dentro de un momento -respondió Clessa.

Cory miró el rincón, detrás de la leñera, donde solía estar el fusil de Alton; luego hizo un sonido ininteligible y se sentó para quitarse los zapatos llenos de barro.

-Son más de las nueve -aventuró Clessa tímidamente.

Cory no respondió, sino que recogió las zapatillas.

-Cory, ¿no vas a ir a...?

-¿Adonde?

-¡Oh!, nada. Estaba pensando en que tal vez Alton...

-Alton -estalló Cory-. El perro fue a cazar topos. Alton fue a cazar al perro. Ahora quieres tú que yo vaya a cazar a Alton. ¿Es eso lo que quieres?

-Yo... Es que nunca tardó tanto...

-¡No iré! ¿Salir a buscarle a las nueve de la noche? ¡Estaría loco! No está acostumbrado a que hagamos eso, Clessa.

Clessa no dijo nada. Se acercó a la cocina y miró la olla que estaba cociendo a un lado de la hornilla. Cuando se volvió, Cory se había puesto de nuevo los zapatos y la chaqueta.

-Sabía que irías -dijo.

Su voz sonrió, aunque ella no sonriera.

-Pronto estaré de vuelta -dijo Cory-. No creo que esté muy lejos. Es tarde. No temo por él, pero...

Cogió el fusil, miró los cañones, deslizó dos cartuchos en ellos y se guardó una caja llena en el bolsillo.

-No me esperes -dijo, volviendo la cabeza cuando se alejaba.

-No -respondió Clessa, cerrando la puerta.

Regresó a su labor de punto, sentándose junto a la lámpara.

El sendero que conducía al bosque estaba muy oscuro cuando Cory lo subió, mirando y llamando. La noche era fría y tranquila, impregnada de un fétido olor a moho. Cory percibió el olor a través de sus impacientes narices, y lo expelió; pero volvió a aspirarlo a la inspiración siguiente, y blasfemó.

-¡Qué estupidez! -murmuró-. ¡Maldito perro!... ¡Maldita caza también! ¡A las diez de la noche!...

¡Alton!... -gritó-. ¡Alton Drew!...

Le contestó un eco, y entró en el bosque. La confusa cosa, junto a la cual pasó en la oscuridad, le oyó y percibió las vibraciones de sus pisadas; pero no se movió, porque pensaba que estaba muerta.

Cory avanzó, mirando a su alrededor y hacia adelante, pero no hacia abajo, puesto que sus pies conocían el sendero.

-¡Alton!

-¿Eres tú, Cory?

Cory Drew se estremeció. Aquel rincón del bosque era muy espeso y tan oscuro como una tumba. La voz que oyó era extraña, apaciguada, penetrante...

-¿Alton?

-Encontré a *Kimbo*, Cory.

-¿Dónde demonios has estado? -gritó, furioso, Cory.

Le desagradaba aquella extremada oscuridad; tuvo miedo de la tensa desesperación que se notaba en la voz de Alton, y desconfió de su habilidad para mantener la rabia contra su hermano.

-Le llamé, Cory. Le silbé y el viejo demonio no me contestó.

-Puedo decir lo mismo de ti, pi... piojoso. ¿Por qué no viniste a ordeñar?... ¿Dónde estás?... ¿Has caído en alguna trampa?

-Nunca antes dejé de contestarme, ya lo sabes... -continuó la dura y monótona voz desde las tinieblas.

-¡Alton! ¿Qué demonios te pasa? ¿Qué importancia tiene que tu bicho no te contestara? ¿Dónde...?

-... supongo que porque nunca antes estuvo muerto -continuó Alton, negándose a ser interrumpido.

-¿Cómo? -Cory se mordió el labio inferior, diciendo a continuación-: Alton, ¿te has vuelto loco?  
¿Qué estás diciendo?  
-*Kimbo* está muerto.  
-*Kim...* ¡Oh!  
Cory empezó a ver de nuevo en su mente el cuadro: Babe, tendida inconsciente en el arroyo, y *Kimbo*, atacando y teniendo a raya al oso, al monstruoso oso, protegiendo a la niña hasta que Alton llegó para salvarla.  
-¿Qué sucedió, Alton? -preguntó más tranquilo.  
-Trato de averiguarlo. Alguien lo destrozó.  
-¿Lo *destrozó*?  
-Todo su cuerpo está desgajado, Cory. Cada miembro separado de sus articulaciones. Los intestinos, fuera...  
-¡Dios Santo! ¿Crees tú que el oso...?  
-No fue el oso... ni nada que ande a cuatro patas. Todo el perro está aquí. Nada se han comido de él. Quienquiera que fuese, lo mató solamente y... lo descuartizó.  
-¡Dios Santo! -repitió Cory-, ¿Quién pudo...?  
Hubo una larga pausa.  
-Vuelve a casa -dijo Cory, casi con cariño-. No hay razón para que permanezcas ahí toda la noche.  
-Permaneceré. Estaré aquí hasta que salga el sol, y empezaré el rastreo..., que continuaré hasta que encuentre al que hizo esta faena a *Kimbo*.  
-¿Estás borracho o loco, Alton?  
-No estoy borracho. Puedes pensar lo que te dé la gana. Me quedaré aquí.  
-Tenemos una granja, ¿recuerdas? Tendré que ordeñar otra vez, mañana por la mañana, veintiséis vacas, como las he ordeñado esta noche, Alton.  
-Alguien tiene que hacerlo. Yo no puedo estar allí. Supongo que debes hacerlo tú, Cory.  
-¡Eres una mierda! -gritó Cory-. ¡Regresarás conmigo ahora mismo, o veré por qué no lo haces!  
La voz de Alton continuaba siendo penetrante, soñolienta.  
-No te acerques, muchacho.  
Cory dio un paso hacia la voz de Alton.  
-Te he dicho... -la voz era tranquilísima ahora- *que te quedes donde estás*.  
Cory continuó avanzando hacia él. Un ruido característico le indicó que había sido quitado el seguro del fusil. Cory se paró.  
-¿Serías capaz de disparar contra mí, Alton? -preguntó Cory, casi en un susurro.  
-Exactamente, muchacho. No quiero que me destruyas las huellas. Las necesito para cuando salga el sol.  
Pasó todo un minuto, y el único ruido que se oyó en la oscuridad fue la agitada respiración de Cory. Al fin, dijo:  
-También yo he traído el fusil, Alton. Vuelve a casa.  
-No puedes ver dónde estoy para disparar sobre mí.  
-Nunca ha ocurrido esto entre nosotros.  
-Nunca... Vete. Yo sé exactamente en dónde estás tú, Cory. Llevó aquí cuatro horas.  
-Mi fusil hace huir a las gentes.  
-El mío las mata.

Sin otra palabra, Cory Drew giró sobre sus talones y emprendió el regreso a la granja. Negro, licuéscente, yacía en la oscuridad, no vivo, no completamente muerto, sino creyéndose muerto. Las cosas que no están vivas no pueden hacer nada. Fijaba su nublada mirada en la hilera de árboles de lo alto de la cuesta y la profundizaba en sus pensamientos, que goteaban humedad. La cosa sabía que ahora estaba muerta, y, como muchos seres antes que ella, se preguntaba cuánto tiempo permanecería así. Y entonces el cielo, que estaba más allá de los árboles, fue aclarándose poco a poco. Ese era un hecho manifiestamente imposible, pensó la cosa; pero la veía, y así debía de ser. ¿Volverían a vivir las cosas muertas? Aquello era curioso. ¿Qué pasaba con las cosas muertas y desmembradas? Esperaría y lo vería.

El sol, lentamente, fue esparciendo sus rayos de luz. Un pájaro, en alguna parte, lanzó un alegre y prolongado gorjeo, y, mientras una lechuza mataba a una musaraña, una mofeta caía sobre otra, de la misma forma que las sombras de la noche caen sin cesar sobre las luces del día. Dos flores se inclinaron una sobre otra para comparar sus preciosos pétalos. Una libélula decidió que estaba cansada de mostrarse seria y, abriendo sus alas, se echó a volar. El primer rayo dorado de sol penetró por entre los árboles, la maleza y la espesa sombra de los arbustos.

«Estoy vivo otra vez -pensó la cosa, que, posiblemente, no viviría-. Estoy vivo, porque veo con toda claridad.»

Se alzó sobre sus gruesas patas, marchando hacia el círculo de luz. En breve tiempo, las húmedas láminas que habían crecido durante la noche se secaron al sol, y cuando dio los primeros pasos se desprendieron de él, cayendo algunas al suelo. Subió la pendiente para buscar a *Kimbo*, para ver si él también estaba vivo otra vez.

Cuando abrió los ojos, Babe vio al sol que entraba en su habitación. Tío Alton se había marchado... Eso fue lo primero que pensó. Papá había vuelto anoche a casa y se pasó una hora gritando a mamá. Alton se había vuelto loco. Había dirigido el fusil hacia su hermano. Si Alton se atrevía a penetrar dos metros en las tierras de Cory, Cory cubriría su cuerpo de tantos agujeros que parecería un colador. Alton era un loco, un desagradecido, un egoísta y algunas cosas más de indudable mal gusto, pero realmente enérgicas. Babe conocía a su padre. Tío Alton ya no estaría seguro en aquella región.

Saltó de la cama con esa agilidad propia de los niños, y corrió a la ventana. Vio a Cory que iba a pie a la dehesa con dos bridas sobre el brazo para atar a la yunta. De la cocina, situada en el piso de abajo, subían ruidos.

Babe hundió la cabeza en la palangana y se sacudió el agua, como un perrillo, antes de secarse con la toalla. Cogiendo una camisa y unos pantalones limpios se dirigió al rellano de la escalera. Se puso la camisa y comenzó su diario ritual con los pantalones: un escalón, una pierna introducida en la pernera izquierda; otro escalón, la otra pierna en la pernera derecha. Luego, saltando de escalón en escalón con los pies juntos y abrochándose un botón por cada peldaño, alcanzó el pie de la escalera completamente vestida, y entró corriendo en la cocina.

-¿No ha vuelto tío Alton, mamá?

-Buenos días, Babe... No, cariño.

Clessa estaba demasiado tranquila, sonriendo demasiado, pensó Babe sagazmente. Se notaba que no era feliz.

-¿Adonde fue, mamá?

-No lo sabemos, Babe. Siéntate a desayunar.

-¿Qué es un bastardo, mamá? -preguntó de pronto Babe.

A su madre casi se le cae la fuente que estaba secando.

-¡Babe! Te prohíbo que repitas esa palabra.

-¡Oh, bueno!... Entonces, ¿por qué lo es el tío Alton?

La boca de Babe estaba llena de papilla.

-Un bas...

-¡Babe!

-Muy bien, mamá -dijo con la boca llena-. Pero ¿por qué?

-Ya le dije anoche a Cory que no gritara tanto -dijo Clessa medio para sí.

-Bueno, signifique lo que signifique, él no lo es -dijo Babe con firmeza-. ¿Salió a cazar otra vez?

-Fue a buscar a *Kimbo*, cariño.

-¿A *Kimbo*? ¡Oh mamá! ¿Se ha marchado *Kimbo* también? ¿Tampoco volverá él?

-No, cariño... Por favor, Babe, deja de hacer preguntas.

-Muy bien... ¿Adonde crees que fueron?

-A los bosques del Norte... Estate quieta.

Babe engullía deprisa su desayuno. De pronto se le ocurrió una idea y, a medida que la iba pensando, comenzó a comer más despacio, más despacio, lanzando miradas a su madre por entre las pestañas de sus semicerrados ojos. Alguien debía avisarle, prevenirle...

Babe se hallaba a medio camino de los bosques cuando el fusil de Alton envió estruendosos ecos valle arriba, valle abajo...

Cory se hallaba en la parte meridional de la granja, guiando el arado y maldiciendo a la yunta de caballos grises, cuando oyó el fusil.

-¡Hop! -gritó a los caballos, y se sentó un momento a escuchar-. Uno, dos, tres..., ¡cuatro! -contó-. Vio a alguien y le disparó. Tuvo oportunidad de tirarle otra vez y lo hizo, con todo cuidado. ¡Dios mío!

Sacó el arado y condujo a la yunta a la sombra de tres robles. Sujetó las patas de los animales con unas correas y se encaminó al bosque.

-Alton es un asesino -murmuró, y dio la vuelta para dirigirse a su casa en busca del fusil.

Clessa se hallaba en pie en la parte exterior de la puerta.

-¡Tráeme los cartuchos! -gruñó Cory, entrando corriendo en la casa.

Clessa le siguió. Cory se estaba metiendo el cuchillo de caza en el cinturón cuando su mujer apareció con la caja de cartuchos.

-Cory...

-¿Oíste el fusil? Alton ha perdido la chaveta. No desperdicia un cartucho. Disparó contra alguien, estoy seguro; cuando yo le vi, no estaba gastando bromas. Estaba dispuesto a cazar a un hombre... Dame mi fusil.

-Cory, Babe...

-Procura que no salga de aquí. ¡Oh Dios! Esto es un trastorno. No puedo resistirlo más.

Cory corrió hacia la puerta.

Clessa le agarró del brazo.

-Cory, estoy tratando de decírtelo... Babe no está aquí... La he llamado y no está.

La cara de Cory, dura, joven y vieja a la vez, se descompuso.

-Babe... ¿Cuándo la viste por última vez?

-Durante el desayuno.

Clessa estaba ahora llorando.

-¿Te dijo adonde iba?

-No. Me hizo una serie de preguntas sobre Alton: adonde había ido...

-¿Se lo dijiste?

Los ojos de Clessa se dilataron y asintió con la cabeza, mordiéndose el dorso de la mano.

-No deberías habérselo dicho, Clessa -gritó.

Y echó a correr hacia los bosques. Clessa le vio marchar, y en ese momento ella se hubiese matado.

Cory corría con la cabeza levantada avanzando con las piernas, con los pulmones, con los ojos, a lo largo del sendero. Subió la pendiente que conducía a los bosques, faltándole la respiración tras cuarenta y cinco minutos incesantes de carrera. Todavía no pudo notar en el aire el fétido olor a moho.

Captó un movimiento en una espesura que se alzaba a su derecha y se lanzó hacia allí. Luchando por recuperar el resuello, trepó hasta que pudo ver claramente. Sí, allí había algo: una cosa negra, que estaba inmóvil. Cory relajó las piernas y el torso completamente para facilitar las palpitaciones de su corazón y, lentamente, alzó el fusil hasta que lo tuvo apuntado sobre la cosa oculta entre la espesura.



-¡Salga de ahí -gritó Cory, cuando le fue posible hablar.

No sucedió nada.

Hubo un instante de silencio, y sus dedos se posaron sobre el gatillo.

-¡Usted lo ha querido! -gritó.

Y cuando disparó, la cosa saltó a un lado, hacia el espacio abierto, chillando.

Era un hombrecillo delgado, vestido de negro sepulcral, y con la cara de niño más rubicunda que jamás viera Cory. La cara estaba descompuesta de miedo y de dolor. El hombre se puso en pie y, saltando arriba y abajo, dijo una y otra vez:

-¡Oh, mi mano! ¡No vuelva a disparar! ¡Oh, mi mano! ¡No dispare!...

Al cabo de un rato, cuando Cory se acercó a él se quedó quieto. El individuo miró al granjero con sus tristes ojos azulados.

-No dispare -dijo, reprobador, alzando una manita ensangrentada-. ¡Oh, Dios mío!

Cory preguntó:

-¿Quién demonios es usted?

Al hombre le dio un ataque histérico, soltando por su boca tal cúmulo de frases entrecortadas que Cory retrocedió un paso y casi alzó el fusil para autodefenderse. Lo que decía era principalmente:

-Perdí mi documentación... Yo no lo hice... Fue horrible. Horrible. Horrible... El hombre muerto... ¡Oh, no dispare!

Cory intentó por dos veces hacerle una pregunta. Entonces se acercó y le asestó un puñetazo. El tipo cayó al suelo, gritando, gimiendo, llorando y poniendo su ensangrentada mano en la boca, donde Cory le había golpeado.

-Ahora dígame qué ha pasado aquí.

El hombre rodó sobre sí mismo y se sentó en el suelo.

-¡Yo no lo hice! -repitió, sorbiendo-. No, no. Venía caminando por aquí y oí el fusil... y algo así como una maldición y un aullido espantoso... Acudí corriendo y miré, y vi al hombre muerto... Entonces, eché a correr y usted llegó... Yo me oculté y usted disparó... Y yo...

-¡Cállese!

El hombre se calló, como si hubieran echado un cerrojo en la boca.

-Bien, ¿dice usted que hay un muerto? -preguntó Cory señalando el sendero.

El hombre asintió con la cabeza y empezó a llorar de veras. Cory le ayudó a levantarse.

-Siga usted sendero abajo y encontrará la casa de mi granja -le dijo-. Dígale a mi mujer que le cure la mano. *No diga nada más*. Y espere hasta que yo regrese. ¿Lo oye?

-Sí. Gracias. ¡Oh!, muchas gracias...

-Márchese ahora...

Cory le dio un afectuoso empujón hacia la dirección indicada y se dirigió solo, helado de miedo, sendero arriba hacia el lugar donde encontrara a Alton la noche anterior.

Allí le encontró ahora también.. y a *Kimbo*. *Kimbo* y Alton habían sido durante muchísimos años los mejores amigos del mundo: habían cazado, luchado y dormido juntos, y, ahora, la vida de ambos había terminado, esa vida que ambos habían dedicado incondicionalmente el uno al otro. Estaban muertos juntos.

Era terrible que hubiesen muerto de la misma forma. Cory Drew era hombre duro; pero sollozó y estuvo a punto de desmayarse al ver lo que la cosa del moho había hecho a su hermano y al perro de su hermano.

El hombrecillo vestido de negro corría sendero abajo, sollozando y agarrándose la mano herida como si creyese que con eso se le curaría. Tras unos instantes los sollozos cesaron, y la precipitada carrera se transformó en tranquilo paso, como si el escandaloso horror de la última hora hubiera amainado. Por dos veces suspiró profundamente y exclamó:

-¡Dios mío!

Y se sintió casi normal. Se ató un pañuelo de hilo a la muñeca, pero la mano continuó sangrando. Se ató por el codo, pero aquello le produjo mayor dolor. Por tanto, volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo y se dedicó a bambolear tontamente la mano en el aire hasta que se le coaguló la

sangre. No vio el espantoso horror húmedo que caminaba pesadamente detrás de él, pero su nariz percibió la inmundicia.

El monstruo tenía tres agujeros muy juntos en el pecho y otro en el centro de su viscosa frente. Eran las marcas donde habían dado las balas disparadas por el fusil de Alton Drew, que le atravesaron. La mitad de la informe cara del monstruo había desaparecido y existía un profundo desconchón en su hombro. Fue ahí donde le golpeó la culata del fusil de Alton Drew cuando se dio cuenta de que las cuatro balas no le habían matado. Cuando estas cosas sucedieron, el monstruo no se mostró rabioso ni dolorido. Lo único que se preguntó fue por qué Alton Drew actuaba de tal forma. Ahora seguía al hombrecillo sin precipitarse en absoluto, siguiendo sus huellas paso a paso y dejando pequeñas partículas de pobredumbre detrás de él.

El hombrecillo, siguiendo su camino, salió del bosque y apoyó la espalda contra un enorme árbol que se alzaba en la linde de la selva. Meditó. Bastantes cosas le habían sucedido a él aquí. ¿Qué ventaja le proporcionaría quedarse para enfrentarse con la investigación de un crimen, un crimen horrible, solo por continuar esa vaga y estúpida búsqueda? Se suponía que era la casa en ruina de un viejo, de un viejo cazador, enclavada profundamente en alguna parte de este bosque, y tal vez le haría perder la prueba que él necesitaba. Pero aquél era un informe vago..., lo bastante vago para que se olvidase sin pena. Sería la mayor de las locuras quedarse para complicarse en el barullo que seguiría a ese feo asunto del bosque. *Ergo*, sería ridículo seguir el consejo del granjero, ir a su casa y esperar a que regresase. No. Volvería a la ciudad.

El monstruo se apoyó contra el otro lado del grueso tronco.

El hombrecillo resopló molesto al percibir un repentino olor nauseabundo, a podrido. Sacó el pañuelo, lo manoseó y se le cayó. Cuando se agachó para recogerlo, el brazo del monstruo *zurró* con toda su fuerza el aire donde había estado la cabeza del hombrecillo..., un golpe que, con toda seguridad, hubiese destrozado aquella protuberancia con cara aniñada. El hombre se irguió, y se hubiera puesto el pañuelo en la nariz si no hubiese estado tan ensangrentado. La criatura que estaba detrás del árbol levantó el brazo otra vez en el momento en que el hombrecillo tiraba el pañuelo y avanzaba hacia el campo, atravesándolo para alcanzar la distante carretera principal que le conduciría a la ciudad. El monstruo se arrojó sobre el pañuelo, lo cogió, lo estudió, lo desgarró en varios trozos e inspeccionó los andrajos. Entonces, mirando vacuamente a la forma del hombrecillo, que iba desvaneciéndose en la distancia, y no considerándolo ya interesante, dio la vuelta y se internó en el bosque.

Babe emprendió una carrera al oír los tiros. Era importante avisar al tío Alton sobre lo que su padre había dicho, pero era más interesante averiguar lo que había cazado. ¡Oh, habría cazado en seguida! Tío Alton nunca disparaba sin matar. Esta vez era la primera que ella le había oído disparar de tal forma. Debía de ser un oso, pensó la niña, nerviosa, tropezando en una raíz, cayéndose cuan larga era, poniéndose en pie otra vez, sin notar la voltereta. Le gustaría tener otra piel de oso en su dormitorio. ¿Dónde la pondría? Tal vez la curtieran y le sirviera de colcha. Tío Alton se sentaría en ella por las noches y le leería cuentos... ¡Oh, no! No podría ser. ¡Con el disgusto que había entre papá y él!... ¡Oh, si ella pudiese hacer algo!... Intentó correr más de prisa, inquieta y precavida; pero le faltaba la respiración y, poco a poco, fue aminorando el paso cada vez más.

En lo alto de la cuesta, junto a la linde del bosque, se paró y miró hacia atrás. Abajo, en el valle, se hallaba la dehesa. La registró con todo cuidado, buscando a su padre. Los viejos y los nuevos surcos estaban perfectamente definidos, y sus sagaces ojos vieron inmediatamente que Cory había sacado el arado y llevado a la yunta a la sombra de los tres robles, sin terminar de arar. Eso no era verosímil en él. Ahora podía ver la yunta, pero no la camisa azul clara de Cory. Se rió para sí al pensar en la forma en que chasquearía a su padre. Pero la risita se cortó de golpe cuando oyó el grito de agonía de su tío Alton.

Alcanzó el sendero y lo cruzó, deslizándose a través de la espesura que se alzaba junto a él. Los tiros se habían oído procedentes de alguna parte de por allí. Babe se paró y escuchó varias veces y, de pronto, oyó que algo venía hacia ella, muy de prisa. Se puso a cubierto, aterrorizada, y la cara aniñada de un hombrecillo vestido de negro, con los ojos azules desmesuradamente abiertos

de terror, pasó, ciego, junto a ella, golpeando contra las ramas la cartera de piel que llevaba en la mano. La hizo girar un momento y la arrojó lejos, cayendo justamente delante de la niña. El hombre no vio a Babe en ningún momento.

Babe permaneció allí un buen rato; luego, recogió la cartera y se introdujo en el bosque. Las cosas sucedían demasiado de prisa para ella. Necesitaba a tío Alton, pero no se atrevía a llamarlo. Se paró otra vez y aguzó los oídos. Detrás, hacia la linde del bosque, oyó la voz de su padre, y la de otro..., probablemente la del hombre que había arrojado la cartera. No se atrevió a continuar. Llena de indecible horror, pensaba de prisa; luego, chascó los dedos, triunfal. Ella y tío Alton habían jugado mucho a los indios; poseían un repertorio completo de señales secretas. Ella había practicado el reclamo de los pájaros hasta que lo supo hacer mejor que ellos mismos. ¿Qué haría? ¡Ah..., el gallo azul! Echó para atrás la cabeza y por no se sabe qué alquimia juvenil produjo un grito que hubiera envidiado cualquier gallo azul que hubiese pasado volando por allí. Lo repitió... Luego, dos veces más.

La respuesta fue inmediata: el reclamo de un gallo azul, cuatro veces, espaciado de dos en dos. Babe movió la cabeza completamente feliz. Ésa era la señal de que se reunirían inmediatamente en El Lugar. El Lugar era un escondrijo que tío Alton había descubierto y que compartía con ella. Ninguna otra persona lo conocía: un ángulo rocoso, junto a un arroyo, no lejos de allí. No era exactamente una cueva, pero casi. Lo suficiente para estar metidos. Babe corrió feliz hacia el arroyo. Había estado segura de que tío Alton recordaría la llamada del gallo azul, y lo que significaba.

En el árbol que se arqueaba sobre el cuerpo destrozado de Alton, un gallo azul se limpiaba las plumas y se calentaba al sol. Completamente inconsciente de la presencia de la muerte, apenas notó el grito realista de Babe, y gritó cuatro veces, espaciadas de dos en dos.

Cory tardó un minuto en recobrar de lo que había visto. Se alejó de allí para apoyarse, indolente, contra un pino, sollozando. Alton. Allí estaba Alton, tendido en el suelo..., despedazado.

-¡Dios!... ¡Dios, Dios, Dios!...

Poco a poco volvió a ser dueño de sí y se obligó a volver allí de nuevo. Andando con todo cuidado, se agachó para recoger el fusil. El cañón estaba limpio y brillante; pero la culata estaba impregnada de algo que era una especie de inmunda carroña. ¿Dónde había visto antes esa inmundicia? En alguna parte.... ¡qué importaba! La limpió, con su mirada ausente, tirando después el trapo ensuciado. Por su mente cruzaron las palabras de Alton..., ¿fue anoche solamente?..., diciéndole:

-Empezaré el rastreo... y lo continuaré hasta que encuentre quién hizo esta faena a «Kimbo».

Cory buscó ansiosamente hasta que encontró la caja de cartuchos de Alton. La caja estaba húmeda y pegajosa. Esto, en cierto modo, le servía mejor. Una bala mojada con la sangre de Alton era lo más apropiado que podía utilizar. Se alejó una corta distancia y anduvo en círculo hasta que encontró profundas huellas. Luego regresó al lado de su hermano.

-Muchacho, yo me encargaré ahora del rastreo -murmuró. Y empezó.

Siguió, a través de la espesura, la inconstante pista, sorprendido de la cantidad de inmundo moho que la rodeaba y asociándolo con lo que había matado a su hermano. Para él no existía ya en el mundo más que odio y tenacidad. Maldiciéndose por no haber obligado a Alton a regresar anoche con él a casa, siguió el rastro hasta la linde de los bosques. Le condujo hasta un grueso árbol, y allí vio algo más: las huellas del hombrecillo de la ciudad. También se veían por el suelo unos guñapos de tela manchados de sangre, y... ¿Qué era eso?

Otra serie de huellas... más pequeñas, y algo así como si hubieran corrido de puntillas.

-¡Babe!

No tuvo respuesta. El viento suspiró. En alguna parte, un gallo azul lanzó su reclamo.

Babe se paró y se volvió cuando oyó la voz de su padre, amortiguada por la distancia, conmovida.

-Escúchame, cariño -canturreó deliciosamente-. Sí, parece triste.

Le envió un reclamo de gallo azul y echó a correr hacia El Lugar.

Era una peña gigantesca junto al arroyo. Alguna erupción durante la era glacial la había rajado en forma de V gigantesca. La parte más ancha de la raja se apoyaba en la orilla del agua y la más estrecha estaba oculta entre los arbustos. Formaba una especie de cuartito sin techo, desigual, lleno de agujeros y de cuevecitas en el interior, y también poseía un suelo completamente nivelado. La abertura se hallaba a la orilla del arroyo.

Babe apartó los arbustos hacia un lado y miró al interior de la abertura.

-¡Tío Alton! -llamó en voz baja.

No le contestó nadie.

¡Oh! Bueno, vendría ya para acá.

Se deslizó dentro y se acomodó en el suelo.

A Babe le gustaba estar allí. Estaba sombrío y frío, y el canta-rino arroyo lo llenaba con sus risas, y el agua lanzaba reflejos dorados al interior. Volvió a llamar, como regla de conducta, y luego se apoyó contra un saliente para esperar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aún llevaba en la mano la cartera de piel del hombrecillo.

Le dio la vuelta un par de veces y luego la abrió. Estaba dividida en dos compartimentos. En uno de ellos había unos cuantos papeles metidos en un sobre grande, de color amarillo; en el otro, varios emparedados, una barra de chocolate y una manzana. Babe aceptó todo aquello con complacencia juvenil, considerándolo como un maná caído del cielo. Separó un emparedado para Alton, principalmente porque a ella no le gustaban con tanta especia. Lo demás constituyó para la niña un festín.

Se sintió un poco descorazonada porque Alton no llegaba. Ya hasta se había comido el corazón de la manzana. Se puso en pie y trató de alcanzar algunas de las ramitas que arrastraba el arroyo; luego, volvió a sentarse, intentando recordar algunos de los cuentos que conocía... todo para entretener la espera. Al fin, desesperada, volvió a dedicarse a la cartera, sacó los papeles del sobre, los extendió sobre la pared rocosa y empezó a leerlos. En cierto modo, era una forma de pasar el rato.

Había un periódico viejo y roto que relataba los extraños testamentos que hacían las gentes: una anciana dejó, en cierta ocasión, una fabulosa cantidad de dinero a quienquiera que hiciese un viaje de la Tierra a la Luna y regresase; otra había dejado una casa para los gatos cuyos amos hubiesen muerto; un hombre dejó mil dólares a la primera persona que resolviese cierto problema matemático y demostrase su solución. Pero uno de los párrafos estaba señalado con lápiz azul. Decía:

«Uno de los testamentos más extraños aún en vigencia, es el de Thaddeus M. Kirk, que murió en 1920. Al parecer, construyó un complicado mausoleo con sepulturas abovedadas para todos los componentes de su familia. Recogió y trasladó ataúdes de todo el país para llenar los designados nichos. Kirk fue el último de su estirpe. Cuando él murió, ya no quedaban parientes. Su testamento estableció que el mausoleo sería cuidado permanentemente, apartándose una cantidad para recompensar a quienquiera que encontrase el cadáver de su abuelo, Roger Kirk, cuyo nicho continuaba vacío. Así, pues, cualquiera que encuentre ese cadáver recibirá una fabulosa fortuna.» Babe bostezó al leer eso; pero continuó leyendo, porque no tenía otra cosa que hacer. Lo siguiente era una gruesa hoja de papel comercial, que llevaba membrete de una firma de abogados. El texto decía:

«En relación a su requerimiento sobre el testamento de Thaddeus Kirk, estamos autorizados para declarar que su abuelo era un hombre de un metro sesenta y tres centímetros, con el brazo izquierdo roto, y que tenía en el cráneo una plaquita de plata triangular. Desapareció, siendo declarado muerto legalmente tras un plazo de catorce años.

»La calidad de la recompensa establecida en el testamento, más los intereses acumulados, asciende en la actualidad a más de 62. 000 dólares. Será pagada a cualquiera que encuentre el cadáver, siempre que dicho cadáver se ajuste y coincida con las descripciones insertadas en nuestros legajos privados».

Continuaba, pero Babe estaba aburrida. Ahora se dedicó al cuadernillo de notas. No contenía nada, excepto algunas notas muy abreviadas de visitas a bibliotecas; citas de libros con títulos

como *Historia de Angelina y Tyler Counties* e *Historia de la familia Kirk*. Babe lo dejó aparte también. ¿Dónde estaría metido el tío Alton?

Comenzó a canturrear en voz baja:

-Tumalamatum tum, ta ta ta...

Se puso a bailar un minuto, haciendo girar la falda, como había visto a una chica de una película. Un ruidito en los arbustos de la entrada a El Lugar hizo que se parara. Miró hacia afuera y vio, entonces, que los estaban separando. Rápidamente, la niña corrió hacia un pequeño agujero hecho en la pared rocosa, lo suficientemente grande para ocultarla. Se rió entre dientes al pensar la sorpresa que se llevaría su tío Alton cuando le saltase encima.

Oyó al recién llegado bajar, haciendo esfuerzos, por el empapado declive de la abertura y pisando con fuerza el suelo. Había algo en ese ruido... ¿Qué era? Pensó que, aunque era trabajoso para un hombre tan corpulento como tío Alton pasar por la estrecha abertura abierta entre los arbustos, no le oía, sin embargo, jadear. ¡Ni oyó respiración alguna!

Babe miró a la cueva principal y casi gritó de terror. En pie, allí, estaba, no el tío Alton, sino una maciza caricatura humana: una cosa enorme como un muñeco irregular de barro, toscamente hecho. Aquella cosa temblaba; parte de ella relucía y parte de ella estaba seca y desmoronada. La mitad de la parte izquierda más baja de su cara había desaparecido, dándole aspecto de podado. No tenía boca ni nariz perceptibles, y sus ojos estaban desnivelados: uno más alto que otro, y ambos de un color castaño oscuro, sin ninguna porción blanca. Permanecía completamente inmóvil, mirándola. Su único movimiento era un pesado temblor sin vida.

Se preguntaba qué era ese extraño ruidito que había hecho Babe.

Babe se apretaba más contra la pared del fondo de aquella diminuta guarida de piedra, con su cerebro dando vueltas en reducidos círculos de agonía. Abrió la boca para gritar, y no pudo. Se le salían los ojos de las órbitas y enrojecía su cara con el reprimido esfuerzo, y las dos trenzas doradas de su cabello se estremecían espasmódicamente mientras buscaba desesperada un sitio por donde huir. ¡Si estuviera en el espacio abierto... o en la puerta de la cueva donde se hallaba aquella cosa..., o en su casa, en la cama!-

La cosa avanzó hacia ella, sin expresión, moviéndose con una decisión que constituía el máximo de horror. Babe permanecía con los ojos muy abiertos y helada; la presión del horror iba aumentando, inmovilizándole los pulmones, haciendo que su corazón palpitase desordenadamente. El monstruo alcanzó la boca del refugio y trató de avanzar hacia la niña pero se lo impidió la pared. La entrada era demasiado angosta. Babe pasaba por ella con gran trabajo. La cosa del bosque se apretó contra la roca, presionándola cada vez más para coger a Babe. La niña se levantó lentamente. Estaba tan próxima a la cosa que su olor era tan fuerte que «lo veía», y, de pronto, una alocada esperanza brotó de su miedo sin voz. ¡Eso no la cogería! ¡No la cogería... porque era demasiado grande!

Lentamente, la sustancia de sus pies se extendió bajo el tremendo esfuerzo y en sus hombros apareció una ligera grieta. Se vació cuando el monstruo se apretó inútilmente contra la piedra y, se repente, un gran trozo de hombre se vino abajo y el ser se retorció cubierto de grasa y avanzó unos centímetros. Permaneció inmóvil con sus ojos nublados fijos en la niña. Luego, alzó un poderoso brazo por encima de su cabeza y golpeó.

Babe, apretujada contra la pared tanto como le era posible, no pudo evitar que la asquerosa mano en forma de maza le golpeará la espalda, dejándole un reguero de inmundicia en el azul de la blusa que llevaba puesta. El monstruo se enfureció de repente y, avanzando más, ganó el pequeño espacio que aún le separaba de la niña. Una mano negra agarró una de sus trenzas, y Babe se desmayó.

Cuando volvió en sí, la trenza aún continuaba sujeta por aquella mano en forma de garra. La cosa la alzó, de modo que la cara de la niña y la informe cabeza quedaron a pocos centímetros la una de la otra. Con apacible curiosidad, el monstruo la miró a los ojos, y lenta, pero fuertemente, la echó hacia atrás. El dolor que le produjo el tirón de pelo hizo lo que el miedo no pudo hacer: devolverle la voz. Gritó. Abrió la boca y arrojó por ella todo el esfuerzo de sus poderosos y jóvenes pulmones: gritó. Conservando la garganta en la posición del primer grito, su pecho

consiguíó llenarse nuevamente de aire. Sus gritos eran monótonos, agudos, infinitamente penetrantes.

A la cosa no le importó. La sostenía de la misma forma, observándola. Cuando hubo aprendido todo cuanto pudo de ese fenómeno, la dejó caer y miró en torno a la reducida cueva, ignorando a la aturdida y golpeada Babe. Cogió la cartera de piel y la partió en dos como si fuera un pedazo de tela. Vio el emparedado que Babe había reservado, lo agarró, lo dividió y lo tiró.

Babe abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba libre y, mientras la cosa le volvía la espalda se deslizó por entre sus patas y salió al pequeño estanque que se extendía delante de la roca, lo cruzó y alcanzó la otra orilla, llorando. Un ligero y malvado destello de furor ardió en ella. Cogió una piedra del tamaño de una pámplumusa y la arrojó con toda su fuerza. La piedra voló baja y rápida, golpeando con precisión el tobillo del monstruo. La cosa estaba en aquel instante avanzando hacia el agua. La piedra le pegó, haciéndole perder el equilibrio. Durante un largo y silencioso momento, vaciló en la orilla del estanque. Sin dirigirle una segunda mirada, Babe se alejó corriendo y llorando.

Cory Drew seguía los pequeños restos de masa que, en cierto modo, constituían la prueba del paso del asesino, y estaba próximo cuando oyó el primer grito de la niña. Echó a correr, tirando su fusil y alzando el de su hermano, listo para disparar. Corría con tal pánico mortal en su corazón que pasó como una exhalación por delante de la gigantesca roca rajada y estaba a cien metros más allá antes de que la niña atravesara como un relámpago el estanque y alcanzara la otra orilla. Cory tuvo que correr muy de prisa para alcanzarla; porque, algo detrás de ella, iba ese horror sin cara de la cueva, y la niña vivía en la única idea de alejarse lo más posible de allí. Cory la cogió en sus brazos y la apretó contra sí, y la niña gritó, gritó, gritó...

Babe no vio a Cory en absoluto, cuando él la alzó y la tranquilizó.

El monstruo yacía en el agua. Ni le gustaba ni le disgustaba este nuevo elemento. Permaneció en el fondo, su masiva cabeza a varios centímetros por debajo de la superficie, y, curiosamente, consideraba los hechos que había presenciado: el ligero zumbido de la voz de Babe, que envió al monstruo a indagar dentro de la cueva; la negra materia de la cartera de piel, que resistió mucho más que las cosas verdes cuando la rompió; la pequeña dos piernas, que cantó y le hizo acercarse, y que gritó cuando él llegó; esta nueva cosa fría y movediza donde él había caído... Su cuerpo se estaba lavando. Eso no le sucedió nunca antes. Eso era interesante. El monstruo decidió quedarse allí para observar esta nueva cosa. No tenía prisa para salir de ella. Sólo sentía curiosidad.

El arroyo bajaba, reidor, de su manantial, guiñando a los rayos del sol y abrazando a los arroyuelos y a los riachuelos a su paso. Gritaba y jugaba con las pequeñas raíces, con las ramitas y con las hojas. Era un arroyo feliz. Cuando llegó al pequeño estanque, que estaba junto a la roca, encontró allí al monstruo y lo envolvió. Lavó sus sustancias, arrancó sus inmundicias, y las aguas se llevaron, río abajo, la cosa arremolinada oscuramente con su diluida materia. Era un arroyo perfecto. Lavaba, persistentemente, todo lo que tocaba. Donde encontraba suciedad, la arrastraba, y si había montones y montones de inmundicias, entonces las iba quitando poco a poco. Era un arroyo magnífico. No le importaba el veneno del monstruo, sino que lo cogió, lo adelgazó y lo extendió en pequeños círculos por las rocas que se alzaban en su curso, y las plantas acuáticas se beneficiaron tanto con aquel abono que crecieron más verdes y más lozanas. Y el monstruo se fundió.

«Soy muy pequeño -pensó la cosa-. Es interesante. Ahora no me puedo mover. Y, ahora, esta parte mía que piensa se va también. Parará en el momento oportuno y se juntará con el resto del cuerpo. Dejaré de pensar y dejaré de ser..., y eso es también muy interesante.»

Así, pues, el monstruo se deshizo y ensució el agua; pero el agua volvió a quedar limpia otra vez, lavando y lavando el esqueleto que el monstruo había dejado. No era muy grande, y el brazo izquierdo, que había estado roto, estaba mal ligado. Los rayos del sol chispearon en una plaquita de plata triangular colocada en el pelado cráneo. El esqueleto estaba muy limpio ahora. El arroyo rió por tal motivo durante toda una época.

Seis hombres mal encarados, que vinieron a buscar al asesino, encontraron el esqueleto. Ninguno

creyó a Babe cuando, días más tarde, contó su relato. Tuvo que ser días más tarde, porque Babe había llorado sin parar durante siete días, y toda una jornada permaneció como muerta. Nadie la creyó, porque su relato hablaba siempre de un hombre malo, y ellos sabían que el hombre malo era simplemente una cosa que su padre había inventado para asustarla. Pero el esqueleto se encontró gracias a ella, y por eso los banqueros enviaron a los Drew un cheque por una cantidad en la que nunca habían soñado. Aquel esqueleto era, sin duda alguna, el del viejo Roger Kirk, aunque lo encontraron a diez kilómetros de donde había muerto y de donde fue enterrado: el suelo del bosque, donde el moho caliente se estableció alrededor de su esqueleto e hizo surgir... un monstruo.

Así, pues, los Drew tuvieron un nuevo granero y una nueva ganadería, y contrataron a cuatro hombres. Pero no tenían a Alton. Ni a *Kimbo*. Y Babe llora por las noches y cada vez está más delgada.

## THOMAS M. DISCH - Casablanca

(Casablanca)

Por las mañanas, siempre les llevaba el café y las tostadas, en una bandeja, el hombre del fez rojo. Les preguntaría cómo se encontraban, y mistress Richmond, que conocía algo de francés, le respondería que muy bien. El hotel siempre servía la misma clase de mermelada: mermelada de ciruela. Eso, al cabo de cierto tiempo, se hizo tan tedioso que mistress Richmond salió y se compró un bote de mermelada de fresa; pero, a los pocos días, estuvo tan cansada de ella como de la de ciruela. Así, pues, decidieron alternar: un día tomaban mermelada de ciruela y al siguiente mermelada de fresa. No hubieran desayunado en el hotel, pero lo hacían por economía. Cuando, la mañana del segundo miércoles pasado en el Belmonte, bajaron al vestíbulo, no había cartas para ellos en el casillero.

-En realidad, no puedo esperar que piensen que estamos aquí -dijo mistress Richmond con tono de voz enojado, porque sí que lo había esperado.

-Claro que no -convino con ella Fred.

-Me parece que estoy enferma otra vez. Ha sido ese extraño estofado que cenamos anoche. ¿No te lo dije?... ¿Por qué no sales a comprar el periódico esta mañana?

En vista de eso, Fred se dirigió al puesto de periódicos que estaba en un rincón. No tenían el *Times* ni el *Tribune*. No tenían siquiera los periódicos corrientes de Londres. Fred fue a la papelería del Marhaba, el enorme hotel de lujo que estaba al lado. En el camino, alguien intentó venderle un reloj de oro. Fred tuvo la sensación de que en Marruecos todo el mundo intentaba vender relojes de oro.

La papelería aún tenía ejemplares del *Times* de la última semana. Fred ya había leído esos periódicos.

-¿Dónde se encuentra el *Times* del día? -preguntó en inglés y en voz bastante alta.

El hombre de mediana edad que se hallaba detrás del mostrador movió la cabeza tristemente, bien porque no comprendiese la pregunta de Fred o porque no supiese contestarla. Preguntó a Fred cómo se encontraba.

-Bien -dijo Fred sin convicción-. Bien.

El periódico local francés *La Vigie Marocaine* insertaba unos portentosos títulos en negro, que Fred era incapaz de descifrar. Fred hablaba «cuatro lenguas»: inglés, irlandés, escocés y americano. Insistía en que, con sólo esas cuatro lenguas, uno podía entenderse en cualquier parte del mundo libre.

A las diez, hora de Bulova, Fred se encontró como por casualidad en la parte exterior de su heladería favorita. Corrientemente, cuando estaba con su esposa, no era capaz de endulzarse la boca, porque mistress Richmond, que tenía el estómago delicado, desconfiaba de todos los productos marroquíes, si no estaban cocidos.

El camarero le sonrió, diciéndole:

-Buenos días, míster Richmond.

Los extranjeros, por alguna razón, eran incapaces de pronunciar correctamente su apellido.

Fred contestó:

-Buenos días.

-¿Cómo está usted?

-Perfectamente, gracias.

-Bueno, bueno -dijo el camarero.

Sin embargo, parecía entristecido. Daba la impresión de que deseaba decir algo a Fred, pero su inglés era muy limitado.

Era sorprendente que Fred hubiese tenido que dar media vuelta al mundo para encontrar el más delicioso helado de frutas que jamás había probado. En lugar de ir a los bares, los jóvenes de la ciudad acudían a heladerías como ésta, exactamente como se hacía en Iowa, cuando Fred era joven, durante la «ley seca». Aquí, en Casablanca, eso estaba relacionado con la religión mahometana.

Entró un pequeño limpiabotas en solicitud de limpiar a Fred los zapatos, que ya estaban muy



bien lustrados. Fred miró por la ventana hacia la agencia de viajes, situada en la acera de enfrente. El muchacho no dejaba de insistir: *Monsieur, monsieur*, hasta tal punto que Fred hubiérase sentido feliz pegándole un puntapié. La mejor política era ignorar a los mendigos. Si no se los miraba, se iban inmediatamente. La agencia de viajes ostentaba un cartel en el que aparecía una lindísima muchacha rubia, muy parecida a Doris Day, en traje vaquero. Era un cartel de las líneas aéreas Panamericanas.

Al fin, se fue el limpiabotas. La cara de Fred enrojeció de ira. Su escaso cabello blanco hizo que el enrojecimiento de la tez pareciese más brillante, como una puesta de sol invernal.

Acababa de entrar un hombre en la heladería con un montón de periódicos, periódicos franceses. A pesar del escaso conocimiento que tenía del francés, Fred fue capaz de leer los titulares. Adquirió un ejemplar por veinte francos y regresó al hotel, dejando a medio comer su helado de frutas.

Al cabo de un minuto se hallaba a la puerta de su habitación, y mistress Richmond le gritó:

-¿No es terrible?

Tenía un ejemplar del periódico extendido sobre la cama.

-No dice *nada* de Cleveland.

Cleveland era donde vivía Nan, la hija casada de los Richmond. No querían hacerse preguntas sobre su propia casa. Se hallaba en Florida, dentro de los cien kilómetros del Cabo, y siempre supieron que, si había una guerra, éste sería uno de los primeros lugares adonde irían.

-¡Malditos rojos! -exclamó Fred indignado, al mismo tiempo que su mujer se echaba a llorar-. ¡Dios los maldiga a todos! ¿Qué dice el periódico?... ¿Cómo empezó?

-¿Crees tú que Billy y Midge estarían en la granja de su abuela Holt? -preguntó mistress Richmond.

Fred pasó las páginas de *La Vigié Marocaine* desesperadamente, mirando las fotografías. A excepción de la de un hongo gigantesco en la primera página y de una fotografía de archivo del presidente en traje de vaquero en la segunda, no había más fotografías. Intentó leer el artículo de fondo, pero no le encontró sentido.

Mistress Richmond salió llorando de la habitación.

Fred quiso hacer tiras el periódico. Para calmarse, se echó una copa de licor, de un borbón que guardaba en el armario. Luego salió al vestíbulo y habló a través de la puerta del cuarto de baño.

-Bueno, apostaré a que, al final, nos libraremos de *ellos*.

Pero eso no sirvió de ningún alivio a mistress Richmond.

El día anterior, mistress Richmond escribió dos cartas: una a su nieta Midge y otra a la madre de Midge, Nan. La carta a Midge decía:

«2 de diciembre

»Querida mademoiselle Holt:

»Bien; ya estamos en la romántica Casablanca, donde lo antiguo y lo moderno se aunan. Hay palmeras en el bulevar donde se encuentra nuestro hotel, las cuales se ven desde la ventana, y algunas veces parece que no nos hemos movido de Florida. En Marra-kech compramos regalos para ti y para Billy, que estarán en vuestro poder el día de Navidad si los correos se portan bien. ¡Cómo te gustaría saber lo que va en esos paquetes! Pero tendrás que esperar hasta Navidad.

»Has de dar gracias a Dios todos los días, querida, por vivir en América. ¡Si vieras a los pobres niños marroquíes mendigando en las calles! No son capaces de ir a la escuela, y muchos de ellos carecen de zapatos y de ropas de abrigo. Creo que, a pesar de estar en África, han de tener frío. ¡Billy y tú no podéis calcular cuán felices sois!

»Desde el tren que nos condujo a Marrakech vimos a los granjeros arando sus campos en *diciembre*. Cada arado va tirado de un camello y de un burro. Quizás éste sería un tema interesante para ti si se lo contaras a tu profesor de Geografía.

«Casablanca es una ciudad maravillosamente excitante, y con frecuencia pienso lo que gozaríais Billy y tú aquí con nosotros. ¡Quizás algún día!... Sé buena... Piensa que Navidad llega pronto.

»Tu abuela que te quiere mucho,  
Grams.»

La segunda carta, dirigida a la madre de Midge, decía lo siguiente:

«2 de diciembre, lunes tarde.

»Querida Nan:

»No quiero fingir contigo. Ya lo viste en mi primera carta..., antes que yo conociese mis propios sentimientos. Sí, Marruecos me ha desilusionado terriblemente. No creería muchas de las cosas que han sucedido. Por ejemplo, es casi imposible enviar un paquete al extranjero. Tendré que esperar hasta que llegemos a España, por tanto, para mandar a Billy y a Midge sus regalos de Navidad. ¡Es mejor que no digas a B. y a M. nada de esto!

»Marrakech es terrible. Fred y yo nos *perdimos* en el barrio indígena, y creímos que nunca saldríamos de él. La suciedad es enorme, pero si hablo de ella me pondré mala. Tras nuestra experiencia "por el lado malo del sendero", no volví a salir del hotel. Fred estaba furioso, y tomamos el tren para regresar a Casa-blanca. Aquí se puede hacer una comida tipo francés muy satisfactoria por un dólar aproximadamente.

»Después de todo esto, no me creerás si te digo que permaneceremos aquí dos semanas más, que es el tiempo que falta para que zarpe el primer barco para España. ¡Dos semanas más! Fred dice que tomemos un avión, pero tú me conoces bien. Y me moriría si hiciera el viaje en el ferrocarril del país, con todo nuestro equipaje, que es el otro y único medio que hay de salir de aquí.

»He terminado el libro que me traje, y ahora no tengo nada que leer, excepto los periódicos. Están impresos en París, y la mayoría de sus noticias son de la India y de Angola, que yo encuentro demasiado deprimentes. Y las noticias políticas de Europa, que no puedo soportar. ¿Quién es el canciller Zucker y qué tiene que ver con la guerra en la India? Digo que si los dirigentes se sentaran alrededor de una mesa y trataran de *comprenderse* mutuamente, desaparecería la mayoría de los llamados problemas mundiales. Bueno, ésa es mi opinión; pero tengo que guardármela para mí, o a Fred le daría una apoplejía. ¡Ya conoces a Fred! Él dice que si se lanzara una bomba sobre China roja, la mandaríamos al infierno. ¡Pobre Fred!

»Espero que Dan y tú estéis buenos, y que M. y B. continúen yendo a la escuela. Estamos impacientes por enterarnos de las buenas notas de Billy en Geografía. Fred dice que todo es debido a los relatos que le hace a Billy sobre nuestro viaje. ¡Tal vez tenga razón por una vez!

«Besos y abrazos de Grams.»

A Fred se le había olvidado echar al correo estas dos cartas ayer por la tarde, y ahora, después de las noticias que publicaba el periódico, le parecía inútil echarlas. Los Holt, Nan, Dan, Billy y Midge estarían, con toda seguridad, muertos.

-Es extraño -observó mistress Richmond durante el almuerzo en el restaurante-: no puedo creer que haya sucedido eso realmente. Nada ha cambiado aquí. Y es de creer que pasaría algo...

-¡Malditos rojos!

-¿Quieres beberte el resto de mi vino? Estoy demasiado excitada.

-¿Qué hemos de hacer?... ¿Intentaremos telefonar a Nan?

-¿Transatlántico?... ¿No sería mejor un cable?

Por tanto, después del almuerzo fueron a Telégrafos, que estaba en el mismo edificio de Correos, y llenaron un impreso. El mensaje que al fin estuvieron de acuerdo en enviar decía:

«¿Estáis todos bien? ¿Fue bombardeado Cleveland? Decidnos todo. Respuesta pagada. Contestad».

Costó once dólares su envío, a dólar por palabra. La oficina de Correos no admitió el *traveller's check*; por tanto, mientras mistress Richmond esperaba en el local, Fred cruzó la calle para cambiar el cheque en el Banco de Marruecos.

El cajero, que estaba detrás de la ventanilla, miró el cheque de Fred con sospecha y solicitó su pasaporte. Llevó cheque y pasaporte a un despacho interior. Fred estaba cada vez más enojado, porque el tiempo transcurría y no se hacía nada. Estaba acostumbrado a que, por lo menos, le tratasen con respeto y consideración. El cajero regresó acompañado de un señor no mucho más joven que el propio Fred. Llevaba un traje rayado con una flor en el ojal.

-¿Es usted mister Richmond? -preguntó el caballero.

-Claro que sí. Mire la fotografía de mi pasaporte.

-Lo siento, míster Richmond; pero nos es imposible cambiar este cheque.

-¿Qué quiere decir? He cambiado cheques como éste aquí anteriormente. Los llevo anotados: el veintiocho de noviembre, cuarenta dólares; el día uno de diciembre, veinte dólares...

El hombre asintió con la cabeza.

-Lo siento, míster Richmond; pero nosotros no podemos cambiar esos cheques.

-Quisiera hablar con el director...

-Lo siento, míster Richmond; nos es imposible cambiar sus cheques. Muchas gracias.

Y se volvió para alejarse.

-¡Quiero hablar con el director!

Todos cuantos se hallaban en el Banco, cajeros y otros clientes, miraron a Fred, que había enrojecido.

-Yo soy el director -dijo el hombre del traje a rayas-. Adiós, míster Richmond.

-¡Son cheques de viajero de la American Express! ¡Son buenos en todas las partes del mundo!...

El director regresó a su despacho, y el cajero atendió a otro cliente. Fred volvió al edificio de Correos.

-Tendremos que volver más tarde, querida -explicó a su esposa.

Ella no preguntó por qué, y él no quiso decírselo.

Compraron alimentos para llevarlos al hotel, puesto que mistress Richmond no tenía ganas de vestirse para cenar.

El dueño del hotel, un hombre delgado y nervioso que usaba gafas con cristales montados al aire, estaba esperándolos en la recepción para hablarles. Sin decir palabra, les presentó la cuenta de la habitación.

Fred protestó colérico:

-Hemos pagado... Hemos pagado hasta el día doce de este mes... ¿Quiere usted decir qué significa esto?

El director sonrió. Mostraba algunas piezas de oro en su dentadura. Explicó en un inglés imperfecto que «eso» era la cuenta.

-*Nous sommes payé* -explicó afable mistress Richmond. Luego, con diplomático susurro, dijo a su marido:-: Enséñale el recibo...

El director examinó el recibo.

-*Non, non, non...* -dijo moviendo la cabeza. Y entregó a Fred, en lugar del recibo, la cuenta nueva.

-Me quedaré con este recibo, muchas gracias.

El director sonrió y se apartó de Fred. Fred actuó sin reflexionar. Cogió al director por la muñeca y le arrancó el recibo de la mano. El director gritó una frase en árabe. Fred cogió la llave de su habitación, la 216, del casillero que estaba detrás del mostrador. Luego, cogió a su esposa por el codo y la condujo escalera arriba. El hombre del fez rojo bajaba corriendo la escalera. Acudía a la llamada del director.

Una vez dentro de su habitación, Fred cerró con llave la puerta. Estaba temblando y le faltaba la respiración. Mistress Richmond hizo que se sentase y enjugó su febril frente con una esponja empapada en agua fría. Cinco minutos después deslizaban un trozo de papel por debajo de la puerta. Era la cuenta.

-¡Mira! -exclamó-. Cuarenta *dirham* diarios. ¡Ocho dólares!

El precio corriente *per diem* de la habitación era de veinte *dirham*, y a los Richmond, al tomarla por una quincena, les había costado quince.

-¡Freddy!

-¡Qué sinvergüenza!

-Es posible que sea un error.

-Vio este recibo, ¿no? Se lo quería llevar. *Tú* sabes por qué. Por lo que ha pasado. Ahora no puedo canjear mis cheques de viajero en ninguna parte.

-Bueno, Freddy...

La mujer le pasó la esponja mojada por los blancos cabellos.

-¡No hay Freddy que valga! Sé lo que tengo que hacer. Iré al Consulado americano y presentaré una denuncia.

-Es una buena idea; pero hoy, no, Freddy. Quédate aquí hasta mañana. Los dos estamos cansados y deprimidos. Mañana iremos juntos. Tal vez sepan entonces algo de Cleveland.

Mistress Richmond no pudo continuar dando consejos debido a un nuevo retortijón de vientre. Salió al vestíbulo, pero regresó casi inmediatamente.

-La puerta del cuarto de baño está cerrada con candado -dijo.

Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos por el terror. Acababa de comprender lo que estaba pasando.

Aquella noche, tras una frugal cena a base de aceitunas, emparedados de queso e higos, mistress Richmond intentó ver las cosas por el lado bueno.

-En realidad, somos muy afortunados por estar aquí en lugar de hallarnos allá, en el momento que sucedió la cosa. Al menos, estamos vivos. Deberíamos dar gracias a Dios por estar vivos.

-Si nosotros les hubiéramos bombardeado hace veinte años, ahora no nos encontraríamos en este atoladero. ¿No dije entonces que deberíamos bombardearlos?

-Sí, querido. Pero no hay que llorar por la leche derramada. Haz como yo: mira la cosa por su lado bueno.

-¡Malditos y puercos rojos!

El borbón se acabó. Estaba oscuro, y en el exterior, al otro lado de la plaza, un cartel anunciador de los cigarrillos Olympic Bleue (*C'est mieux!*) se encendía y se apagaba, exactamente igual que lo hacía todas las noches desde que llegaron a Casablanca.

Nada parecía haber afectado aquí el espantoso acontecimiento que había tenido lugar al otro lado del océano.

-No tenemos sobres -dijo, disgustada, mistress Richmond.

Había estado intentando escribir una carta a su hija.

Fred miraba por la ventana, preguntándose cómo habría sucedido aquello. ¿Se llenaría el cielo de aeroplanos? ¿Continuarían luchando en los campos de la India y de Angola? ¿Cómo estaría ahora Florida? Siempre había querido construir en el patio trasero de su casa en Florida un refugio contra los bombardeos; pero su esposa se opuso. Ahora sería imposible decir quién de ambos tenía razón.

-¿Qué hora es? -preguntó mistress Richmond, dándole cuerda al despertador.

Fred miró su reloj, que siempre iba en punto.

-Son las once, hora de Bulova.

Era un Accutron que su compañía, la Iowa Mutual Life, le había regalado cuando se retiró.

Se oyó, en dirección al muelle, un ruido continuado de gritos y de sonidos metálicos. A medida que aumentaba, Fred pudo ver la cabeza de una manifestación que avanzaba bulevar arriba. Echó las persianas metálicas de las ventanas hasta que sólo dejó una ranura para ver pasar la manifestación.

-Están quemando algo -informó a su esposa-. Ven a ver.

-No me gusta ver esas cosas.

-Es una especie de estatua o de maniquí. No puedo decir exactamente lo que significa. Alguien con un sombrero vaquero, parece. Apostaría a que son comunistas.

Cuando el grueso de la manifestación alcanzó la plaza donde se alzaba el hotel Belmonte, torcieron a la izquierda, hacia los otros hoteles más grandes y más lujosos: el Marhaba y el Mansour. Iban tocando címbalos y soplando pesados cuernos, que sonaban como gaitas. En lugar de marchar en fila, formaban una especie de círculos, interpretando pasos de danza. Una vez que doblaron la esquina, Walt no pudo verlos más.

-Apostaría a que todos los mendigos de la ciudad van ahí, soplando cuernos -dijo Fred ásperamente-. Todos los malditos vendedores de relojes y todos los limpiabotas de Casablanca.

-Parecen muy felices -dijo mistress Richmond.

Y empezó a llorar otra vez.

Los Richmond durmieron juntos en la misma cama aquella noche, por primera vez en muchos meses. El ruido de la manifestación continuó, unas veces más cerca, otras más lejos, durante varias horas. También esto hizo que aquella noche no se pareciera en nada a ninguna otra, porque Casablanca era, corrientemente, una ciudad muy tranquila, sorprendentemente también, después de las diez de la noche.

La oficina del cónsul americano parecía haber sido bombardeada. La puerta principal estaba arrancada de sus goznes, y Fred entró, después de cierta vacilación, para encontrarse todo el piso bajo vacío de muebles, las alfombras destrozadas, las molduras arrancadas de las paredes. Habían vaciado los archivos del Consulado y quemado el contenido en el centro de la habitación más grande. Las paredes habían sido embadurnadas con *slogans* en árabe, escritos con las cenizas.

Al abandonar el edificio, encontró un trozo de papel escrito a máquina y clavado en la desvencijada puerta. Leyó:

«A todos los americanos que se encuentren en Marruecos, residentes o turistas, se les advierte que abandonen el territorio hasta que quede resuelta la actual crisis. El cónsul no puede garantizar la seguridad de aquellos que prefieran quedarse».

Un muchacho limpiabotas, con su cráneo tiñoso inadecuadamente oculto por un sucio gorro de lana, trató de deslizar su caja debajo de un pie de Fred.

-¡Vete de aquí, puerco!... ¡Esto es culpa de ustedes!... ¡Sé lo que pasó anoche! ¡Tú y los tuyos lo hicieron! ¡Mendigos rojos!...

El muchacho sonrió inseguro a Fred e intentó de nuevo poner su zapato sobre la caja.

-*Monsieur, monsieur* -silbó, o, tal vez-: *Merci, merci...*

Al mediodía, el centro de la ciudad bullía de americanos. Fred no se había dado cuenta de que hubiese tantos en Casablanca. ¿Qué hacían allí? ¿En dónde estuvieron escondidos? La mayoría de los americanos se dirigían al aeropuerto, con sus coches llenos, repletos de equipajes. Alguien dijo que saltaban a Inglaterra; otros, a Alemania. En España, decían, no se encontrarían a salvo, aunque probablemente más seguros que en Marruecos. Con Fred se habían mostrado de una brusquedad que rayaba en dureza.

Regresó al hotel, donde mistress Richmond le esperaba. Habían convenido que uno de ellos permanecería siempre en la habitación. Cuando Fred subía la escalera, el director intentó entregarle otra cuenta.

-Llamaré a la Policía -amenazó.

Fred estaba demasiado iracundo para contestar. Le hubiera gustado pegarle al individuo un puñetazo en la nariz e incrustarle sus ridículas gafas. Si hubiera sido diez años más joven, lo hubiera hecho.

-Han cortado el agua -anunció, dramática, mistress Richmond, después de dejar pasar a su esposo a la habitación-. Y el hombre del fez rojo intentó entrar, pero yo tenía puesta la cadena en la puerta, gracias a Dios. No podemos lavarnos ni utilizar el retrete. No sé qué va a pasar. Tengo miedo.

No escuchó nada de lo que contó Fred sobre el Consulado.

-Vamos a tomar un avión -insistió él-. Para Inglaterra. Todos los americanos se van allí. Había un aviso en la puerta del Con...

-No, Fred, no. Nada de aeroplano. No me obligarás a que me meta en un avión. Durante veinte años me he negado a ello y no voy a empezar ahora.

-Pero éste es un caso excepcional. Debemos tomarlo.

-Me niego a hablar de eso. Y no *me* grites, Fred Richmond. Empezaremos el regreso cuando zarpe el barco, y nada más. Ahora, seamos prácticos, ¿quieres? Lo primero que debemos hacer es salir tú y comprar algunas botellas de agua. Cuatro botellas, y pan, y... No, no te acordarás de nada. Será mejor que te lo escriba, que te haga una lista-

Pero cuando Fred regresó, cuatro horas después, cuando ya estaba oscureciendo, traía solamente una botella de agua, una hogaza de pan duro y una cajita de queso pasteurizado.

-Era todo el dinero que tenía. Nadie quiso cambiar mis cheques. Ni en el Banco, ni en el Marhaba, ni en ninguna parte.

En su roja y sucia cara llevaba unos rosetones violáceos, y su voz estaba enronquecida. Había estado gritando cuatro horas seguidas.

Mistress Richmond empleó media botella de agua en lavarse la cara. Luego hizo emparedados con el queso y la mermelada, mientras charlaba sin cesar, haciendo comentarios jocosos. Temía que a su marido le diese un ataque cerebral.

El jueves 12, es decir, el día anterior al señalado para que zarpara el barco, Fred se dirigió a la agencia de viajes para enterarse en qué muelle estaba atracado su barco. Le informaron de que el viaje había sido cancelado indefinidamente. El barco, un carguero yugoslavo, había atracado en Norfolk el 4 de diciembre. La agencia de viajes devolvió, muy cortésmente, el precio de los billetes... en dólares americanos.

-¿No puede usted darme *dirhams* en lugar de dólares?

-Usted pagó en dólares, mister Richmond -decía el agente de un modo un tanto molesto, tan superior que asombró a Fred más que un honrado acento francés-. Usted pagó en cheque de viajeros de la American Express.

-Pero preferiría *dirhams*.

-Es imposible.

-Se los cambiaré a la par. Es decir, un dólar por un *dirham*.

No había montado en cólera al verse forzado a hacer tan ilusa sugerencia, pues la misma escena se había repetido demasiadas veces... en los Bancos, en las tiendas, con la gente de la calle...

-El gobierno nos ha prohibido las transacciones en moneda americana, mister Richmond. No sabe cuánto lamento no poder ayudarle. Si a usted le interesa adquirir un billete de avión, puedo aceptar su dinero... si tiene usted bastante.

-No me deja mucha elección, ¿verdad? (Pensó: «Betty se pondría furiosa».) ¿Qué me costarían dos billetes para Londres?

El agente dijo una cantidad. Fred se arreboló.

-¡Eso es un robo!... ¡Vale más que un primera clase a Nueva York! El agente sonrió.

-Es que no despachamos billetes de avión para Nueva York.

De mal humor, Fred firmó los cheques para pagar los dos billetes. Tuvo que entregar todos los cheques que le quedaban y, además, cincuenta dólares del dinero que le habían devuelto. Menos mal que su esposa tenía todavía intacto su propio talonario de cheques de la American Express. Examinó los billetes, que estaban impresos en Francia.

-¿Qué dice aquí? ¿Cuándo sale?...

-El sábado, día catorce, a las ocho de la noche.

-¿No tiene nada para mañana?

-Lo siento. Debería estar contento de que hayamos podido venderle esos dos billetes. Si no fuera por el hecho de que nuestra oficina principal se halla en París, y que nos han comunicado que demos prioridad a los americanos en los vuelos de todos los Pan-Am, no nos hubiera sido posible hacerlo.

-Comprendo. La cuestión es que... me hallo en apuros. Nadie, ni siquiera los Bancos, quieren tomar moneda americana. Esta es nuestra última noche pagada en el hotel, y si tenemos que permanecer también la noche del viernes...

-Pueden ir a la sala de espera del aeropuerto, señor.

Fred, con los billetes metidos en su pasaporte, salió.

-Este reloj costaría en América ciento veinte dólares. ¿No le interesaría a usted...?

-Lo siento, mister Richmond. Tengo reloj.

Fred, con los billetes metidos en su pasaporte, salió por la puerta de grueso cristal. Le hubiera gustado tomarse un helado de frutas en la heladería, pero no podía costárselo. No podía costearse nada, a menos que fuese capaz de vender su reloj. Habían vivido la última semana de lo que habían dado por el despertador y la máquina de afeitar eléctrica. Ya no tenían nada que vender.

Cuando Fred llegó a la esquina, oyó que alguien le llamaba:

-Mister Richmond, mister Richmond...

Era el agente. Tímidamente, le entregó el billete de diez *dirhams* y tres monedas de cinco. Fred cogió el dinero y le dio su reloj. El agente se puso el Accutron de Fred en la muñeca, junto a su reloj viejo. Sonrió y alargó la mano a Fred para que se la estrechara. Fred se alejó, sin hacer caso de la mano tendida.

«Cinco dólares -pensó una y otra vez-. Cinco dólares...»

Estaba demasiado avergonzado para volver en seguida al hotel.

Mistress Richmond no estaba en la habitación. En su lugar, el hombre del fez rojo estaba metiendo en tres maletas toda la ropa y los objetos del tocador.

-¡Eh! -le gritó Fred-. ¿Qué está haciendo? ¡Deje eso inmediatamente!...

-Ha de pagar su cuenta -le gritó el director del hotel, que se hallaba en el vestíbulo a respetable

distancia-. Ha de pagar su cuenta o marcharse.

Fred intentó evitar que el hombre del fez rojo continuara empaquetando sus cosas. Estaba furioso con su esposa por haber salido de la habitación..., probablemente al retrete..., y dejar abandonado el cuarto.

-¿Dónde está mi mujer? -preguntó al director-. Esto es un ultraje.

El hombre del fez rojo volvió a hacer las maletas.

Fred hizo un esfuerzo enorme para tranquilizarse. No podía arriesgarse a una pelea. Después de todo, razonó consigo mismo, si pasaban una o dos noches en la sala de espera del aeropuerto, la diferencia no sería mucha. Por tanto, despidió al hombre del fez rojo y terminó él mismo de hacer las maletas. Cuando las hubo hecho, llamó al timbre. El hombre del fez rojo subió y le ayudó a bajar el equipaje. Esperó en el oscuro vestíbulo, usando como asiento la mayor de las maletas, a que volviese su esposa. Probablemente habría ido a «su» restaurante, algunas manzanas de casas más abajo, adonde se veían obligados a acudir para utilizar el retrete. Acaso el dueño del restaurante no comprendiera por qué no hacían ya allí sus comidas; pero, seguramente, no quería molestarlos, esperando, quizá, que volvieran a hacerlo.

Mientras esperaba, Fred ocupó el tiempo tratando de recordar el nombre del inglés que había sido su invitado a una cena en su casa de Florida tres años antes. Era un nombre raro que no se pronunciaba como se escribía. De cuando en cuando, salía a la calle para ver si veía a su esposa regresar al hotel. Siempre que intentó preguntar al dueño si sabía adonde había ido, el hombre le contestaba con su gruñido destemplado. Fred se desesperaba. Su esposa tardaba demasiado. Telefonó al restaurante, y el dueño, que comprendía bastante bien el inglés, le dijo que mistress Richmond no había visitado el retrete aquel día.

Aproximadamente una hora después de ponerse el sol, Fred se encaminó al puesto de Policía, un edificio mal estucado que se alzaba en el interior de la antigua medina, el barrio no europeo. A los americanos les habían advertido que no se aventurasen por la medina después de anochecido.

-Mi esposa ha desaparecido -dijo a uno de los hombres con uniforme gris-. Sospecho que haya podido ser víctima de un atraco.

El policía respondió bruscamente en francés.

-Mi esposa -repitió más alto Fred, accionando de una forma vaga.

El policía se volvió a hablar con sus compañeros. Era un acto de deliberada grosería.

Fred sacó el pasaporte y lo agitó ante la cara del policía.

-Éste es mi pasaporte -gritó-. Mi esposa ha desaparecido. ¡Mi esposa! ¿No hay nadie aquí que hable inglés? Alguien *debe* hablar inglés. ¡In...glés!

El policía se encogió de hombros, devolviendo a Fred el pasaporte.

-¡Mi esposa! -sollozó histéricamente Fred-. Escúchenme..., mi esposa, mi esposa, ¡mi esposa!...

El policía, un hombre enjuto con grandes bigotes, agarró a Fred por el cuello de la chaqueta y le condujo a la fuerza a otra habitación, tras recorrer un largo y oscuro corredor que olía a orines.

Fred no se dio cuenta, hasta que estuvo encerrado en la habitación, de que era una celda. La puerta que se cerró a su espalda no estaba hecha de barrotes, sino de una hoja de metal clavada sobre la madera. La habitación carecía de luz y de ventilación. Gritó, dio patadas a la puerta y la golpeó con los puños hasta que se le hizo una herida en el lado de la palma. Paró y se chupó la sangre, temeroso de sufrir un envenenamiento.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo ver un poco de la habitación donde se hallaba. No era mucho mayor que la 216 del hotel Belmonte, pero contenía muchas más personas de las que Fred podía contar. Estaban apoyadas a lo largo de las paredes, un indiscriminado amasijo de harapos y suciedad, de jóvenes y viejos, una reunión desastrosa...

Miraban con asombro al caballero americano.

La Policía libertó a Fred por la mañana y regresó inmediatamente al hotel, sin hablar a nadie. Estaba colérico, pero más aterrorizado aún.

Su esposa no había vuelto. Prodigiosamente, las maletas continuaban en el mismo sitio donde él las dejara. El dueño insistió en que abandonara el vestíbulo, y Fred no protestó. Había expirado el tiempo de los Richmond en el hotel, y Fred no tenía dinero para otra noche, ni siquiera con los



precios antiguos.

Ya en la calle, no supo qué hacer. Permaneció al borde de la acera, tratando de decidir. Sus pantalones estaban arrugados, y temía... aunque él no podía percibirlo..., que todo él estuviese impregnado del olor de la celda.

El policía de tráfico, colocado en el centro de la calle, empezó a dirigirle extrañas miradas. Tuvo miedo del policía, de que le metieran otra vez en la cárcel. Llamó a un taxi y ordenó que le llevara al aeropuerto.

-Où? -preguntó el taxista.

-Al aeropuerto, al aeropuerto -repitió.

Los chóferes, por lo menos, deberían saber el inglés.

Pero ¿dónde estaba su esposa?... ¿Dónde se hallaba Betty?

Cuando llegaron al aeropuerto, el taxista pidió quince *dirhams* por el trayecto, precio abusivo en Casablanca, donde los taxis eran baratísimos. No habiendo tenido la precaución de concertar el precio por adelantado, Fred no tuvo más remedio que pagar al hombre lo que le pedía.

La sala de espera estaba llena de gentes, aunque pocos parecían ser americanos. El hedor a habitación cerrada era tan pestilente como el de la celda, por lo que decidió dejar las maletas en el suelo, ya que no había mozos y le era imposible atravesar aquella masa de personas, y sentarse en la mayor de ellas junto a la puerta.

Un hombre con uniforme color oliva y gorro negro solicitó, en francés, ver su pasaporte.

-*Votre passeport* -repitió pacientemente hasta que Fred le entendió.

Examinó cada página con creciente sospecha; pero, al fin, se lo devolvió.

-¿No habla usted inglés? -le preguntó entonces Fred.

Creyó que, debido al uniforme diferente, pudiera ser uno de los policías de la ciudad. Le contestó con un torrente de sonidos árabes semejantes a los que hacen los pavos.

«Acaso venga aquí a buscarme -se dijo Fred-. Pero ¿por qué iba a venir? Él debería haber permanecido en el exterior del hotel.»

Se imaginó a salvo en Inglaterra, contando su historia al cónsul americano. Se imaginó las repercusiones internacionales que aquello originaría. ¿Cuál era el nombre de ese inglés que él conocía? Vivía en Londres. Empezaba con C o Ch.

Una atractiva dama de mediana edad se sentó en el otro extremo de su maleta y empezó a hablar en un rapidísimo francés, haciendo estrafalarios ademanes con su bien cuidada mano. Estaba tratando de comprenderla. Ella se echó a llorar. Fred ni siquiera podía ofrecerle el pañuelo, porque lo tenía sucio de la noche anterior.

-Mi esposa -intentó explicar-. Mi... esposa., ha... desaparecido. Mi esposa.

La dama dijo algo, desesperada, mientras le enseñaba un montón de billetes de *dirhams* de los más grandes.

-Me gustaría saber qué desea usted -le dijo Fred.

La dama se alejó de él, como si estuviera iracunda, aunque no le dijo nada insultante.

Fred notó que alguien le tiraba del zapato. Recordó, con un comienzo de terror, al anciano que, mientras dormía en la cárcel, intentó quitarle los zapatos, que trató de robárselos, pero que no lo consiguió, al parecer, por culpa de los cordones.

Era sólo un limpiabotas. Ya le había empezado a cepillar los zapatos, que estaban, como pudo ver, muy sucios. Empujó al muchacho.

Tenía que volver al hotel para ver si su esposa había vuelto allí; pero no tenía dinero para otro taxi y no había nadie en la sala de espera que le mereciera confianza suficiente para dejarle el equipaje.

Sin embargo, él no podía abandonar Casablanca sin su esposa. ¿Podía? Pero si se quedaba, ¿qué haría si la Policía no le hacía caso?

A las diez de la noche aproximadamente, la sala de espera comenzó a apaciguarse. Durante todo aquel día no llegó ni salió ningún avión. Todos los que estaban allí esperaban el de mañana, para Londres. ¿Cómo era posible que tanta gente, con tantos equipajes, cupiera en un solo aeroplano, por grande que fuese? ¿Tenían todos billete?

Dormían en cualquier parte: sobre los duros bancos, sobre los periódicos extendidos en el suelo, en el estrecho alféizar de las ventanas... Fred era uno de los más afortunados, porque pudo dormir sobre sus tres maletas.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se encontró con que le habían robado del bolsillo de su chaqueta el pasaporte y los dos billetes. Aún conservaba el monedero, porque había dormido de espaldas. Contenía nueve *dirhams*.

La mañana de Navidad, Fred salió y se tomó un helado de frutas. En Casablanca nadie parecía celebrar la fiesta. La mayoría de las tiendas de la antigua medina, en donde Fred encontró una habitación, en un hotel, por tres *dirhams* diarios, estaban abiertas, mientras que en el barrio europeo nadie podía decir si las tiendas estaban cerradas permanentemente o por la festividad del día.

Al pasar por el Belmonte, Fred se paró, como de costumbre, para preguntar por su esposa. El director estuvo muy atento, diciéndole que no sabía nada de mistress Richmond. La Policía tenía ahora sus señas personales.

Esperando prolongar el momento en que se sentase ante el helado de frutas, caminó hacia Correos para preguntar si había habido contestación a su telegrama a la Embajada americana en Londres. No había nada.

Cuando, al fin, estuvo sentado ante su helado de frutas, no le pareció tan bueno como recordaba. ¡Era tan poco! Permaneció sentado una hora ante su plato vacío, observando la lluvia. Estaba solo en la heladería. Los ventanales de la agencia de viajes, al otro lado de la plaza, estaban cubiertos con pesados postigos de metal, de los que se iba desprendiendo la pintura amarilla.

El camarero fue a sentarse a la mesa de Fred.

-*Il pleuve, monsieur Richmond*. Llueve. *Il pleuve...*

-Sí, llueve -dijo Fred-. Llueve...

El camarero sabía muy poco de inglés.

-Felices Pascuas -dijo-. *Joyeuse Noel*. Felices Pascuas.

Fred se lo agradeció.

Cuando la lluvia amainó un poco, Fred se encaminó a la plaza de las Naciones Unidas y encontró un banco debajo de una palmera que estaba seco. A pesar del frío y de la humedad, no quería regresar a la sórdida habitación de su hotel y pasarse el resto del día sentado en el filo de la cama.

Fred no se hallaba solo en la plaza. Cierta número de personas, vestidas con gruesas chilabas de lana y turbantes, permanecían en pie, o sentadas en los bancos, o formando círculos en los senderos de grava. La chilaba es un impermeable ideal. Fred se había comprado su abrigo tres días antes por veinte *dirhams*. Ahora que había aprendido a contar en francés, conseguía las cosas a mucho mejor precio.

La lección más difícil de aprender... y aún no la había aprendido..., era dejar de pensar. Cuando lo consiguiera, dejaría de enfurecerse o de tener miedo.

Al mediodía, sonó la sirena en la hermosa torre situada al fondo de la plaza, desde la cual se dominaba toda Casablanca en cualquier dirección. Fred sacó del bolsillo de su abrigo el emparedado de queso y se lo comió poquito a poco. Luego, sacó la barra de chocolate con almendras. Su boca empezó a hacersele agua.

Un muchacho limpiabotas atravesó el círculo que estaba en el sendero y vino a sentarse en la humedad, a los pies de Fred. Intentó alzar el pie de Fred y colocarlo sobre su caja.

-No -dijo Fred-. Lárgate.

-*Monsieur, monsieur* -insistió el muchacho, o quizá-: *Merci, merci...*

Fred miró con cierta vergüenza sus zapatos. Estaban muy sucios. Hacía semanas que no se los limpiaba.

El muchacho, silbando, oyó aquellas frases que no tenían ningún significado para él. Sus ojos estaban fijos en la barra de chocolate de Fred. Fred le apartó de su lado, empujándole con la punta del pie. El muchacho alargó la mano para coger la golosina. Fred le golpeó en la cabeza. La barra de chocolate cayó al suelo, no lejos de los encallecidos pies del muchacho. El

limpiabotas se agachó, fingiendo que lloraba.

-¡Víbora! -gritó Fred.

Era un caso manifiesto de robo. Estaba furioso. Tenía razón para estar furioso. Poniéndose en pie, su pie se posó accidentalmente sobre la caja del muchacho. La madera se partió.

El muchacho comenzó a insultar a Fred en árabe. Puesto de rodillas, empezó a recoger los trozos de la caja.

-Lo estabas pidiendo -dijo Fred.

Le pegó una patada en los riñones. El muchacho rodó por el suelo, como si no estuviera acostumbrado a tal trato.

-¡Mendigo! ¡Ladrón!... -gritó Fred.

Se agachó, tratando de agarrar al muchacho por el pelo; pero éste era demasiado corto. Lo llevaba cortado casi al rape para evitar los piojos. Fred le abofeteó de nuevo, pero el muchacho echó a correr.

A Fred ni siquiera se le ocurrió perseguirle. Iba muy de prisa, demasiado de prisa.

La cara de Fred estaba roja y violácea, y su cabello blanco, que necesitaba un corte, caía sobre su arrugada frente. Mientras pegaba al muchacho no se dio cuenta del grupo de árabes, de mahometanos o de lo que fuera, que se había arremolinado a su alrededor, observándole. A Fred le era imposible leer en las expresiones de sus morenas y sucias caras.

-¿Se dieron cuenta? -preguntó en voz alta-. ¿Se dieron cuenta de lo que intentó hacer el ladronzuelo? ¿Le vieron cómo quiso robarme... mi barra de chocolate?

Uno de los hombres, con chilaba a rayas, dijo algo a Fred, que a éste le sonó como un gargarismo. Otro más joven, vestido a la europea, le pegó a Fred en la cara. Fred retrocedió, tambaleándose.

-¡Oiga!...

No le dio tiempo a decirles que era ciudadano americano. El siguiente golpe le alcanzó en la boca, cayendo de espaldas al suelo. Una vez allí, el hombre más viejo empezó a pegarle puntapiés. Otros le patearon en las costillas, en la cabeza, y algunos se contentaron con sujetarle las piernas. Cosa curiosa: nadie acudió a sus gritos. El limpiabotas observaba desde lejos, y cuando Fred quedó inconsciente, se acercó y le quitó los zapatos. El joven que le golpeó primero le quitó el abrigo y el cinturón. Afortunadamente, Fred había dejado el monedero en el hotel.

Cuando volvió en sí, estaba sentado en el banco otra vez. Un policía le hablaba en árabe. Fred movió la cabeza, indicándole que no comprendía. El policía se dirigió a él, entonces, en francés. Fred se estremeció de frío. Las patadas no le habían hecho tanto daño como esperaba. Excepto el joven, los demás llevaban babuchas. Su cara experimentaba un gran dolor. Había sangre en la pechera de su camisa, y su boca sabía a sangre. Tenía frío, mucho frío...

El policía se alejó moviendo la cabeza.

Justamente en aquel momento recordó Fred el apellido del inglés que cenara una noche en su casa de Florida. Era Cholmondeley, pero se pronunciaba *Chumly*. Pero aún no era capaz de recordar su dirección en Londres.

Sólo cuando intentó ponerse en pie se dio cuenta de que no tenía zapatos. La grava hirió la suave carne de sus pies descalzos. Fred estaba completamente seguro de que el limpiabotas le había robado los zapatos.

Volvió a sentarse en el banco, sollozando. Esperaba que el infierno le permitiera vengarse del maldito. Esperaba ese favor del infierno. Apretó los dientes con furia, ansiando poder tenerle de nuevo al alcance de su mano. ¡El puerco! Le daría tantas patadas que no lo olvidaría en su vida. ¡Maldito rojo, sucio rojo!... ¡Le patearía la cara!...

## ADOBE JAMES - El camino a Mictlantecutli

*(The Road to Mictlantecutli)*

La cinta de asfalto..., en cierto momento negro, ahora gris por los años de implacable sol..., se alargaba como el recorrido de la flecha de un arco que no tuviera fin; en la distancia, los espejismos, como los sueños, saltaban a la vida, deslumbraban y, silenciosamente, se disolvían cuando se acercaba el rápido automóvil.

Riachuelos de sudor recorrían la cara de Hernández, el conductor. A primeras horas de aquel día, cuando se hallaban en la buena tierra, se había mostrado simpático, expansivo, hasta genial. Ahora conducía rápidamente, apresuradamente, casi enfurecido, ansiando que no le cogiera la noche en aquella tierra inhóspita.

*-Los buitres de este execrable distrito son tan flacos que no los hay iguales{3}* -murmuró, guiñando los ojos a los últimos resplandores del sol poniente.

Sentado junto a él, el hombre llamado Morgan sonrió a esa observación: «Hasta los buitres son flacos en este piojoso país».

Hernández poseía sentido del humor; por tal razón..., y por esa razón solamente..., Morgan lamentaba tener que matarle necesariamente. Hernández era policía... de la Policía Federal mexicana, y le conducía a la frontera de los Estados Unidos, donde Morgan sería entregado a los tribunales para que le colgaran, en Texas, del extremo de una larga cuerda.

«No -pensaba Morgan, y sabía que su pensamiento era cierto-. No me colgarán esta vez; la próxima quizá, pero ahora, no.»

Hernández era un estúpido y sólo sería cuestión de tiempo el que cometiera un error.

Completamente relajado, Morgan estaba adormilado; sus esposadas manos descansaban sobre sus muslos..., esperando..., esperando..., esperando.

Eran casi las cinco cuando Morgan, con el aguzado instinto del hombre cazado, sintió que acaso estuviera cerca el momento de su libertad. Hernández experimentaba cierto malestar, como resultado de haberse bebido dos botellas de cerveza después del almuerzo. El policía se vería obligado a pararse. Y entonces Morgan actuaría.

A la derecha, se fue elevando gradualmente una hilera de suaves pendientes desde la llana superficie del desierto.

Morgan preguntó, fingiendo estar molesto:

-¿Hay allí algo?

Hernández suspiró:

-¿Quién sabe?

Sí, la meseta, al otro lado de la montaña, suponíase peor que a este lado.

—*¡Es imposible!*

Nadie puede vivir allí, excepto unos cuantos indios salvajes que hablan un idioma que ya era viejo cuando llegaron los aztecas. No está escrito, ni es suave, sino incivilizado..., regido por Mictlantecutli.

Ahora, lentamente, mientras las sombras se alargaban, la tierra fue cambiando alrededor de ellos. Por primera vez desde que salieron de Agua Lodoso pudieron ver señales de vegetación: arbustos, cactus, matorrales. En vanguardia, como si fuera un centinela solitario, se alzaba un gigantesco cacto saguaro de casi dieciocho metros de altura. Hernández aminoró la marcha del coche y se paró a la sombra del cacto.

-Estire las piernas si lo desea, *amigo*-, ésta es la última parada que haremos antes de llegar a Hermosillo.

Hernández se apeó, dio la vuelta al coche y abrió la portezuela para que bajara su detenido. Morgan se deslizó fuera del coche y permaneció en pie, estirándose como un gato. Mientras el mexicano se ponía a orinar contra el cacto, Morgan anduvo hacia lo que al principio le parecía ser una tosca cruz clavada en la arena. La observó atentamente. La cruz no era más que un poste indicador... maltratado por todos los vientos y medio destrozado por las garras de los buitres, a los que servía de pértiga.

Hernández se apartó del cacto y se unió a él. También miró el poste, con los labios apretados de

forma extraña.

-Linaculan..., ciento veinte kilómetros. No sabía que existía un camino.

De pronto, una luz se hizo en su cerebro.

-¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Esta carretera debe de ser la antigua *Real Militar*, el camino militar que conducía desde el interior a la costa oriental.

Eso era todo cuanto Morgan necesitaba saber. Si Linaculan estaba en la costa oriental, entonces Linaculan significaba la libertad. Bostezó de nuevo. Su impassible rostro era el retrato de la indiferencia.

-¿Preparado, *amigo*?

Morgan asintió.

Tan preparado como puede estarlo un hombre que va a ser ahorcado.

El mexicano se echó a reír y escupió en el polvo.

-Vamos, entonces.

Anduvo hacia el coche, permaneciendo junto a él con la portezuela abierta, esperando a su prisionero. Morgan caminó, balanceándose, hacia él, con los brazos levantados como si se protegiese del agobiante calor de la tarde que moría. Cuando hizo un movimiento fue como una serpiente que se lanza sobre su supuesta víctima. Sus manos esposadas cayeron, salvajemente, sobre la cabeza de Hernández. El policía gritó, derrumbándose en la arena. Morgan cayó sobre él inmediatamente; sus manos buscaron, y encontraron, la pistola que sabía que estaba en el cinturón del mexicano. Luego, se puso en pie..., separándose cuatro pasos del cuerpo tumbado en el suelo.

Hernández movió la cabeza atontado, guiñó los ojos y empezó a incorporarse. Había conseguido ponerse de rodillas cuando la fría voz de Morgan le paralizó.

Morgan decía:

-Adiós, Hernández. No me guarde rencor.

El mexicano levantó la cabeza y vio la muerte.

-¡Dios..., Dios!... ¡No!...

Eso fue cuanto dijo. La bala del 42 se le incrustó encima de la ceja del ojo izquierdo y, dando un salto, cayó unos tres metros más atrás, impulsado por la fuerza de la bala. Se retorció, sus piernas golpearon levemente el polvo y se quedó inmóvil.

Morgan se dirigió a él, moviendo la cabeza tristemente.

-Me equivoqué con él. No daba la impresión de ser un cobarde que iba a suplicar por su vida.

Suspiró ante la falta de dignidad del muerto..., sintiendo casi como si hubiera sido traicionado por un amigo leal.

Se agachó y comenzó a registrar el cadáver. Encontró una cartera que contenía una placa de policía, quinientos pesos y una fotografía en color de una rolliza mexicana rodeada de tres niñas sonrientes y de dos niños simpáticos y agradables, con cierto empaque. Morgan gruñó a la vista de la foto y continuó el registro.

Halló las llaves de las esposas atadas a la blanca y callosa planta del pie del muerto.

El crepúsculo comenzaba a teñir de color rojo bronceado los picos de las montañas mexicanas cuando Morgan cargó con Hernández y lo metió en el portaequipajes del coche. Regresó hacia el poste que viera antes. A continuación de los kilómetros estaban escritas las palabras *¡Cuidado!... ¡Peligroso!*

«¡Qué broma! -pensó-. ¿Podría haber algo más peligroso que ser ahorcado?»

¿O que interpretar el papel del zorro perseguido por la Policía internacional?

Él había sido atrapado y sentenciado a muerte cuatro veces en su vida y, no obstante, continuaba siendo un hombre libre. Y... delante de él no habría nada, absolutamente nada, en este insignificante sendero polvoriento que pudiera interponerse a los deseos de Morgan, a las reacciones de Morgan, ¡a la pistola de Morgan!

Se sentó tras el volante del coche y lo puso en marcha. El sendero era más salvaje de lo que pareciera a primera vista, pero nadie transitaba por él. Recorrió en breve espacio de tiempo los primeros cincuenta kilómetros, y fue capaz de correr lo suficiente como para que el polvo se

extendiese detrás de él como la cola de una cometa que colgase, luminosa, a la mortecina luz. El sol llegó a la línea del horizonte; pero, cuando Morgan comenzaba a subir la hilera de montañas, se presentó a su vista otra vez..., dándole la impresión de ser el maligno e inflamado ojo del dios de la ira, que empezaba a despertarse de nuevo.

Morgan subió la cuesta hasta la cima de la montaña y empezó a bajar por el otro lado hacia el valle. Aquí, la oscuridad abrazaba a la tierra. Se paró. Junto al sendero, el terreno formaba un insondable barranco.

Arrojó a él el cadáver de Hernández y permaneció observando cómo rodaba y saltaba de roca en roca, hasta que, al fin, lo perdió de vista entre las sombras de un bosquecillo de mezquitas, a unos treinta metros más abajo.

Morgan puso en marcha el coche. Encendió los faros cuando la oscuridad se hizo más intensa en torno suyo.

De repente, cuando alcanzó el valle, vio que el sendero ya no era un sendero..., sino un camino de cabras lleno de baches que atravesaba el desierto.

Los cinco kilómetros siguientes fueron para el coche como cinco mil. Morgan se veía forzado a cambiar a primera o a segunda cuando se le presentaban baches que parecían barrancos. El centro del camino estaba sembrado de piedras puntiagudas, tan afiladas, que arañaban la parte baja del vehículo, produciéndole miles de rasguños, como si fueran uñas aceradas.

¡Y el polvo! El polvo estaba en todas partes..., colgaba como una espantosa nube negra alrededor de él. Se metía en el coche y lo tapizaba como si fuera terciopelo. Se colaba por las ventanillas de la nariz de Morgan y penetraba en su garganta hasta que le cortaba la respiración, haciéndole imposible tragar.

Minutos después, por encima del olor de polvo le llegó el de agua hirviendo... el vapor de agua..., y comprendió que el refrigerador del coche se había roto. Fue entonces cuando Morgan se dio cuenta de que el vehículo nunca llegaría a Linaculan. Aprovechando el último fulgor, apenas perceptible, en el horizonte, recorrió con la vista el terreno, buscando alguna señal de vida..., y sólo vio la grotesca silueta de los cactus y de los achaparrados arbustos del desierto.

El cuentakilómetros le indicó que llevaba recorridos ochenta kilómetros cuando la saltarina y vacilante luz de los faros iluminó la solitaria figura de un sacerdote que caminaba lentamente por un lado del camino. Los ojos de Morgan se estrecharon cuando sopesaron el valor de ofrecer un asiento en el coche al padre.

«Será estúpido», pensó.

El hombre podía ser un *bandido*, el cual podría sacar y utilizar con éxito un cuchillo mientras Morgan se concentraba en el camino.

El padre se agrandaba a la luz de los faros. No se volvió hacia el coche; parecía como si estuviera totalmente ajeno a la proximidad del vehículo.

Morgan pasó por su lado sin aminorar la marcha. La figura se perdió inmediatamente entre el polvo y la oscuridad de la noche mexicana.

De pronto, como si varios muelles hubiesen saltado en su cerebro automáticamente, todos los instintos de Morgan empezaron a gritarle. Algo estaba mal..., terriblemente mal. Le habían preparado una especie de trampa. La sensación le era familiar, ya que le habían preparado otras trampas anteriormente. Sonrió con la boca torcida, sacó la pistola del bolsillo y la colocó en el asiento de al lado, tras haberla preparado.

Los cinco kilómetros siguientes le parecieron interminables mientras esperaba, casi ansiosamente, que saltase la trampa. Como no sucedía nada, se enfureció y empezó a maldecir contra su fantasía. El olor a aceite caliente y a vapor de agua se intensificaba, y el motor comenzaba a funcionar mal. Morgan miró el indicador de temperatura y vio que la aguja hacía rato que se hallaba en la zona peligrosa.

Y fue en ese momento, en que su atención estaba distraída, cuando la rueda delantera izquierda tropezó con una piedra en punta que se clavó profundamente en el neumático, rajándolo. El vehículo comenzó a zigzaguear, yendo de un lado para otro sin dirección, como enfurecida y apaleada fiera. Morgan pisó el freno hasta el fondo, pero sabía que era ya demasiado tarde. El

coche patinó, se ladeó hacia la derecha, vaciló un instante en el borde del camino, y luego..., como si fuera una película proyectada a cámara lenta..., rodó hasta el final del declive.

Lo último que vio Morgan fue una piedra monstruosa que se levantaba en la noche como un gigantesco y pétreo puño de Dios.

Algún tiempo después recobró el conocimiento, pero continuó tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Alguien le mojaba la frente y le hablaba. ¡Un hombre! ¿Probablemente... el sacerdote? Escuchaba la jadeante respiración del hombre. No se oía otro ruido. Estaban solos.

Morgan abrió los ojos. Estaba oscuro, pero no tanto como antes. A través de las altas y poco espesas nubes se filtraba un ligero rayo de luna. El sacerdote... de sotana negra y moreno de cara... estaba a su lado.

-Señor, ¿se encuentra bien?

Morgan flexionó los músculos de sus piernas, movió los brazos y los hombros y giró la cabeza de un lado a otro. No le dolía nada; se sintió sorprendentemente bien. Bueno, no había por qué dejar que lo supiera el otro hombre. Permitiría que el sacerdote creyese que Morgan estaba dañado en la espalda y era incapaz de moverse con rapidez... Luego, cuando él actuara con presteza, cogería al otro desprevenido.

-Me duele la espalda.

-¿Puede ponerse en pie?

-Sí..., creo que sí... Ayúdeme.

El sacerdote se inclinó; Morgan agarró la mano que le ofrecía y, quejándose fuerte, se irguió.

-Ha tenido usted suerte de que yo viniera hacia aquí.

-Sí, le estoy muy agradecido.

Morgan se tocó el bolsillo. La cartera continuaba allí. La pistola había desaparecido. ¿Cómo no estaba en su bolsillo? Entonces recordó que la había puesto en el asiento del coche, a su lado. Bueno, no iba a buscarla en la oscuridad... Ya encontraría otras armas.

-¿Adonde se dirige usted? -le preguntó el sacerdote.

-A Linaculan.

-¡Oh, sí!... Una ciudad magnífica.

El sacerdote estaba muy cerca de Morgan, mirando al americano. La luna deslizaba sus rayos, de cuando en cuando, por entre las nubes. Hubo un momento de luz, sólo un momento, pero suficiente. De pronto, por primera vez en muchos años, Morgan tuvo miedo..., se asustó de los ojos del padre: eran demasiado negros, demasiado penetrantes, demasiado fieros para un sacerdote.

Morgan retrocedió tres pasos..., lo suficientemente lejos del sacerdote para que los ojos de éste se perdieran en la oscuridad.

-No tiene por qué tener miedo -le dijo el sacerdote con toda calma-. No he de hacerle daño. Sólo puedo ayudarle.

Su voz sonaba sincera. Parte del nerviosismo de Morgan comenzó a ceder. Mentalmente oliscó el viento; el olor de la trampa estaba allí pero no tan fuerte como antes. Tras unos instantes, volvió a él parte de su antigua petulancia.

«¿Adonde iremos?», pensó.

Se hallaba a menos de la mitad de camino de Linaculan; por tanto, parecía prudente continuar, a menos que... hubiera antes otro medio de transporte.

Morgan preguntó:

-¿Es Linaculan la ciudad más próxima? -Sí.

-¿Va usted también allí?

-No.

Esperanzadoramente preguntó:

-¿Tiene usted iglesia por aquí cerca?

-No. Pero frecuentemente recorro este camino.

-¡Por amor de Cristo!... ¿Y por qué recorre usted este inhóspito camino?

-Por la misma razón que mencionó usted: por amor de Cristo.

Morgan se hallaba ahora completamente tranquilo. El padre era un ser sencillo. Brusco, pero sencillo.

-Bueno -dijo casi de buen humor-. Tengo ante mí un largo camino que recorrer. Ya lo ve usted.

Morgan creyó observar que la expresión del sacerdote se suavizaba con la observación.

-Recorreré con usted parte del camino.

-De acuerdo, padre. Mi nombre es... Dan Morgan. Soy americano.

-Sí..., lo sé.

La respuesta sorprendió a Morgan por un instante; luego, se dio cuenta de que las sospechas renacían de nuevo en él. Era evidente que el sacerdote había registrado sus cosas mientras estaba inconsciente... y acaso supiera dónde estaba el revólver.

Comenzaron a caminar en silencio. La luna, ese extraño globo de fría luz blanca, ganó la batalla a las nubes, y ahora lucía brillantemente detrás de ellos. Largas y afiladas sombras se extendían a lo largo del sendero delante de los dos hombres. Las faldas de la sotana del padre hacían unos ruiditos susurrantes a cada paso que él daba. Sus sandalias claqueaban en el espeso polvo del sendero.

En un esfuerzo por entablar conversación, Morgan le preguntó:

-¿Qué distancia hay desde aquí a Linaculan?

-Una gran distancia.

-Pues yo creía que estaba sólo a unos cincuenta kilómetros -estalló Morgan.

-Las luces de las farolas de Linaculan están a cincuenta y cuatro kilómetros del sitio donde usted se estrelló.

Bueno, ésa era una excelente noticia. Con suerte, Morgan habría recorrido esa distancia mañana por la tarde..., y, entonces, sería fácil tomar otro coche. Empezó a apretar el paso. El sacerdote ajustó su paso al de él.

A veces, la luna quedaba oculta por una hilera de cerros, desapareciendo sus sombras. La oscuridad que entonces les rodeaba era algo tangible, cálido, inquietante, miedoso, como el interior de un ataúd cerrado. Morgan miró su reloj. Estaba parado en las ocho y dieciocho minutos; al parecer, sufrió un golpe cuando se estrelló con el coche. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente; pero sí que llevaban andando por lo menos dos horas...; así, pues, acaso estuvieran alrededor de medianoche.

Eran dos figuras negras..., casi dos sombras..., que caminaban por un inhóspito sendero. Subieron un cerro de escasa altura y de nuevo quedaron bañados por los rayos de la luna. A Morgan le gustó esto. La oscuridad había sido demasiado oscura; le había producido la impresión de que eran cosas... invisibles, irreales, cuando se ocultó la luna.

Empezaron a bajar la ladera opuesta del cerro y la oscuridad volvió a reptar hacia ellos...

-¿No tienen ustedes ninguna luz en este lugar olvidado de Dios? -preguntó Morgan irritado.

El padre no contestó. Morgan repitió la pregunta, y su voz estaba llena de amenazas inútiles.

Tampoco obtuvo respuesta. Morgan se encogió de hombros y se dijo: «¡Al infierno contigo, intratable y católico amigo! ¡Ya me ocuparé de ti más adelante!».

El sendero bajaba por la larga pendiente del cerro. La noche..., la verdadera, horrible y opresora noche de la claustrofobia, estaba completamente cerrada.

Caminaron por una hondonada durante bastante rato antes de alcanzar otro cerro... Esta vez, ningún rayo de luna los acogió... La única claridad procedía de un opaco globo que se adivinaba detrás de las nubes del horizonte. Pero fue suficiente para mostrar una bifurcación del sendero.

Morgan, titubeante, preguntó:

-¿Cuál lleva a Linaculan?

El sacerdote se paró. Las fieras y negras pupilas de sus ojos se habían agrandado. En efecto, eran



tan grandes que daba la impresión de haber desaparecido todo el blanco de sus ojos. Extendió los brazos para ajustarse la sotana, y en aquel momento produjo la sensación de ser un demonio negro que extendía las alas para devorar a su víctima. Aun en la semioscuridad, captó una sombra..., la negra y alargada sombra de una cruz.

El instinto asesino surgió de nuevo en Morgan.

-Conteste a mi pregunta -rugió-. ¿Qué sendero va a Linaculan?

-¿Tan poca fe tiene usted?

La voz de Morgan se quebró por la furia.

-Escuche, mal educado: usted se ha negado a contestar a mis preguntas... y hasta a entablar conversación. ¿Qué tiene que ver la fe con eso? Dígame solamente cuánto me falta para llegar a Linaculan. Eso es todo lo que quiero de usted. No salmos ni sermones. ¡Nada! ¿Comprende?

-Todavía le queda mucha distancia que recorrer...

Su voz sonó extraña, y Morgan tuvo la sensación de que se había efectuado un cambio en la actitud del padre. Un momento después, Morgan lo oyó también: el lejano tamborileo de los cascos de un caballo.

La luna..., como si sintiera curiosidad..., se abrió paso por última vez entre las nubes. Al principio, fue sólo una sombra que se movía a través del paisaje; pero, a medida que se acercaba el caballo, Morgan pudo ver el animal, sus crines y su cola ondeando como banderas negras a su alrededor. Era una bestia magnífica, quizá la más grande que jamás viera..., negra como la noche e inmaterial como un trueno.

Sin embargo, lo que cortó la respiración de Morgan fue la muchacha. Montaba el animal como si formara parte integrante de él. Los rayos de la luna jugaban con ella, porque iba completamente vestida de blanco, desde las botas y los briches hasta la blusa de largas y anchas mangas y el sombrero estilo español. No obstante, su cabello era negro..., negro como el ala de un cuervo, y ondeaba alrededor de ella como suave nube de ébano.

Brutalmente, tiró de las riendas, haciendo que el bruto se parase delante de ambos hombres. El caballo relinchó; Morgan retrocedió de un salto, nervioso, pero el sacerdote no se movió de su sitio.

-Bien, padre -dijo la muchacha, sonriendo, y al mismo tiempo golpeando sus briches con el látigo-. Veo que ha cobijado bajo su ala a otro desgraciado.

Puso un extraño acento en la palabra «desgraciado». Morgan no sabía si enfurecerse o asombrarse. Esperaba, observando silenciosamente el dramático coloquio entablado entre las dos personas. Tal vez todo fuera algo preparado de antemano..., parte de una trampa. No importaba... No existía para él un peligro inmediato. Así, pues, por el momento, estaba contento de hallarse allí gozando de la vista del magnífico cuerpo de la muchacha.

A veces, la muchacha se sentía molesta por la mirada de Morgan. Sus propios ojos, contestando, se volvían tan atrevidos e insolentes como los del hombre. Echó hacia atrás la cabeza y se rió.

-Está usted en malas manos, mi amigo americano. A este *hombre* -dijo, señalando con la cabeza al sacerdote- le llaman entre el pueblo el *Malasombra*. Cada vez que se halla en el camino ocurre un accidente. Usted habrá tenido algún tropiezo esta noche, ¿verdad?

Morgan asintió; luego, miró de reojo al sacerdote.

El padre, sin embargo, observaba a la muchacha. Ella se echó a reír ante su escrutinio.

-No se enfurezca, viejo. No tiene que temerme. ¿Por qué no sigue su camino? Yo me preocuparé que el americano alcance su destino.

El sacerdote tendió la mano a Morgan.

-No debe ir con ella. Es el demonio, el demonio personificado.

Hizo tres cruces en el aire.

No cabía duda de la decisión que Morgan había tomado. El padre había dicho que ella era «el demonio». Viniendo de un sacerdote, era una verdadera recomendación. Además, sólo un idiota continuaría andando por un camino oscuro cuando existía una probabilidad de ir montado a caballo, de entablar una agradable conversación, de..., en realidad, una promesa, si él había interpretado correctamente su mirada... ¡o algo más! Dudó, como animal que teme verse cogido

en una trampa.

La muchacha acarició, afable, el sudoroso cuello del caballo.

-¿Adonde quiere usted ir?

-A Linaculan -contestó Morgan.

-No está demasiado lejos. Suba. Le llevaré a caballo hasta la granja de Mictlantecutli...; desde allí puede solicitar ayuda.

Sus labios estaban entreabiertos. Parecía hallarse sin respiración, mientras esperaba su respuesta.

Morgan se volvió al sacerdote.

-Bueno, gracias por su compañía, padre. Volveré a verle en alguna ocasión.

El sacerdote dio dos pasos rápidos hacia Morgan y le puso una mano en el hombro, suplicándole:

-Quédese a mi lado. Le digo que ella es el demonio.

La muchacha soltó una carcajada.

-Son dos contra uno, clérigo. Pierde otra víctima.

-¿Víctima?

Los ojos de Morgan se estrecharon. Durante todo el camino estuvo atento al viejo sacerdote. Pero algo sonaba a falso. Entonces se preguntó: Si el padre era un ladrón y un asesino, ¿por qué no le hizo «la faena» mientras estaba inconsciente?

El sacerdote miró por encima del hombro hacia la luna. Dentro de algunos segundos volvería de nuevo la oscuridad. Se hurgó dentro de la sotana y sacó una cruz de marfil de un tamaño reducido.

-La oscuridad vuelve. Agárrese a esta cruz. Créame. No vaya a Mictlantecutli. Representa su última oportunidad.

-Vamos, aléjese de él, viejo loco -gritó la muchacha-. Las autoridades darán cuenta de los locos que, como usted, molestan y asustan a los viajeros por este camino..., evitándoles que lleguen a su destino.

El sacerdote no prestó atención a la muchacha. Imploró una vez más a Morgan, y ahora su voz era fuerte, mientras observaba cómo desaparecía por detrás de la montaña el último trozo de luna.

-Aún es tiempo...

La muchacha, bruscamente, tiró de las riendas y clavó las espuelas en los flancos del caballo. El animal relinchó, poniéndose a dos patas, como si desafiara a las estrellas. Cuando volvió a su posición normal, el caballo se hallaba entre el sacerdote y Morgan. La cara de la muchacha resplandecía mientras sonreía y sacaba un pie del estribo.

-Vamos, amigo. Ponga un pie aquí y monte detrás de mí.

Se alargó una mano para ayudarlo, y al inclinarse se le abrió la blusa. Morgan sonrió y le cogió la mano. Se alzó y quedó montado detrás de ella.

-Rodee mi cintura con el brazo y sujétese -ordenó la muchacha.

Morgan, feliz, obedeció. El cuerpo de la muchacha era flexible, delicioso de abrazar, y un suave olor a algún perfume exótico se desprendía de su cabello.

Morgan miró al sacerdote. La cara del anciano era, una vez más, impenetrable.

-Hasta la vista, padre. Y no se preocupe.

La muchacha no esperó respuesta. Aguijoneó los flancos del caballo con las espuelas y el animal se lanzó al galope, destrozando la oscuridad de la noche.

-Agárrese fuerte -gritó la muchacha-, agárrese fuerte.

Galoparon durante casi diez minutos antes que la muchacha tirara de las riendas para obligar al caballo a aminorar la marcha. Al ponerse al paso, Morgan sintió de nuevo la atracción del cuerpo de la muchacha y el deseo se acrecentó aceleradamente en su interior. Lo estaba experimentando durante mucho rato y ahora no había nadie a su alrededor que lo contuviese... La muchacha habíase mostrado tan lasciva que le hizo creer que aceptaría sus avances. Cabalgaron en silencio, roto solamente por el jadear del caballo, el ruido de los cascos en el polvo y el crujir del cuero de la montura. Subrepticamente, la mano de Morgan empezó a subir poco a poco por el pecho de la muchacha, que no protestó. Eso le hizo ser más atrevido. Al fin, sintió el suave roce de la carne

de sus senos bajo la blusa de seda.

Todo fue más fácil de lo que Morgan hubiese creído. Ella tiró, sencillamente, de las riendas del caballo y se volvió en parte.

-Podemos parar aquí... si quiere.

La voz de Morgan fue gutural. Su cuerpo temblaba de deseo cuando dijo:

-Sí quiero.

La muchacha se deslizó del caballo, y Morgan se halló a su lado inmediatamente. Los brazos de ella le rodearon el cuello; sus labios se incrustaron en los suyos en una brutal parodia de amor; sus dedos se clavaron en sus hombros cuando las manos de Morgan recorrieron su cuerpo solicitando más intimidad. Ella gimió, descompuesta, mientras Morgan, desmañadamente, casi le arrancaba la ropa. Luego, sólo con el desinteresado caballo pastando junto a ellos y los brillantes ojos de las estrellas parpadeando en la altura, se juntaron sus cuerpos en violenta colisión de implacable lujuria.

Morgan notó la flojedad de su cuerpo cuando despertó. Ésa fue su primera impresión. La segunda fue que aún estaba abrazado a la muchacha. La tercera..., un fortísimo y horrible olor a putrefacción.

Abrió los ojos.

Y gritó.

Fue un grito que surgió involuntariamente de su alma, porque allí, a la débil luz de un próximo amanecer, pudo ver que estaba abrazado al putrefacto cadáver de una mujer..., un cuerpo del que la carne se desprendía a grandes jirones como hígado podrido, del que la mueca de la muerte dejaba ver unos dientes retorcidos y unas cuencas vacías.

Morgan, de un brinco, se puso en pie. Le palpitaba atropelladamente el corazón como si quisiera escaparse de su cuerpo, como una máquina que ha perdido el control y acelera, acelera su marcha hasta romperse en pedazos. A su boca subió un sollozo, como lamento dolorido de un animal apaleado. Y sus ojos giraron alrededor de sus órbitas como los de un loco atormentado por fantasmas.

-Yo..., yo..., yo..., -jadeó.

Fue todo lo que pudo decir. Empezó a bajar hacia el sendero. Se cayó dos veces, hiriéndose manos y piernas con las afiladas piedras de la superficie.

-Yo..., yo..., yo....

Y entonces salieron atropelladamente de su boca las palabras que más deseaba decir:

-¡Que alguien... me ayude!... ¡Socórranme!...

A su espalda oyó el ruido de los cascos del caballo. Era la muchacha: estaba viva... ¡y entera! Sonreía, tranquilizadora.

-¿Adonde va usted? -le preguntó.

Luego, haciendo un mohín malicioso:

-¿Dónde está su ropa?

-Yo..., yo..., yo...

Morgan no podía hablar.

-Venga -dijo ella.

Morgan negó con la cabeza. No podía dominar sus pensamientos; pero algo era seguro: sabía que no iría con la muchacha.

-¡Venga!

Esta vez fue una orden imperativa. La muchacha no se divertía ya con su desnudez ni con su asustada inarticulación.

Morgan quería obligarse a volverse y echar a correr, pero su cuerpo no respondía a sus órdenes mentales. En lugar de eso, montó como un autómatas en el caballo.

-Así es mejor -dijo la muchacha, apaciguada-. Claro que debería haberse vestido..., pero no importa. -Y miró hacia el este-. La noche casi ha terminado. Debemos darnos prisa. Hay algo que necesita usted ver antes que lleguemos al rancho de Mictlantecutli.

Fustigó al caballo con el látigo y el animal emprendió una carrera a través de la oscuridad,

haciendo huir la negrura del firmamento.

Ahora, tras ellos, empezaba a aclararse el cielo. La aurora iba surgiendo en el desierto mexicano. A la cercana luz del nuevo día, Morgan pudo ver un poste que le era familiar. Y luego, fuera del sendero, al final del barranco, vio su coche. Cauteloso, el caballo empezó a bajar el declive hasta que estuvieron al lado del destrozado vehículo.

Los feos buitres de cuello rojizo chillaban y batían las alas cuando se acercó el caballo. Varios de ellos volaron por encima de lo que parecía ser unas cuerdas blancas y alargadas que colgaban fuera de las ventanillas del coche. Unas cuantas de aquellas aves emprendieron el vuelo...; las otras, arrogantes y sin miedo, retrocedieron solamente unos pasos.

-Pero..., pero..., ¿qué están haciendo aquí? -preguntó Morgan-. En el coche no había nadie, excepto yo.

Notó cómo el cuerpo de la muchacha se estremecía al compás de la silenciosa risa. Ella señaló con el dedo y con un movimiento de ojos. Morgan pudo descubrir la figura empalada en el eje del volante. La fría ondulación de horror que experimentaba aumentó de nuevo a su alrededor. El cuerpo le era familiar..., ¡demasiado familiar! Morgan sollozó cuando la muchacha hizo que se acercase más el caballo. Los buitres habían atacado antes que nada los ojos de aquella cara..., como tenían por costumbre...; los intestinos del hombre muerto colgaban por fuera de la ventanilla abierta, y eso había dado lugar a la pelea entre los pajarracos.

Morgan vio la ropa. El muerto estaba vestido tal y como él lo había estado. Llevaba el mismo reloj de pulsera. ¿Qué terrible pesadilla era aquello? «Despierta, despierta, despabila», se decía mentalmente. Pero la pesadilla, más real que la propia vida, permanecía. El muerto era Morgan, no cabía duda alguna.

La mente de Morgan empezó a desvariar, la locura se apoderaba de él. Comenzó a perder el control de sí mismo. Gritó, gritó como un demente.

A este grito, la muchacha gritó también y fustigó al caballo, que salió corriendo por la pendiente arriba del barranco.

Allí, en el sendero, estaba el sacerdote.

-Ayúdeme, padre. Ayúdeme. Que Dios me ayude... -gimió Morgan, mientras la saliva se le escapaba por las comisuras de su desmadejada boca.

-Elegió usted mismo. Lo siento.

-Pero yo no sabía lo que era Mictlantecutli.

-A Mictlantecutli se le conoce por muchos nombres: Diábolito, Demonio, Diablo, Satanás, Lucifer, Mefistófeles... El nombre particular del Ángel del Mal no tiene importancia nunca, porque todos los preceptos son siempre los mismos para todos los países. Usted abrazó al demonio; usted eligió la lujuria terrenal. Ahora carezco de poder para ayudarle. Adiós.

Morgan sintió y luego oyó la risa de la muchacha... estridente, maniática, satisfecha. Su látigo golpeó con fuerza el cuello del caballo y sus espuelas se clavaron en sus flancos hasta hacer que sangraran. Galoparon sendero abajo... Galoparon, galoparon, galoparon hacia la noche... De nuevo volvió el hedor, y, con el viento, empezaron a desprenderse jirones de la carne de la muchacha.

Ella se volvió..., lentamente esta vez..., y Morgan vio la horrible mueca de una calavera.

Se inclinó hacia un lado, incapaz de hacer frente a la aparición, y gritó, una vez más, pidiendo ayuda al sacerdote. Muy atrás, lejos en la distancia..., como si estuviera viendo algo en otro mundo..., Morgan percibió la solitaria figura del sacerdote en lo alto de un cerro, caminando hacia el este, hacia el naciente sol, hacia un nuevo día...

Cuando Morgan le volvió la espalda de nuevo, sollozando y dándose cuenta ahora de la desesperada futilidad de la esperanza, habían alcanzado ya el borde de la noche... y la opresiva oscuridad los atrapó para engullirlos.

## ELLIS PETERS - El guía hacia el castigo

(*Guide to Doom*)

Por aquí, señores, hagan el favor. Tengan cuidado de no tropezar con la cabeza en lo alto de la puerta y al bajar la escalera: los peldaños están muy desgastados. Ya estamos en el patio otra vez. Aquí termina nuestro recorrido, señoras y caballeros. Gracias por su atención. Por favor, tengan cuidado al transitar por los senderos en dirección a la verja...

...Sí, señores; éste *es* un castillo de verdad. Propiamente hablando, es una casa solariega fortificada. Pero es la más hermosa de cuantas existen en su clase y en perfecto estado de conservación. Esto es lo que sucede cuando una casa está en manos de una misma familia durante siglos, seis exactamente. Sí, señora; todo ese tiempo vivieron aquí los Chastelay, dentro de estos muros, hasta que construyeron Grace House, en el extremo más alejado del país, hace ciento cincuenta años...

...¿El pozo, señor? Lo verá usted cuando cruce el patio... ¿Qué fue eso, señor?... No comprendo...

...¿Que no es ése el pozo?... ¿El *otro*? Me pregunto, señor, qué le hace pensar que en una casa como ésta...

...¡El pozo adonde se arrojó *Mary Purcell*! Silencio, señor, por favor. Baje la voz. A míster Chastelay no le agrada que se le recuerde ese asunto. Sí, señor, lo sé; pero nosotros no enseñamos la habitación del pozo. Él quiere que se olvide. No, no puedo hacer excepciones; es tanto como jugarme el empleo... Bien, señor... Muy amable por su parte, estoy seguro. ¿De verdad quiere usted?... Me explicaría su interés, claro está, si fuera usted uno de esos periodistas que tienen deseos en avivar el caso... ¿Dijo usted *Mary Purcell*? ¡Oh! No, señor. Yo no tenía este empleo entonces. Pero lo leí en los periódicos, como todo el mundo. Escuche, señor: si quisiera esperar un momento... hasta que el grupo se haya marchado.

...Así es mejor. Ahora podemos hablar. Siempre me pongo contento cuando consigo que salga por esta vieja puerta el último grupo del día y echo la aldaba. Es agradable oír cómo se alejan los coches por la avenida. Observe cómo va desapareciendo el ruido cuando alcanzan la esquina donde empieza la tapia. Tranquilidad, ¿no es cierto? Pronto empezaremos a oír las lechuzas. Así, pues, señor, quiere usted ver el pozo. El *otro* pozo. El pozo donde ocurrió la tragedia. En verdad, yo no lo haría. Míster Chastelay se enojaría mucho si se enterase... No, señor... En realidad, no tiene por qué enterarse.

...Muy bien señor. Es por aquí..., cruzando el vestíbulo grande. ¡Usted delante, señor!... ¡Vaya! Es fantástico que se encamine usted por el lugar exacto sin que le hayan dicho nada... Tenga cuidado con el escalón. En este sitio, el suelo es muy desigual.

...No debe sorprenderse que míster Chastelay no quiera que se saque a relucir este antiguo asunto. Casi arruinó su vida. Todo el mundo lo tomó por el amante, por el individuo que la empujó a matarse. Como usted sabe, ella era la esposa del capataz de su granja y él se hallaba en muy buenas relaciones con ella; en general, era muy amigo de ambos. Osaría decir que fue natural que la gente pensara que fue él quien tuvo la culpa. Si él hubiese podido cortar los rumores en su origen, los habría cortado; pero no pudo. Durante un año se habló de que su mujer se divorciaría de él; pero ya nadie habla... Después de todo, han pasado diez años o más... nadie desea que empiecen de nuevo a desatarse las lenguas... No, señor... Estoy *seguro* de que usted no lo hará... porque entonces no accedería a... Según dicen, *mistress Purcell* era muy hermosa. Muy joven también. Sólo tenía veintiún años, y muy rubia... Según dicen, las fotografías no hacen justicia al color de sus cabellos-Creo que tenía unos maravillosos ojos azules... ¿Dice usted que eran *verdes*?... ¿Azules no?... Bueno, no discutiré con usted, señor; si usted tomó parte en la investigación, lo sabrá mejor... Tenga cuidado con el último escalón... Está muy desgastado... ¡Ojos *verdes*!...

...¡Oh! No, señor. No lo discuto. Tiene usted magnífica memoria...

...Bueno, de todas formas ella era joven y muy bonita, y hasta me atrevería a decir que un tanto simple e inocente también, educada como estaba al estilo del pueblo. Era hija de uno de los jardineros. No creo que nunca le viera usted, ¿verdad? No, no tenía nada que decir a la prensa. Sufrió un rudo golpe con motivo de la tragedia, y míster Chastelay le pensionó con un ligero

trabajo en los alrededores del lugar... Tenga cuidado con el escalón de la galería. Espere, que voy a encender las luces...

...¿Le ha asustado a usted ese alabardero con su alabarda? Yo lo conservo muy bruñido, porque así asusta a los muchachos. Para decirle a usted la verdad, cuando vengo a estos lugares por la noche para revisarlo todo después que se marchan los grupos de visitantes, le quito la alabarda y la llevo conmigo para hacer la ronda, porque eso me hace compañía. En cuanto oscurece, esto es aterrador. Con la alabarda, parezco un fantasma. Si a usted no le importa, la llevaré con nosotros.

...Después de la tragedia pusieron una pesada tapa en la boca del pozo. En el centro tiene una argolla, y el mango de la alabarda hace una magnífica palanca. Me imagino que a usted le gustará mirar el interior del pozo. En la pared hay unos travesaños de hierro que sirven de escalera. El marido de la muerta bajó, ¿sabe usted?, y la sacó del pozo. A la mayoría de nosotros nos hubiera gustado hacerlo, pero él se consideró obligado a cumplir esa misión, me imagino...

...¿Que dónde está su viudo ahora?... ¿Oyó usted hablar alguna vez de él, señor?... El pobre muchacho se volvió loco y tuvieron que llevárselo. Aún está encerrado...

...Por lo que yo oí, este asunto de la muchacha ya llevaba tiempo, y cuando ella se dio cuenta de que estaba esperando un niño, se descompuso. Se fue a verle y le preguntó qué iba a hacer. Él le contestó que no fuera tonta. ¿Que qué iba a hacer? Tenía un marido, ¿no? Pues todo lo que tenía que hacer era callarse y en paz. Pero él se dio cuenta de que ella no consideraba la cosa de la misma manera. Se creía una malvada con respecto a su marido, y no podía consentir que éste creyese suyo un niño que no lo era. La muchacha se despreciaba, y quería ser honrada, deseando que su amante le ayudara. Yo creo que ella quería volver con su marido, al que, en el fondo, no había dejado de querer. Lo que pasó es que se encandiló con el otro. El individuo dijo que se fuera, que ya hablarían otro día sobre la cuestión, y que después actuarían en consecuencia. Pero al día siguiente él se marchó yo no sé adonde, abandonándola...

...No, señor. Está usted en lo cierto. Yo no tenía entonces este empleo. ¿Cómo iba a tenerlo? Estoy reconstruyendo los hechos por lo que sé. Tal vez no fuese así. No como usted dice. Si efectivamente hubiese sido míster Chastelay, no se hubiera marchado a

ninguna parte. Se hubiera quedado aquí y no le hubiera salpicado la inmundicia. Después de todo, ya hay mucha gente que cree que no fue él. Fuese lo que fuese, el caso es que la muchacha se lo contó todo a su marido; todo, menos el nombre del tal. Ella nunca se lo dijo a nadie. Si efectivamente estaba tan chalado por ella como dicen, aquella confesión le mataría. Pero no se enfureció ni nada; sólo le volvió la espalda y se marchó. Y cuando ella le siguió llorando, él no pudo soportarlo: se volvió y le pegó...

...Sí, señor; tengo una imaginación muy despejada, no lo niego. A usted le pasaría igual si viviese solo en este lugar. Yo los veo, claramente, paseando por las noches. Y de la forma en que yo lo veo, ella era demasiado joven e inexperta para darse cuenta de que es imposible dañar a alguien que significa algo para uno. Ella creyó que él había terminado con ella. Y si él se marchaba, todo había concluido. Ella no sabía bastante para esperar ni para soportarlo. Corrió hacia aquí, gritando, y se tiró al pozo. Cinco minutos tardó él en echar a correr detrás de ella. Pero llegó tarde. Cuando consiguió sacarla, ya estaba muerta. Su rubio cabello, sucio de escoria; sus hermosos ojos verdes, cegados por el légamo...

...Aquí mismo, donde estamos ahora... Allí está la tapa que ellos pusieron inmediatamente. Gruesa y pesada, para que nadie pudiera alzarla fácilmente. Pero si usted retrocede unos pasos, señor, y me deja que emplee la alabarda como palanca... Ahí tiene usted... Nadie sabe lo profundo que es... Le acercaremos un poco más la luz, ¿eh? Ahora puede usted verlo mejor... Tenía que estar muy desesperada una muchacha para tomar tal decisión, ¿verdad? ¡*Mi dulce Mar, mi corderilla!*...

...No, señor; no dije nada. Creí que era *usted* quien hablaba.

...¿Que qué estoy haciendo, señor? Sólo girar la llave en la cerradura, sólo viendo cómo funciona... Tengo muchas llaves y salas que cuidar, y míster Chastelay, ¿sabe usted?, tiene un interés especial en que esta habitación esté siempre cerrada. Durante tres años nadie entró aquí, excepto yo. Hasta esta noche, claro. No creo que entre aquí nadie más durante los tres próximos

años, y si entrara alguien, le sería imposible alzar la tapa del pozo... Sepa usted que toda la limpieza la hago yo... Tengo suma habilidad para conservar todas las cosas en perfecto orden... Mire esta alabarda señor... Afilada como un cuchillo de carnicero... Toque, toque...

...¡Oh, lo siento, señor! ¿Le he pinchado?...

...¿Loco, señor? No señor; yo, no. Su marido, sí, ¿lo recuerda?... Le encerraron... Todo cuanto yo sufrí fue un ataque, pero no afectó para nada mi coordinación. Y me pensionaron con un ligero trabajo que podía hacer; pero usted se sorprendería de lo fuerte que estoy todavía... Por tanto, si yo fuera usted, no intentaría pelear conmigo.... No sería beneficioso para usted.

...Siempre es una equivocación saber demasiado, señor. Dijo usted *Mary Purcell*... Su primer nombre, el único que usaba en todos los documentos, era Alice, ¿no lo sabía usted? Solamente sus familiares e íntimos la llamaban Mary. Además *¿cómo sabía usted que sus ojos eran verdes?* Fueron cerrados bastante tiempo antes que la prensa se acercara a su cádaver. Pero su amante sí lo sabía...

...Sí, señor. Ahora sé quién es usted... Usted era el joven que estaba viviendo con los Lovell en la granja aquel verano. Tenemos que hablar un poco de Mary... Lástima que el pobre Tim Purcell no pueda estar aquí para formar parte de la reunión... ¡Cuánto le hubiera gustado!... Pero le dedicaremos un recuerdo, ¿verdad? Ahora, cuando aún es tiempo...

...Gracioso, ¿no es cierto? Providencial, cuando se piensa que ha venido usted aquí desde la granja, sin coche ni nada. Y yo apostaría esta llave y esta alabarda..., no he de decirle el valor que tienen para mí..., a que usted no dijo a nadie adonde venía...

...*Pero a usted no le importará, ¿verdad?* Y supongo que ni usted ni yo sabremos nunca por qué vino en realidad..., ni pensó usted en que se encontraría aquí con el padre de Mary. Así, pues, he de creer que fue porque yo lo deseaba tanto..., ¡tanto!...

...¡Oh, no grite así! Si yo fuese usted, señor, no lo haría... Sólo se perjudicaría. Nadie le puede oír, ¿comprende?... No hay nadie en un kilómetro a la redonda, excepto usted y yo... Todos los muros son muy gruesos..., ¡muy gruesos!...

## MARGARET ST. CLAIR - El estuario

(The Estuary)

Lo mejor de aquello era que, en realidad, no había robo. Todo el mundo sabía que los barcos permanecían en el estuario porque su estancia allí era mucho más económica que convertirlos en chatarra. Por la noche había un guardián y una patrulla, pero ambas cosas eran superficiales y negligentes. Eludirlos era tan fácil como hacer que los hurtos pareciesen casi más legítimos de lo que hubieran sido si los barcos hubiesen estado completamente abandonados. No es extraño que Pickard pensase que sus robos eran una especie de «salvamento» loable.

Noche tras noche escarbaba en las entrañas de los podridos barcos Liberty y se largaba con chapas de metal, partes de instrumentos y largos tubos de latón y de cobre. Tenía un amigo en el negocio de la construcción de barcos que le compraba la mayoría de lo que él se apropiaba, pagándole a un precio muy por debajo del normal. En cierta ocasión, el cuadro de lo que le sucedería si le echaban mano, trastornó un poco a Pickard... Él creía que los barcos eran propiedad del Estado y el robo conduciría a un castigo proporcionado... Pero aquellos orangutanes de la patrulla hacían tanto ruido durante sus rondas que habría de ser sordo, mudo y ciego para que le cogieran a uno.

El negocio era bueno. Después de los tres primeros meses, Pickard consideró que ganaba lo suficiente para tener un ayudante. Era un muchacho alto y fuerte, que usaba un ajustado casquete de lana y que se llamaba Gene. Sin dificultad admitió la creencia de Pickard de que su ocupación era una de las irregularidades más ligeras y necesarias para que los ejes del negocio permanecieran engrasados y giraran fácilmente.

En otros aspectos, era también un muchacho sagaz. Después de llevar trabajando para Pickard tres o cuatro días, sugirió algunas innovaciones en la técnica del «salvamento». Llegaron a un acuerdo, y aquella semana las ganancias del Pickard se elevaron en un ciento veinte por ciento sobre las de las semanas anteriores. Una modesta prosperidad visitó el hogar de Pickard. Estelle empezó a guisar con mantequilla en lugar de margarina y comenzó a leer los anuncios de los abrigos de pieles con ojos críticos.

-Oiga, viejo -dijo Gene, titubeando, dos o tres semanas después que Estelle hizo el pago de un abrigo de piel de cordero persa a mitad de precio-: ¿nunca oyó usted nada extraño en los barcos por las noches?... Quiero decir..., ¿algo raro?

Pick le miró burlón. La noche era oscura y cubierta, con mucha luz difusa en el cielo, y podía entrever, aunque confusamente, la silueta de la cabeza y de la cara de Gene a su lado en la motora.

-No te calientes los cascos -le dijo-. La patrulla no nos molestará nunca. Esos bastardos no sabrían orientarse si se metieran en los barcos.

Gene se estremeció. Aún era muy joven.

-No me refiero a la patrulla -contestó-. Me refiero a algo..., ¡hum!..., extraño. Algo que haya en los barcos... como lo que me siguió.

Pickard se echó a reír.

-Tienes demasiada fantasía, pequeño -dijo. (Lo de «pequeño» era como una venganza porque Gene le llamaba «viejo», cosa que detestaba.)-. Aquí no hay nada, excepto un montón de barcos viejos y herrumbrosos. Tú eres joven y estás lleno de...

-Okay! -dijo Gene-. Yo solo... Okay!

-Procura, si puedes, arrancar algo más de ese tubo de latón -le dijo Pickard cuando se separaron-. Bert me dijo que necesitaba bastante.

-Okay!

Artísticamente hablando, Gene hubiera debido desaparecer aquella misma noche. Pero no fue sino hasta el viernes siguiente cuando dejó de mostrarse en la motora con su cargamento de chatarra.

Pick le esperó pacientemente al principio, con inquietud después. ¿Qué podía haberle sucedido al muchacho? Claro que podía haber tenido un encuentro con la patrulla, pero Pick no había oído ningún alboroto, y los ruidos se perciben muy bien sobre el mar.



Las patrullas hacían su ronda con faroles y linternas, haciendo más ruido que un terremoto. Pero si Gene no había tropezado con la patrulla, ¿dónde estaba? ¿Se habría caído en alguna parte al trepar en la oscuridad?... ¿Yacería inconsciente en el fondo de alguna bodega?

Antes de que la claridad le obligase a regresar a su casa, Pickard buscó al muchacho por unos cuantos buques. No encontró señal de él. Los registró a la noche siguiente, y a la otra, y a la otra... no olvidando, como es lógico, su primordial interés en sus «adquisiciones»... hasta que no quedó un solo casco por registrar. No encontró a Gene. Solamente, en el tercer casco que visitó la última noche, halló el casquete de lana del muchacho flotando sobre el agua sucia y pestilente del pantoque.

Pickard estaba disgustado, más disgustado de lo que hubiera querido admitir. Si Gene había sido atrapado por la patrulla, aquello significaría para el propio Pick, más pronto o más tarde, un contratiempo. Y si la patrulla no era responsable de su ausencia, ¿qué era?

Estelle notó su preocupación y le preguntó hasta que le obligó a darle razón de su inquietud. Cuando terminó el relato, ella se echó a reír.

-Era un cagón, Pick -dijo, consolándole-. Lo que sucedió fue que tuvo miedo y echó a correr; luego, le ha dado vergüenza venir a contártelo. Lo que te digo: un cagón.

-Bien; pero ¿por qué tuvo miedo? ¿De qué tuvo miedo? -preguntó Pickard-. Recuerdo haber oído -continuó con cierta dificultad- que, cuando estaban construyendo uno de los buques, un soldador quedó soldado en él. Botaron el barco con él. Luego, hubo un hombre que fue atrapado por el tubo de aire y...

Su esposa estalló.

-Eso es una sarta de mentiras, Pick, y tú lo sabes. Nunca oí tonterías semejantes. ¿Es que tienes miedo a las patrullas?

-¡Hum!

-No sé qué tiene que ver eso contigo. Nunca creí que perdieses la cabeza... Mabel me dijo que ayer estuvieron en Selby y...

Pickard comprendió que Estelle estaba pensando en los pagos de su nuevo abrigo de pieles.

Pickard dormía de día y trabajaba de noche, y aunque en los alrededores de su casa todo era tranquilidad, nunca conseguía dormir bien. Aquel día estuvo despierto tres o cuatro horas, y eran las once cuando consiguió dormirse.

Su sueño fue bastante agitado. Recorría el casco de uno de los buques buscando un trozo de material duro fácilmente vendible a alto precio, y estaba seguro de que lo encontraría en alguna parte.

Mientras hacía el recorrido, empezó a notar la sensación, débil al principio, más fuerte después, de que algo muy desagradable estaba espionando en la periferia de su visión. Dos o tres veces giró en redondo bruscamente, esperando sorprenderle, pero la cosa se movía con más rapidez que él.

Continuó buscando afanosamente su material. Subió las escaleras y las bajó de nuevo, registrando el cuarto de máquinas y el camarote de la tripulación. Al fin, en el pantoque de la bodega número 3 vio el trozo de material medio sumergido.

Tan pronto como lo vio, olvidó que lo había estado buscando. En la extraña equivalencia de los sueños, el pantoque, el sucio y hediondo pantoque, fue lo que se convirtió en el objeto de su deseo. Se arrodilló a su vera, metió en él la mano, la sacó llena de agua y, dándole asco, enfermo de disgusto y de repugnancia, empezó a beber.

El corazón de Pick palpitaba aún aceleradamente cuando se despertó. ¡Maldito sueño! ¿Qué significaría? ¿Qué sentido tendría? Su pulso continuaba anormal cuando sonó la sirena del mediodía.

Contrató otro ayudante. Fred no era tan bueno como Gene; era holgazán, y, al cabo de cinco días, le dejó plantado, alegando que no le agradaban los ruidos que había en los barcos por la noche. Así, pues, se observará que Pick había sido extensamente advertido antes de que le sucediera lo que le sucedió.

Fue una semana después cuando Gene surgió detrás de él. Pick se encontraba entre puentes del *M. S. Blount*, y Gene le agarró con sus descarnadas manos. Pick gritó una y otra vez, tratando de

zafarse; pero fracasó por completo. No podía dañar a Gene. Gene estaba muerto ya. Y Pick fue sumergido en las pestilentes aguas del fantástico pantoque, mientras Gene permanecía en pie, haciendo escalofriantes ruidos con sus descarnados labios, y el otro acechaba tranquilamente desde el fondo de la bodega.

Estelle no terminó de pagar su abrigo de pieles. Transcurrida una temporada, formó nuevo hogar con un tipo llamado Leon Socher, que hacía tiempo estaba encaprichado de ella. Los barcos continuaron su lenta labor de pudrirse en sus amarras, sin molestar a los cobradores de impuestos. Y, en nuestros días, si usted es tan indiscreto que va a fisgar por las noches entre los carcomidos cascos que están anclados tranquilamente en el estuario, encontrará que se hallan poblados de una pequeña compañía, una selecta compañía, formada por Pickard, Gene y el soldador, que es el habitante más viejo.

## WILLIAM SAMBROT - Dura ciudad

*(Tough Town)*

Ed Dillon titubeó ante la pulimentada verja de hierro que cerraba el paso a la avenida que conducía a la confortable casa que se veía a lo lejos. Se cambió de mano el maltratado muestrario, haciendo caso omiso del cartel **VENDEDORES, NO**, que colgaba de forma ostentosa del picaporte. Estaba cansado, como sólo puede estarlo un vendedor que va de puerta en puerta, al finalizar un día de puertas cerradas en su nariz. Era una ciudad difícil. Una ciudad dura.

A primera hora, se dio cuenta de que un agente de la autoridad le echaba una larga y suspicaz mirada, y él se puso a caminar, de un lado para otro, como si fuera un turista bien alimentado que hace una parada entre dos caminos de autobús, con el exclusivo afán de echar un vistazo a la ciudad. Pero no engañó al agente, quien no le quitaba ojos de los destrozados zapatos, del raído traje ni del muy usado muestrario... Fue aquella una ciudad muy dura. Y sólo dos ventas ridículas.

Miró el reloj y se encogió de hombros. Tenía el tiempo justo para ofrecer aquí su mercancía, y, luego, correr a la estación de autobuses para tomar un bocado y esperar a las cinco y cuarto de la tarde, a fin de coger el autobús que le trasladaría a la próxima ciudad.

Abrió la verja. No había dado más que dos pasos cuando el perro se le abalanzó, mostrándole los dientes y la roja lengua. Era un terrible y extraño perro, que surgió silenciosamente de detrás de un árbol y saltó hacia él salvajemente, gruñendo por lo bajo. Con el instinto de una larga experiencia, alzó el muestrario y, afortunadamente, los dientes del perro sólo le desollaron los nudillos. Entonces, el animal retrocedió, alejándose dando saltos, mientras flotaba en el aire un largo y fantástico aullido.

Ed, con el corazón palpitándole y chupándose los nudillos, observó cómo se alejaba. Por el rabillo del ojo vio los agitados movimientos de una cortina al caer sobre una ventana. Luego, se abrió la puerta y salió un hombre alto, de cabellos blancos. La fugitiva mirada del individuo lo examinó minuciosamente de pies a cabeza, y Ed, al observar las profundas arrugas y los semicerrados y feroces ojos, comprendió que allí no tenía nada qué vender. Se paró, recogió el muestrario, abrió la verja y salió de estampida.

-¡Espere! -le gritó el hombre de los cabellos blancos-. ¡Oiga!... ¡Vuelva!... ¡Deténgase!... ¡Vuelva aquí!...

Ed continuó corriendo, sin volver la cabeza. Conocía estas ciudades, estas personas amargadas, deseosas siempre de meter a un hombre en la cárcel, de multarle por vender sin licencia, de quitarle hasta el último céntimo y de echarle a puntapiés como a un vulgar holgazán. Conocía estos miserables y tiznados burgos, estas desgredadas amas de casa que escuchan con ojos irónicos y sonrisa malévolas... ¿Qué les pasaba a estas personas? ¿Por qué le detestaban, le escarnecían, le echaban los perros? Él no les causaba daño. Él les traía cepillos, útiles de cocina y otras menudencias..., y ellos le pagaban con insultos, con amenazas... Cuando dobló la esquina, el individuo continuaba gritando detrás de él. Siguió corriendo hacia la estación de autobuses, ardiéndole los dañados nudillos.

Cuando terminó el café le quedaban veinte minutos para que saliera el autobús. Ed oyó el alboroto del exterior. Con precaución nacida de larga experiencia, cogió un periódico y se lo colocó delante de la cara; luego, miró atentamente a su alrededor. Era el hombre alto y de cabellos blancos, hablando acaloradamente con el policía. Anduvieron juntos a lo largo de la cubierta rampa exterior de la estación, mirando con detenimiento a los escasos turistas que esperaban a que el enorme autobús plateado empezara a admitir pasajeros.

Ed se levantó, llevando el periódico y el muestrario, y caminó tranquilamente hacia el fondo del pequeño restaurante, saliendo por la puerta. No dudaba de que el hombre de cabellos blancos le buscaba para detenerle por no haber respetado su cartel de **VENDEDORES, NO**. Seguramente se trataba de un comerciante del lugar, que se consideraba ultrajado por su competición no autorizada.

Con los hombros hundidos se sintió cansado y vacío cuando dobló la esquina, desde donde

observó cómo entraban en el restaurante sus perseguidores. Así, pues, estaban dispuestos a hacer un escarmiento en su persona.

Recogió el maletín y echó una rápida mirada en torno suyo. Calle abajo vio un tristón parquecito formado de aislados árboles. En el centro se veía un diminuto cenador, cubierto completamente por el ramaje y, al parecer, vacío.

Echó a andar de prisa hacia él. Existía una probabilidad, una mera probabilidad, de que pudiera alcanzar la carretera principal y parar el autobús, que le alejaría de la ciudad sin que le viera el agente. No podía exponerse a una multa..., ni a treinta días de cárcel..., ni a ambas cosas. Solamente tenía dinero para el billete del autobús y para alquilar una habitación para pasar la noche. Mañana, si la próxima ciudad no era mejor...

Entró en el parque y se encaminó, a lo largo de un intransitado sendero, hacia el cenador. A lo lejos, el autobús se puso en marcha. Vio las luces rojas de los pilotos. Titubeó. Era demasiado tarde ya...

Miró detenidamente el interior del cenador, el suelo cubierto de hojas, los bancos llenos de polvo... Podría permanecer allí, esperar a que oscureciese y, entonces, intentar tomar el autobús de las diez. No era una perspectiva agradable; pero siempre era preferible a caer en manos del policía.

Miró más allá del parque, a las confortables casitas, a las calles con sus hileras de árboles, y una vaga tristeza se apoderó de él. Era el eterno vagabundo, el eterno buhonero, un vendedor ambulante cuyo comercio era ya viejo cuando se construyeron las pirámides...

Suspiró y se acomodó en el banco. Dura ciudad. Duros habitantes. Hasta los condenados perros mordían sin avisar. Le dolían los nudillos. Levantó el periódico y recorrió velozmente con la vista los titulares: **DESAPARECE UNA MUCHACHA DE LA LOCALIDAD.** Y el subtítulo decía: *Se teme que July Howell haya sido víctima de un juego sucio.*

Gruñó, miró de soslayo a la oscuridad, se relajó, dobló el periódico debajo de su cabeza y, al cabo de un minuto, estaba dormido. Cuando se despertó era ya de noche.

Notó la lengua pastosa. Le zumbaba la cabeza y los nudillos le quemaban como si fueran de fuego. Miró el reloj. Tenía el tiempo justo, si se daba prisa, para salir de la ciudad y alcanzar el autobús de las diez y cuarto. Se puso en pie y, de pronto, el cenador empezó a darle vueltas. Un estruendoso ruido percutió en sus oídos.

Esperó, extrañamente asustado, hasta que se le aclaró la cabeza. En otras ocasiones había sentido hambre y cansancio, pero nunca le sucedió nada parecido a lo de ahora. Cogió el muestrario, retrocediendo el agudo dolor de sus raspados nudillos, maldiciendo de nuevo la ciudad, al perro, al hombre de los cabellos blancos que le perseguía aun a través de su inquieto sueño.

A menos que quisiera cortar a través de los campos y saltar o pasar por debajo de las cercas construidas con alambre de espino, tenía que caminar a lo largo de una parte de la ciudad muy iluminada para alcanzar la carretera principal. Titubeó, pero su dolorida mano no le dejó elegir. No estaba en condiciones de saltar vallas.

Con la cabeza baja, apretando el enrollado periódico, echó a andar, tratando de parecer un turista que recorre la ciudad entre dos paradas de autobús. Sus pies le dolían extraordinariamente y sus ojos veían destellos extraños. Hacía mucho tiempo que había comido y...

Se estiró cuando vio que se acercaba un hombre que le miraba con curiosidad, como miran todos los habitantes de las ciudades pequeñas a los forasteros. El hombre fue aminorando el paso a medida que Ed se acercaba y, al fin, se paró, esperando claramente que Ed se hallara más cerca. Con la experiencia adquirida por la mucha práctica, Ed llegó junto al desconocido. No era inspector de Policía, ni siquiera agente, sino un indígena que había salido a pasear... Sin embargo, la forma en que le miró, la rápida mirada que le dirigió, como de reconocimiento...

Ed se bajó más el ala del sombrero y pasó por el lado del hombre, obligando a sus doloridos pies a andar normalmente. El asa de su muestrario estaba húmeda del sudor que destilaba la palma de su mano.

Ed cruzó la calle precipitadamente, mirando hacia atrás. Vio al hombre, parado, irresoluto por un instante; luego echó a andar, apretó el paso y se paró ante una puerta, a la que golpeó con fuerza.

De repente, Ed se encontró bañado en sudor. Aquel individuo actuaba como si le reconociera de algo, como si su fotografía se hubiese publicado en los periódicos o algo semejante. En su mente empezaron a surgir atormentados pensamientos. ¡Aquel hombre de cabellos blancos!... Hablando, contando a la gente... hasta que todo el mundo, todo el pueblo, se puso en pie de guerra para apresarle...

Ridículo. ¿Por qué? A los habitantes de una ciudad, aun a los de una ciudad tan dura como aquélla, les tiene sin cuidado algo tan insignificante como un vendedor ambulante sin licencia.

Apartó la cara cuando un grupo de rientes muchachas salió de un bar espléndidamente iluminado. Oyó una canción, el breve estribillo de una canción popular, cuando pasó por el lado de ellas. Otro grupo murmuró algo, produciendo un chocante ruido que hizo a su mano apretarse convulsivamente sobre el asa de la maleta-muestrario.

-¿Visteis a ese hombre?... ¿No es...? ¡Sí, es él!...

Se tambaleó. Era de locura. Hasta las muchachas...

-Traje gris y sombrero color castaño, llevando un maletín...

-¡Es él!... ¡Es él!...

Sus gritos y jadeos le persiguieron cuando cruzó la calle de nuevo, dobló la esquina y se metió en un portal oscuro. A través de la amplia ventana, abierta sobre la calle, pudo verlos. Las muchachas estaban agrupadas delante de la puerta del *drugstore*, hablando y señalando en dirección a él. Un muchachito saltó sobre su bicicleta y pedaleó furiosamente calle arriba, dobló la esquina, pero no vio a Ed aplastado contra el portal.

El diminuto farol de la bicicleta esparcía una luz que surgía y se desvanecía calle arriba, y Ed sintió un terrible temblor en su garganta, una incontrolable vibración. Pasó el espasmo y se recostó descuidadamente en el quicio del portal, mirando a través de la ventana hacia la calle. El hombre que había llamado a la puerta se acercaba con otros varios. Los coches convergían en el lugar. Aumentó el pequeño grupo estacionado delante del *drugstore*. El murmullo de sus voces llegaba hasta Ed. Entonces, empezaron a cruzar la calle.

Ed comenzó a andar de prisa, con la cabeza ida. Otra vez le volvía el espantoso zumbido. La calle se alargaba interminablemente, haciéndose más oscura, perdiéndose en una lejanía infinita. Tras él, oyó a personas que corrían, dando precipitadas explicaciones cuando otra se unía a ellas. Algo horrible había sucedido a la ciudad, a sus habitantes. La palabra «él» se había extendido como un reguero de pólvora, como un incendio que asola un bosque, y le perseguían. ¿Por qué? No era un delincuente. ¿Qué pudo haber hecho para que las iras se desataran contra él? Sujetaba fuertemente el muestrario, intentando pensar. Entonces recordó el periódico que había leído. «La muchacha... desaparecida... Sospecha de un juego sucio...» ¡Dios santo! ¿Acaso creían que él...?

Apretó el paso. Se dio cuenta en seguida del peligro. El era el Forastero, el Desconocido. Fuera de los límites de la condenada comunidad...

Emprendió una desordenada y alocada carrera. Cruzó una calle, atravesó un solar, bajó un terraplén y lo subió por el lado contrario... Ya no había elección... Tenía que cortar a través de los campos, corriendo a todo correr, golpeándole el muestrario, apretando el periódico, mientras a su espalda aumentaban los gritos. Trató de esconderse detrás de un enorme nogal, pero le hubieran sitiado. La persecución se hubiese convertido en asedio.

Corrió. Cada vez estaba más asustado. La oscuridad le rodeaba, espantosa, llena de punzantes gritos. Se movía espasmódicamente, como hombre inmerso en una pesadilla. Toda la ciudad iba a su alcance, babeando, ladrando, con la boca llena de espuma roja... Nunca olvidaría aquel gigantesco anuncio luminoso de **VENDEDORES, NO**, que se encendía y se apagaba delante de sus ojos...

Convergían de todas partes, dándose cuenta del ineficaz camuflaje de su ostentoso porte; viendo sus destrozados zapatos, su raído traje de sarga, su maltratada maleta... Sabían... Vendedor ambulante... Buhonero... ¡Cuidado!... ¡Esta es una ciudad dura!...

De pronto se derrumbó y todos cayeron sobre él gritando, cogiéndole...

-¡Es él! El individuo cuya descripción dio la radio...

-Es el que busca el *sheriff*...

-Lo hizo él. ¡Asesino!... ¡Raptor!...

*Asesino. Raptor.* Las palabras volaban y se aplastaban contra su cuerpo desde todos los ángulos, dejando en él grandes y dolorosas cicatrices. Confusamente oyó el ruido de una sirena que se acercaba, sobresaliendo por encima del alboroto de la multitud. Rechinaron unos frenos... Hubo un confuso altercado... y el populacho le golpeó y le empujó simultáneamente...

-... ¡no le buscan por lo de la muchacha! -gritó una voz-. ¡Déjenle!

La voz se hacía oír por encima del enorme jaleo.

-Le mordió un perro rabioso... Apártense... En nombre de la ley, retrocedan o disparo...

*¡Perro rabioso!* Las palabras atravesaron la multitud como una tremenda ola, batiéndola y abofeteándola.

-¡Está rabioso!

Una voz espantosa se alzó, dando alaridos, sobre las otras:

-Ya oyeron al *sheriff*. ¡Es un asesino rabioso! ¡Ya saben lo que hizo a Julie Howell!... *¿Qué estamos esperando para...?*

Otra voz, perdida, remota:

-¡Quietos! En nombre de...

Hubo tiros. El populacho gritó al unísono; luego, avanzó como animal furioso. Le cogieron. Las manos se clavaron en su cuerpo y le destrozaban. Caras rojas, sudorosas, de ojos brillantes... Iban y venían... Ladridos, ladridos— Eso no podía ser real. Debía de ser el delirio, el resultado del veneno que le introdujo el perro rabioso en su sangre... Había oído las palabras del *sheriff*... Comprendía, al fin... Todo se arreglaría— Esto era la fiebre... Pronto le meterían entre sábanas limpias, y amables enfermeras le bañarían su ardorosa frente-

Trató de mover su destrozada boca, decirles todo esto. Había juzgado mal al pueblo, a la ciudad... No eran duros... En realidad, no. Era justo que, si había sido mordido por un perro rabioso, le buscaran para ayudarlo... No querían hacerle daño. Todo esto..., el ruido, los gritos, el populacho..., no sucedía en realidad. No. Era el delirio...

Brillantes luces alumbraron su cara. Abrió sus abotargados ojos, pestañeando a la claridad. Encima de él estaba la maciza silueta de un enorme árbol. Un nogal. Algo se movía arriba; luego cayó hacia él, alocado, sinuoso, como una serpiente de cabellos castaños.

Bailó ante sus ojos, y él sonrió mientras las luces aumentaban y disminuían ante su vista... Parecía como una cuerda, la sintió áspera cuando se la pusieron alrededor del cuello; pero no podía ser una cuerda— En realidad, no... El grupo aullaba; un sonido extrañamente femenino le alzaba, le alzaba en un agudo oleaje de ruido increíble... Luego, de repente, se sintió caer, caer...

Era sólo una parte de la pesadilla... Ellos no querían hacerle daño... Pronto le meterían entre sábanas limpias y amables enfer...

## T. H. WHITE - El enano

*(The Troll)*

-Mi padre -dijo míster Max- solía decir que una experiencia como la que yo estoy a punto de contar era capaz de despertar el interés de cualquiera sobre las materias mundanas. Como es lógico, él no trataba de que le creyeran, ni le importaba si le creían o no. Él mismo no creía en lo sobrenatural, pero el hecho sucedió, y él se propuso referirlo tan sencillamente como fuera posible. Hubiera sido estúpido en él decir que despertó su fe en los asuntos mundanos, ya que él era tan mundano como el que más. En verdad, la parte realmente terrorífica de ello fue la atmósfera horriblemente tangible en que tuvo lugar. Ninguno de sus perfiles fue indeciso en absoluto. De haber sido menos natural, se hubiera reparado menos en la criatura, en el ser, en el ente. Parecía vencer las leyes usuales sin ser inmune a ellas.

Mi padre era un hábil pescador, y solía ir a multitud de sitios para pescar. En una ocasión estuvo en Abisko, en territorio lapón, alojándose en un hotel de estación bastante confortable, situado a trescientos kilómetros dentro del círculo Ártico. Viajó la prodigiosa longitud de Suecia... (Yo opino que se está más lejos del sur de Suecia yendo hacia el Norte, que se está del sur de Suecia yendo hacia el sur de Italia)... en el tren eléctrico, y llegó muy cansado. Se acostó temprano durmiéndose casi inmediatamente, aunque en el exterior era completamente de día, como siempre son las noches en esos lugares durante aquella época del año. La parte menos chocante de su experiencia no fue que toda ella sucediera a la luz del sol.

Se acostó temprano, se durmió y soñó. He de aclarar inmediatamente, con la misma claridad con que se delineó ese ente al sol norteño, que no se convertirá este relato, en el último párrafo, en un sueño. La división entre dormir y despertar era brusca, aunque la sensación de ambas era igual. Ambas se hallaban en la misma esfera del absurdo horrible, aunque en la primera estaba dormido, mientras que en la segunda estaba casi terriblemente despierto. En algunas ocasiones, intentaba estar dormido.

Mi padre solía contar siempre uno de sus sueños, porque, en cierto modo, parecía ser una parte de algo que continuaba. Él creía que era consecuencia de la presencia de la cosa en la habitación de al lado. Mi padre soñó con sangre.

Lo que impresionaba era la vivacidad del sueño, su minucioso detalle y su horrible realidad. La sangre brotaba por el ojo de la cerradura de la puerta cerrada que comunicaba con la habitación de al lado. Supongo que ambas habitaciones hubieron de constituir, en un principio, una especie de *suite*. La sangre corría puerta abajo en oleada viscosa, como la artificial creada en la fuente que mana en la calle Trumpingdon. Pero era molesta, y olía. Su lento chorro empapó la alfombra y alcanzó la cama. Era caliente y pegajosa. Mi padre se despertó con la sensación de tener las manos metidas en sangre. Empezó por separar los dos primeros dedos que estaban pegados, tratando de librarlos de la grasienta adherencia que los juntaba.

Mi padre sabía lo que tenía que hacer. Déjenme aclararles que ahora estaba completamente despierto, pero sabía lo que tenía que hacer. Saltó de la cama bajo este irresistible conocimiento, y miró por el ojo de la cerradura hacia la habitación de al lado.

Me imagino que la mejor forma de contar esta historia es narrarla sencillamente, sin esforzarme en que se crea. La cosa no requería creencia. No era la sensación de horror que produce el esqueleto de alguien, ni un contorno confuso, ni nada que necesitase ser actualizado por un acto de fe. Era tan sólido como un guardarropa. Uno no tiene que creer en los guardarropas. Están ahí, con sus esquinas.

Lo que mi padre vio a través del ojo de la cerradura, en la habitación de al lado, fue un enano. Era eminentemente sólido, de unos veinticinco centímetros de estatura y vestido con pieles brillantemente adornadas. Tenía una cara azul, con ojos amarillos, y sobre su cabeza llevaba una especie de gorro de dormir de lana con una borla roja en lo alto. Sus rasgos eran mongólicos. Su cuerpo, largo y nudoso, como el tronco de un árbol. Sus piernas, cortas y gruesas, como las patas de los elefantes que suelen utilizarse como paragüeros, y sus brazos, escasos: pequeños miembros rudimentarios semejantes a las patas delanteras de los canguros. Su cabeza y su cuello eran muy gruesos y macizos. En conjunto, parecía un grotesco muñeco.

Ése fue el horror del asunto. Imagínense un ser completamente normal, en pie, en un rincón de la habitación, pero con veinticinco centímetros de alto. El ser era tan vulgar como eso, tan tangible como grueso y tan desmañado en sus articulaciones; pero podía moverse.

El enano se estaba comiendo a una dama. ¡Pobre muchacha! Estaba completamente aplastada por aquellos brazos rudimentarios, con la cabeza a nivel de la boca del monstruo. Vestía un camisón, que estaba enrollado bajo sus axilas, de forma que ofreciese en toda su descarnada desnudez, como un cuadro clásico de Andrómeda. Afortunadamente, parecía haberse desmayado.

En el preciso instante en que mi padre aplicaba su ojo al de la cerradura, el enano abrió la boca y arrancó la cabeza de la muchacha. Luego, agarrando el cuello entre sus brillantes labios azules, chupó la seca y desnuda carne. Ella se arrugó como naranja exprimida, y sus piernas patearon. El ente tenía una mirada de reflexivo éxtasis. Cuando la muchacha pareció haber perdido succulencia como naranja, fue alzada en el aire y desapareció en dos bocados. El enano permaneció apoyado contra la pared, masticando pacientemente y mirando a su alrededor con vaga benevolencia. Luego se agachó, doblándose por la cintura, como cuando se abre a medias una navaja, y abrió la boca para chupar la sangre de la alfombra. En su interior, la boca era incandescente, como un horno de gas, y la sangre se evaporaba ante su lengua, como el polvo ante el aspirador. Se irguió, con los brazos colgando delante de él en paciente inutilidad, y fijó los ojos en la cerradura.

Mi padre retrocedió, arrastrándose, hacia la cama, como un zorro perseguido después de recorrer veinticinco kilómetros. Al principio fue porque tuvo miedo de que el ente le hubiese visto por el ojo de la cerradura; pero después fue por razonamiento. Un hombre puede atribuir a su fantasía muchas pesadillas y, en último término, puede convencerse de que los entes de las tinieblas no existen. Pero ésta era una aparición en una habitación llena de sol, con toda la solidez de un guardarropa y, desgraciadamente, con casi ninguna de sus posibilidades. Se pasó los primeros diez minutos en asegurarse de que estaba despierto, y el resto de la noche intentando confiar en que estaba dormido. Fue lo uno o lo otro, o, en otro caso, es que estaba loco rematado.

No es agradable dudar de la razón de uno. No existen pruebas satisfactorias. Uno se puede pinchar para saber si está dormido; pero no hay método alguno para determinar el otro problema. Pasó algún tiempo abriendo y cerrando los ojos; pero la habitación parecía normal y permanecía sin alteración. También metió la cabeza en una palangana de agua fría, sin resultado. Entonces, se tumbó de espalda, observando durante horas los mosquitos del techo.

Cuando le llamaron estaba terriblemente cansado. Una guapa doncella escandinava descorrió las cortinas, dejando entrar el sol en su dormitorio, y diciéndole que hacía un día espléndido. Habló con ella varias veces, observándola atentamente; pero ella no pareció tener duda alguna sobre su buena disposición mental. Por tanto, era evidente que no estaba loco. Había pensado en el asunto durante tantas horas que había terminado por ofuscarse. Los contornos se esfumaban de nuevo, y determinó que todo aquello debió de ser un sueño o una ilusión temporal; algo temporal, en cierta forma, y que terminó. Por tanto, no había que pensar en ello por más tiempo. Se levantó, se vistió y bajó a desayunar.

Aquellos hoteles solían estar muy bien. Había siempre a mano una dueña en un pequeño despacho cerca del vestíbulo, que se desvivía por contestar a cualquier pregunta y que hablaba todos los idiomas imaginables. Por lo general, cumplía su cometido de forma que los huéspedes se considerasen como en su propia casa. La dueña del Abisko era un ser amabilísimo en todos los aspectos. Mi padre solía hablar mucho de ella. Tenía la idea de que cuando uno se bañaba en Suecia, le enviaban a una de las doncellas para que le lavara. En realidad, así suele ser algunas veces; pero siempre se trata de una doncella anciana y de gran confianza. Uno tiene que permanecer dentro del agua, y esto supone ya conferirle a uno una capa de invisibilidad. Si se saca la rodilla, ella se ofende. Mi padre tenía la esperanza de que un día le enviaran a la propia dueña, y me atrevería a decir que la hubiera ofendido mucho. Sin embargo, ésta es cuestión aparte. Cuando cruzó el vestíbulo, algo le empujó a preguntar sobre la habitación vecina a la suya. Inquirió si había alguien alojado en el número 23. «Pues sí -respondió la recepcionista con amable sonrisa-. La habitación número veintitrés la ocupa un doctor, profesor en Upsala, con su



esposa. ¡Una pareja encantadora!»

A mi padre le hubiera gustado saber qué estaba haciendo la encantadora pareja mientras el enano se comía a la muchacha en camisón. Sin embargo, decidió no volver a pensar más en el asunto.

Trató de despreocuparse y se dirigió a desayunar. El profesor se hallaba sentado en el rincón opuesto... (la camarera se lo señaló amablemente), y su aspecto era de hombre apacible y miope. Mi padre pensó que saldría a dar un largo paseo por la montaña, puesto que el ejercicio era lo que, evidentemente, necesitaba su constitución.

Hacía un día espléndido. Debajo de él brillaban las aguas azules del lago Torne en toda su amplitud de cincuenta kilómetros, y la nieve, al fundirse, formaba una filigrana alrededor de las cimas de las montañas que rodeaban al lago. Caminó más allá de los achaparrados abedules y de los musgosos pantanos donde habita el reno y también los mosquitos. Vadeó algo que podía haber sido un temporal afluente del Abiskojokk, teniendo que quitarse los pantalones para hacerlo y arrollarse la camisa en torno al cuello. Sentía deseos de gritar al luchar contra el impulso de las aguas de nieve, con las piernas cruzándose entre sí involuntariamente mientras avanzaba y las piedras deslizándose bajo sus pies. Su cuerpo hizo un extraño movimiento en el agua, que salpicó y le mojó la barriga. Cuando estuvo al otro lado del río, una piedra le hizo resbalar de verdad y dio de bruces en el agua. Salió de ella, dando gritos de gozo, e hizo en voz alta una observación que, desde entonces, se convirtió en algo clásico en la familia: «Gracias a Dios -dijo-, me había remangado».

Retorció lo mejor que pudo su ropa y se la puso de nuevo, a pesar de la humedad. Empezó a subir la ladera de Niakatjavelk. Al cabo de un kilómetro estaba seco y caliente otra vez. No había escalado trescientos metros más cuando alcanzó la línea nevada, y allí, arrastrándose con pies y manos, llegó frente a lo que parecía ser la cumbre de la ambición. Se topó con un armiño. Ambos estaban a cuatro patas; por tanto, existía una especie de igualdad en el encuentro, especialmente porque el armiño estaba a más altura que él. Se contemplaron durante brevísimos instantes, sin decirse nada, y entonces el armiño desapareció. Lo buscó por todas partes en vano, porque la nieve estaba solamente a trozos. Mi padre se sentó sobre una piedra seca, para comerse una pastilla de chocolate con pan de centeno.

La vida es un infierno inexplicable, únicamente porque, a veces, es hermosa. Si nosotros fuéramos unos miserables continuamente; si no existieran cosas tales como el amor, la belleza, la fe o la esperanza; si yo pudiera estar completamente seguro de que mi amor nunca sería correspondido, ¡cuánto más sencilla sería la vida! Uno podría hundirse en las siberianas minas de sal de la existencia sin ser perturbado por la felicidad. Desgraciadamente, la felicidad está aquí. Siempre existe la posibilidad (en una proporción de ochocientos cincuenta contra uno) de que otro corazón venga a trabajar la mina. Yo no puedo sostener la esperanza, ni conservar la fe, ni amar la belleza. Frecuentemente no soy tan miserable como sería inteligente serlo. Y allí, porque mi pobre padre estaba sentado en su piedra sobre la nieve, se hallaba la felicidad completa llamando a las puertas.

En la piedra donde estaba sentado nunca se había sentado otra persona. Se hallaba a trescientos kilómetros en el interior del círculo Ártico, en una montaña de dos mil metros de altura que se miraba en un lago azul. El lago era tan grande que él hubiera jurado que se inclinaba en sus lejanos extremos, demostrando a la vista que la dulce Tierra era redonda. La línea del ferrocarril y la media docena de casas de Abisko estaban ocultas por la arboleda. El sol calentaba la piedra, daba tonalidad azul a la nieve, y el cuerpo de mi padre se reconfortaba de la mojadura. La boca se le hacía agua a la vista del chocolate, justamente detrás de la lengua.

Y, sin embargo, cuando se hubo comido el chocolate..., acaso por la pesadez que le produjo en el estómago..., recordó al enano. De pronto, mi padre cayó en el humor negro, comenzando a pensar en lo sobrenatural. Laponia era hermosa en verano, con el sol continuamente en el horizonte durante el día y la noche, y los ar-bolillos resplandeciendo. No era lugar para cosas malvadas. Pero ¿y en invierno? Ante sus ojos se presentó un cuadro de la noche ár-t ica, con el silencio y la nieve. Entonces, los lobos y los osos legendarios rondando por los lejanos campos, y los innominados espíritus invernales llevaban a cabo sus correrías a través de los tenebrosos senderos. A Laponia se la había asociado siempre con la brujería, hasta por Skakespeare. Era en los confines del mundo donde se acumulaban las Viejas Cosas, como el madero ronda los límites del mar. Si se necesita encontrar una mujer inteligente, se va a las costas de las Hébridas; en la costa de Britania se busca la misa de St. Secaire. ¡Y qué confín era Laponia! Era un confín no sólo de Europa, sino de la civilización. No había fronteras. Los la-pones iban con los renos, y donde estaban los renos se hallaba Laponia. Región curiosamente indefinida, adecuada para las cosas indefinidas. Los lapones no eran cristianos. ¡Qué reservas de poder debían de haber tenido a sus espaldas para resistir la marcha del pensamiento! A través de siglos misioneros, habíanse valido de algo, de algo que había permanecido detrás de ellos: un poder contra Cristo. Mi padre se dio cuenta, con asombro, de que estaba viviendo en la era del reno, un período contiguo al mamut y al fósil.

Bueno no era a esto a lo que había salido. Con un esfuerzo apartó de sí las pesadillas, se levantó de la piedra y comenzó a bajar en dirección a su hotel. Era imposible que un profesor de Abisko pudiera convertirse en enano.

Aquella tarde, cuando mi padre se dirigía al comedor para cenar, la dueña le paró en el vestíbulo. «Tenemos un día fatal -le dijo-. Al pobre profesor le ha desaparecido su esposa. No se la encuentra desde anoche. El profesor está inconsolable...»

Mi padre dio por seguro entonces que estaba loco.

A ciegas se dirigió al comedor, sin contestar, y empezó a comer una espesa sopa de crema agria, que se tomaba fría con pimienta y azúcar. El profesor continuaba sentado en su rincón: era un hombre de cabellos rubios, con gafas de gruesos cristales y expresión desolada. Estaba mirando a mi padre, y mi padre, con la cuchara a medio camino de la boca, le miraba a su vez. ¿Conocen ustedes esa clase de reconocimiento visual, cuando dos personas se miran profundamente a las pupilas y escudriñan sus respectivas almas? Corrientemente ocurre antes que llegue el amor. Me refiero al reconocimiento claro, profundo y atento, expresado por el poeta Dante. Sus ojeadas se cruzaban y entrelazaban sus ojos con doble atadura. Mi padre comprendió que el profesor era al enano, y el profesor se dio cuenta de que mi padre le había reconocido. Ambos sabían que el profesor se había comido a su esposa.

Mi padre dejó la cuchara y el profesor empezó a crecer. La parte alta de su cabeza subió y se extendió, al igual que una gran hogaza de pan en un horno; su cara se volvió roja y púrpura, y, al final, azul; todo su desmañado cuerpo comenzó a vibrar y a elevarse hacia el techo. Mi padre miró a su alrededor. Los otros huéspedes estaban cenando indiferentes. Nadie, excepto él, podía verlo; al fin, estaba definitivamente loco. Cuando miró el enano otra vez, el ser se inclinó. La enorme superestructura se agachaba hacia él, doblándose por la cintura, sonriéndole seductora.

Mi padre se levantó de la mesa experimentalmente, y avanzó hacia el enano arrastrando con excesivo cuidado sus pies sobre la alfombra. No le era fácil andar ni acercarse al monstruo; pero era cuestión de su razón. Si estaba loco, estaba loco; y era esencial que pudiese agarrar la cosa para estar seguro.

Se paró delante de él como un niño, y extendió la mano diciendo: «Buenas noches». «¡Jo, jo! -respondió el enano-. ¿A quién tendré de cena esta noche, muñequito?», y extendió sus peludas pezuñas y cogió la mano de mi padre.

Mi padre fue sacado del comedor andando por el aire. Encontró a la dueña en el pasillo y le enseñó la mano.

«Creo que me he quemado la mano -le dijo-. ¿Cree usted que podría vendármela?» La dueña contestó: «¡Oh! Es una quemadura fea. Todo el dorso está cubierto de vejigas... Claro que se la vendaré en seguida...».

Él explicó que se la había quemado con un infiernillo que estaba sobre el aparador. Apenas podía concebir su alegría. Uno no puede quemarse a sí mismo por estar loco. «Vi que estuvo hablando con el profesor -dijo la dueña mientras le ponía la venda-. Es un caballero muy simpático, ¿verdad?...»

El alivio acerca de su locura pronto dejó sitio a otras preocupaciones. El enano se había comido a su esposa y le había producido a él una quemadura; pero también había hecho una desagradable observación sobre su cena de aquella noche. Se proponía comerse a mi padre. Muy pocas personas son capaces de hallarse en situación de decidir qué han de hacer cuando un enano los señala como su próxima comida. Para empezar, aunque era un enano tangible en dos aspectos, había permanecido invisible para los otros comensales. Eso colocaba a mi padre en una situación difícil. Por ejemplo, no podía pedir protección. Hubiese sido absurdo que se dirigiera a la dueña para decirle: «El profesor Skal es una especie de lobo; se comió anoche a su esposa y se propone comerme a mí esta noche».

Inmediatamente, le hubieran considerado un mentecato. Además, era demasiado orgulloso para hacer eso, y más confundido aún. A pesar de las pruebas y de las vejigas, no consideraba fácil hacer creer en profesores que se transforman en enanos. Toda su vida había vivido en un mundo normal y a su edad era difícil empezar a aprender de nuevo. Para un bebé, que estaba aún coordinando el mundo, hubiera sido facilísimo competir con la posición del enano; para mi padre no. Trató de acomodarlo en alguna parte, sin perturbar el universo. Intentó decirse que era una tontería: los profesores no se comen a uno. Era como tener fiebre y decirse uno mismo que todo estaba perfectamente; que, en realidad, todo era un delirio nada más, algo que pasaría.

Existía por una parte esta sensación: el desesperado aserto de todas las verdades que había aprendido, la lucha por conservar el mundo apartado de la violencia, la valiente aunque aterradora negativa a retroceder o a convertirse en loco.

Por otra parte, existía un terror completo. No obstante, muchos luchaban por ser meramente embaucados o introducidos en un extraño bolsillo de espacio-tiempo. Existía pánico. Existía la urgencia de alejarse tan rápidamente como fuese posible, de huir del terrible enano. Desgraciadamente, el último tren había salido de Abisko, y ahora no había adonde ir...

Mi padre era incapaz de distinguir estos rumbos de pensamiento. Para él eran intrincadamente confusos. Se encontraban dentro de un círculo giratorio. Como hombre orgulloso, como agnóstico, se agarraba solamente a sus encasquilladas pistolas. Estaba terriblemente asustado del enano, pero no podía admitir su existencia. Todo su proceso mental permanecía suspenso en el aire, mientras hablaba en la terraza, en un estado de confusa animación, con un turista americano que había venido a Abisko a fotografiar el sol de medianoche.

El americano dijo a mi padre que el ferrocarril de Abisko era el tren eléctrico más septentrional del mundo; que doce trenes hacían todos los días el recorrido entre Upsala y Narvik; que la población de Abo era de doce mil habitantes en 1862, y que Gustavo Adolfo subió al trono de Suecia en 1611. También le facilitó algunos datos sobre Greta Garbo.

Mi padre dijo al americano que se requería un niño muerto para la misa de St. Secaire; que un elemental era una especie de boca en el espacio que chupaba a uno, tratando de engullírselo; que la magia homeopática la practicaban los aborígenes de Australia, y que una lapona tenía sumo cuidado en su confinamiento, de no tener lazos ni nudos en su cuerpo, porque eso hacía difícil su libertad de acción.

El americano, que había estado mirando a mi padre de forma extraña durante algún tiempo, tomó eso como una ofensa y se alejó de él. Por tanto, no teniendo otra cosa que hacer, mi padre se fue a la cama.

Mi padre subió la escalera solo haciendo un poderoso esfuerzo. Tenía la impresión de que sus facultades estaban contraídas y confundidas. Tuvo que ayudarse con la barandilla. Parecía estar andando sobre un alambre, a unos treinta centímetros por encima de su cabeza. Todas las salidas estaban cerradas, pero él continuó subiendo tenazmente la escalera, avanzando con orgullo y repugnancia. Lo que transfería a su cuerpo era temor físico, el mismo temor que sintiera cuando, siendo un niño, caminaba a lo largo de los pasillos para que le pegaran. Subió firmemente la escalera.

Cosa bastante extraña: se durmió en seguida. Había estado escalando todo el día y había permanecido despierto toda la noche anterior, sufriendo grandes emociones. Como un condenado a muerte que fuera a ser ahorcado a la mañana siguiente, mi padre se despreocupó de todo y se echó a dormir.

Al dar la medianoche fue despertado. Oyó al americano en la terraza, debajo de su ventana, explicando muy excitado que se había nublado las dos últimas noches a las once y cincuenta y ocho minutos, por lo que le había sido imposible fotografiar el sol de medianoche. Oyó el *clic* de la máquina.

Parecía haberse desencadenado una repentina tempestad de viento y granizo. El viento rugía en la ventana, y las cortinas se alzaban, señalando horizontalmente hacia el interior del dormitorio. El bramido y el zumbido de la tempestad batían la ventana con un ruido que iba en *crescendo*: era como un viento huracanado dirigido hacia él. En el alféizar apareció una garra azul.

Mi padre se volvió y hundió la cabeza en la almohada. Sintió cómo la gruesa cabeza surgía de la ventana y cómo los ojos se fijaban sobre el volumen de su espalda. Sintió cómo le punzaban en algunas partes. Picaban. O, mejor dicho, lo que picaba era el resto de su cuerpo, con excepción de esos sitios. Sentía crecer al monstruo dentro de la habitación, resplandeciendo como el hielo y emitiendo una tormenta. El mosquitero se alzó a su sople, descubriéndole, dejándole indefenso. Era un éxtasis de terror tal que casi sintió gozo. Era como un bañista que se sumerge por primera vez en agua helada y es incapaz de mover los miembros. Intentaba gritar, pero todo cuanto podía hacer era emitir una especie de ahogados ruidos procedentes de sus paralizados pulmones. Se transformó en una parte del huracán. Las ropas de la cama volaron. Y se dio cuenta de que el enano alargaba las manos.

Mi padre era un agnóstico; pero, como la mayoría de los ociosos, acostumbraba tener una avispa en su gorro. Su avispa favorita era la psicología de la Iglesia Católica. Estaba preparado para hablar durante horas sobre el psicoanálisis y la confesión. Su mayor descubrimiento había sido el rosario.

El rosario, según decía mi padre, se consideraba solamente como ocupación actual que calmaba los centros inferiores de la mente. El pasar y recitar automáticamente las cuentas del rosario liberaba los centros superiores para meditar sobre los misterios. Era un sedante, lo mismo que hacer punto de media o contar ovejas. No existía nada mejor para el insomnio que rezar el rosario. Durante varios años, había dado profundos suspiros y contado regularmente. Cuando estaba falto de sueño, permanecía tumbado de espalda y pasaba las cuentas; siempre llevaba un rosario pequeñito en el bolsillo de la chaqueta del pijama.

El enano extendió las manos, rodándole la muñeca. Él se quedó completamente paralizado, como si le hubiesen atado. El enano puso las manos sobre las cuentas del rosario.

Como empujadas por fuerzas ocultas, se reunieron de golpe sobre el corazón de mi padre. Según dijo él, hubo una explosión, una rápida creación de poder. Positiva y negativa. Un fulgor, un rayo de luz. Algo así como el chisporroteo con que el trole de un tranvía vuelve a encontrar de nuevo el cable cuando se hace el cambio de aguja.

El enano hizo un ruido semejante al de la ebullición de una rana e inmediatamente comenzó a disminuir de tamaño. Soltó a mi padre y se alejó, corriendo y aullando, en dirección a la ventana, como si hubiese experimentado una terrible quemadura. Iba perdiendo el color a medida que disminuía de tamaño. Era como uno de esos muñecos de aire que se inflan con un agudo silbido. Apenas más grande que un niño, escaló el alféizar de la ventana y se descolgó visiblemente.

Mi padre saltó de la cama y le siguió a la ventana. Le vio caer en la terraza como un sapo, plegarse sobre sí mismo y deslizarse, bamboleándose y silbando como un murciélago, hacia el valle de Abiskojokk.

Mi padre se desmayó.

A la mañana siguiente, la dueña dijo: «Ha ocurrido una horrible tragedia. Esta mañana encontraron al profesor ahogado en el lago. Por lo visto, la pena que le produjo la desaparición de su esposa le enloqueció».

El americano encabezó una suscripción para comprarle una corona, a la que contribuyó mi padre con cinco chelines. El cadáver fue transportado a la mañana siguiente en uno de los doce trenes que circulan diariamente entre Upsala y Narvik.

## ROBERT SOMERLOTT - Noche en casa de Black

(*Evening in the Black House*)

Sus ojos se desorbitaron, y sus grandes manos, al coger la botella de jerez, temblaron ligeramente, dando lugar a que se derramara parte del vino por un lado de la copa.

-¿Está usted seguro, Eric?

-Sí -contesté-. He recorrido bastante mundo para saber cuándo algo está fuera de lugar.

-Cuénteme exactamente cómo sucedió. Puede ser importante.

-Estaba oscureciendo cuando abandoné el hotel. Eché a andar, pensando con qué gusto comería las salchichas de Frieda después de haber estado comiendo tortilla y pimientos chiles durante toda una semana. No presté ninguna atención a la pareja cuando pasé por su lado, en la plaza. Había recorrido tres manzanas de casas cuando me di cuenta de que me seguían...

Las manos de Henry Black estaban controladas cuando me ofreció el jerez. Se sentó tranquilamente en el sillón de cuero colocado frente a mí, con la cara impávida; pero sus ojos, de color azul pálido, miraban con desconfianza hacia la ventana del cuarto de estar con las cortinas corridas y las persianas echadas. Inclina su cabeza pelada al rape, como si escuchara algún ruido desacostumbrado procedente del exterior. Yo no oía nada, excepto el ruido producido por la persistente lluvia y el ahogado lloriqueo de *Inga*, el más nervioso de todos los perros doberman. Me imaginé a los dos incansables canes errando por entre la casa y la tapia coronada de púas que la circundaba. *Loki*, el macho, era más fuerte. Pero *Inga* siempre estaba alerta, tensa por la sospecha. Meses antes, durante mis primeras noches en la casa de Henry Black, me había sentido como un explorador rodeado de caníbales. ¿Se arrojarían los perros a mi cuello si me levantaba a coger el tenedor? No estaban acostumbrados a los forasteros. Dentro de la casa, no se separaban de Henry. Tuvieron que pasar dos meses y **realizar** una docena de visitas a la casa antes que ellos me otorgaran su confianza para andar por la habitación. Ahora, patrullando **por** el patio, escudriñaban la oscuridad, olfateándola, recorriéndola cautelosamente.

-¿Qué aspecto tenían esos hombres? -preguntó Henry.

-El de dos mexicanos borrachos -respondí-. Cuando me di cuenta de que me seguían pensé que intentaban golpearme o robarme, lo ya clásico para un turista americano. Luego presentí..., **no** sé por qué..., que no *andaban* como mexicanos. Supongo que esta idea es ridícula, pero...

-¡No, Eric, no lo es! -dijo Henry, y su repentina excitación hizo que se pusiera en pie-. Cada raza, cada nacionalidad, se mueve de diferente modo. Como ocurre con la cría de perros... Cada perro se ha de criar de una forma especial... Muchas personas son incapaces de notar la diferencia; pero usted y yo sí nos damos cuenta de ello.

-De cualquier forma, había algo raro en ellos -continué-. Decidí que si iba a sufrir algún contratiempo, sería preferible sufrirlo en el pueblo que en esta carretera desierta. Por tanto, me paré y esperé. No me adelantaron, sino que se metieron en un palio. Yo habría olvidado el asunto por completo si no los hubiese visto después junto a la verja de su casa.

-¿Qué hacían allí?

-El coche negro estaba parado en la carretera y ambos hablaban con el conductor. Me miraron un instante, y cuando se dieron cuenta de que me dirigía hacia la verja de su casa, subieron al coche. Empezaron la marcha, carretera abajo, alejándose del pueblo. ¡Oh, sí! El coche tenía matrícula americana.

Henry se golpeó la palma de la mano con su potente puño.

-¿Alejándose hacia dónde? Esa carretera conduce a un par de cabañas de adobe y a una pequeña granja situadas a seis kilómetros de aquí. Usted debería habérmelo dicho en seguida, Eric.

Me eché a reír, tratando de aliviar la tensión que existía en la habitación.

-¿Querría usted que estropeará la cena de Frieda con la historia de dos misteriosos forasteros que me perseguían? Además, no ocurrió nada. Sólo parecían raros, y no puedo figurarme cómo me adelantaron por la carretera sin que los viera. ¡Oh demonios! Creo que sólo querían apoderarse de algunos dólares americanos, pero que después cambiaron de idea...

-Tal vez, tal vez...

Frieda entró tan repentinamente que tuve la sensación de que había permanecido escuchando en

el umbral de la puerta del comedor.

-Nueces -anunció, presentando una bandeja de madera tallada-. *Und* quesos.

-*Y* quesos -le corrigió Henry. -*Ja*.

La cara redonda de Frieda sonreía de satisfacción, pero en sus ojos había una mirada torcida. Sus gordos dedos, cubiertos de sortijas de oro, estaban nerviosos cuando dejó la bandeja sobre la mesita de café. Las fuentes estaban llenas de golosinas.

-Cuando me decida a casarme..., ¡Dios me ayude!... lo haré con una chica alemana como Frieda...

-*Ja* -sonrió ella-; pero más joven...

-Es una esposa excelente -dijo Henry.

Entre ellos se cruzó una larga mirada, una sonrisa medio de devoción y de afecto; pero, al mismo tiempo, hubo tristeza.

-Tú has sido un buen esposo -dijo ella.

Cada sílaba llevaba el peso de una sentencia, haciendo que sus palabras sonasen como un susurrante adiós junto a una noticia grave. Henry palmeó su mano, tocando con sus dedos los hermosos brazaletes de oro que ella llevaba con tanto orgullo. Frieda era tan llana, tan mujer de su casa, que su fascinación por los adornos de oro parecía ser como la de una niña. Gozaba de la misma forma con los brazaletes, realmente magníficos, que con los baratos y agitanados pendientes que colgaban de los lóbulos de sus orejas.

Afuera, *Inga* ladró. Henry cruzó la habitación en tres zancadas. Descorriendo las cortinas, abrió la ventana de par en par y apoyó la cara contra las persianas echadas. Ya había cumplido los cincuenta, pero se movía como un tigre, impregnando cada uno de sus movimientos del vigor y del balanceo de la fiera.

-¿Qué pasa? -pregunté.

La tensión de su cuerpo se relajó lentamente.

-Nada. Había oído ladrar a *Inga*.

-Saldré a echar una ojeada por los alrededores.

Antes de dar un paso hacia la puerta, me detuvo con una orden militar.

-¡No, Eric!

Le hice cara.

-Escuche, Henry: toda la noche se ha comportado usted como si estuviese esperando que le lanzaran una bomba por la ventana.

Eso empezó mucho antes que yo le contara que había sido seguido. Durante la cena, estuvo quieto como un gato. Esto no es corriente en usted. Ahora cree que afuera hay algo. Bueno, pues saldré a averiguarlo.

-Adelante. Es mejor saberlo.

-Hola, *Loki* -dije dándole palmaditas.

No toqué a *Inga*. Juntos dimos la vuelta a la casa.

El lugar era una fortaleza, o quizá, más bien, un campo de concentración, con la alta cerca de alambre y una ancha franja de terreno libre entre ella y el bosque que la rodeaba. La cerca, electrificada a alta tensión, cobraba un peaje diario a los pájaros que se posaban en sus mortales filamentos. Aun en esta remota parte de México, donde los ricos coronaban siempre sus tapias con trozos de cristales y las guardaban con perros, eran excesivas y extraordinarias las precauciones tomadas por Henry Black.

Conocí a Henry cinco meses antes, poco tiempo después de mi llegada al pueblo de San Xavier. Era una figura atractiva, que atravesaba la plaza con *Inga* a su lado y con Hugo, un criado de cara cuadrada, a su espalda. Durante un segundo, detuvo la mirada en el cuadro que yo estaba pintando. Saludándome con una ligera inclinación de cabeza, continuó su camino. Su espalda tenía un aspecto tan militar como el revólver que colgaba de su cinto.

Durante las dos semanas siguientes, pasó todas las mañanas por mi lado, en su camino de ida y vuelta a la estafeta de correos, sin hablar jamás, aunque siempre mirándome con curiosidad. Al fin, su fascinación por la pintura y su amor por las flores, que era el tema que yo repetía

continuamente en mis cuadros, vencieron su mudez.

Tras la primera y breve conversación, nuestra amistad creció rápidamente, puesto que era un gran aficionado a la pintura. Jugábamos al ajedrez, y nuestras partidas se desarrollaban sin incidentes. Nuestro similar punto de vista superaba los veinte años que había de diferencia en nuestras edades. Yo había visto mucho mundo durante mis treinta años. Henry y yo habíamos luchado en las guerras y conocido países exóticos, y recordábamos algunas calles tortuosas de Singapure o Barcelona.

-¡Qué consuelo hablar de nuevo con un hombre inteligente! -me dijo-. ¿Cómo fue el venir a este pueblo infernal?

-No fue accidental -contesté-. Durante tres años pedí referencias a amigos y conocidos, antes de decidirme por esta ciudad. Para mí es ideal.

No le pregunté qué razones tenía para haber elegido San Xavier como lugar de retiro. Algo en Henry impedía a uno hacer preguntas.

Una semana después conocía a Frieda.

-La encontré en Alemania -dijo él- cuando me hallaba allí con una misión militar. ¡Eric, tendría que haberla visto usted hace treinta años!

Henry siempre estaba en guardia. Pero su vigilancia había aumentado durante las últimas seis semanas. Me di cuenta de que tenía nuevas ojeras y de que en sus modales había cierta tensión. En la calle solía mirar hacia atrás por encima del hombro, y un día me di cuenta de que, deliberadamente, había cambiado la hora de llegada a la estafeta de correos.

Ahora, mientras los perros y yo doblábamos la cuarta esquina de la casa y nos encontramos de nuevo en el patio delantero, noté que él estaba a punto de derrumbarse. Pude verle a través de las persianas, observándome, intentando ver en la oscuridad.

Cuando llegué a la ventana me paré de pronto, con los hombros envarados. *Loki* ladró cuando lo toqué. Los perros, al notar algo extraño en mí, gruñeron de mala manera, olfateando cerca de la valla, como osaban hacer.

Regresé rápidamente a la casa.



-¿Qué era? -preguntó Henry.

-Nada.

-¡No, Eric! Usted vio algo. Yo observaba a través de la persiana. Usted se asustó por algo que había en el bosque.

-Sólo una luz -dijo-. Se encendió dos veces y luego se apagó. Por un momento creí que sería una señal; pero probablemente no era más que un mexicano con una linterna abierta, que la lluvia apagó. Está lloviendo mucho.

Henry me miró dudoso. Me sentí incómodo cuando él me miraba sin hablarme.

-¿Qué pasa? -pregunté mientras me quitaba la empapada chaqueta-. ¿Por qué fue Hugo a verme esta mañana para rogarme que viniera esta noche en lugar del viernes, como tengo por costumbre? No es habitual que usted cambie de planes repentinamente.

Continuaba mirándome fijamente, mostrando en su rostro un conflicto interno.

-Soy amigo de usted -le dije-. Frieda y usted han significado mucho para mí en los pasados meses. Espero que en alguna ocasión pueda demostrarles mi agradecimiento. Si necesita usted ayuda, aquí me tiene; no soy fácil de amedrentar. Pero tengo que saber de qué se trata.

-Siéntese, Eric -me dijo, mientras se tomaba tiempo para encender un cigarrillo para él y otro para mí-. En cierta ocasión me juré que no hablaría con alma viviente. Pero ahora necesito ayuda. Tengo que proteger a Frieda de no importa qué peligro -sus ojos continuaban fijos en mi cara, taladrándome-. Eric, ¿juraría usted ante Dios que, le diga lo que le diga..., sin importar lo que piense usted de mí después..., lo guardará durante veinticuatro horas, si yo no estoy por los alrededores para hacerlo?

Dudé. Al fin, me decidí.

-Claro que sí. Usted, antes de decírmelo, sabía que yo aceptaría.

-¿Lo jura?

-Sí -contesté-. Pero con una condición: sea lo que fuere, dígame toda la verdad. De otro modo, no cuente conmigo.

-Siempre jugador de ajedrez -dijo-. Conforme. Es un juramento entre amigos. Primero, dígame algunas cosas. ¿Qué se ha figurado de mí?

-De acuerdo -respondí-. No me deteste si estoy equivocado. Para empezar, le diré que usted no es realmente americano. A pesar de su acento casi perfecto, comete usted algunos errores. Después, está la forma en que se sienta a la mesa; el modo como alarga usted la mano cuando mueve una pieza del ajedrez... ¿Acierto?

-Por completo -dijo-. Es usted perspicaz, y creo que en usted existe una vena de crueldad. Tal vez por eso confié en usted.

-Sé que se esconde usted de algo -continué-. Esta casa está preparada para un asedio. Sin embargo, no es usted un facineroso ni creo que lo haya sido nunca.

Frieda se hallaba en el arco de separación entre el comedor y el cuarto de estar.

-Entra, *Liebden* -dijo él. Frieda se arrodilló junto a un sillón-. Usted es correcto en todo, Eric. Ahora me toca a mí hablar.

-*Nein, nein* -murmuró Frieda aterrorizada-. Nadie...

-Necesitamos ayuda, Frieda -le interrumpió con el mismo tono cortante con que se dirigía a la perra *Inga*.

Frieda sorbió y permaneció en silencio.

-Mi nombre es Heinrich Schwartz -dijo-. Estoy en México de forma ilegal, pasando como americano retirado, lo cual no es difícil para mí. Cuando niño viví ocho años en la ciudad de Milwaukee. Más tarde me llevaron como «americano» a una academia militar alemana.

Afuera arreciaba la lluvia. Podía oír el viento, que empezó a soplar, cuando Black abandonó su sillón y cruzó lentamente la habitación, restregándose las manos.

-Fui comandante en el ejército alemán. Joven para los cargos que ellos me dieron, pero yo procedía de una familia muy importante. ¡No éramos nazis! No importa lo que digan, ¡no éramos! Es cierto que estuvimos relacionados con el Partido. Frieda tuvo importantes contactos. ¿Quién no los tuvo? Pero yo era militar, condecorado tres veces: una vez, en Polonia; dos veces,

en África.

Hugo entró, trayendo una caja de madera que yo tomé como estuche de pistolas. Henry no pareció advertirle.

-En Baviera fui a la escuela, donde, aprendimos a personificar a americanos para crear desórdenes y cometer sabotajes. Luego una herida de metralla, que me hicieron en África, comenzó a molestarme de nuevo. Me retiraron del servicio activo y me pusieron al frente de un depósito de transportes cerca de la frontera belga. Hugo era entonces mi ordenanza y aún lo es.

El criado inclinó la cabeza sin hablar.

-Parte de mi trabajo consistía en el transporte de los judíos fugitivos apresados en Holanda. Pero ésa fue una parte pequeña de mi labor, pues sólo proporcionaba guardias y facilitaba la conducción al interior. No eran muchos. Menos de cien por semana. Era un fastidio. No presté nunca mucha atención al trabajo, pues era rutinario, pesado. Pero, por lo menos, Frieda podía estar conmigo allí.

Hizo una pausa y continuó:

-Luego todo empezó a tambalearse. Yo tenía catorce prisioneros en mi poder cuando los americanos estaban a punto de cogernos. No existían ya medios de transporte -golpeó con el puño la mesita de café-. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Dejar en libertad a los prisioneros para que sabotearan lo que quedaba de nuestro ejército? -y su voz se alzó en un grito-: ¡Yo tenía órdenes concretas! Yo era un soldado. Hugo y yo los sacamos -sus ojos se dirigieron hacia la ventana-. Igual que hoy, aquella noche llovía a cántaros.

Intenté ver los cuadros que estaban ante los ojos de mis tres compañeros. ¿Veían ellos una procesión de cautivos, con caras hambrientas, en los que la piel apenas cubría el esqueleto? Me representé a Henry y a Hugo, en pie, junto al furgón herméticamente cerrado, esperando a que se formase la última fila. ¿Oía, ahora, Frieda en su mente, los metódicos y espaciados disparos de las Lugers?... ¿O el sollozo de las víctimas? ¡No! Ella estaba escuchando un peligro más cercano. Algo que sucedía afuera, en la noche...

-Después, me condujeron a Nuremberg, donde sufrí juicio -continuó Henry torpemente-. No pudieron probarme nada. Corría el rumor de que se habían escapado dos niños de aquel último grupo. Por tanto, me metieron en la cárcel por espacio de varios meses, mientras buscaban a los fantásticos testigos. No dieron con ellos. Hasta metieron a la pobre Frieda en el asunto, acusándola de ser una hechicera que robaba a los cadáveres. *Mein Gott!* ¡Horrible! No pudieron probar nada, pero yo permanecí cinco años en la cárcel de Loondsbery.

Hizo una pausa.

-Una semana después de soltarme volamos a este país. Sabíamos que si nos encontraban se vengarían de nosotros. Al fin, nos echaron la vista encima. Mire.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre con matasello de la ciudad de México.

Dentro se hallaba la hoja de un almanaque, que tenía la fecha de hoy. El dibujo era tosco, casi infantil. Tres cuerpos, uno de ellos con falda, colgados grotescamente de un árbol.

La hoja estaba cruzada con una frase en alemán que decía: «Esta noche, comandante».

-Anteriormente, llegaron otras cosas -continuó-. Todo empezó hace seis meses. Primero, llegó un paquete que contenía un brazalete de oro... como los que lleva Frieda. Los malvados habían enrollado en él una víbora de goma. Esa vez, la nota decía: «Pronto, comandante; pero no demasiado pronto».

Frieda respiraba pesadamente, sibilantemente...

-Luego, la pistola de juguete -gritó la mujer-. Pintada de rojo..., como si fuese sangre. Otra vez un libro...

-Sí -dijo Henrich-, un libro sobre Adolf Eichmann. En su interior escribieron: «Este mes se reunirá usted con él».

Contemplé a los tres, situados al otro extremo de la habitación.

-Por eso me pidió usted que viniera esta noche -dije-. Usted cree que ellos no le harán nada si hay un extranjero en la casa...

-No lo sé, Eric -contestó-. A usted no le harán daño, desde luego. Usted es americano y podría

ocasionarles serias complicaciones. Tienen mucho cuidado con eso. ¡Lea la historia de Eichmann!

Una profunda arruga surcó su cara.

-Sin embargo, esto no es como fue con Eichmann. Esos avisos vinieron a torturarnos. Es, en cierto modo, un asunto personal. ¡Diabólico! -exclamó, poniéndome una mano en el hombro-. Hugo y yo podemos cuidarnos de nosotros mismos; tenemos pistolas y gran cantidad de municiones. Pero hay que trasladar a Frieda a la ciudad de México. Usted juró que lo haría- No me era posible mirar a sus ojos.

-Lo prometí -respondí- y lo cumpliré. Y si algo ocurre aquí esta noche, yo los ayudaré. No tiene importancia lo que yo piense de su relato; pero no me marcharé de su lado mientras existan unos cobardes ocultos en la oscuridad dispuestos a disparar contra usted.

-Gracias, Eric.

Su voz casi se quebró. Frieda se acercó a mí. Poniéndose de puntillas, me besó en la mejilla.

Cuando el viento empujaba a la lluvia contra las persianas, se oía un *ratatata* fuera. *Inga* y *Loki* ladraban desaforadamente. *Ra-tatá*. El ruido era fuerte, metálico. Sacamos pistolas de la caja que Henry había abierto. Agarré una Luger y la cargué, preparado para entrar en acción.

-¡Frieda! -la mujer prestó atención a la orden de Henry-. ¡Las luces! *Aus!*

Con movimiento militar conseguido a fuerza de ejercicio, Frieda ocupó el puesto asignado junto a los conmutadores de la luz. Bajó los dos primeros, sumiendo a la casa en la oscuridad, pero el patio estaba iluminado cuanto era posible bajo la persistente lluvia. *¡Ratatá!* parecía estar más cerca.

-Permanezca junto a la puerta -dije a Henry-. Hugo y yo saldremos por detrás y daremos la vuelta cruzando el cañaveral.

-Ya.

-El terror que se notaba en el monosílabo me dijo que Henry estaba temblando en la oscuridad. Nos deslizamos por la puerta de la cocina. Hugo se dirigió a la izquierda para cortar la corriente de la verja trasera. Los perros se reunieron con nosotros instantáneamente, pero Hugo consiguió que permanecieran en silencio con una suave voz de mando. Cuando una brisa mojada golpeó nuestra casa, oímos de nuevo el ruido metálico.

La cegadora lluvia y el espeso bosque de cañas precoces y palmeras batallaron contra nosotros cuando intentamos movernos cautelosamente sobre las salientes raíces y las ramas caídas. En esta estación, casi todas las noches, a la misma hora, llueve en San Xavier con acompañamiento de viento huracanado. Evidentemente, esto formaba parte del plan: dar el golpe durante lo más intenso de la lluvia. Nada se había dejado al azar.

A cincuenta metros de la casa encontramos la fuente del ruido: un sencillo artefacto, atado al tronco de un árbol, funcionaba al impulso del viento un mazo de madera golpeando contra una plancha de metal. Maldiciendo, Hugo lo arrancó del árbol.

-Una broma -dijo- para obligarnos a venir aquí. Volvamos de prisa.

Echamos a correr hacia la casa, con más precaución todavía que a la venida, porque ninguno de nosotros sabíamos con qué tropezaríamos.

Casi estábamos ya en la puerta de atrás cuando Hugo pareció sentir algo. Se paró bruscamente. De repente, me di cuenta de lo que había visto.

-¡Hugo! -grité cuando se tiró al suelo... demasiado tarde.

Un disparo rasgó la oscuridad. Ni un solo grito salió de la garganta del criado muerto.

Agachándome, corrí y crucé la verja, apartando a los gruñones perros, ahora más furiosos por el disparo. Durante un segundo terrible creí que *Inga*, en su confusión, me atacaría; pero me dejó pasar.

Abriendo de golpe la puerta de la cocina, me introduje en la oscuridad del interior.

-¡Henry! -grité-. ¡Cazaron a Hugo! ¡Está muerto!...

-*Mein Gott!*... ¿En dónde están ahora?

-Me parece que vienen rodeando por delante. No puedo decirle cuántos son: tal vez tres; quizá cuatro.

A la débil luz que dejaban pasar las tablillas de las persianas vi a Frieda todavía en su sitio, junto a los conmutadores. El revólver de Henry colgaba de su mano mientras miraba al patio. Con rápido ademán, le golpeé la mano y aparté a Frieda. La luz inundó la habitación.

-No hay más que uno, comandante -dije-. Y no está afuera. Está aquí. Fue estúpido por su parte dejar que aquellos niños se escaparan...

El terror de sus caras fue tal y como yo lo supuse. Valía la pena haber esperado tantos años, haber aguantado estos últimos meses, cuando, al fin, los encontré. Permanecí quieto un instante, gozando de la escena, dejando que se grabara cada detalle en mi memoria. Tendría que recordar cada expresión, cada mirada de súplica, para contárselo a mi hermana, que me estaba esperando en la ciudad de México.

-Llueve esta noche, comandante -dije en alemán-. Exactamente como *entonces*.

Primero maté a Frieda, así él vivió para verla morir. Luego, disparé a Heinrich en la cabeza cuando se agachó para coger la pistola que estaba en el suelo. Lo poquísimo que tenía que hacer en la casa..., colocarle a Heinrich la pistola mortal, quitar de en medio las otras pistolas y hacer desaparecer mi copa de jerez..., me llevó poco tiempo. Además, nadie echaría de menos al trío hasta dentro de un par de días por lo menos. Entonces, mi hermana y yo habríamos regresado felices a Nueva York.

Antes de marcharme quité el brazalete de oro de la muñeca de Frieda. En su interior encontré las iniciales de mi madre..., como ya sabía que las encontraría. Recordaba con toda claridad aquel brazalete. Había sido lo último que quedaba de nuestra fortuna y habíamos pensado que algún día serviría para rehacer nuestras vidas. Recuerdo cómo Frieda, mientras yo permanecía tumbado en el suelo fingiendo estar muerto, registró el cuerpo empapado en sangre y sin vida de mi madre, sacándolo de donde lo llevaba escondido.

El tiempo que tardé en hacer estas cosas dio lugar a que los perros se apaciguasen, y cuando me dirigí a la verja del cercado me acogieron casi cordialmente.

-*Shalom, Loki* -dije-. *Shalom, Inga...*

## WILLIAM WOOD - La habitación de los niños

*(One of the Dead)*

La cosa no podía agradarnos más. En lo más hondo del Clay Canyon nos topamos bruscamente con el terreno, al dar la vuelta a un recodo del zigzagveante sendero. Lo indicaba una tabla, toscamente escrita, clavada en el tronco de un árbol seco. En ella se leía:

SE VENDE ESTE TERRENO EN 1.500 DÓLARES SE ADMITEN OFERTAS

Y un número de teléfono.

-¿Mil quinientos dólares?... ¡En Clay Canyon! No puedo creerlo -dijo Ellen.

-Y se admiten otras ofertas -corregí yo.

-Siempre oí decir que no se podía dar un paso por aquí sin darse de cara con los artistas de cine.

-Nosotros hemos recorrido cinco kilómetros sin tropezar con ninguno. No he visto un alma.

-Pero hay casas.

Ellen miró a su alrededor casi sin respiración.

Efectivamente, había casas..., a nuestra derecha y a nuestra izquierda, delante y detrás de nosotros..., casas bajas, estilo rancho, nada ostentosas, prosaicas, que no producían la impresión de las vidas alegres e inverosímiles que nosotros imaginábamos en el interior de ellas. Los coches..., Jaguares, Mercedes, Cadillacs y Chryslers..., estaban aparcados a un lado de la carretera, con su cromado brillando al sol. Capté la visión de la esquina de una piscina y de un blanco trampolín, pero nadie nadaba en el agua turquesa. Nos apeamos del coche, Ellen con su cabeza inclinada como bajo un gran peso. Sus cabellos eran cortos. A excepción del canto de una cigarra en alguna parte de la montaña, una profunda quietud se extendía sobre nosotros desde el calmado aire. Ni un pájaro se movía en los inmóviles árboles.

-Tiene que haber algo raro aquí -dijo Ellen.

-Es probable que ya esté vendido, y que se les haya olvidado quitar la muestra... de todas formas, algo hubo aquí.

Yo había cruzado algunos postes de cemento rotos, que yacían diseminados por el suelo, como si hubieran caído del cielo.

-¿Una casa?

-Es difícil de decir. Si hubo una casa, desapareció hace años.

-¡Oh Ted! -exclamó Ellen-. ¡Es magnífico!... ¡Mira qué vistas!...

Señaló el valle abajo, hacia los redondos y cubiertos cerros. A través de la neblina producida por el calor, parecían estar derritiéndose como si fueran de cera.

-Otra cosa buena -dije-. No habrá que trabajar mucho para tener preparado el terreno, excepto desbrozarlo. Este solar fue nivelado en alguna ocasión. En esto nos ahorraremos unos mil dólares.

Ellen me cogió ambas manos. En su solemne cara fulguraban sus ojos.

-¿Qué piensas, Ted?... ¿Qué piensas?

Ellen y yo nos habíamos casado hacía cuatro años, habiendo dado el paso relativamente tarde, pues ambos habíamos cumplido ya los treinta. Durante esos años habíamos vivido en dos sitios diferentes: primero, en un apartamento en Santa Mónica; después, cuando me ascendieron a ayudante de director, alquilamos un piso amueblado en Hollywood Hills, siempre con el pensamiento de que cuando naciera nuestro primer hijo compraríamos o construiríamos una casa mayor. Pero el hijo no llegaba. Fue una fuente de tristeza y de ansiedad para los dos, y entre nosotros se levantaba como un pequeño escándalo, del que cada cual nos culpábamos mutuamente.

Por entonces, hice un inesperado trabajo en el mercado y Ellen, repentinamente, empezó a hablarme con delicadeza de la casa. Recorrimos varias, pero ella no dejaba de decirme cada vez: «Este piso es realmente muy pequeño para nosotros, ¿verdad?», o «Necesitaríamos un patio...», lo cual me hizo saber que la cuestión casa se había convertido en una obsesión para ella. Tal vez había concebido la idea de que, si teníamos las necesidades precisas para un niño, el niño llegaría. Este pensamiento la hacía feliz. Su semblante se llenó; de sus ojos desaparecieron las ojeras, y la apacible alegría, que no parecía en absoluto alegría, sino una forma de paz, volvió a

ella.

Mientras Ellen agarraba mis manos, vacilé. Estoy convencido ahora de que había algo detrás de mi vacilación..., algo que yo tomé entonces como una cualidad de silencio, un momentáneo dolor de manifiesta desolación.

-¡Esto es tan seguro! -exclamó-. Es de una tranquilidad absoluta.

Yo expliqué eso.

-Es que esto no es una calle que empieza y termina. Su final se halla en alguna parte de las montañas.

Ella se volvió a mí otra vez, mirándome con sus brillantes e interrogadores ojos. La felicidad que había tomado cuerpo en ella durante nuestros meses de búsqueda de casa parecía haber degenerado en algo muy próximo al éxtasis.

-Llamaremos al teléfono que indican -dije-, pero no tengas muchas esperanzas. Deben de haberlo vendido hace tiempo.

Lentamente, descendimos hasta el coche. Cuando tocamos la manilla de la portezuela, ésta ardía. Valle abajo, la parte trasera de un carretón desaparecía en una curva.

-No -dijo Ellen-. Tengo un presentimiento. Creo que está designado para que sea nuestro.

Por supuesto, ella estaba en lo cierto.

Hubo que hablar muy poco con míster Carswell Deeves, propietario del terreno. Aceptó inmediatamente mi cheque de mil quinientos dólares y nos envió la escritura; así, pues, cuando Ellen y yo fuimos a visitarle, éramos, de hecho, dueños del terreno. Míster Deeves, como habíamos sospechado por su modo de actuar tan poco comercial, era un ciudadano particular... Encontramos su casa en una parte predominantemente mexicana de Santa Mónica. Era un hombre rechoncho, coloradote, de edad indeterminada, vestido con pantalones blancos y calzado con zapatos blancos de lona, como si tuviese un campo de tenis escondido entre las escuálidas casas de piedra y los secos huertos de su vecindario.

-Desean ustedes ir a vivir a Clay Canyon, ¿verdad? -preguntó-. Ross Russell vive allí..., o suele vivir.

Así descubrimos que allí vivían Joel McCrea, James Stewart y Paula Richmond, así como otros muchos productores, directores y actores de carácter.

-¡Oh, sí! -continuó míster Deeves-; es una dirección que dará mucha importancia al membrete de su papel de cartas.

Mientras apretaba mi mano, los ojos de Ellen brillaban.

Míster Deeves pudo darnos pocos detalles sobre aquel terreno. Lo único que nos dijo fue que la casa había sido destruida por un incendio hacía ya varios años y que, desde entonces, el terreno había cambiado muchas veces de mano.

-Yo mismo lo adquirí de una forma que les extrañará a ustedes -dijo, mientras estábamos sentados en su gabinete..., una especie de caja oscura y sin ventilación que olía ligeramente a alcanfor y cuyas paredes estaban cubiertas con amarillentas fotografías dedicadas de estrellas cinematográficas-. Se lo gané a un maquillador jugando a las cartas en el plato donde se rodaba *Quo vadis?*... Tal vez me recuerden ustedes. Yo tenía un primer plano en una escena de masas.

-Pero de eso hace ya muchos años, míster Deeves -dije-. ¿Ha estado usted intentando venderlo durante todo ese tiempo?

-Estuve a punto de venderlo una docena de veces -me contestó-; pero siempre ocurría algo que desbarataba la venta.

-¿Qué ocurría?

-Primero, los impuestos de las compañías de seguros contra incendios hizo renunciar a muchos de los compradores. Espero que estén ustedes preparados a pagar una alta prima...

-Siempre he tenido eso en cuenta.

-Pues se sorprendería usted acerca de cuántas personas dejan ese detalle para el último minuto.

-¿Qué otras cosas ocurrieron?

Ellen me tocó el brazo para advertirme que no perdiera más el tiempo en hacer preguntas tontas.

Míster Deeves extendió el contrato ante mí, alisándolo con el dedo.

-Cosas tontas, algunas de ellas. Una pareja encontró algunos palomos muertos...

-¿Palomos muertos?

Le devolví el contrato firmado. Míster Deeves lo sacudió en el aire con una mano sonrosada para que se secara la tinta.

-Cinco, si recuerdo bien. En mi opinión, se posaron sobre un cable de alta tensión y se electrocutaron. El marido no hizo caso del asunto; pero su esposa se puso tan nerviosa que tuvimos que anular el contrato de venta.

Hice una seña a míster Deeves para que cambiara el tema de la conversación. Ellen ama a los animales y a los pájaros de todas clases con tal devoción que convierte en tragedia la pérdida de cualquier animal doméstico, motivo por el cual, desde la muerte de nuestro perro cocker spaniel, no hemos vuelto a tener animales en casa. Pero Ellen no pareció haber oído lo que míster Deeves dijo; sus ojos estaban fijos en el papel que éste tenía en la mano, como si temiese que se esfumara.

De pronto, míster Deeves se puso en pie.

-Bien -gritó-. Ahora ya todo es de ustedes. Sé que serán felices allí.

Ellen se ruborizó de placer.

-Estoy seguro de que lo seremos -dije, y él cogió su gordezuela mano entre las de ella.

-Una dirección de prestigio -gritó míster Deeves desde el pórtico cuando nos alejábamos en el coche-. Una dirección realmente de prestigio.

Ellen y yo somos modernos. Nuestra conversación por las noches versa, generalmente, sobre decisiones del mundo moderno. Ellen pinta un poco y yo escribo de cuando en cuando..., principalmente sobre temas técnicos. La casa que Ellen y yo construimos refleja nuestra admiración hacia la belleza estética de nuestra época. Trabajamos íntimamente con Jack Salmanson, arquitecto y amigo, que proyectó una casa de molde de acero, baja, compacta e íntima, que se ajustaría a las irregularidades de nuestro terreno, aprovechando el espacio hasta el máximo. La decoración interior se la dejamos a Ellen, que revisó minuciosamente todas las revistas dedicadas al hogar e hizo diseños como si fuera a decorar una docena de casas. Menciono estos detalles para demostrar que no existe entre mi mujer y yo ninguna imposición de modos, y que nuestra libertad de actuación y de opinión era absoluta: nos sentíamos mutuamente agradecidos tanto por nuestro sentido común como por nuestras sensibilidades, y nos halagaba que la casa que habíamos construido estuviese entre lo estético y lo funcional. Sus líneas eran sencillas y claras; no tenía rincones oscuros y estaba rodeada de casas por tres lados, ninguna de las cuales tenía más de ocho años de antigüedad.

Sin embargo, hubo indicios desde el primer momento, indicios fatales que sólo pueden considerarse desde un punto de vista retrospectivo, aunque a mí me parece ahora que hubo otras personas que sospecharon también, pero no dijeron nada. Una de ellas fue el mexicano que cortó el árbol.

Como favor especial para ahorrarnos dinero, Jack Salmanson decidió supervisar él mismo la casa y alquilar contratistas independientes para realizar el trabajo, muchos de los cuales eran mexicanos o negros con aparatos en pésimo estado, que parecían funcionar tan sólo por algún milagro mecánico. El mexicano, un trabajador bajito y ruin, de lacio bigote, había quemado ya dos sierras y aún no había cortado la mitad del tronco del árbol. Era inexplicable. El árbol, el mismo donde Ellen y yo viéramos por primera vez el cartel de **SE VENDE...**, llevaba seco muchísimos años, y las ramas que yacían diseminadas por el suelo estaban podridas.

-Debe usted de haber tropezado con un conjunto de nudos -dijo Jack-. Inténtelo otra vez. Si la sierra se calienta demasiado, utilice el tractor para derribarlo.

Como si respondiera al conjuro de su nombre, el tractor volvió la espalda al terreno y avanzó hacia nosotros en medio de una nube de polvo, los negros hombros del conductor refulgiendo al sol.

El mexicano no tuvo que temer por su tercera sierra. Apenas tocó con ella el árbol, éste volvió de su propio acuerdo. Asustado, el mexicano retrocedió unos cuantos pasos. El árbol había empezado a caer hacia la parte trasera del terreno, en la dirección del corte que le habían hecho;

pero, de pronto, pareció detenerse, con sus desnudas ramas temblando como si estuvieran presas de un ataque de nervios; luego, con un terrible ruido de desgajamiento, volvió a levantarse y retrocedió sobre sí mismo, ganando ímpetu e inclinándose hacia el tractor. Mi voz murió en mi garganta; pero Jack y el mexicano gritaron, y el conductor saltó del tractor y rodó por el suelo en el mismo instante en que el árbol caía sobre la cubierta y destrozaba la dirección. El tractor, perdido el control e impulsado por la fuerza del golpe, vino directamente hacia nosotros, con las ruedas dentadas rechinando y abriendo un profundo surco en la tierra. Jack y yo saltamos a un lado; el mexicano, a otro. El tractor pasó por el medio y enfiló hacia la calle, con el negro corriendo tras él.

-¡El coche! -gritó Jack-. ¡El coche!...

Aparcado delante de la casa situada al otro lado de la calle había un coche, un coche que era, no cabía duda, nuevo. El tractor enfiló directamente hacia él, con sus cuchillas extrayendo del pavimento haces de chispas. El mexicano ondeó su sierra sobre su cabeza como si fuera un juguete y gritó en español. Me tapé los ojos con las manos y oí gruñir a Jack por lo bajo, como si hubiese sido golpeado en mitad del cuerpo antes de producirse el choque.

Las dos mujeres, que estaban en el pórtico de la casa de enfrente, abrieron la boca, sorprendidas. El coche quedó partido por el centro; su carrocería se cortó como si fuera de papel, y la parte delantera y trasera del coche rodearon al tractor como si lo abrazaran. Luego, ambos vehículos quedaron envueltos en una crepitante llama azul.

-¡Qué mala suerte! -musitó Jack, cuando echamos a correr hacia el otro lado de la calle.

Por el rabillo del ojo capté la curiosa visión del mexicano sentado en el suelo, rezando, con la sierra sobre las rodillas.

Aquella tarde, Ellen y yo fuimos a visitar a los Sheffits, Son-dra y Jeff, nuestros vecinos del otro lado de la carretera del valle, donde encontramos a la propietaria del coche destrozado, Joyce Castle, una estupenda rubia con pantalones color limón. La tirantez causada por el accidente fue desapareciendo a fuerza de tiempo y de cócteles, y, al fin, los tres lo tomamos como una desmedida broma.

Mistress Castle, sobre todo, estaba especialmente jocosa.

-Voy adelantando -dijo, contenta-. El Alfa Romeo me duró solamente dos días; pero éste lo he tenido seis semanas completas. Aún me queda la matrícula...

-Pero usted no debe estar sin coche, mistress Castle -dijo Ellen, muy seria-. Nos satisfará mucho poder prestarle nuestro Plymouth hasta que pueda usted...

-Mañana tendré a mi disposición un nuevo coche. Por la tarde. No se preocupe por mí. Un Daimler, Jeff, por si te interesa saberlo. No he podido resistirme después de haber conducido el vuestro. ¿Qué fue del pobre conductor del tractor?... ¿Está muy grave?

-Creo que sobrevivirá -contesté-. En todo caso, aún tiene dos tractores más.

-Entonces, no necesitará usted detener las obras.

-Creo que no.

Sondra se rió por lo bajo.

-Yo estaba mirando por la ventana en aquel momento -dijo-. Fue exactamente como una película de dibujos. Una reacción en cadena.

-Y mi pobre Cadillac estaba al final de ella -suspiró mistress Castle.

*Suey*, el perro de mistress Castle, que estuvo echado junto a su ama, mirándonos severamente entre sueños, corrió de pronto a la puerta de entrada, ladrando ferozmente, con sus orejas enhiestas.

-¡*Suey!* -gritó mistress Castle golpeándose una rodilla-. ¡Ven aquí, *Suey!*

El perro movió las orejas y miró a su ama. Luego, a la puerta otra vez, como si calculara la decisión a tomar. Gruñó profundamente.

-¡Es el fantasma! -exclamó Sondra con frivolidad-. Está detrás de todo.

Sondra estaba sentada en un extremo del sofá y movía la cabeza de un lado para otro mientras hablaba, como una niña muy inteligente.

Jeff se rió con fuerza.



-¡Oh!... Se cuentan algunas historias muy buenas.

Suspirando, mistress Castle se puso en pie, agarró a *Suey* por el collar y lo hizo volver a su sitio.

-Si no fuera por lo que es, le llevaba a un psiquiatra -dijo-. ¡Calla, *Suey!* Aquí tiene un anacardo.

-A mí me gustan mucho los cuentos de fantasmas -dijo sonriendo.

-Bueno -murmuró Jeff, indulgentemente desdeñoso.

-Vamos, Jeff -le dijo Sondra, metiéndole prisa y mirándole a través del cristal de su copa-. Les gustará oírte.

Jeff era agente literario. Alto, cetrino y de cabellos negros y lacios, que continuamente se estaba echando hacia atrás con los dedos, porque le caían sobre los ojos. Cuando hablaba, sonreía irónico, como si se defendiera contra la probabilidad de que le tomaran en serio.

-Todo lo que yo sé es que, durante el siglo diecisiete, el español solía tener ahorcados aquí. Se supone que las víctimas flotan por los alrededores durante la noche y hacen ruido.

-¿Criminales? -pregunté.

-De la peor calaña -dijo Sondra-. ¿Cuál fue la historia que te contó Guy Relling, Joyce?

Sonrió con curioso placer interno, que sugería que ella conocía perfectamente bien la historia.

-¿Ese Guy Relling es el director? -pregunté.

-Sí -respondió Jeff-. Es propietario de esos establos que se levantan en la parte baja del valle.

-Los he visto -dijo Ellen-. ¡Qué caballos tan magníficos!

Joyce Castle levantó su copa vacía en el aire.

-Jeff, cariño, ¿quieres darme otra?

-Nos estamos apartando del tema -dijo, amable, Sondra-. Dame a mí también otra copa, *darling*

-dijo alargando su vaso a Jeff cuando se acercó-. Pórtate como un chico bueno... No quise interrumpir, Joyce. Continúa.

Hizo un gesto hacia nosotros como si fuéramos una audiencia perfecta. Ellen se irguió ligeramente en su silla.

-Al parecer existía un *hombre*{4} de sorprendente depravación -dijo Joyce Castle, lánguidamente-. Olvidé su nombre. Asesinaba, robaba, raptaba... Tenía uno de esos nombres interminables españoles con un «Luis» en medio: un noble, según creo que me dijo Guy. Con cierto encanto. Loco, por supuesto, al fin, por cierta fechoría realizada en un convento de monjas. Ustedes dos se han introducido en una vecindad rica en tradición.

Todos nos echamos a reír.

-¿Qué hay de esos ruidos? -preguntó Ellen a Sondra-. ¿Ha oído usted alguno?

-Por supuesto -respondió Sondra, ladeando graciosamente la cabeza.

Toda su piel tenía el mismo color del café, debido a las tardes pasadas en la piscina. Era una forma de ocio que a su marido, con su color bilioso y sus cabellos largos y lacios, al parecer no le agradaba.

-En todos los sitios donde yo he vivido ha habido ruidos por las noches que nadie ha podido explicarme -respondió, haciendo su sonrisa más torcida y apologética-. Aquí hay toda clase de vida salvaje..., zorras, zorritas y zorrones..., y hasta algún coyote en lo alto de las montañas. Después de la puesta del sol, entran en actividad.

La sonrisa de placer de Ellen ante esta noticia se convirtió en malestar cuando Sondra observó en su forma más impremeditada de hablar:

-Una mañana encontramos materialmente hecho pedazos a nuestro gatito. Estaba empapado en sangre. Nunca encontramos su cabeza.

-Alguna zorra -indicó Jeff tranquilamente.

Todo lo que él decía parecía profundo. Algo surgía de él como un halo. Pensé que era afectación. Sondra miró distraída a su falda, como si estuviese gozando de algún secreto que sólo ella conocía. Parecía enormemente alborozada. Se me ocurrió que Sondra estaba tratando de asustarnos. En cierto modo, eso me aliviaba. Pensé, mientras contemplaba su bronceada y despellejada cara, que ella se estaba divirtiendo demasiado para estar asustada.

Después del incidente del árbol, todo se desarrolló bien durante algunas semanas. La construcción de la casa avanzaba rápidamente. Ellen y yo la visitábamos tan frecuentemente como nos era posible, paseando por el incultivado campo y representándonos nuestro hogar en nuestras mentes. La chimenea iría aquí; el refrigerador, allí; el cuadro de Picasso, en aquella parte...

-Ted -dijo Ellen, tímida-, he estado pensando por qué no amueblamos la habitación que nos sobra como dormitorio para niños.

Esperé.

-Ahora que viviremos aquí, nuestros amigos se quedarán con más frecuencia por las noches. La mayoría de ellos tienen niños pequeños. Sería agradable para ellos...

Le pasé el brazo por los hombros. Se dio cuenta de que yo la había comprendido. Fue una manera delicada de expresárselo. Ellen alzó la cara y la besé en el entrecejo. Señal y contraseñal, las claves de nuestra vida en común: una vida de sensibilidad y tacto.

-¡Eh!... ¡Ustedes dos!... -gritó Sondra Sheffits desde el otro lado de la calle.

Se hallaba en el porche, en bañador rosa, con la piel bronceada y sus cabellos casi blancos.

-¿Vienen a tomar un baño?

-¡No tenemos bañadores!

-¡Vengan!... ¡aquí hay muchos!...

Ellen y yo debatimos la cuestión con una mirada y la aceptamos con un ligero apretón de manos.

Cuando salí al patio, vestido con un traje de baño de Jeff, Sondra dijo:

-Ted, está usted pálido como un fantasma. ¿Es que donde está no toma usted el sol?

Estaba tumbada en una *chaise-longue*, detrás de unas gigantescas gafas elípticas de cristales contra el sol e incrustadas de gemas de cristal.

-Me paso todo el tiempo en el interior escribiendo artículos -respondí.

-Cuando guste, puede venir aquí. Será bien recibido -dijo sonriendo, mientras me mostraba dos hileras de dientes blanquísimos y perfectos- Y nadará...

Ellen apareció con su traje de baño prestado. Era rojo, con un ligero adorno. Se hizo pantalla con la mano ante los ojos cuando el sol, brillando metálicamente sobre el agua, la hirió de lleno en la cara.

Sondra la invitó a acercarse, como si fuera a presentarme a mi esposa.

-Este bañador le sienta a usted mucho mejor que a mí.

Sus uñas rojas brillaron sobre el brazo de Ellen, quien sonreía tímidamente. Las dos mujeres tenían aproximadamente la misma estatura, pero Ellen era más estrecha de hombros y más ancha de caderas y de muslos. Cuando vinieron hacia mí, Ellen me produjo la impresión de ser alguien a quien yo no conocía. Su cuerpo, tan familiar para mí, se me hizo extraño. Parecía desproporcionado. Los cabellos, que en Sondra eran casi invisibles, excepto cuando el sol los hacía plateados, caían lacios y oscuros sobre el pálido brazo de Ellen.

Como si se diera cuenta de la repentina distancia existente entre nosotros, Ellen me cogió la mano.

-Tirémonos juntos al agua -dijo, alegre-. Y nademos de espalda.

Sondra se retiró a su *chaise-longue* para observarnos, con los ojos ocultos tras sus espantosos cristales, inclinando a un lado la cabeza.

Los incidentes empezaron de nuevo y continuaron a intervalos. Guy Relling, con quien nunca me reuní, pero cuyos pronunciamientos sobre lo sobrenatural me alcanzaban, de cuando en cuando, a través de los otros, como mensajes de oráculo, clamaba que la existencia de los muertos vivos es particularmente dolorosa mientras revolotean entre los dos estados del ser. Sus memorias guardan siempre, frescas y punzantes, las pasiones de la vida; pero no son capaces de remediarlas sino a fuerza de un monstruoso desgaste de pensamiento y de energía, que los deja literalmente imposibilitados durante meses o, a veces, durante años. A esto se debía el que las materializaciones y otras formas tangibles de acción fuesen relativamente raras. Por supuesto, había excepciones, como Sondra, nuestra más frecuente traductora de las teorías de Relling, señaló una noche con esa extraña alegría que acompañaba a todas sus observaciones sobre el

tema. Algunos fantasmas son terroríficamente activos..., en especial los locos, quienes, al ignorar las limitaciones de la muerte como ignoraban las imposibilidades de la vida, las trascienden con el dinamismo exclusivamente propio de la locura. Generalmente, sin embargo, era opinión de Relling que un fantasma era más digno de lástima que de terror. Sondra le citó al decir: «La noción de una casa encantada es un concepto semánticamente equivocado. No es la casa la que está encantada, sino el alma misma».

El sábado 6 de agosto, un obrero, al fijar una conducción, se quedó tuerto con una lámpara de acetileno.

El jueves 1 de septiembre, un desprendimiento de tierra, producido en el cerro que se alzaba detrás de nosotros, arrojó cuatro toneladas de polvo y piedras sobre la casa medio terminada, parando los trabajos durante dos semanas.

El domingo 9 de octubre, día de mi cumpleaños..., cosa bastante extraña..., mientras visitaba la casa solitaria, me escurrí con un tornillo extraviado y me golpeé la cabeza contra una lata grande de pintura, haciéndome una brecha que necesitó diez puntos de sutura. Corrí a casa de los Sheffits. Sondra abrió la puerta en traje de baño y con una revista en la mano.

-¿Ted?

Me miró fijamente.

-No le había reconocido con tanta sangre. Entre. Llamaré al médico. Procure no gotear sobre los muebles...

Le conté al médico lo del tornillo en el suelo y lo de la lata de pintura. No le dije que me había escurrido porque me volví demasiado precipitadamente, y que si me volví demasiado precipitadamente fue porque experimenté la sensación, cada vez mayor, de que alguien estaba detrás de mí, lo bastante cerca para tocarme, tal vez, porque algo flotaba allí, fétido, húmedo, frío y casi palpable en su proximidad. Recuerdo haberme estremecido violentamente cuando me volví, como si el sol de este caluroso día estival hubiese sido reemplazado por una misteriosa estrella sin calor. No le dije esto al doctor ni a nadie.

En noviembre, ardieron Los Ángeles. Tras la larga sequía del verano, la savia se desliza por debajo de tierra y los calcinados cerros parecen gemir por el piadoso alivio de otra vida o de otra muerte: lluvia o fuego. Invariablemente, el fuego llega primero, extendiéndose poco a poco como una epidemia por las distantes partes del país hasta que el cielo está lívido y sin estrellas durante la noche, y cubierto de un humo pardusco durante el día.

En Tijuana, al norte de nosotros, se declaró un espantoso incendio el mismo día que Ellen y yo nos instalamos en nuestra nueva casa..., hermosa, severa, agresivamente nueva sobre su seca ladera..., bajo un chocante cielo de color terroso y un sol insignificante y velado. Sondra y Jeff acudieron a ayudarnos, y por la noche Joyce Castle hizo escala en nuestra casa con *Suey* y una botella de champaña.

Ellen entrecruzó sus manos bajo la barbilla.

-¡Qué agradable sorpresa!

-Espero que esté bastante frío. Lo he tenido en el refrigerador desde las cuatro. ¡Bienvenidos al valle! ¡Son ustedes una pareja estupenda!... Ustedes me recuerdan a mis padres... ¡Dios, qué calor! Supongo que tendrán aire acondicionado... Me he pasado todo el día sudando a cuenta del humo...

Jeff estaba tumbado en un sillón con sus largas piernas estiradas ante sí, de la misma forma que un cojo pondría sus muletas a ambos lados.

-Joyce, eres un ángel. Perdóname que no me levante. Estoy recuperándome...

-Ted -dijo Ellen con suavidad-, ¿por qué no sacas unas copas?

Jeff se puso en pie.

-¿Puedo echarle una mano?

-Continúa sentado, Jeff.

Suspiró.

-No me había dado cuenta de que estaba tan bajo de forma.

Su aspecto era más cadavérico que en todas nuestras tardes de esfuerzos y ajeteos. El sudor se

había almacenado en los huecos de sus ojos.

-¿Quiere usted que le enseñe la casa, Joyce, mientras Ted está en la cocina?

-Encantada, Ellen -respondió Joyce-. Enséñemela toda.

Sondra me siguió a la cocina. Se apoyó contra la pared y fumó, apoyando el codo izquierdo sobre la palma de la mano derecha. No decía nada. A través de la puerta abierta podía ver las estiradas piernas de Jeff, desde las pantorrillas para abajo.

-Gracias por su ayuda de hoy -dije a Sondra en voz tan baja que parecía un susurro.

Podía oír a Ellen y a Joyce mientras iban de una habitación a otra, sus voces agitadas y lánguidas.

-¿Es todo de acero?... ¿Quiere usted decir todo?... ¿Las paredes también?... ¿No teme usted a los rayos?...

-¡Oh!... Creo que todos nosotros estamos en terreno seguro.

Jeff bostezó ruidosamente en el cuarto de estar. Sin decir palabra, Sondra puso una bandeja encima de la mesa de la cocina, mientras yo abría y revolvía en una caja de cartón en busca de copas. Ella me observaba firme y fríamente, como si esperase que la agasajara. Yo necesitaba decir algo para romper un silencio que se estaba haciendo antinatural y opresivo. Los ruidos que nos rodeaban parecían aislarnos dentro de un círculo de intimidad. Con la cabeza inclinada a un lado, Sondra me sonreía. Podía oír su precipitada respiración.

-¿Qué es esto?... ¿Una habitación para un bebé?... ¡Oh Ellen querida!...

-¡No, no!... Es para los hijos de nuestros amigos...

Los ojos de Sondra eran azules, el color de las aguas poco profundas. Al parecer, estaba deliciosamente divertida, como si nosotros estuviéramos complicados en una conspiración..., una conspiración que yo ansiaba rechazar haciendo alguna observación prosaica en voz alta para que todos la oyeran; pero una especie de dolor atenazaba mi pecho, como si las palabras no quisieran salir de allí, y lo único que hice fue sonreír a su falta de juicio. A cada minuto de silencio que pasaba, se hacía más difícil romperlo, y me hundía más en la intriga de la que yo, a pesar de ignorarlo, era seguramente culpable. Una ligerísima insinuación de Sondra hubiera bastado para convertirnos en amantes.

Ellen se hallaba en el umbral, medio vuelta, como si su primer impulso hubiera sido echar a correr. Parecía estar sumergida en sus pensamientos, con los ojos fijos en el acerado marco de la puerta, de color crema.

Sondra comenzó a hablar a Ellen con su irónica y seca voz. Era una charla de lo más frívola; pero estaba destruyendo, como yo deseaba que destruyera, la absurda noción de que existía algo entre nosotros. Podía darme cuenta de la confusión de Ellen. Prestó atención a las palabras de Sondra, observando atentamente sus labios, como si esta elegante y bronceada mujer, que fumaba tranquilamente y charlaba por los codos, fuera su salvador.

Yo, por mi parte, parecía haber perdido por completo la facultad del habla. Si me mezclaba en la conversación, cuidadosamente inocente, de Sondra, me convertiría en cómplice del engaño contra mi esposa; si yo proclamaba la verdad y terminaba por aclararlo todo... Pero, ¿qué verdad?... ¿Qué tenía que aclarar?... ¿Un sentimiento en el aire? ¿Una insinuación?... Por supuesto, no existía contestación a nada de eso. A mí ni siquiera me gustaba Sondra. En ella había algo frío y desagradable. No había que confesar nada, porque nada había sucedido.

-¿Dónde está Joyce? -pregunté, al fin, con la boca seca-. ¿No quiere ver la cocina?

Ellen se volvió lentamente hacia mí, como si le costase un gran esfuerzo.

-Estará aquí dentro de un minuto -respondió, sin tonalidad en su voz.

Entonces oí las voces de Joyce y de Jeff en el cuarto de estar. Ellen estudiaba mi semblante, con sus pupilas extrañamente dilatadas bajo la sonrosada luz fluorescente, como si tratara de penetrar hasta el fondo la gran oscuridad que se extendía tras mi oportuna observación. ¿Era alguna clase de código, una nueva señal para ella que yo debería aclarar en breve? ¿Qué significaba? Le sonreí y ella me respondió con otra sonrisa: un tentador y formal movimiento de labios, como si yo fuera un rostro familiar cuyo nombre no recordaba en aquel momento.

Joyce entró.

-Detesto las cocinas. Yo nunca entro en la mía.  
Nos miró sucesivamente a cada uno de nosotros.

-¿Interrumpo?

A las dos de la madrugada me senté en la cama, completamente despierto. El dormitorio estaba bañado por el fulgor rojizo del incendio, que se había acercado durante la noche. Un tenue y opaco velo de humo se extendía por la habitación. Ellen yacía en la cama, tumbada sobre un costado, dormida, con una mano ahuecada puesta sobre la almohada, junto a su cara, como si estuviera esperando que le pusieran algo en ella. Yo no tenía idea de por qué me hallaba tan completamente despierto; pero separé las mantas y me acerqué a la ventana para contemplar el fuego. No podía ver las llamas, pero las montañas se delineaban en negro contra un cielo ampuloso, que crecía o menguaba cuando el viento soplaba o amainaba.

Entonces oí el ruido.

Soy una persona que tiene fama de emplear en todo momento las palabras exactas, lo cual es muy necesario cuando se escribe sobre temas técnicos. Sin embargo, soy incapaz de encontrar ahora una palabra que describa ese ruido. La que he encontrado más aproximada es una que yo mismo me he inventado: *blump*. Era más bien expansivo y sin localización. No era un ruido sólido. Había algo vago y susurrante en él; y, de cuando en cuando, comenzaba con la sugerencia de un suspiro, de una evaporación confusa en el aire, que parecía tomar forma y morir en el mismo instante. En cierto modo, no puedo definirlo; era insensato, involuntario e irrazonable, pero implacable. Porque no pude explicármelo inmediatamente, fui en busca de una explicación.

Salí al vestíbulo y encendí la luz, presionando el silencioso botón. La luz surgió de unas fisuras practicadas en el techo y se difundió a través de unos lechosos estucos semejantes a papel de arroz japonés. Las indestructibles y limpias paredes se levantaban perpendicularmente a mi alrededor. A través del ligero tufo de humo se percibía el olor, suave y metálico, de lo nuevo, más semejante al de un coche que al de una casa. Y el ruido continuaba. Parecía proceder de la habitación del fondo del vestíbulo, de aquella que habíamos destinado a los hijos de nuestros amigos. La puerta estaba abierta y podía ver una mancha gris, que era la ventana occidental. *Blump..., blump..., blump...*

Fijando los ojos en la mancha gris, comencé a cruzar el vestíbulo, mientras las piernas se me iban haciendo pesadas como troncos, y durante todo el tiempo no dejaba de repetirme:

-La casa está contrayéndose. Todas las casas nuevas se contraen y hacen ruidos extraños.

Y tan lúcido estaba yo que creía que no tenía miedo. Cruzaba el nuevo y brillante vestíbulo de mi nueva casa de acero para investigar un ruido, porque la casa podía estar contrayéndose de mala manera, o porque el animal podía estar haciendo algún estropicio... Me habían dicho que los coatis merodeaban, por lo regular, por los cubos de la basura. Tal vez había algo que no marchaba bien en las tuberías o en el sistema de calefacción que calentaba nuestros suelos. Y ahora, como dueño responsable de la casa, tenía que localizar el centro aparente del ruido y tomar las medidas pertinentes. Verosíblemente, dentro de dos o tres segundos estaría al tanto de lo que pasaba. *Blump..., blump..., blump...* El gris de la ventana se tornó rosa cuando llegué suficientemente cerca de ella para ver la montaña a través de los cristales. Lo negro era la maleza, y lo rosa, esa faja polvorienta que el tractor cortó antes de enloquecer. Yo había observado el accidente desde el mismo sitio donde ahora me hallaba, y el desaparecido hoyo donde estuvo el árbol se hallaba tapado firmemente por el suelo prefabricado de la habitación, cuya oscuridad hubiera barrido con solo tocar con mi mano derecha el conmutador de la luz.

-¿Ted?

La sangre se agolpó en mis oídos. Tuve la sensación de que mi corazón había estallado. Me apoyé en la pared para no caerme. Sí, claro que sabía que era la voz de mi esposa, y contesté con toda tranquilidad:

-Sí, soy yo.

-¿Qué pasa?

Oí el rumor de la ropa de la cama.

-No te levantes. Voy en seguida.

El ruido había cesado. No se oía nada. Solamente el casi imperceptible zumbido del refrigerador

y el silbido del viento.

Ellen estaba sentada en la cama.

-Sólo estaba observando el fuego -dije.

Ellen se tumbó y se puso a acariciar mi lado de la cama. Antes de apagar la luz del vestíbulo observé su sonrisa.

-Estaba soñando con él -me dijo suavemente, mientras me metía en el lecho. Ella se acurrucó contra mí-. ¡Estás temblando!

-Debí ponerme la bata.

-Te calentaré en un instante -me dijo apretando su fragante cuerpo contra el mío.

Pero yo permanecía rígido como una piedra, y hasta tan frío, mirando el techo, con mi mente completamente en blanco.

Tras un instante dijo:

-¡Ted!

Era su señal, siempre vacilante, siempre trémula, que significaba que debía volverme hacia ella y tomarla en mis brazos.

En lugar de hacerlo, respondí:

-¿Qué?

Como si no hubiese comprendido lo que deseaba.

Durante unos minutos, me di cuenta de la lucha que sostenía con su candor para sacarme de mi inusitada distracción y decirme que quería que le hiciera el amor. Pero era demasiado para ella..., algo demasiado contrario a su modo de ser. Mi frialdad había creado un vacío que ella era incapaz de llenar..., una frialdad repentina e inexplicable a menos que...

Ellen se separó lentamente y se tapó hasta los ojos. Al fin, me preguntó:

-Ted, ¿ha pasado algo que yo deba saber?

Se había acordado de Sondra y de la extraña escena de la cocina. Sé que Ellen tuvo que hacer un enorme esfuerzo para hacerme esa pregunta, aunque supiese mi contestación.

-No. Es que estoy cansado. Hemos tenido un día muy ajetreado. Buenas noches, querida.

La besé en la mejilla y noté que sus ojos, al resplandor del incendio, buscaban los míos, haciéndome la pregunta que no era capaz de salir de sus labios. Me volví, algo avergonzado, porque yo no podía darle la contestación que hubiera colmado su necesidad. Porque no existía ninguna respuesta...

El incendio empezó a ser dominado después de haber ardido más de tres kilómetros cuadrados de terreno y varias casas, y tres semanas después llegaron las lluvias. Jack Salmanson vino un domingo a ver cómo estaba la casa, a revisar los cimientos, el tejado y todas las juntas, encontrándolo todo en perfecto estado. Estábamos sentados, mirando distraídamente al patio a través de la puerta de cristal. El patio era una porción de terreno lleno de fango gris que amenazaba cubrir de una delgada capa de cieno y grava los pocos baldosines que yo había puesto. Ellen estaba acostada en el dormitorio. Había tomado la costumbre de echarse la siesta después de comer, aunque era yo, y no ella, quien permanecía completamente despierto noche tras noche, tratando de explicarme los ruidos que cada día se hacían más imposibles de explicar. El apagado sonido que, en ocasiones, acompañaba al *blump*, y la estrangulada expulsión de aire que seguía, eran seguramente el resultado de algún desperfecto en la conducción de aguas; los pasos que cruzaban el vestíbulo y se paraban al otro lado de nuestra puerta cerrada, alejándose después con una especie de risita ahogada, eran como si la noche contrajera el metal de nuestra casa después del calor del día. A través de todo esto, Ellen dormía como sumida en un embotamiento; parecía como si se hubiese hecho adicta al sueño. Se iba a la cama a las nueve de la noche y no se despertaba hasta las diez de la mañana siguiente; por la tarde se echaba la siesta, y durante el resto del día se movía como aletargada, con un chal mejicano sobre los hombros, quejándose de frío. El médico la examinó por si padecía mononucleosis, pero no le encontró nada. Dijo que tal vez fuera debido a su sinusitis, y que debería dormir cuanto quisiera.

Tras un prolongado silencio, Jack dejó a un lado su copa y, poniéndose en pie, dijo:

-Me voy.

-Avisaré a Ellen.

-¿Para qué? Deja que duerma. Dile que le deseo un pronto restablecimiento.

Se volvió para mirar la casa que había diseñado y construido.

-¿Sois felices aquí? -preguntó de pronto.

-¿Felices? -repetí la palabra un tanto cohibido-. ¡Claro que somos felices!... Nos gusta la casa. Aunque es... un poco ruidosa por las noches.

Tartamudeé, como si estuviese pronunciando las primeras palabras de una confesión; pero Jack apenas pareció oírlas. Con la mano hizo un movimiento.

-Es una casa bien construida.

Jack iba de un lado a otro de la habitación.

-Sin embargo, no sé... Hay algo en ella..., algo que no me acaba de convencer... Tal vez sea el viento, solamente..., o la luz... Debería ser más acogedora, ¿comprendes lo que quiero decir? Parece como si le faltara alegría...

Yo le observaba con una especie de desmedida esperanza, como si pudiera ahuyentar de alguna forma mágica mi terror..., hacer por mí lo que yo no podía hacer por mí mismo, y permitir que se discutiera tranquilamente entre dos hombres de mente sana. Pero Jack no parecía preocuparse de la causa de la tristeza, sino de atajarla.

-¿Por qué no ponéis un par de alfombras color naranja en esta habitación? -me preguntó.

Miré fijamente al suelo como si un par de alfombras color naranja tuviesen un encanto infalible.

-Sí -respondí-. Creo que las compraremos.

Ellen entró en el cuarto de estar, echando hacia atrás su cabello, con la cara abotargada de tanto dormir.

-Jack -dijo-, cuando el tiempo mejore me sentiré feliz. Anna, tú y los niños debéis venir a pasar con nosotros una noche...

-Nos agradecerá mucho. Pero después que cesen los ruidos -dijo irónico dirigiéndose a mí.

-¿Los ruidos?... ¿Qué ruidos?

La cara de Ellen se puso lívida. Me di cuenta cuando me miró. La expresión era la misma; pero lo que antes había de abierto en ella, ahora era solamente vaciedad. Habíase puesto en guardia contra mí; sospechaba que yo le ocultaba cosas.

-Por las noches -respondí-. La casa cruje. Tú no lo oyes...

Cuando Jack se hubo ido, Ellen se sentó con una taza de té en el mismo sillón que ocupara Jack, mirando hacia el fango. Su largo chai púrpura colgaba hasta sus rodillas, tapándole los brazos. Parecía no haber explicación para las dos manos blancas que manoseaban sobre su falda la taza de té.

-Es una cosa triste -dijo, sin matiz en su voz-. No se puede hacer nada; pero lo siento por Sondra.

-¿Qué pasa? -pregunté poniéndome en guardia.

-Joyce estuvo aquí anteayer. Me dijo que Jeff y ella habían sido amantes, a intervalos, durante seis años.

Se volvió para ver cómo había recibido la noticia.

-Bueno, eso explica por qué Joyce y Sondra se detestan mutuamente -respondí, mirando cariñosamente a los ojos de Ellen.

En ellos encontré solamente el reflejo de los cristales de la puerta, hasta con los regueros de lluvia, y experimenté la atemorizada sensación de que me habían mostrado un cuadro de la verdad, como si ella estuviera hurgando secretamente en las profundidades de un alma que yo ya no podía tocar. Porque Ellen no creía en mi inocencia; ni siquiera estoy seguro de que yo mismo creyera en ella, y, verosímilmente, tampoco lo creían Joyce ni Jeff. Es imposible decir lo que creía Sondra. Ella actuaba como si nuestra infidelidad fuese un hecho consumado. En cierto modo, era una hazaña genial, porque Sondra nunca me tocó un pelo, excepto de un modo impersonal o de lo más accidental. Aun sus miradas, la base sobre la que ella construyó el mito de nuestro «lío», no tenían nada de amistosas; eran escrutadoras y violentas, e iban siempre acompañadas de una sonrisa furtiva, como si nosotros participáramos meramente de alguna broma particular. Sin embargo, había algo en la forma en que lo hacía..., en la inclinación de su



cabeza tal vez..., que hacía pensar claramente que la broma era a cuenta de alguien. Y había tomado la costumbre de llamarme «cariño».

-Sondra y Jeff tienen un hijo retrasado mental, internado en un sanatorio..., en no sé qué sitio -dijo Ellen-. Eso, al parecer, es lo que los separa mutuamente.

-¿Te contó Joyce todo eso?

-Lo mencionó por casualidad, como si fuera la cosa más natural del mundo... Suponía que nosotros lo sabíamos... Pero a mí no me gusta saber de nuestros amigos ciertas cosas.

-Me imagino que eso es mostrarse sagaz. Tú y yo tenemos un corazón provinciano.

-Sondra debe de ser una muchacha muy desgraciada.

-Es difícil decir eso de Sondra.

-Me pregunto qué intenta hacer con su vida... Si se preocupa de algo... exterior.

Esperé.

-Probablemente, no -contestó Ellen a su propia pregunta-. Parece ser muy dueña de sí. Casi fría... Observaba el espectáculo de mi esposa luchando consigo misma para retrasar una herida que estaba convencida de que se le produciría más pronto o más tarde. No quería creer en mi infidelidad. Yo podía haberla aliviado con embustes. Podía haberle dicho que Sondra y yo nos citábamos en una cafetería de la ciudad y nos hacíamos el amor en un hotel de segunda categoría todas las tardes que yo la llamaba para decirle que me tenía que quedar a trabajar hasta una hora avanzada. Entonces se hubiera abierto su herida, se hubiera desinfectado y se hubiera curado. Por supuesto, habría habido dolor; pero yo hubiera gozado de nuevo de su confianza y se habría restaurado nuestro viejo sistema. Observando cómo Ellen se torturaba con la duda, estuve tentado de contarle tales mentiras. La verdad nunca me tentó: haber admitido que yo sabía lo que ella estaba pensando hubiera sido tanto como admitir la culpabilidad. ¿Cómo sospecharía tal cosa, a menos que fuera verdad? ¿E iba yo a explicar mi frialdad para aterrorizarla con vagas historias de indescritibles ruidos que ella nunca oyó?

Así, pues, ambos permanecíamos sentados, mudos y fríos, en nuestra impermeable casa, mientras la luz iba desapareciendo. Entonces se apoderó de mí una especie de regocijo. ¿Es que mi terror no era más real que el de Ellen? ¿Y si nuestros fantasmas no eran más que fantasmas imaginarios, que sólo necesitaban un poco de sentido común para disiparlos? Y comprendí que si podía desprenderme de mi fantasma, el de Ellen se hundiría en seguida, porque el secreto que me alejaba de ella habría desaparecido. Era una revelación, un triunfo de la razón.

-¿Qué es eso? -preguntó Ellen, señalando algo que parecía como una hoja golpeando la parte alta de las puertas de cristales-. Es un rabo, Ted. Debe de haber algún animal en el tejado.

Sólo era visible la punta peluda. Cuando me acerqué, pude ver las gotas de agua desprendiéndose de cada pelo negro.

-Parece el rabo de un coatí. ¿Qué estará haciendo por aquí, a hora tan temprana?

Me puse un impermeable y salí al patio. El rabo colgaba limpiamente por el bordillo, rayado en blanco, y ondulando flemáticamente al aire. El animal estaba escondido detrás del bajo parapeto. Utilizando la escalera de barco de la parte de atrás de la casa, subí al tejado.

La mente humana, al igual que otras partes del cuerpo, es un órgano de costumbres. Sus capacidades están limitadas por lo precedente; cree que se utiliza para pensar. Enfrentada con un fenómeno que está más allá de sus límites, se rebela, rechaza y, a veces, se desploma. Mi mente, que durante semanas había rechazado firmemente la evidencia de mis sensaciones de que en la casa vivía *algo más* que nosotros dos, algo sobrenatural y diabólico, aunque basado en pruebas insuficientes, se veía ahora forzada a la subsiguiente repulsa de decir, como Jeff dijera: «zorro». Por supuesto, era ridículo. Eran muy escasas las probabilidades de que un zorro hubiese entablado batalla con un coatí, teniendo en cuenta lo que habían hecho a ese coatí. El cuerpo yacía en la parte más alejada del tejado. No vi la cabeza hasta que estuve casi encima de ella. Había rodado hasta quedar apoyada contra el parapeto, donde la descubrí.

Sólo porque mi oprimida mente continuaba repitiendo como un eco: «Ellen no lo debe saber, Ellen no lo debe saber...», fui capaz de coger las partes desmembradas y arrojarlas con todas mis fuerzas hacia la montaña, y cuando Ellen me preguntó: «¿Qué es, Ted?», contestarle: «Debió de

ser un coatí; pero ya se ha ido», con voz perfectamente controlada antes de bajar del tejado y vomitar.

Recordé la mención de Sondra sobre su gato mutilado y telefoneé a Jeff a su agencia.

«Discutiremos el asunto después de comer», me dije.

Necesitaba imperativamente hablar, acción imposible dentro de mi propia casa, donde cada día el silencio era más denso y más pertinaz.

Alguna vez, Ellen se aventuraba a preguntar:

-¿Qué pasa, Ted?

Pero yo siempre contestaba:

-Nada.

Y ahí terminaba nuestra conversación.

Podía verlo en sus cautos ojos: yo ya no era el hombre con quien se había casado; yo era un hombre frío, reservado. La habitación de los niños, provista de litera doble y empapelada con un papel estampado de muñecos, era como una censura. Ellen tenía cerrada la puerta la mayor parte del día, aunque alguna vez, a la caída de la tarde, yo la había encontrado dentro moviéndose a la ventura, tocando los objetos, como si se maravillara de que aún estuvieran a la espera, después de tantos meses estériles: había fallado una alocada esperanza. Ni siquiera nuestros amigos trajeron a sus hijos para ocuparla. Y no los trajeron porque nosotros no se lo pedimos. El silencio trajo consigo una profunda y extenuante inercia. La cara de Ellen aparecía siempre hinchada: los rasgos, velados y amorfos; los ojos, tristes; todo su cuerpo se había vuelto fofo, como si una enorme hogaza de pan se hubiese dilatado en su interior. Nos movíamos en la casa dentro de nuestras órbitas como dos sonámbulos, haciendo nuestras tareas por rutina. Nuestros amigos nos visitaban al principio, molestos, un poco dolidos; pero pronto dejaron de venir, abandonándonos a nuestra suerte. Algunas veces veíamos a los Sheffits. Jeff estaba cada vez más grosero: contaba cuentos pornográficos, se emborrachaba demasiado y siempre parecía estar enfermo a gusto. Sondra hablaba sin parar, tratando los temas más absurdos y aludiendo con gestos, palabras o miradas a nuestros asuntos internos.

Jeff y yo comíamos en el Brown Derby de la calle Vine, bajo las caricaturas a carboncillo de las estrellas de revistas. En una mesa cercana a la nuestra, un agente hacía el elogio de un actor, con voz que denotaba enorme entusiasmo, a un individuo de cara ancha y colorada que dedicaba toda su atención a una jarra de cerveza.

-Es un asunto feo -me dijo Jeff-. Me gustaría que no estuvieras mezclado en ello.

-Comprendo lo que quieres decir -respondí.

Jeff no tenía la menor idea de por qué le había traído yo aquí, ni yo le di razón alguna. Estábamos «rompiendo el hielo». Jeff me sonrió con su boca torcida y yo le devolví la sonrisa.

-Somos amigos.

Probablemente ése era el mensaje que nos habíamos lanzado al sonreímos mutuamente. ¿Era él amigo mío? ¿Era yo amigo suyo? El vivía al otro lado de la calle; calle que cruzábamos, quizás, una vez a la semana; bromeábamos juntos; él siempre se sentaba en el mismo sillón de nuestro cuarto de estar, cambiando continuamente de postura. En su cuarto de estar había una alta silla blanca que yo prefería. Supongo que las amistades se consolidan con menos motivos. Sin embargo, él tenía un niño subnormal, internado en un sanatorio de algún lugar, y una esposa que se divertía sugiriendo infidelidades; yo tenía un demonio oculto en mi casa y una esposa corroída por la sospecha y que envejecía y se hacía más ausente por culpa de eso. Le dije a Jeff:

-Comprendo lo que quieres decir.

Parecía insoportable. Espiaba los ojos de Jeff.

-¿Recuerdas que una vez hablamos de un fantasma?

Mi tono de voz era zumbón. Tal vez quisiera dar a entender que estaba haciendo un chiste.

-Lo recuerdo.

-Sondra dijo algo de un gato vuestro al que habían dado muerte.

-Sí, el que mató el zorro.

-Eso fue lo que tú dijistes, no lo que dijo Sondra.

Jeff se encogió de hombros.

-¿Qué ha ocurrido?

-Encontré un coatí muerto en nuestro tejado.

-¡En tu tejado!

-Sí. Fue espantoso.

Jeff jugueteó con su tenedor. Había terminado toda pretensión de ligereza.

-¿Sin cabeza?

-Peor.

Por unos momentos permaneció en silencio. Notó que luchaba consigo mismo antes de decidirse a hablar.

-Tal vez sea mejor que te mudes, Ted -dijo.

Me daba cuenta de que estaba tratando de ayudarme... Con un simple ademán trataba de barrer la desconfianza que se alzaba entre nosotros. Era amigo mío; estaba echándome una mano. E imagino que debía haberme dado cuenta de lo que me sugería. Pero no podía aceptarlo. No era lo que yo quería oír.

-Jeff, no puedo hacer eso -contesté, tolerante, como si él ignorara mi punto de vista-. Sólo llevamos viviendo en la casa cinco meses. Me costó veintidós mil dólares construirla. Tenemos que vivir en ella por lo menos un año, según la ley de préstamos.

-Bueno, tú sabes lo que más te conviene, Ted.

Su sonrisa me envolvió de nuevo.

-Necesitaba hablar -dije, irritado por la frivolidad con que daba fin al asunto-. Quería averiguar lo que tú sabes sobre ese asunto del fantasma.

-No mucho. Sondra sabe más que yo.

-Dudo que me aconsejaras, sin razón alguna, que abandonara la casa que acabo de construir.

-Parece haber una especie de *gafe* sobre la propiedad, eso es todo. Si hay o no un fantasma, es algo que no podría decirte -replicó, molesto a su vez por el giro que tomaba la conversación-.

¿Qué dice Ellen?

-No lo sabe.

-¿No sabe lo del coatí?

-No sabe nada.

-¿Quieres decir que hay algo más?

-Sí; los ruidos... por la noche.

-Si yo fuera tú, hablaría con Sondra. Ella ha profundizado en este asunto mucho más que yo. Cuando nos mudamos aquí por primera vez, solía recorrer tu terreno con frecuencia..., vagabundeando solamente..., sobre todo después que mataron al gato...

Experimentaba cierta dificultad al decir lo que estaba diciendo. Me produjo la impresión de que nuestra conversación le molestaba. Ahora me mostraba sus dientes, sonriendo con una especie de mueca. Con un brazo puesto sobre el respaldo de su silla, me pareció que estaba a punto de sufrir un colapso. Con habilidad, circundamos el nombre de su esposa.

-Escucha, Jeff -dije, y respiré profundamente-: respecto a Sondra...

Jeff me interrumpió con un ademán.

-No te molestes. Conozco a Sondra...

-¿Sabes entonces que no hay nada entre ella y yo?...

-Es su forma de divertirse. Sólo eso. Sondra es una muchacha rara. Hace lo mismo conmigo. Coquetea, pero no consiente que durmamos juntos.

Cogió la cuchara y la miró sin verla.

-Eso empezó cuando quedó embarazada. Y todo terminó entre nosotros cuando dio a luz al niño.

¿Sabías que teníamos un hijo? Está internado en un sanatorio del valle.

-¿Y no puedes hacer nada?

-¡Claro que sí! ¡Con Joyce Castle! No sé lo que hubiera sido de mí sin ella...

-No me refería a... eso. ¿No puedes divorciarte?

-Sondra no consentiría nunca en divorciarse de mí. Y yo no puedo divorciarme de ella. No hay

opción -dijo encogiéndose de hombros, como si todo eso no fuera con él-. ¿Qué puedo alegar? ¿Que quiero divorciarme de mi esposa por la forma como mira a otros hombres? Ella es escrupulosamente fiel.

-¿A quién, Jeff?... ¿A ti?... ¿A quién?...

-No sé... A ella misma, quizá -murmuró.

Animándole, hubiera continuado hasta no sé dónde; pero le corté. Comprendí que, con este enigmático informe, me estaba dando pie para que contestara, y que si yo hubiese elegido contestarle a eso, me habría dicho que le había invitado a comer para sonsacarle..., e inmediatamente me sentí aterrorizado. No quería oír eso; no quería oír eso de ninguna manera. Por tanto, me eché a reír con mucha calma, mientras le decía:

-Indudablemente, indudablemente...

Y le coloqué detrás de la puerta cerrada de mi mente, en donde había amontonado todas las imposibilidades de los últimos meses: las pisadas, los ruidos nocturnos, el coati mutilado..., porque si lo reconocía, me volvería loco.

De pronto, Jeff me miró fijamente a la cara. Tenía las mejillas arreboladas y los dientes apretados.

-Escucha, Ted -dijo-: ¿puedes disponer de esta tarde? Tengo que ir al sanatorio a firmar unos documentos. Van a trasladar al niño. Por lo visto, ha cometido algunos actos violentos y ha hecho... algunas barbaridades. En estos últimos tiempos está completamente desquiciado...

-¿Qué dice Sondra?

-Ya ha firmado. Le gusta ir sola a visitarle. Parece como si le agradase tenerle para sí sola. Agradecería, Ted, tu apoyo moral... No tienes que entrar. Puedes esperar en el coche. Desde aquí sólo hay unos cincuenta kilómetros; estarás de vuelta para la hora de la cena...

Su voz se quebró; las lágrimas velaron el blanco de sus ojos, manchado de amarillo. Daba la impresión de un hombre dominado por la fiebre. Observé cómo se contraían los músculos de su cuello y lo hundidas que tenía las sienes. Puso una mano sobre mi brazo y apretó como si fuera una garra.

-Claro que te acompañaré, Jeff -respondí-. Llamaré a la oficina. Pueden desenvolverse sin mí una tarde.

Se recogió en sí durante unos instantes.

-No sabes cuánto te lo agradezco, Ted. Te prometo que no será tan malo...

El sanatorio estaba situado en el valle de San Fernando, un complejo de edificios de estucos nuevos, construidos en unos **terrenos** recientemente labrados. Por todas partes se veían letreros **de NO PISAR, POR FAVOR**. Anchas avenidas asfaltadas se entrecruzaban, bordeadas de magníficas extensiones de césped. El tráfico **era** intenso y estaba controlado por guardias uniformados de blanco, colocados en las intersecciones de las calles.

Tras un buen rato, empecé a sentir calor dentro del coche y decidí abandonarlo. A menos que deseara pasear por entre los demás coches aparcados, no tenía otra elección que unirme al paseo de los inquilinos del sanatorio y sus visitantes. Elegí, pues, una avenida solitaria y caminé lentamente hacia un edificio rodeado de un patio, provisto de una cerca de alambres. Por su aspecto, juzgué que sería el pabellón dedicado a los niños. Entonces vi a Jeff entrar en él. Iba acompañado de una enfermera que empujaba una especie de carrillo enjaulado, dentro del cual iba «el niño».

Era humano, supongo, porque poseía todos los atributos asignados a los seres humanos; sin embargo, tuve la sensación de que, si no fuera por el carrito, la criatura se hubiera arrastrado sobre su barriga como un caimán. También tenía ojos de caimán..., soñolientos y fríos y sin alma..., incrustados en una cara tostada por el sol, y una cabeza que parecía estar colocada en dirección horizontal más que vertical, como un huevo tumbado sobre una de sus caras. Los rasgos estaban desprovistos de todo vestigio de inteligencia; la boca colgaba abierta y por la barbilla le corría la baba. Mientras Jeff y la enfermera hablaban, él permanecía sentado bajo los rayos del sol, inerte y repulsivo.

Giré sobre mis talones y me alejé, con el presentimiento de que me había introducido

subrepticamente en una desgracia. Pensé que había echado una mirada a un universo enfermo, la mera existencia de lo que constituía una amenaza para mi vida; la vista de ese monstruoso niño de ojos fríos y bestiales hizo que me sintiera como si, por tropezar en esta vergüenza, participara en cierto modo de ella con Jeff. Sin embargo, me dije que el mayor servicio que podía hacerle era fingir que no había visto nada, que no sabía nada, y procurar que él no se viese obligado a hablarme de algo que, evidentemente, le causaba dolor.

Regresó al coche, pálido, vacilante y necesitando un trago. Nos paramos, primero, en un bar llamado Joey's en Hollywood Way. Después, en Cherry Lane, de la calle Vine, donde un par de muchachas nos hicieron proposiciones, y, por último, paramos de nuevo en el Brown Derby, donde yo había dejado mi coche. Jeff se tragaba el licor sin alegría, de forma rutinaria, mientras me hablaba con voz precipitada y confidencial de un libro que acababa de vender a los Estudios Warner Brothers por una cantidad exorbitante de dinero..., algo sucio en su opinión, pero era la forma en que lo hacen siempre los parásitos. Muy pronto no habría ningún buen escritor.

-Sólo habrá parásitos competentes... y parásitos incompetentes...

Esta era, quizá, la tercera vez que sosteníamos una conversación semejante. Jeff la repetía ahora mecánicamente, sin dejar de mirar la mesa sobre la cual estaba rompiendo afanosamente en diminutos trozos una pequeña varilla roja de mover las bebidas.

Cuando salimos del restaurante, el sol se había puesto ya, y la fría noche del desierto donde se había construido la ciudad se extendía sobre ella. Un fulgor ligeramente sonrosado del desaparecido sol brillaba aún en lo más alto del Broadway Building. Jeff suspiró profundamente; luego, comenzó a toser.

-¡Maldita niebla y maldito humo! -exclamó-. ¡Maldita ciudad! No encuentro ninguna razón por la que se pueda vivir aquí.

Se encaminó hacia su Daimler tambaleándose ligeramente.

-¿Por qué no vienes en mi coche? -le pregunté-. Te dejaré en tu casa, y mañana puedes venir a recoger tu auto.

Registró la guantera y sacó un paquete de cigarrillos. Se puso uno entre los labios y lo mantuvo enhiesto, sin encender, casi tocándole la punta de la nariz.

-No iré a casa esta noche, amigo Ted -me respondió-. Si me llevas al Cherry Lane, que está en la parte alta de esta calle, te lo agradeceré toda mi vida.

-¿Estás seguro? Si quieres, iré contigo.

Jeff me apuntó con un dedo.

-Ted, tú eres un caballero y un universitario. Mi consejo es que te vayas a casa y cuides a tu mujer. No, en serio. Cuida de ella, Ted. Yo iré por mi cuenta al café Cherry Lane.

Ya me dirigía a mi coche cuando Jeff me llamó otra vez.

-Sólo quiero decirte, amigo Ted, que mi esposa fue, en cierta ocasión, tan exquisita como la tuya...

No había recorrido más de dos kilómetros cuando desapareció el último fulgor que quedaba en el cielo y la noche cayó como un manto sobre la tierra.

El cielo, por encima de los anuncios luminosos de Sunset Bou-levard, se volvió negro. Apareció una débil media luna, que quedó velada inmediatamente por la espesa neblina que se extendió sobre la tierra mientras yo viajaba hacia el oeste, hacia Clay Canyon, neblina que empezó a adornar mi parabrisas con diminutas salpicaduras de humedad.

La casa estaba a oscuras y, al principio, creí que Ellen habría salido; pero al ver su viejo Plymouth aparcado a un lado de la carretera experimenté una sensación de frío y de insensato temor. En mi mente parecían entrecruzarse los acontecimientos del día. Mi cerebro estaba sumido en extraña confusión, y la vulgar visión de aquel coche, junto a la oscuridad, y el silencio de la casa, hizo que se apoderara de mí el pánico cuando me dirigí corriendo hacia la puerta. La empujé con el hombro, como si esperara encontrarla cerrada con llave, pero se abrió fácilmente y me encontré en el oscuro cuarto de estar, sin luz en ninguna parte y escuchando el único ruido producido por el ritmo de mi entrecortada respiración.

-¡Ellen! -grité con una voz que apenas reconocí-. ¡Ellen!...

Daba la impresión de haber perdido el equilibrio. Mi cabeza vacilaba. Era como si esta oscuridad y este silencio fueran el último ápice que no podía contener la cámara de horrores de mi mente; la puerta se entreabrió, emitiendo una luz opaca que hedía a podredumbre, y vi el panorama de mi repulsa, semejante a una tumba. Era la habitación de los niños. Las ratas anidaban en la doble litera; el moho formaba una costra sobre el rojo papel de la pared, y, en ella, un árbol seco, del que un loco español colgaba del cuello, con sus talones *blumping, blumping*, contra la pared, y sus extravagantes ropas flotando cuando daba vueltas lentamente, como empujado por una invisible corriente de aire malsano. Y cuando osciló hacia mí, vi sus familiares ojos de reptil abiertos, mirándome fijamente con asco y desprecio.

Admití:

«Él está aquí y *él* es el demonio, y yo he dejado sola a mi esposa en la casa con *él*, y ahora ha sido absorbida por esa fría eternidad donde las sombras mudas guardan sus plasmas contra un atormentado siglo de conversación..., una sola palabra salida de la petrificada garganta, un sollozo, o un suspiro, o una queja..., sílabas recogidas de una vida de elocuencia para empizarrar la insondable sed del muerto vivo».

Una luz surgió por encima de mi cabeza y me encontré en el vestíbulo, fuera del cuarto de los niños. Ellen, en bata, me sonreía.

-¡Ted! ¿Qué demonios hacías aquí a oscuras? Estaba echando un sueñecito. ¿Quieres cenar algo?... ¿Por qué no dices alguna cosa?... ¿Estás bien?...

Vino hacia mí. Parecía extraordinariamente hermosa; sus ojos, de un azul más intenso que los de Sondra, parecían casi púrpuras. De nuevo estaba joven y esbelta. De ella se desprendía su antigua serenidad como a través de un faro restaurado.

-Estoy bien -respondí con voz ronca-. ¿Estás segura de estarlo tú también?

-Claro que sí -me contestó risueña-. ¿Por qué no iba a estarlo? Me siento mucho, mucho mejor -me cogió la mano y la besó gozosa-. Me pondré un vestido y en seguida cenaremos.

Se volvió y, atravesando el vestíbulo, entró en nuestro dormitorio, dejándome con una clara visión del interior de la habitación de los niños. Aunque la habitación estaba a oscuras, podía ver, gracias a la luz del vestíbulo, que la litera de abajo tenía la ropa revuelta, como si alguien hubiese dormido en ella.

-Ellen... Ellen..., ¿has dormido en la habitación de los niños?

-Sí -me respondió, y oí el roce de un vestido cuando ella lo sacó del armario-. Entré allí cuando anocheció, esperando a que regresaras a casa. Me entró sueño y me acosté en la litera. A propósito, ¿qué has estado haciendo?... ¿Has trabajado hasta tan tarde?...

-¿Y no sucedió nada?

-¿Cómo?... ¿Qué quieres que sucediera?...

No pude contestar. Mi cabeza vibraba de alegría. Había terminado... Fuese lo que fuese, había terminado. Ignorándolo todo, Ellen se había enfrentado con el verdadero espíritu del mal y había dormido en sus brazos como una niña, y ahora volvía a ser ella misma otra vez, sin haber sido manchada por el conocimiento de lo que ella había derrotado. Yo la había protegido con mi silencio, con mi renuncia a compartir mi terror con esta mujer a la que yo tanto amaba. Entré en la habitación y di al conmutador de la luz: allí estaba el rojo papel de pared adornado con muñecos, las cortinas roja y blanca, los edredones rojo y azul... Era un dormitorio estupendo. Un dormitorio bonito y alegre para niños...

Ellen cruzó el vestíbulo.

-¿Ocurre algo, Ted? Pareces tan turbado... ¿Todo marcha bien en la oficina?

-Sí, sí-respondí-. Estuve con Jeff Sheffits. Fuimos al sanatorio a ver a su hijo. ¡Pobre Jeff! Lleva una vida corrompida...

Le conté a Ellen todo lo que habíamos hecho aquella tarde, hablando con libertad en mi casa por primera vez desde que nos mudamos a ella. Ellen escuchaba atentamente, como siempre hacía, y cuando terminé, quiso saber cómo era el niño.

-Como un caimán -respondí de mala gana-. Igual que un caimán...

La cara de Ellen tomó una desacostumbrada expresión de gozo íntimo. Parecía estar mirando,

por encima de mi hombro, hacia el dormitorio de los niños, como si el origen de su alegría estuviera allí. En el mismo instante, me estremecí al experimentar un frío interior; acaso fue la misma viscosa alucinación que me avisó el día de mi cumpleaños de que yo era otro del que soy. Tuve la sensación de una repentina deshidratación, como si toda la sangre hubiese desaparecido de mis venas. Sentí como si estuviera encogiéndome... Cuando hablé, mi voz parecía proceder de una garganta ronca y seca a fuerza de no hablar.

-¿Es que tiene gracia? -susurré.

-¿Gracia? ¡Oh, no! Es que me siento mucho mejor. Creo que estoy embarazada, Ted. Inclino la cabeza a un lado y me sonrió.

## ROBERT SPECHT - ¡Tan real!...

*(The Real Thing)*

Charlie Atkinson y Tad Winters fueron conducidos al manicomio el mismo día. Charlie iba realmente tranquilo... Como estaba medio chiflado, a él le daba igual dormir en un sitio como en otro: todos eran buenos. A Tad, no. Cuando se lo llevaron, aullaba como un perro apaleado.

Todos los pueblos tienen su tonto y su bromista. Y, al parecer, el primero enloquece siempre debido a las bromas del segundo. Así ocurrió con Charlie y Tad. Aunque Charlie nunca pareció notar que le gastaban bromas. Cualquiera que fuere la broma que le gastaba Tad, Charlie sonreía con su sonrisa bobalicona y decía:

-Ese Tad es muy gracioso. ¡Claro que es gracioso!...

Charlie dormía en una pequeña habitación situada en la parte de atrás de la capilla ardiente de la funeraria de mister Eakins. Su misión era mantener limpio el local, el cual barría de cuando en cuando. Mister Eakins le dejaba hacer pequeños trabajos como éste, para que así Charlie no creyera que le tenían por caridad. A Charlie le gustaba su cuartito, sin pensar siquiera que la mayor parte del tiempo tenía un inquilino en la capilla ardiente de la funeraria.

Llegó abril, el mes de las «aguas mil». Las lluvias convirtieron el camposanto en un verdadero barrizal, y hasta que las aguas desaparecieron la funeraria de Eakins tuvo tres inquilinos esperando a hacer su último viaje. Charlie se vio obligado a compartir su cuartito con la hija de Dayton, que murió de pulmonía algunos días antes.

Tan pronto como Tad se enteró de aquello, no pudo evitar el gastarle una broma a Charlie.

-He oído decir que tienes compañía, Charlie. ¿Es cierto?

Charlie le miró extrañado.

-Sí. Me refiero a esa linda muchacha que está alojada contigo.

-¡Caramba, Tad! Es la hija de Dayton. Ya lo sabes...

Charlie dirigió una mirada a su alrededor para ver si los amigos de Tad estaban sonriéndose. Aún no estaba seguro de si le gastaban una broma.

-¿Quieres decir que no es tu esposa?

-Tad, esa muchacha está *muerta*. No puede ser esposa de nadie. Tú no estás bien de la cabeza.

Algunos de los muchachos se hallaban a punto de soltar la carcajada; pero Tad los contuvo con una rapidísima mirada. Se le había ocurrido una idea.

-Charlie..., ¿no viste nunca levantarse a esa chica por las noches y corretear por tu habitación?

-Ahora es cuando estoy convencido de que estás chalado.

-No estoy chalado -respondió Tad con voz lúgubre-. Todo cuando puedo decirte es que será mejor que te asegures de que la tapa de su ataúd está bien cerrada.

Todos los rostros que rodeaban a Charlie conservaban sus expresiones serias.

-¿Por qué será mejor que me asegure? -preguntó el tonto.

-Por el pueblo corre el rumor de que la chicha fue mordida por un lobo antes de morir -Tad acercó su cara a la de Charlie y continuó-: Pero no un lobo *corriente*, sino un hombre lobo. ¿Te das cuenta de lo que eso pudo hacer de ella?

-¿Una vampiresa?

Charlie estaba un poco confuso, pero Tad continuó remachando el clavo.

-Exactamente. Seguro que una noche te dormirás y a la mañana siguiente verás los dientes de esa chica clavados en tu cuello. Te habrá chupado la sangre hasta dejarte seco.

Dicho lo cual, Tad se alejó con sus amigos, dejando solo a Charlie para que pensara sobre aquello.

Más tarde, Charlie hizo a mister Eakins algunas preguntas sobre los vampiros, y mister Eakins le contó cuanto él sabía. Antes que pudiera preguntarle a Charlie para qué quería saber aquello, entró un parroquiano y Eakins olvidó el asunto por completo.

Lo que hizo fue terrible, porque aquella misma noche Tad y sus amigos se reunieron en la parte de atrás de la funeraria, donde se hallaba la habitación de Charlie. Algunos comerciantes del pueblo le pagaban a Charlie cincuenta centavos a la semana para que antes de acostarse revisara las puertas de sus tiendas con el fin de asegurarse de que estaban bien cerradas. Y eso era lo que



estaba esperando, para actuar, el grupo reunido en la calle.

Tad se volvió a Susan, la única muchacha del grupo. Pensaba casarse con ella en breve; pero la forma en que llevaba maquillada aquella noche la cara hizo que Tad se estremeciera un poco al mirarla. Sus ojos estaban ribeteados de negro y sus labios pintados de morado. El resto del semblante estaba blanqueado con albayalde, a excepción de algunos cercos negros para ahondar las mejillas.

-Tad, no me gusta nada hacer esto -susurró la muchacha.

-¡Oh cariño! No es más que una broma...

-Sí, pero no me agrada la idea de meterme en un ataúd.

-No permanecerás en él más que unos minutos, hasta que Charlie vuelva. Como te dije, te meteremos en uno de los ataúdes que Eakins tiene como muestra en el vestíbulo y lo sustituiremos por el que está en la habitación de Charlie. Cuando él vuelva a su cuarto, tú lanzas unos cuantos lamentos, levantas la tapa... y a reír.

-Supongamos que le da un ataque al corazón o algo por el estilo.

-¡Oh, es demasiado tonto para eso! Echará a correr, gritando, y no parará hasta el límite del condado... ¡En dos minutos estará allí!

Susan se rió sin ganas.

-¡Chis! -dijo una voz.

Era la de uno que estaba mirando desde la esquina del edificio hacia la parte de delante.

-¡Ya sale!... ¡Vámonos!

El grupo se ocultó, y cuando Charlie desapareció calle arriba, entraron corriendo por la puerta sin cerrar de la funeraria. Minutos después, cuando Charlie regresó, los hombres estaban otra vez en la calle, en la parte trasera del edificio.

-Ayudadme -dijo Tad.

Dos de sus amigos le cogieron por las piernas y le alzaron lentamente hasta que pudo ver el interior de la habitación de Charlie a través de una ventana que parecía una tronera.

-Ya entra -susurró Tad al grupo que estaba abajo-. Se ha sentado en el catre y se está quitando los zapatos.

Tad no tuvo que informar sobre lo que sucedió a continuación, porque todos pudieron oír desde donde estaban el lamento que salió del ataúd de mimbre. Dentro del cuartito, Charlie se puso en pie de un salto. Otro lamento salió del ataúd y Charlie se agarró al borde de su catre. Al mismo tiempo, Tad se sostenía con una mano en el alféizar de la ventana, mientras trataba de ahogar la risa con la otra.

-¿Qué pasa? -preguntó una voz desde abajo.

-Espera -contestó Tad, sin poder contener una risita-. Se abre la tapa del ataúd... Ella se yergue... ¡Dios! ¡Parece un cadáver de verdad!... Creo que Charlie echará a co...

Se interrumpió cuando Charlie, de pronto, recobró el movimiento. Empezó a andar lentamente..., no hacia la puerta, como Tad creyó que haría, sino en línea recta hacia el ataúd. También Susan estaba sorprendida, como Tad pudo muy bien darse cuenta, y no ofreció resistencia cuando Charlie saltó hacia ella, la empujó dentro del ataúd y bajó la tapa.

-¿Qué sucede, Tad? -preguntó alguien.

Tad estaba demasiado aturdido para contestar.

-No sé... Ha vuelto a encerrarla dentro del ataúd... Ahora está sacando algo de debajo del colchón... Parece como si... ¡oh Dios mío!... ¡Oh Dios mío!... ¡No!...

El horror que se notaba en su voz cortó de raíz la risa que estaba a punto de estallar entre sus amigos. Uno de los que le sujetaban las piernas aflojó de pronto y Tad cayó al suelo, gimiendo. Antes que los hombres pudieran recobrarse, llegó hasta ellos, procedente de la habitación de Charlie, un grito aterrador, que heló la sangre a todos los que esperaban abajo: era el grito de una mujer en mortal agonía, y fue seguido por otro, más desgarrador que el primero.

Tad se puso en pie y, corriendo, dio la vuelta al edificio. Cuando sus amigos le alcanzaron, ya estaba empujando con todas sus fuerzas la pesada puerta de la funeraria, presa de la locura. Uno de los hombres conservó la calma. Apartando a los otros, cogió una silla que estaba delante de la

ventana de cristales y la lanzó contra ella. Tad fue el primero que entró por ella cuando los cristales dejaron de caer al suelo. Los gritos procedentes de la habitación de Charlie alcanzaron su cúspide. Cuando los hombres llegaron a la puerta, cesaron de repente.

Tad fue el primero que entró en el cuartito, y lo que vio le hizo lanzar un aullido. El ataúd de mimbre continuaba aún sobre los dos soportes en que fuera colocado unos minutos antes. Charlie estaba en pie, delante de él, con un mazo en la mano. Un ligero estertor salió del ataúd cerrado y la larga estaca de madera, incrustada entre sus trenzadas fibras, se movió levemente cuando la moribunda mujer que yacía dentro se estremeció por última vez. Luego, todo quedó inmóvil. La sangre empezaba a gotear sobre el suelo.

Tad comenzó a gritar desgarradoramente.

Cuando las autoridades se llevaron a Tad y a Charlie, todos estuvieron de acuerdo en que la culpa la tenía el primero. Todos, excepto míster Eakins. Estuvo borracho durante una semana, diciendo que él fue el loco que explicó a Charlie la forma de matar un vampiro: clavándole una estaca en el corazón.

## DONALD E. WESTLAKE - Viaje a la muerte

(*Journey to Death*)

A pesar de no ser nuevos para mí los viajes por mar, nunca he conseguido acostumbrarme al balanceo ni al cabeceo de los barcos, especialmente por las noches. Por tal razón, normalmente duermo muy poco cuando cruzo el Atlántico, siendo incapaz de cerrar los ojos hasta que he alcanzado un estado de extenuación tal que ya no me es posible conservarlos abiertos. Desde que los negocios me obligan a realizar viajes a Norteamérica, mi esposa me recomienda que, de cuando en cuando, viaje en avión; pero me temo que sea demasiado cobarde para aceptar tal medio de transporte. El balanceo de un barco me produce mareo y trastornos cerebrales; pero el solo pensamiento de viajar por los aires me produce verdadero pánico. Así, pues, un viaje por mar es, de dos males, el menor; por consiguiente, después de tantos años, me enfrento con mi insomnio con la calma de una vieja resignación.

Sin embargo, es imposible permanecer tumbado en la cama despierto, con los ojos fijos en el techo, todas las noches que dura la travesía entre Dover y Nueva York, y hasta la lectura llega a constituir, al fin, un fastidio. Por eso, en muchos de mis viajes me he visto obligado a pasear por cubierta, observando los millones de lunas reflejadas en las aguas que me rodean.

Por esta razón, fue delicioso descubrir, en esta última y postrera travesía, durante la tercera noche de viaje, a un individuo que padecía de insomnio como yo. Se llamaba Cowley. Era un hombre de negocios americano, más joven que yo; quizá de cuarenta y cinco o cincuenta años. A mi juicio, era un hombre recto y sensible, y gocé de su compañía, a avanzada hora de la noche, cuando todos los pasajeros dormían y nos encontrábamos solos en medio de un mar silencioso y vacío. No hallaba en él defecto alguno, excepto un ocasional ejemplo de humor casi irónico y de cierto mal gusto, una referencia a los cuerpos destruidos en el armario de Davy Jones, o algo por el estilo.

Pasábamos las noches conversando, paseando por cubierta o en el salón de billar, juego que a ambos nos gustaba mucho, aunque los dos no éramos unos ases. Como nuestra incompetencia en el juego era la misma, solíamos pasar muchas horas en la enorme sala de billar, situada en la misma cubierta de mi camarote.

La octava noche de viaje transcurrió en este salón, donde fumamos tranquilamente nuestros habanos y jugamos nuestra par-tidita, esperando pacientemente a que amaneciera. Era una noche fría y ventosa. El viento, helado y húmedo, pasaba por encima de las olas como un friolero y solitario fantasma que busca la tierra. Nosotros habíamos cerrado todas las ventanas y puertas del salón, prefiriendo una atmósfera viciada por el humo de los cigarros antes que se nos helasen los huesos.

Hacia solamente quince minutos que estábamos en el salón cuando se produjo la catástrofe. No sé qué pudo ser: una explosión en las misteriosas y gigantescas máquinas, ocultas en alguna parte del buque, o tal vez un inesperado choque con una mina, que aún deambulaba a la deriva, de la segunda guerra mundial, o... Fuese lo que fuere, el silencio de la noche quedó roto repentinamente por un tremendo y poderoso *sonido*, un rugido, un estampido que embotó los sentidos y paralizó el cuerpo, y todo el barco, *el Aragón*, se estremeció y tembló con violento y repentino espasmo. Cowley y yo fuimos arrojados al suelo, y, en todas las mesas, las bolas de billar chocaron y rodaron de un lado para otro, como si su nerviosismo y su temor fueran iguales a los nuestros.

El barco pareció aminorar la marcha, pararse e inmovilizarse mientras el tiempo se detenía. Me puse en pie, escuchando la voz del silencio absoluto, de un mundo roto repentinamente, sin tiempo ni movimiento.

Me volví hacia la cerrada puerta principal del salón, que daba sobre cubierta, y vi allí, mirándome, una cara espantosa y terrible, una mujer, inmóvil dentro de su bata de noche, cuya boca estaba abierta, gritando. Avancé hacia ella, sin dejar de mirarla a través del cristal de la puerta, y el tiempo comenzó a marchar de nuevo. El barco empezó a moverse, a balancearse, y mientras yo luchaba por mantener el equilibrio, observé que la mujer era arrebatada como por una mano invisible, desapareciendo en el vacío, y unas furiosas olas golpearon contra la ventana.

Fue como si un ascensor se hubiese estropeado y se precipitara desde el piso más alto. El agua hervía y echaba humo por la parte exterior de la ventana, y yo me agarré a la pared, enfermo y aterrado, dándome cuenta de que nos estábamos hundiendo, hundiendo, y que dentro de unos segundos estaría seguramente muerto.

Un estremecimiento final y cesó todo movimiento. El barco formaba un ligero ángulo, el suelo estaba inclinado y nos hallábamos en el fondo del mar.

Parte de mi mente gritaba de horror y de miedo; pero otra parte de ella estaba tranquila, como si estuviese alejada de mí, separada de mí; como si fuese un cerebro independiente de este frágil y sentenciado cuerpo. Esta parte de mi mente, que nunca antes había conocido, pensaba, conjeturaba, razonaba... El barco reposaba en el suelo del mar, eso era evidente. Pero, ¿a qué distancia de la superficie? ¿A qué profundidad? No mucha, seguramente, porque la presión del agua hubiera hecho saltar el cristal de las ventanas. ¿Estaba la superficie lo suficientemente cercana para que me atreviera a abandonar el buque, este salón, este bolsillo de aire comprimido? ¿No cabía la esperanza de luchar, de abrirme camino hacia la superficie, antes de que mis pulmones estallaran, antes de que mi necesidad de oxígeno me hiciera abrir la boca y dejase que el agua me ahogara?...

No había posibilidad para mí. Moriríamos en seguida. Yo no era joven. No había posibilidades para mí.

Un sollozo me recordó a Cowley. Me volví y le vi caído en el suelo, apoyado contra una pared. Al parecer, había rodado hasta allí cuando se hundió el barco. Ahora se movía, débilmente, y con una mano se tocaba la cabeza.

Corrí hacia él, ayudándole a que se pusiera en pie. Al principio, no se dio cuenta de lo que había sucedido. Oyó la explosión, se cayó y su cabeza chocó contra el filo de la mesa de billar. Era todo lo que sabía. Le expliqué nuestra situación. Me miró fijamente, incrédulo.

-¿Hundidos?

La impresión tornó lívida su cara, lívida y tensa, como arcilla seca. Se volvió y echó a correr hacia la ventana más próxima. En el exterior, la débil luz de nuestra cárcel iluminaba tenuemente las agitadas aguas que nos rodeaban. Cowley giró de nuevo hacia mí.

-Las luces... -dijo.

Me encogí de hombros.

-Tal vez haya otros salones sin inundar aún -respondí.

Cuando terminé de hablar, las luces parpadearon y se hizo la oscuridad.

Esperaba que Cowley se sumiera en el pánico, como a mí me había sucedido; por el contrario, sonrió irónico y exclamó:

-¡Qué forma de morir!

-No tenemos por qué morir -dije-. Si hay supervivientes...

-¿Supervivientes? ¿Y qué si los hay? Nosotros no estamos entre ellos...

-Serán rescatados -dije, repentinamente esperanzado-. Sabrán dónde se ha hundido el barco. Y mandarán buzos...

-¿Buzos?... ¿Por qué?

-Siempre lo hacen. Inmediatamente. Para salvar lo que puedan, para determinar las causas del naufragio... Envían buzos, sí. Aún podemos salvarnos...

-Si hubiera supervivientes -dijo Cowley-. ¿Y si no los hay?

-Entonces, seremos hombres muertos.

-Usted sugiere que esperemos, ¿verdad?

Le miré sorprendido.

-¿Qué otra cosa podemos hacer?

-Terminar de una vez. Podemos abrir la puerta...

Le miré fijamente. Aparentaba estar tranquilo. En sus labios permanecía aún la sutil sonrisa.

-¿Es usted capaz de rendirse tan fácilmente?

Su sonrisa se amplió.

-Supongo que no -respondió.

De nuevo se reavivaron las luces, para apagarse otra vez. Miramos hacia el techo, observando las apagadas bombillas. Por tercera vez se encendieron e inmediatamente se apagaron. Nos hallábamos a oscuras, una oscuridad inclinada, solos debajo del agua.

En las tinieblas, Cowley dijo:

-Supongo que está usted en lo cierto. No hay nada que perder, excepto la razón. Esperaremos. No le contesté. Estaba perdido en mis propios pensamientos: pensaba en mi mujer, en mis hijos, en mi familia toda..., en mis amigos de ambos continentes, en la tierra, en el aire, en la vida. Ambos permanecíamos en silencio. Incapaces de vernos el uno al otro, incapaces de ver nada en absoluto, parecía imposible conversar.

No sé cuánto tiempo permanecemos sentados allí; pero, de repente, me di cuenta de que ya no estaba tan oscuro. Podía distinguir vagamente algunas formas dentro del salón; fui capaz de distinguir el cuerpo de Cowley, sentado en otra silla.

Mudó de posición.

-Debe de ser de día -dijo-. Un día de sol... en la superficie...

-¿Cuánto tiempo..., cuánto tiempo supone usted que nos durará el oxígeno? -pregunté.

-No lo sé. El salón es muy grande... y estamos solos los dos. Lo suficiente para morirnos de hambre, supongo.

-¿De hambre?

Lo comprendí en seguida al darme cuenta de lo hambriento que estaba. Era un peligro en el que yo no había pensado. Preservarnos del agua, sí. En la cantidad de aire que teníamos, también. Pero no se me había ocurrido hasta ahora pensar en que carecíamos en absoluto de alimentos.

Cowley se puso en pie y comenzó a pasear por el oscuro salón, errando y estirándose sin descanso.

-¡Presuntos supervivientes! -exclamó de pronto, como si la primera parte de nuestra conversación no se hubiera interrumpido, como si no hubiese habido pausa alguna-. Presuntos supervivientes... y presuntos buzos... ¿Cuánto tiempo cree usted que tardarán en recogerlos? Acaso los supervivientes sean rescatados hoy. ¿Cuándo vendrán los buzos?... ¿Mañana?... ¿La próxima semana?... ¿Dentro de dos meses?...

-No lo sé.

De pronto, Cowley se echó a reír. Fue algo insólito y estridente en aquel salón herméticamente cerrado, y comprendí que no se hallaba tan tranquilo como fingía.

-Si esto fuera una novela -dijo-, llegarían para rescatarnos en el último minuto. En el momento preciso. En eso, las novelas son maravillosas. Están repletas de últimos minutos. Lo malo es que en la vida sólo existe un último minuto: el minuto antes de morir.

-Hablemos de otra cosa -dije.

-No hablemos de nada -respondió.

Se paró junto a una de las mesas de billar y cogió una bola. En las tinieblas, le vi lanzar la bola al aire, recogerla, lanzarla otra vez, recogerla y lanzarla, recogerla y lanzarla... De pronto, dijo:

-Puedo resolver con facilidad nuestro problema. Con sólo lanzar esta bola contra el cristal de la ventana...

Me puse en pie de un salto.

-¡Déjela en la mesa! -grité-. ¡Si a usted le tiene sin cuidado su vida, recuerde, al menos, que *yo* quiero vivir!

Otra vez se echó a reír, y arrojó la bola sobre la mesa. Durante un rato volvió a pasearse. Al fin, se hundió en su sillón.

-Estoy cansado -dijo-. El barco está ahora inmóvil. Creo que podré dormir.

Yo temía dormirme; temía que Cowley esperase a que yo estuviera dormido para abrir la puerta o para lanzar la bola de billar contra la ventana. Me volví a sentar, vigilándole tanto tiempo como me fue posible; pero mis párpados empezaron a cerrarse, a pesar del miedo..., y, al fin, me quedé dormido.

Cuando me desperté, estaba otra vez oscuro, la oscuridad de una medianoche nubosa, la oscuridad de la ceguera. Me puse en pie, estirando mis miembros entumecidos, y me sentí más tranquilo. Escuché la acompasada respiración de Cowley. Dormía descuidadamente.

Se despertó cuando de nuevo había luz, cuando la oscuridad absoluta quedó dispersada otra vez por un fulgor grisáceo y opaco, como el que se observa a última hora de la tarde; una media luz engañosa, que hace ver a los ojos detalles donde sólo hay contornos, formas vagas y montones confusos.

Cowley gruñó y se desperezó, volviendo lentamente a la vida. Se puso en pie y comenzó a mover los brazos, haciendo arcos definidos.

-Tengo hambre -murmuró-. Se me caen las paredes encima.

-Tal vez vengan hoy -dije.

-O tal vez no vengan nunca -me respondió.

De nuevo empezó a pasearse por el salón, dando vueltas a su alrededor. Al fin, se detuvo.

-Leí en una ocasión -dijo como si hablase para sí mismo- que el hambre siempre es mayor después de no hacer la primera comida, y que después de estar dos o tres días sin probar bocado la necesidad de ingerir alimentos disminuye.

-Yo también lo creo así. Hoy tengo la impresión de no sentir tanta hambre como ayer.

-En cambio, yo, sí -dijo, malhumorado, como si yo tuviera la culpa-. Yo tengo hoy el doble de hambre que ayer. Sufro retortijones de estómago... y tengo sed -se paró delante de la ventana, mirando hacia afuera-. Tengo sed -repitió-. ¿Por qué no abro la ventana y dejo que entre el agua?...

-¡Apártese de ahí! -grité.

Eché a correr a través del salón y lo separé violentamente de la ventana.

-Cowley, ¡por amor de Dios! ¡No pierda la cabeza! Si tenemos calma, si tenemos paciencia, si nos unimos fuertemente para esperar, aún podemos ser salvados. ¿No quiere usted vivir?

-¿Vivir? -se rió en mi cara-. Morí anteayer -me empujó y volvió a hundirse en su sillón-: Estoy muerto -dijo con amargura-muerto, y mi estómago no lo sabe. ¡Oh, *maldito* este dolor! Martin, créame: podría soportarlo todo, podría estar tan tranquilo y tan sólido como una roca si no fuera por estos terribles dolores de estómago. Tengo hambre, Martin. Si no como pronto, perderé la razón. Sé que la perderé.

Me quedé mirándole, sin saber qué decir ni qué hacer.

Sus modales cambiaban bruscamente, instantáneamente, sin ritmo ni razón. Ahora, de repente, empezó a reírse otra vez, con esa insólita y estridente risa que arañaba mi columna vertebral, que era para mí más terrible que el peso del agua que estaba al otro lado de la ventana. Continuó riéndose, y dijo:

-He leído que hombres aislados, solos, sin comida, encontraban al fin la única solución a su hambre.

No le comprendí.

-¿Cómo? -le pregunté.

-Comiéndose unos a otros.

Le miré fijamente. Mi pecho se estremeció de horror y se me secó la garganta. Intenté hablar, pero mi voz era ronca, y sólo pude murmurar:

-¿Canibalismo?... ¡Dios mío, Cowley!... ¿No querrá usted indicar...?

Otra vez se echó a reír.

-No se preocupe Martin. No creo que pudiera. Si fuera posible *guisarle* a usted, acaso considerase el hecho. Pero crudo..., ¡no! No creo que nunca tenga tanta hambre como para eso...

Sus modales cambiaron de nuevo. Ahora se puso a maldecir.

-Pronto me comeré la alfombra, mi ropa, ¡algo!...

Se quedó silencioso, y yo me senté tan lejos de él como pude. Me propuse permanecer despierto, sin importarme el tiempo, sin importarme lo que sucediera. Aquel hombre estaba loco, era capaz de todo. No dormiría. Miré con temor a la oscuridad que nos invadía de nuevo poco a poco.

El silencio quedaba roto de cuando en cuando por algún murmullo ocasional de Cowley, que me llegaba, a través del salón, ininteligible, como si se farfullara a sí mismo horrores que yo trataba de no imaginarme. Al fin, se hizo el oscuro absoluto, y yo esperé, aguzando el oído; esperé a oír moverse a Cowley, porque yo sabía que surgiría el ataque. Su respiración era regular y suave; parecía dormido, pero no podía confiar en él. Yo estaba prisionero con un loco; mi única esperanza de sobrevivir era permanecer despierto, vigilándole cada minuto hasta que llegasen los rescatadores. Y los rescatadores llegarían. No iba a soportar todo esto por nada. Vendrían, tenían que venir...

El terror y la necesidad me mantuvieron despierto durante toda la noche y todo el día siguiente. Cowley durmió muchas horas, y cuando se despertó, se contentó con murmurar por lo bajo o con permanecer en silencio.

Pero yo no podía estar despierto siempre. Cuando volvió la oscuridad nocturna, cuando terminó

el tercer día sin que llegara la solución, una espesa niebla empezó a envolverme, y aunque luché contra ella, aunque sentía el horror en todos mis órganos vitales, la niebla se cerró a mi alrededor y me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado. Era otra vez de día, y no podía respirar. Cowley estaba echado sobre mí, con las manos alrededor de mi cuello, apretándome, evitando que el aire penetrara en mis pulmones, y noté que mi cabeza estaba a punto de estallar. Mis ojos se salían de sus órbitas, mi boca se abría y cerraba desesperadamente. La cara de Cowley, indistintamente sobre mí, resplandecía de locura; sus ojos me taladraban, su boca colgaba formando una mueca espantosa. Cogí sus manos, pero me tenía bien agarrado. No pude separarlas. No me era posible aspirar aire, aire... Dirigí mis manos hacia su cara... y mi corazón palpité de miedo mientras luchaba. Mis dedos tocaron su cara, su cara sudorosa, escurridiza... Ataqué sus ojos. Mi dedo se hundió en su ojo, y él, dando un grito, me soltó. Cayó hacia atrás, con las manos en la cara, y yo sentí la caliente gelatina de su ojo en mi dedo.

Salté de la silla, buscando alocadamente la forma de escapar; pero el salón estaba hundido en el agua. Nos hallábamos prisioneros juntos. Se acercó de nuevo a mí, con sus dedos engarfiados para cogerme, con su terrible cara llena ahora de sangre, que manaba del hueco donde había estado su ojo izquierdo. Eché a correr, y la respiración zumbaba en mi garganta cuando aspiraba el aire. Jadeando, me aparté corriendo de él, con los brazos extendidos, y tropecé con una de las mesas de billar. Mis manos tocaron un palo, lo cogí, me volví y golpeé a

Cowley con él. Cowley cayó hacia atrás, aullando como un animal, pero arremetió de nuevo contra mí. Gritando, le hundí el palo en su boca abierta.

El palo se partió en dos: parte quedó en mis manos; parte, incrustada en su boca. Y empezó un grito que terminó en un espantoso estertor. Cayó de boca al suelo, y el trozo de palo le atravesó, saliéndole por la nuca.

Me volví, desplomándome sobre la mesa. Estaba terriblemente enfermo, me dolía el estómago, tenía seca y apretada la garganta, con grandes ansias de vomitar; pero hacía tanto tiempo que no comía, que no podía echar nada. Permanecí tumbado, tosiendo, escupiendo, sintiéndome espantosamente mal...

Habían pasado tres días y aún no habían venido. No tardarían en venir. El aire empezaba a escasear. Casi no podía respirar. Y me encontré hablando conmigo mismo, y más de una vez cogí una bola de billar y estuve mirando largamente a la ventana. Estoy deseando la muerte cada vez más, y sé que eso es una locura. Por tanto, han de llegar pronto...

Y lo peor de todo es el hambre. Cowley se ha ido, se ha ido para siempre..., y yo estoy hambriento otra vez...



## ALGIS BUDRYS - El amo de los perros

*(The Máster of the Hounds)*

El blanco y polvoriento camino se desviaba de la carretera general del estado atravesando los espaciados pinos. En el camino no se notaban marcas de neumáticos; sin embargo, cuando Malcolm introdujo el coche por él, observó huellas de pezuñas de perros o tal vez un perro, por el centro del mismo, que se dirigían hacia el edificio que se alzaba en la intersección de los caminos y que era depósito general y estación de gasolina al mismo tiempo.

-Bueno, esto está bastante apartado de todo -dijo Virginia.

Era delgada, con el pelo negro lleno de polvo. Su cara era alargada, de pómulos salientes. Hace diez años, cuando se casaron, era joven y ligeramente regordeta.

-Sí -respondió Malcolm.

Hacía sólo unos días, tras realizar unas gestiones, que había abandonado su trabajo en la agencia y había hecho planes para pasar el verano en algún sitio lo más económico posible, con el fin de demostrarse a sí mismo si era verdaderamente un artista o solamente tenía talento comercial. Y ahora se hallaban allí.

Presionó el acelerador para aumentar la velocidad del coche, siguiendo una línea de espaciados postes maltratados por el tiempo, que sostenían un solo cable de alta tensión. El agente de los inmuebles ya le advirtió que no había teléfonos. Malcolm había tomado eso como un hecho positivo; pero, en cierto modo, no le agradó la vista de aquel único alambre delgado que se extendía de poste a poste. Las ruedas del coche se hundían profundamente en el polvo, a uno y otro lado de las huellas del perro, que él seguía como un reguero de migas de pan a través de un bosque.

Algunos metros más allá vieron un cartel en lo alto de un montículo:

¡ESPLÉNDIDOS PANORAMAS MARINOS!

EL CONJUNTO RESIDENCIAL MÁS NUEVO Y DE MÁS PRONTA CONSTRUCCIÓN DE NUEVA JERSEY ¡BIENVENIDO A SU HOGAR!

DESDE 9.900 DÓLARES, SIN ANTICIPO

Debajo de este anuncio había un triángulo de tierra: acaso cincuenta mil metros cuadrados de terreno en total, que apuntaba hacia la parte más baja de la bahía de Nueva York. El camino se transformaba en calle, con forma de barranco, de gravas amarillentas, que se dirigía en línea recta hacia el agua y que terminaba en tres postes de cemento, uno de los cuales estaba derribado, dejando un hoyo lo suficientemente grande para que un coche se hundiera en él. Más allá había una hondonada, desde donde la bahía se dirigía, en dirección norte, hacia la ciudad de Nueva York, y en la otra dirección, hacia el Atlántico.

Al otro lado de la agreste calle, la incultivada tierra estaba casi cubierta de achaparrados robles y zumaques. A lo largo de la calle estaban trazados los solares, toscamente rectangulares, algunos con sus cimientos a medio terminar; montones de arcilla extraída, grandes cantidades de arena, aunque en menor proporción que la arcilla, todo en medio de una mezcolanza un poco descorazonadora. Aquí y allá se veían algunas casas a medio construir, deformadas y deslustradas ya.

En medio de aquel conjunto general, había dos excepciones. Al final de la calle, dos casas de forma idéntica, una enfrente de la otra, estaban completamente terminadas. Una parecía bastante descuidada, en mal estado. El solar que la rodeaba estaba desprovisto de arbustos, pero carecía de césped, estando cubierto de hierbajos. Enfrente, al otro lado de la calle, se alzaba una casa de magnífica apariencia, en excelentes condiciones. Pintada de gris y cubierta de tejas oscuras, se asentaba en el centro de un terreno cubierto de verde césped, muy bien cuidado; se hallaba rodeada de una cerca de alambre, de un metro veinte centímetros de altura aproximadamente, pintada de color gris. Postigos pintados de blanco flanqueaban las altas y estrechas ventanas que guarnecían la parte de casa que Malcolm veía. Delante del edificio, servía de barrera una hilera de piedras encaladas con forma de cabezas de hombres. Todo en la casa y en sus alrededores se había construido bien. Malcolm encontró una oportunidad de animar las cosas.

-Mira, Marthy -dijo a Virginia-: te he conducido sana y salva, a través del terrorífico bosque,

hasta una cómoda casa situada en la ladera de Fort Defiance.

-Está bien construida -respondió Virginia-. No debe de ser fácil mantener aquí un lugar como éste.

Mientras Malcolm aparcaba el coche paralelamente a donde debería haber estado el bordillo de la acera, aparecieron por detrás de la casa gris del otro lado de la calle un par de hermosos cachorros de perros doberman. Juntos permanecieron, con los hocicos pegados a la acera, mirándolos. No ladraron. Tampoco se notó movimiento alguno en la ventana de la fachada, ni nadie salió al patio. Los perros estaban allí, sencillamente, observando, mientras Malcolm atravesaba la calzada en dirección a su nueva casa.

La casa estaba amueblada... Bueno, es un decir. Tenía algunas sillas en el cuarto de estar, aunque no había diván, y una mesa de plástico cromado en el área de la cocina. Uno de los dormitorios estaba completamente vacío, pero en el otro había una cama y un armario. Malcolm recorrió la casa de prisa y regresó al coche para sacar el equipaje y los víveres. Señalando con la cabeza hacia los perros, dijo a Virginia:

-Bueno; el último modelo de campo de concentración.

Comprendió que debía decir algo ligero, porque Virginia no cesaba de mirar al otro lado de la calle.

Sabía muy bien, como lo sabía la mayoría de las gentes y presumía que también Virginia, que los perros doberman son inquietos, indignos de confianza y rencorosos. Y su esposa y él tenían que pasar todo el verano allí. Se daba perfecta cuenta de que sería imposible conseguir que el agente le devolviera ahora el dinero pagado por el alquiler de la casa.

-Parecen tan desaliñados porque cuando eran pequeñitos les cortaron las orejas y el rabo -observó Virginia.

Cogió una bolsa de víveres y la transportó a la casa.

Cuando Malcolm terminó de vaciar el coche, cerró con violencia el portaequipajes. Aunque no se movieron hasta entonces, los perros consideraron este gesto como una señal. Se volvieron pausadamente, sin apenas separarse, y, guardando la formación, desaparecieron de vista detrás de la casa gris.

Malcolm ayudó a Virginia a colocar las cosas en las alacenas y en el único armario del dormitorio. Había bastante que hacer para que ambos estuvieran ocupados durante algunas horas, y cuando a Malcolm se le ocurrió mirar por la ventana del cuarto de estar, ya había oscurecido. Sin embargo, lo que vio le inmovilizó.

Al otro lado de la calle surgían chorros de luz de las cuatro esquinas de la casa gris, iluminando espléndidamente todo el patio. Un hombre tullido se paseaba por el interior del cercado, con las piernas rígidas y el cuerpo inclinado hacia adelante, doblado por la cintura. Agarraba fuertemente los moldeados puños de dos bastones-muletas, en los que se apoyaba con los codos. Mientras Malcolm le contemplaba, el hombre dobló con gran exactitud la esquina de la casa y se puso a pasear por delante de la fachada principal de su propiedad. Mirando directamente hacia adelante se movía con regularidad, atravesando su sombra la cerca detrás de la doble sombra de los dos perros que iban inmediatamente delante de él. Ninguno de ellos miraba en dirección a la casa de Malcolm. Observó cómo el hombre daba otra vuelta, siguiendo la cerca hasta la parte de atrás de la casa y desapareciendo detrás de ésta.

Más tarde, Virginia sirvió lonjas de carne asada fría en el pequeño dormitorio-comedor. Poner la casa en orden pareció haber causado en ella un buen efecto moral.

-Escucha: creo que estaremos muy bien aquí, ¿verdad? -dijo Malcolm.

-Ya sabes que cualquier sitio que sea bueno para ti siempre lo será también para mí -respondió Virginia juiciosamente.

No era ésa la contestación que él deseaba. En Nueva York estaba seguro de que el verano le serviría de mucho..., que en cuatro meses un hombre puede tomar *alguna decisión*. Había pensado para ellos una casa junto al océano, en una ciudad que tuviera biblioteca pública, cinematógrafo y algunas otras distracciones. Para él fue un golpe cuando descubrió lo altos que eran los alquileres durante el verano y con cuánta anticipación había que alquilar las casas. Por

eso, cuando el último agente que visitó le describió este lugar y le dijo lo económico que era el alquiler, Malcolm procedió a realizar el contrato inmediatamente. Virginia estuvo de acuerdo, aunque no existiesen distracciones. Sin embargo, ella no dejó de preguntar al agente las causas de que fuera tan barato el alquiler de la casa; pero el agente, un hombre grueso con la camisa llena de cenizas de cigarro, le contestó muy serio:

-Mistress Lawrence, si usted busca un lugar donde su marido pueda trabajar sin que le moleste nadie, puedo asegurarle que no existe otro mejor.

Virginia quedó convencida.

A ella no le había agradado que Malcolm abandonara la agencia. El lo comprendía. Sin embargo, él necesitaba que ella estuviera contenta, porque esperaba que su situación fuera más segura para el final del verano. Ahora, Virginia le miraba fijamente. Él buscaba en su mente algo que pudiera interesarle y que cambiase un tanto el estado de ánimo que existía entre ambos. Recordó entonces la escena de que había sido testigo a última hora de la tarde. Le habló, pues, del hombre y de los perros, y esto hizo que Virginia levantara las cejas.

-¿Recuerdas si el agente nos dijo algo de ese hombre? -preguntó-. Yo, no.

Malcolm, rebuscando en su memoria, recordó que el agente le había mencionado un guarda al que podrían acudir si se les presentaba algún problema. Entonces no hizo mucho caso, porque no comprendía en qué podría ayudarlos un agente o un guarda. Pero ahora se daba cuenta de lo desamparados que estaban Virginia y él aquí si, por casualidad, se les rompía algo como una cañería o se les fundía la luz... La importancia del guarda adquiriría relieve, no cabía duda.

-Sospecho que es el vigilante -dijo-. ¡Oh!

-Es lógico: estos terrenos tienen que valer algo. Si no hay aquí alguien que los vigile, la gente puede llevarse las cosas, o vendría a acampar aquí, o algo por el estilo.

-Supongo que sí. Me imagino que los propietarios de estos terrenos le permiten vivir aquí sin pagar alquiler, y con esos perros hará un buen trabajo.

-Pues tendrá vigilancia para rato -dijo Malcolm-. Cualquiera que se decida a construir aquí tiene para diez años. No puedo figurarme que nadie compre estos terrenos, mientras haya sitio más cerca de Nueva York.

-Así, pues, es el sostenedor de la fortaleza -dijo Virginia inclinándose para quitar el plato a su marido.

Por encima del hombro de Malcolm miró hacia la ventana del cuarto de estar. Abrió mucho los ojos y, automáticamente, se tocó el borde del cuello de su bata y resopló.

-Escucha: posiblemente él no pueda ver lo que pasa en el cuarto de estar, sí; pero para ver lo que ocurre dentro de este dormitorio tiene que colocarse en el rincón más alejado de su patio. Y hace rato que entró en su casa.

Volvió la cabeza para mirar y, efectivamente, era cierto lo que él había dicho, con la excepción de que uno de los perros se hallaba en ese rincón mirando hacia la casa de ellos, con los ojos echando chispas. En aquel momento, su cabeza pareció atraída por alguna otra cosa y dirigió la mirada hacia el camino. Giró sobre sí mismo, dio algunos pasos alejándose de la cerca, se volvió, salió, recorrió la calle y se alejó. Un momento después regresó corriendo, junto con su compañero, que traía ligeramente sujeto de la boca un saquito de papel. Los perros trotaron juntos, alegres, como buenos camaradas, rozándose sus lomos, y cuando estuvieron a pocos pasos de la cerca, la saltaron al mismo tiempo y continuaron corriendo a través del patio hasta que Malcolm los perdió de vista.

-¡Cielo santo! ¡Vive solo con los perros! -exclamó Virginia.

Malcolm se volvió rápidamente hacia ella.

-¿Qué te hace suponer eso?

-Es muy sencillo. Acabas de ver cómo se han comportado los perros. Son sus criados. Él no puede ir a ninguna parte; ellos van en su lugar. Si tuviese esposa, iría ella.

-¿Ya te has dado cuenta de todo eso?

-¿No observaste qué contentos estaban? -preguntó Virginia-. No hay necesidad de que un perro vaya a reunirse con su compañero. Sin embargo, él lo hizo. No pueden ser nada más felices.

Virginia miró a Malcolm, y él vio volver a sus ojos la antigua y compleja cautela.

-¡Por todos los diablos! Son perros solamente... ¿Qué saben ellos de nada? -preguntó Malcolm.

-Saben de la felicidad -respondió Virginia-. Saben lo que hacen en la vida.

Malcolm permaneció mucho tiempo despierto aquella noche. Empezó pensando en lo magnífico que sería el verano viviendo allí y trabajando allí; luego pensó en la agencia y en por qué no parecía poseer él esa clase de intuición astuta y definida que conduce a un hombre a hacer fácilmente un trabajo oficioso. Aproximadamente a las cuatro de la madrugada se preguntó si estaría tal vez asustado, y si estaba asustado desde hacía tiempo. Nada de lo que estaba pensando era nuevo para él, y sabía que, hasta última hora de la tarde del día siguiente, no conseguiría alcanzar el punto en que se sintiera conforme y a gusto consigo mismo.

Cuando Virginia intentó despertarle a primera hora de la mañana, él le suplicó que le dejase dormir. A las dos de la tarde, ella le llevó una taza de café y le zarandeó por el hombro. Un rato después, entraba en la cocina en pantalones de pijama y encontró a Virginia haciendo huevos revueltos para ambos.

-¿Qué plan tienes para hoy? -le preguntó su mujer cuando hubo terminado de comer.

Malcolm levantó la vista.

-¿Por qué?

-Mientras dormías, puse todos tus útiles de pintura en el dormitorio de delante. Creo que hará un buen estudio. Con todas tus cosas allí, puedes acomodarte perfectamente esta tarde.

A veces, ella era tan brusca que le causaba enojo. Se le ocurrió que acaso Virginia hubiera pensado que proyectaba no hacer nada en todo el día.

-Escucha -le dijo-: ya sabes cómo me gusta experimentar la sensación de una cosa nueva.

-Lo sé. No soy capaz de comprenderlo. Yo no soy artista. Lo único que he hecho es colocar tus cosas en esa habitación.

Como Malcolm permaneció sentado un rato sin hablar, Virginia fregó platos y tazas y entró en el dormitorio. Al poco, salió vestida. Se peinó y se pintó los labios.

-Bueno, tú puedes hacer lo que quieras -dijo-. Yo voy a la casa de enfrente para presentarme.

Se apoderó de él un asomo de irritabilidad. Sin embargo, dijo:

-Si me esperas un minuto, me vestiré e iré contigo. Es conveniente que ambos estemos en contacto con él.

Se levantó y entró en el dormitorio para ponerse una camisa de cuello abierto, unos pantalones vaqueros y unos zapatos de lona. Notaba que empezaba a reaccionar contra la presión. Siempre le había molestado que le presionasen. Le parecía como si Virginia hubiese dispuesto de antemano la forma en que él debía pasar la tarde.

Fueron andando hasta el cercado por la estrecha faja de tierra situada entre él y la fila de piedras encaladas, sin que sucediera nada. Malcolm vio que, aunque el cercado tenía una puerta, no había ningún paso a través de la diminuta franja de césped que se hallaba al otro lado de él. Tampoco existía paseo central. El terreno estaba liso, continuo, como si la casa hubiese sido colocada allí por medio de un helicóptero. Malcolm miró más de cerca la tierra que estaba inmediatamente al otro lado del cercado, y cuando vio los regulares redondeles dejados por las muletas del hombre, se sintió aliviado.

-¿Ves alguna campanilla o algo por el estilo? -preguntó Virginia. -No.

-¿Crees que ladrarán los perros?

-No me gustaría que lo hicieran.

-¿Quieres mirar? -dijo Virginia tocando la aldabilla de la puerta-. La pintura apenas está desgastada. Apostaría a que no ha salido del patio en todo el verano.

Al tocar la verja, ésta crujió ligeramente y los perros salieron de detrás de la casa. Uno de ellos se paró, se volvió y regresó al edificio. El otro avanzó y se quedó parado detrás de la cerca, lo bastante próximo a ellos como para que oyeran su respiración. Los miraba con la cabeza inclinada, en estado de alerta.

Se abrió la puerta principal de la casa. En el umbral hubo una visión de muletas de metal. Luego, salió el hombre y se quedó parado en el descansillo. Cuando estuvo satisfecho de su observación,

asintió con la cabeza, sonrió y avanzó hacia ellos. El otro perro iba a su lado. Malcolm se dio cuenta de que el perro que estaba junto al cercado no se distrajo volviendo la cabeza para mirar a su amo.

El hombre se movió de prisa, cruzando el terreno con ágiles balanceos de su cuerpo. Parecía que su mal no era de la columna vertebral, sino de las piernas, porque necesitaba ayudarse para andar. Claro que no podía decirse que aquello fuera andar, pero tampoco se le podía catalogar como invalidez total.

Aunque el hombre aparentaba estar próximo a los sesenta años, no había en él síntomas de decrepitud. Era flaco, pero fuerte y nervudo. Era ancho de osamenta, y la piel de su cara estaba tersa y tostada por el sol. Alrededor de sus ojillos azules y de las comisuras de sus delgados labios tenía muchas arrugas finas y profundamente marcadas. Su pelo blanco amarillento estaba peinado hacia atrás, forma clásica de los militares británicos. Y todavía conservaba un ligero bigote. Usaba una chaqueta de mezclilla con los codos reforzados con parches de cuero. Parecía un poco gruesa para aquel tiempo. Llevaba puesta una fina camisa de franela, color gris claro, y una corbata de lazo azul pálido. Se paró junto a la cerca, con los codos apoyados en las muletas, y alargó una mano firme, de uñas cortas, de color hueso viejo.

-Buenas tardes -dijo amablemente. Sus modales eran correctos y corteses-. Deseaba conocer a mis nuevos vecinos. Soy el coronel Ritchey.

Los perros permanecían inmóviles, uno a cada lado de él, con sus negros y puntiagudos hocicos apuntando hacia los recién llegados.

-Buenas tardes -respondió Virginia-. Somos Malcolm y Virginia Lawrence.

-Encantado de conocerles -dijo el coronel Ritchey-. Creí que Cortelyou fracasaría esta temporada en proporcionarnos a alguien.

Virginia sonrió.

-¡Qué perros tan hermosos! -exclamó-. Los vi anoche.

-Sí. Se llaman *Max y Moritz*. Estoy orgulloso de ellos.

Mientras platicaban, cambiando cortesías, Malcolm se preguntaba por qué habría mencionado el coronel a Cortelyou, el agente de bienes raíces, como proveedor. Por otra parte, había algo familiar en el coronel.

-¿Usted es el famoso coronel Ritchey? -preguntó Virginia.

Lo era. Malcolm lo comprendía ahora todo. Recordaba la serie de las grandes revistas donde, algunos años antes, aparecieran las aventuras del coronel, sacadas de sus películas.

El coronel sonrió sin dar muestras de turbación.

-Soy el famoso coronel Ritchey, pero observarán ustedes que mi aspecto no es el mismo que el de ese simpático y encantador muchacho que apareciera en las películas.

-¿Y qué demonios hace usted aquí?- preguntó Malcolm.

Ritchey dirigió su atención a él.

-Ya sabe usted que uno tiene que vivir en alguna parte...

Virginia dijo inmediatamente:

-Anoche estuve observando a sus perros y, al parecer, le prestan a usted un gran servicio. Supongo que debe de ser agradable tenerlos. Se sentirá seguro con ellos.

-Sí, así es. Para mí constituyen una gran ayuda. *Max y Moritz* son muy buenos conmigo. Pero es más agradable tener personas aquí, como ahora. Empezaba a estar molesto con Cortelyou.

Malcolm empezó a preguntarse si el agente hubiera sido capaz de llamar guarda a Ritchey si el coronel hubiese estado escuchándole.

-Entren, por favor -dijo el coronel.

La aldabilla de la verja se le resistió momentáneamente, pero la golpeó ligeramente con la palma de la mano y consiguió alzarla.

-No tengan miedo a *Max y Moritz*. No atacan si no se les ordena...

-¡Oh! Desde luego no me asustan -contestó Virginia.

-Hasta cierto punto, no sería extraño que la asustaran -dijo el coronel-. Los perros doberman suelen ser poco sociables, como ustedes ya saben. Se tarda meses hasta conseguir su amistad, su

confianza, su cariño...

-Pero usted lo consiguió, ¿no? -preguntó Virginia.

-Por supuesto -respondió el coronel, con amable sonrisa-. Me los trajeron cuando eran pequeñitos.

Ahora se dirigió a los perros y su voz estaba llena de poderío, pero era tan calmosa como cuando se dirigía a Virginia.

-¡Chuchos!

Los perros se pararon a mirar al matrimonio y se alejaron después tranquilamente.

El cuarto de estar del coronel, tan limpio como sencillo, contenía, amorosamente cuidados por él, algunos muebles anticuados. El diván, con su tapicería de punto de media y su madera tallada, era el diván que Malcolm hubiera esperado encontrar en el cuarto de estar de una dama. En una esquina se hallaba un sillón Morris, colocado de forma que una persona pudiera tumbarse en él y mirar la calle o, volviendo la cabeza, descansar sus ojos en las distantes luces de Nueva York. De las paredes colgaban cuadros al óleo, con gruesos marcos dorados, que representaban paisajes abiertos. El mobiliario de la habitación pareció escaso a Malcolm, hasta que se le ocurrió que el coronel necesitaba sitio suficiente para recorrer la casa y no sillas adicionales para los hipotéticos visitantes.

-Siéntense, por favor -dijo el coronel-. Traeré té para merendar.

Cuando salió de la habitación, Virginia comentó:

-¡Todo un caballero!... ¡Y tan atento!...

Malcolm asintió.

-Encantador-dijo.

El coronel volvió a entrar trayendo una bandeja de plata perfectamente colocada. Sujetaba los bordes con los dedos pulgares e índices, mientras que con los restantes agarraba los soportes de goma negra de sus muletas. Traía té en la bandeja y pastelillos de confección casera.

-He de pedir disculpas por mi servicio de té -dijo-, pero es el único que tengo.

Cuando el coronel ofreció la bandeja, Malcolm vio que los utensilios estaban hechos de esa clase de hojalata que se emplea para confeccionar las latas de conservas. Al mirar su taza, vio que su original molde de hojalata estaba pintado de esmalte, y comprendió que todo aquello estaba hecho con latas de conserva. La tetera..., el asa, el pico, la tapadera..., todo era de lo mismo.

-¡Que me condene si usted no ha hecho esto en un campo de concentración!

-En realidad, sí lo hice. Estuve siempre tan orgulloso de mi trabajo, que aún me sirvo de ellos. En cierto modo, viviendo como yo vivo, nunca necesité comprar nada para sustituirlos. Es sorprendente las cosas que uno necesita en un campo de concentración, y lo importante que se convierte para uno. Suelo pintar estos pobres objetos periódicamente, y aún encuentro un placer especial en hacerlo, como lo sentía cuando esa actividad era completamente necesaria. Uno se ve obligado a hacer estas cosas en mi situación, ¿comprende? Espero que mi «juego de té» no quemé sus dedos.

Virginia sonrió.

-¡Oh, qué disparate!

Malcolm estaba asombrado. Nunca hubiera creído que Virginia recordase cómo comportarse con tanta coquetería. No había envejecido, dejando aparte la muchacha que siempre atrajo la atención de las personas; sencillamente, puso esa parte de ella en otro sitio.

Los ojos azules del coronel resplandecieron. Se volvió hacia Malcolm.

-He de decir que será delicioso pasar el verano con una persona tan encantadora como mistress Lawrence.

-Sí -respondió Malcolm, preocupado ahora con su taza, cuyo líquido caliente y sus afilados bordes dañaban sus dedos-. Siempre me he sentido muy satisfecho de ella -añadió.

-Me he dado cuenta de la inscripción que hay aquí -dijo Virginia, señalando el meticuloso grabado de la bandeja de té. Leyó en voz alta-: «Al coronel David N. Ritchey, R. M. E., de sus oficiales, compañeros de cautiverio, en *Oflag XXXIb*, con ocasión de su liberación, 14 de mayo de 1945. Si él no hubiera estado allí para guiarlos, muchos no se hallarían ahora presentes para

ofrecerle esta prueba de cariño».

Los ojos de Virginia despedían chispas cuando miraron al coronel.

-Todos debían de ser muy amigos suyos.

-En absoluto -respondió el coronel, con ligera sonrisa-. Yo era únicamente el oficial de mayor graduación de un grupo de oficiales muy mezclados. La mayoría de dichos oficiales eran jóvenes, procedentes de diferentes regimientos. No compañeros..., sino alevines de jefes, todos responsables, personalmente, de haberse rendido al enemigo. Unos, apáticos; otros, desesperados. Algunos, útiles; otros, no. Mi misión consistía en formar con ellos un cuerpo disciplinado, responsable, para elegir quiénes de nosotros debían ponerse a salvo y quiénes debían hacer la vida imposible a los alemanes en un campo de concentración. Porque estábamos en un campo de concentración desde la retirada de Dunkerque, y allí permanecimos hasta el final de la guerra. Durante ese tiempo, cambiamos de diferentes modos la situación estratégica dentro del campo. La mayoría de mis subordinados comprendía que era táctica..., cuando lo comprendía.

El coronel hizo una mueca, pero inmediatamente sonrió.

-La bandeja me la regalaron los supervivientes, claro está. Se apoderaron de un punzón muy puntiagudo del armario del comandante del campo, pocos días antes, con tiempo suficiente para hacer la inscripción. Pero la inscripción no sugiere que todos sobrevivieron.

-Entonces, en realidad no fue como se relata en la película, ¿verdad? -preguntó Virginia.

-No, y, sin embargo...

Ritchey se encogió de hombros, como si recordase una época en que había metido a alguien en un asunto de poca importancia.

-Fue una cuestión de valoración dramática, han de comprenderlo ustedes; así como la necesidad de contar una historia interesante y excitante de forma que atrayese a un público civil. Muchos de los incidentes que ocurren en la película, son literalmente ciertos..., aunque no sucedieron en el momento indicado en ella. Así, por ejemplo, el túnel de Navidad fue un hecho completamente real. Prometí a los hombres que, por lo menos uno de ellos, volvería a su casa por Navidad si picaban y ahondaban la tierra. Pero no era una promesa seria, y ellos lo sabían. A diferencia del protagonista de la película, yo no era un hombre fervoroso, sino irónico. La guerra estaba ya acabando. El deseo natural de un hombre inteligente hubiera sido evitar todo riesgo y esperar la liberación. La mayoría de ellos opinaba así. En realidad, muchos de ellos se habían transformado en personas civiles en su pensamiento y hablaban de sus carreras civiles, de sus familiares... y de cosas por el estilo.

Hizo una pausa.

-Así, empleando palabras irónicas y triviales sobre los túneles de Navidad, les recordaba cómo y en dónde se encontraban aún. La táctica funcionaba bastante bien. Empleando artimañas de esta clase, conseguía que trabajaran.

La expresión del coronel se hizo más ausente.

-Algunos me llamaban *la Víbora* -murmuró-. En la película, también; pero allí sonreían cuando lo decían.

-Sin embargo, su obligación era ayudarlos, tenerlos agrupados de la forma que fuese -dijo Virginia, apasionadamente.

La cara de Ritchey se torció en un espasmo de tensión tan violento como si su té hubiese contenido estricnina. Pero se recuperó en seguida.

-¡Oh, sí, sí! Los mantuve reunidos. Mintiéndoles, engañándolos, adulándolos... Pero el desgaste de energías fue enorme. Y desmoralizador. No convenía hacer ninguna diferencia que echase por tierra la máxima autoridad. Si hubiésemos estado en nuestro país, no hubiera habido un solo hombre entre los prisioneros que no se hubiese atrevido a rebelarse contra la más simple de mis órdenes. Pero en el campo de concentración no sabían qué hacer ni podían escapar. Estaban prisioneros de sus pequeñas ambiciones particulares, como le pasa a mucha gente. Y las personas no consiguen un propósito común a menos que actúen con disciplina.

La inflexible mirada del coronel pasó de Virginia a Malcolm.

-No es agradable decir a la gente lo que tiene que hacer. Lo único seguro es encontrarse en una situación tal que se le pueda decir a la gente lo que *debe* hacer.

-Tener fuerzas armadas que le respalden a uno. ¿Es ésta su idea, coronel?... ¿Consiguió permiso de los alemanes para establecer dentro del campo sus propias fortalezas?

A Malcolm le gustaba llevar las cosas a sus puntos más absurdos.

El coronel le observó imperturbable.

-Yo fui en Alemania el mismo hombre que soy aquí. No obstante, existe una breve historia que debo contar a ustedes. No es ajena por completo al asunto.

Se echó hacia atrás, poniéndose cómodo.

-Ustedes han debido de experimentar cierta curiosidad hacia mis perros *Max* y *Moritz*. Como ustedes saben, los alemanes fueron siempre muy aficionados a amaestrar perros para que realizaran toda clase de servicios y cosas útiles. Durante la guerra, los alemanes acostumbraron utilizar con bastante frecuencia, como auxiliares en los campos de concentración, a los perros. Mister Lawrence, un perro amaestrado actuando es mucho más temible que cualquier soldado con una metralleta en la mano. Un animal mata a un hombre sin vacilar, esté maldiciendo o rezando.

Hizo otra pausa.

-Los perros guardianes de cada campo de prisioneros de guerra estaban a cargo de un individuo llamado el *Hundführer...*, el amo de los sabuesos, como ustedes sabrán... cuya función, después de erigirse en amo y guía de los perros, era seguir unas cuantas reglas sencillas y llevar a los perros a donde los necesitaran. A los perros se les había enseñado algunas cosas rutinarias. Bastaba a su dueño pronunciar una orden tal como «¡Busca!» o «¡Detén!», para que los sabuesos supieran lo que tenían que hacer. Una vez los vimos actuar, y les aseguro que durante mucho tiempo no se borraron de nuestra mente.



Sonrió.

-Un doberman, por ser perro, no tiene conciencia, ¿comprende? Y un doberman amaestrado no tiene miramientos. Desde que es cachorrillo está predispuesto a ejecutar cuanto le enseñen y le ordenen. Y las lecciones son laboriosas... y autocráticas. Una vez dada una orden, debe ser obligado a ejecutarla a toda costa, porque el perro tiene que aprender que ha de obedecer sin titubear todas las órdenes que se le den. Siendo eso cierto, el perro aprenderá también, inmediata e irrevocablemente, que sólo son válidas las órdenes emanadas de un individuo particular. Al doberman, una vez amaestrado, no hay forma de controlarlo. Cuando llegaron los soldados americanos, los alemanes situados en sus torres blindadas depusieron las armas y trataron de escapar, pero los perros tuvieron que ser exterminados. Yo observaba desde una ventana cómo tuvieron que disparar contra la barrera de perros hasta que el último cayó muerto. Su *Hundführer* había huido...

Malcolm se dio cuenta de que su atención estaba distraída. En cambio, Virginia preguntó, como al desgaire:

-¿Cómo ingresó usted en la enfermería?... ¿Fue debido a algún accidente ocurrido en el túnel de Navidad?

-Sí -respondió el coronel a Virginia, como un caballero a una dama-. El único propósito del túnel era, como ya le dije, proporcionar a los hombres algo en que fijaran su atención. La guerra estaba próxima a terminar. Hubiera sido un acto descabellado e insensato intentar una huida a aquellas alturas. Nosotros teníamos muy bien dispuestas las cosas, desde luego. El pozo estaba oculto; el túnel, sostenido por tableros de camas; una rueda servía para abrir y cerrar la boca del túnel... Poseíamos, además, lámparas hechas con cajas de betún llenas de margarina... Todo normal. Los alemanes, en aquella época, tenían mucha experiencia para descubrir esta clase de operaciones, y la única sensata seguridad de progresos continuos era trabajar callada y aceleradamente. Hacer un túnel es un peligro al que hay que arriesgarse... Sin embargo, el éxito corona casi siempre esta clase de empresas.

Hizo otra pausa.

-Hacia finales de noviembre, algunos de mis hombres consideraron conveniente que bajara al pozo; es decir, que me había llegado el momento de contribuir a la excavación del túnel. Así, pues, una noche bajé y comencé a trabajar. El apuntalado era excelente, como de costumbre, y las condiciones no eran peores de lo normal. El ambiente era respirable. Como se trabajaba completamente desnudo, en cuanto se abandonaba el túnel había que frotarse bien la piel para evitar que la arena produjera escoceduras. En tales circunstancias no se podía llevar ropa, pues producía excesivo calor. Las quemaduras de arena eran muy visibles en las inspecciones médicas, y eran señales inequívocas de que se trabajaba debajo de tierra... Permanecí en el túnel por espacio de hora y media, al cabo de la cual emprendí el regreso, con tan mala fortuna que hubo un derrumbamiento del techo y quedé sepultado hasta más arriba de la cintura. No me tapó la cara, lo cual fue una suerte, y recuerdo con toda claridad que mi primer pensamiento fue que ninguno de mis hombres podría decir ya que su jefe no había experimentado las mismas tribulaciones físicas que ellos. Inmediatamente me di cuenta de que iba a ser extremadamente difícil liberarme de la arena que me había caído encima. Ante todo, tuve que hacer un agujero en el techo. Grandes cantidades de arena empezaron a caer directamente sobre mí, que esquivaba con movimientos rápidos de cabeza. La desesperación se iba apoderando de mí, cuando hubo otro ligero desprendimiento de tierra. Esta vez, la lámpara de aceite, que estaba sujeta a una de las tablas, se zafó, derramándose sobre mis muslos. La margarina caliente me produjo tremendas quemaduras, agravadas por el pabito, que no se apagó con la caída. Toda la parte inferior de mi torso, desde el ombligo a las rodillas, estaba lleno de margarina hirviendo...

El coronel hizo una mueca.

-Bueno, me vi en mala situación, porque no pude hacer nada respecto al fuego hasta que conseguí abrirme paso, quitándome la arena que me cubría hasta el pecho. Al cabo del tiempo conseguí verme libre y fui capaz de avanzar por el túnel, tras apagar las llamas. Los hombres situados en la parte delantera del túnel no tuvieron razón alguna para sentirse alarmados; los

túneles siempre huelen mal y a hollín, como es fácil suponer. De todas formas, mandaron a un hombre cuando yo ya estaba cerca de la entrada del túnel y comencé a gritar para que me oyeran. Hizo otra pausa.

-Por supuesto, no se pudo hacer otra cosa que decírselo a los alemanes, puesto que no había facilidad para ocultar ni disimular mi situación. Me trasladaron a la enfermería del campo, y allí permanecí hasta el final de la guerra, con tiempo de sobra para descansar y meditar mis ideas. Me fue posible continuar ejerciendo algún control sobre mis hombres. No me hubiera sorprendido nada que aquello hubiera estado todo el tiempo en la mente del comandante. Creo que confiaba en mi presencia para moderar el comportamiento de los hombres... Aquí termina, en realidad, el relato. Fuimos liberados por el ejército americano, y todos los hombres fueron devueltos a sus hogares. Yo permanecí en los hospitales militares hasta que estuve lo bastante recuperado para regresar a mi país, en donde me alojé en hoteles e interpreté el papel de oficial retirado e inválido. Después se publicó el libro del periodista y se vendieron los derechos de producción. Me llamaron de Hollywood para que fuera el asesor técnico de la película. Francamente, me agradó mucho aceptar el encargo... La pensión de un oficial no es muy grande..., y en cuanto mi nombre fue conocido por el público, lo ofrecí, junto con mis servicios, a varias organizaciones..., consiguiendo con ello acumular una fortuna.

Se calló un instante, volviendo a reanudar su monólogo.

-Claro está, no pude regresar a Inglaterra, donde las contribuciones se hubieran llevado la mayor parte del dinero conseguido con mi esfuerzo; pero, tras haber establecido amistad con mister Cortelyou, y adquirido y amaestrado a *Max* y a *Moritz*, me sentí contento. Un hombre debe formarse su modo de vida lo mejor que le sea posible, haciendo lo necesario para sobrevivir.

El coronel movió la cabeza y miró a Malcolm y Virginia.

-¿No son de mi opinión?

-Pues... sí -respondió, lentamente, Virginia.

A Malcolm le fue imposible determinar qué significaba la mirada de su mujer. Nunca antes la había visto en sus ojos. Éstos brillaban, pero se mostraban cautos. Su sonrisa demostraba agrado y simpatía, pero también tensión. Parecía aprisionada entre dos sentimientos dispares.

-¡Magnífico! -exclamó el coronel, juntando las manos-. Para mí es importantísimo que hayan comprendido la situación.

Con un impulso se puso en pie, y, con el mismo impulso, agarró las muletas antes que pudiera caerse. Empezó a avanzar lentamente, radiante.

-Bueno, una vez oído mi relato, me imagino conseguidos todos los objetivos de esta conversación, y no hay necesidad de retenerlos aquí por más tiempo. Los conduciré hasta la puerta del cercado.

-No es necesario -dijo Malcolm.

-Insisto -replicó el coronel, en un tono que hubiese sido extremadamente amable si no hubiera ido acompañado del animado guiño de sus ojos.

Virginia se le quedó mirando, parpadeando lentamente.

-Por favor, perdónenos -dijo-. Seguramente, hemos prolongado la visita más de lo necesario. No fue nuestro objeto ser pesados. Gracias por el té y los pastelillos. Eran estupendos.

-No tiene por qué disculparse. Su visita ha sido muy agradable -contestó el coronel-. Es alentador pensar que se puede mirar, de cuando en cuando, al otro lado de la calle y captar la visión de alguien tan atractiva como usted, ocupada en los quehaceres domésticos. Yo limpié la casa después que se fueron los últimos inquilinos, como es lógico; pero siempre uno da sus pequeños toques personales. Seguramente plantará usted algo delante de la casa, ¿verdad? Tales actividades son preciosas para mí: que alguien tan encantadora como usted, vestida de verano, trabaje y pasee por delante de la casa, o descanse al sol después de quitar los hierbajos..., es magnífico. Sí, espero pasar un verano agradable. Porque supongo que no surgirá ningún inconveniente que les impida pasar aquí todo el verano, ¿verdad? Cortelyou no se hubiera molestado siquiera en mandar a alguien que no pudiera pagarle.

A la cara del coronel volvió la educada y astuta mirada.

-Sus recursos son limitados y sus ingresos escasos, ¿verdad? Porque, si no, ¿cómo estarían aquí y no en otro lugar?

-Bien; buenas noches, coronel -dijo Virginia con admirable serenidad-. Vámonos, Malcolm.

-Una conversación muy interesante, coronel -dijo Malcolm.

-Interesante y necesaria, míster Lawrence -respondió el coronel, siguiéndolos hasta el patio.

Virginia le observó atentamente mientras se acercaban a la cerca, y Malcolm notó unos pliegues extraños en las comisuras de los labios de su esposa.

-¿Se encuentra usted un poco violenta, mistress Lawrence? -preguntó solícito el coronel-. Por favor, créame que seré tan discreto para sus sensibilidades como me lo permita la prudente zozobra de mi propia comodidad. No está en absoluto dentro de mi código ofender a una dama, y en cualquier caso...

El coronel sonrió, suplicante.

... desde el desastre del túnel de Navidad, podría decir que el ingenio está vivo, pero...

El coronel, ausente, frunció el ceño.

-No, mistress Lawrence -continuó, moviendo la cabeza, paternal-. ¿Pierde aroma la flor porque se la huele? Y si la flor está cultivada, alimentada y cuidada, ¿no será más afortunada que la rosa silvestre, que crece sin que nadie la vea? No lamente demasiado su actual posición social, mistress Lawrence... Alguien podría encontrarla digna de envidia. Pocas cosas son tan variables como los puntos de vista. En las próximas semanas puede cambiar su propia opinión.

-¿Qué demonios está diciendo a mi esposa? -dijo Malcolm.

Virginia intervino, rápidamente:

-Habla de eso más adelante.

El coronel sonrió a Virginia.

-Pero antes tengo que mostrar algo más a míster Lawrence -dijo, y a continuación alzó la voz ligeramente-: ¡*Max!*... ¡*Mo-ritz!*... ¡Aquí!...

Los perros se acercaron.

-¡Ah míster Lawrence! Quiero demostrarle a usted, antes que nada, cómo responden estos animales, lo que son capaces de hacer...

Volviéndose a uno de los perros, exclamó, dirigiéndose a Malcolm:

-Killl (¡Mata!)

Malcolm no podía creer lo que estaba oyendo. Sintió un gol-pazo en el pecho. *Moritz* se había lanzado contra él, con las patas traseras hundidas en la tierra mientras presionaba su cuerpo contra Malcolm. El perro se hallaba dentro del arco formado por los brazos del hombre, y lo más que hubiera podido hacer éste era acercarlo más a su cuerpo, apretándolo entre ellos. Intentó echar hacia atrás los brazos para luego golpear con fuerza la caja torácica del perro; pero, al menor movimiento, se tambaleó, y comprendió que si completaba el ademán caería al suelo. Todo esto sucedió en un brevísimo espacio de tiempo, y a continuación *Moritz* le tocó con el hocico en los labios abiertos. Una vez hecho esto, se bajó y regresó al lado del coronel Ritchey y de *Max*.

-¿Se da usted cuenta, míster Lawrence? -le preguntó el coronel sin dar importancia al hecho-. Un perro no responde literalmente a una palabra. Está subordinado. Está educado para realizar cierta acción cuando oye cierto sonido. Las cosas que se enseñan a un perro con trabajo y paciencia son cosas que no puede comprender un organismo educado. Pavlov tocaba una campanilla y a un perro se le caía la baba. ¿Es comida una campanilla? Si hubiese tocado otra campanilla y le hubiera dicho: «Comida, chuchó», el perro no hubiera hecho caso. Por tanto, cuando yo hablo en un tono normal y no es una orden tajante, ni *Kill* (matar) ni *kiss* (besar) significan nada, ni siquiera para *Moritz*. No significan nada para él..., a menos que alce la voz. Hubiera podido hacer que interpretara con la misma facilidad esa secuencia en asociación con cualquiera otra palabra, tal como..., ¡ah!..., *gingersnap* (galletitas de jengibre); pero entonces usted no hubiese captado el quid de la instructiva bromita. Nadie, excepto yo, puede actuar sobre estos seres. Solamente obedecen cuando yo mando. Y ahora, ¿qué dice usted, míster Lawrence? Me atrevería a decir que... Bueno, buenas noches. Como ya les he dicho, ustedes tienen muchas cosas que

hacer...

Cruzaron la puerta de la cerca, que el coronel cerró cuando salieron.

-¡Max, vigila! -ordenó.

El perro se puso en guardia.

-¡Moritz, ven!

El coronel se volvió, y el perro y él cruzaron el patio y entraron en la casa.

Virginia y Malcolm regresaron con paso normal a la casa alquilada, adaptando Malcolm su paso al de Virginia. Se preguntaba si su esposa iría tan tranquila porque no estaba seguro de lo que haría el perro si echaba a correr. Hacía tiempo que Virginia no estaba segura de algo.

Ya en la casa, Virginia se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada. Entonces, fue a sentarse en la silla que se hallaba frente a la ventana.

-¿Quieres hacerme un poco de café, por favor? -preguntó.

-Claro que sí. Descansa unos minutos. Recupera el resuello.

-Unos minutos es lo que me hace falta -respondió-. Sí, unos minutos, y todo volverá a estar bien.

Cuando Malcolm regresó con el café, continuó:

-Debe de tener alguna relación con Cortelyou, y apostaría a que esas gentes del depósito que está en la intersección de los caminos no se sienten muy felices con esos perros subiendo y bajando continuamente. Nos tiene en sus manos. Estamos acorralados.

-Espera, espera -dijo Malcolm-; nos rodea todo el territorio de Nueva Jersey, y él no puede...

-Sí puede. Si cree que puede hacerlo, es porque tiene buenas razones para hacerlo. No le menosprecies. No hay fanfarronería en *él*.

-Bueno, ¿y qué puede hacernos?

-Lo que le dé la gana.

-Eso no tiene sentido -respondió Malcolm frunciendo el ceño-. Ha conseguido asustarnos por el momento; pero hemos de ser capaces de encontrar un medio de...

Virginia le interrumpió con firmeza:

-El perro está todavía allí, ¿verdad?

Malcolm asintió.

-Bien -dijo ella-. ¿Qué sentiste cuando te atacó?... Fue espantoso. Dio la impresión de que iba a tirarte de espaldas. ¿Lo creíste así?... ¿Qué *pensaste*?

-Bueno, que se trata de un precioso animal con mucha fuerza -respondió Malcolm-. Pero, si quieres que te diga la verdad, no tuve tiempo de creerlo. Escucha: que un hombre como ése diga de pronto: «¡Mata!», es algo muy duro de creer. Especialmente, después de haberte invitado a té con pastelillos.

-Es muy astuto -dijo Virginia-. No puedo comprender por qué tuvo de su parte a los guardianes del campo de concentración alemán. Se mereció que escribieran un libro sobre él.

-Perfectamente. Y luego deberían haberle arrojado de cabeza a una celda almohadillada.

-Intenta arrojarle -dijo Virginia.

-¡Oh, vamos! Este es territorio suyo. Distribuyó las cartas antes que supiéramos que estábamos jugando. Pero él no es más que un viejo, cojo y loco. Si necesita intimidar a los encargados de un depósito y tener atado alrededor de su dedo a un agente comercial del tres al cuarto, bueno... Si se lo consienten... Pero él no es nuestro amo. Nosotros no estamos en su ejército.

-Estamos en su campo de concentración -dijo Virginia.

-Escucha -replicó Malcolm-: cuando acudamos a la oficina de Cortelyou y le contemos cuanto sabemos del coronel, no nos costará mucho trabajo que nos rescinda el contrato. Encontraremos otro sitio o regresaremos a la ciudad. Pero mientras tanto despreocupémonos de esto. Si ambos pensamos que no tiene importancia, todo será más fácil. No es verosímil que te pases el día sentada aquí, perdiendo el tiempo en pensar que no podemos ganar...

-Bien, Malcolm. El estar prisionero hace que se despierten tus iniciativas. Estás aquí armando ruido, como un jefe de alta graduación. Proponiendo huida, y todo eso...

Malcolm movió la cabeza. Ahora, cuando tanto se necesitaban el uno al otro, ella no cejaría. Hacer algo consistía para ella en moverse demasiado de prisa.

-Muy bien -dijo-, vamos al coche.

En su labio superior se notaban unas gotitas de sudor.

-¿Cómo?

Al fin había conseguido que Virginia se levantara de la silla.

-¿Crees que el perro va a dejar que nos acerquemos al coche?

-¿Quieres quedarte aquí, entonces? Perfectamente. Pero procura mantener la puerta bien cerrada. Voy a intentar algo, y una vez que haya salido me marcharé para regresar con un amable y simpático policía del Estado, provisto de una estupenda escopeta. Y ya veremos si hacemos algo con ese coronel y con sus perros... o tenemos que abandonar el terreno.

Cogió las llaves del coche, se dirigió a buen paso hacia la puerta y anduvo en línea recta hacia el coche. Inmediatamente, el perro ladró con fuerza. La puerta principal de la casa de Ritchey se abrió en seguida y el coronel gritó:

-¡Max!... ¡Detén!...

El perro saltó la cerca y sus dientes sujetaron con cuidado la muñeca de Malcolm antes que éste pudiera avanzar más, a pesar de haber emprendido una carrera. Tanto Malcolm como el perro estaban inmóviles. El perro respiraba profunda y tranquilamente. Ritchey y *Moritz* avanzaron hasta la parte delantera de la cerca.

-Bueno, míster Lawrence -dijo el coronel-; ahora llamaré a *Max* y el perro le traerá a usted con él. No intente resistir, porque se dañará la muñeca... ¡Max! ¡Tráele aquí!

Malcolm anduvo prudentemente hacia el coronel. Por alguna disposición especial de su cuello, al perro le era posible caminar junto a él sin soltarle.

-Muy bien, *Max* -dijo Ritchey cariñoso cuando ambos alcanzaron la cerca-. Suéltale ahora.

El perro soltó la muñeca de Malcolm. Este y Ritchey se miraron mutuamente, en la oscura noche, a través de la cerca.

-Bien, míster Lawrence -dijo Ritchey-: quiero que me entregue usted las llaves de su coche.

Malcolm le alargó las llaves, que el coronel se guardó en el bolsillo.

-Gracias.

Pareció reflexionar sobre lo que iba a decir a continuación, como reflexiona un profesor la contestación que ha de dar a un niño que le ha preguntado por qué es azul el cielo.

-Míster Lawrence, quiero que se dé usted cuenta de la situación. Sucede que yo también necesito un bote de tres libras de Crisco. Si usted quiere hacer el favor de darme todo el dinero que tiene en su bolsillo, esto simplificará la cosa.

-No llevo dinero encima -respondió Malcolm-. ¿Quiere usted que vaya a mi casa y lo coja?

-No, míster Lawrence. No soy un ladrón. Simplemente, quiero retringir su radio de acción en una de las formas en que he de restringirlo. Por favor, vuelva sus bolsillos.

Malcolm lo hizo así.

-Perfectamente, míster Lawrence. Si quiere usted entregarme su cartera, su cuaderno de direcciones y los treinta y siete centavos, se lo devolveré todo cuando quiera hacer de ellos un uso legítimo.

Ritchey se guardó en los bolsillos de su chaqueta los objetos indicados.

-Bien, míster Lawrence. Un bote de tres libras de Crisco vale noventa y ocho centavos. Aquí tiene un billete de dólar. *Max* irá con usted hasta el almacén de la intersección y usted me comprará y me traerá el bote de Crisco. Traerlo en un saco es demasiado para un perro, y faltan tres días para que me traigan mi pedido mensual. Se servirá usted decir en el almacén que ya no será necesario que vengan a traerme mi pedido mensual...; que, en adelante, usted se encargará de hacerme la compra... Espero que realice su cometido en un espacio de tiempo mínimo y que regrese con mi compra, míster Lawrence... ¡Max!

El coronel indicó con la cabeza a Malcolm.

-¡Guárdalo!... ¡Almacén!...

El perro tembló y se quejó.

-No se quede inmóvil, míster Lawrence. Estas órdenes son incompatibles hasta que usted empiece a andar hacia el almacén. Si usted no se mueve, el perro se pondrá cada vez más

nervioso. Por favor, ande. *Moritz* y yo haremos buena compañía a mistress Lawrence hasta que usted vuelva.

El almacén consistía en una pequeña habitación de la parte delantera de una casa de color pardo. En unas estanterías de madera de pino sin pintar se amontonaban provisiones de las que Malcolm nunca había oído hablar.

-¡Oh, viene usted con uno de esos simpáticos perros! -exclamó una mujer gruesa y cansada, que estaba detrás del mostrador.

Se inclinó para acariciar a *Max*, que se había acercado a ella con ese propósito. A Malcolm le pareció que el perro actuaba de una forma completamente mecánica, haciéndose la idea de que nada le acariciaba. Malcolm echó una mirada en torno suyo, pero no pudo ver nada ni nadie que pudiera ofrecerle una alianza, una ayuda.

-El coronel Ritchey desea un bote de Crisco de tres libras -dijo, subrayando el nombre para captar la reacción.

-¡Oh! ¿Le ayuda usted?

-Si se puede decir eso...

-¿No es simpático? -preguntó la mujer en voz baja y confidencial, como para evitar que el perro la oyera-. Existen algunas personas que le dirían a usted que se sienten molestas con un hombre como ése, pero yo digo que sería un pecado sentirlo. Es un hombre muy atento, y posee más dignidad y corazón que cualquier otro hombre que jamás haya visto. Conocerle es un orgullo para uno. Escuche: yo considero maravilloso que esos perros vengán a comprar algunas cosillas para él. Pero me alegra que tenga a alguien ahora que se preocupe por él. Excepto nosotros, creo que no ve a nadie de un año a otro..., aparte del verano, por supuesto.

Observaba a Malcolm con atención.

-Usted es también de los que pasan aquí el verano, ¿verdad? Bueno, pues me alegro, si está usted haciendo algo bueno por el coronel. Los que vinieron el año pasado se comportaron muy mal. Fue una vergüenza. Una noche del mes de septiembre se marcharon, y ni el coronel, ni yo, ni mi marido les hemos visto el pelo desde entonces. Dejaron a deber al coronel un mes completo de alquiler..., según nos dijo cuando fuimos por allí.

-¿Es dueño de estas tierras? -preguntó Malcolm.

-¡Oh, claro que sí! Es dueño de muchos terrenos por estos alrededores. Los compró a la primitiva compañía cuando quebró.

-¿También es dueño de este almacén?

-Bueno, ahora se lo tenemos arrendado. Era nuestro, pero se lo vendimos a la compañía y luego se lo alquilamos. ¡Oh, seremos ricos! Mi marido, con el dinero de la tierra, compró un solar en el centro de la calle y construirá una verdadera estación de servicio allí..., grande... Se figura que es muy astuto, pero no conseguimos que nadie venga a vivir aquí. Quiero decir que esto no es como si fuese una propiedad «cara al océano». Pero el coronel, que tiene la cabeza sobre los hombros, asegura que esto aumentará de valor un día, y cuando él lo asegura...

El perro se estaba impacientando, y Malcolm estaba preocupado por Virginia. Pagó el importe del bote de Crisco, y *Max* y él recorrieron, en medio de la oscuridad el polvoriento camino, de regreso a la casa. Realmente, honradamente, no parecía que se pudiese hacer otra cosa.

Se paró a la puerta de su casa, pensando si debería llamar. Cuando Virginia le abrió, notó que se había puesto unos pantalones cortos y una blusa sin mangas.

-Hola -dijo la mujer.

Se apartó para dejar paso a su marido y a *Max*. El coronel, retrepado descaradamente en uno de los sillones, alzó la vista.

-¡Ah, mister Lawrence! Ha tardado usted; pero la compañía ha sido deliciosa y los minutos han volado...

Malcolm miró a Virginia. Durante los dos años precedentes, se había acumulado en sus rodillas algo de grasa; pero aún tenía unas piernas largas y bonitas. El coronel Ritchey sonrió a Malcolm.

-Es ya noche cerrada. Sugerí a mistress Lawrence que seguramente no me ofendería si me dejaba solo unos instantes y se cambiaba la ropa por otra más cómoda.

Malcolm pensó que ella podía haberse negado a ello; pero, por lo que se veía, no lo hizo.

-Aquí tiene su Crisco -dijo Malcolm-. La vuelta está en la bolsa.

-Muchas gracias -respondió el coronel-. ¿Les dijo usted lo del pedido mensual?

Malcolm negó con la cabeza.

-No me acordé..., ni siquiera lo pensé. Estuve muy preocupado enterándome de cómo llegó usted a ser dueño de todo esto...

-Bueno, no hay por qué acalorarse. Ya se lo dirá usted mañana.

-¿Es que será una obligación para mí ir todos los días a hacerle recados? ¿Es que me silbará usted cada vez que necesite algo, coronel?

-Pues, sí. Se preocupa usted demasiado por las intromisiones en sus costumbres. Mistress Lawrence me dijo que es usted una especie de artista. Me extrañó esta mañana verle sin afeitarse.

El coronel hizo una pausa, para continuar, más incisivo:

-Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo para realizar lo mejor posible cualquier acto rutinario. Siempre se tarda algunos días en conseguir que las personas vayan al mismo paso. Pero, una vez logrado, todo es muy fácil: las funciones regulares, los deberes establecidos y cosas por el estilo. Levantarse y lavarse a una hora; trabajar de tal a tal hora; acostarse a tal hora... Todo y cada cual en su propio nicho. No se preocupe, míster Lawrence: se sorprenderá usted de lo cómodo que se hace todo. La mayoría de las personas encuentran en ello una revelación.

La mirada del coronel se hacía más ausente por instantes:

-Algunos, no. Algunos son como nacidos en otro planeta: inocente de natural humano. Actuando de ese modo, se llega a un punto en que hay que dejar de actuar; en el campo de concentración, me di cuenta de que la energía necesaria para conseguir el éxito completo dependía, en mí, en admitir la existencia del fracaso individual. No, algunos no responden. Pero nosotros no necesitamos discutir sobre lo que el tiempo nos dirá.

Los ojos de Ritchey empezaron a guiñar.

-En tiempos pasados, he tratado con seres creadores. La mayoría de ellos necesitaban trabajar con sus manos, hacer trabajos rudos, pesados, estúpidos, que dejasen su mente libre para elevarse en espirales, y aun forzarlos a que permaneciesen alejados de su vocación artística hasta que la tensión fuese casi inaguantable.

El coronel movió una mano en dirección a las casas sin edificar.

-Hay mucho que hacer. Si usted no sabe utilizar un martillo o una sierra, yo le enseñaré. Y cuando vea que usted ha alcanzado el máximo grado de frustración creadora, entonces tendrá usted lo que yo juzgo que ha de servirle mejor artísticamente. Estoy seguro de que usted se sorprenderá del afán con que emprenderá su trabajo. Por lo que averigüé por su esposa, acaso éste sea un excelente experimento para usted.

Malcolm miró a Virginia.

-Sí. Durante mucho tiempo ha sido eso una pesadilla para ella. Celebro que haya encontrado unos oídos que la escuchen con simpatía.

-No se disguste con su esposa, míster Lawrence. Eso malgasta las energías y crea serios problemas morales.

El coronel se puso en pie y se dirigió a la puerta.

-Algo que nadie pudo jamás enseñar a tolerar a un camarada *kriegie* fue la mezquindad. Esas cosas eran siempre arrancadas de cuajo. ¡Vamos, *Max!*... ¡Vamos, *Moritz!* Buenas noches.

Y se marchó.

Malcolm se acercó a la puerta y puso la cadena.

-¿Y bien? -dijo.

-Escucha...

Malcolm levantó un dedo.

-Entérate bien: a nadie le agrada un *kriegie* pendenciero. No hemos venido a luchar... Hemos de hablar... y hemos de pensar.

Se dio cuenta de que estaba mirando a su esposa con malos ojos y apartó la vista. Virginia se

puso colorada.

-Sólo quiero que sepas cómo ocurrió exactamente la cuestión -dijo Virginia-. Dijo que no consideraría descortés por su parte si yo le dejaba solo en el cuarto de estar mientras me cambiaba de ropa. Y yo no le conté nuestros apuros. Estuvimos hablando de lo que tú hacías para vivir, y no tardó en darse cuenta...

-No necesito tus explicaciones -le interrumpió Malcolm-. Lo que necesito de ti es que me ayudes a resolver este asunto.

-¿Cómo vas a resolverlo? Éste es un hombre que está acostumbrado a hacer siempre lo que quiere. ¡Nunca desiste! ¿Cómo una persona como *tú* va a solventar eso?

Pensó Malcolm que siempre, durante años, en un momento como el actual, ella terminaba por decir lo mismo: algo que le invitaba a uno a echar a correr.

Como Malcolm estuvo un buen rato sin decir nada, paseando de arriba abajo, con las cejas fruncidas y meditando, Virginia dijo que se iba a dormir. En cierto modo, Malcolm se sintió aliviado. En su mente se iba forjando un plan completo de acción y no quería que ella estuviese presente para adivinarlo.

Después que Virginia cerrara la puerta del dormitorio, Malcolm entró en su estudio. En un rincón había una caja de madera que contenía todo su material de pintura. Se acercó a ella, la abrió y se quedó pensativo. Desde aquella habitación podía ver los focos de luz que rodeaban la casa del coronel. Este había hecho su circuito por el patio, y uno de los perros permanecía alerta, mirando hacia el sendero. La escena no se había alterado en absoluto. Era la misma de la noche anterior.

«La escena, no -pensó Malcolm, mientras cogía un bote grande de pintura castaño-. Pero la disposición, *sí*.»

Sintió que una fuerza nueva invadía su brazo, haciendo el recorrido desde el hombro hasta los dedos a través del antebrazo y la muñeca.

Cuando Ritchey llevaba ya más de cinco minutos dentro de su casa, Malcolm se dijo en voz alta:

-Primero, hacer; luego, analizar.

Abriendo de par en par la puerta de entrada de su domicilio, dio un par de pasos hacia el sendero para tomar impulso y arrojar con fuerza el bote de pintura contra la verja de aluminio.

«Se quedará corto», pensó.

Y así fue, chocando con ruidoso estrépito contra una de las piedras encaladas y dispersando en abanico la pintura color castaño sobre las piedras adyacentes, la cerca y el perro, que retrocedió de un salto, pero que, careciendo de órdenes para atacar, se quedó quieto, gruñendo. Malcolm anduvo de espaldas hasta la puerta abierta de su casa, apoyándose en el dintel. Cuando se abrió la de la casa de Ritchey, se metió los pulgares en los oídos y movió los otros dedos.

-*Gute Nacht, Herr Kommandant* -gritó.

Y se metió en la casa, echando llave y cerrojo a la puerta y poniéndole la cadena. El perro había echado a correr, atravesando el patio y aplastando el hocico contra la parte exterior de la puerta. Su respiración sonaba como una risita convulsiva.

Malcolm se encaminó a la ventana. El perro se había apartado de la puerta, tras arañarla, y, dando un salto, salió disparado hacia el cristal. Se revolvió, trotó buscando una posición mejor y lo intentó otra vez. Malcolm le observaba. Esto era lo que esperaba que sucediera.

El perro no lo consiguió. Sus hocicos se aplastaban contra el cristal y toda la ventana se estremecía; pero el éxito no le acompañaba. La ventana estaba muy alta y el perro no podía combinar muy bien su impulso con el ángulo de impacto. Aunque hubiera conseguido romperla, no habría tenido impulso suficiente para atravesarla con limpieza. Los afilados cristales le hubieran degollado, y entonces el coronel se hubiese quedado con un solo perro, y un perro no sería bastante, y su sistema quebraría por alguna parte...

El perro desistió, dejando solamente en el cristal una mancha de color castaño.

A Malcolm le parecía igualmente imposible que el coronel rompiera la ventana. No podía realizar el gesto de lanzar una piedrecita con bastante fuerza para quebrar el cristal, y mucho menos tomar impulso suficiente para arrojar una grande. La cerradura y la cadena le impedían entrar por la puerta. No, no existía para el coronel ningún camino para penetrar en la casa.



Seguramente se tomaría algunos días para pensar algún medio astuto y económico. En efecto, estaba llamando al perro para que regresara a su casa. Cuando el animal llegó junto a él, se cambió una muleta e hizo cuanto le fue posible para arrodillarse y acariciar la cabeza del perro. En esta escena había algo más que cariño. El coronel, con gran trabajo, volvió a ponerse en pie y gritó de nuevo. El otro perro salió de la casa y ocupó, en un rincón del patio junto a la cerca, el puesto del primero. El coronel y el perro manchado de pintura regresaron al interior de la casa. Malcolm sonrió; luego, apagó las luces, dio doble vuelta a las llaves y, atravesando el vestíbulo, entró en el dormitorio. Virginia estaba sentada en la cama, mirando en dirección de donde provenían los ruidos.

-¿Qué has hecho? -preguntó.

-¡Oh, cambiar un poco la situación! -respondió Malcolm sonriendo-. Defender mi independencia. Poner en su sitio al coronel. Ensuciar un poco su limpieza... Espero haberle quitado el sueño. Total, táctica *kriegie*. Supongo que le gustará.

Virginia se mostró un tanto incrédula.

-¿Sabes lo que te haría con sus perros si intentas salir de la casa?

-No pienso salir. Ni tú tampoco. Sólo tenemos que esperar unos días.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Virginia mirándole como si fuera él el maniático.

-Pasado mañana, o tal vez el otro -explicó Malcolm-, recibirá un pedido de la tienda que yo no he anulado. Entonces, alguien llegará aquí con un carro cargado con toda clase de provisiones. Me tiene sin cuidado lo agradecidos que estén esos tenderos al coronel. Cuando nosotros salgamos de casa, no podrá ordenar a sus perros que nos destrocen en medio del sendero, a plena luz del día y con un testigo a la vista. Así, pues, nos meteremos en el carro del almacén y, más tarde o más pronto, nos alejaremos de aquí, porque *ese* carro y su conductor tienen que volver de nuevo al mundo exterior.

Virginia suspiró.

-Mira -dijo, con evidente control de sí misma-, todo cuanto él tiene que hacer es enviar una nota con los perros. De esa forma puede evitar que le manden el pedido.

Malcolm asintió.

-¡Ajá! Así las provisiones no llegan. Y entonces, ¿qué? ¿Intenta conseguir harina y huevos por medio del perro? ¿Controlándolo a distancia? ¿Hará eso? Muy bien, pero no lo conseguirá fácilmente en dos o tres días. Nosotros tenemos víveres en abundancia, y él carece de todo. A menos que intente vivir con el Crisco, su situación es mala. Aun así, sólo tiene tres libras de eso. Malcolm se desnudó y se deslizó entre las sábanas de la cama.

-Mañana será otro día. Que me condene si esta noche vuelvo a preocuparme más de este asunto. Ya he tenido que pensar bastante para frustrar los deseos del cojo, y mañana he de tener la mente despejada para encontrar otros puntos débiles en su defensa. Aprendí muchos trucos en las películas relacionadas con prisioneros inteligentes y guardianes embrutecidos.

Levantó el brazo y apagó la luz de la cama.

-Buenas noches, cariño -dijo.

Virginia dio media vuelta en la oscuridad y se apartó de él.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó quebrándosele la voz.

Fue mala cosa para Malcolm permanecer allí tumbado pensando en esa especie de limitación que había en ella, en que ella no comprendiese realmente lo que había que hacer. Por otra parte, pensó adormilado, sintiéndose más relajado que nunca, también él tenía sus propias limitaciones. Y ella las había aguantado durante muchos años sin una queja. Se quedó dormido pensando agradablemente en lo que le traería el día siguiente.

Se despertó al oír un ruido bajo tierra, como si los cimientos de la casa tuvieran dientes. Aún sumida en el sueño una buena porción de su cerebro, se gritó silenciosamente con lucidez de loco: -¡Ah, claro! ¡Ha estado haciendo un túnel! Y su mente le facilitó todos los datos: el cuidadoso traslado de las vigas soportes de las casas derrumbadas, la disposición de la arcilla excavada en los montones al lado de los otros cimientos. Tal vez existieran varios túneles que conducían a esos otros cimientos también, para cuando el coronel tuviera más inquilinos...

En aquel momento, un rincón del dormitorio mostraba una amarillenta línea dentada, y la mano de Malcolm agarró la pera de la luz. Virginia se despertó sobresaltada. En el rincón había una trampilla; sus desiguales juntas estaban ocultas por tablas de diferentes anchuras. La trampilla se abrió dejando en libertad un hedor a hollín y a cuerpo humano.

Un perro saltó por la abertura y se introdujo en el dormitorio. Su cabeza y su cuerpo estaban manchados y se sacudió para quitarse la tierra de sus costados. Tras él, se arrastraba el coronel, desnudo, y, ayudándose con los brazos, sacó medio cuerpo por la boca del túnel. Su pelo estaba cubierto de sudor, y se le pegaba al cráneo. Estaba sucio de barro amarillo rojizo, y medio oculto por la oscuridad. Virginia se tapó la cara con las manos, mirando con un ojo por entre los separados dedos, y gritó a Malcolm: -¡Oh Dios mío! ¿Qué has hecho de nosotros? -No se preocupe, querida -dijo el coronel, dirigiéndose a ella. Luego, volviéndose a Malcolm, continuó: ¡No me gusta que abusen de mí!

Temblando de tensión mientras enarbolaba un brazo atado con cuerda, dijo tajante al perro, señalando a Malcolm: -¡Mata!...

## HENRY SLESAR - El candidato

(*The Candidate*)

«La valía de un hombre puede juzgarse por el calibre de sus enemigos.»

Burton Grunzer, tras encontrar esa frase en una biografía publicada en un libro de los llamados «de bolsillo», que había comprado en un quiosco de periódicos, se puso el libro sobre las rodillas y miró pensativamente por la oscura ventanilla del tren.

La oscuridad azogaba el cristal, no proporcionándole otra visión que la de su propia imagen; pero eso parecía adecuado al curso de sus pensamientos.

¿Cuántas personas eran enemigas de aquel semblante, de ojos medio cerrados por la miopía, que una estúpida presunción se negaba a corregirla por medio de gafas; de nariz que él titulaba para sí «patricia», y de boca agradable cuando estaba cerrada y dura cuando se animaba por la palabra, la sonrisa o el fruncimiento? «¿Cuántos enemigos?», musitó Grunzer.

Era capaz de nombrar unos pocos; de adivinar otros. Pero lo que importaba era el calibre de ellos. Así, por ejemplo, hombres como Whitman Hayes eran para él adversarios de veinticuatro quilates. Grunzer sonrió, echando una mirada de soslayo al ocupante del asiento de al lado, pues no deseaba que nadie adivinase sus pensamientos secretos.

Grunzer tenía treinta y cuatro años; Hayes era dos veces mayor que él, con los cabellos blancos, sinónimo de experiencia. Un enemigo del que se podía estar orgulloso. Hayes conocía perfectamente el negocio de la alimentación, lo conocía desde todos los ángulos: durante seis años había sido descargador; durante diez, corredor, y un magnífico presidente de la Compañía de Alimentación durante veinte años, antes que el anciano le hubiese introducido en la organización para sentarle a su diestra. No era fácil empalar a Hayes, y eso hacía que los pequeños pero incesantes triunfos de Grunzer fueran más agradables. Se congratulaba por ello. Había desvirtuado las ventajas de Hayes en las rebajas; había conseguido que sus muchos años apareciesen como equivalentes a senectud y a excesiva duración de vida. En las reuniones, había concentrado sus objetivos sobre el nuevo supermercado y el fenómeno suburbano para demostrar al anciano que los tiempos habían cambiado, que el pasado estaba muerto, que se necesitaban nuevas tácticas mercantiles y que solamente un hombre joven podía llevarlas a cabo...

De repente, se sintió deprimido. Su gozo al recordar sus victorias le producía mal sabor de boca. Sí, había ganado algunas batallas menores en el salón de reuniones de la compañía; había conseguido que la rubicunda cara de Hayes enrojeciera; había observado cómo la apergaminada piel del anciano se arrugaba en una mueca socarrona. Pero, ¿qué había conseguido? Hayes parecía más seguro de sí mismo que nunca... El anciano estaba prevenido ante su advertencia...

Cuando llegó a su casa, más tarde de lo acostumbrado, su esposa Jean no le hizo preguntas. Después de ocho años de matrimonio infecundo conocía a su marido perfectamente, y ella, con muchísima inteligencia, no le ofrecía más que un tranquilo saludo, una comida caliente y el correo diario. Grunzer miró a la ligera anuncios y circulares. Encontró una carta sin sello. Se la guardó en el bolsillo del pantalón, reservándola para una lectura privada, y terminó la comida en silencio.

Después de cenar, Jean sugirió ir al cine y él accedió: le apasionaban las películas violentas. Pero antes de salir se encerró en el cuarto de baño y abrió la carta. Su membrete decía: *Sociedad para la Acción Unida*. El remitente, cierta lista de correos. Leyó:

«Estimado míster Grunzer:

»Nos ha sugerido su nombre un conocido mutuo. Nuestra organización realiza una misión desacostumbrada que no podemos describir en esta carta, pero que usted puede considerarla de inusitado interés. Nos agradecería celebrar con usted una entrevista privada cuando más le conviniera. Si no hemos recibido de usted comunicación en contra durante los próximos días, nos tomaremos la libertad de llamarle a su oficina».

Estaba firmada: *Cari Tucker, secretario*. En una línea muy fina, al final de la página, se leía: *Esta organización no es benéfica*.

Su primera reacción fue defensiva. Sospechaba un ataque encubierto a su portamonedas. Su segunda reacción fue de curiosidad. Se dirigió al dormitorio y localizó la guía telefónica; pero no

encontró en ella ninguna sociedad que respondiera al membrete de la carta.

«Muy bien, mister Tucker -pensó torcidamente-. Morderé el anzuelo.»

Al no recibir ninguna llamada telefónica durante los tres días siguientes, aumentó su curiosidad. Pero al llegar el viernes, olvidó la promesa de la carta en el revoltijo de los asuntos de la oficina. El anciano convocó una reunión con la división de los productos panaderos. Grunzer se sentó frente a Whitman Hayes en la mesa de conferencia, dispuesto a encontrar errores en su exposición. Casi lo consiguió en un momento dado; pero Eckhardt, el director de los productos de panadería, habló en defensa del punto de vista de Hayes. Eckhardt llevaba en la compañía solamente un año, pero era evidente que ya había elegido al lado de quien situarse. Grunzer le miró fijamente y reservó un sitio para Eckhardt en la cámara de odios de su mente.

A las tres llamó Cari Tucker.

-¿Mister Grunzer? -la voz era cordial, hasta jovial-. Como no he tenido ninguna noticia de usted, supuse que no le importaría que le llamara hoy. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos reunirnos en alguna parte?

-Bueno, si usted puede adelantarme algo, mister Tucker...

La risita fue sonora.

-He de advertirle que no somos una organización caritativa, mister Grunzer. Se lo advierto por si usted lo creyó así. Ni tampoco vendemos nada. Somos, más o menos, un grupo de servicio voluntario; en la actualidad, nuestros socios pasan del millar.

-Para decirle la verdad, nunca oí hablar de usted -gruñó Grunzer.

-No, claro que no, y ése es un voto a su favor. Creo que lo comprenderá usted todo cuando le hable de nosotros. Puedo estar en su despacho dentro de quince minutos, a menos que usted desee que nos reunamos otro día.

Grunzer miró el calendario.

-De acuerdo, mister Tucker. Es un día muy a propósito para mí.

-¡Estupendo! En seguida estoy con usted.

Tucker llegó pronto. Cuando entró en el despacho, los ojos de Grunzer se posaron con disgusto en la cartera que el hombre llevaba en la mano derecha. Pero se sintió mucho mejor cuando Tucker, un hombre simpático, de unos sesenta años escasos y rostro pequeño y agradable, comenzó a hablar.

-Ha sido muy amable por su parte, mister Grunzer, concediéndome esta entrevista. Créame: no estoy aquí para hacerle un seguro ni para venderle hojillas de afeitarse. Aunque quisiera, no podría hacerlo; soy un corredor en la reserva. No obstante, el tema que quiero discutir con usted es más bien... privado; por tanto, tendré que pedirle a usted que, en cierto punto, sea indulgente conmigo. ¿Puedo cerrar la puerta?

-Claro que sí -respondió Grunzer, confundido.

Tucker la cerró, acercó más la silla y dijo:

-La cuestión es la siguiente: lo que he de decir tiene que permanecer en el más estricto secreto. Absolutamente confidencial. Si usted traiciona esta confidencia, si usted da publicidad, en la forma que sea, a los fines de nuestra sociedad, las consecuencias pueden ser de lo más desagradables. ¿Estamos de acuerdo?

Grunzer, frunciendo el ceño, asintió.

-¡Magnífico!

El visitante abrió la cartera y sacó un manuscrito grapado.

-La sociedad ha preparado este pequeño esquema sobre nuestra filosofía básica, pero no voy a cansarle leyéndoselo. Iré derecho al meollo del asunto. Usted puede no estar conforme con nuestro primer principio, y a mí me gustaría saberlo en seguida.

-¿Qué quiere usted indicar con «primer principio»?

-Pues... -Tucker se ruborizó ligeramente-, diciéndolo en forma cruda, mister Grunzer, la Sociedad para la Acción Unida cree que... *algunas* personas no son aptas para vivir.

Alzó los ojos rápidamente, como si estuviera ansioso de captar la reacción inmediata.

-Bien, ya lo he dicho -se echó a reír, con cierto alivio-. Algunos de nuestros socios no creen en

mi acercamiento directo; consideran que el argumento ha de ser expuesto más discretamente. Pero, con toda franqueza, yo he obtenido magníficos resultados actuando de esta forma cruda.

¿Qué piensa usted sobre lo que acabo de decirle, míster Grunzer?

-No sé. Me parece que nunca he pensado mucho sobre el particular.

-¿Estuvo usted en la guerra, míster Grunzer?

-Sí, en la Marina -contestó Grunzer acariciándose la barbilla-. Supongo que entonces consideraba que los japoneses no eran dignos de vivir. Tal vez existan otros casos. Quiero decir que creo en el castigo capital. Los asesinos, los violadores, los pervertidos, los malvados..., creo que *no merecen* vivir.

-¡Ah! -exclamó Tucker-. Entonces usted acepta, realmente, nuestro primer principio. Es cuestión de categoría, ¿verdad?

-Sí, puede considerarse así.

-Bien. Ahora trataremos otra áspera cuestión. ¿Desea usted..., personalmente..., que alguien muera? ¡Oh! No me refiero a esos deseos casuales, imprecisos, que todo el mundo siente, sino al deseo real, profundo, claro, por la muerte de alguien que *usted* crea que no merece vivir... ¿Lo ha experimentado usted alguna vez?

-Claro que sí -respondió francamente Grunzer-. Indudablemente, lo he experimentado.

-En su opinión, ¿considera usted, a veces, que la salida de alguien de este mundo sería beneficiosa?

Grunzer sonrió.

-¿Cómo?... ¿Pertenece usted, acaso, a alguna asociación criminal, dedicada a «despachar» a la gente?

Tucker se rió por lo bajo.

-No totalmente, míster Grunzer, no totalmente. En nuestros métodos o procedimientos no existe ningún aspecto criminal. Absolutamente. Admitiré que somos «una sociedad secreta», pero no La Mano Negra. Se asombraría usted de la calidad de nuestros asociados, que incluye hasta miembros de la profesión legal. ¿Quiere usted que le explique cómo empezó a funcionar la sociedad?

Grunzer asintió.

-Empezó con dos hombres. No puedo revelarles sus nombres. Fue en el año mil novecientos cuarenta y nueve, y uno de esos hombres era abogado adscrito al bufete del juez del distrito. El otro era un psiquiatra del Estado. Ambos estuvieron envueltos en un juicio más bien sensacionalista, entablado contra un hombre acusado de un repugnante delito contra dos jovencitos. En opinión de ellos, el hombre era incuestionablemente culpable; pero un defensor desacomodadamente persuasivo y un jurado altamente sugestionable le concedieron la libertad. Cuando se leyó la sentencia, el inconcebible veredicto, aquellos dos hombres, que eran tan amigos como colegas, se enfurecieron. Se dieron cuenta del grandísimo error que se había cometido, y que estaban imposibilitados para corregirlo...

Hizo una pausa.

-Le explicaré algo respecto a ese psiquiatra. Durante algunos años hizo estudios en un campo que podría llamarse «psiquiatría antropológica», una de esas investigaciones relacionadas con la práctica Vudú de ciertos grupos, en particular el haitiano. Seguramente habrá usted oído hablar mucho de Vudú o de Obeah, como se le llama en Jamaica; pero no me ocuparé del tema, a fin de que no crea usted que nosotros llevamos a cabo ritos salvajes o clavamos alfileres en los muñecos... No obstante, el hecho principal de su estudio fue el *éxito* misterioso de ciertas prácticas extrañas. Naturalmente, como científico, rechazó la explicación sobrenatural y creyó en la racional. Y, por supuesto, ésa era la única respuesta. Cuando el sacerdote Vodum decretaba el castigo o la muerte de un malhechor, eran las propias convicciones de éste referentes a la eficacia del deseo-muerte, su propia fe en el poder Vudú, lo que convertía finalmente el deseo en verdad. Algunas veces, el proceso era orgánico: su cuerpo reaccionaba psicosomáticamente al castigo Vudú, enfermando y muriendo. Otras veces, moriría por «accidente»... accidente provocado por la secreta creencia de que, una vez castigado, *debía* morir. Atemorizado, ¿no es cierto?

-Indudablemente -respondió Grunzer, con los labios secos.

-De todas formas, nuestro amigo el psiquiatra comenzó preguntándose en voz alta si algunos de nosotros habríamos avanzado tanto a lo largo del sendero civilizado que no podríamos estar expuestos a esta misma clase de castigo «sugerido». Propuso que experimentaran sobre este tema elegido, para ver qué pasaba.

Hizo una pausa.

-Lo que hicieron fue muy sencillo -continuó-. Fueron a ver a ese hombre y le anunciaron sus intenciones. Le dijeron que *iban a desearle la muerte*. Le explicaron cómo y por qué el deseo se convertiría en realidad, y mientras él se reía de su propuesta, observaron cómo cruzaba por su rostro una mirada de supersticioso temor. Le prometieron que todos los días, con regularidad, le desearían la muerte, hasta que ya no pudiese detener el místico y cruel sacrificio que convertiría tal deseo en realidad.

De pronto, Grunzer se estremeció y apretó los puños.

-Eso es una tontería -dijo suavemente.

-El hombre murió de un ataque al corazón dos meses después.

-Por supuesto. Sabía que usted diría eso. Pero es pura coincidencia.

-Naturalmente. Y nuestros amigos, mientras investigaban, no se sentían satisfechos. *Así, pues, decidieron intentarlo otra vez.*

-¿Otra vez?

-Sí, otra vez. No le diré quién fue la víctima; pero sí que esta vez solicitaron la ayuda de cuatro socios. Este grupito de «adelantados» fue el núcleo de la sociedad que yo represento hoy.

Grunzer movió la cabeza.

-¿Y me ha dicho usted que ahora hay *mil*?

-Sí, mil o más, por todo el país. Una sociedad cuya única función es *desear que la gente muera*. Al principio, los socios eran puramente voluntarios; pero ahora tenemos un sistema. Cada nuevo miembro de la Sociedad para la Acción Unida ingresa con la condición de suministrar una víctima en potencia. Naturalmente, la sociedad investiga para determinar si la víctima es merecedora de su muerte. Si el caso es aceptable, entonces la *totalidad* de los socios se dedican a desearle la muerte. Una vez cumplida la tarea, el nuevo socio, como es lógico, deberá tomar parte en toda futura acción concertada. Eso... y una módica anualidad es lo que se exige a los socios.

Cari Tucker sonrió.

-En el caso de que usted considere que yo no hablo en serio, míster Grunzer...

De nuevo manipuló en la cartera, para sacar esta vez un grueso volumen de direcciones telefónicas.

-Aquí están las pruebas: doscientas veintinueve víctimas fueron señaladas por nuestra comisión de selección. De ellas, *ciento cuatro* no viven ya. ¿Coincidencia, míster Grunzer?... Si existe un resto de ciento veinticinco..., eso indica que nuestro método acaso no sea infalible. Somos los primeros en admitirlo. Pero durante este tiempo, se han puesto en práctica nuevas técnicas. Yo le aseguro a usted, míster Grunzer, que *los mataremos a todos*.

Hojeó el libro azul.

-Todos nuestros miembros están registrados en este libro, míster Grunzer. Daré a usted opción para que telefonee a uno, a diez, a ciento de ellos. Llámelos... y vea si le digo la verdad.

Echó el manuscrito sobre la mesa de Grunzer. Cayó sobre la carpeta con ruido seco. Grunzer lo cogió.

-¿Bien? -preguntó Tucker-. ¿Quiere llamarlos?

-No -respondió mordiéndose los labios-. Quiero creer en su palabra, míster Tucker. Es increíble, pero me doy cuenta de cómo actúan. *Con sólo saber* que mil personas le están deseando a uno la muerte es suficiente para largarse al infierno -sus ojos se estrecharon-, Pero existe una cuestión. Habló usted de una «pequeña» anualidad...

-Cincuenta dólares, míster Grunzer.

-¿Cincuenta?... ¡Hum! ¡Cincuenta veces mil... hacen una buena cantidad de dinero!, ¿no le parece?

-Le aseguro a usted que la organización no se ha constituido para obtener beneficios. Por lo menos, no la clase de beneficios que usted supone. Los ingresos sirven solamente para cubrir gastos: el trabajo de la comisión, la investigación y cosas por el estilo. Seguramente comprenderá usted esto, ¿verdad?

-Así lo supongo -gruñó.

-Entonces, ¿lo encuentra usted interesante?

Grunzer giró el sillón hasta colocarse de cara a la ventana.

«¡Dios! -pensó-. ¡Dios! *¡Si fuera cierto!...*»

Pero ¿cómo? Si el deseo matara, él habría matado a docenas de personas en su vida. Sí, eso era diferente. Sus deseos eran siempre secretos, ocultos donde nadie podía conocerlos. Pero ese método era diferente, más práctico, más terrorífico. Sí, podía darse cuenta de cómo actuaban. Podía visualizar miles de mentes ardiendo con el único deseo de la muerte; ver a la víctima debatiéndose, al principio, presa del desasosiego, y luego, sucumbiendo lentamente, gradualmente, seguramente, a la cadena de terror que la ahogaba, que la oprimía... El trabajo era *eficaz*... Tantos pensamientos mortales podían emitir, realmente, un rayo místico y malvado que

destruyera la vida.

De repente como si ante él surgiera un fantasma, vio la rubicunda cara de Whitman Hayes.

Se volvió de nuevo y dijo:

-La víctima, por supuesto, tiene que *saber* todo esto; tiene que saber que existe la sociedad, que ha tenido éxitos y que está deseando *su* muerte, ¿verdad? ¿Es esencial eso?

-Absolutamente esencial -respondió Tucker, guardando el manuscrito en la cartera-. Usted ha tocado el punto vital, míster Grunzer. Hay que informar a la víctima, y eso es precisamente lo que he hecho.

Y añadió, después de mirar su reloj:

-Así pues, su deseo de morir empezará para usted hoy al mediodía. La sociedad ha empezado a trabajar ya. Lo lamento muchísimo.

Ya en el umbral de la puerta, se volvió y alzó el sombrero y la cartera en un saludo de despedida.

-Adiós, míster Grunzer -dijo.



# JOHN WYNDHAM - El misterio de las profundidades

(*Out of the Deeps*)

## FASE 1

Yo soy un testigo digno de crédito; usted es un testigo digno de crédito; prácticamente, todos los hijos de Dios somos, según estimación propia, testigos dignos de crédito..., lo cual da lugar a que, de un mismo asunto, se tengan versiones e ideas muy diferentes. Casi las únicas personas que yo conozco que estaban completamente de acuerdo en todos los puntos sobre lo que vieron la noche del 15 de julio eran Phyllis y yo. Pero, como daba la casualidad de que Phyllis era mi esposa, la gente decía -a espaldas nuestras, naturalmente- que yo la había «convencido a pesar suyo», idea que sólo podía ocurrírsele al que no conociera a Phyllis.

La hora era las once y cuarto de la noche; el lugar, latitud treinta y cinco, unos veinticuatro grados al oeste de Greenwich; el barco, el *Guinevere*; la ocasión, nuestra luna de miel. Sobre estos datos no existe discusión posible. El crucero nos había llevado a Madeira, las Canarias, las islas de Cabo Verde, y había vuelto hacia el norte para enseñarnos las Azores en nuestro viaje de regreso a casa. Nosotros, Phyllis y yo, paseábamos por cubierta, tomando el aire. Del salón llegaban hasta nosotros la música y el jaleo del baile, y el *crooner* aullaba por alguien. El mar se extendía ante nosotros como una llanura plateada a la luz de la luna. El barco navegaba tan suavemente como si lo hiciera por un río. Nosotros contemplábamos en silencio la inmensidad del mar y del cielo. A espaldas nuestras, el *crooner* continuaba berreando.

-Estoy tan contenta que no siento como él; debe de ser devastador -dijo Phyllis-. ¿Por qué la gente, cuando forma masa, produce estos aterradores sollozos?

Yo no tenía respuesta preparada para eso, y ya había conseguido encontrar una a propósito cuando la atención de Phyllis quedó captada de repente por otra cosa.

-Marte parece enfadado esta noche, ¿no te has dado cuenta? Espero que eso no sea de mal agüero -dijo.

Miré hacia donde ella señalaba; un punto rojo entre miríadas de puntos blancos, y experimenté cierta sorpresa. Por supuesto, Marte siempre está rojo, pero yo nunca lo había visto tanto como aquella noche... aunque tampoco las estrellas, vistas desde casa, eran tan brillantes como lo eran aquí. Bueno, acaso en los trópicos fuera así.

-Sí, está un poco encendido -convine con ella.

Por unos instantes contemplamos el disco rojo. Luego, Phyllis dijo:

-Tiene gracia. Produce la impresión de que se va haciendo más grande.

Expliqué que eso era una alucinación producida por mirar fijamente. Continuamos mirando, e indiscutiblemente iba aumentando de tamaño. Además:

-Hay otro. No pueden ser dos Marte -dijo Phyllis.

Y no cabía duda de que era así. Un punto rojo más pequeño, un poco más arriba y a la derecha del primero. Ella añadió:

-Y otro. A la izquierda... ¿Lo ves?

También tenía razón en eso, y esta vez el primero brillaba como la cosa más notable y destacada del cielo.

-Debe de tratarse de un vuelo de aviones de cierta clase, y lo que estamos viendo es una nube de vapor luminoso -sugerí.

Observamos que los tres puntos se hacían, poco a poco, más brillantes y descendían por el cielo hasta situarse a poca distancia por encima de la línea del horizonte, reflejando en el agua un reguero rojizo que se dirigía hacia nosotros.

-Ahora, cinco -dijo Phyllis.

Desde aquel momento nos han pedido a nosotros dos que los describiéramos; pero acaso no estábamos dotados de una vista adecuada para los detalles, como algunas otras personas. Lo que nosotros dijimos en su momento, y lo que aún decimos, es que en aquella ocasión no existía un verdadero modelo visible. El centro era de color rojo fuerte, y la especie de pelusa que le rodeaba era menos roja. La mejor sugerencia que puedo hacer es que se trataba de una luz roja muy

brillante, vista a través de una espesa niebla, que la rodeaba como un fuerte halo. Ésta es la mejor descripción que puedo hacerles.

Otras personas paseaban por cubierta, y, honradamente, acaso debería mencionar que ellas parecieron ver aquellas luces con forma de cigarros, de cilindros, de discos y de ovoides, e, inevitablemente, de platillos. Nosotros, no. Lo que es más: nosotros no vimos ocho, ni nueve ni una docena. Vimos cinco.

El halo podía ser o no podía ser debido al chorro de un avión a propulsión; pero no indicaba ninguna gran rapidez. Las cosas crecían de tamaño muy lentamente a medida que se acercaban. Hubo tiempo suficiente para que la gente regresara al salón y avisara a sus amigos para que las vieran; de ese modo, se formó un grupo de pasajeros a lo largo de la cubierta, mirándolas y haciendo conjeturas.

Por no tener escala a mano, no podíamos juzgar sobre el tamaño ni sobre la distancia a que se encontraban. De todo lo que podíamos estar seguros era de que descendían con gran parsimonia, como si no tuvieran prisa.

Cuando el primero de ellos tocó el agua, se produjo una especie de surtidor que se abrió en forma de pluma sonrosada. Luego, rápidamente, surgió otro chorro más bajo, pero más ancho, que había perdido el matiz sonrosado, y era simplemente una nube blanca a la luz de la luna. Empezaba a esfumarse cuando el ruido que producía nos llegó como un silbido seco. El agua que rodeaba el sitio burbujeó, hirvió y espumeó. Cuando el vapor de humo desapareció, nada quedaba por ver allí, excepto una mancha de turbulencia que se iba amortiguando paulatinamente.

Entonces, el segundo de ellos se introdujo en el mar, de la misma forma que el anterior y casi en el mismo sitio. Uno tras otro, los cinco se sumergieron en el agua con gran expansión de líquido y silbido de vapor. Luego este vapor de humo aclaró, dejando ver solamente unos cuantos parches contiguos de agua perturbada.

A bordo del *Guinevere* sonaron las campanas y cambió la pulsación de las máquinas. Empezamos a cambiar de ruta. La tripulación se dispuso a tripular los botes; los hombres se prepararon a arrojar los salvavidas...

Cuatro veces recorrimos lentamente el área, buscando. No había rastro de nada. El agua se extendía en torno nuestro, a la luz de la luna, tranquila, vacía, imperturbable—

A la mañana siguiente envié mi tarjeta al capitán. Por aquellas fechas yo tenía mi trabajo pendiente con la E.B.C., y le expliqué que, seguramente, estarían dispuestos a admitir un relato mío sobre los sucesos de la noche anterior.

Me dio la respuesta corriente:

-¿Querrá usted decir con la B.B.C.?

La E.B.C. era, por entonces, una emisora recién inaugurada. La gente, acostumbrada desde hacía muchísimo tiempo al monopolio que la B.B.C. ejercía sobre el espacio británico, encontraba aún dificultad en acostumbrarse a la idea de un servicio de radio competitivo. La vida hubiera sido mucho más sencilla también si alguien no hubiese tenido la idea, en los primeros momentos de la emisora, de titularla, contra viento y marea, la English Broadcasting Company. Fue una de esas tonterías que nos creó dificultades a medida que pasaba el tiempo y que nos llevaba a dar explicaciones como la que di entonces:

-La B.B.C., no; la E.B.C. La nuestra es una emisora de radio comercial, la más amplia de Inglaterra..., etcétera.

Y cuando ya hube aclarado eso, añadí:

-Nuestro servicio de noticias exige exactitud, y como cada pasajero tiene su propia versión de este hecho, espero que usted acceda a que le exponga la mía, accediendo usted, a su vez, a exponerme la suya, que será la oficial.

Asintió, aprobando mi punto de vista.

-Adelante. Explíqueme su versión -me invitó.

Cuando acabé, me enseñó la anotación que había hecho de su puño y letra en el diario de a bordo. Sustancialmente, coincidíamos en casi todo, en el hecho de que eran cinco y en la

imposibilidad de atribuirle una forma determinada. Sus indicaciones sobre la rapidez, el tamaño y la posición de los objetos eran, lógicamente, de tipo técnico. Observé que habían sido registrados en las pantallas del radar, y que se tenía la pretensión de que eran aviones de tipo y modelo desconocidos.

-¿Cuál es su opinión particular? -le pregunté-. ¿Ha visto usted algo semejante a eso en anteriores ocasiones?

-No, nunca -respondió.

Pero pareció dudar.

-¿Por qué duda? -pregunté.

-Bueno, es que no hubo informe -dijo-. He oído hablar de dos casos, casi semejantes, el año pasado. Una vez fueron tres objetos, durante la noche; otra media docena, durante el día..., y ambos casos parecían ser lo mismo: una especie de pelusa azulada. Además, fue en el Pacífico, no por esta parte.

-¿Por qué no hubo «informe»? -pregunté.

-En ambos casos, sólo hubo dos o tres testigos... y a ningún marino le agrada crearse cierta reputación por ver «cosas», ¿comprende? Las leyendas circulan solamente entre la profesión, por decirlo así. Entre nosotros no somos tan escépticos como los hombres de tierra: de cuando en cuando suceden cosas extrañas en el mar.

-¿No puede usted sugerir una explicación que yo pueda citar?

-En el campo profesional, prefiero no darla. Sólo me atengo a mi informe oficial. Claro que, esta vez, el informe tiene que ser diferente. Tenemos un par de cientos de testigos... o más.

-¿Considera usted que vale la pena intentar una investigación? Tiene usted el sitio respunteado. Movié la cabeza.

-Hay mucha profundidad allí..., más de cinco mil metros. Es demasiada profundidad.

-¿Tampoco hubo en los otros casos rastro alguno de naufragio?

-No. Eso hubiera sido una prueba para llevar a cabo una investigación. Pero no hubo pruebas.

Hablamos un poco más, pero no pude obtener de él ninguna teoría. Así, pues, me fui a escribir mi relato. Más adelante, cuando llegué a Londres, grabé un disco para la E.B.C. Se radió aquella misma noche como relleno, sólo como una curiosidad que hizo fruncir las cejas a unos cuantos nada más.

Por tanto, fue una casualidad que yo figurase como testigo en esa primitiva etapa..., casi el principio, porque no fui capaz de encontrar ninguna referencia a fenómenos idénticos anteriores a los que me refirió el capitán. Aun ahora, años más tarde, aunque estoy bastante seguro de que aquello fue el principio, no puedo ofrecer *pruebas* de que no fuera un fenómeno aparte. Prefiero no pensar demasiado intensamente en cuál pueda ser el final que seguirá, con el tiempo, a este principio. También preferiría no pensar constantemente en el hecho en sí, aunque los pensamientos estuvieron siempre bajo mi control.

Empezó de forma tan confusa... Hubiera sido más evidente, y aun así es difícil ver qué se hubiera podido hacer eficazmente, aunque hubiéramos reconocido el peligro. El reconocimiento y la prevención no van necesariamente cogidos de la mano. Nosotros reconocimos bastante rápidamente los peligros potenciales de fisura atómica...; sin embargo, no podíamos hacer mucho respecto a ellos.

Si hubiéramos atacado inmediatamente..., tal vez. Pero hasta que quedó perfectamente establecido el peligro, no teníamos idea de que *fuéramos* a ser atacados, y entonces ya era demasiado tarde.

Sin embargo, no hay por qué pregonar nuestra negligencia. Mi propósito consiste en hacer un sucinto relato, tan exacto como me sea posible, de cómo surgió la situación presente, y, para empezar, diré que surgió de mala manera...

A su debido tiempo, el *Guinevere* atrató en Southampton sin que volviera a amenazarle ningún otro fenómeno curioso. No esperábamos ninguno más, pero el hecho había sido memorable. En efecto, tan bueno casi como para estar en condiciones de decir en alguna remota ocasión futura: «Cuando tu abuela y yo hacíamos nuestro viaje de luna de miel, vimos una serpiente de mar».

Aunque no fuera eso exactamente.

Sin embargo, fue una maravillosa luna de miel. Nunca esperé otra mejor. Y Phyllis dijo algo al respecto mientras paseábamos por cubierta, observando el bullicio de abajo.

-Excepto -añadió- que no veo por qué no la íbamos a tener tan buena...

Así, pues, desembarcamos, pensando en nuestro nuevo hogar en Chelsea, y yo volví a la E.B.C. el lunes siguiente por la mañana para descubrir que, *in absentia*, me habían rebautizado con el sobrenombre de Fireball Watson. Esto fue debido a la correspondencia. Me la entregaron en un gran paquete, diciéndome que «puesto que yo lo había inspirado, sería mejor que hiciera algo». Una carta, refiriéndose a un reciente experimento en las islas Filipinas, me confirmó lo que había contado el capitán del *Guinevere*. Algunas otras merecían tenerlas en cuenta también..., especialmente una que me invitaba a reunirme con su redactor en La Pluma de Oro, donde siempre es buena ocasión para comer.

Acudí a esa cita una semana más tarde. Resultó que mi anfitrión era un hombre dos o tres años mayor que yo, quien pidió cuatro copas de Tío Pepe, declarándome después que el nombre con el que me había escrito no era el suyo, sino que él era teniente aviador de la R.A.F.

-Como se dará cuenta, fue un pequeño truco -confesó-. Por el momento, me consideran como un individuo que ha sufrido una alucinación; pero si se presentan pruebas suficientes para demostrar que *no fue así*, entonces es casi seguro que lo conviertan en secreto oficial. Delicado, ¿verdad? Convine que así debía ser.

-Sin embargo -continuó-, el asunto me preocupa, y si usted ha recogido pruebas, me gustaría conocerlas..., aunque tal vez no haga uso directo de ellas. Lo que quiero indicar es que no deseo estar en boca de nadie.

Asentí comprensivo. Y él continuó:

-Ocurrió hace tres meses. Realizaba uno de mis vuelos de reconocimiento a unos cuatrocientos kilómetros, aproximadamente, al este de Formosa...

-No sabía que nosotros... -empecé a decir.

-Hay innumerables cosas que no se dan a la publicidad, aunque no son estrictamente secretas -respondió-. Como le decía, yo estaba allí. El radar recogió esas «cosas» cuando yo aún no las veía, porque estaban detrás de mí, pero se acercaban a gran velocidad, procedentes del oeste. Había decidido investigar, y ascendió para interceptarlas. El radar continuaba señalando a los aviones, exactamente detrás y encima de él. Intentó comunicar, pero le fue imposible ponerse en contacto con ellos. En aquel momento, consiguió ver el techo de las naves, semejantes a tres manchas rojas, completamente brillantes, aun a la luz del día; pero iban a una velocidad fantástica, mucho mayor que la de él, y eso que su avión marchaba a más de quinientos kilómetros por hora. Intentó de nuevo comunicarse con ellos por radio, pero sin éxito. Ellos le adelantaron, siempre por encima de él.

-Bueno -dijo-, yo me hallaba allí en misión de reconocimiento. Comunicqué, por tanto, a la base que se trataba de aviones de modelo desconocido, completamente desconocido..., si es que eran aviones..., y, como no querían entablar conversación conmigo, propuse atacarlos. O hacía eso o los dejaba marchar..., y en este caso, ¿para qué estaba allí en vuelo de reconocimiento? La base estuvo de acuerdo conmigo, recomendándome cautela...

Hizo una pausa.

-Lo intenté una vez más, pero maldito el caso que hicieron de mí y de mis señales. Y a medida que se iban acercando, más dudaba yo de que fueran aviones. Eran, exactamente, lo que usted indicó por la radio: una pelusa sonrosada, cuyo centro era intensamente rojo. Podrían haber sido, según mi opinión particular, soles rojos. De cualquier forma, cuanto más los observaba, menos me agradaban; así, pues, preparé las ametralladoras controladas por radar y dejé que me adelantaran... Cuando pasaron por mi lado, reconocí que debían de ser setecientos o más. Algunos segundos después, el radar captó los primeros, y las ametralladoras funcionaron... No hubo dilación ninguna. La cosa pareció estallar en cuanto las ametralladoras dispararon. ¡Y estallaron, muchacho! De pronto, se hincharon inmensamente, transformándose de rojo en rosa, de rosa en blanco, pero conservando algunos puntos rojos en diversos sitios. Luego, mi avión se

vio envuelto en medio de la confusión y, acaso, tropezara con alguno de los restos. Durante algunos segundos me consideré perdido, y, probablemente, tuve mucha suerte, porque cuando conseguí recuperar el control me di cuenta de que descendía a gran velocidad. Algo se había llevado las tres cuartas partes de mi ala derecha y manchado el extremo de la otra. Así, pues, consideré que había llegado el momento de utilizar el propulsor, que funcionó con gran sorpresa mía.

Hizo una pausa para reflexionar. Luego añadió:

-No sé qué más decirle a usted sobre esto que sirviera de confirmación; pero hay otros puntos. Uno, que son capaces de volar a una velocidad inconcebible para nosotros; otro, que, sean quienes fueren, son altamente vulnerables.

Otra cosa que deduje de la información que él me proporcionó, y que tenía gran importancia, fue que no se desintegraron en secciones, sino que estallaron completamente. Y eso era algo que había que tener en cuenta.

Durante las semanas que siguieron recibí varias cartas, sin que añadieran nada al asunto; pero, luego, el caso empezó a tomar una importancia que me recordó la del monstruo de Loch Ness. Todo vino a parar a mí, porque la E.B.C. consideró que el caso de las bolas rojas me correspondía por derecho propio. Varios observadores se confesaron extrañados por haber visto pequeños cuerpos rojizos cruzando a gran rapidez; pero en sus informes eran extraordinariamente cautos. En realidad, ningún periódico le daba publicidad; porque, según opinión editorial, aquella tenía demasiada semejanza con el caso de los platillos volantes, y los lectores preferían otras novedades más sensacionales. Sin embargo, las reseñas fueron acumulándose breve y lentamente..., aunque tardaron casi dos años en que adquirieran una publicidad seria y atrajeran la atención de la gente.

Esta vez fue un vuelo de trece. Una estación de radar, en el norte de Finlandia, lo captó primero, estimando su velocidad en unos dos mil quinientos kilómetros a la hora, y señalando que seguían dirección suroeste. Al pasar la información, describieron los objetos simplemente como «aviones no identificados». Los suecos los captaron cuando cruzaron su territorio, consiguiendo situarlos visualmente y describiéndolos como puntitos rojos. Noruega lo confirmó; pero consideró su velocidad por debajo de los dos mil doscientos kilómetros a la hora, aunque visibles a simple vista. Dos estaciones de Irlanda informaron su paso por encima de ellas, en dirección oeste-sudoeste. La más meridional de las dos estaciones dio su velocidad máxima en mil quinientos kilómetros por hora, advirtiendo que eran «perfectamente visibles». Un barco, situado a sesenta y cinco grados al norte, dio una descripción que coincidía exactamente con las primeras bolas de fuego, calculando que su velocidad era de casi mil kilómetros por hora. No fueron vistos por nadie más.

A partir de eso, hubo un rápido aumento de observaciones de bolas de fuego. Los informes llegaban de todas partes con tal abundancia que se necesitaba una gran imaginación para separar lo que valía de lo que no valía, aunque me di cuenta de que, entre ellos, había algunos que hacían referencia a bolas de fuego que descendían y penetraban en el mar exactamente igual que las observadas por mí... Claro que no podía estar seguro de que tales informaciones no tuvieran su origen en el relato que hiciera yo por la radio. Todo aquello olía a fantasía y no me enseñó nada. No obstante, me chocó un punto negativo: ni un solo observador decía haber visto una bola de fuego caer en tierra. Subordinado a eso, ninguna de esas caídas se habían observado desde la costa: todas, desde barcos o desde aviones que volaban sobre el mar.

Los informes sobre estas observaciones cayeron sobre mí durante un par de semanas en cantidades más o menos abundantes. Los escépticos comenzaron a disminuir; solamente los más obstinados sostenían aún que se trataba de alucinaciones. Sin embargo, tales informes no nos enseñaron más de lo que ya sabíamos. No había nada preciso. Frecuentemente, cuando se posee un arma, las cosas se ven desde un ángulo más consistente. Y eso fue lo que ocurrió a un conglomerado de bolas de fuego que arremetió contra un individuo que tenía un arma... literalmente hablando.

En este caso concreto, el individuo era un barco correo: el

*U.S.S. Tuskegee.* Recibió el mensaje, desde Curaçao, de que una escuadrilla de ocho bolas de fuego se dirigía directamente hacia él, en el momento que zarpaba de San Juan de Puerto Rico. El capitán abrigó la ligera esperanza de que violaran el territorio, e hizo sus preparativos. Las bolas de fuego, fieles a su símbolo, proseguían su carrera en una mortal línea recta que las llevaría a cruzar por encima de la isla, y casi por encima del propio barco. El capitán observaba con gran satisfacción en el radar cómo se acercaban. Esperó hasta que fue indiscutible la violación técnica. Entonces dio orden de disparar seis *missiles* dirigidos con tres segundos de intervalo, y subió a cubierta para observar el oscurecido cielo.

Con sus gemelos vio cambiar seis de las bolas rojas, al estallar una tras otra, en grandes humaredas blancas.

-Bueno, ésas ya tienen lo suyo -exclamó, complacido-. Ahora será muy interesante ver quiénes protestan -añadió, mientras contemplaba cómo desaparecían hacia el norte las dos bolas de fuego que habían quedado.

Pero pasaron los días y no protestó nadie. Ni tampoco disminuyó el número de informes sobre las bolas de fuego.

Para muchas personas, aquella política de silencio indicaba sólo un camino, y comenzaron a considerar la responsabilidad tan buena como justificada.

En el transcurso de la semana siguiente dos bolas de fuego más, que tuvieron la poca cautela de pasar los límites de la estación experimental de Woomera, pagaron su temeridad, y otras tres fueron estalladas por un barco en las afueras de Kodiak, después de volar sobre Alaska.

Washington, en una nota de protesta a Moscú, en la que insistía sobre las repetidas violaciones de su territorio, terminaba por observar que, en los varios casos en que se habían llevado a cabo acciones radicales, lamentaba el dolor que hubiesen causado a los familiares de los tripulantes de las aeronaves, pero que la responsabilidad era, no de los que pilotaban dichas aeronaves, sino de quienes los enviaban con órdenes que violaban los acuerdos internacionales.

El Kremlin, tras unos cuantas días de gestión, rechazó la protesta, diciendo que no se sentían impresionados por las tácticas de atribuir a otros los propios crímenes de uno, y aprovechaba la ocasión para señalar que sus propias armas, recientemente descubiertas por los científicos rusos para garantizar la paz, habían destruido ya más de veinte de esas aeronaves sobre territorio soviético y que, sin vacilación alguna, concederían el mismo tratamiento a cualesquiera que fuera detectada en su misión de espionaje...

Así, pues, la situación no se resolvió. El mundo no ruso estaba dividido en dos partes: los que creían todo cuanto afirmaban los soviéticos y los que no creían nada en absoluto. Para los primeros, no existía problema alguno: su fe era inquebrantable. Para los segundos, la interpretación era menos fácil. Así, por ejemplo, ¿había que deducir de aquello que todo era mentira?... ¿O bien que cuando los rusos admitían haber destruido veinte bolas de fuego no habían hecho estallar, en realidad, más que cinco o seis?

Una situación violenta, constantemente punteada por cambios de notas, se alargó durante meses. Indudablemente, las bolas de fuego fueron más numerosas de las que se vieron; pero, ¿cuántas fueron? ¿Cuánto más numerosas? ¿Cuánto más activas? Era muy difícil determinarlo. En varias partes del mundo se destruyeron, de cuando en cuando, algunas bolas de fuego más, y también, de vez en vez, se anunciaría el número de bolas de fuego capitalistas destruidas sobre territorio soviético, señalando las penas que sufrirían aquellos que ordenaban realizar espionaje sobre el territorio de la única verdadera Democracia del Pueblo.

El interés del público debía concentrarse en conservar la vida; y, como menguada novedad, se estableció una era de insistentes explicaciones.

Sin embargo, en el Almirantazgo y en los cuarteles generales de las Fuerzas Aéreas distribuidos por todo el mundo, las notas y los informes llegaban juntos. Las rutas se fueron dibujando sobre los mapas. Gradualmente empezó a surgir el diseño de algo.

En la E.B.C. yo era considerado como la persona más idónea en todo cuanto se relacionaba con las bolas de fuego, y aunque el asunto estuviera, por el momento, en punto muerto, yo conservaba mis archivos al día por si el caso revivía. Mientras tanto, contribuí en pequeña escala

a realizar el cuadro mayor, que pasé a las autoridades, valiéndome de todos los retazos de información que consideré que podían interesarles.

Cierto día me encontré con que había sido invitado por el Almirantazgo para mostrarme algunos de los resultados.

Fue el capitán Winters quien me recibió, explicándome que, aunque lo que iban a enseñarme no constituía exactamente un secreto oficial, preferirían que no hiciera uso público de ello. Cuando acepté tal condición, empezó a enseñarme mapas y cartas marinas.

El primero fue un mapa mundial cruzado de finas líneas, todas numeradas y fechadas con números diminutos. La primera ojeada me produjo la impresión de que una araña había hilado su tela sobre el mapa; en varios lugares había racimos de puntitos rojos, que se semejaban mucho a las arañas que la habían hilado.

El capitán Winters cogió una magnífica lupa y la dirigió sobre la región sureste de las Azores.

-Aquí está su primera contribución -me dijo.

Mirando a través de la lupa, distinguí entonces un punto rojo marcado con el número 5, y la fecha y la hora en que Phyllis y yo paseábamos por la cubierta del *Guinevere* y observamos las bolas de fuego desvanecerse en el mar. Había otros muchos puntitos rojos en aquella área, todos rotulados: la mayoría de ellos dirigidos hacia el nordeste.

-¿Cada uno de estos puntitos indica el descenso de una bola de fuego? -pregunté.

-De una o de más -me respondió-. Por supuesto, las líneas se refieren únicamente a aquellas de las que poseemos información suficiente para determinar la ruta. ¿Qué piensa usted de esto?

-Bueno -dije-, mi primera reacción ha sido darme cuenta de que existe un número considerablemente superior del que yo me imaginaba. La segunda ha sido preguntarme por qué demonios estarían agrupadas en sitios, como así se indica aquí.

-¡Ah! -respondió-. Sepárese del mapa un poco. Estreche los ojos y capte una impresión de luz y de forma.

Así lo hice, dándome cuenta de lo que quería decir.

-Áreas de concentración -dije.

-Cinco áreas principales, y otras de menor importancia. Un área densa al sudoeste de Cuba; otra, a mil kilómetros aproximadamente al sur de las islas de los Cocos; fuerte concentración en las afueras de Filipinas, Japón y las Aleutianas. No pretenderé que las proporciones de densidad sean las mismas... En realidad, estoy casi seguro de que no lo son. Así, por ejemplo, puede usted ver un número de rutas que convergen hacia un área al nordeste de las Falkland, pero allí sólo hay tres puntitos rojos. Es muy verosímil que eso signifique solamente que hay allí unas cuantas personas capacitadas para observarlas. ¿Nada le choca a usted?

Moví la cabeza, al no comprender qué quería decir. Sacó una carta barométrica y la extendió al lado del primer mapa. Miré.

-¿Todas las concentraciones se producen en áreas de aguas profundas? -sugerí.

-Exactamente. No existen muchos informes de descensos en lugares donde las aguas tienen menos de seis mil seiscientos metros, y ninguna en absoluto donde tienen menos de tres mil.

Medité sobre eso, sin que me llevara a ninguna conclusión.

-Bueno..., ¿y qué? -inquirí.

-Justamente -respondió-. ¿Y qué?

Durante un rato meditamos sobre la proposición.

-Todas descienden -observé-. No hay ningún informe sobre ascensión...

Sacó mapas a gran escala de varias áreas principales. Después de estudiarlos un rato, pregunté:

-¿Tiene usted alguna idea de lo que significa todo esto... o no quiere decírmelo, aunque la tenga?

-Sobre la primera parte de su pregunta, he de decirle que solamente tenemos un número de teorías, todas poco satisfactorias por una u otra razón; así, pues, la segunda parte no tiene contestación.

-¿Qué me dice sobre los rusos?

-No hay nada que hacer con ellos. En realidad, están tan preocupados como nosotros. Sospechar de los capitalistas es algo que ellos han mamado del pecho materno; ahora bien: no pueden

concebir que nosotros estemos al cabo de algo, ni siquiera figurarse que el juego sea posible. Pero de lo que ambos, ellos y nosotros, estamos completamente convencidos es de que las cosas no son un fenómeno natural, ni que están realizadas sin un propósito determinado.

-¿Y no cree usted que sea otro país quien las lance?

-No... De eso no hay duda.

De nuevo observamos en silencio los mapas.

-La otra pregunta que parece evidente formular es: ¿qué hacen?

-Sí -respondió.

-¿No hay indicios?

-Vienen -respondió-. Quizá van. Pero seguramente vienen. Eso es todo.

Miré los mapas, las líneas entrecruzadas y las áreas llenas de puntitos rojos.

-¿Están ustedes haciendo algo relacionado con esto?... ¿O no debo preguntar?

-¡Oh! Ése es el motivo de que esté usted aquí. Iba a hablarle de ello -me contestó-. Vamos a intentar una inspección. Sólo que no consideramos el momento oportuno para explicarlo directamente por la radio, ni para darle publicidad; pero ha de recogerse en discos, y nosotros necesitaremos uno. Si sus jefes se consideran suficientemente interesados para enviarle a usted con algunos instrumentos, a fin de que realice el trabajo...

-¿En dónde se llevará a cabo? -inquirí.

Con un dedo rodeó una extensa zona.

-Pues... mi esposa siente apasionada devoción por el sol tropical, especialmente por el de la India Occidental -dije.

-Bien. Me parece recordar que su esposa escribió algunos relatos muy bien documentados -observó.

-Y es lo que la E.B.C., si no los consiguiera, lamentaría después -reflexioné.

Hasta que hicimos nuestra última visita y nos alejamos y perdimos de vista la tierra, no nos permitieron ver el objeto que se hallaba en un lecho construido especialmente para él, a popa. Cuando el teniente comandante encargado de las operaciones técnicas ordenó que levantaran la lona embreada que lo tapaba, fue una verdadera ceremonia de descubrimientos. Pero el revelado misterio constituyó algo así como un anticlímax: era simplemente una esfera de metal de unos tres metros de diámetro. En varias partes de ella estaban practicados agujeros circulares: ventanas semejantes a troneras. En lo alto se hinchaba formando una protuberancia que producía la impresión de un lóbulo de oreja macizo. El teniente comandante, tras contemplar aquello con ojos de madre orgullosa de su vástago, se dirigió a nosotros en plan discursivo.

-Este instrumento que están ustedes viendo -dijo, impresionado-, es lo que nosotros llamamos «batiscopio».

Hizo una pausa para apreciar el efecto causado.

-¿No construyó Beebe...? -susurré a Phyllis.

-No -me respondió-. Eso era una batisfera.

-¡Oh! -exclamé.

-Ha sido construido -continuó el teniente comandante- de forma que resista una presión de dos toneladas, aproximadamente, por centímetro cuadrado, dándole una profundidad teórica de mil quinientas brazas. En la práctica no pensamos utilizarlo a una profundidad mayor de mil doscientas brazas; de tal forma, conseguiremos un factor de seguridad de trescientos kilogramos por centímetro cuadrado, aproximadamente. Aunque este aparato supera considerablemente las hazañas del doctor Beebe, que descendió algo más de quinientas brazas, y de Barton, que alcanzó una profundidad de setecientos cincuenta brazas...

Continuó de esta forma durante cierto tiempo, dejándome algo detrás. Cuando vi que se había adelantado un poco, dije a Phyllis:

-No me es posible pensar en brazas. ¿Cuánto significan en metros?

Ella consultó sus notas.

-La profundidad que intentan alcanzar es de dos mil ciento sesenta metros; la profundidad que *pueden* alcanzar es dos mil setecientos metros.



-A pesar de todo, me parecen muchos metros -dije.

Phyllis, en cierto modo, es más precisa y práctica.

-Dos mil ciento sesenta metros son solamente dos kilómetros y pico -me informó-. La presión será un poco más de una tonelada y un tercio.

—¡Ay! No sé qué sería de mí sin ti.

Miré al batiscopio.

-De todas formas... -añadí, dudoso.

-¿Qué? -me preguntó.

-Bueno, aquel chico del Almirantazgo, Winters... me habló en términos de cuatro o cinco toneladas de presión..., queriendo decir, seguramente, a una profundidad de ocho o diez kilómetros.

Me volví al teniente comandante.

-¿Qué profundidad existe en el lugar adonde vamos destinados? -le pregunté.

-Se trata de una superficie llamada Cayman Trench, entre Jamaica y Cuba -respondió-. En algunas partes alcanza casi cuatro mil...

-Pero... -empecé a decir frunciendo el ceño.

-Brazas, querido -intervino Phyllis-, Es decir, unos siete mil doscientos metros.

-¡Oh! -exclamé-. Eso es... algo así... como siete kilómetros y pico, ¿no?

-Sí -respondió mi esposa.

-¡Oh! -exclamé otra vez.

El teniente comandante reanudó su discurso, como si se dirigiese a un público.

-Ése es el límite actual de nuestra potencia para hacer observaciones visuales directas. Sin embargo...

Hizo una pausa para hacer un gesto parecido al que haría un conjurado a un grupo de marineros y se quedó observándolos mientras ellos quitaban la lona de otra esfera similar, aunque más pequeña.

-Aquí tenemos un nuevo instrumento -continuó-, con el que esperamos poder hacer observaciones a una profundidad dos veces mayor a la alcanzada por el batiscopio, o quizás algo más. Es completamente automático. Además, registra las presiones, la temperatura, las corrientes y todo eso... y transmite sus lecturas a la superficie. Está equipado con cinco pequeñas cámaras de televisión: cuatro de ellas cubren toda la superficie de agua horizontal que lo rodea, y una quinta transmite la visión vertical debajo de la esfera.

Hizo una pausa.

-A este instrumento -continuó otra voz, excelente imitación de la suya propia- le llamamos «telebaño».

El chiste no es capaz de detener en su carrera a un hombre como el comandante. Continuó, pues, su discurso. Pero el instrumento había sido bautizado y se quedó con el nombre de telebaño.

Se ocuparon los tres días después de nuestra llegada al lugar señalado con pruebas y ajustes de ambos instrumentos. En una prueba, Phyllis y yo fuimos invitados a hacer una inmersión de mil metros, aproximadamente, metidos en el batiscopio, sólo para «que experimentáramos la sensación de aquello». No experimentamos envidia de nadie que hiciera una inmersión más profunda. Cuando todo estuvo a punto, se anunció oficialmente el verdadero descenso para la mañana del cuarto día.

Tan pronto como salió el sol, nos reunimos alrededor del batiscopio, colocado en su lecho. Lo dos técnicos navales, Wiseman y Trant, que harían el descenso, se introdujeron por la estrecha abertura que servía de entrada. La ropa de abrigo que necesitarían en las profundidades fue introducida detrás de ellos; porque, si se la hubieran puesto antes, no habrían podido entrar. A continuación se metieron los paquetes de provisiones y los termos con bebida caliente. Se despidieron por última vez. La tapa circular, transportada por la gavia, se abatió sobre ellos, ajustándose perfectamente, atornillándose y echándose los cerrojos. El batiscopio fue izado fuera de bordo, permaneciendo suspendido en el aire y balanceándose ligeramente. Uno de los hombres que iban dentro manipuló la cámara de televisión que tenía en la mano y nosotros

aparecimos en la pantalla como vistos desde dentro del instrumento.

-Perfecto -dijo una voz desde el altavoz-. Puede comenzar el descenso.

La manivela comenzó a girar. El batiscopio descendía y el agua lo lamió. Al fin, desapareció bajo la superficie del mar.

El descenso fue tarea larga que no tengo el propósito de describir detalladamente. Con franqueza, visto en la pantalla del barco, era un hecho emocionante para los no iniciados. La vida en el mar parecía existir en unos niveles perfectamente definidos. En las capas más habitadas, el agua está llena de plancton, que constituye una especie de ininterrumpidos residuos de tempestad que lo oscurece todo, a menos que se acerque uno mucho. En los otros niveles, donde no hay plancton para comer, existen, por consiguiente, pocos peces. Como adición al aburrimiento producido por las limitadas visiones o por la vacía oscuridad, la continua atención a una pantalla enlazada con una cámara oscilante y que gira lentamente produce un efecto desagradable, rayando en el vértigo. Phyllis y yo nos pasamos la mayor parte del tiempo que duró el descenso con los ojos cerrados, confiando en que el altavoz telefónico atrajera nuestra atención hacia algo interesante. En algunas ocasiones salíamos a cubierta a fumar un cigarrillo.

No se hubiera podido elegir otro día mejor para la tarea. El sol pegaba fuerte en las cubiertas, que de cuando en cuando regaban para enfriarlas. La enseña colgaba floja del mástil, sin apenas moverse. El mar se extendía como una balsa de aceite hasta encontrar la bóveda del cielo, que estaba cubierto, al norte, sobre Cuba quizá, de un bajo banco de nubes. Tampoco se oía ruido alguno, a excepción de la susurrante voz del altavoz de la mesa, el suave y apagado chirrido de la cabria y, de vez en cuando, la voz de un estibador llevando la cuenta de las brazas.

El grupo sentado a la mesa apenas hablaba; ahora dejaba que lo hicieran los hombres que estaban bajando al fondo del mar.

A intervalos, el comandante preguntaría:

-¿Todo en orden ahí abajo?

Y, simultáneamente, dos voces responderían:

-Sí; sí, señor.

Una voz preguntó:

-¿Usaba Beebe un traje calentado por electricidad?

Nadie lo sabía.

-Me descubro ante él si no lo tenía -dijo la voz.

El comandante observaba con mirada penetrante los cuadrantes al mismo tiempo que la pantalla.

-Alcancen un kilómetro. Corto -dijo.

La voz de abajo contó:

-Novecientos noventa y ocho..., novecientos noventa y nueve... ¡Ya! Mil metros, señor.

La cabria continuaba girando. No había mucho que ver. De cuando en cuando se veían manadas de peces corriendo en la oscuridad. Una voz se lamentó:

-Hay un condenado pez que cuando dirijo la cámara hacia una tronera se asoma por la otra.

-Quinientas brazas. Han rebasado ustedes ya la profundidad adquirida por Beebe -dijo el comandante.

-Adiós, Beebe -dijo la voz-. Pero da la sensación de que es lo mismo.

Una pausa.

La misma voz dijo ahora:

-En estos alrededores hay más vida. Está esto lleno de calamares, grandes y pequeños. Probablemente los verán ustedes... Aquí hay algo, delante, al filo de la luz... Una cosa grande... No puedo precisarla... Tal vez sea un calamar gigante... ¡No! ¡Dios mío! ¡No puede ser una ballena!... En estas profundidades no puede haberlas...

-Es improbable, pero no es imposible -dijo el comandante.

-Bien, en ese caso... ¡Oh, sea lo que fuere, se está alejando! ¡Vaya! También nosotros hacemos un poco los mamíferos...

A su debido tiempo llegó el momento en que el comandante anunció:

-Ahora están ustedes rebasando la profundidad alcanzada por Barton.

Y añadió, con inesperado cambio de modales:

-Ahora, muchachos, todo depende de ustedes. ¿Se encuentran bien ahí? Si no están bien, no tienen más que decirlo...

-Estamos perfectamente, señor. Todo funciona bien. Continuaremos.

En cubierta, la cabria giraba pesadamente.

-Alcanzados los dos kilómetros -anunció el comandante.

Cuando tuvo confirmación de ello, preguntó:

-¿Cómo se encuentran ahora?

-¿Cómo está el tiempo ahí arriba? -fue la contestación.

-Muy bueno. Calma chicha. No hay olas.

Los dos de abajo conferenciaron.

-Continuaremos bajando, señor. Acaso tardemos semanas en encontrar un día con las magníficas condiciones de hoy.

-De acuerdo..., si los dos están seguros.

-Lo estamos, señor.

-Muy bien. Entonces, desciendan trescientas brazas más aproximadamente.

Hubo una pausa. Luego:

-Despoblado -observó la voz de abajo-. Ahora todo está oscuro y despoblado. No se ve nada. Es gracioso cómo están separados los niveles... ¡Ah! Ahora empezamos de nuevo a ver algo... Calamares otra vez..., peces luminosos... Poca concurrencia, ¿lo ven? ¡Oh Dios, Dios!...

Se interrumpió y, simultáneamente, algo semejante a un pez horroroso, de pesadilla, apareció en nuestra pantalla.

-Uno de los momentos más alegres de la Naturaleza -observó.

Continuó hablando y la cámara siguió dándonos visiones de increíbles monstruosidades, grandes y pequeñas.

Ahora, el comandante anunció:

-Paren ya. Mil doscientas brazas.

Cogió el teléfono y habló con cubierta. La cabria empezó a girar más lentamente, hasta que al fin se paró.

-Eso es todo, muchachos -dijo.

-¡Hum! -respondió la voz de abajo, tras una pausa-. Bueno, lo que veníamos a buscar aquí, fuese lo que fuere, no lo hemos encontrado.

La cara del comandante no mostraba ninguna expresión. Me era imposible decir si él esperaba o no resultados tangibles. Supuse que no. En realidad, me hubiera asombrado de que lo esperase alguno de nosotros. Después de todo, estos centros de actividad eran todos profundos. Y de ello parecía deducirse que la razón debía de encontrarse en el fondo. El ecograma dio el fondo de aquellos parajes a una profundidad de seis kilómetros aproximadamente más abajo de donde se encontraban en aquel momento los dos hombres...

-Atención, batiscopio -dijo el comandante-. Comenzaremos a subirlos. ¿Preparados?

-Sí; sí, señor. Todo dispuesto -dijeron las dos voces.

El comandante cogió el teléfono.

-¡Arriba!

Pudimos oír cómo la cabria empezaba a girar lentamente en sentido contrario.

-¡En marcha!... ¿Todo va bien?

-Todo correcto, señor.

Hubo un intervalo de diez minutos o más, en el que nadie habló. Luego, una voz dijo:

-Hay algo aquí, en el exterior... Algo grande... No puedo verlo claramente... Permanece justo en el límite de la luz... No puede ser esa ballena otra vez... En estas profundidades es imposible... Intento mostrárselo a ustedes...

La imagen de la pantalla se movió y, al fin, se detuvo. Pudimos ver los rayos de luz atravesando el agua y el brillante moteado de minúsculos organismos captado por el chorro de luz.

Al final, se adivinaba una mancha ligeramente mayor. Era difícil asegurarlo.

-Parece que nos está rodeando. También tengo la impresión de que nos están envolviendo en una especie de telaraña... ¡Ah! Ahora lo veo un poco mejor... Desde luego, no es una ballena... ¿Oiga?... ¿Lo ven ahora?...

Esta vez era indudable que captábamos un parche más iluminado. Era toscamente ovalado, pero indistinto. Era imposible darlo a escala.

-¡Hum! -dijo la voz de abajo-. Ese es seguramente nuevo. Puede ser un pez..., o quizás algo semejante a una tortuga. De cualquier forma, un monstruo de tamaño fenomenal. Ahora nos hallamos un poco más cerca de él, pero aún no consigo distinguirlo claramente, no puedo precisar ningún detalle. Lleva el mismo camino que nosotros...

De nuevo nos mostró la cámara una vista de la cosa cuando pasó por una de las troneras del batiscopio; pero no pudimos darnos cuenta de lo que era. La imagen resultaba demasiado pobre para estar seguros de que se trataba de algo.

-Ahora se eleva. Sube más de prisa que nosotros. Permanece fuera de nuestro ángulo de visión. Debía de haber una tronera en lo alto del aparato... Ahora lo hemos perdido de vista. Está en alguna parte, encima de nosotros. Tal vez...

La voz quedó cortada de pronto. Simultáneamente, hubo en la pantalla un breve y vivido resplandor que también desapareció. El chirrido de la cabria cambió mientras giraba con mayor rapidez.

Permanecimos sentados mirándonos unos y otros sin hablar. La mano de Phyllis apretó la mía y noté que temblaba.

El comandante inició el gesto de alargar la mano hacia el teléfono, pero cambió de idea y salió sin decir palabra. Ahora la cabria giraba a mayor velocidad.

Tardó mucho tiempo en relajar más de dos mil metros de grueso cable. El grupo sentado en el comedor se dispersó torpemente. Phyllis y yo subimos a proa y nos sentamos allí sin apenas hablar.

Tras lo que pareció una larguísima espera, la cabria aminó su marcha. De común acuerdo nos pusimos en pie y juntos nos dirigimos a proa.

Al fin apareció el extremo del cable. Supongo que todos nosotros esperábamos ver el final deshilachado, con los cabos sueltos como si fuera una escobilla.

Pero no eran así. Los cabos estaban fundidos, formando un todo. Tanto el cable principal como los de comunicación terminaban en una masa de metal fundido.

Todos lo mirábamos fijamente, enmudecidos.

Por la noche, el capitán leyó el servicio y se dispararon tres salvas sobre el lugar.

El tiempo continuaba bueno y el barómetro se mantenía firme. A las doce de la mañana del día siguiente, el comandante nos reunió en el comedor. Parecía enfermo y muy cansado. Dijo, brevemente y sin emoción:

-Mis órdenes son continuar la investigación empleando nuestra máquina automática. Si podemos completar nuestros cálculos y nuestras pruebas y el tiempo continúa favoreciéndonos, reanudaremos la operación mañana por la mañana, comenzándola en cuanto amanezca. Estoy decidido a bajar la máquina hasta el punto de destrucción porque no habrá otra oportunidad para la observación.

A la mañana siguiente, la colocación en el comedor fue diferente a la de la primera ocasión. Nos sentamos de cara a una fila de cinco pantallas de televisión: cuatro para cada uno de los cuatro cuadrantes de la máquina y una para observar verticalmente debajo de ella. También había un tomavistas para fotografiar las cinco pantallas simultáneamente para el archivo.

De nuevo observamos el descenso a través de las capas oceánicas; pero esta vez, en lugar de comentarios, tuvimos una serie asombrosa de gorjeos, raspaduras y gruñidos recogidos por los micrófonos montados en el exterior del aparato. El fondo del mar es, en sus capas habitadas más bajas, un lugar, al parecer, de horrenda cacofonía. Hubo algo de alivio cuando se hizo el silencio al alcanzar los mil quinientos metros, y alguien musitó:

-¡Hum! ¡Y pensar que esos micrófonos nunca habían sufrido la presión!...

El despliegue continuó. Los calamares aparecían y desaparecían en las pantallas. Cientos de

peces huían nerviosos; otros eran atraídos por la curiosidad: monstruosos, grotescos, enormes, que causaban daño a la vista. Y se continuaba bajando: dos mil metros, tres mil metros, cuatro mil, cinco mil... Al alcanzar esta profundidad, algo se hizo visible que atrajo la atención de todos hacia las pantallas. Algo en forma de óvalo, ancho, incierto, que se movía de pantalla en pantalla como si circundara a la máquina que descendía. Durante tres o cuatro minutos continuó mostrándose en una u otra pantalla, aunque siempre atormentadoramente mal definido y nunca lo bastante bien iluminado para que se pudiera estar seguro de su forma. Luego, gradualmente, subió hacia el extremo superior de la pantalla, terminando por desaparecer.

Treinta segundos después, todas las pantallas se oscurecieron.

¿Por qué no elogiar a la esposa de uno? Phyllis es capaz de escribir un relato tremendamente bueno... y éste fue uno de los mejores. Fue una lástima que no fuese recibido con el inmediato entusiasmo que se merecía.

Cuando estuvo terminado, lo enviamos al Almirantazgo para que lo examinaran. Una semana después nos llamaron por teléfono, citándonos. Nos recibió el capitán Winters. Felicitó a Phyllis por el relato tan bien como supo, como si no hubiese estado tan seducido por él como en realidad lo estaba. Sin embargo, una vez que estuvimos acomodados en nuestros asientos, movió la cabeza apesadumbrado.

-Siento tener que pedirle a usted que lo guarde durante una temporada -dijo.

Phyllis le miró desolada. Había trabajado concienzudamente en ese relato. No por dinero, claro está. Había intentado al escribirlo rendir un tributo a los dos hombres, Wiseman y Trant, que habían desaparecido con el batiscopio. Bajó la vista y se miró la punta de los zapatos.

-Lo siento -dijo el capitán-. Pero ya advertí a su marido que no se podía dar a la publicidad inmediatamente.

Phyllis levantó los ojos hasta él.

-¿Por qué? -preguntó.

Eso era algo que yo ansiaba saber también. Mis propios informes sobre los preparativos del breve descenso que ambos hicimos en el batiscopio y de los variados aspectos que no figuraban en el informe oficial sobre la bajada, también habían sido puestos en cuarentena.

-Explicaré lo que pueda. Es evidente que les debemos a ustedes una explicación -respondió el capitán Winters.

Se sentó, inclinándose hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrecruzados, y nos miró alternativamente.

-El quid del asunto..., y, por supuesto, ustedes se dieron cuenta de ello hace mucho tiempo..., está en esos cables fundidos -dijo-. La mente se tambalea un poco ante la idea de un ser capaz de morder esa maraña de acero..., y, al mismo tiempo, sólo puede admitirse comprensiblemente la posibilidad. No obstante, cuando surge la sugerencia de que existe un ser capaz de cortarlos como si fuera una llama de oxiacetileno, se retrocede. Se retrocede y, definitivamente, se rechaza.

Hizo una pausa.

-Ustedes vieron lo que sucedió a esos cables, y me imagino que estarán de acuerdo conmigo en que «eso» abre un aspecto a la cuestión completamente nuevo. Una cosa como ésa no es sólo un azar del descenso al fondo del mar..., y nosotros queremos saber más acerca de qué clase de azar es antes de darle publicidad.

Hablamos del asunto durante un rato. El capitán era comprensivo, pero tenía sus órdenes.

-Honradamente, capitán Winters..., y aparte del informe, si usted quiere..., ¿tiene usted alguna idea de qué puede haberlo hecho?

Negó con la cabeza.

-Con informe o sin informe, mistress Watson, no puedo dar ninguna explicación que tenga visos de verosimilitud..., y aunque esto no es para publicarlo, dudo de que alguien más del Servicio la tenga.

Así, pues, con el asunto en un estado nada satisfactorio, nos marchamos.

Sin embargo, la prohibición duró un tiempo más breve del que esperábamos. Una semana

después, cuando íbamos a sentarnos a la mesa para comer, nos telefoneó. Phyllis cogió el auricular.

-¡Hola, mistress Watson! Me alegro de que sea usted. Tengo buenas noticias para ustedes -dijo la voz del capitán Winters-. Acabo de hablar con los directivos de la E.B.C. y les he dado permiso, en cuanto a lo que nosotros nos concierne, para que radien el relato de ustedes: es decir, la historia completa.

Phyllis le dio las gracias por la noticia.

-Pero ¿qué ha sucedido? -preguntó.

-Sea lo que fuere, el asunto ha trascendido. Lo oirán ustedes esta noche en las noticias de las nueve, y lo leerán mañana en los periódicos. Teniendo en cuenta las circunstancias, he considerado que ustedes debían quedar libres para actuar tan pronto como fuera posible. Sus señorías comprendieron el hecho... En efecto, quieren que el relato de usted sea radiado inmediatamente. Esto es lo que hay. Y les deseo un gran éxito y mucha suerte.

Phyllis volvió a darle las gracias y colgó.

-Bien. ¿Qué supones que ha sucedido? -inquirió.

Tuvimos que esperar hasta las nueve para averiguarlo. La noticia dada por la radio oficial era breve pero suficiente desde nuestro punto de vista. Informaba, sencillamente, que una unidad naval americana, que realizaba investigaciones en las profundidades de las aguas próximas a las islas Filipinas, había experimentado la pérdida de una cámara de profundidad, con una tripulación de dos hombres.

Casi inmediatamente después, la E.B.C. llamó por teléfono para decir muchas cosas sobre la prioridad. Alteró su programa y radió el relato.

El locutor nos dijo más tarde que el relato había sido un éxito. Radiado inmediatamente después del anuncio americano, conseguimos el máximo de interés popular. Sus señorías estaban encantadas también. Aquello les proporcionó la oportunidad de demostrar que ellos no iban siempre a la zaga del gobierno americano..., aunque no creo que hubiera necesidad de haber hecho a los Estados Unidos el regalo de una primera publicidad. De todas formas, a la vista de lo que siguió, supongo que no es de gran importancia.

Phyllis volvió a escribir una parte de su relato, haciendo más hincapié en lo referente a la fusión de los cables. A nuestras manos llegó una oleada de correspondencia; pero después de examinarse todas las explicaciones y todas las sugerencias ninguno de nosotros sabía más que antes.

Apenas podía esperarse que ocurriera otra cosa. Nuestros oyentes no habían visto nunca los mapas, y en este estudio no se le había ocurrido al público en general que hubiera podido haber alguna relación entre las catástrofes submarinas y el, en cierto modo *demodé*, tópico de las bolas de fuego.

Pero si, como parecía, la Marina Real estaba dispuesta simplemente a descansar durante una temporada y examinar el problema teóricamente, la Marina de los Estados Unidos no lo estaba. Extraoficialmente, nos enteramos de que ellos estaban preparándose para enviar una segunda expedición al mismo lugar donde ocurriera la pérdida del batiscopio. Nosotros solicitamos inmediatamente ser incluidos en ella, pero fuimos rechazados. No sé cuántas otras personas solicitaron lo mismo que nosotros, pero fueron bastantes para formar una segunda pequeña expedición. Nosotros no ocuparíamos tampoco sitio en esa otra. Todos los espacios estaban reservados a sus propios corresponsales y comentaristas, que cubrirían también a Europa.

Bueno, era un espectáculo propio. Pagaron por ello. De todas formas, lamenté no haber ido, porque, aunque no creíamos verosímil que perdieran de nuevo sus aparatos, nunca se nos cruzó por la imaginación que perdieran también el barco...

Aproximadamente una semana después volvió uno de los hombres de N.B.C., que formaban parte de la expedición. Nos la compusimos para invitarle a comer y darle un poco de caba personal.

-Nunca presencié nada parecido -nos dijo-. Era como si el rayo hubiese surgido del fondo del mar. Sí, eso era lo que parecía. Las chispas corrieron por encima del barco durante unos

segundos. Luego, llenó el aire con su volumen. Voló.

-Nunca oí nada semejante a eso -dijo Phyllis.

-Desde luego, porque no está en el informe -respondió-. Pero alguna vez será la primera.

-No es muy satisfactorio -comentó Phyllis.

Él nos miró.

-Puesto que sé que ustedes dos estuvieron en aquella partida de caza británica, he de suponer que saben ustedes para lo que estábamos allí.

-No me sorprendería -le contesté.

Él asintió.

-Escuche: a mí me han dicho que no es posible colocar una alta carga, algo así como un millón de voltios, para que estalle sólo un navio en alta mar; por tanto, debo aceptar eso. No es de mi incumbencia. Todo lo que digo es que *si* fuera posible, entonces supondría que el efecto sería aproximadamente el que yo vi.

-Habría cables aislados también... para las cámaras, los micrófonos, los termómetros y todo eso -dijo Phyllis.

-Claro que sí. Y había un cable aislado que unía la televisión con nuestra barca; pero no podía llevar esa carga y hacerla estallar..., lo cual hubiese sido una condenada cosa para nosotros. Eso me hubiera parecido a mí, que seguía al navio principal... si no hubiesen estado allí los físicos.

-¿No hicieron sugerencias alternativas? -pregunté.

-Claro que sí. Varias. Algunas hasta parecían convincentes..., pero para quien no viera lo que sucedió.

-Si está usted en lo cierto es, desde luego, una cosa muy extraña -dijo, pensativa, Phyllis.

El hombre de la N.B.C. le miró.

-Una agradable declaración británica..., pero bastante rara, aun para mí -dijo, modestamente-. Sin embargo, aunque ellos dan una explicación aparte para eso, los físicos están desconcertados aún por esos cables fundidos; porque, sea lo que fuere, la rotura de esos cables *no pudo ser* accidental...

-Por otra parte, ¿toda esa presión, toda esa...? -preguntó Phyllis.

El hombre movió la cabeza.

-No hago conjeturas. Necesito más datos de los conseguidos, aun para eso. Puede ser que los consigamos muy pronto.

Le miramos interrogadores.

Él bajó la voz.

-Puesto que sé que están ustedes metidos en el asunto, les diré, pero estrictamente para su capote, que ahora han conseguido un par de pruebas más. Pero no habrá publicidad esta vez... El último lote dejó mal sabor de boca.

-¿Dónde las consiguieron? -preguntamos simultáneamente.

-Una, en algún lugar cerca de las Aleutianas; la otra, en un lugar profundo, en la bahía de Guatemala... ¿Qué están haciendo sus gentes?

-No lo sabemos -respondimos honradamente.

Movió la cabeza.

-Es preferible que permanezcan atentos -dijo cordial.

Y permanecemos atentos. Durante las semanas siguientes permanecemos con los oídos muy abiertos para captar noticias de las dos nuevas investigaciones, pero hasta que el hombre de la N.B.C. pasó por Londres de nuevo, un mes después, no supimos nada. Le preguntamos qué había pasado.

Frunció el ceño.

-De Guatemala no sacaron nada en limpio -dijo-. El barco situado al sur de las Aleutianas estuvo transmitiendo por radio mientras se llevaba a cabo el descenso. Pero, de pronto, dejó de transmitir. Se consideró como pérdida absoluta.

El reconocimiento oficial de estos casos permaneció «bajo tierra», si es que este término puede considerarse aceptable para sus investigaciones submarinas. De cuando en cuando podíamos

captar un rumor que demostraba que el interés no había decaído, y, de tiempo en tiempo, se hacían algunos intentos, aparentemente aislados, aunque tenían cierta relación entre sí, para dar sugerencias. Nuestros contactos navales aseguraban una cordial evasión, y encontrábamos que nuestros numerosos oponentes al otro lado del Atlántico no lo estaban haciendo mucho mejor con sus recursos navales. Lo consolador era que cualquier progreso que ellos hacían llegaba inmediatamente a nuestros oídos; así, pues, guardábamos silencio para dar a entender que estaban atascados.

El interés público por las bolas de fuego bajó a cero, y pocas personas se molestaron ya en enviar informes sobre ellas. Yo aún conservaba mis archivos al día, aunque eran tan poco representativos que, en realidad, no podía determinar cuál incidente era realmente pequeño en apariencia.

Según lo que yo sabía, los dos fenómenos nunca fueron relacionados públicamente, y en la actualidad ambos permanecen inexplicados, como si se tratara de una cosa que no tenía importancia.

En el transcurso de los tres años siguientes, nosotros mismos perdimos interés por el caso, hasta el punto de desaparecer casi por completo de nuestro pensamiento. Otros asuntos nos preocupaban. Tuvo lugar el nacimiento de nuestro hijo William... y su muerte, año y medio después. Para ayudar a Phyllis a superar esa crisis, me las agenció para procurarme la redacción de una serie de artículos sobre viajes, vendí la casa, y durante una temporada corrimos de un lado para otro.

En teoría, el contrato era mío; pero, en la práctica, lo que más gustaba a la E.B.C. eran los comentarios y las notas de Phyllis y la mayoría de las veces, cuando ella no estaba arreglando mis crónicas, trabajaba en sus propios relatos. Cuando regresemos a casa, nuestro prestigio había aumentado mucho, teníamos gran cantidad de material para trabajar y poseíamos la sensación de hallarnos en una situación más firme y estable.

Casi inmediatamente se registró la pérdida de un crucero americano en aguas de las islas Marianas.

El informe fue breve: un mensaje de agencia, ligeramente hinchado; pero había algo en ello..., sólo una especie de presentimiento. Phyllis lo leyó en el periódico, y le chocó también. Extendió el mapa y observó el área que rodeaba a las Marianas.

-En tres de sus cuatro costas, la profundidad es muy grande -dijo.

-El informe no da detalles exactos. Me sería imposible señalar con el dedo el punto sobre el mapa. Creo que la proximidad que indican está un poco fuera de la realidad.

-Será mejor que nos enteremos directamente -decidió Phyllis.

Así lo hicimos, pero sin resultado. No era que nuestras fuerzas estuvieran agotadas; pero parecía que había un apagón en alguna parte. No conseguimos más que una reseña oficial: este crucero, el *Keweenaw*, se había hundido, sencillamente, con buen tiempo. Habían sido recogidos veinte supervivientes. Habría una investigación.

Posiblemente la hubo. Nunca me enteré del resultado. El incidente fue, en cierto modo, sofocado por el inexplicable hundimiento de un barco ruso, que realizaba una misión nunca especificada, al este de las Kuriles, ese cordón de islas situado al sur de Kamchatka. Puesto que era axiomático que cualquier desgracia soviética se atribuyera, de algún modo, a los *chacales* capitalistas o a las reaccionarias *hienas fascistas*, este asunto asumió una importancia que eclipsó por completo la pérdida americana, y la acre insinuación continuó levantando ecos durante mucho tiempo. Entre el ruido de vituperación, la misteriosa desaparición del navío de reconocimiento *Utskarpen*, en el Océano Austral, pasó casi inadvertida fuera de su natal Noruega.

Le siguieron varios otros; pero yo ya no tengo mis archivos para dar detalles. Mi impresión es que fueron media docena de navíos, todos, al parecer, dedicados, de una forma u otra, a investigaciones oceánicas, los que desaparecieron antes de que los americanos sufrieran una nueva pérdida en las Filipinas. Esta vez perdieron un destructor y, con él, la paciencia.

El ingenuo anuncio de que, puesto que las aguas circundantes de Bikini eran demasiado poco profundas para realizar una serie de pruebas de bombas atómicas submarinas, el lugar de tales



experimentos sería trasladado en unos dos mil kilómetros, aproximadamente, más al oeste, posiblemente pudo engañar a una parte del público general; pero en la radio y en los círculos periodísticos se hicieron gestiones para determinar el hecho.

Phyllis y yo estábamos mejor situados ahora y también éramos afortunados. Emprendimos el vuelo, y pocos días después formábamos parte del complemento de un número de navios que fondearon a una distancia estratégica del punto donde había desaparecido el *Keweenaw*, en aguas de las Marianas.

No puedo decir a ustedes cómo eran esas bombas de profundidad especialmente diseñadas, porque nunca las vimos. Todo lo que nos permitieron ver fue una balsa que transportaba una especie de cabaña de metal semiesférica que contenía la propia bomba, y todo lo que nos dijeron fue que era semejante a uno de los modelos más vulgares de bomba atómica, pero con una envoltura maciza que, si era necesario, resistiría la presión a diez mil metros de profundidad.

A las primeras luces del día de la prueba, un remolcador llevó a remolque la balsa, alejándose hacia el horizonte con ella. A partir de entonces, tuvimos que presenciar todo por medio de las cámaras de televisión automáticas montadas en boyas. De esta forma vimos cómo el remolcador abandonaba la balsa y se alejaba a gran velocidad. A continuación, hubo un intervalo mientras el remolcador se alejaba de la zona peligrosa y la balsa proseguía con calculado impulso hacia el lugar exacto donde desapareció el *Keweenaw*. La pausa duró por espacio de unas tres horas, con la balsa inmóvil en las pantallas. Luego, una voz por los altavoces nos informó de que el descenso de la bomba se realizaría dentro de treinta minutos, aproximadamente. Continuó recordándonoslo a intervalos, hasta que el tiempo fue lo suficientemente corto para empezar a contar al revés, lenta y pausadamente. Había una completa quietud en las pantallas mientras las mirábamos y escuchábamos la voz contando:

-...tres..., dos..., uno... ¡Ahora!

A la última palabra, de la balsa surgió un cohete, que arrastró un humo rojo mientras se elevaba.

-¡Bomba al fondo! -gritó la voz.

Esperamos.

Durante largo rato, según me pareció, todo estuvo intensamente quieto. En torno a las pantallas de televisión, nadie hablaba. Todos los ojos estaban fijos en uno u otro de los marcos, que mostraban la balsa flotando tranquilamente sobre el agua azul, resplandeciente de sol. No hubo señal alguna de que nada ocurriese allí, salvo la pluma de humo rojo que ascendía lentamente. A la vista y al oído, la serenidad era absoluta; para el ánimo existía la sensación de que el mundo entero contenía la respiración.

Y entonces sucedió... La tranquila superficie del mar vomitó repentinamente una enorme nube blanca que se fue extendiendo, e hirvió mientras ella se retorció hacia arriba. Un temblor sacudió el barco.

Abandonamos las pantallas y corrimos al costado del buque. La nube se hallaba ya sobre nuestro horizonte. Aún continuaba retorciéndose sobre sí misma, de una forma que, en cierto modo, era obscena, mientras subía monstruosamente hacia el cielo. Sólo entonces nos llegó el ruido, como de un tremendo golpe. Mucho después vimos, extrañamente dilatada, la línea negra que era la primera ola de agua turbulenta que avanzaba hacia nosotros.

Aquella noche nos sentamos a la mesa de Mallarby, del *The Tidings*, y Bennell, del *The Senate*. Era la oportunidad de Phyllis, y ella los llevó más o menos a donde quería entre el primer plato y el asado. Discutieron largo rato sobre líneas familiares; pero, después de cierto tiempo, el nombre de Bocker empezó a sonar con creciente frecuencia y alguna acrimonia. Al parecer, este Bocker tenía cierta teoría sobre las perturbaciones submarinas que no había llegado a nuestros oídos, y no parecía tener buena reputación por otra parte.

Phyllis estaba al acecho como un halcón. Nunca hubiera adivinado uno que ella estuviese tan completamente en la oscuridad, por la forma judicial con que preguntó:

-Sin embargo, no se puede rechazar por completo la teoría de Bocker, ¿verdad?

Y frunció un poco el ceño mientras hablaba.

Produjo efecto. En poco tiempo estuvimos adecuadamente informados sobre el punto de vista de

Bocker, y, si alguno de ellos adivinó hasta qué punto estábamos interesados, se enteró de ello por primera vez.

El nombre de Alastair Bocker no era completamente desconocido para nosotros, por supuesto: era el de un eminente geógrafo, un nombre que corrientemente iba seguido de varios grupos de iniciales. Sin embargo, la información que de él nos dio ahora Phyllis era, en cierto modo, completamente nueva para nosotros. Cuando reordenó y reunió todo, llegó a esto: Bocker había presentado, casi un año antes, un memorándum al Almirantazgo en Londres. Porque era Bocker, tuvo suerte de que lo leyeran en alguno de los altos niveles, aunque la clave de su argumentación era como sigue: los cables fundidos y la electrificación de cierto navio debían ser considerados como indiscutible prueba de inteligencia de ciertas partes más profundas de los océanos.

En esas regiones, condiciones tales como la presión, la temperatura, la perpetua oscuridad, etc., hacían inconcebible que cualquier forma inteligente de vida pudiera desenvolverse y desarrollarse allí..., y esta declaración la respaldó con algunos argumentos convincentes.

Había que presumir que ninguna nación era capaz de construir mecanismos que pudiesen operar a tales profundidades como las indicadas por la prueba, ni se podía comprender qué propósitos pudieran tener al intentar una cosa así.

Pero si la inteligencia en las profundidades submarinas no era indígena, entonces debía de provenir de otra parte. También debía de estar envuelta de alguna forma capaz de resistir una presión de toneladas por centímetro cuadrado...; con toda seguridad, dos toneladas en la presente prueba; probablemente, cinco o seis, y hasta siete, si era capaz de existir en las más hondas profundidades submarinas. Ahora bien: ¿existía algún lugar en la Tierra donde una forma móvil pueda encontrar condiciones para desarrollar tal presión? Evidentemente no.

Muy bien. Entonces, si no podía desarrollarse en la Tierra, debería desarrollarse en alguna otra parte...; digamos, en un amplio planeta donde la presión fuese normalmente muy elevada. Si era así, ¿cómo hacían para cruzar el espacio y llegar hasta aquí?

Entonces, Boker reclamó atención hacia las bolas de fuego, que habían sido motivo de especulación algunos años antes, y que aún se contemplaban en algunas ocasiones. Nunca se había visto descender ninguna de ellas sobre la Tierra; en realidad, no se había visto descender a ninguna en parte alguna, excepto en áreas de aguas muy profundas. Además, algunas de ellas, tocadas por los *missiles*, habían estallado con tal violencia que sugerían que habían sido conservadas a un grado altísimo de presión. También era significativo que esas bolas de fuego hubieran sido vistas solamente en las regiones de la Tierra en donde las condiciones de alta presión eran compatibles con el movimiento.

Por ese motivo, Bocker deducía que nosotros estábamos en proceso de sufrir, aunque casi ignorándolo, una especie de inmigración interplanetaria. Si se le hubiera preguntado el origen de ello, habría señalado a Júpiter como el planeta más verosímil de llenar las condiciones de presión.

Su memorándum terminaba con la observación de que tal incursión no necesitaba ser contemplada con hostilidad. A él le parecía que los intereses de un tipo de creación que existían en quince libras por pulgada cuadrada eran inverosímiles para que se comparasen en serio con los de una forma que requería varias toneladas por centímetro cuadrado. Por consiguiente, abogaba porque se debería hacer el mayor esfuerzo posible para llevar a cabo algo que significara un acercamiento armónico hacia los nuevos moradores de nuestras profundidades, con el ánimo de facilitar un intercambio de ciencia, empleando la palabra en su sentido más amplio.

Los puntos de vista expresados por sus señorías sobre estas explicaciones y sugerencias no fueron dados a la publicidad. No obstante, se sabe que no pasó mucho tiempo sin que Bocker arrancara su memorándum de sus antipáticos pupitres y que poco tiempo después lo presentara a la consideración del editor de *The Tidings*. Indudablemente, *The Tidings*, al devolverlo, actuó con su habitual tacto. El editor observó, sólo en beneficio de sus hermanos de profesión, lo siguiente: «Este periódico ha logrado subsistir más de un siglo sin una nota cómica en sus páginas, y no veo la razón de romper ahora su tradición».

A su debido tiempo, el memorándum apareció ante los ojos del editor de *The Senate*, que le echó una ojeada, pidió una sinopsis, alzó las cejas y dictó un cortés «lo siento».

A continuación, dejó de circular, y sólo fue conocido de boquilla en un círculo reducido.

-Lo mejor que puede decirse de él -decía Mallarby- es que incluye más factores que cualquier otro..., y que todo lo que incluye, incluso la mayoría de los factores, es de lo más fantástico. Nosotros debemos censurarlo por todo esto hasta que surja algo mejor... Es todo cuanto podemos hacer.

-Es verdad -dijo Bennell-. Pero, piensen lo que piensen sobre Bocker los hombres que ocupan la jerarquía naval, está bastante claro que ellos también han supuesto, durante algún tiempo, que *hay* algo sensato en él. No se dibuja ni se hace una bomba especial como ésa en cinco minutos, ¿comprenden? De todas formas, si la teoría de Bocker es o no es humo de paja, ha perdido su punto de apoyo principal. Esta bomba no era el acercamiento amistoso y simpático que él propugnaba.

Mallarby, tras hacer una pausa, movió la cabeza.

-Me he reunido con Bocker en diversas ocasiones. Es hombre civilizado, librepensador..., con las perturbaciones habituales de los librepensadores, que ellos creen, además, que son otras. Posee una inteligencia suprema, inquisitiva... Procura no sujetar su pensamiento medio cuando encuentra algo nuevo que señalar, y dice: «Es mejor machacarlo o suprimirlo, rápidamente». Lo cual es otra demostración de cómo actúa su pensamiento medio.

-Pero si, como usted dice -objetó Bennell-, creen oficialmente que la pérdida de esos barcos fue causada por una inteligencia, entonces existe en ello un motivo de alarma, y *no puede usted* considerar el asunto como algo tan fuerte como una represalia.

Mallarby movió la cabeza.

-Querido Bennell, no sólo puedo, sino que lo hago. Supongamos que algo descendiera sobre nosotros, procedente del espacio, colgado de una cuerda, y supongamos también que eso emitiera rayos en una longitud de onda que nos molestara extraordinariamente y, quizá, hasta nos causara daño. ¿Qué haríamos? Sugiero que lo primero que haríamos sería cortar la cuerda, despojándola de toda acción. Luego, examinaríamos el extraño objeto para averiguar, hasta donde nos fuera posible, todo lo referente a él. Y si alguno más seguía al primero, daríamos sin dilación los pasos necesarios para terminar con ellos..., lo cual podría hacerse con propósito de acabar, simplemente, con una molestia, o con cierta animosidad o mala fe, considerándolo como... una represalia. Ahora bien: ¿a quién, a la vista de ello, se debería culpar del hecho, a nosotros o a la cosa que llegó de arriba?

-Es difícil imaginar cualquier clase de inteligencia que no se resintiera de lo que acabábamos de hacer. Si ésta fuera la única profundidad donde hubo perturbación, no habría ninguna inteligencia que no se resintiera; pero éste no es el único lugar, como usted sabe. Desde luego que no. Así, pues, ese resentimiento muy natural, ¿qué forma tomará para que nosotros lo veamos?

-¿Cree usted, realmente, que habrá alguna clase de respuesta? -preguntó Phyllis.

Se encogió de hombros.

-Vuelvo a repetir mi hipótesis: supongamos que alguna acción violentamente destructiva descendiera del espacio sobre una de nuestras ciudades. ¿Qué haríamos?

-Bueno, ¿qué *podríamos* hacer? -preguntó, bastante razonablemente, Phyllis.

-Pues lanzaríamos contra ella los medios más adecuados para desbaratarla, y con la mayor celeridad posible. No -continuó, moviendo la cabeza-, me temo que la idea de fraternidad de Bocker tenga las mismas posibilidades de prosperar que la de encontrar una aguja en un pajar.

Yo creo que eso era tan verosímil como Mallarby decía. De todas formas, si existió alguna vez alguna probabilidad, había desaparecido en el momento en que nosotros llegamos a casa.

En cierto modo, y al parecer durante la noche, el público puso «los puntos sobre las íes». El experimento poco entusiasta para representar la bomba de profundidad como una de una serie de pruebas, había fracasado por completo. Al vago fatalismo con que fue recibido la pérdida del *Keweenaw* y los otros barcos, sucedió una calurosa sensación de violencia, una satisfacción de

que se había dado el primer paso hacia la venganza y una demanda para más.

La atmósfera era similar a la de una declaración de guerra. Los flemáticos y los escépticos de ayer se transformaron, de pronto, en férvidos predicadores de una cruzada contra la..., bueno, contra lo que quiera que fuese que había tenido la insolente temeridad de interferirse en la libertad de los mares. El acuerdo sobre este punto de vista cardinal fue virtualmente unánime desde que esa masa de especulación se irradió en toda dirección, de forma que no sólo las bolas de fuego, sino que cualquier otro fenómeno inexplicable ocurrido hacía años, fue atribuido del mismo modo al misterio de las profundidades, o, al menos, relacionado con él.

La ola de excitación que se extendió a lo ancho de todo el mundo nos alcanzó cuando nos detuvimos un día en Karachi, de regreso a nuestro país. El lugar hervía en cuentos sobre serpientes de mar y visitas del espacio, y era evidente que, cualesquiera que fuesen las restricciones impuestas a Bocker sobre la circulación de su teoría, muchos millones de personas habían llegado a una explicación similar por otros caminos. Esto me dio la idea de telefonar a la E.B.C. de Londres para averiguar si Bocker estaría decidido ahora a concederme la entrevista.

Me contestaron que otros habían tenido la misma idea, y que Bocker celebraría una rueda de prensa restringida el miércoles. Como a ellos les gustaría que nosotros estuviéramos presentes, nos buscarían invitaciones. Así lo hicieron, y llegamos a Londres con un par de horas de anticipación a la celebración de la misma.

A Alastair Bocker se le conocía por sus fotografías, pero ellas no le habían hecho justicia. La principal arquitectura facial, con sus cualidades de niño de edad mediana más bien llenito, las anchas cejas, el mechón de cabellos grises echados hacia atrás, la forma de la nariz y de la boca, eran familiares; pero las cámaras fotográficas, con su poca habilidad, no habían captado la viveza de sus ojos, la movilidad de su boca y de toda la cara, ni su calidad de movimientos semejantes a los de un gorrión, con lo que su personalidad quedaba mixtificada.

-Uno de esos crecidos muchachitos tan llenos de inquietudes -observó Phyllis, estudiándole antes que empezara la rueda de prensa.

Durante algunos minutos más, la gente continuó llegando y acomodándose; luego, Bocker anduvo hasta la mesa que estaba frente a ellos. La forma en que lo hizo daba a entender que no había acudido allí para atraerse a la gente ni ponerse de acuerdo con ella.

Cuando cesó el murmullo de voces, permaneció unos instantes mirándonos fijamente. A continuación, empezó a hablar, sin apuntes ni notas.

-No creo en absoluto que esta reunión tenga utilidad alguna -dijo-. No obstante, como yo no la he solicitado, no me interesa si tengo o no tengo buena prensa...

Hizo una pausa.

-Hace un par de años, habría agradecido la oportunidad de esta publicidad. Hace un año intenté obtenerla, aunque mis esperanzas de que nosotros fuésemos capaces de desviar el probable curso de los acontecimientos no eran, aun entonces, más que ligerísimas. Encuentro en cierto modo irónico, de todas formas, que ustedes me honren de este modo ahora que dichas esperanzas han desaparecido.

Hizo otra pausa.

-Tal vez haya llegado a ustedes una versión de mis argumentos, verosíblemente una versión mixtificada; pero trataré de resumirlos ahora, con el fin de que sepamos, al menos, de lo que estamos hablando.

El resumen difirió poco de la versión que nosotros conocíamos ya. Al final, hizo una nueva pausa.

-Ahora, espero sus preguntas, señores -dijo.

A tanto tiempo de distancia, no puedo pretender recordar qué preguntas se hicieron ni quiénes las hicieron; pero sí recuerdo que las primeras preguntas, de una fatuidad abrumadora, fueron barridas con gran agudeza. A continuación, alguien preguntó:

-Doctor Bocker, creo recordar que, originariamente, hizo usted algunos juegos deliberados con la palabra «inmigración»; pero sólo ahora habla usted de «invasión». ¿Ha cambiado de idea?

-Me la han hecho cambiar -respondió Bocker-. Por cuanto yo sé, tal vez hubiese sido, en

intención, una inmigración pacífica solamente..., pero la prueba es que eso no es así ahora.

-Por tanto -dijo alguien-, lo que usted nos está repitiendo es nuestra vieja cantilena: que, al fin, estallará la guerra interplanetaria.

-Sí, puede ser expuesto así,... por los facciosos -dijo Bocker, tranquilo-. Es, con toda seguridad, una invasión... y desde algún lugar desconocido, ignorado.

Hubo otra pausa.

-Casi igualmente notable -continuó- es el hecho de que en este mundo buscador de sensaciones haya conseguido, por lo que es, sentar plaza casi irreconocida. Es sólo ahora, varios años después de su período inicial, cuando empieza a ser tomada en serio.

-De todas formas, a mí no me parece, ahora, que sea una invasión interplanetaria -observó una voz.

-Eso podría atribuirlo a dos causas principales -dijo Bocker-. Primero: constipación de la imaginación; segundo, influencia del difunto míster H. G. Wells.

Echó una mirada a su alrededor.

-Uno de los inconvenientes de los escritores clásicos -continuó- es que imponen un modelo de pensamiento. Todo el mundo los lee, resultando de ello que todo el mundo cree que conoce exactamente no sólo la forma en que debe realizarse una invasión interplanetaria, sino también cómo debe llevarse a cabo. Si un misterioso cilindro cayese en estos momentos, mañana, en las cercanías de Londres o de Washington, todos reconoceríamos en él inmediatamente un objeto propicio a sembrar la alarma. Parece haberse olvidado que míster Wells utilizó simplemente uno de los numerosos inventos que pudo emplear para una obra de ficción; así, pues, puede señalarse que no pretendió sentar una ley para la dirección de campañas interplanetarias. Y el hecho de que su elección permanezca como el único prototipo del lance en tantas mentes es el mejor elogio a su destreza en escribir lo que está en el pensamiento de todas esas mentes calenturientas.

Otra pausa.

-Existe gran variedad de invasiones contra las que no serviría para nada llamar a los marinos. Algunas de ellas serían más difíciles de detener que la de los marcianos de míster Wells. Y aún quedaría por ver si las armas que pudiéramos emplear para hacerles frente serían más o menos eficaces que las imaginadas por él.

Alguien señaló:

-Perfectamente. Aceptamos, como tema de discusión, que esto sea una invasión. Ahora bien: ¿podría usted decirnos por qué hemos sido invadidos?

Bocker le miró durante un buen rato; luego, contestó:

-Supongo que ese «¿por qué?» fue el grito de todos los países que fueron invadidos a lo largo de la Historia.

-Pero debe de haber una razón -musitó el que interrogaba.

-¿Debe de haber?... Bueno, supongo que debe de haberla en el más amplio sentido de la palabra. Pero de eso no se deduce que haya una razón que debamos comprender, aunque la sepamos. No creo que los americanos primitivos comprendieran mucho las razones que tenían los españoles para invadirlos... En realidad, lo que usted está preguntando es que yo debería explicar a ustedes los motivos que animan a cierta forma de inteligencia demencial. Modestamente, debo declinar el honor de hacer un loco de mí mismo. La forma de averiguar, aunque no la de comprender tal vez, hubiera sido entrar en comunicación con esas cosas de nuestras profundidades. Pero si alguna vez existió la posibilidad de hacerlo, me temo que ahora hayamos perdido ya la ocasión de conseguirlo.

El interrogador no se quedó satisfecho con eso.

-Pero si no podemos asignar una razón -dijo-, entonces con toda seguridad, todo el asunto se convierte en algo que se diferencia muy poco de un desastre natural..., algo semejante, digamos, a un terremoto o a un ciclón...

-Bastante cierto -estuvo de acuerdo Bocker-. ¿Y por qué no? Supongo que es justamente así como el pájaro se parece al insecto. Para el vulgo, envuelto en una gran guerra, tampoco existe mucha diferencia entre eso y un desastre natural. Sé que todos ustedes han enseñado a sus

lectores a esperar explicaciones supersimplificadas de todo, sin excluir al mismo Dios, en palabras de una sola sílaba; así, la cosa va adelante, y satisface su inclinación por la sabiduría. Nadie les puede contradecir a ustedes. Pero si intentan colgarme sus explicaciones, les demandaré.

Pausa.

-Iré aún más lejos: sólo puedo creer en dos motivos *humanos* para la emigración a través del espacio, y, si fuera posible, en cualquier escala: uno sería la simple expansión y el engrandecimiento; el otro, huir de las intolerables condiciones del planeta humano. Pero esas «cosas» de las profundidades no son, con toda seguridad, humanas, sean las que fueren; de todas formas, sus razones y motivos pueden ser similares a los motivos humanos, aunque es mucho más verosímil que no lo sean.

Hizo otra pausa, mirando de nuevo en torno suyo.

-Escuchen: este «¿por qué?» es un gesto inútil de respiración. Si nosotros tuviéramos que ir a otro planeta, y la población que encontráramos allí nos recibiera a bombazos, el «¿por qué?» de nuestra ida allí no tendría ninguna importancia; sencillamente determinaríamos que, si no dábamos los pasos necesarios para detenerlos en su ataque, nos exterminarían. Y, posiblemente, hemos hecho algo parecido con esas «cosas» de las profundidades... La fuerza de la vida, de cualquier forma que se la considere, debe ser, colectiva o individualmente, la voluntad de sobrevivir, o muy pronto dejaría de ser.

-Entonces esto, según su opinión definitiva, ¿es una invasión *hostil*? -preguntó alguien.

Bocker le miró con interés.

-Mire, no hay que sacar las cosas de quicio. Lo que yo digo es que esto *es* una invasión, que *es* hostil ahora; pero que, de intento, *no ha debido ser* hostil... Y ahora -terminó-, todo cuanto les pido a ustedes es que convengan a sus lectores que esto no es una broma, sino un asunto muy serio... Claro que hasta donde se lo permitan la política editorial y propietaria.

Lo que sucedió en realidad fue que casi todos los periodistas presentaron a Bocker como un excéntrico, subrayado con el siguiente comentario: «Es lo que uno sería capaz de creer si también fuese un excéntrico... Claro que uno no lo es: uno es hombre sensible...».

Existían indicios de que el espectáculo no era accidental. El público se hallaba en un estado que hubiese admitido todo, pero habíase desperdiciado la oportunidad de explorar la situación. No; hasta el momento no ocurría nada sensacional que interrumpiese el apaciguado proceso.

Luego, gradualmente, surgió una sensación de que ésta no era en absoluto la forma en que se había esperado una guerra interplanetaria. Por supuesto, de ahí a decidir que los culpables eran los rusos no había más que un paso.

Los rusos, dentro de su dictadura, siempre eran dados a sospechar de los beligerantes capitalistas. Cuando los rumores de la noción interplanetaria consiguiese de algún modo atravesar el telón de acero, se apresurarían a declarar que: *a)* todo aquello era mentira: sólo era una pantalla verbal de humo para encubrir los preparativos de los fabricantes de armamentos; *b)* que era verdad, y los capitalistas, fieles a su conducta, habían atacado inmediatamente a los no sospechosos extranjeros con bombas atómicas; *c)* que fuera verdad o no, la U.R.S.S. lucharía denodadamente por la paz con todas las armas que poseía, excepto las bacterias.

El balanceo continuaba. Se oía decir a la gente:

-¡Oh!... ¿Esa tontería interplanetaria? No me importa decirle a usted que, durante algún tiempo, me obsesionó; pero, naturalmente, ¡cuando ahora se empieza a *pensar* en ello!... ¿Asombrarse de que sea, realmente, un juego de los rusos?... Tendría que haber sido algo muy grande para que se emplease contra ello las bombas atómicas...

Así, pues, en un plazo de tiempo muy breve quedó establecido el *status quo ante bellum hypotheticum*, y nosotros regresamos a la comprensible base familiar de sospecha internacional.

El único resultado duradero fue que el seguro marino subió un uno por ciento.

Un par de semanas después celebramos una pequeña reunión con comida. El capitán Winters se sentó a la derecha de Phyllis. Parecían estar en excelentes relaciones. Más tarde, en la intimidad de nuestro dormitorio, inquirí:

-Si no tienes demasiado sueño, podríamos hablar. ¿Qué te contó el capitán?

-¡Oh!, muchas cosas agradables. Creo que tiene sangre irlandesa.

-Bueno; pero, pasando a las cosas realmente interesantes que ocurren por el mundo... -continué impaciente.

-No fue muy locuaz, pero lo que me contó no era nada estimulante. Algunas cosas eran demasiado horribles.

-Cuéntame.

-Bueno, la situación principal no parece haber cambiado mucho en la superficie; pero, respecto a lo que está ocurriendo «abajo», se muestran cada vez más preocupados, más alarmados. *No me dijo* que, actualmente, la investigación no había hecho progresos; pero lo que dijo lo daba a entender.

Hizo una pausa.

-Por ejemplo, dijo que las bombas atómicas se habían desechado, por el momento al menos. Pueden utilizarse en lugares aislados solamente, y, aun así, la radiactividad se propaga fantásticamente. Los expertos en ictiología de ambos lados del Atlántico han puesto el grito en el cielo, porque dicen que es debido a los bombardeos el que ciertas manadas de peces hayan desaparecido de sus lugares acostumbrados. Maldicen las bombas por trastornar la ecología, en cualquiera de sus ramas, y afectar a las corrientes migratorias. Sin embargo, algunos de los ellos dicen que la fecha no es suficiente para estar absolutamente seguros de que sean las bombas quienes han causado tal trastorno; pero algo tiene que haber seguramente, y eso puede causar graves trastornos alimentarios. Así, pues, como nadie parece estar completamente convencido de que las bombas hayan cumplido la misión que todos esperábamos y, en cambio, han matado y espantado peces en grandes cantidades, se han hecho impopulares... Y hay algo más: dos de esas bombas que lanzaron a las profundidades han desaparecido.

-¡Oh! -exclamé-. ¿Y qué inferimos de ello?

-No sé. Pero los tiene muy preocupados, muy alarmados. Escucha: la forma en que operan es a base de una profundidad dada, forma sencilla y muy segura.

-¿Quiere eso decir que las bombas no han alcanzado nunca la verdadera zona de presión?... ¿Qué se han quedado enganchadas en alguna parte mientras descendían?

Phyllis asintió.

-Y eso hace que se muestren extremadamente ansiosos.

-Además, es incomprendible. No me sentiría muy tranquilo si hubiese perdido un par de bombas en perfecto uso -admití-. ¿Qué más?

-Han desaparecido inexplicablemente tres navios de los que se dedican a la reparación de cables. Uno de ellos fue silenciado en mitad de un mensaje radiado. Se sabía que estaba, en aquellos momentos, extrayendo un cable defectuoso.

-¿Cuándo ocurrió eso?

-Hace seis meses, uno; hace tres semanas, otro, y el tercero, la semana pasada.

-¿No pudieron hacer nada para evitarlo?

-No pudieron..., aunque todo el mundo está seguro de que lo intentaron.

-¿No hubo supervivientes para contar lo ocurrido? -No.

Al cabo de un rato pregunté:

-¿Algo más?

-Déjame pensar... ¡Oh, sí! Están tratando de poner en práctica una especie de *missil* de profundidad dirigido que será altamente explosivo, aunque no atómico. Pero aún no han hecho las pruebas.

Volvía a mirarla con admiración.

-Eso es magnífico, *darling*. Eres una verdadera Mata Hari.

Phyllis ignoró la ironía.

-Lo más importante de todo es que me dará una tarjeta de presentación para el doctor Matet, el oceanógrafo.

Se puso en pie.

-Pero, *darling*, la Sociedad Oceanográfica ha amenazado más o menos con la excomunión a todo aquel que trate con nosotros después del último relato que hicimos... Eso forma parte de su línea anti-Bocker.

-Bueno. Pero resulta que el doctor Matet es amigo del capitán. Ha visto sus mapas sobre las incidencias de los globos de fuego, y es un medio convencido. De cualquier forma, nosotros no somos unos hinchas de Bocker, ¿verdad?

-Lo que nosotros creemos que somos no es necesario que lo crean otras personas. Sin embargo, si él lo desea... ¿cuándo podremos verle?

-*Espero* verle dentro de pocos días, *darling*.

-¿No crees que yo debería?

-No. Pero sería estupendo por tu parte que confiaras en mí.

-Sin embargo...

-No. Y me parece que ya es hora de que nos vayamos a la cama -dijo Phyllis, firmemente.

El comienzo de la entrevista de Phyllis fue, según informó, casi normal.

-¿La E.B.C.? -dijo el doctor Matet, alzando las cejas, como si fueran dos tapas de miniaturas-. Creí que el capitán Winters había dicho la B.B.C.

Era un hombre de cara ancha, casi barbilampiño, que daba a su cabeza el aspecto de pertenecer a una cara mucho más ancha aún. Su atezada frente era alta, y muy pulimentada hasta la coronilla. Según dijo Phyllis, le produjo la impresión de ser sobresaliente.

Ella suspiró para sí, comenzando la rutinaria explicación sobre la existencia de la English Broadcasting Company, manejándole con tacto hasta que consiguió llevarle a la posición desde donde nos considerase como personas suficientemente amables que se esfuerzan por superar las desventajas de ser consideradas como oráculo ligeramente de segunda clase. Luego, tras aclararle que cualquier material que pudiera suministrarnos permanecería en el más absoluto anonimato, se hizo más locuaz.

Lo malo fue, desde el punto de vista de Phyllis, que se expresó en un estilo completamente académico, empleando innumerables palabras raras y ejemplos que ella tuvo que interpretar lo mejor que pudo. En resumen, lo que quiso decir fue lo siguiente:

Hacia un año se empezó a informar sobre ciertas alteraciones de color (decoloración) en las corrientes de cierto océano. La primera observación de esta clase se había efectuado en la corriente de Kuroshio, en el Pacífico Norte... Se trataba de una suciedad desacostumbrada que flotaba hacia el noroeste y que se hacía menos visible a medida que se ensanchaba a lo largo del West Wind Drift, hasta que ya no era perceptible a simple vista.

-Se cogieron muestras y se enviaron para su examen, por supuesto, ¿y qué cree usted que resultó ser esa alteración de color, esa decoloración? -preguntó el doctor Matet.

Phyllis le miró, mostrando enorme expectación.

-Principalmente, limo radiolariano, pero con un apreciable porcentaje de limo diatomáceo.

-¡Qué cosa tan notable! -exclamó Phyllis, con seguridad en sí-. ¿Y qué cosa en el mundo produciría un resultado semejante?

-¡Ah! Ésa es la cuestión -respondió el doctor Matet-. Una perturbación en una escala tan notable... Sin embargo, en muestras tomadas al otro lado del océano, a lo largo de la costa de California, siempre hubo gran impregnación de ambos limos.

Y continuó, continuó, hasta que Phyllis consiguió, al fin, interrumpirle.

-Lo cual quiere decir que algo, no sólo fue, sino que aún es, que aún está allí abajo, ¿no?

-Sí, algo -respondió, de acuerdo con ella y mirándola fijamente. Luego, descendiendo rápidamente a la lengua vernácula, añadió:- Pero, para ser sincero con usted, solamente Dios sabe lo que es.

-Demasiada geografía -dijo Phyllis-, y demasiada oceanografía, y demasiada batiografía: demasiado de todas las «ografías». Afortunadamente, escapé de la ictiología.

-Cuéntame -dije.

Ella contó todo, con notas.

-Y me gustaría saber -concluyó- qué escritor sería capaz de hacer un relato con todo esto.



-¡Hum! -dije.

-No hay «¡hum!» que valga. Cualquier «ógrafo» daría una charla sobre esto para personas pasmadas y concienzudas; pero, aunque fuera inteligible, ¿dónde las conseguiría?

-Ésa es siempre la clave de la cuestión -observé-. Sin embargo, poco a poco van reuniéndose los trozos. Éste es otro trozo. De todas formas, tú, en realidad, no crees que volverás allá con ellos para completar tu relato, ¿verdad? ¿No te sugirió el doctor cómo podría encadenarse esto con el resto?

-No. Le dije que era muy extraño que todo pareciera haber sucedido últimamente en las partes más inaccesibles del océano, y unas cuantas cosas más por el estilo; pero no soltó prenda. Estuvo muy cauto. Creo que, en el fondo, lamentaba haberme concedido la entrevista; por eso se limitó a hechos comprobables. Nada halagador... por lo menos en la primera reunión. Admitió que podía comprometer su reputación de la misma forma que la había comprometido Bocker.

-Escucha -dije-: Bocker tiene que haberse enterado de todo eso tan pronto como cualquier otro. Debe tener sus puntos de vista sobre ello, y es muy probable que esté tratando de averiguar qué hacen ellos. Su selecta rueda de prensa, a la que nosotros asistimos, pudo ser muy bien una presentación. Podemos aprovecharnos de ello.

-Ten en cuenta que, después, se mostró muy esquivo -dijo Phyllis-. En realidad, nada tuvo de sorprendente. Sin embargo, nosotros no nos encontramos entre los que le atizaron públicamente... En verdad, fuimos muy objetivos.

-Echemos a suerte a ver quién de nosotros le telefonará -ofrecí.

-Le telefonaré yo.

Así, pues, me recliné en mi sillón y escuché cómo Phyllis se las componía para aclarar al teléfono que ella pertenecía a la E.B.C.

He de decir en favor de Bocker que, habiendo expuesto ampliamente una teoría, de la que se hizo solidario, no había retrocedido ni un paso cuando se dio cuenta de que era impopular. Al mismo tiempo, no quiso verse envuelto en controversias de mayor alcance. Hizo esta aclaración cuando nos reunimos con él.

Nos miró fijamente, con la cabeza ladeada, el mechón de pelo gris cayéndole ligeramente hacia adelante y las manos con los dedos entrecruzados. Asentía meditativo, y, a continuación, dijo:

-Ustedes necesitan de mí una teoría porque nada puede explicarles este fenómeno. Perfectamente: tendrán una. No creo que la acepten; pero si hacen algún empleo de ella, les ruego que lo hagan anónimamente. Cuando la gente acuda de nuevo a mí, yo estaré dispuesto; pero ahora prefiero que mi nombre no se haga público en ningún reportaje sensacional... ¿Está claro?

Asentimos. Estábamos acostumbrándonos a este deseo general hacia el anonimato.

-Lo que nosotros tratamos de hacer -explicó Phyllis- es colocar en su sitio todas las piezas de un rompecabezas. Si usted puede ayudarnos a poner en el lugar adecuado alguna de ellas, se lo agradeceríamos eternamente. Si, por otra parte, usted cree que no debemos dar publicidad a su nombre..., bueno, ése es asunto suyo.

-Exactamente. Bien. Ustedes ya conocen mi teoría sobre el origen de las inteligencias de las profundidades marinas; así, pues, no volveremos sobre el asunto. Nos enfrentaremos con el actual estado de cosas. Según mi opinión, ocurre lo siguiente: habiéndose asentado en el lugar más conveniente para ellos, estas criaturas creían que podrían desenvolverse en ese lugar de acuerdo con sus ideas sobre lo que constituye una conveniente, ordenada y eventualmente condición civilizada. Están, ¿comprende?, en la situación de..., bueno, no: *actualmente* son pioneros, colonialistas. Una vez que llegaron sanos y salvos, se asentaron, improvisando y explorando su nuevo territorio. Lo que tenemos que averiguar son los resultados de su incipiente trabajo en la tarea.

-¿Qué están haciendo? -pregunté.

Se encogió de hombros.

-¿Cómo sería posible decirlo? Pero, a juzgar por la forma en que los hemos recibido, hay que imaginarse que su primera labor será proveerse de alguna forma de defensa contra nosotros. Por

tal motivo, necesitan, presumiblemente, metales. Sugiero a ustedes, por mi parte, que en algún sitio de las profundidades de Mindanao Trench y también en alguna parte de las profundidades del sureste de Cocos-Keeling Basin, encontraríamos, si pudiéramos llegar hasta allí, que se están realizando excavaciones, en progreso actualmente.

Vislumbré la razón de su demanda de anonimato.

-Bueno, pero... ¿trabajar los metales en semejantes condiciones? -insinué.

-¿Cómo podemos adivinar la técnica que ellos desarrollan? Nosotros mismos estamos plagados de técnicos que hacen cosas que al principio pudieron parecer imposibles en una presión atmosférica de ocho kilogramos por centímetro cuadrado; también existen cosas inverosímiles que podemos hacer debajo del agua.

-Pero cuando la presión se mide por toneladas, la oscuridad es continua y... -empecé a decir, pero Phyllis me interrumpió con esa decisión que me obligaba a callar y a no discutir.

-Doctor Bocker, hace un instante indicó usted dos profundidades -dijo-. ¿Por qué lo hizo?

Se volvió hacia ella.

-Porque ésa me parece la única explicación razonable donde pueden incluirse ambas. Puede ser, como mister Holmes hizo observar una vez al ilustre tocayo de su marido, «un error capital teorizar antes que se tenga una fecha»; pero es un suicidio mental emponzoñar la fecha que uno tiene. No sé nada, no puedo imaginar nada que pueda producir el efecto de que el doctor Matet hablaba, excepto alguna máquina excesivamente potente para las continuas excavaciones.

-Pero -respondí con poca firmeza, porque ya estaba molesto y cansado de verme anulado por el fantasma de mister Holmes-, si están haciendo excavaciones, como usted sugiere, ¿por qué se debe la decoloración al limo y no a la arenilla?

-Bueno, en primer lugar habrán tenido que extraer gran cantidad de limo antes de alcanzar la piedra; inmensos depósitos, lo más verosímil. En segundo lugar, la densidad del limo es poco mayor que la del agua, mientras que la arenilla, por ser más pesada, se posaría durante mucho tiempo en el fondo antes de alcanzar, por muy fina que fuera, alguna porción cercana a la superficie.

Antes que pudiera proceder contra eso, Phyllis me cortó de nuevo.

-¿Qué hay respecto a otros lugares? -preguntó-. ¿Por qué mencionó usted solamente esos dos, doctor?

-No sé si en otros lugares habrá habido también excavaciones; pero sospecho que, por sus situaciones, pudieran tener otros propósitos.

-¿Cuáles? -preguntó rápidamente Phyllis, mirándole con expectación muy juvenil.

-Comunicaciones, sospecho. Por ejemplo, el área donde empezó a surgir la decoloración en el Atlántico ecuatorial, aunque a bastante profundidad, se une con el Romanche Trench. Es una especie de garganta a través de las montañas sumergidas del Atlántico Rígede. Ahora bien: cuando se considera el hecho de que forma el único enlace profundo entre el Atlántico este y el Atlántico oeste, parecen algo más que una coincidencia esas señales de actividad que aparecen allí. En efecto, ello me sugiere fuertemente que algo de abajo no está a gusto con el estado natural de ese Trench. Es absolutamente verosímil que esté bloqueado en algunos sitios a causa de derrumbamientos de piedras. Puede ser que, en algunos lugares, sea estrecho y difícil; y es casi seguro de que, si existiera propósito de utilizarlo, fuera conveniente limpiarlo del limo depositado sólidamente abajo. *No lo sé*, claro está; pero el hecho de que algo está afinándose, sin duda alguna, en ese estratégico Trench, me conduce a pensar que, indudablemente, lo que está allá abajo se halla dispuesto a perfeccionar sus métodos para poder moverse en las profundidades..., de la misma forma que nosotros hemos perfeccionado los nuestros para movernos sobre la superficie.

Hubo una pausa mientras meditábamos sobre ello y sus implicaciones. Phyllis habló la primera.

-Bueno..., ¿y el otro lugar de que usted habló primero..., el del Caribe..., el que está al oeste de Guatemala?

El doctor Bocker nos ofreció cigarrillos, encendiendo el suyo.

-Bueno -respondió reclinándose en un sillón-, ¿no creen ustedes posible que un túnel que

comunicara las profundidades de ambos lados del istmo ofrecería a un ser de las profundidades ventajas casi idénticas a las obtenidas por nosotros de la existencia del canal de Panamá?

La gente puede decir lo que guste de Bocker; pero nunca puede pretender, verídicamente, que el alcance de sus ideas sea mediano o nulo. Es más: nadie ha demostrado hasta ahora que esté equivocado. Su principal defecto está en que él, corrientemente, exponía unos hechos tan amplios y tan poco digeribles que se le quedaban a uno atragantados en el gañote... hasta en el mío, y eso que yo podría calificarme como hombre de enormes tragaderas. Esto tuvo, no obstante, una reflexión subsiguiente. En el clima de la entrevista, yo estuve ocupado principalmente en tratar de convencerme de que él quería decir, realmente, lo que decía, no encontrando más que mi propia resistencia para sugerir lo contrario.

Antes de marcharnos, nos dijo otra cosa que también nos dio que pensar.

-Puesto que ustedes están al tanto del asunto, ¿habrán oído hablar de que desaparecieron dos bombas atómicas?

Le contesté que sí.

-¿Y han oído hablar también de que ayer hubo una explosión atómica inesperada?

-No. ¿Fue una de ellas? -preguntó Phyllis.

-Así quisiera creerlo..., porque me molestaría mucho tener que pensar que pudiera ser otra cualquiera -contestó-. Pero lo extraño es que, a pesar de que una de ellas se perdió en las islas Aleutianas y la otra en el proceso de dar otra sacudida a las aguas del Mindanao Trench, la explosión tuvo lugar no lejos de Guam..., a más de dos mil kilómetros de Mindanao.

## FASE 2

A la mañana siguiente hicimos una salida temprana. El coche, completamente cargado, había permanecido fuera toda la noche, y nosotros nos marchamos pocos minutos después de las cinco, con la intención de salvar el mayor número posible de kilómetros desde la región meridional inglesa antes que las carreteras se hiciesen intransitables. Había una distancia de quinientos veinte coma ocho kilómetros (cuando no «coma nueve» o «coma siete») hasta la puerta del chalé que Phyllis había comprado con el pequeño legado que le había dejado como herencia su tía Helen.

Yo era partidario de haber comprado un chalé a más de mil kilómetros de Londres; pero era a la tía de Phyllis a quien iba a conmemorarse con lo que ahora era el dinero de Phyllis. Así, pues, nos convertimos en propietarios de Rose Cottage, Penllyn, Nr. Constantine, Cornwall, teléfono número Navasgan 333. Era un chalé con cinco habitaciones, de piedra gris, situado en la ladera de una colina llena de brezos, azotado por el viento del sudeste, con el tejado del más puro estilo Cornish. Por delante de nosotros veíamos deslizarse el río Heldord, y más allá, hacia el Lizard, veíamos por las noches las luces del faro. A la izquierda, se divisaba un panorama costero que se extendía al otro lado de la bahía de Falmouth, y si recorriamos unos cien metros hacia adelante y nos situábamos en la ladera del cerro que nos protegía de los vientos del sudoeste, podíamos ver, a través de la bahía de Mount, hasta las islas Scillus, y, más allá, el infinito Atlántico. Falmouth, doce kilómetros; Helston, diecisiete kilómetros; elevación novecientos noventa y seis metros sobre el nivel del mar.

Lo utilizábamos como una especie de refugio. Cuando teníamos entre manos bastantes asuntos que resolver e ideas que interpretar, íbamos allí por una temporada. Regularmente, unas cuantas semanas, durante las cuales no dábamos reposo a la pluma ni a la máquina de escribir; pero todo lo hacíamos con agrado y sin que nadie nos perturbara. Luego, regresábamos a Londres por cierto tiempo, realizábamos nuestras compras, visitábamos a nuestros amigos, recogíamos nuestro trabajo y, cuando ya habíamos acumulado una buena tarea, volvíamos al chalé a emprender de nuevo nuestra labor, o bien solamente con el propósito de concedernos unas vacaciones.

Aquella mañana realicé el recorrido en un buen espacio de tiempo. No eran más de las ocho y media cuando separé de mi hombro la cabeza de Phyllis y la desperté anunciándole:

-El desayuno, querida.

Sin estar aún despierta del todo, la dejé para ir a comprar unos periódicos. Cuando regresé, ya

estaba levantada y había empezado a preparar el desayuno. Tenía casi hecha la papilla. Le entregué su periódico y yo me puse a leer el mío. La primera página de ambos diarios estaba ocupada por un título en grandes caracteres que anunciaba un desastre marítimo. Que esto fuera así, cuando se trataba de un barco japonés, sugería que había pocas noticias de otra clase.

Eché una ojeada al artículo que se insertaba debajo de la fotografía del barco hundido. De él deduje que el mercante japonés *Yatsushiro*, que hace el recorrido de Nagasaki a Amboina, en las Molucas, se había hundido. De las setecientas personas que iban a bordo, solamente se habían encontrado cinco.

Sin embargo, antes que yo terminara de leer esta noticia, Phyllis me interrumpió con una exclamación. La miré. Su periódico no insertaba la fotografía del barco; en cambio, publicaba un pequeño gráfico de la zona donde había ocurrido el hundimiento, y ella miraba con ansiedad, intentando descifrarlo, el sitio marcado con una X.

-¿Qué pasa? -pregunté.

Phyllis puso el dedo sobre el mapa.

-Hablando de memoria, y suponiendo siempre que la cruz haya sido puesta por alguien que sabe lo que se hace -dijo-, ¿no está situado el escenario de este hundimiento muy próximo a nuestro viejo amigo el Mindanao Trench?

Observé el gráfico, tratando de recordar la configuración de aquella parte del océano.

-No puede estar muy lejos -convine.

Volví a mi periódico y leí el relato con más detenimiento ahora.

«Mujeres -al parecer- gritaban cuando...»

«Mujeres sacadas de sus camarotes durante la noche.»

«Mujeres, con los ojos desorbitados por el terror, agarradas a sus hijos...»

«Mujeres...» «Mujeres» cuando «la muerte ataca en silencio al dormido barco.»

Cuando se hubo barrido toda esta jerigonza femenil y se puso a un lado todo el repertorio de frases apropiadas para catástrofes marinas de la Oficina de Londres, quedó al descubierto el esqueleto de un escueto mensaje de agencia..., tan escueto que, por un instante, me pregunté por qué dos periódicos de categoría habían decidido ampliarlo excesivamente, cuando pudo darse en pocas líneas. Luego, percibí el verdadero ángulo misterioso que permanecía sumergido entre la dramática fonética: era que el *Yatsushiro* se había hundido como una piedra, sin dar la voz de alarma y sin que se supiera la razón.

Más adelante conseguí proporcionarme una copia de ese mensaje, encontrando su rigidez mucho más alarmante y dramática que lo de «mujeres sacadas de sus camarotes durante la noche». No hubo mucho tiempo para eso, no. Después de dar noticias particulares sobre la hora, el lugar, etc., el mensaje concluía lacónicamente:

«...tiempo espléndido; sin choque, sin explosión; causas desconocidas. Menos de un minuto de alarma antes de hundirse. Propietarios declaran ignorancia absoluta».

Así, pues, no pudo haber muchos gritos en la noche. Esas infortunadas japonesas, y también los japoneses, tuvieron tiempo de despertarse y, acaso también, algún tiempo de preguntarse qué pasaba, aún aturdidas por el sueño; pero inmediatamente el agua los inundó: no hubo gritos, sólo unas cuantas burbujas mientras se hundían, se hundían, se hundían, encerrados en su ataúd de diecinueve mil toneladas.

Cuando terminé la lectura, levanté la vista. Phyllis estaba mirándome, con la barbilla apoyada en la mano, a través de la mesa donde desayunábamos. Durante un rato, ninguno de los dos hablamos. Luego, ella dijo:

-Dice aquí: «...en una de las partes más profundas del océano Pacífico». ¿Crees tú Mike, que *esto* pudo suceder tan pronto?

Dudé.

-Es difícil decirlo. Evidentemente, este mensaje es tan sintético... Si eso duró, en realidad, un minuto solo... No, suspendo todo juicio, Phyllis. Mañana veremos *The Times* y averiguaremos lo que sucedió en realidad..., si es que alguien lo sabe.

Montamos en el coche, tardando mucho tiempo en llegar porque las carreteras estaban llenas;

nos detuvimos a comer, como de costumbre, en el pequeño hotel de Dartmoor, y, al fin, llegamos a última hora de la tarde... Esta vez, quinientos treinta y siete coma seis. Teníamos hambre y sueño otra vez, y aunque yo procuré recordar, cuando telefoneé a Londres, que me enviaran los recortes sobre el hundimiento, la catástrofe del *Yatsushiro*, en la otra parte del mundo, parecía tan lejos de interesar a los dueños de un pequeño chalé gris de Cornwall como la pérdida del *Titanio*.

Al día siguiente, *The Times* publicó la catástrofe con suma cautela, dando la sensación de que los redactores no querían excederse para que, en cierto modo, no se alarmaran sus lectores. No ocurrió lo mismo con la primera colección de recortes que llegó a nuestro poder a la tarde siguiente. Los pusimos entre nosotros y los estudiamos con detenimiento. Los datos eran evidentemente escasos, y los comentarios curiosamente similares.

-Todo posee una fuerte dosis de aturullamiento -dije cuando terminamos de examinarlos-. Y nada puede sorprendernos al ver el espanto que producirían las breves voces de alarma.

Phyllis dijo con frialdad:

-Mike, esto no es un juego, ¿verdad? Después de todo, se ha hundido un barco grande y se han ahogado setecientos infelices. Es algo terrible. Anoche soñé que yo estaba encerrada en uno de esos pequeños camarotes cuando el agua penetró impetuosamente en ellos.

-Ayer... -empecé a decir, pero me callé.

Había estado a punto de decir que Phyllis había vertido una olla de agua hirviendo sobre un agujero con el fin de matar a más de setecientas hormigas, pero lo pensé mejor.

-Ayer -corregí- murieron muchas personas en accidente de carretera, y muchas más morirán hoy.

-No comprendo qué tiene eso que ver con lo que estamos tratando -me respondió.

Tenía razón. No era una corrección muy aceptable, pero no hubiera sido momento oportuno de hablar de una amenaza, de las hormigas, en la que solamente nosotros podíamos creer.

-Nosotros nos hemos acostumbrado -dije- a la idea de que la mejor forma de morir es en la cama... y a una edad aceptable. Y es una equivocación. Normalmente, la muerte para toda criatura humana llega de pronto. La...

Pero tampoco era eso lo que había que decir. Phyllis se alejó, caminando con esos pasitos breves que ella empleaba y afianzando los tacones.

Yo me sentía incómodo, molesto también; pero, en el fondo, me daba lo mismo.

Más tarde la encontré mirando por la ventana del cuarto de estar. Desde donde ella estaba se veía un panorama de mar azul que se extendía hasta el horizonte.

-Mike -me dijo-, siento lo de esta mañana. Ese asunto..., lo del barco que se hundió de forma tan rara..., me sacó de quicio. Hasta ahora, todo esto no ha sido más que un juego de adivinanzas, un rompecabezas. Fue espantoso que se perdiera el batiscoPIO de los infelices Weismann y Trant, así como la pérdida de los navios de la Armada. Pero esto, que un gran barco mercante, lleno de hombres, mujeres y niños vulgares y sencillos, dormidos tranquilamente, sea hundido en pocos segundos, en mitad de la noche..., bueno..., parece ponerse repentinamente en una categoría diferente. De cualquier forma, es algo de *clase* distinta, en cierto modo. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? La tripulación de los navios de la Armada está formada por hombres que siempre están en peligro al realizar su trabajo... Pero estas personas que iban en el mercante no tenían nada que ver con el asunto. Eso me produce la impresión de que las cosas que, hipotéticamente, trabajan en las profundidades, cosas en las que apenas creía, pero que ahora hacen acto de presencia bruscamente, se han convertido en horrible realidad. No me gusta eso, Mike. De pronto he comenzado a tener miedo, y no sé realmente por qué.

Me acerqué a ella y la abracé.

-Sé lo que quieres decir -dije-. Creo que es parte de ello. No hay que dejar que la cosa nos abrume.

Ella volvió la cabeza.

-¿Parte de qué? -preguntó, extrañada.

-Parte del proceso que estamos viviendo: la reacción instintiva. La idea de una inteligencia demente es intolerable para nosotros. *Tenemos* que odiarla y temerla. No podemos evitarlo.

Nuestra propia inteligencia, cuando se sale un poco de sus carriles por haber bebido o por cualquier otra cosa anormal, nos alarma no muy racionalmente.

-¿Quieres decir que yo no hubiera sentido de la misma forma si *eso* hubiera sido realizado por..., bueno..., por los chinos... o alguien?

-¿Crees tú que hubieras sentido lo mismo?

-Pues... no..., no estoy segura.

-Bueno. Respecto a mí, he de decirte que hubiera rugido de indignación. Si supiera que alguien estaba actuando debajo del agua, procuraría por todos los medios echar una mirada para ver quién, cómo y por qué lo hacía, para enfocarme. Así como así, sólo tengo la nebulosa impresión, si realmente quieres saberlo, de quién, ninguna idea del cómo y experimento la sensación de que el porqué me produce frío interior.

Me apretó la mano.

-Me alegra saber eso, Mike. Me sentía muy sola esta mañana.

-Mi irisación protectora no intenta engañarte, querida. Intenta engañarme a mí.

Ella meditó.

-Debo recordar eso -dijo con un aire de extensiva implicación que no estoy seguro de haber comprendido completamente aún.

Pasamos un mes agradable, dedicados a nuestro trabajo... Phyllis, en investigar algo que aún no se había dicho sobre Beckford de Fonthill; yo, en la ocupación literaria menor de redactar una serie sobre los amores de los personajes reales, que se titularía provisionalmente *El corazón de los reyes o Cupido se pone una corona*.

El mundo exterior se introdujo poco en nuestras vidas. Phyllis terminó el guión sobre Beckford y dos más, y volvió a coger los hilos de la trama de una novela que parecía estar condenada a no acabarse nunca. Yo continuaba con mi tarea de procurar que los vividos amores reales estuvieran libres de toda contaminación política; en los intervalos escribí algunos artículos para desintoxicarme y despejar un poco el ambiente. Los días que creíamos demasiado buenos para malgastarlos, bajábamos a la playa y nos bañábamos, o bien organizábamos alguna excursión en barca. Los periódicos olvidaron pronto lo del *Yatsushiro*. El fono del mar y todas las especulaciones a que dio lugar parecían haber caído en el olvido.

Un miércoles por la noche, la radio, en el boletín de las nueve, anunció que el *Queen Anne* se había perdido en alta mar...

El informe era muy breve. Simplemente el hecho, seguido de:

-«Todavía no tenemos detalles del suceso, pero es de temer que las pérdidas sean cuantiosas».

Hubo una pausa de quince segundos; a continuación, la voz del locutor resumió:

-«El *Queen Anne*, uno de los barcos más rápidos que surcaban el Atlántico, desplazaba noventa mil toneladas. Fue construido...»

Me acerqué a la radio y la apagué. Nos sentamos, mirándonos uno a otro. Las lágrimas asomaron a los ojos de Phyllis. La punta de su lengua apareció para mojarse los labios.

-¡El *Queen Anne*!... ¡Oh Dios! -exclamó.

Buscó un pañuelo.

-¡Oh Mike! ¡Un barco tan magnífico!...

Me puse en pie, crucé la habitación y me senté a su lado. En aquel momento, ella estaba viendo sencillamente el barco como lo habíamos visto la última vez, zarpando del puerto de Southampton. Una creación que había sido, en cierto modo, una obra de arte y una cosa viva, brillante y hermosa a los rayos del sol, navegando serenamente hacia alta mar, dejando tras de sí un surco de blancas espumas. Pero yo conocía a mi esposa bastante bien para comprender que, dentro de unos minutos, estaría a bordo, comiendo en el fabuloso restaurante, o bailando en el salón de baile, o subiendo a una de las cubiertas para observar su hundimiento y experimentando todo lo que ellos debieron de experimentar. Puse ambos brazos alrededor de su cuello y la atraje hacia mí.

Doy gracias al cielo de que mi imaginación sea más prosaica y de que mi corazón no se enterezca con tanta facilidad.

Media hora después sonó el teléfono. Contesté yo, y con cierta sorpresa reconocí la voz.

-¡Oh! Hola, Freddy. ¿Qué pasa? -pregunté, porque nunca hubiera esperado recibir una llamada telefónica del director de programación de la E.B.C. a las nueve y media de la noche.

-Tenía miedo de que no estuviera. ¿Escuchó las noticias? -Sí.

-Bueno. Necesitamos de usted algo sobre esta amenaza del fondo del mar, y lo necesitamos rápidamente. Un relato de media hora.

-Pero..., escuche..., lo último que me dijeron ustedes fue que permaneciera apartado de...

-Todo ha cambiado. Es un *deber*, Mike. No tiene por qué mostrarse demasiado sensacional; lo que queremos es que *sea* convincente, ¿comprende? Hay que hacerles creer que existe realmente algo allá abajo.

-Escuche, Freddy: si esto es una broma de mal gusto...

-No lo es. Se trata de una comisión urgente.

-Eso está muy bien; pero, durante todo un año, he estado considerado como un loco que posee la manía de exponer una teoría insensata. Y ahora, de pronto, me telefona usted a una hora inusitada, como podría hacerlo un mozalbete que, en una juerga, hubiese hecho una apuesta alocada, para decirme que...

-Yo no estoy en una juerga. Estoy en mi despacho, y seguramente estaré en él toda la noche.

-Sería preferible que se explicara mejor -le dije.

-Ocurre lo siguiente: corre el rumor, que a mí me parece exagerado, de que lo hicieron los rusos. Alguien insinuó eso a los pocos minutos de que la noticia estuviese en el espacio. Sólo Dios sabe por qué demonios había de pensarse que ellos necesitarían emplear algo así; pero ya sabe usted cómo ocurre eso cuando las personas están emocionalmente exaltadas: se lo tragan todo de golpe. Mi propia opinión es que los condenados locos están tratando de coger la ocasión por los pelos. De cualquier forma, hay que parar el golpe. Hay que ejercer toda la presión posible para evitar que el gobierno actúe, bien mandándoles un ultimátum o algo por el estilo. Así, pues, al objeto de parar el golpe, no existe otro camino sino utilizar su relato sobre la amenaza en las profundidades del mar. Los periódicos de mañana lo publicarán; el Almirantazgo actuará; nosotros tenemos ya varios nombres de prestigiosos científicos; el boletín de la B.B.C. y el nuestro harán toda la fuerza posible para detener el rodar de la bola; las mallas americanas han comenzado a actuar ya, y algunas de sus ediciones vespertinas están ya en la calle. Así, pues, si usted quiere contribuir a que se evite el lanzamiento de las bombas atómicas, ponga manos a la obra.

Colgué y me volví a Phyllis:

-Cariño, tenemos trabajo.

A la mañana siguiente, de común acuerdo, decidimos regresar a Londres. Lo primero que hicimos al llegar a nuestro piso fue conectar la radio. Llegamos a tiempo de oír la noticia del hundimiento del porta-aviones *Meritorious* y del transatlántico *Carib Princess*.

El *Meritorias* fue hundido en el Atlántico medio a mil seiscientos kilómetros al sudoeste de la isla de Cabo Verde; el *Carib Princess*, a no menos de cuarenta kilómetros de Santiago de Cuba. Ambos hundimientos fueron cuestión de dos o tres minutos, y de cada uno de ellos hubo escasos supervivientes. Es difícil decir quiénes fueron los más perjudicados: si los británicos, por la pérdida de una recién estrenada unidad de la Marina de guerra, o los norteamericanos, por la pérdida de uno de sus mejores transatlánticos, cargado de riquezas y cosas bellas. Ambos estaban, en cierto modo, aturdidos ya por la pérdida del *Queen Anne*, porque entre los grandes corredores atlánticos existía la comunidad de orgullo. Ahora, el lenguaje de disgusto difería; pero ambos mostraban las características de un hombre que ha sido golpeado por la espalda en mitad de un grupo y está mirando en torno suyo, con ambos puños apretados, dispuesto para golpear a alguien.

La reacción norteamericana parecía menos extremada porque, a pesar del violento nerviosismo de los rusos que existía allí, muchos encontraban la idea de la amenaza de las profundidades más fácil de aceptar que los británicos, y se levantaba un clamor por acciones enérgicas y decisivas, dando primacía a un clamor similar en el país. Los norteamericanos decidieron, pues, aceptar la

fórmula condicionadora de las bombas de profundidad en el Cayman Trench, muy próximo al lugar donde había desaparecido el *Carib Princess*... Apenas podían esperar cualquier resultado decisivo del desacertado bombardeo de una profundidad de cien kilómetros de ancho por ochocientos de largo.

El hecho fue publicado con gran resonancia a ambos lados del Atlántico. Los ciudadanos norteamericanos se mostraban orgullosos de que sus fuerzas fueran las primeras en tomar represalias; los ciudadanos británicos, aunque disimuladamente mostraban su disgusto por haber sido preteridos cuando la pérdida reciente de dos grandes navios podría haberles dado el mayor incentivo para una acción demoledora, decidieron aplaudir con fuerza el hecho, como una expresión de reproche hacia sus gobernantes. La flotilla de diez navios, comisionada para la tarea, era portadora, según se informó, de un número de bombas H.E., especialmente designadas para grandes profundidades, así como de dos bombas atómicas. Zarparon de Chesapeake Bay en medio de una aclamación que ahogó por completo la ruidosa protesta de Cuba por la propagación de bombas atómicas a dos pasos de sus costas.

Nadie de cuantos oyeron la radio de uno de los navios cuando la fuerza naval se acercaba al lugar elegido olvidará nunca lo que siguió. La voz del locutor, interrumpiéndose repentinamente en mitad de la descripción del escenario, anunció agudamente:

-«Algo parece estar... ¡Dios mío! ¡Ha estallado!...»

Y el estampido de la explosión. El locutor tartamudeó incoherente; luego, se oyó el segundo estampido. Un griterío, un ruido de confusión y de voces, un resonar de campanas, y otra vez la voz del locutor, respirando entrecortadamente, sonando insegura, hablando rápido:

-«La explosión que ustedes oyeron..., la primera..., fue la del destructor *Cavor*... Ha desaparecido por completo... La segunda explosión fue la de la fragata *Redwood*, que también ha desaparecido. La *Redwood* llevaba una de nuestras bombas atómicas. Se ha hundido con ella. Estaba construida para estallar a presión, a diez kilómetros de profundidad...»

Hubo un silencio.

-«Los otros ocho navios de la flotilla se han dispersado a gran velocidad, alejándose del área peligrosa. Tardaremos algunos minutos en aclarar las cosas. No sé cuántos. Aquí nadie puede decírmelo. Creemos que pocos minutos. Cada navio a la vista del área está utilizando toda su potencia para alejarse del área donde ha desaparecido la bomba atómica. La cubierta se estremece debajo de nosotros. Vamos a enorme velocidad... Todo el mundo mira hacia atrás, hacia el lugar donde el *Redwood* se ha hundido... ¡Eh!... ¿Aquí nadie sabe cuánto tardará eso en hundirse diez kilómetros?... ¡Demonios! *Alguien debe* saberlo... Nosotros estamos alejándonos, alejándonos cuanto podemos... Los otros navios, también... Huimos a toda presión de nuestras calderas... ¿Nadie sabe cuál es el área del principal hundimiento?... ¡Por Júpiter! ¿Nadie sabe nada de lo que sucede en estos alrededores? Continuamos alejándonos, alejándonos... Me gustaría saber cuánto tiempo... Tal vez..., quizá... Más deprisa, ahora vamos más deprisa, por todos los santos. Hace cinco minutos ya que se hundió el *Redwood*... ¿Qué profundidad puede haber alcanzado en cinco minutos?... ¡Dios mío!...¿Cuánto tiempo tardará ese condenado en hundirse?... Aún continúa..., y aún continuamos alejándonos... Seguramente nos hallamos ya más allá del área peligrosa... Ahora debe de haber una oportunidad... Estamos manteniéndonos... Aún nos alejamos... Todavía navegamos a buena velocidad... Todo el mundo mira hacia popa. Todo el mundo está vigilante y atento... Y continuamos alejándonos... ¿Cómo puede una cosa estar hundiéndose todo este tiempo?... Pero, gracias a Dios, así es... Ahora pasa ya de los siete minutos... Nada aún... Continuamos alejándonos... Y los otros navios también, con grandes olas blancas detrás de ellos. Nos alejamos más... Tal vez esté equivocado... Quizá el fondo no sea aquí de diez kilómetros... ¿Por qué nadie puede decirnos cuánto tiempo tardará...? Algunos de los otros navios continúan alejándose... y nosotros también... Ahora debe de haber una probabilidad de... Adivino que, en este momento, tenemos realmente una probabilidad... Todo el mundo continúa por po... ¡Oh Dios! El mar entero está...»

Y quedó cortada la emisión.

Pero el locutor de esa radio sobrevivió. Su barco y otros cinco de la flotilla de los diez



consiguieron escapar, con un poco de radiactividad, pero, al fin, sanos y salvos. Y yo me di cuenta de que lo primero que recibió cuando hizo su informe, ya de regreso a su oficina después del tratamiento, fue una mayúscula reprimenda por el empleo del lenguaje supercoloquial que había ofendido a un número de oyentes por su desatención al Tercer Mando.

Ése fue el día en que se acabaron las discusiones y se hizo innecesaria la propaganda. Dos de los cuatro barcos perdidos en el desastre del Cayman Trench habían sucumbido a la bomba; pero el fin de los otros dos había ocurrido en medio de un deslumbramiento de publicidad que venció a los escépticos y a los cautos también. Al final quedó establecido, sin ningún género de dudas, que existía algo..., algo altamente peligroso también..., allá abajo, en las profundidades.

Era tal la ola de alarmante convencimiento que se extendió rápidamente por el mundo, que hasta los rusos vencieron suficientemente su reserva nacional para admitir que habían perdido un gran fletador y un navio de guerra no especificado, ambos en aguas de las Kuriles, y otro navio de observación al este de Kamchatka. A consecuencia de esto, dijeron que estaban dispuestos a cooperar con las otras potencias para acabar con la amenaza que ponía en peligro la paz mundial. Al día siguiente, el gobierno británico propuso que se celebrara en Londres una Conferencia naval internacional para examinar los aspectos preliminares del problema. La inclinación de algunos de estos invitados a sutilizar acerca del local no prosperó, debido a la contraria disposición del ánimo del público. La Conferencia se reunió en Westminster a los tres días de su anuncio, y, en lo que a Inglaterra se refería, no era demasiado pronto. Durante esos tres días se cancelaron totalmente los pasajes en barco; las compañías aéreas se vieron abrumadas de peticiones, viéndose forzadas a hacer listas de prioridad, y el gobierno tuvo que tasar la venta de carburantes de todas las clases, imponiendo un sistema de racionamiento para servicios esenciales.

El día antes de la apertura de la Conferencia, Phyllis y yo nos reunimos a comer.

-Deberías haber visto Oxford Street -dijo ella-. Se habla de pánico en las compras. Sobre todo, del algodón. Todo se está vendiendo a doble precio, y se están sacando los ojos por cosas que la última semana no tenían valor alguno.

-Por lo que me dijeron en la City -le respondí-, eso es bueno. Así se tiene el control de las líneas de navegación por pocos chelines; pero no se puede comprar nada de los artículos que llegan de fuera por barco. Ni el acero, ni el caucho, ni los plásticos... Lo único que parece que no sube es la cerveza.

-Vi a un hombre y a una mujer, en Piccadilly, cargando dos sacos de café en un Rolls. Y allí había...

Se interrumpió de repente, como si lo que ya había estado diciendo acabase de fijarse en su mente.

-¿Te desprendiste de la parte que tía Mary te dejó de las plantaciones jamaicanas? -inquirió, con la expresión que ella adopta cuando hace las cuentas de los gastos mensuales.

-Hace ya tiempo -dije tranquilizándola-. Cosa extraña: todo lo invertí en acciones de fábricas de aeroplanos y de plásticos.

Asintió aprobadora con la cabeza, como si la inversión la hubiese efectuado ella. Luego se le ocurrió otra cosa.

-¿Qué hay de las entradas para la conferencia de Prensa de mañana? -preguntó.

-Que *no hay* para la conferencia propiamente dicha -respondí-. Habrá un informe más tarde.

Me miró.

-¿*Que no hay?* ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo esperan que hagamos nuestro trabajo?

Cuando Phyllis decía «nuestro trabajo», las palabras no se relacionaban exactamente con lo que hubieran significado algunos días antes. En cierto modo, el trabajo cambiaba de calidad bajo nuestros pies. La tarea de convencer al público de la realidad de la amenaza invisible e indescriptible, habíase convertido de repente en la tarea de mantener viva la moral frente a una amenaza que ahora aceptaban todos hasta llegar al pánico. La E.B.C. había puesto en antena un espacio titulado *News-Parade*, en el que nosotros aparecíamos interpretando el papel de dos corresponsales oceánicos especiales, sin que supiéramos exactamente cómo había ocurrido eso.

En realidad, Phyllis nunca había pertenecido al cuadro informativo de la E.B.C. y yo, técnicamente, había dejado de pertenecer a ella cuando cesé, oficialmente, para abrir un despacho dos años antes aproximadamente. Nadie, sin embargo, parecía estar al tanto de esto, excepto el departamento de contabilidad, que ahora nos pagaba por espacios en lugar de por meses. De todas formas, no hubiera habido mucha liberalidad en nuestras asignaciones si no hubiésemos estado tan próximos a las fuentes de dotaciones oficiales. Phyllis continuaba mascullando por lo bajo cuando la dejé para regresar al despacho que, oficialmente, no tenía en la E.B.C.

Durante los días siguientes, interpretamos lo mejor que supimos nuestro papel de inculcar la idea de manos firmes sobre el volante y la de los individuos que habían producido el radar y otras maravillas, asintiendo confiadamente y diciendo, en efecto: «Seguro. Denos sólo unos cuantos días para pensar y construiremos algo que afirmará este lote».

Había un sentimiento satisfactorio en que esta confianza fuese restablecida gradualmente.

Tal vez, el principal factor estabilizador surgiese, no obstante, de una diferencia de opiniones que se manifestó en una de las comisiones técnicas.

Se había conseguido el acuerdo general de que un arma semejante al torpedo, designada para dar escolta sumergida a un navio, podría desenvolverse provechosamente a fin de oponerse a la supuesta mina en forma de ataque. Se aprobó la moción de que se proporcionaría toda la información necesaria para ayudar al desenvolvimiento de tal arma.

Los delegados rusos objetaron. En cualquier caso, el control a distancia de los *missiles*, indicaron, era un invento ruso, naturalmente. Más aún: los científicos rusos, celosos en su lucha por la paz, habían desarrollado ya tal control a un grado muy superior con anterioridad al conseguido por la ciencia capitalista occidental. Apenas podía esperarse que los soviets hicieran obsequio de sus descubrimientos a los inductores de guerras.

El interlocutor occidental replicó que, con respecto a la intensidad de la lucha por la paz y el fervor con que se llevaba a cabo en todos los departamentos de la ciencia soviética, excepto, por supuesto, en el biológico, Occidente recordaría a los soviets que ésta era una Conferencia de pueblos enfrentados con un peligro común y resueltos a unirse estrechamente para conseguir una cooperación eficaz.

El jefe ruso respondió francamente que él dudaba de que si en el Occidente se hubiese conseguido un medio de controlar un *missil* sumergido por radio, tal como había sido inventado por los ingenieros rusos, se preocuparían de compartir tal conocimiento con el pueblo ruso.

El interlocutor occidental aseguró al representante soviético que, puesto que Occidente había convocado la Conferencia con el propósito de cooperación, el control que mencionaba el delegado soviético se establecería tal y como él indicaba.

Tras una consulta precipitada, el delegado ruso anunció que aunque él creía que tal pretensión era cierta, sabía también que tal hecho tendría efecto a través del hurto de la labor de los científicos rusos por los asalariados capitalistas. Y puesto que ni los informes ni la admisión de un eficaz espionaje mostraban ese desinterés en la ventaja nacional que la Conferencia había propagado, a su delegación no le quedaba otra alternativa que la de retirarse.

Esta acción, con sus alentadores toques de normalidad, ejerció una valiosa influencia tranquilizadora.

En medio de amplia satisfacción y resucitada confianza, la voz de Bocker, disintiendo, se alzó casi solitaria.

Proclamó que era tarde, pero que aún podía no ser demasiado, para realizar un último intento hacia un acercamiento pacífico a las fuentes de perturbación. Ellos habían demostrado ya que poseían una tecnología igual, si no superior, a la nuestra. En un tiempo alarmantemente breve, ellos habían sido capaces no sólo de establecerse, sino de realizar los medios de llevar a cabo una acción efectiva para su defensa. Frente a tal principio, estaba justificado considerar sus poderes con respeto y, por parte suya, con aprensión.

Las muy diferentes circunstancias que ellos requerían hacía parecer increíble que los intereses humanos y los de esas inteligencias xenobóticas necesitasen acomodarse seriamente. Antes que

fuera demasiado tarde, deberían realizarse los máximos esfuerzos para establecer contacto con ellos, con el fin de promover un estado de compromiso que consintiera a ambas partes vivir pacíficamente en sus separadas esferas.

Seguramente, ésta era una sugerencia muy sensible..., aunque era un asunto diferente que el intento diera alguna vez el resultado deseado. Aunque no existía resolución de compromiso de ninguna clase, no obstante, la única prueba de que su apelación había sido escuchada fue que empezaron a utilizarse en la prensa las palabras «xenobático», «xenóbato» y su diminutivo «bato».

-Más honrado en el diccionario que en el acatamiento -observó Bocker con cierta amargura-. Pero si en lo que están interesados es en las palabras griegas, hay muchas otras; por ejemplo, Casandra.

Ahogando las palabras de Bocker, pero con un significado que no se reconoció inmediatamente, llegaron las primeras noticias de Saphira y, luego, de April Island.

Saphira, isla brasileña del Atlántico, está situada un poco al sur del ecuador y algo así como a setecientos kilómetros al sudeste de la isla, mucho mayor, de Fernando de Noronha. En este lugar aislado vive en condiciones primitivas una población compuesta de cien habitantes aproximadamente, mantenidos por sus propios esfuerzos, contentos de seguir sus propios derroteros y muy poco interesados por lo que ocurre en el resto del mundo. Se rumorea que los primitivos habitantes de la isla constituían un pequeño grupo que, llegado allí tras el naufragio de un buque en pleno siglo XVIII, hubo de permanecer forzosamente en el lugar. Cuando pasó el tiempo, descubrieron que se habían acomodado a la vida de la isla y que se habían convertido en unos nativos interesantes. Al correr de los años, y sin saber ni preocuparse en absoluto de ello, dejaron de ser portugueses y se transformaron técnicamente en ciudadanos brasileños, y su conexión con su nuevo país materno se mantenía por medio de un barco que, cada seis meses, hacía escala allí para el cambio de productos.

Normalmente, el barco visitante no tenía más que tocar sus sirenas para que los saphiros salieran corriendo de sus cabañas y bajasen al diminuto muelle, donde tenían amarradas sus barcasas de pesca, y formar con ellas una pequeña comisión receptora que incluía a casi toda la población. En esta ocasión, sin embargo, la sirena tocó inútilmente, invadiendo con sus sonos la pequeña bahía: las gaviotas acudieron en bandadas, pero no apareció ningún saphirano en la puerta de su cabaña. El barco repitió el toque de sirena...

La costa de Saphira es escarpada. El barco no puede acercarse a menos de un cable de longitud del muelle; pero no se veía a nadie..., no, y lo que aún infundía más asombro era que no se veía traza alguna de humo en las chimeneas de las cabañas.

Se lanzaron al agua una lancha y un grupo, al mando del contra maestre, y navegaron hasta el muelle. Cuando llegaron a la costa, desembarcaron y subieron los peldaños de piedra hasta el pequeño muelle. Allí permanecieron agrupados, escuchando, sin salir de su asombro. No se oía ningún ruido, a excepción de los chillidos de las gaviotas y el golpear del agua contra la costa.

-Deben de haberse marchado todos. No están sus barcasas -dijo uno de los marineros, inquieto.

-¡Hum! -exclamó el contra maestre.

Respiró profundamente y lanzó un fuerte graznido, como si tuviera más fe en sus propios pulmones que en la sirena del barco.

Escucharon, esperando una respuesta; pero nada hubo, excepto el eco de la propia voz del contra maestre, que regresaba a través de la bahía.

-¡Hum! -exclamó de nuevo el contra maestre-. Será mejor que echemos un vistazo.

El malestar que se había apoderado del grupo hizo que se mantuvieran unidos. Siguieron al contra maestre, formando un manojo cuando éste se dirigió hacia la más cercana de las cabañitas, construida de piedra. La puerta estaba medio abierta. La empujó.

-¡Puaf! -exclamó.

A su nariz había llegado el olor de varios peces podridos que estaban en una bandeja. Por lo demás, el lugar era amplio y, dentro del estilo saphirano, razonablemente limpio. No existían señales de desorden ni de marcha precipitada. En la habitación interior, las camas estaban

hechas, preparadas para dormir en ellas. Aquello producía la impresión de que los habitantes se habían marchado hacia escasas horas, pero el pescado y la falta de fuego en la chimenea, llena de cenizas, lo desmentían.

En la segunda y en la tercera cabaña había el mismo aire de impremeditada ausencia. En la cuarta encontraron, en la habitación interior, un bebé muerto en su cuna. El grupo regresó al barco, extrañado y subyugado.

Por radio, se informó a Río de la situación. Río, en su contestación, sugirió una investigación a fondo por la isla. La tripulación emprendió la tarea de mala gana y con tendencia a permanecer siempre en grupo; pero, como nada temeroso se reveló a ellos, fueron ganando confianza poco a poco.

Durante el segundo día de los tres que duró la investigación, descubrieron un grupo de cuatro mujeres y seis niños en dos cuevas de la ladera de una colina. Todos llevaban muertos varias semanas, al parecer por inanición. Al finalizar el tercer día, estaban convencidos de que si existiera en la isla una persona viva, tenía que estar muy bien escondida. Fue sólo entonces, sobre notas comparativas, cuando se dieron cuenta también de que no habría más de una docena de ovejas y dos o tres de cabras del ganado normal de la isla, que se componía de varios centenares.

Dieron sepultura a los cadáveres que habían encontrado, radiaron un amplio informe a Río, y luego, se hicieron de nuevo a la mar, dejando a Saphira, con sus escasos animales vivos, en manos de las gaviotas.

A su debido tiempo, la noticia surgió a través de las agencias, ocupando poco espacio en los periódicos. Nadie se preocupó de hacer investigación más a fondo sobre el asunto.

El caso de la April Island salió a la luz de forma muy distinta y hubiera podido continuar sin descubrir durante mucho tiempo, a no ser por la coincidencia de interés oficial por el lugar.

El interés se despertó por la existencia de un grupo de javaneses descontentos, calificados indistintamente como contrabandistas, terroristas, comunistas, patriotas, fanáticos, gánsters o, simplemente, rebeldes, que, cualquier que fuera su verdadera filiación, operaban en una escala bastante modesta. Durante muchos años habían permanecido en la clandestinidad; pero, recientemente, un informador había conseguido alarmar a las autoridades con la noticia de que se habían apoderado de April Island. Las autoridades ordenaron inmediatamente su captura.

Para reducir el riesgo que pudieran correr algunas personas inocentes que estaban sirviendo de rehenes a los bandidos, el acercamiento a April Island se hizo de noche. A la luz de las estrellas, la lancha torpedera alcanzó tranquilamente una pequeña bahía, que estaba oculta del pueblo principal por un promontorio. Allí un grupo bien armado, acompañado por el informador, que debía actuar como guía, desembarcó con la misión de tomar el pueblo por sorpresa. Luego, la lancha desatracó y, siguiendo a lo largo de la costa, se ocultó detrás del promontorio a la espera de que el grupo desembarcado le hiciera señales de que interviniera y dominara la situación.

Se había calculado en tres cuartos de hora el tiempo que tardaría el grupo en cruzar el istmo, y luego, tal vez otros diez o quince minutos para situarse dentro del pueblo. Sin embargo, no habían pasado cuarenta minutos cuando los hombres a bordo de la lancha torpedera oyeron el primer estampido de fusil automático, seguido por varios más.

Perdido el elemento sorpresa, el mando ordenó que se extendieran ampliamente a vanguardia; pero, aunque la lancha se dirigió hacia donde sonaron los disparos, quedó detenida por un extraño y resplandeciente estallido. Los hombres de la torpedera se miraron unos a otros con las cejas alzadas: el grupo que había desembarcado no había llevado consigo más armas mortales que los fusiles automáticos y las granadas de mano. Hubo una pausa; a continuación, el martilleo de los fusiles automáticos empezó otra vez. Ahora se continuó mucho más tiempo disparando intermitentemente, hasta que terminó de nuevo por un estallido similar.

La lancha torpedera contorneó el promontorio. A la difusa luz era difícil averiguar nada de lo que pasaba en el pueblo, situado a unos cuatro kilómetros. Por el momento, todo estaba oscuro. Luego, surgió un resplandor, y otro, y llegó a sus oídos otra vez el sonido de los disparos. La lancha torpedera, navegando al máximo de velocidad, barrió la costa con sus potentes

reflectores. El pueblo y los árboles que se alzaban detrás de él brotaron repentinamente como una construcción de juguete. No había ninguna figura visible entre las casas. La única señal de actividad era cierto hervor y agitación en el agua, a pocos metros de la orilla. Alguien dijo más tarde haber visto una mancha oscura y encorvada sobre el agua, un poco a la derecha de ellos.

Acercándose a la costa tanto como le fue posible, la lancha torpedera lanzó sus reflectores sobre las cabañas y sus alrededores. Todo lo iluminado por los rayos luminosos tenía líneas duras, y parecía dotado de una calidad curiosamente brillante. El hombre que servía los cañones seguía con atención al rayo de luz, con los dedos agarrotados sobre el disparador. La luz hizo unas cuantas pasadas más bajas y, luego, se paró. Iluminaba varios fusiles automáticos que yacían sobre la arena, muy próxima a la orilla del agua.

Por el altavoz se dejó oír una voz estentórea llamando, desde cubierta, al grupo desembarcado. Nadie contestó. El reflector hizo un nuevo barrido, internándose entre las casas, entre los árboles. Nada se movía allí. La mancha luminosa regresó a la playa y se posó sobre las arenas abandonadas. El silencio parecía hacerse más profundo.

El comandante de la lancha torpedera se negó a desembarcar hasta que amaneciera. La lancha echó el ancla. Permanecería allí el resto de la noche, con el reflector hacia el pueblo, dándole la apariencia de un escenario en el que aparecerían en cualquier momento los actores para empezar la representación; pero nadie hizo acto de presencia.

Cuando fue completamente de día, el primer oficial, con un grupo de cinco hombres armados, se dirigió cautelosamente a la costa, protegido por los cañones del barco. Desembarcaron cerca de las armas abandonadas y las cogieron para examinarlas. Todas estaban cubiertas de una delgada capa de sustancia viscosa. Los hombres las pusieron en el bote, limpiándose después las manos, impregnadas de aquella sustancia.

La playa estaba marcada en cuatro sitios por anchos surcos que iban de la orilla del agua hacia las cabañas. Estaban hechos por algo que tenía unos dos metros y medio de ancho, y en parte curvado. La profundidad en su centro era de unos diez o doce centímetros; la arena, en los bordes, formaba un ligero banco por encima del nivel de la arena de los alrededores. El primer oficial pensó que cada surco podía haber sido hecho por un ancho caldero que hubiera sido arrastrado a través de la parte delantera de la costa. Examinándolos más atentamente, decidió, por la forma de la arena, que, aunque uno de los surcos iba hacia el agua, los otros tres salían indudablemente de ella. Era un descubrimiento que le obligó a mirar hacia el pueblo con creciente cautela. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que la escena que había brillado extrañamente a la luz del reflector continuaba brillando extrañamente. La contempló con curiosidad durante algunos minutos. Luego, se encogió de hombros. Se colocó la culata de su fusil automático cómodamente debajo del brazo derecho y, lentamente, con los ojos mirando a derecha e izquierda para captar el menor movimiento, condujo al grupo playa arriba.

El pueblo estaba formado por un semicírculo de cabañas de diferentes modelos, que rodeaban un amplio espacio abierto, y cuando ellos llegaron y se acercaron más, comprendieron claramente la razón de aquel brillo extraño. El suelo, las mismas cabañas y los árboles que las rodeaban también, estaban cubiertos de la misma sustancia viscosa que habían observado en las armas.

El grupo avanzó cauta y lentamente hasta que alcanzó el centro del espacio abierto. Allí se pararon, sin separarse, mirando y examinando, atentamente, cada centímetro de terreno. No había ruido ni movimiento, sino unas pocas hojas que se mecían suavemente a la brisa mañanera. Los hombres comenzaron a respirar más uniformemente.

El primer oficial apartó su mirada de las cabañas y examinó el suelo. Estaba cubierto de una ancha capa de pequeños fragmentos de metal, la mayoría de ellos curvados, todos brillantes debido a la sustancia viscosa. Volvió uno por curiosidad con la punta del pie, pero no le dijo nada. Contempló de nuevo las chozas, decidiéndose por la mayor.

-Efectuaremos un registro -dijo.

La fachada principal brillaba intensamente. Empujó con el pie la puerta, abriéndola, y se introdujo en la cabaña. Había poco desorden. Sólo un par de utensilios caídos sugerían una huida precipitada. Nadie, ni vivo ni muerto, permanecía en la casa.

Salieron de allí. El primer oficial miró la cabaña de al lado; hizo una pausa, y volvió a mirarla con más atención. Dio la vuelta a su alrededor para examinar el lateral de la cabaña, en la que ya había entrado. La pared estaba completamente seca y limpia de sustancia viscosa. Examinó de nuevo los alrededores.

-Parece como si todo hubiese sido rociado con esta porquería por algo situado en el centro del espacio abierto -dijo.

Un examen más detallado confirmó la idea, pero no los llevó mucho más lejos.

-Pero ¿cómo? -preguntó el oficial, meditativo-. Y también, ¿qué?... ¿Y por qué?

-Algo salió del mar -dijo uno de los marineros, mirando hacia atrás intranquilo, hacia el agua.

-¿Algo?... Tres por lo menos -le corrigió el primer oficial.

Regresaron al centro del abierto semicírculo. Era evidente que el lugar estaba desierto y, al parecer, no podía averiguarse nada más por el momento.

-Recoged unos cuantos trozos de este metal... Puede significar algo para alguien -ordenó el oficial.

Él mismo entró en una de las cabañas, encontró una botella vacía, echó dentro de ella cierta cantidad de aquella sustancia viscosa y la taponó.

-Esta materia empieza a oler mal ahora que el sol actúa sobre ella -dijo cuando regresó-. Ya podemos marcharnos de aquí. No se puede hacer nada más.

De regreso a la lancha torpedera, sugirió que un fotógrafo podría sacar fotos de los surcos de la playa, y mostró al capitán sus trofeos, limpios ahora de sustancia viscosa.

-Extraña materia, capitán -dijo, cogiendo un trozo del grueso y brillante metal-. Una lluvia de ellos por los alrededores -añadió, y lo golpeó con un nudillo-. Suena como plomo y pesa como una pluma. Su vista deslumbra. ¿Ha visto usted alguna vez algo semejante a esto, capitán?

El comandante del barco negó con la cabeza. Observó que el mundo parecía estar lleno por aquellos días de metales extraños.

En aquel momento regresaba el fotógrafo de la playa. El capitán decidió:

-Tocaremos varias veces la sirena. Si nadie aparece, será mejor que desembarquemos en otra parte de la isla, a ver si encontramos a alguien que pueda explicarnos qué ha sucedido.

Un par de horas después, la lancha torpedera entraba cautelosamente en una bahía de la costa nordeste de April Island. Un pueblecito similar se veía en una explanada, cerca de la orilla del mar. La similitud fue incómodamente acentuada por una ausencia de vida, así como por la presencia de una playa con cuatro anchos y desagradables surcos que iban hasta la orilla del mar. Sin embargo, una investigación más a fondo mostró algunas diferencias: de estos surcos, dos habían sido hechos por algunos objetos ascendiendo la playa; los otros dos, al parecer, estaban hechos por los mismos objetos *descendiéndola*. No había trazas de sustancia viscosa en el pueblo desierto ni en sus alrededores.

El comandante se inclinó, con el ceño fruncido, sobre sus mapas. Indicó otra bahía.

-Perfectamente. Vamos allá e intentémoslo otra vez -dijo.

En esta ocasión no se veían surcos en la playa, aunque el pueblo estaba completamente desierto.

De nuevo la sirena del barco lanzó su estridente y apeladora llamada. Examinaban la escena con los prismáticos, cuando el primer oficial, ampliando su campo visual, lanzó una exclamación:

-Hay un individuo en aquel cerro, capitán. Agita una camisa o algo.

El comandante dirigió sus prismáticos hacia el lugar indicado.

-Veo otros dos o tres, un poco a la izquierda del primero.

La lancha torpedera tocó por dos veces la sirena y se acercó a la costa. Se echó el bote al agua.

-No desembarquen hasta que ellos lleguen -ordenó el capitán-. Averigüen si hay alguna epidemia antes de ponerse en contacto con ellos.

Él se quedó vigilando desde el puente. A su debido tiempo, un grupo de nativos, ocho o nueve, apareció por entre los árboles, a un par de cientos de metros al este del pueblo, y saludó a gritos a los del bote. Corrieron en dirección a él. A continuación, hubo gritos y contragritos por ambas partes, y el bote se acercó a la playa, encallando en ella. El primer oficial saludó con la mano a los nativos, pero ellos retrocedieron hasta la linde de los árboles. El primer oficial avanzó por la

playa y cruzó el arenal para hablar con ellos. Tuvo lugar una animada discusión. La invitación hecha a algunos de ellos para que visitaran la lancha torpedera fue declinada con vigor. El primer oficial volvió a descender a la playa solo, y el grupo de desembarco regresó a la lancha torpedera.

-¿Qué pasa allí? -preguntó el comandante cuando se acercó el bote.

El primer oficial alzó la cabeza y le miró:

-No quisieron venir, capitán.

-¿Qué les sucede?

-Están bien, capitán; pero dicen que el mar no es seguro.

-Han podido ver que es bastante seguro para nosotros. ¿Qué quieren decir con eso?

-Dicen que han sido atacados varios pueblos costeros, y creen que ellos pueden serlo de un momento a otro.

-¿Atacados?... ¿Por quién?

-Pues... tal vez si usted fuera a hablar con ellos, capitán...

-Les mandé un bote para que vinieran aquí a hablar conmigo... Eso debió bastarles.

-Temo que no vengan, capitán, a menos que los traigan a la fuerza.

El capitán frunció el ceño.

-¿De *qué* están asustados?... ¿Quién organizó ese ataque?

El primer oficial se humedeció los labios; sus ojos se posaron en los de su capitán.

-Ellos..., ellos dicen que... ballenas, capitán.

-¿Cómo?... ¿*Qué* dicen? -preguntó.

El primer oficial pareció incómodo.

-Pues... ya lo sé, capitán. Pero es justamente *lo que dicen*. Sí..., ballenas y... ¡ejem!..., gigantescas medusas. Creo que si usted hablase con ellos capitán-

Las noticias sobre lo ocurrido en April Island no «irrumperon» exactamente, en el justo sentido de la palabra. La curiosidad sobre un promontorio que no se encontraba en la mayoría de los atlas no duró mucho tiempo, y las breves líneas que se publicaron en los periódicos no tardaron en caer en el olvido. Posiblemente no hubiera atraído la atención ni hubiera sido recordado más tarde, a no ser por el azar de que un periodista norteamericano, que por casualidad se hallaba en Yakarta, descubriera la historia por sí mismo, hiciera un meditado viaje a April Island y escribiese el hecho para una revista semanal.

Un editor, al leerlo, recordó el incidente de Saphira, encadenó los dos hechos y dio la voz de alarma de un nuevo peligro en un periódico dominical. Por casualidad, ese artículo precedió en un día al comunicado más sensacional emitido por el Standing Committee for Action, con el resultado de que las profundidades ocuparan, una vez más, los principales titulares de los periódicos. Por otra parte, el término «profundidades» era más comprensible que anteriormente, porque se anunció que los barcos perdidos durante el último mes habían sido de gran tonelaje, y tan profundos los lugares donde habían ocurrido los hundimientos, que mientras no se llevasen a cabo unos medios de defensa más eficaces, todos los navios debían ser advertidos muy seriamente para que evitaran cruzar las aguas profundas y permanecieran, dentro de lo posible, en las áreas de las costas continentales.

Era evidente que el Committee no hubiera sacado a la luz un asunto que ya estaba archivado, de no tener las más serias razones. No obstante, las compañías interesadas en los negocios navieros pusieron el grito en el cielo, acusándole desde derrotista y alarmista hasta interesado en los negocios aéreos. Protestaron, diciendo que, si seguían tal consejo, eso significaría cambiar radicalmente las rutas seguidas por los transatlánticos, haciéndolos navegar por aguas de Islandia y Groenlandia, costear el golfo de Vizcaya y la costa de África Occidental, etc. El comercio transpacífico se haría imposible, y Australia y Nueva Zelanda quedarían aisladas. Que el Committee se hubiese lanzado a dar semejante consejo, sin consultar con todas las partes interesadas, demostraba una chocante y lamentable falta de sentido de responsabilidad. Tales medidas, inspiradas en el pánico, llevarían, si se pusieran en práctica, a un paro total del comercio marítimo mundial. Un consejo que nunca podía ponerse en práctica, nunca debió darse.





El Committee rechazó desdeñosamente el ataque. Dijo que no había ordenado. Había sugerido, sencillamente, que, en lo posible, los navios evitaran el cruzar cualquier extensión de agua donde la profundidad excediese los tres mil trescientos metros, evitando de tal forma exponerse a innecesarios peligros.

Los propietarios de buques replicaron que eso era decir lo mismo con diferentes palabras, y su caso, aunque no su causa, estaba apoyado por la publicación en casi todos los periódicos de mapas esquemáticos, que mostraban precipitadas y a veces variadas impresiones de la línea de tres mil trescientos metros.

Antes que el Committee fuese capaz de responder con palabras aún diferentes, el transatlántico *Sabina* y el mercante alemán *Vorpommern* desaparecieron el mismo día -uno, en el Atlántico medio; otro, en el sur del Pacífico- y la respuesta resultó ya su-perflua.

La noticia de los hundimientos se anunció en el boletín de las ocho de la mañana de un sábado. Los periódicos del domingo sacaron toda la ventaja posible de su oportunidad. Por lo menos, seis de ellos azotaban a la incompetencia oficial con un gusto muy siglo XVIII, y ponían una pica en Flandes.

El miércoles telefoneé a Phyllis.

Acostumbraba a reunirme con ella periódicamente, cuando teníamos trabajo más extenso de lo acostumbrado en Londres, porque ella no podía resistir los trabajos de la civilización sin interrumpirlos para un refrigerio. Resultaba que yo estaba libre; también me habían pagado; si no, ella se hubiera disparado para hablar con naturalidad sobre sí misma. Por lo regular, ella regresaba espiritualmente muy acicalada en el curso de una o dos semanas. Sin embargo, esta vez la comunión había durado casi una quincena, y no había señales de postal que, de costumbre, precedía brevemente a su regreso, cuando no llegaba al día siguiente.

El teléfono de Rose Cottage sonó desesperadamente durante un buen rato. Ya estaba a punto de colgar cuando ella contestó.

-¡Hola, querido! -exclamó su voz.

-Podía haber sido el carnicero o el recaudador de impuestos -le reproché.

-Ellos hubieran colgado más rápidamente. Siento haberte hecho esperar. Estaba ocupada afuera.

-¿Cavando en el jardín? -pregunté, esperanzado.

-No, no es eso. Estaba poniendo ladrillos.

-Esta línea está mal. He oído que estabas poniendo ladrillos.

-Exactamente, querido.

-¡Oh, poniendo ladrillos! -exclamé.

-Es muy fascinante cuando se pone una a hacerlo. ¿Estás enterado de que hay muchas clases de cemento: cemento Flemish, cemento inglés y otros varios? También existen unas cosas que se llaman «ladrillos», y otras llamadas...

-¿Qué es eso, querida? ¿Una lección de albañilería?... ¿Estás haciendo un cobertizo para las herramientas?

-No, solamente una pared, como Balbus y mister Churchill. Leí en alguna parte que, en momentos de nerviosismo y depresión, mister Churchill lo hacía así para recuperar la calma, y yo pensé que lo que era bueno para calmar a mister Churchill, también habría de serlo para calmarme a mí.

-Bien, espero que te hayas curado tu nerviosismo.

-¡Oh! Claro que sí. Está muy apaciguado. Me gusta la forma en que se pone el ladrillo sobre el cemento y luego...

-Querida, los minutos corren. Te he telefoneado para decirte que te necesitamos aquí.

-¡Oh, es muy amable por tu parte, querido! Pero dejar un trabajo a medio terminar...

-No soy yo...; quiero decir que soy yo, pero no solo. La E.B.C. quiere celebrar una entrevista con nosotros.

-¿Sobre qué?

-No lo sé realmente. Se muestran cautelosos, pero insistentes.

-¡Oh! ¿Cuándo quieren vernos?

-Freddy sugirió que cenáramos juntos el viernes. ¿Podrás estar libre para ese día?

Hubo una pausa.

-Sí. Creo que podré terminar... Perfectamente. Saldré en el tren que llega a Paddington alrededor de las seis.

-Bien. Iré a esperarte. También existe otra razón, Phyl.

-¿Cuál?

-La arena movediza, querida. La tapa sin volver. El dedal deslustrado. Las gotas tristes e insípidas de la clepsidra de la vida. La...

-Mike, tú has estado ensayando.

-¿Qué otra cosa podía hacer?

Llegamos solamente con veinte minutos de retraso, pero Freddy Whittier daba la impresión de haber estado seco durante varias horas por la urgencia con que nos arrastró al bar. Desapareció detrás del mostrador con una violencia perfectamente controlada y reapareció al momento con una selección de copas dobles y sencillas de jerez en una bandeja.

-Primero, dobles -dijo.

Pronto se aclaró su mente. Pareció más él mismo, y observaba las cosas. Así es que se fijó en las manos de Phyllis: en los raspados nudillos de la derecha y en la ancha mancha de yeso en la izquierda. Frunció el ceño y pareció a punto de hablar, pero lo pensó mejor. Yo le observaba atentamente, viendo cómo examinaba mi semblante y luego mis manos.

-Mi esposa -expliqué- ha estado en el campo. Ya sabe que ha empezado ya la temporada de hacer reformas de albañilería.

Pareció aliviado más que interesado.

-¿No existe nada en la mente de la vieja pareja? -inquirió, mostrando indiferencia.

Negamos con la cabeza.

-Bueno, porque tengo un trabajo para ambos -dijo.

Continuó su exposición. Al parecer, uno de los capitostes de la E.B.C. tenía que hacerles una proposición. Este capitoste había estado cavilando durante algún tiempo, según todos los indicios, en que había llegado ya el momento de hacer una descripción detallada, publicar algunas fotografías y dar una prueba definitiva de las criaturas de las profundidades.

-Un hombre con vista -dije-. Durante los últimos cinco o seis años...

-Calla, Mike -me interrumpió, tajante, mi esposa.

-En su opinión -continuó Freddy-, las cosas han alcanzado ahora su punto culminante, y él está dispuesto a invertir su dinero siempre que sirva para conseguir una información valiosa. Al mismo tiempo, no ve por qué no podría obtener algún beneficio de la información si es rápida. Así, pues, se propone organizar y enviar una expedición para descubrir lo que se pueda..., y, por supuesto, todo cuanto se consiga será de su exclusiva propiedad; es decir, tendrá los derechos exclusivos de toda información. De paso he de decirles que esto es altamente confidencial: no queremos que la B.B.C. se nos adelante.

-Escuche, Freddy -dije-: durante varios años todo el mundo ha estado tratando de hacer algo, no sólo la B.B.C. ¿Por qué el...?

-¿Expedición adonde? -preguntó, más práctica, Phyllis.

-Esa, naturalmente, será nuestra primera cuestión. Pero él no lo sabe. La entera decisión sobre una localidad está en manos de Bocker.

-¡Bocker! -salté-. ¿Se ha convertido en intocable o algo así?

-Su prestigio se ha recuperado un poco -admitió Freddy-, Y respecto a ese individuo, dijo el capitoste: «Si dejamos a un lado todo lo que parece no tener sentido, no hay duda alguna de que las afirmaciones de Bocker alcanzan una alta categoría...»; en todo caso, más alta que cualquier otra. Así pues, fue en busca de Bocker y le dijo: «Escuche: ya sabe usted las cosas que han ocurrido en Saphira y en April Island. ¿Dónde cree usted verosímil que ocurra la próxima... o, en todo caso, la inmediata?». Como es lógico, Bocker no fue capaz de decírselo. Pero hablaron. Y el resultado de esa conversación fue que el capitoste ha financiado una expedición, dirigida por Bocker, a una región que elegirá Bocker. Y es más: Bocker también selecciona el personal. Y

parte de la selección, con el asenso de la E.B.C. y la aprobación de ustedes, podrían formarla ustedes dos.

-Bocker siempre fue mi ógrafo favorito -dijo Phyllis—. ¿Cuándo hemos de partir?

-Espera un momento -le interrumpí-. En cierta época, los viajes oceánicos se recomendaban como muy saludables. Recientemente, sin embargo, lejos de ser saludables...

-Aire -me interrumpió Freddy-. Nada más que aire. Indudablemente, la gente carece de mucha información respecto a las cosas que suceden, pero nosotros preferiríamos que ustedes estuvieran en situación de comprenderlas.

Phyllis, durante la noche, mostró a intervalos un aire abstracto.

Cuando regresamos a casa, le dije:

-Si tú crees que no debemos..

-Tonterías. Naturalmente que iremos -respondió-. ¿Crees tú que la «financiación» significa que podremos obtener ropa adecuada y otras cosas a cargo de ella?

-Me gusta estar ociosa... al sol -dijo Phyllis.

Desde donde estábamos sentados, a una mesa, bajo una sombrilla, delante del misteriosamente titulado Gran Hotel Britannia y de la Justicia, era posible permanecer en ociosa contemplación de la tranquilidad y de la actividad. La tranquilidad estaba a nuestra derecha. El agua, inmensamente azul, se extendía y brillaba millas y millas hasta alcanzar la lejana y abrupta raya del horizonte. La costa, que era redonda como un jarrón, terminaba en un promontorio cuajado de palmeras, que temblaba como un espejismo bajo la neblina del calor. Un panorama que no había cambiado desde la época que pertenecía al dominio español.

A la izquierda estaba la actividad, un despliegue de vitalidad, propio de la capital y única ciudad de la isla La Escondida.

El nombre de la isla se debía, probablemente, a algún barco errabundo que, en tiempos remotos, había tocado por casualidad en una de las islas Caimanes, tras pasar numerosas vicisitudes. Contra viento y marea, había sabido conservar el nombre, así como sus costumbres españolas. Las casas parecían españolas; el temperamento poseía calidad española; el idioma era más español que inglés, y, desde donde estábamos sentados, en un rincón del amplio espacio abierto, conocido indistintamente por La Plaza o el *Square*, la iglesia, situada al otro extremo, con los brillantes azulejos de la fachada, era evidente que estaba sacada de un libro de pinturas español. La población, sin embargo, era en cierto modo un poco menos española; se alineaba desde el blanco tostado o mulato al negro carbón. Solamente un buzón británico, de color rojo fuerte, le preparaba a uno para la sorpresa de enterarse que el lugar se llamaba Smithtown..., y hasta eso resultaba un tanto novelesco cuando uno se enteraba también de que el conmemorado Smith fue nada menos que un pirata de reconocida fama.

Detrás de nosotros, y también detrás del hotel, se alzaba una de las dos montañas que hacen de La Escondida una isla en pendiente, y que surgía a lo lejos como un picacho desnudo con una bufanda de verdor sobre los hombros. Entre la base de la montaña y el mar se extendía una llanura rocosa, donde la ciudad apiñaba sus edificios.

También allí se apiñaba, desde hacía cinco semanas, la expedición Bocker.

Bocker había elaborado un sistema de probabilidades de su propia inventiva. Finalmente, sus eliminaciones le habían proporcionado una lista de diez islas como las más verosímiles de ser atacadas, y el hecho de que cuatro de ellas estuvieran en el área del Caribe había fijado nuestro curso.

A eso fue a lo que llegó sobre el papel, y lo que nos condujo a todos a Kingston, capital de Jamaica. Allí permanecemos durante una semana en compañía de Ted Jarvey, el fotógrafo; Leslie Bray, el registrador, y Muriel Flynn, una de los ayudantes técnicos femeninos, mientras el propio Bocker y sus dos ayudantes masculinos volaban en un avión de reconocimiento armado, que las autoridades pusieron a su disposición, y examinaban con todo detenimiento las atracciones rivales de Grand Cayman, Little Cayman, Cayman Brac y La Escondida. El razonamiento que condujo a Bocker a elegir finalmente La Escondida fue, sin duda alguna, muy exacto; así que pareció una pena que, dos días después que el avión hubiese terminado de transportarnos con

nuestros aparatos a Smithtown, fuese un pueblo grande de Grand Cayman el que sufriese, de aquellos lugares, la primera incursión.

Pero si aquello nos desanimó, también nos impresionó. Estaba claro que Bocker había hecho algo más que un estudio a tontas y a locas; pero había errado el tiro.

El avión nos condujo a cuatro de nosotros al lugar del suceso tan pronto como Bocker tuvo noticias de él. Desgraciadamente, poco pudimos aprender. En la playa había surcos; pero, cuando llegamos, habían sido pisoteados ya de tal forma que no se notaba casi nada. De los doscientos cincuenta habitantes del pueblo, unos veinte huyeron precipitadamente. El resto desapareció simplemente. Todo ocurrió en la oscuridad; por tanto, nadie vio gran cosa. Cada superviviente se sintió obligado a dar su versión personal, con lo cual el resultado fue catastrófico.

Bocker anunció que permaneceríamos en donde estábamos. Nada se ganaría yendo de un lado para otro; existían las mismas probabilidades de que nos equivocáramos como de que acertáramos. Más aún de que acertáramos, porque La Escondida, en adición a sus otras cualidades, tenía la virtud de no tener más que un pueblo en toda la isla; así, pues, cuando surgiese el ataque (y era seguro que surgiría, más pronto o más tarde), el objetivo sería con toda seguridad Smithtown.

Estábamos seguros de que Bocker sabía lo que se hacía; pero, a las dos semanas, empezamos a dudar. La radio nos informó de una docena de incursiones... Todas, excepto una breve a las Azores, tuvieron lugar en el Pacífico. Comenzamos a experimentar la deprimente sensación de que nosotros estábamos situados en el hemisferio contrario.

Cuando digo «nosotros», he de admitir que quiero decir principalmente «yo». Los otros continuaban analizando los informes e iban estólidamente adelante con sus preparativos. Un punto importante era que no existía ningún informe que indicara que alguna incursión se había verificado durante las horas del día; por tanto, se hacían imprescindibles las luces. Una vez que el concejo de la ciudad quedó convencido de que «aquello» no le costaría nada, todos nosotros nos dedicamos a instalar focos de luz en los árboles, en los postes y en las esquinas de todos los edificios de Smithtown, aunque con mayor proliferación hacia la parte del mar, todo lo cual, en interés de las cámaras de Ted, debía estar conectado a un tablero de conmutadores eléctricos colocado en su habitación del hotel.

Los habitantes del pueblo se figuraban que estaba en preparación alguna fiesta; el concejo consideró aquello como una especie de inocente locura; pero estaba contento por la cantidad extraordinaria de dinero que entraba en el pueblo a costa nuestra. La mayoría de nosotros íbamos desinflándonos lentamente, hasta que el ataque a la isla Gallows enervó a todo el Caribe, a pesar de que dicha isla pertenecía a las Bahamas.

Port Anne, la capital de Gallows, y tres grandes pueblos costeros fueron invadidos durante la misma noche. Aproximadamente, la mitad de la población de Port Anne y una proporción mucho mayor de la de los pueblos desaparecieron por completo. Los que sobrevivieron se habían encerrado en sus casas o huyeron; pero esta vez hubo mucha gente que coincidió en que habían visto cosas como tanques -como tanques militares, dijeron, pero más grandes- surgiendo del agua y deslizándose playa arriba. Debido a la oscuridad, a la confusión y a la precipitación con que muchos de los informadores huyeron o se escondieron, hubo sólo informes fantásticos sobre lo que esos tanques surgidos del mar hicieron después. El único hecho verificable fue que habían desaparecido durante la noche más de mil personas en total de los cuatro puntos atacados.

Por todos los alrededores se notó inmediatamente un cambio. La pasión subió al máximo. Cada nativo de cada isla abandonó su indiferencia y su sensación de seguridad, convencido de que su hogar podía ser el próximo escenario del ataque. De los baúles se sacaron y se limpiaron viejas e inseguras armas. Se organizaron patrullas y, por primera vez en su vida, se hizo guardia por las noches, bien armados. Se propuso, además, organizar un sistema defensivo aéreo entre las islas.

Sin embargo, cuando transcurrió una semana sin que ocurriera nada en toda el área de las islas, el entusiasmo decreció. Porque, efectivamente, hubo una pausa en la actividad subterránea. El único informe de una incursión llegó de las Kuriles, sin fecha, por alguna razón eslavónica, y además resultó que había pasado algún tiempo examinándolo al microscopio desde todos los

ángulos de seguridad.

Al décimo día después de la alarma, el natural espíritu de *mañana* de La Escondida se había asegurado enormemente. Durante la noche y la siesta se dormía a pierna suelta; el resto del día se lo pasaban en completa modorra, de la que también participábamos nosotros. Era difícil creer que no continuaríamos así durante años; por tanto, decidimos acoplarnos a ello, por lo menos unos cuantos. Muriel se dedicó a explorar con entusiasmo la flora isleña; Johnny Tallton, el piloto, que estaba constantemente solo, empezó a acudir a un café donde una encantadora señorita le enseñaba el idioma nativo; Leslie trabó conocimiento con un indígena para conseguir una guitarra, que ahora podíamos escuchar a través de la ventana abierta del piso de arriba; Phyllis y yo hablábamos en ocasiones sobre los relatos que podríamos escribir si tuviéramos energía para ello; solamente Bocker y sus dos ayudantes más íntimos, Bill Weyman y Alfred Haig, conservaban su aspecto decidido. Si el capitoste hubiera podido vernos, quizá se hubiese sentido intranquilo por el destino de su dinero.

Empecé a notar que ya me estaba hartando, que me iba acostumbrando a no hacer nada, y, aunque la sensación no era desagradable, comprendí que era muy pronto para que llevara mi vida por esos derroteros.

-Esto no puede continuar indefinidamente -dije a Phyllis-. Sugiero que pongamos a Bocker una fecha límite..., una semana, a partir de ahora..., para que se produzca su fenómeno.

-Bueno... -empezó a decir de mala gana mi mujer-. Sí, supongo que tienes razón.

-Claro que la tengo -respondí-. En realidad, no estoy tan seguro de que no pueda resultarnos fatal otra semana...

Lo cual era, en forma insospechada, más cierto de lo que yo creía.

-Querida, deja de mirar a la luna y vámonos a la cama.

-De ninguna manera... No vale la pena... Frecuentemente me pregunto por qué me casé contigo.

Por tanto, me puse en pie y me uní a ella, junto a la ventana.

-¿Ves? -dijo-. Un barco, una isla, una media luna... Tan frágil, tan eterna..., ¿no es hermoso?

Miramos hacia afuera, hacia la plaza vacía, más allá de las casas dormidas, en dirección al plateado mar.

-Yo lo necesito. Es una de las cosas que estoy tratando de desterrar de mi recuerdo.

De la parte trasera de las casas de enfrente, en dirección al muelle, llegó cadenciosamente el rasgueo de una guitarra.

-*El amor tonto... y dulce* -dijo Phyllis, suspirando.

Y entonces, de repente, el lejano tocador arrojó su guitarra al suelo, produciendo un ruido agudo y resonante.

Abajo, en el muelle, gritó una voz, ininteligible pero alarmante. Luego, otras voces. Una mujer sollozó. Nos volvimos para mirar las casas que ocultaban al pequeño puerto.

-¡Escucha! -dijo Phyllis-. Mike, ¿crees que...?

Se interrumpió al oír el ruido de dos disparos.

-¡Debe de ser! ¡Mike, deben de estar invadiéndonos!

En la distancia hubo un creciente alboroto. En la propia plaza se abrieron las ventanas, haciéndose las personas preguntas unas a otras. Un hombre salió corriendo de una puerta, dio la vuelta a la esquina y desapareció por la corta calle que conducía al mar. Ahora se oían más gritos y más sollozos también. Entre ellos, el estampido de tres o cuatro disparos más. Me separé de la ventana y tamborileé con los dedos en el tabique que nos separaba de la habitación de al lado.

-¡Eh, Ted! -grité-. ¡Enciende las luces! ¡Las del muelle, hombre! ¡Las luces!

Oí un apagado «muy bien». Ya debía de estar fuera de la cama, porque cuando yo regresaba a la ventana las luces empezaban a encenderse por turno.

No había nada desacostumbrado que observar, excepto una docena o más de hombres que atravesaban corriendo la plaza en dirección al puerto. Casi bruscamente cesó el ruido que había ido *in crescendo*. La puerta de Ted dio un portazo. Sus botas sonaron ruidosamente a lo largo del pasillo cuando pasaron por delante de nuestra habitación. Más allá de las casas surgieron de nuevo los gritos y los sollozos, más fuertes que antes, como si hubiesen adquirido fuerza tras el

breve descanso.

-Debo... -empecé a decir; pero me interrumpí al darme cuenta de que Phyllis no estaba a mi lado. Miré por la habitación y la descubrí en el momento en que echaba la llave a la puerta. Corrí hacia ella.

-Debo ir allá abajo. Tengo que ver lo que...

-¡No! -me interrumpió.

Se volvió, apoyando firmemente la espalda contra la puerta. Producía la impresión de ser un ángel severo que impedía el paso por una carretera, con la diferencia de que los ángeles tienen la costumbre de usar respetables camisones de algodón, no de nylon.

-Pero, Phyl, es el trabajo. Es por lo que estamos aquí.

-Me tiene sin cuidado. Esperaremos un poco.

Permanecía inmóvil, con la expresión de ángel severo, modificada ahora por la de una muchachita rebelde. Alargué el brazo.

-¡Phyl!... Por favor, dame la llave.

-¡No! -contestó, y, lanzándola a través de la habitación, desapareció por la ventana.

Resonó sobre las piedras de la plaza. La miré con estupor. Esa era una acción que uno nunca hubiera esperado de Phyllis. Ahora, en la plaza iluminada, se veía a la gente correr hacia la calle de enfrente. Me volví.

-Phyl, por favor, apártate de esa puerta.

Negó con la cabeza.

-No seas loco, Mike. Tienes que hacer un trabajo.

-Por eso precisamente, yo...

-No, no es eso. ¿No lo comprendes? Los únicos informes que poseemos provienen de las personas que no *corrieron* para averiguar qué estaba sucediendo; de las personas que se escondieron o huyeron...

Yo estaba furioso con ella, pero no tanto que no alcanzara el sentido de lo que me decía, e hice una pausa. Ella continuó:

-Es lo que dijo Freddy: el objetivo de nuestra venida es poder regresar para contar lo que ha sucedido.

-Eso está muy bien, pero...

-¡No!... ¡Mira!...

Con la cabeza señaló hacia la ventana.

La gente continuaba convergiendo hacia la calle que conducía al muelle, pero ya no entraban en ella. Un sólido grupo se amontonaba a la entrada. Luego, mientras yo continuaba mirando, la anterior escena empezó a interpretarse en sentido inverso. El grupo retrocedió, y comenzó a deshacerse por sus costados. Muchos hombres y mujeres salieron de la calle, corriendo hacia atrás, hasta que quedaron dispersados en la plaza.

Me acerqué más a la ventana para observar. Phyllis abandonó la puerta y se acercó a mí. Ahora veíamos a Ted, con su tomavistas en la mano, retrocediendo corriendo.

-¿Qué sucede? -le grité.

-Sólo Dios lo sabe. No se puede pasar. Hay un pánico terrible en aquella calle. Todos dicen que, sea lo que fuere, viene por ese camino. Si es así, tomaré la película desde mi ventana. No se puede trabajar con esta barahúnda.

Miró hacia atrás, desapareciendo después por la puerta del hotel, que estaba debajo de nuestra ventana.

La gente continuaba inundando la plaza y emprendía una carrera cuando alcanzaba un punto donde había espacio para correr. No hubo más ruido de disparos; pero, de cuando en cuando, surgía otro estruendo de gritos y de lamentos de alguna parte del lejano y oculto extremo de la corta calle.

Entre los que regresaban al hotel se hallaban el propio doctor Bocker y el piloto, Johnny Tallton. Bocker se paró debajo de las ventanas y gritó hacia arriba. De las ventanas surgieron algunas cabezas. Las contempló a todas.

-¿Dónde está Alfred? -preguntó.

Nadie parecía saberlo.

-Si alguno de ustedes le ve, que le diga que entre inmediatamente en el hotel -instruyó Bocker-. Ustedes permanezcan donde están. Observen lo que puedan, pero no se expongan hasta que sepamos más de lo que pasa. Ted, procure que todas las luces continúen encendidas; Leslie...

-Estoy a punto con el magnetófono, doctor -respondió la voz de Leslie.

-No, no salga. Ponga el micrófono por la parte exterior de la ventana, si quiere; pero usted permanezca bajo techado. Y hagan lo mismo todos los demás, por el momento.

-Pero, doctor, ¿qué pasa?... ¿qué...?

-No lo sabemos. Por tanto, permanezcamos dentro del hotel hasta que averigüemos por qué grita la gente. ¿Dónde demonios está miss Flynn?... ¡Oh! Está usted aquí. Bien. Continúe vigilando, miss Flynn...

Se volvió a Johnny y cambió con él algunas palabras ininteligibles. Johnny asintió con la cabeza y se dirigió hacia la parte de atrás del hotel. Bocker volvió a mirar de nuevo a la plaza y entró en el hotel, cerrando la puerta tras él.

Corriendo, o al menos apresuradamente, la gente continuaba convergiendo en la plaza desde todas las direcciones, pero ninguna procedía ya de la calle corta. Los que alcanzaban la parte más alejada se volvían para mirar, arrojándose a las puertas o las callejuelas por donde pudieran huir si era necesario. Media docena de hombres con pistolas o escopetas se hallaban tumbados en tierra, con sus armas apuntando hacia la entrada de la calle. Ahora todo estaba más tranquilo. Excepto unos cuantos ruidos, producidos por los lamentos, un tenso y expectante silencio llenaba toda la escena. Y entonces, de la lejanía, llegó un ruido chirriante, como de algo que se arrastra. No fuerte, pero sí continuo.

La puerta de la casita situada junto a la iglesia se abrió. El sacerdote, con sotana, salió por ella. Algunas personas que se hallaban cerca corrieron hacia él y se arrodillaron en torno suyo. El sacerdote extendió ambos brazos, como para proteger y amparar a todos.

El ruido procedente de la angosta calle daba la impresión de estar producido por un pesado tractor de metal arrastrándose sobre las piedras.

Repentinamente, dispararon tres o cuatro escopetas casi al mismo tiempo. Nuestro ángulo de visión nos impedía ver aún a qué disparaban; pero cada uno de los hombres hizo una sucesión de disparos. Luego, se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia atrás, casi a la parte opuesta de la plaza. Allí se volvieron y cargaron de nuevo sus armas.

De la calle llegó un ruido de madera destrozada y de cristales y ladrillos caídos.

Entonces tuvimos la primera visión del «tanque marino»: un objeto curvo, de grueso metal color gris, se deslizó hacia la plaza, arrastrando consigo la parte más baja de la esquina de la casa de enfrente.

Le dispararon desde una docena de sitios diferentes. Las balas se aplastaban o rebotaban sobre él sin producir efecto. Lentamente, pesadamente, con inexorabilidad, continuó su marcha, arrastrándose y chirriando sobre las piedras. Iba inclinado sobre su costado derecho, alejándose de nosotros y dirigiéndose a la iglesia, llevándose consigo un trozo más de la esquina de la casa, sin que le afectara el enyesado, los ladrillos ni las vigas que caían sobre él y se deslizaban por sus costados.

Se dispararon más tiros contra aquello, pero permanecía inmovible, introduciéndose en la plaza a una velocidad de cinco kilómetros por hora, masivamente infalible. No tardamos en verlo todo entero.

Imagínense un huevo alargado, cuya longitud ha sido partida en dos y puesta de plano sobre el suelo, con el puntiagudo extremo hacia adelante. Consideren este huevo, de una longitud comprendida entre los nueve y los diez metros, de un color pardo plomizo sin brillo, y tendrán una visión exacta del «tanque marino» que nosotros veíamos avanzar por la playa.

No había forma de ver qué lo impulsaba. Acaso tuviera ruedas debajo; pero más bien parecía, y sonaba sencillamente, arrastrarse hacia adelante con mucho ruido, sobre su barriga de metal, pero sin maquinaria. No saltaba al girar, como hacen los tanques, ni traqueteaba, como hacen los

coches. Simplemente se movía hacia la derecha, en diagonal, siempre apuntando hacia adelante. Muy cerca, detrás de él, le seguía otro, de traza exactamente similar, que se dirigía hacia la izquierda, en nuestra dirección, arrancando la esquina de la casa de enfrente mientras se acercaba. Un tercero se dirigía en línea recta hacia el centro de la plaza, donde paró.

En la parte más alejada de la plaza, el grupo que se había arrodillado en torno al sacerdote echó a correr. El sacerdote permaneció en su sitio. Impedía el paso de la cosa. Su mano derecha hizo la señal de la cruz en dirección a ella, mientras que su mano izquierda, con los dedos separados y la palma vuelta hacia la cosa, se alzaba indicándole que parase. La cosa continuó su marcha, ni más de prisa ni más despacio, como si el sacerdote no estuviera allí. Su curvado flanco le empujó ligeramente a un lado cuando llegó a su altura. Luego, se paró también.

Pocos segundos después, el que se dirigía en nuestra dirección por la plaza alcanzó lo que, al parecer, era la posición señalada, y se paró también.

-La tropa alcanza su primer objetivo según órdenes -dije a Phyllis mientras veíamos los tres artefactos situados estratégicamente en la plaza-. Esto no es accidental. Y ahora, ¿qué?

Durante medio minuto casi no pareció que iba a suceder nada. Hubo un ligero tiroteo más esporádico, procedente de alguna de las ventanas de la plaza que, en todo su alrededor, estaban llenas de gentes pendientes de ver lo que sucedería a continuación. Ninguno de los disparos hizo efecto sobre los blancos, existiendo cierto peligro a causa de los rebotes de las balas.

-¡Mira! -exclamó Phyllis de pronto-. Ése se está combando.

Señalaba al más próximo a nosotros. Efectivamente, la parte superior estaba desfigurándose en su punto más alto, formando una pequeña excrescencia en forma de cúpula. Su color era ligeramente más fuerte que el metal de debajo: una especie de sustancia semiopaca, tirando a blanco, que relucía viscosamente a la luz de los focos. Mientras la observábamos, aumentaba.

-Todos están haciendo lo mismo -añadió.

Hubo un disparo aislado. La excrescencia se estremeció, pero continuó dilatándose. Ahora aumentaba más deprisa. Ya no tenía forma de cúpula, sino de esfera, unida al metal por una especie de cuello, hinchado como un globo y se inclinaba ligeramente a medida que la excrescencia se distendía.

-Va a estallar. Estoy segura -dijo Phyllis aprensiva.

-Hay otras detrás que empiezan a crecer -dije-. Dos más, mira.

La primera excrescencia no estalló. Ya tenía casi sesenta centímetros de diámetro y continuaba hinchándose.

-*Tiene* que estallar pronto -musitó Phyllis.

Pero aún no lo hizo. Continuó dilatándose hasta adquirir un diámetro de metro y medio aproximadamente. Entonces dejó de crecer. Producía la impresión de una vejiga gigantesca y repulsiva.

La animaba un ligero temblor. De pronto, se desprendió de su cuello y se bamboleó en el aire como una gigantesca pompa de jabón.

Ascendió con inseguridad unos tres metros. Cuando alcanzó esa altura vaciló, convirtiéndose en una esfera más estable. Luego, de repente, le sucedió algo. No estalló. No hubo tampoco ningún ruido. Más bien pareció abrirse suavemente, como les ocurre a los capullos, en un florecimiento instantáneo, esparciendo en todas direcciones un amplio número de pelitos blancos.

La reacción instintiva era apartarse de un salto de la ventana para evitarlos. Y así lo hicimos.

Cuatro o cinco de los pelitos, como largas puntas de látigo, volaron en torno de la ventana, entraron en la habitación y cayeron al suelo. Casi inmediatamente de ponerse en contacto con él, comenzaron a contraerse y removerse. Phyllis dio un grito estridente. Miré a su alrededor. No todos los pelitos habían caído al suelo. Uno de ellos había posado su longitud sobre el antebrazo derecho de mi mujer. Ya estaba contrayéndose, empujando su brazo hacia la ventana. Phyllis retrocedió. Con la otra mano intentó quitárselo, pero sus dedos se pegaron a ella tan pronto como la tocaron.

-¡Mike! -gritó-. ¡Mike!...

El pelito estaba endureciéndose, atiesándose como la cuerda de un arco. Phyllis había dado ya un



par de pasos hacia la ventana antes que yo pudiera agarrarla fuertemente. La fuerza de mi tirón la llevó al otro extremo de la habitación. No rompió la presa del pelito, pero lo apartó de la línea recta y ya no pudo ir derecho hacia la ventana, sino que se vio obligado a arrastrarse alrededor de un ángulo agudo. Y se arrastró. Tumbado ahora en el suelo, me agarré con la corva a la pata de la cama para hacer más fuerza, y me sostuve firme. Para mover a Phyllis, el pelito tendría que arrastrarme a mí también y a la cama. Por un momento creí que lo lograría. Entonces, Phyllis gritó, y se acabó la tensión.

Conseguí que rodara hacia un lado, apartándola de la línea de algo más que pudiera entrar a través de la ventana. Phyllis estaba desvanecida. Un trozo de piel, de unos diez centímetros aproximadamente, había sido arrancada limpiamente de su antebrazo derecho, y algunos más habían desaparecido de los dedos de su mano izquierda. La carne dejada al descubierto comenzaba en aquel momento a sangrar.

Afuera, en la plaza, había un pandemónium de lamentos y de gritos. Me arriesgué a sacar la cabeza por un lado de la ventana. La cosa que había estallado no estaba en el aire. Ahora era un cuerpo redondo, no mayor de sesenta centímetros de diámetro, rodeado de una irradiación de pelitos. Estaba retrocediendo con algo que había atrapado, y la tensión lo estaba manteniendo un poco separado del suelo. Algunas personas cogidas gritaban y luchaban; otras eran como un montón informe de ropas.

Entre ellas vi a la infeliz Muriel Flyng. Yacía en el suelo de espalda, arrastrada por los guijarros por un tentáculo que la agarraba por sus cabellos rojizos. Se había herido gravemente al caer al suelo cuando fue arrojada por la ventana de su habitación, y gritaba llena de terror. Leslie era arrastrada casi al lado de ella; pero, al parecer, había tenido la suerte de partirse el cuello al caer por la ventana.

En la parte más alejada de la plaza vi a un hombre corriendo con la intención de liberar a una mujer que estaba gritando; pero cuando le tocó el pelito que la sujetaba, su mano quedó pegada a él, y ambos fueron arrastrados juntos. Mientras observaba todo esto, daba gracias a Dios por haber agarrado el brazo de Phyllis y no el pelito al tratar de liberarla de él.

A medida que el círculo se contraía, los pelitos blancos se acercaban los unos a los otros. El pueblo que luchaba tocaba involuntariamente más de ellos, y cada vez quedaba más enredado en sus redes. Luchaban como moscas atrapadas a un papel atrapamoscas. Existía una implacable deliberación respecto a ello que le hacía parecer horrible, como cuando uno observa a través del objetivo de una cámara lenta.

Entonces me di cuenta de que otra de las pompas de jabón estaba balanceándose en el aire, y retrocedí apresuradamente antes que estallara.

Tres pelitos más entraron por la ventana, permanecieron por un momento como cuerdas blancas sobre el suelo y empezaron después a retroceder. Cuando hubieron desaparecido a través de la ventana, me alcé un poco para mirar por ella, otra vez. En varios sitios de la plaza había grupos de gente que luchaban desesperadamente. El primero y el más cercano se había contraído hasta que sus víctimas quedaron amontonadas formando una dura pelota de la que surgían aún algunos brazos y piernas que se movían sin remisión. Luego, mientras yo observaba, la entera masa compacta se inclinó y empezó a alejarse de la plaza rodando hacia la calle por donde habían llegado los tanques marinos.

Las máquinas, o, mejor dicho, las cosas, que aún permanecían en el mismo sitio donde habían parado, producían la impresión de gigantescas babosas grises, cada una de las cuales dedicada a producir varias de sus asquerosas pompas en diferentes etapas.

Retrocedí de nuevo cuando otra de aquellas pompas se desprendió de su babosa; pero esta vez no entró por la ventana. Me aventuré un momento para cerrar las puertas de la ventana y tuve la suerte de hacerlo a tiempo. Tres o cuatro de aquellos pelitos golpearon contra el cristal con tal fuerza que uno de ellos se rajó.

Entonces pude atender a Phyllis. La levanté del suelo y la tumbé en la cama, desgarrando un trozo de sábana para vendarle el antebrazo.

En el exterior continuaban los lamentos, los gritos y el tumulto, y entre ellos se oían algunos

tiros.

Cuando terminé de vendar el antebrazo de Phyllis, volví a mirar otra vez hacia la plaza. Media docena de objetos, que ahora parecían como duras y redondas balas de algodón, rodaban hacia la calle que conducía al puerto. Regresé de nuevo al lado de Phyllis y desgarré otro trozo de sábana para vendar los dedos de la mano izquierda de mi mujer.

Mientras lo hacía oí un ruido diferente sobre el tumulto de afuera. Dejé la venda de algodón y corrí a la ventana a tiempo de ver un avión que volaba a baja altura. El cañón situado en una de las alas comenzó a disparar, y retrocedí de nuevo, tirándome al suelo para quitarme de la línea de tiro. Hubo una espantosa explosión. Simultáneamente las ventanas se abrieron, se apagaron las luces y en la habitación entraron trozos de algo que zumbaba al pasar.

Me levanté. Las luces exteriores se habían apagado también, así, pues, era difícil averiguar qué había pasado. Sin embargo, pude ver, al otro extremo de la plaza, que uno de los tanques marinos comenzaba a ponerse en movimiento. Se deslizaba por el camino que había seguido al venir. Volví a oír el ruido del avión que regresaba, y me tumbé en el suelo otra vez.

Hubo un estallido, pero esta vez no nos atrapó su fuerza, aunque en el exterior hubo un revoltijo de cosas caídas.

-¿Mike? -dijo una voz desde la cama, una voz asustada.

-Todo está bien, querida. Estoy aquí -le respondí.

La luna brillaba aún, y ahora podía ver mejor.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Phyllis.

-Se han ido. Johnny los atacó con el avión...; al menos, supongo que era Johnny -dije-. Ahora, todo marcha bien.

-Me duele el brazo, Mike.

-Te conseguiré un médico tan pronto como me sea posible, cariño.

-¿Qué fue? Querían llevarme, Mike. Si no hubiese sido por ti...

-Ya ha terminado todo, querida.

-Yo...

Se interrumpió al oír el ruido del avión, que regresaba una vez más. Escuchamos. El cañón disparaba de nuevo, pero esta vez no hubo explosión.

-Mike, hay algo pegajoso... ¿Estás herido?

-No, cariño. No sé lo que es. Se halla sobre todas las cosas.

-Estás temblón, Mike.

-Lo siento, querida. No puedo evitarlo. ¡Oh, Phyl, querida Phyl!... Tan cerca... Si los hubieses visto..., a Muriel y a los demás... Podría haber sido...

-¡Bueno, bueno! -dijo Phyllis, como si yo fuera un niño de seis años-. No llores, Mike. ¡Todo ha pasado ya! -y continuó-: ¡Oh Mike, cómo me duele el brazo!

-Continúa echada, cariño. Iré en busca del médico -le dije.

Arranqué la puerta cerrada con una silla, y el esfuerzo me tranquilizó mucho.

A la mañana siguiente nos reunimos los que quedábamos de la expedición: Bocker, Ted Jarvey y nosotros dos. Johnny se había marchado temprano con las películas y los discos, incluyendo un informe que yo añadí más tarde como testigo ocular, dirigiéndose con todo ello a Kingston.

El brazo derecho y la mano izquierda de Phyllis estaban envueltos en vendajes. Se hallaba pálida, pero había resistido a todos los consejos que le dimos para que permaneciera en la cama. Los ojos de Bocker habían perdido por completo su acostumbrado parpadeo. Su mechón de cabellos grises caía sobre una cara que parecía más arrugada y más decrepita que la de la noche anterior. Cojeaba un poco, apoyando parte de su peso en un bastón. Ted y yo éramos los únicos ilesos. Miraba interrogativamente a Bocker.

-Si le es posible, señor -dijo-, creo que nuestro primer paso ha de ser salir de este hedor.

-Desde luego -respondió Bocker-. Ningún dolor puede compararse con estos olores. Cuanto antes mejor -añadió, y se puso en pie para conducirnos al exterior.

Las piedras de la plaza, los esparcidos fragmentos de metal que se extendían por ella, las casas que la rodeaban, la iglesia, todo lo que estaba a la vista, relucía con una costra de sustancia

viscosa, y había mucha más, que no veíamos, en casi todas las habitaciones de las casas que daban a la plaza. La noche anterior había sido sencillamente una abundante pesca con olor a salado; pero con el calor del sol actuando sobre ello, había empezado a producirse un hedor que era ahora fétido y que se estaba transformando en miasmático. A cien metros de allí se notaba mucha diferencia, y a otros cien metros más ya estábamos libres de ello, entre las palmeras que se alzaban en el límite de la playa situada en la parte opuesta de la ciudad, es decir, del puerto. Rara vez había conocido la frescura de una brisa que oliera tan bien.

Bocker se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra un árbol. Los demás nos acomodamos como pudimos, esperando a que él hablase el primero. Durante un largo rato permaneció callado. Estaba sentado inmóvil, mirando sin ver hacia el mar. Luego, suspiró:

-Alfred, Bill, Muriel, Leslie... -dijo-. Yo los traje a todos aquí. He demostrado muy poca inteligencia y consideración por su seguridad. Estoy asustado.

Phyllis se inclinó hacia adelante.

-No debe pensar así, doctor Bocker. Ninguno de nosotros *tenía* por qué venir; eso lo sabe usted. Usted nos ofreció la *oportunidad* de venir, y nosotros la aceptamos. Si... si lo mismo me hubiese ocurrido a mí, no creo que Michael le hubiese maldecido por ello, ¿verdad, Michel?

-¡Claro que no! -respondí.

Yo sabía perfectamente a quién hubiera debido maldecir más adelante..., y para siempre, sin remisión.

-Yo tampoco le hubiera maldecido, y estoy segura de que los demás pensarán lo mismo que yo -añadió, poniendo su mano derecha sobre la manga del doctor.

Él bajó la vista, y pestañeó un poco. Cerró los ojos un momento. Luego los abrió, y puso sus manos sobre las de ella. Su mirada se posó más allá de la muñeca, sobre los vendajes del antebrazo.

-Es usted muy buena conmigo, querida -dijo.

Le dio golpecitos cariñosos con la mano y a continuación se irguió en su asiento, concentrándose en sí mismo. Al poco rato, dijo con tono de voz completamente diferente:

-Hemos conseguido algunos resultados. Tal vez no tan exclusivos como esperábamos; pero, al menos, sí pruebas tangibles. Gracias a Ted, nuestro país podrá ver contra qué estamos luchando, y gracias a él también, tenemos la primera muestra.

-¿Muestra? -preguntó Phyllis, repitiendo la palabra-. ¿De qué?

-De un trozo de una de esas cosas tentaculares -le contestó Ted.

-¿Cómo fue posible...?

-En realidad, fue una suerte. Escuche: cuando estalló la primera pompa, nada especial entró por la ventana de mi habitación; sin embargo, pude ver lo que estaba sucediendo en otros sitios. Así, pues, abrí mi navaja y la puse a mano sobre el alféizar, por si las moscas. Cuando al estallar la segunda pompa entró una de esas cosas por la ventana y la sentí sobre mi hombro, inmediatamente cogí la navaja y, antes que empezara a actuar, la corté. Huyó, pero quedó detrás de ella un trozo de unos cuantos centímetros, que cayó al suelo, se retorció un par de veces y, al fin, quedó enroscado. Lo hemos expedido con Johnny.

-¡Uf! -exclamó Phyllis.

-En lo futuro, también nosotros llevaremos navajas -dije.

-Tenga en cuenta que son muy listos. Además, son espantosamente correosos -advirtió Ted.

-Si encuentra usted otro trozo de eso, me gustaría verlo para examinarlo -dijo Bocker-. Decidimos que ése era mejor enviarlo a los peritos. Verdaderamente, hay algo muy especial en estas cosas. Lo fundamental es bastante evidente: proceden de alguna especie de anémona marina... Pero ¿si han nacido esas cosas o si han sido construidas según un modelo básico...? -se encogió de hombros sin terminar la pregunta-. Yo encuentro algunos puntos extremadamente turbios. Por ejemplo, ¿cómo hacen para coger las cosas animadas, aun cuando estén vestidas, y no atacan a las cosas inanimadas? Y también, ¿cómo es posible que puedan regresar al agua por el mismo camino de ida en lugar de tratar sencillamente de alcanzarla por el camino más cercano?... La primera de estas preguntas es la más significativa. Comporta propósitos

especializados. *Se emplean* las cosas, ¿comprenden? Pero no como armas, en el sentido corriente de la palabra; no sólo para destruir, eso es. Son más bien cepos, trampas- Durante un rato estuvimos pensando en tal hipótesis.

-Pero... ¿Por qué...? -preguntó Phyllis.

Bocker frunció el ceño.

-¿*Porqué?* -repitió-. Todo el mundo se ha estado preguntando continuamente: «¿Por qué?»— ¿Por qué surgen las cosas de las profundidades? ¿Por qué no permanecen en tierra? ¿Por qué salen de las profundidades en dirección a tierra? Y también, ¿por qué nos atacan de esta forma y no de otra? ¿Cómo es posible que sepamos las contestaciones a estas preguntas hasta que descubramos más qué clase de criaturas son? El punto de vista humano sugiere dos motivos—, pero eso no quiere decir que ellos no tengan otros motivos particulares completamente distintos a los nuestros.

-¿Dos motivos? -preguntó Phyllis, suavemente.

-Sí. Pueden estar tratando de exterminarnos. Todo cuanto nosotros podemos decir es que ellos pueden hallarse bajo la impresión de que nosotros *tenemos que* vivir en las costas, y que ellos pueden borrarlos gradualmente de esta forma; tampoco sabemos nosotros cuánto saben ellos de nosotros. Pero no creo que sea ése su propósito... teniendo en cuenta su táctica de llevarse a sus víctimas rodando hacia el mar... Al menos, no completamente. Los celentéreos podían más fácilmente aplastarlas y abandonarlas. Así, pues, parece como si existiera otro motivo..., sencillamente el que ellos encuentran en nosotros y tal vez en otros seres terrestres, si recuerdan la desaparición de las cabras y las ovejas de Saphira..., que somos buenos para comer. O bien, ambos motivos: muchas tribus tienen la costumbre, establecida de antiguo, de comerse a sus enemigos.

-¿Quiere usted decir que son... bueno..., una especie de comedores de nosotros? -preguntó Phyllis inquieta.

-Bueno, nosotros, los seres terrestres, echamos anzuelos y redes al mar para comernos lo que ellos cogen. ¿Por qué no ha de existir un proceso inverso, utilizado por seres marinos inteligentes? Como es lógico, lo que les estoy exponiendo es una hipótesis humana. Eso es lo que todos nosotros estamos tratando de hacer con nuestros porqués. Lo malo de esto es que todos hemos leído muchos relatos en que los invasores se comportan y proceden como seres humanos, a pesar del tipo o de la forma que puedan tener, y no podemos concebir la idea de que puedan comportarse de modo diferente a como nosotros pensamos. Efectivamente, no existe razón alguna para que sea así; en cambio, hay muchas razones para que no sea así.

-¡Comedores! -repitió Phyllis, pensativa-. ¡Es horrible! Pero puede ser.

Bocker dijo con firmeza:

-Dejaremos a un lado estos porqués. Tal vez sepamos más de ellos más adelante, o no. Ahora lo importante es el cómo: *cómo* parar las cosas y *cómo* atacarlas.

Hizo una pausa. Debo confesar que yo continué pensando en los porqués... y experimentando la sensación de que, aunque el significado fuera exacto, Phyllis debería haber elegido un término más agradable y más digno que el de «comedores».

Bocker continuó hablando.

-Al parecer, los disparos de los fusiles corrientes no producen efecto alguno en esos tanques marinos ni en esas cosas con aspecto de pompas de jabón..., a menos que sean vulnerables en sitios que no fueron encontrados. No obstante, las balas de los cañones pueden romper la cubierta. La manera en que entonces se desintegran sugiere que está ya bajo una tensión muy fuerte, y no muy lejos de romperse. De esto podemos deducir que en el caso de April Island hubo un disparo afortunado o se empleó una granada. Lo que vimos anoche explica razonablemente los relatos de los nativos sobre ballenas y babosas. Esos tanques marinos, a cierta distancia, pueden ser tomados por ballenas. Y respecto a las «babosas», no se equivocaron mucho- Indudablemente, las cosas, deben de hallarse muy íntimamente relacionadas con los celentéreos... Respecto a los tanques marinos, su contenido parece ser, simplemente, masas gelatinosas aprisionadas bajo enorme presión... Pero es difícil creer que eso pueda ser realmente

así. Aparte de cualquier otra consideración, es evidente que hay que pensar en la existencia de algún mecanismo capaz de impulsar esos cascos inmensamente pesados. Esta mañana fui a examinar el camino por donde habían pasado. Algunas de las piedras están hundidas y otras partidas debido al peso de esos armatostes; pero no pude encontrar ninguna huella ni nada que demostrase que las cosas avanzaban por medio de tentáculos como yo creía. Me parece que, por ahora, hemos fracasado... Indudablemente, existe una inteligencia de alguna clase..., aunque no parece ser muy alta ni tampoco muy bien coordinada. De todas formas, fue un acierto conducirlos desde el muelle a la plaza, que era el mejor sitio donde podían operar.

-Hemos visto tanques del Ejército llevarse las esquinas de las casas como éstos hicieron -observé.

-Ésa es una posible indicación de coordinación pobre -replicó Bocker, en cierto modo molesto-. Bien. ¿Tienen ustedes que añadir alguna observación a lo que acabo de decir?

Miró a su alrededor inquisitivamente.

-¿No hay nada más? ¿Nadie observó si los disparos producían algún efecto sobre esas formas tentaculares? -preguntó.

-Por lo que yo pude ver, o los disparos se hacían a tontas y a locas, o las balas atravesaban los tanques sin producirles daño -le dijo Ted.

-¡Hum! -gritó Bocker, y permaneció pensativo durante un rato.

-¿Qué? -le pregunté.

-Estaba diciendo justamente «celentéreos tentaculares de mil brazos».

-¡Oh! -exclamé.

Nadie hizo comentario. Los cuatro continuamos sentados mirando hacia el inocente y azulado mar.

Entre los periódicos que adquirí en el aeropuerto de Londres se hallaba un ejemplar de *The Beholder* de aquel día. Aunque no dejo de admitir que posee sus méritos y, en ciertos asuntos, sus criterios son bastante buenos, siempre me produce la impresión de que es más dado a expresar primero sus prejuicios y después sus pensamientos. Tal vez lo dejara para el día siguiente. Sin embargo, descubrí en este ejemplar un artículo titulado: *El doctor Bocker aparece otra vez*, que no alteró mi impresión. El texto se expresaba aproximadamente así:

«Ni el valor del doctor Alistair Bocker, yendo al encuentro de un dragón submarino, ni su perspicacia en deducir correctamente dónde podría encontrarse al monstruo, puede discutirse. Las horribles y fantásticamente repulsivas escenas que la E.B.C. nos presentó en nuestros hogares el jueves pasado hicieron que nos maravilláramos más de que una parte de la expedición sobreviviera, que del hecho de que cuatro de sus miembros perdieran la vida. El propio doctor Bocker ha de ser felicitado por haber escapado a costa de una simple torcedura de tobillo cuando le arrancaron zapato y calcetín, así como otro de los miembros de la expedición por su extraordinario rescate.

»Sin embargo, aunque este asunto fue horrible y valioso, como pueden probarlo algunas de las observaciones del doctor al sugerir contramedidas, sería un error para él suponer que se le ha concedido ya una licencia ilimitada para readoptar su primitivo papel como primer espantapájaros mundial.

»Nos inclinamos a atribuir su sugerencia de que deberíamos proceder de inmediato a preparar virtualmente para la batalla toda la línea costera occidental del Reino Unido como efecto para realizar modernos experimentos enervantes sobre un temperamento que nunca ha huido de lo sensacional, más que como para obtener conclusiones de madurada consideración.

«Analizaremos la causa de esta recomendación que limita con el pánico. Es la siguiente: un número de pequeñas islas, todas ellas situadas dentro de los trópicos, han sido atacadas por alguna influencia marina de la que nosotros, hasta el momento, sabemos muy poco. En el transcurso de estos ataques han perdido la vida algunos centenares de personas..., cuyo número, en realidad, no es superior al de las que mueren en las carreteras en pocos días. Esto es lamentable y desagradable; pero apenas tiene fuerza para apoyar la sugerencia de que nosotros, situados a miles de kilómetros del más cercano de esos incidentes, hayamos de proceder, a

expensas de los contribuyentes, a rodear nuestras costas de armas y vigilantes. De seguir esta táctica, hubiéramos tenido que construir en Londres edificios a prueba de terremotos solamente por el hecho de que en Tokio se producen con frecuencia...».

Y continuaba de la misma forma. Cuando terminaron con el pobre Bocker, no había por dónde cogerlo. No le enseñé el periódico. Ya tendría tiempo de enterarse, porque *The Beholder* tenía la costumbre de machacar sin compasión.

El helicóptero nos dejó en la terminal, y Phyllis y yo aprovechamos para escabullimos cuando los periodistas cayeron sobre Bocker.

Que el doctor Bocker fuera discutido no quería decir que fuera desdeñado. La mayor parte de la prensa se había dividido en pro y en contra del sabio, y, a los pocos minutos de llegar a nuestro piso, empezaron a telefonarnos representantes de ambos campos para obtener información directa. Después de cinco o seis llamadas, aproveché un intervalo para telefonar a la E.B.C. Les dije que íbamos a descolgar el auricular y que hicieran el favor de recoger en cinta magnetofónica el nombre de los que llamaran. Así lo hicieron. A la mañana siguiente había una lista completa. Entre los que deseaban hablar con nosotros estaba el nombre del capitán Winters, con el número del teléfono del Almirantazgo al lado.

Phyllis habló con él. Nos había llamado para que le confirmáramos nuestro informe como testigos visuales y para darnos las últimas noticias de Bocker. Al parecer, insistía firmemente en la teoría anteriormente sustentada: que los tanques marinos carecían de intelecto, que este intelecto se hallaba en alguna parte de las profundidades, el cual los dirigía a distancia por algún medio hasta el momento desconocido. Pero, al parecer, la conmoción mayor la había producido el empleo de la palabra «seudocelenté-reo». Como Winters señaló:

-Dice que no son celentéreos, ni animales, ni seres vivos, en el sentido real de la palabra, sino que pueden ser muy bien construcciones orgánicas artificiales *elaboradas* con un propósito especial.

Por teléfono leyó a Phyllis el informe de Bocker sobre el asunto:

-«Es concebible que puedan construirse tejidos orgánicos de manera análoga a la empleada por los químicos para producir plásticos de una estructura molecular determinada. Si fuera posible hacer esto, y los resultados fueran suficientemente sensibles a los estímulos administrados física o químicamente, se produciría, al menos de forma temporal, un componente que un observador inepto apenas sabría diferenciar de un organismo vivo.

»Mis observaciones me llevan a sugerir que esto es lo que se ha hecho, habiendo elegido la forma del celentéreo, entre otras muchas que hubieran podido servir para el propósito, por su sencillez de elaboración. Es posible que los tanques marinos sean una variante del mismo invento. En otras palabras, estamos siendo atacados por mecanismos orgánicos dirigidos desde un control remoto o predeterminado. Si consideramos esto a la luz del control que nosotros mismos somos capaces de ejercer a distancia sobre materiales *inorgánicos*, como el de los *missiles* dirigidos, o pre-determinadamente, como se hace con los torpedos, el asunto resulta menos alarmante de lo que pareció al principio. En realidad, puede ser que, una vez averiguada la técnica de la construcción hacia una forma sistemáticamente natural, su control presente problemas menos complejos que muchos de los que nosotros hemos tenido que resolver para controlar lo inorgánico.»

-¡Oh..., oh..., oh! -exclamó Phyllis, molesta-. Me entran ganas de correr en busca del doctor Bocker y darle una paliza. Me *prometió* que no diría nada aún sobre ese pseudoasunto. Es una especie de *enfant terrible* nacido naturalmente, y eso le da derecho a una *buena* paliza. Espere a que me halle a solas con él.

-Perjudicará por completo su caso -convino el capitán Winters.

-¡Perjudicarlo! Alguien entregará eso a los periódicos y lo tomarán como otra fantasía de Bocker; todo el asunto se transformará en una payasada... y dará lugar a que las personas sensibles se pongan en contra de cuanto él diga..., ¡justamente ahora, cuando ha conseguido averiguar algo y empezaba a vivir la vida de las cosas de las profundidades!...

Siguió una semana muy mala. Aquellos periódicos que ya habían adoptado la misma actitud

desdeñosa y burlona del *The Be-holder* respecto a las fortificaciones costeras, acogieron con indescriptible júbilo las sugerencias pseudobióticas. Los escritores de editoriales llenaron sus plumas de sarcasmos y un grupo de científicos, que ya había zurrado a Bocker antes de su última expedición, lo trituraron aún más. Casi todos los caricaturistas descubrieron simultáneamente por qué sus fines políticos favoritos nunca habían parecido completamente humanos.

La otra parte de la prensa, que estaba de acuerdo con una defensa eficaz de las costas, continuó fantaseando sobre el tema de las estructuras pseudovivas que aún podían crearse, y pedía una defensa aún mayor contra las horribles posibilidades imaginadas por su plana mayor.

Entonces el capitoste informó a la E.B.C. que sus compañeros de dirección consideraban que la reputación de su producto podría dañarse si continuaba asociado a esa nueva ola de notoriedad y controversia que se había levantado en torno al doctor Bocker, y propuso cancelar los compromisos existentes. Los directores de la E.B.C. empezaron a tirarse de los pelos. Los jefes de propaganda, siguiendo los viejos métodos, opinaron que cualquier clase de propaganda era siempre beneficiosa. El capitoste habló de la dignidad y también del peligro que corría la venta del producto que ellos patrocinaban al ir asociado a las teorías de Bocker, temiendo el efecto perjudicial que eso podría tener en los grandes mercados. La E.B.C. paró el golpe haciendo observar que la publicidad hecha había ligado para siempre los nombres de Bocker y del producto en el pensamiento público. Nada se ganaría con dar marcha atrás; por tanto, consideraban que la firma debía continuar adelante, haciendo lo posible por sacar el mayor valor al dinero invertido.

El capitoste respondió que su firma había intentado contribuir seriamente a la instrucción y a la seguridad pública organizando una expedición científica, no una vulgar payasada. Por ejemplo, justamente la noche anterior uno de los propios cómicos de la E.B.C. había sugerido que la pseudovida podía explicar un misterio mucho tiempo latente referente a su suegra, y si esas cosas iban a continuar sucediendo, etcétera. La E.B.C. prometió que, en lo sucesivo, esas cosas no contaminarían la atmósfera, y señaló que si no se daban las series programadas sobre la expedición Bocker después de las promesas hechas, gran número de consumidores del producto pensarían, verosímelmente, que la firma que encabezaba el capitoste que las había apadrinado no era digna de confianza...

Los miembros de la E.B.C. desplegaron una simpatía tremendamente cortés hacia cualquier componente de nuestra expedición que tenían la suerte de encontrar.

Sin embargo, el teléfono continuaba aún trayendo sugerencias y suaves cambios de política. Nosotros hicimos lo que nos pareció mejor. Escribimos sin parar, procurando satisfacer a todas las partes. Fueron explosivas dos o tres conferencias precipitadas con el propio doctor Bocker, que se pasó la mayor parte del tiempo amenazando con echarlo todo a rodar porque la E.B.C., demasiado evidentemente, no le había puesto junto a un micrófono para hablar en directo, sino que insistía en grabar cintas magnetofónicas.

Al fin estuvieron terminados los relatos. Estábamos demasiado cansados de ellos para discurrir algunos más. Hicimos, pues, nuestro equipaje precipitadamente y nos marchamos sin conmiseración hacia la paz y la soledad de Cornwall.

La primera cosa perceptible cuando nos acercamos a Rose Cottage fue una innovación.

-¡Cielos! -exclamé-. Tenemos algo perfectamente bueno dentro de casa. Si espero a venir aquí a sentarme al aire libre, es porque muchos de tus sesudos amigos...

-Es un emparrado -me interrumpió Phyllis con frialdad.

Lo mire con más detenimiento. La arquitectura se salía de lo normal. Hasta una de las paredes me produjo la impresión de que estaba un poco inclinada.

-¿Para qué necesitamos un emparrado? -pregunté.

-Bueno, a uno de nosotros puede gustarnos trabajar ahí los días que sean muy calurosos. Frena el viento y evita que vuelen los papeles.

-¡Oh! -exclamé.

Con tono defensivo en la voz, añadió:

-Después de todo, cuando uno está enladrillando, tiene que construir *algo*.

¡Qué alivio estar de regreso! Era difícil, hallándose allí, creer que existía en el mundo un lugar llamado La Escondida, y aún más difícil creer en tanques marinos y en gigantescos celentéreos, falsos o no. A pesar de todo, no me consideraba capaz de relajarme a gusto, de descansar como esperaba...

Durante la primera mañana, Phyllis sacó las cuartillas de su frecuentemente abandonada novela y con aire desafiante las llevó al emparrado. Vagabundé por los alrededores, preguntándome por qué la sensación de paz que yo esperaba no flotaba sobre mí. El mar continuaba azotando la costa como desde tiempo inmemorial. En realidad, era difícil imaginar novedades tan morbosas como las que se habían deslizado por las playas de La Escondida. Bocker aparecía, en el recuerdo, como un duendecillo travieso en posesión de un poder de alucinación. Fuera de su espacio, el mundo era un lugar espléndido, perfectamente ordenado. Al menos, así parecía por el momento; aunque he de confesar que esta opinión no me duró mucho, sobre todo cuando, pocos días después, dejando aparte mi juicio particular, eché sobre él una mirada más general.

El transporte aéreo nacional funcionaba ya, aunque cubriendo nada más que las necesidades primordiales. Se había descubierto que dos enormes transportes aéreos volando a todo motor podían realizar en menos tiempo el mismo servicio que los buques de mercancía en un tiempo mayor; pero el coste era muy elevado, y a pesar del sistema de racionamiento, el coste de la vida se había elevado ya en un doscientos por ciento aproximadamente.

Reducido el comercio a lo esencial, se hallaban en sesión casi permanente media docena de conferencias económicas. La sensación general era que se hacía necesario un incremento en el impuesto de lujo. No había duda de que se estaba fraguando un rígido reajuste de tarifas.

Aún se encontraban algunos barcos cuya tripulación estaba dispuesta a hacerse a la mar; pero las compañías de seguros elevaron su prima de tal forma, que sólo podía pagarse cuando las necesidades del transporte lo hacían indispensable.

Alguien, en alguna parte, se había dado cuenta, en un momento de inspiración, de que por todo barco perdido se cobraba un buen seguro, y hubo en todo el mundo un frenético deseo de fletar buques de todas clases y modelos. También hubo una propuesta de construir transatlánticos en masa, pero se pensó que eso llevaría mucho tiempo.

En todos los países marítimos, los jóvenes trabajaban firmemente. Todas las semanas se sacaban a la luz nuevos proyectos, algunos con bastante éxito para ponerlos en práctica..., pero casi nunca llegaban a prosperar. Sin embargo, era indudable que algún día los científicos encontrarían la respuesta a todo aquello... y siempre podía ser el día siguiente.

Por lo que yo pude enterarme, la fe general en los científicos era ahora, en cierto modo, superior a la de los científicos en sí mismos. Su fracaso como salvadores empezaba a oprimirlos. Su principal dificultad no era tanto su infecundidad de invención como su falta de información. Necesitaban más datos, y no podían obtenerlos. Uno de ellos me indicó:

-Si usted intenta hacer una trampa para cazar un fantasma, ¿cómo se las compondría?... Sobre todo, si no tiene a mano un pequeño fantasma para practicar...

Estaban preparados para atrapar una brizna de paja..., lo cual podía ser muy bien la razón de que solamente entre una sección desesperada de los científicos se hubiera tomado muy en serio la teoría de Bocker sobre las formas pseudobióticas.

En cuanto a los tanques marinos, los periódicos más decididos les dedicaron mucho tiempo y espacio; de esta forma se convirtieron en noticias giratorias. Partes seleccionadas de las películas de La Escondida se pasaron con nuestros relatos en la E.B.C. A la B.B.C se le entregaron unas secuencias para que las diera en sus noticias. Se trataba de una cortesía por nuestra parte. En realidad, la tendencia a considerar las cosas en una extensión que estaba causando alarma me extrañó hasta que descubrí que, en ciertos barrios, todo lo que entretenía la atención, apartándola de los quebraderos de cabeza domésticos, se consideraba magnífico, y no había duda de que los tanques marinos cumplían a la perfección este propósito.

Sin embargo, sus devastaciones se iban convirtiendo en asuntos muy serios. En el corto plazo de tiempo que había transcurrido desde que nos marchamos de La Escondida, tuvimos noticias de que habían sido invadidos diez u once lugares situados en el área del Caribe, entre ellos una



ciudad marítima de Puerto Rico. Solamente la rápida actuación de los aviones de la base norteamericana de las Bermudas cortó un ataque más al interior. Pero ésta fue una acción en corta escala comparada con lo que estaba sucediendo en la otra parte del mundo. Informes, al parecer dignos de crédito, hablaban de una serie de ataques realizados en la costa oriental del Japón. En Hokkaido y en Honshu habían tenido lugar ataques realizados por una docena o más de tanques marinos. Más al sur, en la zona del mar de Banda, los informes eran confusos, pero, evidentemente, relacionados con un considerable número de ataques en varias escalas. Mindanao iba en cabeza al anunciar que cuatro o cinco de sus ciudades costeras orientales habían sido atacadas simultáneamente, en una operación en la que debieron de utilizarse por lo menos sesenta tanques marinos.

Para los habitantes de Indonesia y de las Filipinas, esparcidos por innumerables islas situadas en alta mar, la perspectiva era muy diferente a la que hacían frente los británicos, reunidos en su isla, con un somero mar del Norte, que no mostraba señales de anormalidad a su espalda. Entre los isleños, los informes y los rumores se esparcían como un reguero de pólvora, haciendo que todos los días miles de personas abandonaran las costas y huyeran llenas de pánico tierra adentro. Algo parecido, aunque no a la misma escala de pánico, sucedía, al parecer, en las Indias Occidentales.

Comencé a darme cuenta de un hecho que nunca había imaginado. Los informes relataban la existencia de cientos, tal vez de miles de esos tanques marinos..., cifras que indicaban no unos esporádicos ataques, sino una campaña ofensiva.

-Se les deben proporcionar defensas o dar al pueblo los medios para que se defiendan por sí mismo -dije-. No se puede asegurar la economía en un lugar donde todo el mundo tiene miedo a permanecer cerca de la costa. Hay que hacer todo lo posible por el pueblo que trabaja y vive allí.

-Nadie sabe en dónde atacarán la próxima vez, y hay que actuar sobre la marcha cuando tal cosa ocurre -respondió Phyllis—. Eso significaría poner las armas en manos del pueblo.

-Bien. Entonces, habrá que entregarle armas. ¡Caramba, no es función del Estado privar a su pueblo de los medios de autoprotección!

-¿No? -preguntó Phyllis, reflexiva.

-¿Qué quieres indicar?

-¿No has considerado como un hecho extraño que todos nuestros gobiernos, que no se cansan en afirmar que gobiernan por la voluntad del pueblo, evitan el riesgo de poner las armas en manos de sus súbditos? ¿No es casi un principio que a un pueblo no se le puede consentir que se defienda por sí mismo, sino que se le debe obligar a defender a su gobierno? El único pueblo conocido que goza de la confianza de su gobierno es el suizo, y, por ser un país interior, no tiene nada que hacer en este asunto.

Estaba asombrado. La respuesta de mi mujer se hallaba fuera de lo normal. Phyllis me daba la impresión de que también estaba cansada.

-¿Qué te pasa, Phyllis?

Se encogió de hombros.

-Nada, excepto que a veces me siento fastidiada de tener que aguantar tantos fingimientos y engaños, y admitir que las mentiras no son mentiras y la propaganda no es propaganda. Procuraré apartarlo de mi mente otra vez... ¿No deseas algunas veces haber nacido en la Era de la Razón, en lugar de en la Era de la Razón Aparente? Estoy segura de que dejarán que esas horribles cosas maten a miles de personas antes de arriesgarse a entregarles armas bastante poderosas para defenderse por sí mismas. Y expondrán argumentos poderosísimos de por qué es mejor así. ¿Qué importan unos miles o unos millones de seres? Las mujeres continuarán pariendo, dando hombres al mundo. Pero los gobiernos son importantes... No se les debe poner en peligro.

-Cariño...

-Por supuesto, habrá indicios de que se tomarán medidas. Acaso se instalen pequeñas guarniciones en lugares importantes, estratégicos. Los aviones estarán preparados para acudir a la menor llamada..., y acudirán después que haya sucedido lo peor..., cuando los hombres y las

mujeres hayan sido atados, amontonados y echados a rodar por esas horribles cosas, y las muchachas, cogidas por el pelo, hayan sido arrastradas por el suelo como la pobre Muriel, y las personas hayan sido partidas en dos, como aquel hombre que fue cogido por dos de ellos a la vez..., *entonces* los aviones llegarán, y las autoridades declararán que lamentan haber llegado un poco tarde, pero que existen dificultades técnicas en tomar medidas adecuadas. Ese es el modo corriente de actuar, ¿no?

-Pero, Phyllis, cariño...

-Sé, Mike, lo que vas a decirme, pero *estoy* asustada. Nadie *hace* en realidad nada. No existe realización, ni un genuino intento de cambiar las fórmulas para enfrentarse con ello. Los barcos navegan lejos de los mares profundos; Dios sabe cuántos de esos tanques marinos estarán preparados para atacar, atrapar y llevarse a las personas. Nos dicen, «¡Querido, querido! ¡Qué pérdida comercial!», y hablan, hablan, hablan, como si todo fuera a terminarse con sólo hablar mucho. Cuando alguien como Bocker sugiere que se *debe hacer algo*, lo echan por tierra y le tachan de sensacionalista... o de alarmista. ¿Cuántas personas consideran que deben morir antes de que *deban* hacer algo?

-Pero ellos están intentando, ya lo sabes, Phyllis...

-¿Que lo están intentando? Creo que están contrapesando las cosas todo el tiempo. ¿Cuál es el coste mínimo a que puede conservarse el prestigio político en las actuales condiciones? ¿Cuántas pérdidas de vida necesitará el pueblo antes que ellos lo consideren un peligro? ¿Sería o no inteligente declarar la ley marcial? Etcétera, etcétera. En lugar de admitir la existencia del peligro y actuar en consecuencia... ¡Oh, yo podría...!

Se calló de repente. Su expresión cambió.

-Lo siento, Mike. No debería haber expuesto teorías como éstas. Debo de estar cansada, o algo por el estilo.

Y se alejó de mí con el decidido propósito de que no la siguiera.

Aquella explosión me perturbó de mala manera. Nunca la había visto en un estado semejante desde hacía muchísimos años. Efectivamente, desde que murió nuestro bebé.

A la mañana siguiente no sucedió nada que me tranquilizara. Di la vuelta al *cottage* y me la encontré sentada en aquel ridículo emparrado. Sus brazos estaban extendidos sobre la mesa delante de ella; su cabeza descansaba sobre ellos, con los cabellos desparramados encima de las desordenadas cuartillas de la novela. Estaba llorando desesperadamente, firmemente.

Le levanté la barbilla y la besé.

-Cariño..., cariño..., ¿qué te...?

Me miró con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas. Dijo, desconsolada:

-No puedo hacerlo. Me es imposible trabajar.

Miró desesperada a las cuartillas escritas. Me senté a su lado y le rodeé el busto con mi brazo.

-No importa, querida. Ya lo harás...

-No, Mike. Cada vez que lo intento, otros pensamientos acuden en su lugar. Estoy atemorizada.

La abracé con fuerza.

-No hay motivo alguno para que estés atemorizada, cariño.

Alzó los ojos hacia mí.

-¿Tú no estás asustado? -me preguntó.

-Nos hacemos viejos -le respondí-. Hemos gastado demasiadas energías en escribir nuestros relatos. Vámonos a la costa norte. Tal vez sea un buen día hoy para hacer esquí náutico.

Se enjugó suavemente los ojos.

-Muy bien -respondió, con una mansedumbre desacostumbrada.

Realmente necesitábamos relajarnos para conseguir que desapareciera el temor concentrado en nosotros. Así, pues, descansamos completamente durante seis semanas. No escribimos ningún relato, no atendimos al teléfono, no pusimos la radio, no hicimos caso de la novela.

Claro está que estas seis semanas me habían convertido en un adicto a esta vida y hubiera continuado con ella muchas semanas más si el azar no me hubiera conducido una tarde a las seis a una pequeña taberna.

Cuando me hallaba sentado a la barra tomando mi segunda caña de cerveza, el tabernero puso la radio para oír el boletín de noticias. Toda la torre de marfil que yo había levantado con tanto cariño se vino abajo a las primeras frases. La voz del locutor decía:

«Aún no conocemos todos los detalles de la acción de esos desconocidos en el distrito Oviedo-Santander, y las autoridades españolas creen que nunca podrán conocerse definitivamente. Los medios oficiales admiten que el cálculo de tres mil doscientos accidentes, incluyendo hombres, mujeres y niños, hay que tomarlo con reserva, pues acaso sea un quince o un veinte por ciento inferior a la cifra actual.

»Hoy, en el Parlamento, el jefe de la oposición, tras expresar el sentimiento de simpatía por su partido hacia el pueblo español, corroborando las palabras del primer ministro, señaló que los accidentes en esta tercera serie de ataques, el realizado contra Gijón, hubiera sido considerablemente más grave si el pueblo no hubiera realizado la defensa por sus propias manos. El pueblo, dijo, estaba autorizado para defenderse. Fue excelente decisión del gobierno proveerle de armas. Si un gobierno descuida tal deber, nadie puede condenar a un pueblo por dar los pasos necesarios para llevar a cabo su propia protección. Sería mucho mejor estar preparado con una fuerza organizada.

»El primer ministro replicó que la naturaleza de los pasos que se dieran, si fuera necesario, estaría dictada por la emergencia, si alguna surgiera. Continuó diciendo que aquéllas eran aguas profundas. En cambio, era un consuelo considerar que las Islas Británicas se hallaban situadas en aguas poco profundas».

El tabernero se acercó a la radio y la apagó.

-¡Caramba! -exclamó-. Se estomaga uno. Siempre el mismo tema sangriento. Le tratan a uno como si fuera un conjunto de muchachos sanguinarios. Lo mismo que durante la guerra. Los guardias vigilando, a la caza de los terribles paracaidistas, y todos con el espíritu sanguinario a cuestas. Como alguien dijo: «Pero ¿qué clase de pueblo sanguinario creen ellos que somos?».

Le ofrecí una copa, diciéndole que hacía muchos días que no oía ninguna noticia, y le pregunté qué pasaba. Dejando a un lado su monotonía adjetiva, y completando la información con lo que pude enterarme más tarde, resumiré lo que me dijo: Durante las pasadas semanas, los ataques se habían extendido más allá de los trópicos. En Bunbury, a unos doscientos kilómetros aproximadamente de Fremantle, en Australia Occidental, un contingente de cincuenta o más tanques marinos habían desembarcado e invadido la ciudad antes que se diera ninguna señal de alarma. Unas cuantas noches después, La Serena, en Chile, fue tomada igualmente por sorpresa. Al mismo tiempo, en el área de Centroamérica, los tanques habían cesado de ser dirigidos hacia las islas, y había habido un número de incursiones, grandes y pequeñas, contra las costas del golfo de México y del Pacífico. En el Atlántico, las islas de Cabo Verde habían sido atacadas repetidamente, y la acción se había extendido hacia el norte, hacia las islas Canarias y de Madeira. Se habían llevado a cabo algunos asaltos en pequeña escala, también contra la costa africana.

Europa permanecía como espectador interesado. En opinión de sus habitantes, su base de estabilidad es firme. Los huracanes, las tempestades, los terremotos, etc., son extravagancias excelentemente dirigidas para que sucedan en las partes más exóticas y menos sensibles de la Tierra; todos los daños europeos importantes fueron causados, tradicionalmente, por el propio hombre en periódicos accesos de locura. Por eso, no se esperaba en serio que el peligro se acercara más acá de la isla de Madeira... o, acaso, de Rabat o Casablanca.

Por consiguiente, cuando, cinco noches antes, los tanques marinos se arrastraron por el fango, cruzaron la playa y subieron hasta Santander, no se encontraron solamente con una ciudad desprevenida, sino también carente de toda clase de información sobre ellos.

Alguien telefoneó a la guarnición del cuartel que submarinos desconocidos estaban invadiendo el puerto; alguien también llevó la noticia de que los submarinos estaban desembarcando tanques, y alguien más contradujo la anterior información asegurando que los propios submarinos eran anfíbios. Puesto que algo era cierto, aunque oscuro y extraño, los soldados salieron a investigar.

Los tanques marinos continuaban su marcha lentamente. Los soldados, cuando llegaron, se

vieron forzados a abrirse camino por entre masas de habitantes en oración. En varias calles, las patrullas llegaron a una decisión similar: si se trataba de una invasión extranjera, su deber era rechazarla; si se trataba de algo diabólico, la misma acción, aunque carente de efectividad, los pondría al lado de Dios. Abrieron, pues, fuego.

Después de eso, todo se había convertido en un caos de ataques, contraataques, partidismo, incompresión y exorcismo, en medio de lo cual los tanques marinos se situaron para exudar sus celentéreos revolucionarios. Sólo cuando se hizo de día y los tanques marinos se habían retirado, fue posible salir de la confusión; pero para entonces habían desaparecido dos mil personas aproximadamente.

-¿Cómo es posible que desaparecieran tantas? ¿Es que todo el pueblo se había echado a la calle a rezar? -pregunté.

El tabernero me contestó que, según las noticias propagadas por los periódicos, el pueblo no se dio cuenta de lo que estaba pasando. Como no había leído nada ni estaba interesado por lo que ocurría en el mundo exterior, no tuvo idea de lo que iba a suceder hasta que el primer celentéreo lanzó sus pelitos. Entonces cundió el pánico. Los más afortunados echaron a correr; los otros se refugiaron a la velocidad del rayo en las casas más cercanas.

-Debían de haberse hallado completamente a salvo allí -dije.

Pero, al parecer, yo estaba anticuado. Desde que los vimos en La Escondida, los tanques marinos habían aprendido algunas cosas; entre ellas, que si el piso bajo de un edificio se destruye, el resto se viene abajo, y una vez que los celentéreos han provocado el pánico en esas casas, comienza la demolición. El pueblo metido en los edificios tenía que elegir entre dejar que la casa se hundiera con ellos o salir precipitadamente de ellas para salvarse.

A la noche siguiente, vigilantes de varios pueblecitos y aldeas del oeste de Santander descubrieron marcas de tanques marinos dirigiéndose hacia tierra. Hubo tiempo de levantar a los habitantes y hacer que huyeran. Una unidad de las fuerzas aéreas españolas estaba preparada, y entró en acción con focos y cañones. En San Vicente volaron media docena de tanques marinos en su primer ataque, y se rechazó el resto. Los defensores consiguieron apoderarse del último de ellos cuando le faltaba pocos centímetros para sumergirse. En los otros lugares donde desembarcaron, las defensas se comportaron casi del mismo modo. No fueron soltados más de tres o cuatro celentéreos en total, y sólo una docena, aproximadamente, de pueblerinos fue apresada por ellos. Se estimaba que unos cincuenta tanques marinos habían tomado parte en la acción, de los cuales sólo habían vuelto a las profundidades del mar cuatro o cinco. Era una magnífica victoria, y el vino corrió en abundancia para celebrarla.

A la noche siguiente, hubo vigilantes a lo largo de toda la costa, preparados para dar la voz de alarma en cuanto la primera joroba oscura hiciera su aparición fuera del agua. Pero durante toda la noche las olas acariciaron suavemente las playas, sin que nada interrumpiera ni rompiera su monótona placidez. A la mañana siguiente se vio claro que los tanques marinos, o quienes los dirigieran, habían aprendido una dolorosa lección. Los pocos que sobrevivieron al ataque estaban, por lo visto, dispuestos a invadir lugares menos alertados.

Durante el día amainó el viento. Por la tarde se levantó niebla, que por la noche espesó, impidiendo toda visibilidad a pocos metros de distancia. En alguna parte, aproximadamente a las diez y media de la noche, los tanques marinos, comenzaron a surgir pausadamente de las tranquilas aguas de Gijón, sin un solo ruido que revelara su presencia hasta que sus barrigas metálicas empezaron a arrastrarse cuesta arriba. Los pocos barcos que estaban anclados todavía en el muelle fueron apartados a un lado o aplastados por el avance de los tanques marinos. Fue el crujido del maderamen lo que sacó a los hombres de las posadas situadas a orillas del mar para investigar.

Con la niebla podían ver poco. El primer tanque marino debió de enviar pompas de celentéreos por los aires antes que los hombres se dieran cuenta realmente de lo que estaba sucediendo, porque ahora todo eran gritos, aullidos y confusión. Los tanques marinos avanzaban lentamente a través de la niebla, crujendo y chirriando por las estrechas calles, mientras que detrás de ellos continuaban saliendo del agua muchos más. El muelle se vio invadido por el pánico. La gente

huía corriendo de un tanque para tropezar con otro. Sin esperar a nada, unos pelitos en forma de látigo fustigaron en la niebla, encontrando sus víctimas y empezando a contraerse. Un poco después hubo un pesado chapoteo mientras rodaban con sus fardos por el malecón, en su retirada hacia el agua.

La alarma, corriendo ciudad arriba, llegó a la comisaría. El oficial de servicio dio por teléfono la señal de alerta. Escuchó y, luego, colgó el auricular lentamente.

-Nos prepararemos -dijo-, aunque no creo que podamos hacer nada.

Dio orden de sacar los fusiles y de que se entregaran a todo hombre capaz de manejarlo.

-No conseguiremos nada, pero puede haber suerte. Vigilen atentamente, y si encuentran un punto vital, informen en seguida.

Despachó a los hombres con poca esperanza de que pudieran ofrecer algo más que una escasa resistencia. Oyó ruido de disparos. De pronto hubo una explosión que hizo temblar los cristales de las ventanas; luego, otra. Sonó el teléfono. Una voz nerviosa explicó que un grupo de trabajadores portuarios estaba arrojando cartuchos de dinamita y de gelignita debajo de los tanques marinos que avanzaban. Otra explosión conmovió de nuevo las ventanas. El oficial actuó deprisa.

-Perfectamente. Busquen al jefe. Autorícele de mi parte. Procure que sus hombres despejen a la gente -ordenó.

Esta vez no fue muy sencillo intimidar a los tanques marinos, siendo difícil obtener datos e informes. Se estimó que el número de los destruidos oscilaba entre treinta y setenta, hallándose el número de los que intervinieron entre cincuenta y ciento cincuenta. Según estas cifras, la fuerza tuvo que ser considerable, y la presión cesó únicamente un par de horas antes de amanecer.

Cuando salió el sol para disipar lo que quedaba de niebla, alumbró una ciudad mutilada en parte y completamente cubierta de sustancia viscosa; pero también una población que sentía, a pesar de algunos centenares de víctimas, que había ganado honores en la batalla.

El informe, como yo lo obtenía del tabernero, era breve; pero incluía los puntos principales. Terminó con esta advertencia:

-Reconocen que hubo más de un centenar de esas malditas cosas destruidas en las dos noches. Además, están también todas esas que invadieron otros lugares... Por lo menos, debe de haberse destruido un millar de esos bastardos que surgen del fondo del mar. Yo digo que, en algún momento, se les podrá dar un buen escarmiento. Pero no. «No existe motivo de alarma», dice el condenado gobierno. ¡Hum! Continuará no habiendo causa para alarmarse hasta que unos cuantos centenares de infelices diablos, en alguna parte de estas islas, desaparezcan a manos de esas condenadas babosas. *Entonces*, todo serán órdenes de emergencia y de condenado pánico. Ya lo verá.

-El golfo de Vizcaya es muy profundo -señalé-. Mucho más profundo que todo el agua que tenemos a nuestro alrededor.

-¿Y qué? -preguntó el tabernero.

Cuando volví a pensar en esta pregunta, me di cuenta de que era excelente. Las verdaderas fuentes de perturbación se hallaban, sin duda alguna, en las más grandes profundidades, y las primeras invasiones de la superficie terrestre tuvieron lugar cerca de esas grandes Profundidades. Pero no existía ningún fundamento para asegurar que los tanques marinos *debían* operar siempre cerca de una Profundidad. En realidad, desde un punto de vista puramente mecánico, escalar una pendiente ligeramente inclinada sería para ellos más fácil que una escarpada... ¿no? También existía el punto de que cuanto más profundo estuvieran, menos energía tendrían para dirigir su peso. De nuevo surgía el hecho de que nosotros sabíamos demasiado poco de ellos para hacer profecías que tuvieran algún valor. El tabernero, como cualquier otra persona, tenía seguramente razón.

Así se lo confesé, y bebimos con la esperanza de que no la tuviera. Me detuve en la ciudad para mandar un telegrama a Phyllis, que había ido a Londres por unos días, y regresé a casa para empaquetar mis cosas. A la mañana siguiente, me trasladé a la capital.

Para ocupar el viaje enterándome de lo que pasaba por el mundo, compré una colección de periódicos y revistas. El urgente tópico en la mayoría de los diarios era «preparación de la costa...». Las izquierdas pedían que se fortificara completamente la costa atlántica; las derechas rechazaban las oleadas de pánico hablando de fantasías. Aparte de eso, la perspectiva no había cambiado mucho. Los científicos no habían inventado aún una panacea (aunque el acostumbrado nuevo proyecto estaba a punto de probarse); los barcos mercantes aún obstruían los puertos; en las fábricas de aviones trabajaban tres turnos y amenazaban con ir a la huelga, y el Partido Comunista declaraba que cada nuevo avión era un paso hacia la guerra.

Míster Malenkov, entrevistado por telegrama, había dicho que aunque el intensificado programa de construcción de aviones en Occidente no era más que una parte de un plan fascista-bur-gués de los fabricantes de armamentos, eso no engañaba a nadie; así, pues, era tan grande la oposición del pueblo ruso a cualquier idea de guerra, que la producción de aviones en la Unión Soviética para la Defensa de la Paz se había triplicado. En realidad, estaban tan resueltamente determinados los pueblos de las democracias libres a conservar la paz, a pesar de la nueva amenaza imperialista, que la guerra no era inevitable..., aunque existía la posibilidad de que, hartos de la prolongada provocación, la paciencia de los pueblos soviéticos se agotase.

Lo primero que advertí cuando entré en mi piso fue un gran número de cartas sobre el felpudo, y un telegrama, seguramente el mío, entre ellas. Tuve la sensación de que la casa estaba completamente abandonada.

En el dormitorio encontré señales de haberse hecho las maletas precipitadamente; en el fregadero de la cocina encontré algunas piezas de vajilla sin fregar. Miré en el libro diario, pero el último asiento databa de hacía tres meses y decía simplemente: «Costillas de cordero».

Llamé por teléfono. Fue agradable oír la voz de Freddy Whittier celebrando que yo estuviera en circulación de nuevo.

Tras los saludos, dije:

-Escucha: he estado tan completamente incomunicado que me parece haber perdido a mi esposa.

¿Puedes tú darme una idea...?

-¿De haber perdido tu qué? -preguntó Freddy con tono de voz asustado.

-Mi esposa..., Phyllis -repetí.

-¡Oh! Creí que habías dicho «tu vida». {5} ¡Oh!, ella está bien. Se marchó con Bocker hace un par de días -le anunció jovial.

-Esa no es forma de dar noticias -le dije-. ¿Qué quieres decir con que «se marchó con Bocker»?

-Pues que se fue a España -me contestó-. Están metidos en un batiscafo o algo por el estilo. En realidad, estoy esperando un mensaje de ella en cualquier momento.

-Así, pues, ¿me está pisando el trabajo?

-Lo está preparando para ti... Es a otra persona a quien le gustaría pisártelo. Es estupendo que hayas regresado.

El piso estaba triste. Me sentí decaído. Así, pues, me fui al Club, en donde pasé toda la tarde.

El timbre del teléfono situado a la cabecera de mi cama me despertó. Encendí la luz. Eran las cinco.

-¿Diga? -pregunté al teléfono. Era Freddy.

Mi corazón dio un salto al reconocer su voz a tal hora.

-¿Mike? -preguntó a su vez-. Bien. Ponte el sombrero y coge el magnetófono. Un coche se dirige a tu casa para recogerte.

Mi cabeza aún no recogía bien.

-¿Un coche? -repetí-. ¿Acaso Phyl...?

-¿Phyl?... ¡Oh, no! Tu mujer está bien. Su mensaje llegó anoche a las nueve. Según mis instrucciones, la respuesta incluía tus cariños hacia ella. Ahora date prisa, viejo. El coche estará en la puerta de tu casa dentro de unos instantes.

-Pero escucha... Aquí no tengo magnetófono. Debe de habérselo llevado Phyl.

-¡Demonios!... Bueno, intentaré llevarte uno al avión, a tiempo.

-¿Al avión? -pregunté.

Pero había sido cortada la comunicación.

Me tiré de la cama y empecé a vestirme. Antes que terminara sonó el timbre de la puerta. Era uno de los chóferes de la E.B.C. Le pregunté qué demonios pasaba; pero todo cuanto él sabía era que en Northolt me estaba esperando un trabajo especial. Busqué mi pasaporte y nos fuimos.

Resultó que no necesitaba el pasaporte. Lo averigüé cuando me reuní con una pequeña sección legañosa de Fleet Street, que estaba reunida en la sala de espera tomando café. También se hallaba allí Bob Humbleby.

-¡Ah! El otro hablador mundial -dijo alguien-. Pensé que conocía a mi Watson.

-¿Qué pasa? -inquirí-. Me han sacado, aprisa y corriendo, de una caliente aunque solitaria cama; me han traído a gran velocidad en el coche... Sí, gracias. Un trago de eso hace revivir a cualquiera.

El samaritano me miró.

-¿Quieres decir con eso que no has oído nada? -me preguntó.

-¿Oído?... ¿Qué?

-Invasión. Lugar llamado Buncarragh, Donegal -me contestó telegráficamente-. Y, en mi opinión, muy adecuado también. Deben de sentirse realmente en casa entre los trasgos y los duendes. Pero no me cabe duda de que los nativos nos vendrán diciendo después, que es otra injusticia que el primer lugar de Inglaterra visitado por ellos haya sido Irlanda, y tendrán razón.

En verdad era muy extraño encontrar ese mismo olor desagradable a pescado en una aldea irlandesa. La Escondida era, en sí misma, exótica e inverosímil; pero que la misma cosa sucediera entre estos apacibles verdores y azules nublados; que los tanques marinos hubieran invadido este grupo de pequeños *cottages* grises y extendido aquí sus tentáculos, parecía totalmente absurdo.

Sin embargo, allí estaban las piedras hundidas del pequeño malecón, las muescas en la playa junto a la muralla del puerto, los cuatro *cottages* demolidos, las espantadas mujeres que habían presenciado cómo enredaban a sus hombres en las mallas de los pelitos, y, sobre todo, la misma profusión de sustancia viscosa por todas partes, y el mismo olor.

Según dijeron habían estado allí seis tanques marinos. Una pronta llamada telefónica hizo venir a un par de «combatientes» a toda velocidad. Los aviones destruyeron tres, sumergiéndose el resto en el agua..., aunque no antes que los precediera media población de la aldea, envuelta en sus fuertes tentáculos.

A la mañana siguiente hubo un ataque más al sur, en Galway Bay.

En el momento de regresar a Londres ya había empezado la campaña. Este no es lugar para hacer un detallado examen de ella.

Aún deben existir copias del informe oficial, y su exactitud será más provechosa que mis embrollados recuerdos.

Phyllis y Bocker regresaron también de España, y ella y yo nos pusimos a trabajar. Desde luego, en una línea de trabajo en cierto modo diferente, porque las noticias diarias de los ataques de los tanques marinos las proporcionaban ahora las agencias y los corresponsales locales. Nos convertimos en una especie de agentes de la E.B.C. que coordinaban el trabajo de la emisora con el de las Fuerzas Armadas y también con Bocker...; al menos, eso era lo que nosotros hacíamos: decir a los oyentes lo que podíamos acerca de lo que ellos estaban haciendo.

Y era mucho. La República de Irlanda había suspendido, por el momento, el pasado para pedir prestado gran número de minas, bazucas y morteros, y luego accedió a aceptar también el envío de un contingente de especialistas en el manejo de dichas armas. A todo lo largo de la costa occidental y meridional de Irlanda, escuadrillas de hombres colocaron campos de minas más arriba de la línea de la marea, donde no existían acantilados protectores. En los pueblos costeros, permanecían toda la noche de vigilancia piquetes con armas lanzadoras de bombas. En otros lugares, los aviones esperaban una llamada, así como los jeeps y carros blindados.

En el sudoeste de Inglaterra y en las más dificultosas costas occidentales de Escocia se tomaron precauciones similares.

Pero eso no detuvo en absoluto a los tanques marinos. Noche tras noche, en la costa irlandesa, en

la costa británica, a lo largo del golfo de Vizcaya y de la costa portuguesa, realizaban ataques en grande o pequeña escala. No obstante, habían perdido su arma más potente: la sorpresa. Normalmente, los que iban delante daban la voz de alarma al ser volados por los campos de minas; en ese momento en que se abría una brecha, entraban en acción las defensas y la población se ponía a salvo. Los tanques marinos que conseguían penetrar hacían algún daño, pero encontraban poca presa, y sus pérdidas eran frecuentemente de un ciento por ciento.

En el Atlántico, la pérdida mayor estaba casi reducida al golfo de México. Los ataques a la costa oriental eran efectivamente tan desmoralizadores que se realizaron pocos al norte de Charleston: en la parte del Pacífico hubo algunos más arriba de San Diego. En general, fueron las dos Indias, las Filipinas y el Japón quienes continuaron sufriendo más; pero también allí estaban aprendiendo a infligir enormes pérdidas a cambio de ganancias escasas.

Bocker empleó mucho tiempo moviéndose de acá para allá, con el fin de convencer a las autoridades para que incluyeran trampas entre las defensas. Tuvo poco éxito. Ningún lugar experimentaba deseos de contemplar en sus playas la perspectiva de un tanque marino apresado, capaz de arrojar celentéreos por tiempo ignorado; además, Bocker ni siquiera tenía ideas exactas sobre la colocación de las trampas, aparte de la construcción de gran cantidad de ellas en bases ocultas o eficaces.

Se colocaron unos cuantos cepos, pero ninguno apresó nada. Ni siquiera el más esperanzador proyecto de conservar cualquier tanque marino inutilizado o atascado para su examen resultó mejor. En algunos lugares, los defensores fueron convencidos de que los rodearan con una valla de alambre en lugar de volarlos; pero ésa fue la parte más fácil del problema. Quedó sin resolver lo que se haría a continuación. Cualquier intento de barrenarlos producía invariablemente una expulsión de chorros de sustancia viscosa. Con frecuencia lo hacían antes que se intentara. Bocker sostenía que era el efecto de estar expuestos a los rayos ardientes del sol. Así, pues, nadie podía decir aún que conocía más de su naturaleza que cuando los vimos por primera vez en La Escondida.

Fueron los irlandeses quienes soportaron casi el peso total de los ataques en el norte de Europa, ataques que eran dirigidos, según Bocker, desde una base situada en alguna parte de la profundidad menor, al sur de Rockall. Desarrollaron tan rápidamente una habilidad con respecto a las cosas, que producía un puntillo de deshonor si alguien intentaba huir. Escocia sufrió solamente unas cuantas visitas menores en las islas exteriores, con apenas víctimas. Los únicos ataques a Inglaterra tuvieron lugar en Cornwall y, en su mayoría, no tuvieron tampoco gran importancia... La única excepción fue una incursión al puerto de Falmouth, donde unos cuantos tanques marinos consiguieron avanzar con éxito más allá de la línea límite de la marea antes que fueran destruidos, aunque un número mucho mayor, según aseguraron, fue destruido por las cargas de profundidad antes que alcanzaran la costa.

Sólo unos cuantos días después de los ataques a Falmouth cesaron las incursiones. Cesaron casi repentinamente, y en lo que se refiere a la masa de tierra más ancha, completamente.

Una semana después ya no hubo duda de que alguien había insinuado al Bajo Mando que suspendiese la campaña. Las costas continentales estaban fortificadas como inexpugnables fortalezas, y el intento había fracasado. Los tanques marinos se dirigían a lugares menos peligrosos; pero el tanto por ciento de sus pérdidas continuaba siendo muy elevado, disminuyendo el número de los que regresaban a su base.

Quince días después de la última excursión se proclamó el fin del estado de emergencia. Algunos días después Bocker hizo por radio sus comentarios sobre la situación.

-Algunos de nosotros -dijo-, algunos de nosotros, aunque no los más juiciosos, han celebrado recientemente una victoria.

»A ellos sugiero que cuando el fuego del caníbal no está lo suficientemente encendido para que hierva el pote, la comida que se realiza puede producir cierta satisfacción; pero, en el sentido de la frase generalmente aceptada, él *no* ha conseguido una victoria. En efecto, si él no hace algo antes que el caníbal tenga tiempo de encender un fuego mejor y mayor, no conseguirá mejor resultado... Por consiguiente, analicemos esta victoria. Nosotros, pueblo marítimo cuya potencia



se debe a los barcos que se dirigían a los rincones más apartados del orbe, hemos perdido el dominio de los mares. Hemos sido arrojados a patadas de un elemento que siempre consideramos de nuestra propiedad. Nuestros barcos solamente se hallan seguros en aguas costeras y en mares poco profundos..., ¿y quién puede decir cuánto tiempo tolerarán aún que permanezcan allí? Nos hemos visto forzados a un bloqueo, más efectivo que cualquier experiencia guerrera; a depender de los transportes aéreos para conseguir los alimentos indispensables para subsistir. Ni siquiera los científicos, que están intentando estudiar los orígenes de nuestros males, han podido *fletar barcos* para hacer su trabajo. ¿Es *esto* una victoria?... Nadie puede decir con certeza cuál puede ser el eventual propósito de estos ataques a las costas. Han estado echándonos las redes, al igual que nosotros las echamos para coger el pescado, aunque la cosa sea difícil de comprender. En el mar hay muchas cosas que coger, y más baratas que en tierra. Ahora bien: puede tratarse de un intento de conquistar la Tierra..., un intento ineficaz y mal informado; pero, a pesar de todo, casi con más éxito que nuestro intento por alcanzar las profundidades... Si fuera así, entonces sus instigadores están ahora mejor informados sobre nosotros, y, por consiguiente, son más peligrosos en potencia. Seguramente, no lo intentarán de nuevo con las mismas armas, pero no veo la forma de hacer algo para evitar que lo intenten de otro modo con armas diferentes. Por consiguiente, la necesidad que nosotros experimentamos de encontrar una fórmula con que podamos hacerles frente y vencerlos nos obliga a no aminorar nuestros esfuerzos, sino a intensificarlos.

Hizo una pausa y continuó:

-Ha de recordarse que, cuando observamos por primera vez la actividad en las profundidades, indiqué que deberían hacerse todos los esfuerzos posibles para establecer un entendimiento con ellos. No se intentó esto, y es muy probable que nunca exista ya la posibilidad de hacerlo; pero no hay duda de que la situación que yo esperaba que nosotros evitáramos existe actualmente... y es necesario que se proceda a resolverla. Dos formas inteligentes de vida han encontrado intolerable la existencia mutua. He llegado a creer ahora que no tendría éxito ningún intento de *acercamiento*: cuanto más igualados estén los contrincantes, más dura será la lucha. La inteligencia es el arma más poderosa; cualquier forma inteligente de dominar, y, por consiguiente, de sobrevivir, se consigue por su inteligencia. Una forma de inteligencia rival debe, para su existencia, amenazar con dominar y, por tanto, amenazar con la extinción... Las observaciones me han convencido de que mi primer punto de vista era lamentablemente antropomórfico; ahora digo que debemos atacar tan cautamente como nos sea posible, encontrar los medios para ello, y con la decidida intención de exterminación completa. Estas cosas, sean las que fueren, no han tenido solamente un éxito completo en arrojarnos con facilidad de nuestro elemento, sino que han avanzado ya para darnos la batalla en nuestro propio campo. Por el momento, hemos podido rechazarlos; pero volverán, porque a ellos les urge el mismo impulso que a nosotros: la necesidad de exterminar o de ser exterminados. Y cuando vuelvan de nuevo, si los dejamos, vendrán mejor pertrechados... Tal estado del asunto, vuelvo a repetirlo, *no* es una victoria...

A la mañana siguiente corrí a ver a Pendell de Adio-Assessment. Me dirigió una mirada sombría.

-Lo intentamos -dije, defendiéndome-. Lo intentamos activamente, pero no pude evitarlo.

-La próxima vez que le vea usted dígame lo que pienso de él, ¿quiere? -sugirió Pendell-. No es que a mí me importe un comino que tenga razón... Es que nunca conocí a un hombre con tal suerte para tener razón en un tiempo en que todo sale mal y todo parece equivocado. Cuando su nombre aparezca en nuestros programas otra vez, si es que aparece, habrá de tener mucho cuidado con lo que dice. Un consejo de amigo: dígame que empiece a cultivar a la B.B.C.

Como esperábamos, Phyllis y yo nos reunimos aquel mismo día con Bocker para almorzar. Inevitablemente, quiso enterarse de las reacciones a su locución radiada. Con toda amabilidad, le proporcioné los primeros informes. El asintió con la cabeza.

-La mayoría de los periódicos siguen el mismo derrotero -dijo-. ¿Por qué he de estar condenado a vivir en una democracia donde el voto de cada loco es igual al de un hombre sensato? Si toda la energía que ponen en emitir votos se dedicase a realizar trabajo útil, ¡qué gran nación seríamos!

Así como así, tres periódicos nacionales, por lo menos, solicitan que se supriman «los millones de impuestos para investigación» con el fin de que el contribuyente pueda comprarse un paquete de cigarrillos más todas las semanas, lo cual quiere decir más espacios en los cargos desperdiciados en tabaco, lo cual quiere decir también más beneficio en tasa, el cual gastará el gobierno en algo diferente a investigación... y los barcos continuarán enmoheciéndose en los puertos. No hay sentido común en eso. Ésta es la mayor emergencia que hemos tenido.

-Pero hay que reconocer que esas cosas de las profundidades han recibido un buen golpe -señaló Phyllis.

-Nosotros tenemos por tradición recibir golpes muy fuertes, pero al final ganamos las guerras -replicó Bocker.

-Exactamente -dijo Phyllis-. Nos han dado una paliza en el mar; pero, al final, nos recuperaremos.

Bocker gruñó y giró los ojos.

-La lógica... -empezó a decir.

Pero yo le interrumpí:

-Habla usted como si creyese que, ahora, son más inteligentes que nosotros, ¿no es así?

Arrugó el ceño.

-No veo la forma en que puede contestarse a eso. Mi impresión, como dije antes, es que ellos piensan de modo diferente..., siguiendo derroteros diferentes a los nuestros. Si es así, sería imposible toda confrontación, y descaminado cualquier ataque a ellos.

-¿Cree usted en serio que lo intentarán de nuevo? Quiero decir que ¿no era solamente propaganda quitar interés a la protección de los barcos que hundían?

-¿Produce esa impresión?

-No, pero...

-Efectivamente, quise decir eso -dijo-. Consideremos sus alternativas: o permanecerán en el fondo de los mares esperando que encontremos un medio para destruirlos, o se lanzarán contra nosotros. ¡Oh, sí! A menos que nosotros encontremos muy pronto un medio, no tardarán en estar aquí otra vez... de algún modo.

### FASE 3

Aun cuando Bocker lo ignoraba cuando dio su opinión, el nuevo método de ataque ya había empezado, pero tardó seis meses en que se hiciera evidente.

Los navios oceánicos habían evitado sus rutas acostumbradas, lo cual levantaría un anticipado comentario general; pero con los cruceros transatlánticos realizados solamente por el aire, los informes de los pilotos sobre extendidas y desacostumbradamente densas nieblas en el Atlántico occidental eran registrados simplemente. También, con el incremento de los vuelos, Gander descendió en importancia, así que sus declaraciones frecuentemente confusas producían poca inconveniencia.

Examinando informes de esa época a la luz de conocimientos posteriores, descubrí que también hubo referencias en el mismo período de tiempo sobre nieblas desacostumbradamente extendidas en el noroeste del Pacífico. Las condiciones atmosféricas fueron igualmente malas al norte de la isla japonesa de Hokkaido, y, según me dijo, aún peores en las Kuriles, más al norte. Pero puesto que hacía algún tiempo que los barcos evitaban cruzar las profundidades por esos lugares, la información era escasa, y muy pocos se interesaron por ello. Tampoco atrajo la atención pública las condiciones anormalmente nubosas en la costa sudamericana, al norte de Montevideo.

En Inglaterra se observó frecuentemente una molesta neblina durante el verano, pero con resignación más que con sorpresa.

La niebla, en efecto, apenas la tomó en cuenta la amplia conciencia mundial hasta que los rusos la mencionaron. Una nota de Moscú proclamó la existencia de un área de densa niebla que tenía su centro en los ciento treinta grados de longitud este del meridiano de Greenwich, en el paralelo ochenta y cinco aproximadamente. Los científicos soviéticos, tras algunas investigaciones, declararon que nada parecido se había registrado anteriormente, ni era posible comprender cómo las conocidas condiciones atmosféricas de estos lugares podían generar tal estado, que se

mantenía virtualmente invariable tres meses después de haberse observado por primera vez. El gobierno soviético había señalado en diferentes ocasiones anteriores que las actividades septentrionales de los mercenarios a sueldo de los fabricantes de armamentos capitalistas podía constituir muy bien una amenaza para la paz.

Los derechos territoriales de la U.R.S.S. en esa área del océano Ártico, situada entre los treinta y dos grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich, estaban reconocidos por la ley internacional. Cualquier incursión no autorizada en esa área constituía una agresión. El gobierno soviético, por consiguiente, se consideraba en libertad de llevar a cabo cualquier acción necesaria para preservar la paz en dicha región.

La nota, enviada simultáneamente a varios países, recibió una rapidísima y franca contestación de Washington.

Los pueblos occidentales, observó el Departamento de Estado, se interesaban extraordinariamente por la nota soviética. No obstante, como ellos, actualmente, poseían considerable experiencia sobre esta técnica de la propaganda, que había sido llamada el *tuo quoque* prenatal, eran capaces de reconocer sus derivaciones. El gobierno de los Estados Unidos conocía perfectamente las divisiones territoriales en el Ártico..., y por supuesto, el gobierno soviético recordaría, en interés por la exactitud, que el segmento mencionado en la nota era solamente aproximado, siendo exactos los datos siguientes: treinta y dos grados, cuatro minutos y treinta y cinco segundos de longitud este del meridiano de Greenwich, y ciento sesenta y ocho grados, cuarenta y nueve minutos y treinta segundos de longitud oeste del meridiano de Greenwich, dando, por consiguiente, un segmento más pequeño del que se declaraba; pero puesto que el centro del fenómeno mencionado se hallaba dentro de esta área, el gobierno de los Estados Unidos no tuvo conocimiento de ello, naturalmente, hasta que fue mencionado en la referida nota.

Observaciones recientes habían recordado, curiosamente, la existencia de un hecho semejante al que se describía en la nota rusa en un centro también cercano al paralelo ochenta y cinco, pero en un punto situado a noventa grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Por coincidencia, ésta era justamente el área seleccionada conjuntamente como centro de experimentación por los gobiernos del Canadá y de los Estados Unidos para probar sus más recientes modelos de *missiles* dirigidos a larga distancia. Ya habían sido completados los preparativos para esos experimentos y el primero tendría lugar dentro de pocos días.

Los rusos especulaban sobre la singularidad de elegir un área de experimentación donde no eran posibles las observaciones; los americanos, sobre el celo eslavo por la pacificación de regiones inhabitadas. Si ambas partes procedieron entonces a atacar sus respectivas nieblas, es un dato que no consta en los informes públicos; pero el principal efecto fue que la niebla se convirtió en noticia, descubriéndose que había sido inusitadamente densa en un sorprendente número de lugares.

Si los barcos determinadores del tiempo hubiesen estado trabajando en el Atlántico es posible que hubiera sido determinada más pronto la fecha útil; pero los navios habían sido retirados «temporalmente» de servicio algún tiempo antes, después del hundimiento de dos de ellos. Por consiguiente, el primer informe que hizo algo por sacar de su pasividad a la ociosa especulación llegó de Godthaab (Groenlandia). Hablaba de un incesante y creciente fluir de agua a través del estrecho de Davis desde la bahía de Baffin, con un contenido de trozos de hielo completamente inusitados en aquella época del año. Unos cuantos días después, Nome, en Alaska, informaba de un hecho semejante en el estrecho de Bering. Luego, llegaron de Spitzberg informes sobre aumento de marea y bajas temperaturas.

Eso explicaba directamente las nieblas de Newfoundland y algunos otros lugares. En otras partes, serían atribuidas convincentemente a corrientes profundas y frías, forzadas hacia aguas más calientes y elevadas por encuentros con filas de montañas submarinas. Todo podía ser, en efecto, explicado sencilla o difícilmente, excepto el absolutamente inusitado aumento de la corriente fría.

A continuación, procedente de Godhavn, al norte de Godthaab, en la costa occidental de

Groenlandia, se recibió un mensaje señalando la presencia de un número sin precedentes de icebergs, de un tamaño desacostumbrado. De las bases árticas norteamericanas volaron expediciones de investigación, que confirmaron el informe. Anunciaron que el mar, al norte de la bahía de Baffin, estaba cuajado de icebergs.

«Aproximadamente a los setenta y siete grados y sesenta minutos de longitud Oeste -escribió uno de los aviadores- encontramos la visión más terrible del mundo. Glaciares, que descienden de la alta cima helada de Groenlandia, se estaban resquebrajando en piezas descomunales. Antes había visto icebergs ya formados, pero nunca en la escala que se presentaban allí. En los enormes acantilados helados, de trescientos metros de altura, aparecían repentinamente grietas. Una enorme sección de ellos se desprendía, cayendo y girando lentamente. Cuando se aplastaban contra el agua, se levantaba ésta formando grandes fuentes, que se extendían a su alrededor. Las aguas desplazadas retrocedían en rompientes, que chocaban entre sí formando tremendas salpicaduras, mientras un témpano de hielo tan grande como una isla pequeña daba vueltas y se precipitaba en el abismo hasta que recobraba el equilibrio. Doscientos kilómetros arriba y abajo, la costa que veíamos presentaba el mismo aspecto. Con mucha frecuencia a un témpano de hielo no le daba tiempo a flotar, porque otro se había desprendido ya y caído sobre él. Los desprendimientos eran tan colosales que se comprendían difícilmente. Sólo por la aparente lentitud de las caídas y por la forma en que los enormes chorros de agua parecían suspendidos en el aire -la paz majestuosa de todo ello-, éramos capaces de contar la grandeza de lo que estábamos viendo.»

Otras expediciones describieron exactamente la misma escena en la costa oriental de la isla de Devon y en la punta meridional de la isla de Ellesmere. En la bahía de Baffin, los innumerables y gigantescos témpanos de hielo se empujaban lentamente, pulverizándose los flancos y los dorsos de unos contra los otros, mientras corrían en manadas, hacia el sur, arrastrados por la corriente a través del estrecho de Davis para desembocar en el Atlántico.

Al otro lado del Círculo Ártico, Nome anunció que se había incrementado considerablemente hacia el sur el flujo de los resquebrajados témpanos de hielo.

El público recibió esta información con curiosidad. El pueblo quedó impresionado por las primeras y magníficas fotografías de los icebergs en su proceso de creación; pero, aunque un iceberg no es completamente igual a otro iceberg, quedó pronunciada la similitud genérica. Un período de miedo, más bien breve, sucedió ante la idea de que mientras la ciencia era realmente muy inteligente para determinar todo lo referente a los icebergs, al clima, etcétera, no parecía serlo mucho para hacer algo realmente positivo para alejar el mal.

El triste verano se convirtió en un otoño más triste. Al parecer, nadie podía hacer nada contra aquello, sino aceptarlo con rezongona filosofía.

Al otro lado del mundo llegó la primavera. Luego, el verano, y empezó la estación de la pesca de la ballena..., si podía llamarse estación, ya que los propietarios que arriesgaban barcos eran muy pocos, y las tripulaciones dispuestas a arriesgar sus vidas, menos todavía. Sin embargo, algo se pudo encontrar dispuesto a realizar la pesca, despreciando todos los peligros de las profundidades, y salir al mar. Al final del verano antártico llegaron noticias, vía Nueva Zelanda, de los glaciares de Tierra Victoria, que vertían enormes cantidades de gigantescos témpanos de hielo en el mar de Ross, y las sugerencias de que la propia gran barrera de hielo de Ross podría empezar a resquebrajarse. Al cabo de una semana llegaron noticias similares del mar de Weddell. Allí, en la barrera Filchner y en el banco de hielo de Larsen se estaban resquebrajando, según se decía, témpanos de hielo en cantidades fabulosas. Una serie de vuelos de reconocimiento proporcionaron informes que decían exactamente lo mismo que los procedentes de la bahía de Baffin, así como fotografías que podían haber sido tomadas en la misma región.

*The Sunday Tidings*, que desde hacía algunos años seguía una línea de sensacionalismo intelectual, nunca había encontrado fácil sostener su provisión de material. La política de la dirección estuvo sometida a lamentables tropiezos mientras no pudo encontrar nada tópico que revelar en su nivel escogido. Se imagina uno que debió de ser un consejo de desesperación, tras una prolongada discusión, el que indujo a abrir sus columnas a Bocker.

De la destacada nota que precedía al artículo en que declinaba, con imparcialidad, toda responsabilidad por lo que publicaba ahora su periódico, se deducía que el editor experimentaba cierta aprensión por el resultado.

Con este principio feliz, y bajo el encabezamiento de *El demonio y las profundidades*, Bocker explicaba:

«Nunca, desde los días en que Noé construyó su Arca, ha habido aquí tantos ciegos como durante el pasado año. No se puede continuar así. Pronto llegará la larga noche ártica. De nuevo serán imposibles las observaciones. Por consiguiente, los ojos que nunca debieron estar cerrados *han de abrirse...>>*.

Recuerdo este principio, pero sin referencias sólo puedo dar la sustancia del artículo y unas cuantas frases sueltas del resto:

«Éste es el último capítulo de un largo cuento de futilidad y fracaso que empezó con los hundimientos del *Yatsushiro*, el *Keweenaw* y otros barcos. Fracaso que nos ha llegado del mar y que ahora amenaza llegarnos de tierra. Lo repito: *fracaso...*

»Ésa es una palabra tan pobre para nuestro paladar que muchos consideran una virtud pretender que nunca la admiten. Entre nosotros, los precios no son fijos, se tiende a la inflación. Las estructuras económicas han cambiado..., y, además, está cambiando el modo de vida. Entre nosotros también, es el pueblo quien habla de nuestra expulsión de alta mar, aunque sea transitoria, aunque pronto sea corregida. Para esto hay una respuesta, y es la siguiente: Desde hace cinco años los cerebros más capacitados, más ágiles y más ingeniosos del mundo vienen luchando con el problema de echarle la zarpa a nuestro enemigo... y, hasta el momento, no existe indicio ninguno que indique cuándo seremos capaces de navegar libremente de nuevo por los mares...

»La palabra "fracaso", tan mal interpretada por nosotros, ha sido, aparentemente, la política seguida para desarticular cualquier expresión de conexión entre nuestras perturbaciones marítimas y los recientes sucesos en el Ártico y el Antártico. Es hora ya de que esta actitud de "delante de los niños, no", cese de una vez...

»No sugiero que se esté descuidando la raíz del problema; lejos de eso. Han estado, y están, trabajando los hombres para encontrar algún medio de poder localizar y destruir al enemigo de nuestras profundidades. Lo que yo digo es que con ellos, incapaces aún de encontrar tal medio, nos enfrentamos ahora con el asalto más grave...

»Se trata de un asalto contra el que carecemos de defensas, que no es susceptible de ataque directo.

»¿Cuál es esta arma a la que nosotros no podemos oponernos?

»Es el derretimiento de los hielos árticos... y gran parte también de los hielos antárticos.

»¿Lo consideran fantástico? ¿Demasiado colosal? Pues no lo es. Es una labor que nosotros mismos podríamos haber emprendido -¿no lo habíamos deseado?- en cualquier momento desde que pusimos en libertad el poder del átomo.

«Debido a la oscuridad invernal, poco se ha oído hablar últimamente de los parches de niebla ártica. Por lo general, no se sabe que dos de ellos, sin embargo, existían ya en la primavera ártica; al finalizar el verano ártico eran ocho, en áreas ampliamente separadas. Ahora bien: la niebla, como todos ustedes saben, se produce por la conjunción de las corrientes frías y calientes, bien del aire o del agua. ¿Cómo es posible que ocho nuevas corrientes, independientes y calientes, hayan podido surgir repentinamente en el Ártico?

»¿Y los resultados? Oleadas de témpanos de hielo sin precedentes, en el mar de Bering y en el mar de Groenlandia. En estas dos áreas especialmente, las grandes extensiones de hielo se hallan a cientos de kilómetros al norte del máximo manantial usual. En otros lugares -por ejemplo, en el norte de Noruega- están más al sur. Y nosotros mismos hemos tenido un invierno húmedo inusitadamente frío.

»¿Y los icebergs? Efectivamente, hay muchos más icebergs que de costumbre; pero ¿por qué hay más icebergs?

»Todo el mundo sabe de dónde proceden. Groenlandia es una isla enorme. Su tamaño es nueve

veces mayor que el de las Islas Británicas. Pero hay algo más: es también el último bastión de la remota edad del hielo...

»En varias épocas, el hielo vino al sur, pulverizado y limpio cubriendo las montañas y blanqueando los valles en su camino, hasta formar grandes acantilados de hielo cristalino-verdoso a través de Europa. Luego, fue retrocediendo gradualmente, de siglo en siglo, cada vez más. Los gigantescos acantilados y las altas montañas de hielo desaparecieron, se fundieron y no volvieron a verse más..., excepto en un lugar. Sólo en Groenlandia construye todavía ese hielo inmemorial torres de dos mil metros de altura, inconquistadas aún. Y por sus laderas se deslizan los glaciares arrojando sus icebergs. Ellas han continuado arrojando sus icebergs al mar, estación tras estación, desde mucho antes que los hombres se dieran cuenta. ¿Y por qué este año han arrojado de repente diez, veinte veces más?... Tiene que haber una razón para ello. ¡Y la hay!...

»Si algún medio, o varios medios, de fundir los hielos del Ártico se hubieran puesto en marcha, habría pasado algún tiempo, no mucho, antes que su efecto especial de elevar el nivel del mar se hubiese hecho mensurable. Además, los efectos hubieran sido progresivos: primero, un ligero goteo; luego, un chorro; más tarde, un torrente...

»En esta ensambladura, llamo la atención sobre el hecho de que en enero de este año nos informaron de que el nivel medio del mar en Newlyn, donde se mide corrientemente, había subido seis centímetros».

-¡Oh querido! -exclamó Phyllis después de escuchar eso-. ¡Es algo insólito! Lo mejor será que vayamos a verle.

No nos sorprendió en absoluto cuando, a la mañana siguiente, al telefonarle, encontramos que su teléfono no contestaba. Sin embargo, cuando fuimos a su casa nos recibió. Bocker se levantó de una mesa despacho repleta de correspondencia para saludarnos.

-No les favorece nada venir a verme -nos dijo-. No hay un capitoste que se atreva a acercarse a mí a menos de diez metros.

-¡Oh! Yo no diría tal cosa, A. B. -le contestó Phyllis-. Probablemente, antes de poco tiempo se habrá hecho usted inmensamente popular entre los vendedores de sacos de arena y los constructores de maquinaria para transportar tierra.

No tomó nota de esta ironía.

-Probablemente, se contaminarán ustedes si se relacionan conmigo. En la mayoría de los países estaría ya preso.

-Cosa terriblemente desagradable para usted. Este territorio será siempre desalentador para los mártires ambiciosos. Pero usted lo intentará, ¿verdad? -dijo ella-. Y ahora, escuche, A. B., ¿le gusta a usted realmente que haya gentes que le tiren cosas, o qué?

-Estoy impacientándome -explicó Bocker.

-Eso les pasa a los otros también. Pero, que yo sepa, nadie tiene la probabilidad de usted para ir más allá y hacer lo que cualquier persona quisiera hacer en un momento dado. Un día se perjudicará. Esta vez, no; porque, afortunadamente, usted los ha desconcertado. Pero alguna vez, seguro que sí.

-Si no es ahora, no lo será nunca -dijo, inclinándose y mirándola con ojos meditativos y desaprobadores-. Bueno, mi querida jovencita, ¿qué se ha propuesto al venir aquí para decirme que yo «los he desconcertado»?

-El anticlímax. Primero sus palabras produjeron la impresión de que usted estaba a punto de hacer grandes revelaciones; pero luego hizo usted una sugerencia más bien vaga de que alguien o algo debía de estar produciendo cambios en el Ártico..., sin dar una explicación específica de cómo lo estaba haciendo. Y para terminar, como apoteosis, confesó que el nivel del mar había subido seis centímetros.

Bocker continuaba mirándola.

-Bueno, así es. Pero no comprendo por qué hay mal en eso. Seis centímetros es un aumento colosal de agua cuando se extiende sobre ciento cincuenta y un millones de millas cuadradas. Si usted lo calcula por toneladas...

-Nunca calculo el agua por toneladas..., y eso es parte de la cuestión. Para las personas vulgares,

seis centímetros equivalen solamente a una marca un poquito más alta en un poste. Después de su explosión, eso sonaba tan vago que todo el mundo se mostraba molesto con usted por haberlos alarmado..., sin contar con los que se reían, exclamando: «¡Ja, ja! ¡Estos profesores!...».

Bocker dirigió la mano hacia la mesa despacho, llena de correspondencia.

-Muchísima gente se ha alarmado..., o, al menos, se ha indignado -dijo.

Encendió un cigarrillo.

-Eso era precisamente lo que yo buscaba. Usted sabe que, en cada etapa, la gran mayoría, y especialmente las autoridades, se han resistido a la evidencia todo el tiempo que han podido. Ésta es una era científica... en su estrato más instruido. Por consiguiente, menospreciando lo anormal casi se hubiese retrocedido; mientras que así se ha desarrollado una profunda sospecha en sus propios sentidos. La existencia de algo en las profundidades se ha admitido con mucho retraso y de muy mala gana. La misma mala gana ha existido en admitir todas las subsiguientes manifestaciones, hasta que no han podido ser escamoteadas. Y ahora nos encontramos aquí otra vez, haciendo un cesto nuevo.

Hizo una pausa.

-Sin embargo, no hemos permanecido completamente ociosos.

El océano Ártico es profundo, y aún más difícil de llegar a su fondo que los otros; se lanzaron varias bombas de profundidad donde tuvieron lugar los parches de niebla. Pero no ha habido forma de saber qué resultados se obtuvieron... En medio de todo esto, el moscovita, que parece ser incapaz de comprender consti-tucionalmente todo cuanto hay que hacer en el mar, empezó a poner dificultades. El mar, según parece argüir, estaba causando muchos perjuicios a Occidente; por tanto, debía actuarse sobre buenos principios dialécticamente materialistas, y yo no dudo de que, si él pudiese entrar en contacto con las profundidades, pactaría con agrado con sus habitantes por un breve período de oportunismo dialéctico. De todas formas, como ustedes saben, él continuó con sus acusaciones de agresión y, en el forcejeo que siguió, empezó a mostrar tal truculencia que la atención de nuestros ser-

vicios se desvió de la amenaza realmente grave hacia las bufonadas de este payaso oriental que cree que el mar ha sido creado solamente para los desvergonzados capitalistas. Así, pues, hemos llegado ya a una situación en la que los *bathies*, como ellos los llaman, lejos de restringir su acción como esperábamos, continúan aumentándola de prisa, y todos los cerebros y organizaciones que han estado trabajando a gran velocidad con la intención de encontrar la emergencia, se hallan locos dándoles vuelta a las maldades que ellos cometen, ignorando otras de las que no consiguen saber nada.

-Por tanto, ¿cree usted que ha llegado el momento de forzar su mano... echándoles el arpón? -pregunté.

-Sí..., pero no actuaré solo. Esta vez estoy acompañado de un número de hombres eminentes y muy inquietos. Mi charla fue el tiro de apertura para el gran público de este lado del Atlántico. Mis importantes compañeros, que no han perdido todavía su reputación en este asunto, están trabajando muy sutilmente. Respecto a la opinión norteamericana..., bueno..., echen una mirada al *Life* y al *Collier's* de la próxima semana. ¡Oh, sí! Algo está a punto de hacerse.

-¿Qué? -preguntó Phyllis.

La miró meditativamente durante un segundo; luego, movió la cabeza ligeramente.

-Eso, gracias a Dios, será algo grande... Al menos, lo será cuando el público los obligue a admitir la situación... Será un asunto muy sangriento -terminó muy serio.

-Lo que yo quiero saber... -empezamos a decir simultáneamente Phyllis y yo.

-Habla tú, Mike -me otorgó Phyllis.

-Bueno, hablaré yo: ¿cómo cree usted que se ha hecho la cosa? Derretir el Ártico parece ser un propósito formidable.

-Se han hecho algunas conjeturas. Oscilaban desde una increíble operación, como la de arrojar agua caliente procedente de los trópicos por medio de tuberías, hasta la de hacer subir hasta la superficie el calor central de la Tierra..., que yo encuentro completamente inverosímiles.

-¿Tiene usted una idea propia? -sugerí.

Parecía improbable que no la tuviera.

-Bueno, yo creo que *pudo* hacerse de la siguiente forma: nosotros sabemos que ellos tienen una especie de estratagema capaz de proyectar un chorro de agua con considerable fuerza...; eso lo prueba perfectamente el fondo sedimentoso que subía a la superficie de las aguas en continuas oleadas. Bien: una estratagema de esa clase, empleada en conjunción con un calorífero, quiero decir con una pila de reacción atómica, ha de ser capaz de generar una corriente de agua caliente muy considerable. Ahora bien: lo malo es que nosotros ignoramos si tienen o no fisión atómica. Hasta el momento, no existe indicación ninguna de que la tengan... Les hemos hecho el obsequio de una bomba atómica, por lo menos, que no estalló. Pero *si la tienen*, creo que puede ser una respuesta.

-¿Podrían conseguir el uranio necesario?

-¿Por qué no? Después de todo, ellos han establecido por la fuerza sus derechos, mineral y de otra clase, en más de las dos terceras partes de la superficie mundial. ¡Oh, sí! Pueden conseguirlo perfectamente, si saben cómo.

-¿Y lo de los icebergs?

-Eso es más sencillo. En efecto, existe un acuerdo general de que si uno posee un tipo vibratorio de arma, que sus ataques a los barcos nos conduce a suponer que lo tienen, no debe de ser muy difícil producir un amontonamiento de hielo..., hasta una masa considerable de hielo..., para hendirla.

-Suponga que no podemos encontrar una fórmula de impedir el proceso. ¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en producirnos una perturbación real? -le pregunté.

Se encogió de hombros.

-No tengo idea. En lo que se refiere a los glaciares y a los témpanos de hielo, depende, probablemente, de la firmeza con que ellos lo trabajen. Pero dirigir corrientes de agua caliente sobre témpanos de hielo, daría, al principio, escasos resultados, que se incrementarían rápidamente, verosímelmente, en una progresión geométrica. Lo malo es que, sin dato alguno, no se pueden hacer hipótesis.

-Una vez que esto entre en la cabeza de las gentes, querrán saber lo que hay que hacer -dijo Phyllis-. ¿Cuál es su opinión?

-¿No es esa labor del gobierno? Como Mike señaló, ellos creen que ha llegado el momento de advertir que nosotros estamos dispuestos a lanzarles el arpón. Mi opinión personal es demasiado impracticable para que tenga mucho valor.

-¿Cuál es? -preguntó Phyllis.

-Encontrar una cumbre lo suficientemente elevada y fortificarla -dijo Bocker simplemente.

La campaña no tuvo la resonancia que Bocker había esperado. En Inglaterra, tuvo la desgracia de ser adoptada por el *Nethermore Press*, y, por consiguiente, fue considerada como territorio prohibido, donde sería impropio que se introdujeran otros pies periodísticos. En Norteamérica no destacó grandemente entre los otros acontecimientos de la semana. En ambos países había intereses que preferían que todo eso pareciera como un juego de artificio más. Francia e Italia lo tomaron en serio, pero el peso político de sus respectivos gobiernos en los concilios mundiales era más bien ligero. Rusia ignoró el contenido, pero explicó el propósito: se trataba de otro paso dado por los constructores de armamentos cosmopolitas-fascistas para extender su influencia en el Ártico.

Sin embargo, la indiferencia oficial salió de su letargo, ligeramente, según nos aseguró Bocker. Una Comisión, en la que estaban representados los Servicios, se había reunido para inquirir y hacer recomendaciones. Otra Comisión similar, reunida en Washington, inquiría también en forma pausada, hasta que la llamó severamente al orden el estado de California.

Al californiano medio le tenía sin cuidado que el nivel del mar hubiese aumentado seis centímetros; otra cosa le había golpeado más delicadamente. Algo estaba sucediendo en su ambiente. El nivel medio de su temperatura en la costa había disminuido, y estaba padeciendo nieblas húmedas y frías. Lamentaba esto, y gran número de californianos desaprobaba que se hablara excesivamente de ello. Oregón, y Washington también, se relacionaban para soportar su



vecindad. Nunca, según las estadísticas, había hecho un invierno tan desapacible y frío.

Estaba claro que el aumento de los témpanos de hielo y de las aguas heladas que procedían del mar de Bering se estaba corriendo y extendiendo hacia el este, desde Japón, llevados por la corriente Kuroshio, siendo evidente, al menos en parte, que estaba sufriendo gravemente el hermoso clima de uno de los estados más importantes de la Unión. Algo *debía* hacerse.

En Inglaterra se aplicó la espuela cuando las mareas de la primavera abrialeña sobrepasaron el muro del Embankment, en Westminster. Los que aseguraban que eso mismo había sucedido muchas veces antes y le quitaban toda significación especial, fueron barridos por el triunfante «ya lo decíamos nosotros», del *Nethermore Press*. Una histórica petición de «bombas para los *bathies*» se extendió por ambas costas del Atlántico y dio la vuelta al mundo (exceptuando al sexto intransigente).

A la cabeza del movimiento «Bombas para los *bathies*», como al principio, el *Nethermore Press* preguntaba mañana y tarde:

«¿PARA QUÉ ES LA BOMBA?

»Miles de millones se han gastado en esta bomba que parece no tener otro destino que el de sostenernos y el de sacudirnos con amenazas, o, de cuando en cuando, proporcionar fotografías a nuestras revistas ilustradas. Al pueblo del mundo, que ha contribuido y sufragado la construcción de esta bomba, le prohíben ahora que la utilice contra una amenaza que hunde nuestros barcos, que nos cierra nuestros océanos, que nos arranca hombres y mujeres de nuestras ciudades costeras, y que ahora nos amenaza con inundarnos. Desde el principio, la ineptitud y la dilación han marcado la actitud de las autoridades en este asunto...».

Y así continuaba, olvidando, al parecer, escritores y lectores por igual los primeros bombardeos de las profundidades.

-Ahora se está actuando en firme -nos dijo Bocker la primera vez que le vimos.

-A mí me parece muy tonto -le dijo Phyllis, enervada-. Los que se airean todavía son los mismos viejos argumentos contra el confuso bombardeo de las profundidades.

-¡Oh, no es eso! -replicó Bocker-. Probablemente, arrojarán unas cuantas bombas a tontas y a locas con mucha publicidad y escaso resultado. No. Lo que a mí me urge es que se hagan proyectos. Nosotros estamos ahora en la primera etapa de estúpidas sugerencias, como la de construir inmensos diques con sacos terreros, naturalmente; pero, a través de todo eso, se hará algo.

Esa opinión tomó más fuerza después de las mareas de la primavera siguiente. En todas partes se habían construido defensas marinas. En Londres, las murallas que costeaban el río habían sido reforzadas y coronadas en toda su longitud con sacos terreros. Como precaución, se había suspendido todo tráfico por el Embankment; pero la multitud lo recorría a pie lo mismo que los puentes. La Policía hacía todo lo posible por evitar que se parasen; pero las gentes haraganeaban de un lado para otro, observando el lento crecimiento de las aguas y los grupos de barcazas que ahora navegaban por encima del nivel de la carretera. Parecían igualmente dispuestos a indignarse si el agua se desbordaba o desanimarse si se originaba un anticlímox.

No había desánimo posible. El agua se vertía lentamente por encima del parapeto y golpeaba contra los sacos terreros. En algunos sitios empezaba ya a extenderse poco a poco por el pavimento. Los bomberos, la defensa civil y la Policía vigilaban sus secciones ansiosamente, arrastrando sacos para reforzar dondequiera que se producía una pequeña inundación, asegurando con troncos de árboles, los lugares que se mostraban más débiles. El paseo se fue animando cada vez más. Los mirones empezaron a ayudar, yendo de un lado para otro cuando se producían nuevos chorros. Ahora existían pocas dudas de que iba a suceder algo. Algunos de los grupos que observaban se marcharon, pero otros muchos permanecieron, en perpleja fascinación. Cuando se produjo la rotura, media docena de sitios, en el dique norte, la sufrieron simultáneamente. Chorros de agua empezaron a fluir por entre algunos sacos; luego, repentinamente, hubo un colapso, y, abriéndose una brecha de varios metros de ancho, el agua se coló por ella como por una esclusa abierta.

Desde donde nos hallábamos nosotros, en lo alto de un furgón de la E.B.C. estacionado en el

puede de Vauxhall, podíamos ver tres ríos separados de agua cenagosa invadiendo las calles de Westminster, llenando sótanos y bodegas, y formando a continuación una sola y tumultuosa corriente. Nuestro comentarista subió a otro furgón, aparcado en Pimlico. Durante algunos minutos conectamos con la B.B.C. para averiguar en qué situación se hallaban sus muchachos, estacionados en el puente de Westminster. Llegamos a tiempo de oír a Bob Humbleby su descripción del inundado Victoria Embankment por las aguas que ahora se lanzaban contra la segunda línea defensiva del New Scotland Yard. Los muchachos de la televisión no parecían estarlo pasando muy bien; debieron de perderse bastantes aparatos en los lugares donde tuvo lugar la rotura; sin embargo, estaban haciendo un inaudito esfuerzo con ayuda de los teléfonos y de las cámaras portátiles.

A partir de ese momento, la cosa aumentó en cantidad y rapidez. En el dique Sur, el agua inundaba las calles de Lambeth, Southwark y Bermondsey en muchos lugares. Río arriba, Chiswick e hallaba seriamente inundado; río abajo, Limehouse se encontraba gravemente amenazado, y muchos lugares estuvieron informando sobre las roturas que se producían hasta que perdimos todo contacto con ellos. Había poco que hacer, excepto permanecer vigilantes hasta que la marea bajase, y luego apresurarse a reparar los daños antes que subiese de nuevo.

El Parlamento hizo algunas preguntas. Las respuestas fueron más tranquilas que tranquilizantes. Los ministerios y los departamentos ministeriales estaban dando activamente todos los pasos necesarios; las peticiones tenían que ser presentadas y solicitadas a través de los Ayuntamientos locales, y ya estaba arreglado lo de las prioridades de hombres y de material. Sí, se habían dado los avisos; pero en los cálculos originales de los hidrógrafos se habían introducido factores inesperados. En todos los Ayuntamientos se promulgó una orden para requisar toda maquinaria que sirviera para remover la tierra. El pueblo debía tener absoluta confianza. No volvería a repetirse la anterior calamidad. Y estaban en marcha las medidas necesarias para asegurar toda futura inundación. Poco más se podía hacer ya en los condados orientales, una vez tomadas estas medidas de socorro. Como es natural, los trabajos de defensa continuarían. Pero, por el momento, el asunto más urgente era asegurar que el agua no volviera a invadir las calles durante las próximas pleamares.

Una cosa fue la requisita de materiales, máquinas y mano de obra, y otra su reparto, con toda la comunidad costera y de las tierras bajas solicitándolo simultáneamente. Los secretarios de media docena de ministerios estaban locos ante tantas peticiones, permisos, adjudicaciones, etcétera, etcétera. De todas formas, en algunos sitios los trabajos comenzaban a hacerse. No obstante, existía gran amargura entre los elegidos y los que parecían que iban a ser arrojados a los lobos.

Phyllis bajó una tarde para observar el progreso de las obras en ambas orillas del río. Se estaban levantando, en medio de extraordinaria actividad, superestructuras de bloques de cemento en las dos orillas, sobre las murallas ya existentes. En las aceras, miles de supervisores observaban los trabajos. Entre ellos, Phyllis tuvo la suerte de encontrar a Bocker. Juntos, subieron hasta el puente de Waterloo, y observaron durante un buen rato la actividad de termita con ojos celestiales.

-Alph, el condenado río... y más de dos veces diez kilómetros de murallas y torres -observó Phyllis.

-Y también a ambos lados continuará habiendo grietas algo profundas, aunque no muy románticas -dijo Bocker-. Me gustaría saber qué altura deberían alcanzar para que fuera imposible la inundación, para llevar al ánimo de ellos la inutilidad de su empeño...

-Es difícil creer que algo, en tal escala como eso, pueda ser realmente imposible; sin embargo, creo que tiene usted razón -afirmó Phyllis.

Durante un buen rato continuaron observando la mezcolanza de hombres y máquinas.

-Bueno -observó Bocker, al fin-, debe de haber entre las sombras una cara, por lo menos, que ha de estarse riendo a carcajadas de todo esto.

-Es agradable pensar que sólo hay una -observó Phyllis-. ¿La de quién?

-La del rey Canuto -respondió Bocker.

En aquella época teníamos tantas noticias de nuestra propia cosecha que los efectos, en

Norteamérica, encontraron poco eco en los periódicos, ya limitados por una escasez de papel. No obstante, Newcasts informó que ellos estaban padeciendo su propia perturbación. El clima de California ya no era el «problema número uno». En adición a las dificultades con que se enfrentaban los puertos y las ciudades costeras de todo el mundo hubo grandes perturbaciones en la línea costera situada al sur de los Estados Unidos. Se produjeron casi a todo lo largo del golfo de México, desde Key West hasta la frontera mexicana. En Florida, los propietarios de haciendas empezaron a padecer lo indecible cuando los terrenos pantanosos y las tierras inundadas y encharcadas se extendieron por toda la península. En Texas, una amplia extensión de terreno situado al norte de Brownsville fue desapareciendo gradualmente bajo las aguas. La empresa de Tin Pan Alley consideró apropiado el momento para hacer la súplica: «Río, aléjate de mi puerta». Pero el río no hizo caso..., no, como tampoco lo hicieron otros ríos de la costa atlántica, en Georgia y en las Carolinas.

Pero es ocioso particularizar. La amenaza era la misma en todo el mundo. La principal diferencia se hallaba en que, en los países más desarrollados, toda la maquinaria útil para remover la tierra trabajaba noche y día, mientras que en los menos desarrollados eran miles de hombres y mujeres sudorosos los que trabajaban para levantar grandes diques y murallas.

No obstante, la tarea para ambos era demasiado ardua. Cuanto más se alzaba el nivel del mar, más había que ampliar y extender las defensas para evitar la inundación. Cuando los ríos retrocedían con la bajamar, el agua carecía de sitio adonde ir y se extendía por las tierras que los circundaban. Los problemas que se suscitaban en prevención de las inundaciones producidas por la retirada de las aguas eran también difíciles de solucionar puesto que las alcantarillas y conducciones no daban abasto. Antes de la primera y grave inundación que siguió a la rotura de la muralla del Embankment cerca de Blackfriars, en octubre, el hombre de la calle había sospechado que la batalla no se ganaría, y ya había comenzado el éxodo de los más juiciosos y de los que disponían de medios para ello. Por otra parte, muchos de los que huían se encontraron entorpecidos en su marcha por los refugiados procedentes de las regiones orientales y de las ciudades costeras más vulnerables.

Poco tiempo antes de la rotura del dique del Blackfriars, circuló una nota confidencial entre un grupo seleccionado de la E.B.C., entre los que nos encontrábamos el personal contratado como nosotros. Se había decidido, como medida eficaz para los intereses de la moral pública, que fuéramos aleccionados sobre las medidas de emergencia que se hacían necesarias, etcétera, etcétera... y continuaba de esa forma en dos páginas de papel ministro, con la mayoría de la información entre líneas. Hubiera sido más sencillo decir:

«Escuchen: La cuestión está cada vez más seria. La B.B.C. ha ordenado permanecer en sus puestos; así, pues, por razones de prestigio, nosotros hemos de hacer lo mismo. Necesitamos voluntarios para mantener una estación aquí, y si usted se conceptúa uno de ellos, nos consideraremos satisfechos con disponer de usted. Se llevarán a cabo arreglos útiles. Habrá una bonificación, y pueden ustedes confiar en que nosotros cuidaremos de que ustedes sean recompensados si algo sucediera. ¿Qué dicen?».

Phyllis y yo hablamos sobre el asunto. Si hubiéramos tenido familia, decidimos, la necesidad nos hubiera obligado a hacer por ella lo mejor que pudiéramos..., si es que alguien sabía lo que podría ser lo mejor. Como no la teníamos, podíamos darnos satisfacción a nosotros mismos. Phyllis decidió permanecer en el trabajo.

-Aparte de la conciencia, de la lealtad y de todas esas cosas tan bonitas -dijo-, Dios sabe lo que sucederá en otros lugares si la cosa se pone mal. De todas formas, huyendo no se consigue nada, a menos que tú tengas alguna idea buena de adonde hay que huir. Mi voto es que debemos quedarnos para ver lo que pasa.

Así, pues, enviamos nuestros nombres, y fue muy agradable enterarse de que Freddy Whittier y su esposa habían hecho lo mismo.

Después de eso, algún departamentalismo más inteligente hizo parecer como si nada fuera a suceder durante muchísimo tiempo. Pasaron algunas semanas antes que nos enterásemos de que la E.B.C. había alquilado los dos pisos altos de un amplio departamento comercial, cerca de

Marble Arch, y que estaban trabajando a toda prisa para transformarlo en una estación que pudiera defenderse por sí sola tanto tiempo como fuera posible.

-Mi opinión es que hubiera sido mejor un sitio más alto como Hampstead o Highgate -dijo Phyllis cuando conseguimos el informe.

-En realidad, ninguno de los dos es Londres -señalé-. Además, la E.B.C. lo ha alquilado nominalmente para anunciar cada vez: «Aquí la E.B.C., hablando al mundo desde el Selvedge». Avisador benévolo durante el intervalo de emergencia.

-Como si el agua pudiese retirarse un día completamente -dijo.

-Aunque ellos no lo crean así, no pierden nada por dejar que la E.B.C. lo crea -indiqué.

Por entonces nos habíamos convertido en seres de conciencia con nivel muy alto, y yo observaba el lugar en el plano: los veintitrés metros de línea que contorneaba, calle abajo, el lado occidental del edificio.

-¿Cómo puede tenerse un cálculo de eso? -deseó saber Phyllis, recorriendo con el dedo el plano.

El edificio de la Radio parecía hallarse en mejor situación. Nosotros juzgamos que se hallaría a unos veintiséis metros sobre el nivel del mar.

-¡Hum! -dijo-. Bueno, si algo falla cuando estemos en los pisos altos, también ellos tendrán que echar a correr escalera arriba. Mira -añadió, señalando a la izquierda del plano-, ¡mira sus estudios de televisión! Están por debajo de los siete metros y medio de nivel.

Durante las semanas que precedieron a la rotura de los diques. Londres pareció estar viviendo una doble vida. Las organizaciones y las instituciones hacían sus preparativos con la menor ostentación posible. Los funcionarios hablaban en público con afectada contingencia sobre la necesidad de hacer planes «sólo en caso preciso», regresando luego a sus despachos para ponerse a trabajar febrilmente en las disposiciones que habían de tomar. Los avisos continuaban dándose en tono tranquilizador. Los hombres empleados en las tareas eran en su mayoría unos cínicos respecto a su trabajo, estaban contentos con el sueldo que recibían y eran curiosamente descreídos. Parecían considerar el asunto como un ejercicio que realizaban agradablemente en beneficio propio; al parecer, la imaginación se negaba a admitir la amenaza que se relacionaba con aquellas horas de trabajo extraordinario. Aun después de la primera rotura, la alarma quedó localizada solamente entre las personas que la sufrieron. La muralla se reparó apresuradamente, y el éxodo no fue todavía más que un ligero gotear de personas. La verdadera inquietud llegó con las mareas de la primavera siguiente.

Esta vez se advirtió concienzudamente a las partes que, probablemente, serían las más afectadas. Sin embargo, la población lo tomó obstinada y flemáticamente. Habían tenido ya experiencia para aprenderlo. La principal respuesta fue trasladar las cosas a los pisos más altos y gruñir en voz alta sobre la ineficacia de las autoridades, incapaces de protegerlos del mal que los envolvía. Se fijaron avisos indicando las horas de la marea alta con tres días de antelación, pero las precauciones sugeridas se hacían de forma tan solapada, para evitar el pánico, que fueron poco atendidas.

El primer día pasó sin peligro. Durante la tarde de la marea más alta, gran parte de Londres permaneció en pie esperando que pasara la medianoche y la crisis, con un humor de mil diablos. Fueron retirados los autobuses de las calles, y el metro suspendió su servicio a las ocho de la noche. Pero mucha gente permaneció fuera de sus casas, y paseó hasta el río para ver lo que pudiera verse desde los puentes. Para ellos era un espectáculo.

La tranquila y aceitosa superficie trepó lentamente hasta alcanzar los pilares de los puentes y chocó contra los muros de sustentación. Las cenagosas aguas se dirigían corriente arriba sin apenas ruido, y los grupos estaban también casi silenciosos, contemplándolas con aprensión. No había miedo a que alcanzaran lo alto de la muralla; la altura calculada era de unos diez metros, lo cual dejaba un margen de seguridad de un metro con veinte centímetros hasta la parte más alta del nuevo parapeto. Lo que producía más ansiedad e inquietud era la presión de las aguas.

Desde el extremo norte del puente de Waterloo, en donde nosotros nos hallábamos estacionados esta vez, podía verse toda la parte alta de la muralla, con el agua corriendo a gran altura a un lado de ella, y, al otro, el paseo de Embankment, con las farolas luciendo todavía, pero sin que se

vieran en él vehículos ni personas. Más allá, hacia el oeste, las agujas del reloj de la torre del Parlamento giraban alrededor de la iluminada esfera. El agua subía mientras la aguja mayor se movía con insoportable lentitud hacia las once. La campana del Big Ben dando la hora llegó claramente a los silenciosos grupos, arrastrando su sonido por el viento.

El sonido de la campana hizo que los grupos murmurasen entre sí; luego, volvieron a quedar silenciosos de nuevo. La aguja grande empezó a descender: las once y diez, las once y cuarto, las once y veinte, las once y veinticinco... Entonces, justamente antes de marcar las once y media, llegó el ruido de un tumulto de algún lugar situado río arriba. El viento nos trajo un grupo de voces descompuestas. La gente que nos rodeaba alzó la nariz y comenzó a murmurar otra vez. Un momento después vimos acercarse el agua. Se extendía a lo largo del Embankment, en dirección a nosotros, formando una corriente amplia y cenagosa que arrastraba a su paso escombros y árboles, y que, tumultuosa, pasó por detrás de nosotros. De los grupos surgió un alarido. De repente se oyó un crujido a nuestra espalda, y el alboroto producido por el derrumbamiento de una construcción, mientras una sección de la muralla, justamente donde había estado anclado últimamente el *Discovery*, se venía abajo. El agua se coló por la brecha, arrastrando bloques de cemento, mientras que la muralla se derrumbaba ante nuestros ojos y el agua caía en forma de enorme catarata cenagosa sobre el paseo.

Antes que llegase la marea siguiente, el gobierno arrojó el guante de terciopelo. Después de anunciarse el estado de emergencia, se dio una orden de permanencia y la proclamación de un ordenado plan de evacuación. No necesito relatar aquí las dilaciones y las confusiones a que dio lugar el plan. Es difícil creer que pudiese ser tomado en serio hasta por aquellos que lo lanzaron. Desde el principio pareció extenderse una atmósfera de incredulidad sobre todo el asunto. Era imposible toda labor. Algo hubiera podido hacerse, tal vez, si se hubiese tratado solamente de una ciudad; pero con más de las dos terceras partes de la población del país ansiosa por marchar a un territorio más elevado, sólo habrían tenido algún éxito en rebajar la tensión los métodos más duros, y no por mucho tiempo.

Sin embargo, aunque aquí se estaba mal, peor se estaba en otras partes. El holandés se había retirado a tiempo de las áreas peligrosas, dándose cuenta de que había perdido las duras batallas que contra el mar había llevado a cabo durante siglos. El Mosa y el Rin se habían desbordado sobre muchos kilómetros cuadrados de territorio. Toda una población emigraba hacia el sur, a Bélgica, o hacia el sudeste, a Alemania. La propia llanura norte alemana no se hallaba en mejor situación. El Ems y el Weser también habían crecido, haciendo que la gente abandonara sus ciudades y sus granjas, en incesante y creciente horda, hacia el sur. En Dinamarca se utilizó toda clase de embarcación para trasladar las familias a Suecia y a los territorios más elevados del país. Durante breve espacio de tiempo nos la compusimos para seguir de un modo general los acontecimientos; pero cuando los habitantes de las Ardenas y de Wesfalia empezaron a desconfiar de salvarse en su lucha contra los desesperados y hambrientos invasores del norte, las noticias más graves desaparecieron en un cene-gal de rumores y caos. Al parecer, lo mismo estaba ocurriendo en todo el mundo, aunque a escala diferente. En nuestro país, la inundación de los condados orientales hizo que sus habitantes se retirasen a las Midlands. Las pérdidas de vidas fueron escasas, porque allí se habían prodigado las advertencias. La verdadera catástrofe empezó en los Chiltern Hills, donde los que ya estaban en posesión de ellos se organizaron para evitar ser atropellados y arrastrados por las dos corrientes de refugiados procedentes del este y de Londres. En las partes no invadidas del centro de Londres hubo durante varios días una especie de indecisión dominguera. Muchas personas, ignorando cómo debían actuar, se empeñaban en acercarse a los lugares inundados como antes. La Policía continuaba patrullando. Aunque el metro estaba inundado, mucha gente continuaba tomándolo para ir a su trabajo, porque algunos trabajos continuaban, bien por costumbre o de momento. Luego el desbarajuste se introdujo procedente de los suburbios. El fallo, una tarde, del suministro de emergencia eléctrica, seguido de una noche de oscuridad, dio el *coup de grâce* al orden. Comenzó el saqueo de las tiendas, especialmente las de comestibles, extendiéndose en una escala que desbordó a la Policía y a los militares.

Decidimos que ya era hora de dejar nuestro piso y de trasladar nuestra residencia a la fortaleza de la E.B.C.

Por lo que nos decían por onda corta, poca diferencia existía en el curso de los acontecimientos en las ciudades bajas de cualquier país..., excepto que, en algunas, la ley feneció más rápidamente. No está en mi propósito detenerme en los detalles. No me cabe duda alguna de que, más adelante, serán relatados minuciosamente en innumerables relatos oficiales.

Durante aquellos días, la misión de la E.B.C. consistió, principalmente, en repetir las instrucciones del gobierno leídas por la B.B.C., instrucciones encaminadas a restaurar el orden de alguna forma: un modo monótono de recomendar, a aquellos cuyas casas no estaban amenazadas de momento, que permanecieran en ellas, y de dirigir la oleada de gente a ciertas áreas más elevadas y retirarla de otras que, según se decía, estaban superpobladas. Podíamos ser oídos, pero no teníamos ninguna prueba de que éramos atendidos. En el norte produciríamos algún efecto; pero en el sur, la enormemente desproporcionada concentración de Londres y el flujo de tantos ferrocarriles y carreteras echaban por tierra todo intento de dispersión ordenada. El número de personas en movimiento producía alarma entre los que hubieran podido esperar. La sensación de que, a menos que se alcanzase un refugio a vanguardia del grupo principal, no habría en absoluto un lugar adonde ir, le ganaba a uno..., como también la sensación de que cualquiera que hiciese eso en coche se hallaba en posesión de innegable ventaja. De repente, se consideró más seguro ir a cualquier parte..., aunque no completamente seguro. Era mucho mejor salir lo menos posible.

La existencia de numerosos hoteles y una tranquilizadora elevación de veintidós metros sobre el nivel normal del mar fueron indudablemente factores que influyeron sobre el Parlamento para que eligiera la ciudad de Harrogate, en Yorkshire, como sede suya. La precipitación con que se reunió allí fue debido, muy verosímelmente, a la misma fuerza que impulsaba a muchas personas particulares: el miedo de que alguien se les adelantara. Para una persona ajena al Parlamento aquello daba la impresión de que dentro de breves horas quedaría inundado Westminster, tantas fueron las prisas con que la vieja institución se trasladó a su nuevo hogar.

En cuanto a nosotros mismos, empezamos a caer en la rutina. Nuestros cuarteles vivientes se hallaban en los pisos altos. Las oficinas, los estudios, el equipo técnico, los generadores, los almacenes, etcétera, etcétera, en los pisos bajos. Una enorme reserva de aceite, gasolina y petróleo se hallaba almacenada en grandes tanques colocados en los sótanos, de donde se extraía a fuerza de bomba cuando era necesario. Nuestros sistemas aéreos estaban instalados en los tejados dos manzanas más allá, tendidos por puentes que colgaban altos sobre las calles medio inundadas. Nuestro tejado había sido desprovisto de toda clase de obstáculos, con el fin de que pudiera posarse en él un helicóptero, y al mismo tiempo, que pudiese actuar como desagüe de agua de la lluvia. Mientras desarrollábamos gradualmente una técnica para vivir allí, nos dimos cuenta de que se trataba aquél de un lugar seguro.

Aun así, mi recuerdo es que, durante los primeros días, casi todas las horas libres las dedicaba todo el mundo en trasladar el contenido del departamento de provisión a nuestros propios cuarteles antes que pudiera desaparecer de alguna forma.

Eso parece que fue un falso concepto básico del papel que debíamos representar. Como yo la entendí, la idea era que nosotros estábamos allí para dar, en lo que fuera posible, la impresión de que el negocio continuaba como de costumbre, y luego, cuando la cosa se hiciese más difícil, el centro de la E.B.C. seguiría a la administración a Yorkshire por etapas graduales. Esto parecía haber sido fundado sobre la base de que Londres estaba construido sobre celdas, de forma que cuando el agua inundase dichas celdas, habría de ser abandonado, mientras que el resto se mantendría como de costumbre. En lo que a nosotros concernía, las orquestas, los locutores y los artistas actuarían como siempre hasta que el agua lamiese los peldaños de nuestra puerta... si es que llegaba a ello..., trasladándose después a la estación de radio de Yorkshire. El único requisito que nadie había cumplido, en lo que se refería a los programas, fue el traslado de nuestra discoteca antes que se hiciese necesario salvarla. Se esperaba una merma más que un derrumbamiento. Cosa curiosa: un número bastante grande de radiodifusores se las compuso de

alguna manera para actuar ante los micrófonos durante unos cuantos días. Sin embargo, después de eso volvimos casi por completo a nosotros mismos y a los discos. Y, ahora, empezábamos a vivir en un estado de sitio.

No tengo el propósito de relatar con todo detalle el año que siguió. Fue un inacabable período de decadencia, de pobreza. Un largo y frío invierno, durante el cual el agua inundó las calles con más rapidez de lo que habíamos esperado. A veces, cuando grupos armados recorrían las calles, a cualquier hora del día o de la noche, en busca de tiendas de comestibles aún no saqueadas, podían

oírse ráfagas de disparos al enfrentarse dos bandas. Por nuestra parte, padecíamos poco; era como si, después de algunos intentos por invadirnos, estuviéramos convencidos de que nos hallábamos preparados para defendernos, y con tantos otros pisos invadibles con poco o ningún riesgo, podíamos estar seguros de que nos dejarían para lo último.

Cuando llegó la época del calor, se veían pocas personas. La mayoría de ellas, antes de enfrentarse con otro invierno en una ciudad ahora bastante escasa de alimentos y que empezaba a sufrir epidemias por falta de agua potable y de desagües, se marchaba al interior del país, y los disparos que oíamos se hacían cada vez más raros.

También se había reducido nuestro número. De los sesenta y cinco que éramos al principio, quedábamos ahora veinticinco. El resto se había marchado en helicóptero en diferentes etapas, cuando el foco principal se instaló en Yorkshire. De la categoría de centro, habíamos descendido al de puesto avanzado o avanzadilla sostenido por prestigio.

Phyllis y yo discutíamos si nos convendría marcharnos también; pero por la descripción que nos hicieron el piloto del helicóptero y su tripulación de las condiciones en que se hallaba el cuartel general de la E.B.C. comprendimos que estaba muy congestionado y se nos presentaba poco atractivo. Así, pues, decidimos permanecer aquí un poco más, contra viento y marea. En donde estábamos, nos encontrábamos bastante cómodos. Además, cuantos más abandonaban Londres, más espacio y alimentos nos quedaban.

En la última primavera se publicó un decreto que nos concernía a nosotros: todas las estaciones de radio quedaban controladas directamente por el gobierno. La totalidad de la Casa de la Radio se trasladó en avión cuando sus premisas fueron vulnerables, mientras que las nuestras estaban todavía en estado disponible; por lo que los pocos hombres de la B.B.C. que se quedaron vinieron a engrosar nuestro grupo.

Las noticias nos llegaban principalmente por dos conductos: de la cadena privada con la E.B.C., que corrientemente era moderadamente honrada, aunque discreta, y de las radiofusoras que, no importa de dónde procedieran, eran hinchadas con optimismo patentemente deshonesto. Estábamos empezando a cansarnos y a desanimarnos respecto a ellas, como les ocurriría a los demás, me imagino; pero, no obstante, proseguían. Al parecer, todo el país estaba unido y se alzaba sobre el desastre con una resolución que hacía honor a las tradiciones de su pueblo.

A la mitad del verano, bastante frío por cierto, la ciudad se había apaciguado mucho. Los grupos de saqueadores habían desaparecido; sólo permanecían los obstinados. Eran, indudablemente, muy numerosos; pero en veinte mil calles aparecían muy dispersos. Todavía no estaban desesperados. Era posible andar otra vez por las calles con relativa seguridad, aunque con la precaución de llevar una pistola.

El agua continuó subiendo cada vez más durante el período que todos los cálculos habían supuesto. Las mareas más altas alcanzaban ahora un nivel de quince metros. La línea fronteriza de la marea se hallaba al norte de Hammersmith, incluyendo la mayor parte de Kensington. Se extendía por el lado sur de Hyde Park, continuaba por el sur de Piccadilly, atravesaba Trafalgar Square, seguía el Strand y Fleet Street, y por último corría hacia el nordeste, subiendo por el lado occidental del Lea Valley. De la ciudad solamente quedaban libres las tierras altas que rodeaban St. Paul. En el sur se había extendido por Battersea, Southwark, la mayor parte de Deptford y la parte más baja de Greenwich.

Un día fuimos andando, dando un paseo, hacia Trafalgar Square. La marea ocupaba la plaza, y el agua casi alcanzaba la parte alta de la pared norte, debajo de la National Gallery. Llegamos hasta

la balaustrada y contemplamos el agua que lamía los leones de Landseer, preguntándonos qué pensaría Nelson de la vista que su estatua distinguía ahora.

Casi a nuestros pies, la linde del agua estaba marcada con espumas y con una fascinante y variada colección de objetos arrastrados por la corriente. Más allá, las fuentes, las farolas, las luces del tráfico y las estatuas se reflejaban por todas partes. Al otro extremo de la plaza, y mirando hacia Whitehall tan lejos como podíamos, la superficie del agua estaba tan tranquila como la de un canal. Unos cuantos árboles permanecían aún en pie, y, en ellos, piaban los gorriones. Los estorninos aún no habían desertado de la iglesia de San Martín; pero las palomas se habían marchado todas, y en muchas de sus habituales perchas se posaban ahora, en su lugar, las gaviotas. Durante algunos minutos contemplamos la escena y escuchamos cómo se deslizaba el agua en medio del silencio. Luego, pregunté:

-¿No dijo alguien en cierta ocasión que el fin del mundo tendría lugar de esta forma, con un sollozo y no con un estallido?

Phyllis pareció extrañada.

-¿*Alguien?* -repitió-. ¡Fue míster Eliot!

-Bueno; pues parece como si en aquella ocasión hubiera tenido una excelente idea -dije.

Phyllis observó a continuación:

-Creía que, en este momento, estaba atravesando una fase. Durante mucho tiempo conservé la intuición de que algo se podría hacer para salvar el mundo en que vivimos... si podíamos descubrir qué. Pero considero que pronto seré capaz de sentir: «Bueno, todo ha terminado. ¿Cómo podremos hacer algo mejor de lo que ha cesado?»... De todas formas, no podría decir que, viniendo a lugares como éste, me considero dichosa.

-No hay ningún lugar como éste. Éste es..., era..., el único: el único de los únicos. Y esto es lo malo: que está un poco más que muerto, pero no listo aún para un museo. Pronto, tal vez, seremos capaces de sentir: «¡Oh! Toda nuestra pompa de ayer es como la de Nívine y Tiro»... Pronto, sí; pero no todavía.

Hubo una pausa, que se prolongó.

-Mike -dijo Phyllis de pronto-, Vámonos de aquí... ya.

Asentí.

-Quizá sea lo mejor. Aún tendremos que ser un poco más fuertes, querida. Estoy asustado.

Me cogió del brazo y nos dirigimos hacia el oeste. A medio camino de la esquina de la plaza nos paramos. Acabábamos de oír el ruido de un motor. Cosa inverosímil: parecía provenir del sur. Esperamos, mientras se acercaba. En aquel momento, procedente del Admiralty Arch, llegaba una motora a toda velocidad. Giró en un arco muy cerrado y se lanzó Whitehall abajo, dejando que las ondulaciones de su estela barriesen las ventanas de las augustas oficinas gubernamentales.

-Precioso -dije-. No habrá muchos de nosotros que, en nuestros momentos de vigilia, no haya pensado en algo semejante.

Phyllis contemplaba las anchas ondulaciones y, bruscamente, volvió a mostrarse práctica.

-Creo que será mejor ver si podemos procurarnos una de esas motoras -dijo-. Tal vez nos sea útil más adelante.

La marea continuaba subiendo. Al finalizar el verano, el nivel había experimentado un aumento de dos o tres metros. El tiempo era malísimo y más frío aún de lo que fuera en la misma época del año anterior. Muchos de los nuestros habían solicitado el traslado, y a mitad de septiembre nos habíamos quedado reducidos a dieciséis.

Hasta Freddy Whittier anunció que estaba enfermo y agotado de malgastar el tiempo como un marinero naufragado, e iba a ver si podía encontrar algún trabajo útil que hacer. Cuando el helicóptero se llevó a su esposa y a él, volvimos a reconsiderar una vez más nuestra propia situación.

Nuestra labor de componer material siempre palpitante sobre el tema de que nosotros hablábamos..., el corazón de un imperio ensangrentado, pero aún no subyugado..., se suponía, y nosotros lo sabíamos, que tenía un valor estabilizador aun entonces; pero nosotros dudábamos de



ello. Muchas personas silbaban el mismo tema en la oscuridad. Algunas noches antes que se marcharan los Whittier, celebramos una última reunión en la que alguien, en las primeras horas de la madrugada, consiguió conectar con una emisora de Nueva York. Un hombre y una mujer, desde el Empire State Building, estaban describiendo la escena. El cuadro que ellos evocaban de las torres de Manhattan, en pie, como helados centinelas a la luz de la luna, mientras las brillantes aguas lamían sus paredes por su base, era magistralmente hermoso, casi líricamente hermoso... No obstante, fallaba en su propósito. En nuestras mentes podíamos ver esas torres brillantes..., pero no eran centinelas, sino lápidas sepulcrales. Nos produjo la sensación de que nosotros estábamos aún menos capacitados para disimular nuestras propias lápidas sepulcrales; que era hora de salir de nuestro refugio y de encontrar trabajo más útil. Nuestras últimas palabras a Freddy fueron que nosotros, seguramente, le seguiríamos antes que pasara mucho tiempo.

Sin embargo, aún no habíamos alcanzado el punto culminante de nuestra decisión definitiva, cuando, un par de semanas más tarde, Freddy nos habló por la radio. Tras los saludos de rigor, nos dijo:

-Esto no es una mera cortesía. Es un consejo desinteresado a los que contemplan cómo salta el aceite en la sartén..., ¿comprendes?

-¡Oh! -exclamé-. ¿Qué sucede?

-Te lo diré: tengo motivos suficientes para mi regreso a tu lado inmediatamente, si no tuviese mis razones para rechazar tan espantoso convencimiento. Quiero decir con esto que debéis quedaros en donde estáis... los dos.

-Pero... -empecé a decir.

-Espera un momento -me interrumpió.

De nuevo llegó su voz a mis oídos.

-Perfectamente. Creo que no hay vuelta de hoja. Escucha, Mike: aquí hay exceso de población; estamos hambrientos y hay una mezcolanza de mil demonios. Han desaparecido los alimentos de toda clase, así como la moral. Vivimos, virtualmente, en estado de sitio, y si esto no se convierte, dentro de unas semanas, en guerra civil, será por milagro. La población exterior *está* mucho peor de lo que nosotros estábamos en Londres; pero, al parecer, nada los convence de que no estamos viviendo en la parte más rica de la Tierra. Por lo que más quieras, comprende lo que quiero decirte y quédate en donde estás, si no por tu salvación, por la de Phyllis.

Pensé de prisa.

-Si ahí estás tan mal, Freddy, y no haces nada provechoso, ¿por qué no regresas aquí en el primer helicóptero? Métete de polizón a bordo, o acaso podamos ofrecer al piloto algo que le agrade.

-Efectivamente. Aquí no hacemos nada útil. No sé por qué dejaron que viniésemos. Activaré este asunto. Estate pendiente del próximo vuelo. Acaso lleguemos en él. Mientras tanto, os deseamos mucha suerte a ambos.

-Suerte a ti, Freddy, y nuestro cariño a Lynn..., y nuestros respetos a Bocker, si está ahí y nadie le ha matado aún.

-Bueno, considerando que es Bocker, podía hallarse mucho peor... Adiós. Procuraremos verte pronto.

Fuimos discretos. No dijimos nada más que habíamos oído decir que la ciudad de Yorkshire estaba ya hasta los topes y que, por tanto, nos quedábamos. Un matrimonio, que había decidido abandonar Londres en el primer vuelo, cambió de idea también. Esperábamos que el helicóptero nos devolviera a Freddy. Un día después de lo debido estábamos esperando aún. Conectamos con la radio. No se tenían noticias, excepto que el helicóptero había abandonado el aeródromo. Pregunté por Freddy y Lynn. Nadie parecía saber en dónde estaban.

Nunca más se tuvo noticias de aquel helicóptero. Nos dijeron que no tenían otro para enviarnos.

El frío estío se convirtió en un otoño más frío aún. Hasta nosotros llegó el rumor de que los tanques marinos habían hecho de nuevo su aparición por primera vez desde que el agua había empezado a aumentar de nivel. Por ser las únicas personas ahora que habíamos tenido contacto personal con ellos, asumimos la condición de expertos..., aunque el único consejo que podíamos dar era el de llevar siempre un cuchillo afilado y en posición tal que pudiese asestar un rápido

tajo con cualquiera de las manos. Pero los tanques marinos quizá encontrarán escasa caza en las casi desiertas calles de Londres, porque no volvimos a oír nada más de ellos. Sin embargo, por la radio nos enteramos que no era lo mismo en algunas partes. Pronto hubo informes sobre su reaparición en muchos lugares donde no solamente las nuevas líneas costeras, sino el colapso de la organización, hizo difícil destruirlos en un número alentador.

Mientras tanto, la cuestión empeoraba. Noche tras noche las emisoras combinadas de la E.B.C. y de la B.B.C. abandonaron toda pretensión de infundir tranquila confianza. Cuando vimos el mensaje que nos transmitieron por radio simultáneamente con todas las demás emisoras, nos dimos cuenta de la razón que tenía Freddy. Se trataba de una llamada a todos los ciudadanos leales para que ayudaran al gobierno legítimamente elegido contra cualquier intento que pudiera hacerse para derribarlo por la fuerza, y, en la forma en que estaba dicho, no había duda alguna de que ya se estaba llevando a cabo alguna intentona. El mensaje era una mezcla de exhortación, amenazas y súplicas, que terminaba justamente con la falsa nota de confianza..., la misma nota que sonó en España y luego en Francia cuando hubo de dar las noticias, aunque tanto los locutores como los oyentes sabían que el final estaba cercano. El mejor locutor del servicio de información no podía darle un tono de convicción.

La cadena de emisoras no quería, o no podía, aclararnos la situación. Decían que el fuego continuaba. Algunos grupos armados intentaban penetrar a la fuerza en el recinto de la Administración. Los militares tenían la situación en sus manos y terminarían rápidamente con la algarada. Las locuciones radiadas tenían como única finalidad echar por tierra los rumores y restablecer la confianza en el gobierno. Nosotros decíamos que ni lo que ellos nos contaban ni el propio mensaje nos inspiraba ninguna confianza, y que nos gustaría saber qué estaba sucediendo en realidad. Todo lo que llegaba a nuestros oídos era oficial, breve y frío.

Veinticuatro horas después, en medio de otra radiación dictada para infundirnos confianza, la emisora interrumpió su emisión, repentinamente. Nunca más volvió a funcionar.

Hasta que uno se acostumbra a ello, la situación de ser capaces de oír de todas partes del mundo, aunque ninguna diga lo que está sucediendo en el propio país de uno, resulta extraña. Recogimos informes sobre nuestro silencio de América, Canadá, Australia y Kenya. Radiábamos con toda la potencia de nuestra emisora lo poco que sabíamos, y podíamos oírlo después repetido por emisoras extranjeras. Pero nosotros mismos estábamos lejos de comprender lo que sucedía. Aunque los cuarteles generales de ambas cadenas, en Yorkshire, hubieran sido invadidos, como parecía, quedaban aún muchas emisoras en el aire independientemente, por lo menos en Escocia y en el norte de Irlanda, a pesar de que no estuvieran mejor informadas que nosotros. Sin embargo, desde hacía una semana no se tenía noticia de ellas. El resto del mundo parecía estar demasiado ocupado en enmascarar sus propias catástrofes para preocuparse de nosotros..., aunque una vez oímos una voz que hablaba con diapasón histérico sobre *l'écroulement de l'Angleterre*. La palabra *écroulement* no me era muy familiar, pero poseía un sonido terriblemente mortal.

El invierno se echó encima. Ahora se veía poca gente por las calles, en comparación el año anterior. Eso se notaba. Frecuentemente era posible andar un par de kilómetros sin ver a nadie. Presumiblemente, todos ellos poseían depósitos procedentes de los almacenes de comestibles saqueados que servían para mantenerlos, a ellos y a sus familiares, y, evidentemente, no era motivo de censura. Se notaba también cómo muchas de esas personas hacían alarde de poseer armas como cosa lógica. Nosotros mismos adoptamos la costumbre de llevar las... pistolas, no fusiles..., colgadas del hombro, más que con la esperanza de utilizarlas, con el fin de evitar la ocasión de ser atacados. Existía una especie de estado cauto de prevención que se hallaba aún bastante lejos de la hospitalidad instintiva. El peligro hace que los hombres estén atentos a los chismes y a los rumores, y, algunas veces, a las malas noticias de interés local. Por eso nos enteramos de que, alrededor de Londres, existía actualmente un cordón completamente hostil; de cómo los distritos exteriores se habían constituido, en cierto modo, en estados miniaturas independientes y prohibían la entrada, tras echarlos, a muchos de los que habían buscado refugio allí; de cómo los que intentaban cruzar la frontera de una de esas comunidades eran recibidos a

tiros sin que mediara cuestión alguna.

En el nuevo año, se hizo más intenso el sentido de las cosas que nos presionaban. La marca de la marea alta se hallaba ahora a un nivel de veintidós metros y medio. El tiempo era abominable y espantosamente frío. Apenas transcurría una noche sin que soplara un ventarrón del sudoeste. Se hizo más raro aún ver a alguien en las calles, aunque cuando el viento cesaba durante un rato, podía verse desde el tejado un sorprendente número de chimeneas expeliendo humo. La mayoría era humo procedente de madera y de muebles quemados, se suponía; porque el carbón que se hallaba en los almacenes y en las estaciones del ferrocarril había desaparecido por completo el invierno anterior.

Desde un punto de vista puramente práctico, dudaba que hubiera en todo el país alguien más favorecido ni tan seguro como nuestro grupo. Los alimentos, adquiridos al principio, junto con los conseguidos después, constituían un depósito que bastaría para alimentar durante varios años a las dieciséis personas que quedábamos. También poseíamos una inmensa reserva de petróleo y gasolina. Materialmente, estábamos mejor que un año antes cuando éramos más. Pero sabíamos, como muchos lo habían sabido antes que nosotros, que el factor comida no bastaba para cubrir nuestras necesidades. La sensación de desolación empezaba a pesar sobre nosotros y se hizo más intensa cuando, a finales de febrero, el agua empezó a lamer los peldaños de nuestra puerta por primera vez y el edificio se llenó de los ruidos que producía el agua al caer en cascadas en nuestros sótanos.

Algunos de nuestro grupo empezaron a mostrarse más inquietos.

-Seguramente, *no puede* subir mucho más. Treinta metros *es* el límite, ¿verdad? -decían.

Tranquilizarse falsamente no tenía ningún objeto y, además, era contraproducente. No podíamos decir nada más que repetir lo que Bocker había dicho: que era una aventura. Nadie sabía, dentro de un ancho límite, cuánto hielo había en el Antártico. Tampoco nadie estaba completamente seguro de cuántas superficies del norte que parecían tierra firme, tundra, eran en realidad simplemente un depósito sobre una base antigua de hielo. Nosotros ignorábamos por completo todo eso. El único consuelo era que Bocker parecía creer ahora, por alguna razón, que el nivel de agua no subiría por encima de los treinta y siete metros y medio..., lo cual dejaría intacto nuestro refugio aéreo. Sin embargo, se requería un gran dominio sobre sí para encontrar tranquilizador ese pensamiento cuando se tumbaba uno en la cama por las noches, mientras escuchaba el eco del chapoteo de las olas que el viento traía a lo largo de Oxford Street.

Una luminosa mañana de mayo, una soleada, aunque no calurosa mañana, eché de menos a Phyllis. Las pesquisas en busca de ella me condujeron eventualmente a la azotea. La encontré en el rincón sudoeste, mirando fijamente hacia los árboles que punteaban el lago de lo que había sido Hyde Park, y llorando. Me apoyé en el parapeto, al lado de ella, y la abracé con un brazo. Phyllis dejó de llorar. Se limpió los ojos y se sonó la nariz. Luego, dijo:

-Después de todo, no he sido capaz de mantenerme fuerte. No creo que pueda soportar esto por mucho tiempo, Mike. Sácame de aquí. Por lo que más quieras, sácame de aquí.

-¿Y adonde vamos..., suponiendo que pudiéramos ir a alguna parte? -pregunté.

-Al *cottage*, Mike. En el campo, la cosa no será tan espantosa. Habrá algo cultivado..., no como aquí, que todo está muerto. Aquí no hay ya esperanza..., y puesto que no hay esperanza, debemos saltar el muro.

Medité unos instantes sobre lo que acababa de decirme.

-Aun suponiendo que consiguiéramos salir, tendríamos que vivir -dije-. Necesitaríamos alimentos, combustibles, cosas...

-Hay... -empezó a decir, pero cambió de idea tras la ligera vacilación-. Podríamos encontrar lo suficiente para mantenernos durante una temporada, hasta que pudiéramos cultivar algo. Y habrá pescado, y restos de embarcaciones naufragadas que nos servirán de combustible. Encontraremos algo, de alguna forma. Será duro..., pero yo no puedo permanecer en este cementerio por más tiempo. Mike... no puedo...

Hizo una pausa.

-¡Míralo, Mike! ¡Míralo! Nunca hicimos nada para merecer esto. Muchos de nosotros, la

mayoría, no seríamos muy buenos; pero, seguramente, tampoco lo suficientemente malos para merecer esto. ¡Y no tener ni una oportunidad! Si siquiera fuera algo contra lo que pudiéramos luchar... ¡Pero estar anegados, muertos de hambre y forzados a destruirnos los unos a los otros para poder subsistir... y por cosas que nadie ha visto nunca, que viven en un lugar donde no podemos alcanzarlas!...

Hizo otra pausa.

-Algunos de nosotros saldrán de este atolladero, seguramente... los más fuertes. Pero, entonces, ¿qué harán las cosas que están abajo? Algunas veces sueño con ellas, permaneciendo en esos profundos y oscuros valles; otras, me producen la impresión de ser monstruosos calamares o gigantescos zánganos; otras, como si fueran enormes nubes de células luminosas colgando de las grietas de las rocas... Supongo que nunca sabremos cómo son en realidad; pero, sean como sean, permanecen aquí todo el tiempo, pensando y proyectando lo que han de hacer para acabar con nosotros radicalmente, a fin de que todo pase a su poder... Algunas veces, a pesar de Bocker, creo que las cosas se hallan quizá en el interior de los tanques marinos, y que si pudiéramos capturar solamente uno para examinarlo, sabríamos cómo luchar, al fin, contra ellos. Varias veces he soñado que habíamos encontrado uno y nos las habíamos arreglado para descubrir el trabajo que hacía, pero nadie nos había creído, excepto, excepto Bocker. Sin embargo, lo que le habíamos dicho le había dado una idea para construir un arma maravillosa que terminaba por destruirlos... Sé que todo esto suena a estúpido, pero es maravilloso en sueños, y, al despertar, siente uno como si hubiéramos salvado a todo el mundo de una pesadilla... Pero luego oigo el ruido del agua azotando las paredes, en la calle, y me doy cuenta de que nada ha terminado, que todo sigue, sigue, sigue... No puedo permanecer aquí por más tiempo, Mike. Enloqueceré si tengo que estarme sentada aquí sin hacer nada mientras una gran ciudad muere centímetro a centímetro a mi alrededor. Sería diferente en Cornwall, en cualquier parte del campo. Para continuar como ahora, tendría que estar trabajando noche y día. Considero que es preferible morir intentando huir que haciendo frente a otro invierno como el pasado.

No comprendía que fuese tan malo como ella decía. Pero no era momento de discutir.

-Muy bien, querida -dije-. Nos iremos.

Cuanto oíamos nos precavía contra todo intento de huir por medios normales. Nos contaron de zonas donde todo había sido arrastrado para habilitar campos de visualidad espaciosos, con trampas, señales de alarma y guardianes. Todo cuanto existía más allá de esos campos se suponía que estaba basado sobre un frío cálculo del número que cada distrito autónomo podía soportar. Los oriundos de esos distritos se habían agrupado para echar a los refugiados y a los inútiles a un terreno más bajo, donde tenían que valerse por sí mismos. En cada una de las áreas existía la acusada sensación de que otra boca que alimentar incrementaría la escasez para los demás. Cualquier forastero que conseguía introducirse, podía tener la seguridad de que su presencia no sería ignorada por mucho tiempo, y, cuando le descubrieran, le tratarían sin consideración: la supervivencia lo exigía. Así, pues, todo eso nos produjo la sensación de que deberíamos intentar nuestra huida por otros caminos, como lo exigía nuestra propia supervivencia.

Intentarlo por el agua, a lo largo de pasos que constantemente se alargaban y alcanzaban grandes distancias, parecía lo mejor; pero si no hubiera sido por la suerte de encontrar una pequeña, aunque potente motora, la *Midge*, no sé qué hubiera sido de nosotros. Llegó a nuestro poder a causa del accidente sufrido por su dueño, al que tirotearon cuando intentaba escapar de Londres. La encontró Ted Jarvey y nos la trajo, puesto que sabía los vanos intentos que llevábamos haciendo durante semanas para conseguir una embarcación.

La desagradable sensación de que alguno de los nuestros deseara marcharse también y presionara para venir con nosotros resultó completamente infundada. Sin excepción, nos consideraban unos locos. La mayoría de ellos se las compuso para llevar aparte a cualquiera de nosotros, cuando surgía la ocasión, para indicarnos que era descabellado e impropio abandonar un cuartel general cómodo y caliente para realizar un viaje, con toda seguridad frío y, probablemente, lleno de peligros, hacia un lugar cuyas condiciones serían seguramente peores y posiblemente intolerables. Nos ayudaron a llenar la motora *Midge* de provisiones y combustible hasta que su

línea de flotación sobresalía apenas unos centímetros del agua; pero ninguno de ellos hubiera sido sobornado para venir con nosotros.

Nuestro progreso río abajo fue cauto y lento, porque no teníamos la intención de hacer el viaje más peligroso de lo necesario. Nuestro principal problema, que nos asaltaba continuamente, era dónde parar para pasar la noche. Teníamos plena conciencia de nuestra probable destrucción como transgresores de la ley, y también del hecho de que la *Migde*, con su contenido, constituía un botín tentador. Nuestro usual anclaje lo efectuábamos en las calles más ocultas de alguna ciudad inundada. Algunas veces, cuando el viento soplaba huracanado, permanecíamos en tales lugares durante varios días. El agua potable, que habíamos considerado nuestro principal problema, no resultó difícil obtenerla. Casi siempre podían encontrarse residuos de agua en los tanques de las azoteas de alguna casa sumergida parcialmente. Así, pues, un viaje que siempre hacíamos por carretera en pocas horas, tardamos más de un mes en realizarlo.

Cuando llegamos al mar libre, contemplamos los blancos acantilados, tan normales que era difícil creer en la inundación..., hasta que contemplábamos más de cerca las hondonadas donde debían de haber estado las ciudades. Un poco después comprendimos que íbamos por buen camino, porque empezamos a ver nuestros primeros icebergs.

Nos acercamos con precaución al final de nuestro viaje. De lo que habíamos sido capaces de observar de la costa, mientras la recorriamos, dedujimos que las tierras altas estaban frecuentemente ocupadas por campamentos de chozas. Donde la tierra era escarpada, existían ciudades y pueblos en los que las casas más altas estaban ocupadas aún, a pesar de que sus bases estuvieran sumergidas. No teníamos idea ninguna en qué condiciones encontraríamos Penllyn, en general, y Rose Cottage, en particular.

Desde el río principal giramos hacia el norte. Con el agua ahora a un nivel de treinta metros, la multiplicación de los caminos acuosos nos confundía. Perdimos nuestra ruta media docena de veces antes de dar la vuelta a un recodo de un paraje completamente nuevo y encontramos a la vista de una ladera que nos era familiar y que conducía hacia nuestro *cottage*.

En él había estado la gente, mucha gente; pero aunque el desorden era considerable, los daños no eran grandes. Era evidente que habían ido en busca de cosas comestibles principalmente. De las estanterías de la despensa habían desaparecido hasta el último bote de salsa y el último paquete de pimienta. También habían desaparecido el aceite, las velas y la pequeña reserva de carbón.

Phyllis echó una rápida mirada a los despojos y desapareció por una escalera que conducía a la bodega. Reapareció inmediatamente y echó a correr hacia el cenador que había construido en el jardín. Por la ventana vi cómo examinaba el suelo con todo cuidado. Después, regresó a la casa.

-Gracias a Dios, todo está bien -dijo.

No parecía momento oportuno para dar gran importancia a los cenadores.

-¿Qué es lo que está bien? -inquirí.

-Las provisiones -dijo-. No quise decirte nada hasta estar segura. Hubiera constituido una desilusión muy amarga si hubiera desaparecido.

-¿Qué provisiones? -pregunté, sin saber de qué me hablaba.

-No eres muy intuitivo, ¿verdad que no, Mike? ¿De verdad creíste que una persona como yo iba a hacer una obra de albañilería sólo por divertirme? Tapié media bodega, que colmé de provisiones; y debajo del cenador hay muchas también.

La miré fijamente.

-¿Quieres decir que...? ¡Pero eso fue hace años!... ¡Mucho antes que empezara la inundación!...

-Pero no antes que empezaran a hundirse los barcos con tanta rapidez. Me pareció que sería una idea excelente formar un almacén de provisiones antes que las cosas se hicieran difíciles; pues era evidente que se harían difíciles más adelante. Así, pues, pensé que no estaría mal poseer una reserva aquí; sólo que no podría decírtelo, porque sabía que te hubiera molestado extraordinariamente.

Me senté y la miré.

-¿Molestado? -pregunté.

-Bueno, existen algunas personas que consideran más lógico pagar precios de mercado negro que

tomar ciertas precauciones.

—¡Oh! -exclamé-. ¿Y lo hiciste todo tú sola?

-No quería que nadie de la localidad lo supiera; por tanto, el único camino era hacerlo yo sola. Como se esperaba, el transporte de mercancías por avión se organizó mucho mejor de lo que todo el mundo pensaba; por tanto, no necesitamos echar mano de lo nuestro. Pero ahora nos va a venir muy bien.

-¿Cuánto? -pregunté.

Phyllis pensó durante unos instantes.

-No estoy completamente segura, pero hay aquí todo el contenido de un vagón grande de mercancías... Además, tenemos lo que hemos traído en la *Midge*.

Podía ver, y veía, varios ángulos a la cuestión; pero hubiera sido groseramente desagradable mencionarlos en aquel momento. Por tanto, lo dejé en paz, y empezamos a trabajar en el arreglo de la casa.

No tardamos mucho tiempo en comprender por qué había sido abandonado el *cottage*. No había más que subir a la cumbre para ver que nuestro cerro estaba destinado a convertirse en una isla, y dentro de pocas semanas dos riachuelos se unirían por la parte de atrás de nosotros, formando uno solo.

Según podíamos ver, los acontecimientos fueron lo mismo aquí que en otras partes..., con la excepción de que aquí no había habido invasión: el movimiento fue hacia fuera. Primero, hubo la cauta retirada cuando el agua empezó a subir de nivel; luego, la huida llena de pánico, para alcanzar tierras más altas cuando aún existía la posibilidad de encontrarlas. Los que se quedaron, y aún permanecían aquí, eran una mezcla de testarudos, negligentes y siempre esperanzados que habían estado diciendo desde el principio que mañana, o tal vez pasado mañana, cesaría de subir el nivel del agua.

Se había establecido un perfecto estado de guerra civil entre los que se quedaron y los que intentaban establecerse allí. Los moradores de las tierras altas no querían admitir a recién llegados en su territorio estrictamente racionado, y los de las tierras bajas portaban armas y establecían trampas para evitar las invasiones de su territorio. Se decía, aunque no sé con qué visos de verdad, que las condiciones aquí eran buenas comparadas con las de Devon y otros lugares situados más al este; por lo cual, una vez que los habitantes de las tierras bajas fueron arrojados de sus casas y se pusieron en camino, muchísimos de ellos decidieron continuar la marcha hasta alcanzar el magnífico territorio situado más allá de los páramos. Se contaban cosas terroríficas sobre la guerra defensiva contra los grupos hambrientos que intentaban penetrar en Devon, Somerset y Dorset; pero aquí sólo se oía algún disparo de vez en cuando, y siempre en pequeña escala.

Nuestro completo aislamiento fue una de las cosas más difíciles de soportar. La radio, que podía habernos puesto al corriente de algo de lo que pasaba por el resto del mundo, si no de nuestro país, estaba estropeada. Se estropeó pocos días después de nuestra llegada y no teníamos medios para arreglarla ni reemplazarla por otra.

Nuestra isla ofrecía poca tentación, así que no fuimos molestados. La población de aquí había conseguido una excelente cosecha el verano anterior, que, con la pesca, que era abundantísima, bastaba para sacarla adelante. Nuestra situación no era enteramente como la de los forasteros; pero tuvimos mucho cuidado en no hacer peticiones ni encargos. Supongo que creían que nos sustentábamos a base de pescado y de las provisiones que habíamos traído en la motora... y por lo que podía quedar de ellas ya no merecía la pena hacer una incursión contra nosotros. Hubiera sido diferente si la cosecha del último verano hubiese sido más escasa.

Empecé este relato a principios de noviembre. Ahora estábamos a finales de enero. El agua continuaba subiendo de nivel muy lentamente; pero desde Navidad, aproximadamente, parecía haber aumentado tan poco que apenas se notaba. Teníamos la esperanza de que hubiese alcanzado su límite. Aún se veían icebergs en el canal, pero eran escasos.

No obstante, había frecuentes incursiones de tanques marinos, a veces de uno solo; pero más frecuentemente de cuatro o cinco. Por lo regular, eran más molestas que peligrosas. La población

que vivía a orillas del mar poseía grupos de vigías que daban la voz de alarma. Al parecer, a los tanques marinos no les gustaba escalar; corrientemente no se aventuraban más allá de medio kilómetro de la orilla del agua, y cuando no encontraban víctimas se iban inmediatamente.

Con mucho, lo peor que tuvimos que arrostrar fue el frío del invierno. Aun siendo indulgentes por la diferencia que notábamos en nuestra circunstancia, nos pareció mucho más frío que el anterior. El río que se extendía a nuestros pies permaneció helado muchas semanas, y, con el aire calmado, el propio mar se helaba a poca distancia de la costa. Pero la mayor parte del tiempo no hubo aire calmado. Durante días, las tierras del interior se vieron cubiertas de nieve que arrastraba el aire huracanado. Afortunadamente, estábamos protegidos del impetuoso viento del suroeste; pero fue bastante malo. ¡Dios sabe la vida que se llevaría en los campamentos instalados en los páramos cuando soplaban estos huracanes!...

Decidimos que, cuando llegara el verano, intentaríamos marcharnos. Nos dirigiríamos hacia el sur, en busca de algún lugar más caliente. Con toda probabilidad podríamos resistir aquí otro invierno; pero ello nos dejaría menos aprovisionados y menos aptos para enfrentarnos con el viaje que tendríamos que realizar en algún momento. Era posible, pensábamos, que en lo que quedaba de Plymouth o de Devonport encontráramos algún combustible para el motor; pero, en cualquier caso, instala-latíamos un mástil y, si no teníamos suerte o no encontrábamos combustible, navegaríamos a vela.

¿Hacia dónde? Aún no lo sabíamos. A algún sitio más caliente. Tal vez encontraríamos balas solamente en donde quisiéramos desembarcar; pero, aun así, sería mejor que morir lentamente de inanición en medio de un frío horrible.

Phyllis estuvo conforme.

-Hasta ahora nos ha favorecido la suerte -dijo-. Después de todo, ¿para qué nos serviría la buena suerte que nos han otorgado, si no continuamos haciendo uso de ella?

*4 de mayo.* No iríamos hacia el sur. No dejaríamos este manuscrito en una caja de lata para que el azar lo pusiera en manos de alguien algún día. Lo llevaríamos con nosotros.

Y aquí está la razón:

Hace dos días vimos el primer avión desde que estamos aquí... o desde antes de estar aquí. Un helicóptero, que llegó procedente de la costa, giró hacia las tierras del interior y pasó a continuación por encima de nuestro riachuelo.

Habíamos bajado a la orilla del agua para trabajar en la motora y tenerla preparada para el viaje. Oímos un zumbido lejano; luego, el helicóptero vino en línea recta hacia nosotros. Lo miramos, haciendo pantalla a los ojos con la mano. Iba a contraluz, pero pudimos distinguir el círculo de la R.A.F. en sus costados, y pensé que, desde su cabina, podría ver algo que se moviera. Agité la mano. Phyllis hizo señas con la brocha de pintar.

Contemplamos cómo se dirigía a nuestra izquierda y luego giraba hacia el norte. Desapareció detrás de nuestro cerro. Nos miramos el uno al otro, mientras el ruido del motor se amortiguaba. No hablamos. No sé cómo reaccionó Phyllis; pero a mí me hizo sentirme un poco extraño. Nunca pensé encontrarme en una situación en la que el zumbido del motor de un avión sonara en mis oídos como una especie de música nostálgica.

Entonces me di cuenta de que el zumbido no había desaparecido por completo. El aparato reapareció, dando la vuelta a la otra ladera del cerro. Al parecer, estaba examinando minuciosamente nuestra isla. Vimos cómo se paraba encima y luego empezaba a bajar hacia la curva del cerro que nos protegía. Yo tiré mi destornillador y Phyllis su brocha, y echamos a correr cerro arriba hacia él.

Bajó más, pero era evidente que no se arriesgaría a aterrizar entre las piedras y los brezos. Mientras permanecía allí, se abrió una portezuela en uno de sus costados. Cayó un bulto que golpeó sobre los brezos. A continuación lanzaron una escala de cuerda, que se desenrolló a medida que caía. Una forma empezó a bajar por ella, sujetándose con sumo cuidado. El helicóptero se movía lentamente encima de la cresta del cerro, y el hombre que descendía por la escala estaba oculto ahora a nuestros ojos. Nosotros continuábamos ascendiendo por la ladera opuesta. Aún nos encontrábamos a mitad de camino de lo alto del cerro cuando el aparato se

elevó y pasó por encima de nuestras cabezas, mientras alguien de su interior recogía la escala. Haciendo grandes esfuerzos continuamos escalando la ladera. Al fin alcanzamos un punto desde donde fuimos capaces de ver una forma vestida de oscuro entre los brezos, al parecer examinándose si tenía alguna fractura.

-Es... -empezó a decir Phyllis-. Sí, ¡es él! ¡Es Bocker! -gritó.

Y echó a correr temerariamente por el árido terreno.

Cuando yo llegué, mi mujer estaba arrodillada a su lado, con ambos brazos rodeándola el cuello y llorando a lágrima viva. Él le estaba dando golpecitos en la espalda, cariñosamente. Me alargó la otra mano cuando llegué a su lado, cogiéndome las dos mías, y estuve a punto de echarme a llorar también. Era Bocker, efectivamente, y apenas parecía cambiado desde la última vez que le vi. En aquel momento no parecía haber mucho que decir, sino:

-¿Se encuentra usted bien?... ¿Está herido?

-Sólo un rasguño. No tengo nada roto. Se necesita más práctica para hacerlo de lo que yo creía -dijo.

Phyllis alzó la cabeza para contestarle:

-¡Nunca debió usted intentarlo, A. B.! Pudo haberse matado.

Luego se echó de nuevo y se puso a llorar más cómodamente.

Durante unos segundos, Bocker miró pensativo el mechón de pelo que reposaba sobre su hombro. Luego, levantó los ojos hacia mí, interrogadores.

Moví la cabeza.

-Otros han tenido que enfrentarse con cosas peores; pero ha sido agotador, deprimente... -le dije.

Asintió, y de nuevo dio golpecitos cariñosos a Phyllis en la espalda. Mi mujer empezaba ya a dormirse. Bocker esperó un poco más para decir:

-Si usted fuera tan amable de separar a su esposa un momentito, vería si aún soy capaz de sostenerme en pie.

Fue capaz.

-Nada, excepto un par de rasguños -anunció.

-Mucho más afortunado de lo que se merecía -le dijo Phyllis, con severidad-. Ha sido ridículo hacer esto a su edad, A. B.

-Exactamente lo mismo pensé yo cuando me hallaba a mitad de la escala -dijo, de acuerdo con ella.

Los labios de Phyllis temblaban cuando ella le miró.

-¡Oh, A. B.! -exclamó-. Es maravilloso volver a verle de nuevo. Aún no puedo creerlo.

Bocker le echó un brazo alrededor del cuello y apoyó el otro en mi hombro.

-Tengo hambre -anunció-. En algún sitio de por aquí habrá un paquete que hemos arrojado del helicóptero.

Bajamos hacia el *cottage*. Phyllis charloteó como una loca durante todo el camino, excepto en las pausas que hacía para mirar a Bocker y convencerse de que estaba realmente allí. Cuando llegamos a la casa, desapareció en la cocina. Bocker se sentó con todo cuidado.

-Ahora vendría bien un trago..., pero hace tiempo que se terminaron todas las bebidas -le dije apesadumbrado.

Bocker sacó un frasco achatado. Durante un momento contempló una gran abolladura.

-¡Hum! -exclamó-. Esperemos que la subida sea más cómoda que la bajada.

Echó *whisky* en tres vasos y animó a Phyllis.

-Con esto nos recuperaremos -dijo.

Bebimos.

-Y ahora -dije-, puesto que en toda nuestra experiencia nada ha sido más inverosímil que su bajada del cielo en un trapecio, nos gustaría que nos diera una explicación.

-Eso no estaba en el plan -admitió-. Cuando nos enteramos por la gente de Londres de que ustedes habían partido para Cornwall, supuse que sería aquí donde estarían, si habían conseguido llegar. Así, pues, cuando me fue posible, vine a echar una ojeada; pero al piloto no le gustaba este terreno en absoluto y no quería arriesgarse a aterrizar con su aparato. Por tanto, dije que



bajaría, y después ellos volarían hasta un sitio donde pudieran aterrizar, regresando a recogerme al cabo de tres horas.

-¡Oh! -exclamé.

Phyllis estaba mirándole.

-Es lógico que consideren ustedes las cosas así; pero yo hubiera dado con ustedes antes si hubiesen permanecido en donde estaban. ¿Por qué no se quedaron en Londres?

-Teníamos que marcharnos, A. B. Creíamos que usted había muerto cuando fue inundado Harrogate. Los Whittier nunca regresaron. La radio cesó de emitir. El helicóptero dejó de venir. En el aire no había ninguna emisora que pudiera oírse, ninguna emisora británica. Después de todo, parecía como si las cosas estuvieran a punto de terminar. Por eso nos marchamos. Hasta las ratas prefieren morir en lugares abiertos...

Phyllis se puso en pie y empezó a poner la mesa.

-No creo, A. B., que usted hubiera permanecido allí aguardando un fin inevitable -dijo.

Bocker movió la cabeza.

-¡Oh, qué poca fe! Como ustedes saben, éste no es el mundo de Noé. El siglo veinte es algo que no se puede destruir tan fácilmente como parece. El paciente está todavía en situación grave; está enfermo, muy enfermo, y ha perdido muchísima sangre..., pero se recuperará. ¡Oh, sí! Se recuperará completamente, ya lo verán.

Por la ventana miré el agua que se extendía por los campos, y los nuevos brazos de mar que se dirigían hacia la tierra, hacia las casas que habían sido hogares y que ahora estaban anegadas por la riada.

-¿Cómo? -pregunté.

-No será fácil, pero se hará. Hemos perdido muchas de nuestras mejores tierras; pero el agua casi no ha aumentado de nivel durante los últimos seis meses. Reconocemos que, una vez que estemos organizados, deberemos ser capaces de cultivar lo suficiente para alimentar a cinco millones de personas.

-¿Cinco millones? -repetí.

-Ese es el cálculo en bruto de la población actual... Por supuesto, todo no es más que una hipótesis.

-¡Pero era de cincuenta y seis millones, aproximadamente! -exclamé.

Ese era un tema que Phyllis y yo habíamos evitado siempre tocar... o en el que habíamos pensado más de lo que nos convenía. En nuestros momentos de mayor depresión yo había tenido, supongo, una vaga idea de que en el transcurso del tiempo habría unos cuantos supervivientes que vivirían en plena barbarie, pero nunca los había considerado en cifras.

-¿Cómo sucedió? Sabíamos que se estaba luchando, claro está; pero eso...

-Algunos murieron en la lucha, y, por supuesto, hubo lugares donde muchos fueron hechos prisioneros y sumergidos; pero eso, en realidad, constituye un pequeño porcentaje de bajas. No. Fue la pulmonía quien causó el mayor daño. La mala alimentación y la peligrosa situación durante tres amargos inviernos. Con cada dosis de flujo, en cada frío, aumentaban las pulmonías. No había servicio médico, ni farmacias, ni medicamentos, ni comunicaciones. Nada podía hacerse para evitarlo.

Se encogió de hombros.

-Pero, A. B. -le recordó Phyllis-, acabamos de beber para «recuperarnos»... ¿Recuperarnos... cuando ha desaparecido el noventa por ciento?

La miró firmemente y asintió.

-Claro que sí -dijo, con confianza-. Cinco millones pueden constituir todavía una nación. Porque, en el tiempo de Isabel I, no éramos más, ya lo sabe usted. Entonces, pudimos ser una nación; ahora volveremos a serlo. Pero habrá que trabajar... Por eso estoy aquí. Hay trabajo para ustedes dos.

-¿Trabajo? -repitió Phyllis.

-Sí, y esta vez no se tratará de vender jabones ni quesos, sino moral. Así, pues, cuanto antes hayan recuperado ustedes su moral, tanto mejor.

-Espere un momento. Según mi opinión, esto necesita una explicación -dijo Phyllis.

Trajo la comida y acercamos las sillas a la mesa.

-Perfectamente, A. B. -dijo Phyllis-. Sé que la comida no le impide nunca hablar. Por tanto, adelante.

-De acuerdo -dijo Bocker-. Imaginen un país en donde no existen más que pequeños grupos y comunidades independientes esparcidos por su territorio. No existen comunicaciones. Casi todos ellos están atrincherados para defenderse. Apenas existe alguien con idea de lo que está ocurriendo a dos o cuatro kilómetros más allá de su propia área. Bueno, ¿qué se puede hacer para que tal situación vuelva al orden de nuevo? Primero, según mi opinión, encontrar una forma de penetrar en esos cerrados y aislados cotos para poder trabajar dentro de ellos. Para conseguir esto, se tiene que establecer ante todo alguna especie de autoridad central, y luego hacer saber al pueblo que *existe* una autoridad central... y hacer que confíe en ella. Se necesita establecer partidas o grupos que serán las representaciones locales de la autoridad central. ¿Cómo conseguir eso?... Pues hablándole de ello y contando con ellos... por radio.

Hizo una pausa.

-Se busca una fábrica y se empieza a trabajar en la construcción de receptores y baterías de radio pequeños, que se lanzan desde el aire. Cuando se pueda, se empieza a transmitir con los radios transmisores, emitiendo dos clases de comunicaciones: primero, con los grupos mayores; segundo, con los más pequeños. Así se destruye el aislamiento y la sensación de ello. Un grupo comienza a oír lo que otros grupos están haciendo. Y empieza a revivir la confianza en sí mismo. Se inculca la sensación de que en el timón de la nave hay una mano firme que les da esperanzas. Comienza a experimentarse el deseo de que hay algo por *qué* trabajar. Entonces, un grupo empieza a colaborar, y a traficar, con el de al lado. Y ése es el momento en que uno comienza a creer que ha conseguido algo realmente. Es el mismo trabajo que nuestros antepasados tuvieron que hacer con las generaciones de los hombres que montaban a caballo... Por radio debemos ser capaces de organizar un cambio radical en un par de años. Pero habrá que actuar en conjunto... Habrá que formar un grupo de personas que sepan decir lo que es conveniente decir. ¿Qué les parece?

Phyllis continuó mirando su plato durante unos segundos. Luego, alzó los ojos, que le brillaban, y los posó en Bocker, al mismo tiempo que ponía su mano sobre la de él.

-¿Ha pensado usted alguna vez, A. B., que se hallaba casi muerto y que, de repente, recibía una inyección de adrenalina? -preguntó impulsiva.

Se levantó de la mesa, dio la vuelta a su alrededor y besó a Bocker en la mejilla.

-¿Adrenalina? -dijo-. No opino lo mismo, pero estoy de acuerdo con Phyllis. Me adhiero a la causa con todo entusiasmo.

-Me produce más embriaguez que todo el alcohol que pudiera beber -afirmó Phyllis.

-Magnífico -dijo Bocker-. Entonces, lo mejor será que hagan las maletas. Enviaremos un helicóptero más grande para que venga a recogerles dentro de tres días... Y no se dejen ninguna provisión aquí. Pasará mucho tiempo todavía antes que podamos desperdiciar cualquier clase de alimento.

Continuó explicando y dando instrucciones; pero dudo que ninguno de los dos pusieran atención en ellas. Luego empezó a contarnos cómo él y otros pocos habían escapado al ataque a Ha-rrogate; pero en nuestra mente había poco espacio para albergar nada de eso. Respecto a mí, debió transcurrir una hora completa, por lo menos, antes que saliera del deslumbramiento que me produjo el repentino cambio de situación. Sin embargo, eso no impidió que comprendiese que estábamos comportándonos un poco ingenuamente. Tal vez la operación de deshelar las masas compactas de agua hubiese llegado a un punto que no podía constituir ya amenaza para nosotros; pero eso no quería decir que a aquello no siguiera alguna nueva, y tal vez igualmente devastadora, forma de ataque. Por lo que nosotros sabíamos, la verdadera fuente de nuestros males estaba aún acechándonos libremente en las profundidades, en algún sitio que no podíamos alcanzar. Se lo hice ver a Bocker.

Sonrió.

-Creo que nunca me he dejado llevar por un desenfadado optimismo...

-Desde luego que no -admitió Phyllis.

-Por tanto, considero que ha de tener algún peso mi afirmación de que, para mí, la perspectiva es claramente esperanzadora. Por supuesto, ha habido muchas desilusiones, y habrá muchas más tal vez; pero, en la actualidad, parece ser que nosotros estamos encargados de hacer algo que baste para desquiciar a nuestros xenobotéticos amigos.

-¿Qué sería, sin esas circunspectas calificaciones...? -pregunté.

-Las ondas ultrasónicas -proclamó.

Le miré fijamente.

-Se han *intentado* las ondas ultrasónicas media docena de veces por lo menos. Puedo recordar claramente...

-Mike, cariño, cierra la boca. Es un capricho -me dijo mi delicada esposa, y, volviéndose a Bocker, le preguntó:- ¿Qué han hecho, A. B.?

-Bueno, se sabe muy bien que ciertas ondas ultrasónicas en el agua matan a los peces y a otros seres; por eso hubo mucha gente que opinó que ésa sería, muy verosíblemente, la verdadera respuesta que habría de dar a los *bathies*...; pero, evidentemente, no con el iniciador de ondas actuando en la superficie, en un radio de diez kilómetros o así. El problema estuvo en poder profundizar en el mar, tanto como fuera necesario para producir daño, el emisor ultrasónico. Y no fue posible dejarlo en el fondo, porque su cable se electrificó o se cortó... y, juzgando por lo precedente, lo mismo sucedería ahora, mucho antes que alcanzara profundidad suficiente para que produjera resultados satisfactorios... Ahora bien: parece que actualmente los japoneses han encontrado una fórmula. El japonés es un pueblo muy ingenioso y, en sus momentos sociables, constituye un crédito para la ciencia. En cierto modo, sólo tenemos una descripción general de su proyecto, que nos han dado por radio. Al parecer, se trata de una esfera autopropulsora que navega lentamente, emitiendo ondas ultrasónicas de gran intensidad. Lo ingenioso de todo esto es que no solamente produce ondas letales, sino que hace uso de ellas por sí misma, sobre el principio de un eco más sonoro, y las gobierna. Eso quiere decir que puede conseguir que se separen de cualquier obstáculo cuando reciben un eco de él a una distancia dada. ¿Comprenden la idea? Poner un conjunto de esos aparatos para un despeje de, digamos, ciento cincuenta metros y empezar a actuar desde el extremo de una profundidad cercana. Luego, irán avanzando a lo largo de ella, manteniéndose a cincuenta metros del fondo, a cincuenta metros de todo obstáculo, a cincuenta metros unos de otros, y expeler ondas ultrasónicas letales a medida que van avanzando. Ése es justamente el sencillo principio de tales aparatos... El verdadero triunfo de los japoneses no ha sido solamente el ser capaces de inventarlos, sino el de haberlos construido bastante fuertes para soportar la presión.

-Todo el asunto me parece de lo más sencillo -le dijo Phyllis-. Ahora bien: lo importante para mí es saber si realizarán bien su misión.

-Bueno, los japoneses aseguran que sí, y no hay por qué dudar de su palabra. Afirman que han limpiado ya un par de pequeñas profundidades. Subieron a la superficie amplias masas de gelatina orgánica; pero no han sido capaces de obtener fruto de ello, porque el cambio de presión las destruyó y los rayos del sol las descompusieron rápidamente. Ahora están actuando en otras pequeñas Profundidades hasta que consigan práctica suficiente para poner manos a la obra en otras mayores. Han enviado planos del aparato a todos los estados, y los norteamericanos..., que no han sido dañados en su territorio tanto como nosotros en esta pequeña isla..., van a construirlos, lo cual es un testimonio a su favor... Desde luego, tendrá que pasar algún tiempo antes que lo construyan en gran escala. Sin embargo, por el momento, ésa no es cuestión nuestra... Cerca de aquí no tenemos ninguna gran profundidad, y, de todas formas, pasará algún tiempo antes que nosotros podamos hacer algo más que atender a las inmediatas necesidades. Esta isla estaba superpoblada, y por eso hemos pagado con exceso. Lo que tenemos que procurar es que tal cosa no vuelva a suceder.

Phyllis arrugó el ceño.

-En otros tiempos le dije, A. B., que tiene usted la costumbre de dar siempre un paso más allá de

lo que la gente desea para seguirle -le dijo con cierta severidad.

Bocker sonrió levemente.

-Tal vez -admitió-. Pero no puedo evitarlo.

Estábamos sentados los tres en el cenador de Phyllis, contemplando el panorama que tanto había cambiado en tan poco tiempo. Durante un rato, ninguno habló. Capté una amplia mirada de soslayo de Phyllis. Estaba tan rígida como si estuviera sometida a un tratamiento de belleza.

-Vuelvo a la vida de nuevo, Mike -dijo-. Existe algo por qué vivir.

Yo también experimentaba lo mismo; pero cuando miré el azulado mar, en el que aún sobrenadaban algunos chispeantes témpanos de hielo, añadí:

-De cualquier forma, esto no es muy apropiado para pernoctar. Este clima es horrible, y cuando pienso en los inviernos...

-¡Oh! -exclamó A. B.-. Actualmente se hacen investigaciones, y los primeros informes indican que el agua tiende a aumentar de temperatura gradualmente. En realidad -continuó, chasqueando la lengua-, ahora que ha desaparecido el hielo, tal vez consigamos tener un clima mejor que antes, en el espacio de tres o cuatro años.

Continuamos sentados allí. Al fin, Phyllis habló:

-Estaba pensando que, en realidad, nada es nuevo, ¿verdad? En cierta ocasión, hace muchísimos siglos, hubo aquí una gran extensión de terreno cubierta de bosques y repleta de fieras. Estoy segura de que algunos de nuestros antepasados acostumbraban a vivir en tal extensión, a cazar y a hacer el amor aquí. Luego, un día, el agua subió el nivel y lo anegó todo..., formándose el mar del Norte... Creo que estuvimos aquí antes, que vivimos en esa época...

Durante un rato no habló nadie. Bocker miró su reloj y dijo:

-No tardará en llegar el helicóptero. Será mejor que esté preparado para hacer mi escalada de la muerte.

-Me agradaría que no lo hiciera, A. B. -le dijo Phyllis-. ¿No puede usted enviarles un mensaje y quedarse aquí hasta que llegue el otro helicóptero mayor?

Negó con la cabeza.

-No puedo desperdiciar el tiempo. En realidad, me estoy comportando como un haragán...; pero creí mi deber, y además era para mí una satisfacción, que debía ser yo quien les diera la noticia. No se preocupe, querida. Todavía el viejo no está tan poco ágil que no pueda subir por una escalera de cuerda.

Valía él tanto como su palabra. Cuando el helicóptero descendió sobre la cresta del cerro, Bocker cogió con habilidad la escala colgante, se mantuvo agarrado a ella un instante y comenzó a subir a continuación. Unos brazos le agarraron para ayudarlo a entrar en el aparato. En la portezuela se volvió a nosotros y nos saludó con la mano. El helicóptero emprendió el vuelo, comenzando a elevarse. Pronto no fue más que una mancha que desaparecía en la lejanía...

## AGRADECIMIENTOS

*Fishhead*, de Irving S. Cobb. Utilizado con permiso de Nelson Buhler, depositario, por favor de Laura Baker Cobb, viuda de Irving S. Cobb.

*La cámara oscura*, de Basil Copper. Reimpreso con permiso del autor. © Copyright Basil Copper, 1965.

*Una muerte en la familia*, de Miriam Alien de Ford. Reimpreso con permiso del autor. Apareció originalmente en *The Dude*, noviembre de 1961. © Copyright Miriam Alien de Ford, 1961.

*Los hombres sin huesos*, de Gerald Kersh. Reimpreso con permiso de Joan Daves. Apareció originalmente en *Esquire*. © Copyright Gerald Kersh, 1954.

*Sin un ruido*, de Damon Knight. Reimpreso con permiso del autor. De *Far out*, de Damon Knight. Apareció originalmente en *Magazine of Fantasy and Science Fiction*. © Copyright Mercury Press, Inc., 1949.

*La fiesta de cumpleaños*, de John Burke. Reimpreso con permiso del autor y de London Authors. © Copyright John Burke, 1965.

*La equis señala al peatón*, de Fritz Leiber. Reimpreso con permiso del autor y del agente del autor, Robert P. Mills. © Copyright The Barmaray Co., Inc., 1963.

*La curiosa aventura de mister Bond*, de Nugent Barker. Reimpreso de *Best Tales of Terror*, 2, Faber and Faber.

*Dos solteronas*, de E. Phillips Oppenheim. Reimpreso con permiso de Peter Janson-Smith Ltd., Londres. © Copyright The Executors of E. Phillips Oppenheim, 1926.

*El cuchillo*, de Robert Arthur. Reimpreso con permiso del autor. © Copyright Grace Publishing Co., Inc., 1951.

*La jaula*, de Ray Russell. Reimpreso con permiso del autor y de sus agentes, Cott Meredith Literary Agency, Inc. © Copyright Ray Russell, 1959.

*El monstruo*, de Theodore Sturgeon. Reimpreso con permiso del autor. Copyright Street and Smith, Inc., 1940. © Copyright Theodore Sturgeon, 1951.

*Casablanca*, de Thomas M. Disch. Impreso con permiso del autor y de su agente literario, Robert P. Mills. © Copyright Thomas M. Disch, 1967.

*El camino a Mictlantecutli*, de Adobe James. Reimpreso con permiso del autor y de London Authors. Apareció originalmente en *Adam Reader 20*. © Copyright The Knight Pub. Corp., Los Angeles, California, 1965.

*El guía hacia el castigo*, de Ellis Peters. Reimpreso con permiso de Joyce Weiner Associates, Londres. Reimpreso de *This Week Magazine*. © Copyright The United News Papers Magazine Corp., 1965.

*El estuario*, de Margaret St. Clair. Reimpreso con permiso de McIntosh and Otis, Inc. Apareció originalmente en *Weird Tales*. © Copyright *Weird Tales*, 1950.

*Dura ciudad*, de William Sambrot. Reimpreso con permiso de Curtís Brown Ltd. Apareció originalmente como *Stranger in Town*. © Copyright Official Magazine Corporation, 1957.

*El enano*, de T. H. White. Reimpreso con permiso de David Higham Associates, Ltd., Londres. © Copyright The Estate of T. H. White. Reservados todos los derechos.

*Noche en casa de Black*, de Robert Somerlott. Reimpreso con permiso de McIntosh and Otis, Inc. Apareció originalmente en *Cosmopolitan*. © Copyright Hearst Magazines, Inc., 1964.

*La habitación de los niños*, de William Wood. Reimpreso con permiso del autor y de su agente James Brown Associates, Inc. © Copyright William Wood, 1964.

*¡Tan real!...*, de Robert Specht. Reimpreso con permiso del autor. Apareció originalmente en *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*. © Copyright Robert Specht, 1966.

*Viaje a la muerte*, de Donald E. Westlake. Reimpreso con permiso del autor y de su agente Henry Morrison, Inc. © Copyright Shelton Publishing Corporation, 1959.

*El amo de los perros*, de Algis Budrys. Reimpreso con permiso del autor y de su agente Russell and Volkening, Inc. © Copyright A. J. Budrys, 1966.

*El candidato*, de Henry Slesar. Reimpreso con permiso del agente del autor, Theron Raines. Apareció originalmente en *Rouge Magazine*. © Copyright Greenleaf Publishing Company, 1961.

*El misterio de las profundidades*, de John Wyndham. Reimpreso con permiso del autor y de sus agentes Scott Meredith Literary Agency, Inc., y Michael Joseph, Ltd., Londres. Publicado en Inglaterra con el título de *Kraken Wakes*. © Copyright John Wyndham, 1953.

- [{1}](#) En la región del Mississippi se llama *bayou* a todo canal lateral o «sangría» del río. (*N. del T.*)
- [{2}](#) Aquí, el autor juega con la palabra *rest*, «descanso, reposo»; pero también «resto, desperdicio». (*N. del T.*)
- [{3}](#) Todo lo subrayado va en español en el original. (*N. del T.*)
- [{4}](#) En español en el original. (*N. del T.*)
- [{5}](#) En inglés, *wife* (esposa) y *life* (vida) se pronuncia casi igual. (*N. del T.*)